HISTORIA DE LA ESPAÑA CONTEMPORANEA 1788-1898

MARTÍN HUME



HISTORIA

DE LA

ESPAÑA CONTEMPORANEA

BIBLIOTECA DE JURISPRUDENCIA, FILOSOFÍA É HISTORIA

HISTORIA
DE LA
ESPAÑA CONTEMPORANEA

1788-1898

POR

MARTÍN HUME

TRADUCIDA DEL INGLÉS

POR

EDMUNDO GONZALEZ-BLANCO

1922

MADRID

LA ESPAÑA MODERNA

Calle de Fomento, núm. 7

6179—Imp. de Gabriel L. y del Horno, San Bernardo, 92.—Teléf. 1922.

A

SU GRACIA ENRIQUE

DUQUE DE WELLINGTON, DUQUE DE CIUDAD-RODRIGO,

GRANDE DE ESPAÑA,

GRAN CRUZ DE LA ORDEN DE CARLOS III,

VA DEDICADA ESTA HISTORIA

DEL PAÍS Á QUE LE UNEN TANTOS VÍNCULOS

EN AGRADECIMIENTO

Á LOS AÑOS DE AMISTAD

HISTORIA DE LA ESPAÑA CONTEMPORÁNEA

INTRODUCCIÓN

Esta es la historia de una nación durante un siglo de lucha por salir de la sima en que la habían hundido el fanatismo y el despotismo. Antes del período en que comienza la historia, un rey, más ilustrado que sus súbditos, había traído de fuera hábiles y amplios planes de regeneración que impuso á un pueblo sumiso, pero apático é ignorante. Estas reformas eran sociales, pedagógicas y administrativas, y no se oponían, en manera alguna, al despótico poder político que heredara de sus antepasados, porque sabía muy bien que la ordenada libertad debe seguir, y no preceder, á la ilustración.

Por desdicha para España, el cetro de Carlos III pasó á manos de un amable idiota en el período más crítico de los tiempos modernos, cuando media civilización sentíase quebrantada por el nuevo convencimiento de que los cambios en las formas de gobierno habían de alterar súbitamente el aspecto de la sociedad y hasta las leyes de la naturaleza. En Inglaterra, esta creencia estaba modificada por el buen sentido estólido de la raza, por la lealtad al trono y por la elasticidad de la constitución á que estábamos sometidos;

en Francia, uno de los más grandes genios y de los hombres menos escrupulosos la había aplicado en provecho propio, dando por resultado una provechosa democracia que á intervalos clama por un déspota que la salve; mientras que en España, donde el trono había perdido el derecho al respeto, donde no había constitución que fuese elástica ni genio que preservase á la sociedad de la anarquía, con nuevos progresos del despotismo, el pueblo mismo se había labrado penosamente su salvación á costa de un siglo de ocultas miserias y conflictos.

Durante este período, los políticos teóricos habían prescrito muchas veces rápidos remedios para una enfermedad crónica, obteniendo siempre el mismo resultado: provocar una crisis que retardaba más el progreso del paciente. Falsos guías habían hecho traición al pueblo, conduciéndolo desde el camino estrecho por cortos atajos á los cenagales ó al borde del precipicio; en cada punto de parada, los jefes habían declarado jactanciosamente que se había llegado á la cumbre, y en elocuentes peroratas habían convocado á sus acompañantes y al mundo en general para que fuesen testigos y admiradores de su habilidad en haber llegado á esa cumbre con tan poco trabajo. Cada pasajero rayo de su tenue lamparilla era saludado con resonantes frases, como si fuese el brillante rayo de sol que señalase la meta. En el ínterin, el pueblo, inexperto en los fenómenos del progreso, había estado dispuesto á tomar la fluida oratoria por sublimes acciones y las vacilantes luces por fulgor diurno; con esto, hizo que fuese más acerba la contrariedad y mayores los paroxismos de rabia cuando supo la verdad y se vió forzado á trabajar otra vez entre dos luces.

Pero al mismo tiempo, este camino les llevó más lejos. Las intrigas y la corrupción de los políticos, la locura y ceguedad de los que ocupaban altos puestos causaron todo el mal posible; mas los que tengan paciencia para leer hasta el final esta historia, verán que en el transcurso de un siglo la nación española, á pesar de todo, ha avanzado y avanza todavía, aunque lentamente, hacia la prosperidad material, la ilustración y la libertad á que tienen derecho todos los pueblos civilizados.

Puedo, con justicia, aspirar á poseer alguna prerrogativa especial para relatar muchos de los incidentes contenidos en esta historia. En mi juventud escuché con atención los relatos de parientes ancianos y de amigos suyos que habían tomado parte activa en la gran guerra de principios del siglo. Algunos de ellos habían sido amigos de Godoy, otros compañeros de armas de Wellington é Hill, y de boca de uno aprendí la trágica historia de la matanza del 2 de Mayo, á que había estado presente. El mismo señor y su hermano, deudos próximos míos, estuvieron contados entre las víctimas del despotismo de Fernando y expiaron en la cárcel y en el destierro su adhesión á la causa constitucional. De ellos había oído yo á menudo el relato de la batalla de la Constitución en la calle Mayor, de Madrid, el 7 de Julio de 1822, y el asalto de las escaleras del Palacio por Diego de León, en 1841, para la captura de la joven reina Isabel. En tiempos posteriores comenzó mi propia observación, y como espectador perspicaz é interesado, á la vez que amigo de los principales actores, presencié la mayor parte de las agitadas escenas que se narran en estas páginas, desde la revolución de 1868 hasta la muerte de Alfonso XII; y desde entonces, nunca he cesado de

seguir con interés los incidentes de la Historia contemporánea de España.

En una obra que tantos detalles contiene, no puedo confiar en haber evitado errores, pero puedo afirmar con entereza que hice lo más que pude por evitarlos, y he tenido gran cuidado de confirmar mi recuerdo de los acontecimientos de que he sido testigo y de las descripciones que me hicieron los actores de las primeras escenas, comprobándolo con otros relatos contemporáneos.

MARTÍN HUME.

Londres, Octubre de 1899.

I

CARLOS IV Y GODOY.—UN NUEVO RESBALÓN EN LA PENDIENTE

España, en la última mitad del siglo XVIII y principios del XIX, presentaba el curioso fenómeno de una nación en que la gran masa del pueblo iba á la zaga de los gobiernos sucesivos en su deseo de progreso y reforma. La libertad de pensamiento y de palabra, las teorías filosóficas que precedieron á la Revolución Francesa se habían detenido en las fronteras de los Pirineos; y á excepción de un número relativamente corto de hombres trabajadores é ilustrados, que eran considerados por sus compatriotas como peligrosos innovadores, volterianos y francmasones, el pueblo español no pedía nada más que vivir en paz á su modo, obedeciendo y amando ciegamente á sus reyes, y condescendiendo con igual ceguedad con las fórmulas de su fe, que en la gran mayoría de los casos había degenerado en la superstición más negra y grosera. No era el pueblo quien tenía la culpa de esto. En dotes naturales y buenas cualidades de toda especie apenas tenía igual en Europa, pero una serie de calamidades sin ejemplo, debidas en el fondo á los crímenes y errores de sus gobiernos, le habían separado del movimiento intelectual é industrial del resto del mundo civilizado; y en la aurora del siglo de las luces todavía se man-

tenían esclavizados entre las redes de las épocas tenebrosas.

Hacia el fin del siglo XVII, cuando murió el último rey de España perteneciente á la casa de Austria, el idiota Carlos II, comenzó el mal. El sistema centralizador de gobierno iniciado por Carlos V y Felipe II había adquirido fuerza desenfrenada, bajo el mando de sus degenerados sucesores, en manos de una serie de favoritos corrompidos é insaciables. Las perfectas instituciones representativas, que en los primeros tiempos habían ido muy por delante de todos los demás parlamentos, habían sido minados por la tiranía y la venalidad y se habían hecho inútiles al perder el apoyo de la nación. La fatal herencia de la casa de Borgoña en la Europa central había arrastrado á España á una serie de guerras desoladoras en que los españoles, no tenían el menor interés. La industria había sido ahogada casi en absoluto por una descabellada política de fiscalización que echó todo el peso de las agobiadoras cargas nacionales sobre los comestible y las manufacturas; mientras que la expulsión de los moriscos y sus consecuencias para los oficios manuales habían sido causa de que la industria fuese considerada como degradante para un español genuino que debía empuñar una pica y, con buena maña, hurtar en América ó en los Países Bajos doblones bastantes con que pasar en fanfarrona ociosidad el resto de su vida. La Iglesia y la Inquisición, en su deseo de cortar el cisma religioso que turbaba á otros países, había alzado una muralla china alrededor de la educación que felizmente recomendaba la introducción del adelanto científico ó del progreso intelectual del extranjero, y habían limitado estrictamente el ejercicio del ingenio español á obras de imaginación.

Durante todo el reinado del primer Borbón, Felipe V, los nobles, el pueblo y, sobre todo, la Iglesia, habían continuado ofreciendo una resistencia inerte ó activa á los esfuerzos de sus consejeros franceses para que introdujesen reformas en la administración del gobierno. Acosado, como estuvo, por constantes guerras y después por el letargo mental que le atacó, este rey hizo cuanto era humanamente posible en aquellas circunstancias por engrandecer las instituciones de su pueblo, contra la voluntad de éste. Su hijo, Fernando VI, era español por nacimiento y por tradición y, con más cautela que su padre, hizo lo que pudo por fomentar la instrucción y las bellas artes y por darles un sello nacional que las privase de ser tachadas de importaciones extranjeras. Pero, en el ínterin, cuando Carlos III, su hermano consanguíneo, vino de Nápoles á gobernar á España en 1759, siendo prácticamente un extranjero y estando rodeado de ministros extranjeros, lo saturó todo, á ejemplo de sí mismo, de las nuevas ideas filosóficas de la escuela francesa; se sintió escandalizado por la condición miserable y atrasada de su nuevo reino, y se decidió á poner á España al nivel de las demás naciones, quisiesen ó no los españoles. Trabajó como un coloso en su abrumadora tarea, y más de una vez, al comienzo de su reinado, su corona tembló en la balanza cuando sus reformas contrariaban los prejuicios del pueblo: como, por ejemplo, cuando insistió en alumbrar las calles de la capital y en abolir el antiguo traje de los ciudadanos que, como él decía, andaban escondidos por las calles con los rostros cubiertos, más como conspiradores que como súbditos de un monarca civilizado.

Por espacio de treinta años próximamente, el grande entre los Borbones españoles se esforzó en introdu-

cir la tardía luz de la civilización avanzada en sus dominios con ayuda de ministros como Grimaldo, Aranda, Campomanes y Floridablanca; y cuando se sospechó que los jesuítas se oponían á sus reformas, fué abolida en España de un plumazo una de las organizaciones más poderosas de la cristiandad, sus miembros enviados al destierro y sus vastas propiedades confiscadas. La Inquisición, que había intimidado á los primeros monarcas españoles, y el Papado, que en los días de debilidad de España había trabajado una vez más por asir sus garras á la Iglesia española, llegaron á comprender que en España sólo un monarca podría, de aquí en adelante, gobernar en todas las cosas espirituales y temporales, á saber: el que llevase la corona por sucesión hereditaria. Reinaba el despotismo pura y simplemente (porque las Cortes habían muerto, en la práctica, á manos de Carlos III), un despotismo benéfico que obligaba al país, á despecho suyo, á aceptar las reformas materiales y civilizadoras que los pueblos tienen generalmente que arrancar por sí mismos de los gobiernos mal dispuestos. Por primera vez atravesaron el país hermosos coches; la canalización de los ríos llevó la fertilidad á vastas extensiones áridas é incultas; en todas las grandes ciudades se alzaron espléndidos edificios públicos que todavía siguen siendo su principal ornamento. Las cargas abrumadoras, que habían agobiado á la agricultura y á la industria, les fueron aliviadas en parte, y los artistas extranjeros vinieron á enseñar una vez más á los españoles las artes prácticas que habían olvidado. La agrupación de holgazanes improductivos en la iglesia y en los claustros fué decayendo, y para bien general se despojó á las corporaciones religiosas de la riqueza y tierras acumuladas por las manos

muertas (1). Las factorías de subsidios y los gravosos impuestos de protección fomentaron el renacimiento de las industrias nacionales, y la prosperidad material sonrió á España por vez primera después de dos siglos.

Pero aunque los españoles aceptaban de buen grado su creciente bienestar, y doblegaban su cabeza sin vacilación visible ante las incomprensibles medidas de su monarca, miraban con disgusto manifiesto el espíritu con que las reformas fueron introducidas. Siempre habían desconfiado de los extranjeros, pero desde el advenimiento de Felipe V, los obreros y comerciantes franceses habían caído sobre ellos como una plaga de langostas, monopolizando casi lo que quedaba de industria y comercio (2); y contra los franceses se había exasperado excepcionalmente el odio de los españoles. Aconteció, que las novísimas ideas del rey y en particular de su ministro, el temerario é impulsivo conde de Aranda, hízolos pasar la frontera de Francia, que tomó sus medidas, desagradables para el populacho, al mismo tiempo que para las clases privilegiadas, que sufrían especialmente. La «familia compacta» por la cual Francia y España convinieron mutuamente en defender cada una los intereses de la

(1) Por el censo de 1768 se ve que había aquel año en España 15.639 párrocos; otros clérigos con beneficio, curas asistentes y clérigos sin empleo, 51.000; clero regular, 55.453; monjas, 27.665; sacristanes y acólitos, 25.248. En treinta años, el número de clérigos sin empleo se redujo á 8.000, y el clero regular á un número aproximado.

(2) En 1791 se hizo un censo de extranjeros en España, y se descubrió que había 13.332 franceses cabezas de familia establecidos en el país, 1.577 alemanes y 140 ingleses. El número total de extranjeros domiciliados cabezas de familia era 27.500, de suerte que casi la mitad eran franceses.

otra, hizo á Carlos caer en la red de que su hermano uterino, aunque menos habilidoso, había escapado; y una serie de guerras impopulares con Inglaterra, en la que España tenía algo que perder y nada que recobrar, excepto Gibraltar y Mahón, absorbió mucho de la crecida renta proveniente de la perfeccionada administración financiera. Como el mismo Aranda predijo y proclamó en una notable profecía, la ayuda lenta de España á la revolución de las colonias inglesas de Norte América constituyó un peligro precedente para la separación de sus propias dominaciones coloniales, y promovía el establecimiento de una gran república anglo-sajona en América, que en tiempos venideros despojaría á España de su último palmo de tierra en el Nuevo Mundo (1). Carlos mismo, antes de su muerte, bajo la dirección del diplomático Floridablanca, reconoció su error al unirse demasiado estrechamente con Francia, sobre la cual y sobre el desventurado Luis XVI cerniéronse sombrías y compactas nubes cuando el rey de España exhaló su último suspiro, en Diciembre de 1788. Dos años antes, Floridablanca no sólo se había negado resueltamente á dejarse arrastrar de nuevo por el torbellino de guerras y tumultos que ardían lentamente en el resto de Europa, sino que había continuado las reformas interiores con que esperaba poner á España en condiciones de resistir la tempestad que se avecinaba. Tenía contra sí á los partidarios avanzados de Francia y al partido mi-

(1) «La nueva República federal, escribía Aranda á Floridablanca, ha nacido, por decirlo así, como un pigmeo, y ha necesitado el auxilio de dos naciones poderosas como Francia y España para conquistar su independencia. Mas llegará día en que se convertirá en un gigante, en un terrible coloso. Entonces olvidará los beneficios que ha recibido y pensará sólo en su propio engrandecimiento.»

litar, al frente del que estaban Aranda y O'Reilly, así como al clero y á los nobles descontentos que habían sufrido con los recientes cambios. Iba á pedir su retiro cuando el viejo rey murió.

En el pueblo español no había en absoluto ningún germen de sentimientos revolucionarios. La lealtad al soberano era una tradición nacional profundamente arraigada, y aunque su vigoroso conservaturismo les puso en guardia contra las oportunas innovaciones, no se culpaba de ellas al monarca, sino al ministro. Con destreza y maña de hombre de estado en evitar apuros comprometedores, parecía tener en aquella época el trono de España mayores probabilidades de estabilidad que cualquier otro del Continente. El elevado carácter personal de Carlos III, su firmeza, habilidad y justicia, habían contribuido en gran parte á este resultado. Era el primer soberano español, desde Felipe II, que no había sufrido el influjo de favoritos, hombres ó mujeres, y, como bien demostraron los acontecimientos, se adelantó á su siglo y á su país; si su sucesor hubiese poseído cualidades parecidas á las suyas, es probable que se hubieran evitado muchos de los desastres ulteriores que hundieron á España en la ruina y en la miseria.

Carlos IV fué proclamado en Madrid en Enero de 1789. Era un alma sencilla, honrada, benévola, un hombre de cuarenta años, de escasas dotes mentales, generoso y fácil de dirigir, aunque con la gran obstinación de los Borbones y un gran convencimiento de sus privilegios reales. Se había casado algunos años antes con su prima María Luisa de Parma, que había heredado con mayor fuerza que su marido las vigorosas pasiones é imperiosa obstinación de su común abuela; aquella «pendenciera de España», Isabel Far-

nesio, que había tenido á toda Europa en jaque durante los primeros años del siglo. El nuevo rey estaba, pues, bajo el completo dominio de su esposa, cuyos caprichos, como se verá en el curso de esta historia, no le ayudaron, por cierto, á vencer las dificultades con que tropezó. Estas fueron muchas y muy urgentes, especialmente las de carácter financiero. Las costosas guerras de Carlos III contra Inglaterra, la subsiguiente reconstrucción de la armada española y las muy dispendiosas innovaciones en España y sus colonias, habían sido pagadas con dinero sacado de vales de la Tesorería al portador por importe de 8.000.000 de libras y con el establecimiento de un Banco Nacional de San Carlos y muchos establecimientos de hacienda y de créditos y compañías de flete para poblar las colonias españolas. Poníase así en circulación una vasta suma de la deuda flotante que, con la muerte de Carlos III, había perdido en gran manera su valor. Los Bancos y Compañías de Hacienda estaban comúnmente en situación de semi-bancarrota; y la escasez de la cosecha y el riguroso invierno de 1788, habían aumentado la miseria casi universal. Los primeros decretos del nuevo rey (1) fueron generosos, pero imprudentes. Los impuestos excesivos fueron anulados; el pan y otros alimentos necesarios se abarataron por subvenciones del gobierno á los productores de ínfimas calidades, y el Tesoro repartió grandes sumas de dinero

(1) El primer decreto de Carlos, firmado unos pocos días después de la muerte de su padre, reconocía toda la enorme deuda flotante acumulada por los tres reyes anteriores, á condición de que los accionistas suscribiesen el triple del importe de sus reclamaciones á un nuevo empréstito al 3 por 100, asegurado sobre la renta del tabaco. Como, no obstante, este manantial de renta estaba ya hipotecado, los suscritores perdieron, en último resultado, su dinero.

en condiciones leoninas é innecesarias, que se hicieron desastrosas para los prestamistas.

Durante todo el largo reinado de Carlos III, las Cortes habían sido convocadas una sola vez, á saber: cuando fué necesario jurar fidelidad al heredero forzoso en 1760. Se supuso que existía en Madrid una diputación permanente de las Cortes en que estaba también representado el reino de Aragón, con el fin de velar por la expendición del aforo, que antiguamente votaban los representantes del pueblo elegidos por la ciudad de los Concilios; pero para todas las tentativas prácticas los parlamentos españoles estaban muertos, y sólo subsistían con el fin de jurar lealtad al rey y fidelidad y de reconocer al heredero forzoso. Por razones particulares, que ahora se explicarán, Carlos IV hizo más que esto en las Cortes convocadas á su advenimiento, y de su innovación siguiéronse resultados que al presente dividen á España en campos enemigos y han ocasionado al país dos desoladoras guerras civiles.

Con toda pompa y ceremonia reuniéronse los diputados el 23 de Setiembre de 1789, en solemne juramento de que guardarían el secreto de lo que se deliberara. Una vez hecho esto, Campomanes proclamó que el rey deseaba se le presentasen en la antigua forma de una representación pidiéndole que se aboliese el decreto de 1713, en que Felipe V establecía la ley sálica en España, y que se volviese á la antigua ley española, por la cual las hembras podían suceder á los varones del mismo grado. No se dió razón alguna de esta exigencia, y á primera vista no había ninguna aparente, porque el rey tenía tres hijos jóvenes vivos como las hijas; mas el cambio era naturalmente grato á los españoles, que todavía recordaban que el

más glorioso soberano de Castilla había sido una mujer; y las Cortes accedieron fácilmente al deseo del rey, suplicándole que legalizase la ordenanza, publicándola en forma de decreto. Prometió hacerlo, mas no lo hizo, por razones que más tarde se verán; y así se terminó el asunto, guardando los diputados y ministros el secreto inviolable. Las Cortes habían sido tan complacientes, que el conde de Campomanes, presidente, las consultó sobre otras medidas, con el objeto de reprimir la creciente vinculación de tierras y fomentar el cultivo de haciendas propiedad de las manos muertas; pero desde el instante en que algunos de sus miembros intentaron introducir peticiones para reformas de su propio acuerdo, fueron despedidos precipitadamente y las Cortes concluyeron.

Las razones que impulsaron á Carlos IV á pedir la abolición de la ley sálica y luego le impidieron completar su obra publicando el decreto, han dado origen á muchas dudosas especulaciones; pero la explicación más obvia es probablemente la verdadera. El decreto estableciendo la ley sálica en 1713 había echado á tierra la regla de que el heredero debe haber nacido en España. Carlos IV había nacido en Nápoles, y aunque la condición precisamente mencionada ha sido omitida en los códigos impresos en el reinado de Carlos III, seguía siendo la ley del país y hacía discutible el derecho de Carlos á la sucesión. Por otra parte, no había necesidad de agitar la cuestión á menos que fuese suscitada por otros, y el rey pensó que dispondría convenientemente la nueva ley publicándola en forma de decreto. Francia, además, sufría disturbios, y el rey empujaba siempre hacia adelante á la Asamblea que en una ocasión pareció ver la posibilidad de adoptar á uno de los Borbones españoles como su soberano

constitucional; y pudo haber parecido imprudente en Carlos acentuar los rasgos de diferencia entre Francia y España aboliendo la ley sálica establecida por su abuelo el francés.

Floridablanca había continuado, durante el primer año del advenimiento del nuevo rey, las reformas iniciadas por Carlos III, pero era un anciano cuyo celo se enfriaba ya. Los excesos de la Asamblea en Francia le asustaron. Había sido un reformador avanzado la mayor parte de su vida, pero de saber él que las reformas obligaban á los soberanos para con los vasallos al asalto de Bastillas, á la declamación inflamatoria en plazas públicas y á otras cosas parecidas, hubiera hecho las menos posibles. Su política se hizo, en consecuencia, vacilante; fluctuaba entre el temor de irritar al gobierno francés y agravar así la posición de Luis XVI; no obstante, su miedo le impulsó á adoptar las más tiránicas medidas para reprimir la propagación de las ideas avanzadas. Por un decreto de 12 de Abril de 1791, se suprimieron en España todos los periódicos, excepto la *Gaceta Oficial*, y en la frontera se vigilaba rigurosamente para impedir el paso de noticias ó propagandas de Francia, y en Julio de 1791 se publicó un monstruoso decreto que atrajo sobre España las protestas de toda Europa. Todo extranjero, residente ó trabajador, domiciliado en España—y ya hemos visto que la mitad eran franceses—había de jurar fidelidad al rey de España y á la religión católica, y renunciar á toda reclamación ó derecho de apelar á protección de su propia nacionalidad, bajo las más atroces penas. Mientras, por una parte, demostraba su miedo á la Revolución francesa y se negaba á reconocer la soberanía del pueblo, proclamada por la Asamblea (Julio de 1789), por otra, Floridablanca

apelaba á la «familia compacta» para reclamar á la Francia armada ayuda contra Inglaterra en apoyo de la pretensión de España á poseer toda la costa occidental de Norte América. La Asamblea accedió á la súplica, pero se hizo un pacífico arreglo por medio de una entrevista personal entre Carlos IV y el embajador inglés, y, afortunadamente, no se rompieron las hostilidades. La impolítica apelación á un gobierno revolucionario ataba las manos de España y la hacía sospechosa á las demás potencias; en esta época, y no después, como es costumbre afirmar, fué cuando en realidad se inauguró la política débil y floja de España con Francia, que después causó tantos desastres, y Floridablanca y su señor deben llevar buena parte de la culpa que, por lo general, se carga toda sobre Godoy.

La posición era, en verdad, extremadamente difícil para Carlos IV. El jefe de su casa, el rey de Francia insultado y encarcelado por sus súbditos, estaba en peligro cada vez mayor. Vínculos de sangre é intereses familiares comunes indujeron, naturalmente, al rey de España á tratar de salvarle. Mas no se atrevió á ir demasiado lejos, porque la Asamblea nacional no estaba en manera alguna dispuesta á sufrir la intervención extranjera, y España no se encontraba en condiciones de emprender una guerra. Los emigrados franceses no cesaban en sus esfuerzos de hacer que Europa viniese en ayuda de su rey, y en cuanto á las expresiones de simpatía, no tropezaban con muchas dificultades para manifestarlas. La declaración de Pilnitz y el convenio de los príncipes de Borbón para vengar cualquier ultraje que en adelante se hiciese á Luis XVI, después de la huida y detención en Varennes (Junio de 1791), habían ido precedidos de largas

y fastidiosas negociaciones, y se había perdido un tiempo precioso antes de que produjesen resultado alguno, á causa de los intereses divergentes de las potencias, su envidia hacia Inglaterra y la ineptitud é inestabilidad del mismo desventurado Luis XVI. Floridablanca, tardo y vacilante, dependiendo en gran parte de la dirección de la emperatriz de Rusia, estaba negociando con el emperador Leopoldo y el rey de Prusia una común invasión de Francia en los intereses de Luis, cuando (en Setiembre de 1791) el último aceptó la constitución y notificó el hecho á las potencias europeas. El emperador y los demás potentados aceptaron la declaración sin vacilación manifiesta, para no agravar más la situación de Luis, pero Floridablanca, sin ponerlo en conocimiento de Carlos IV, á quien rara vez hablaba de los asuntos extranjeros, fué el único que con arrogancia se negó á reconocer la notificación enviada en nombre de Luis como rey constitucional de Francia, hasta que se hubiese certificado por sí mismo de que el cambio había sido llevado á cabo libremente por propia voluntad de aquel monarca, obstinada actitud que indignó furiosamente al gobierno francés.

Cuando los embajadores francés y austriaco reprendieron á Carlos por el peligro en que la acción de su ministro había puesto á Luis, les dijo que oía hablar de aquello por vez primera. Las prudentes tentativas de Floridablanca por reprimir los males de la vinculación de tierras, la extravagancia administrativa y abusos eclesiásticos en España, habían suscitado contra él todos los correspondientes intereses del país, y cayó (Febrero de 1792) para ser reemplazado por el impetuoso conde de Aranda, que estaba enloquecido por Francia y todo lo que le pertenecía. Huyó al extremo

opuesto y abrazó la Revolución sin limitaciones ni salvaguardias, y los firmantes de la declaración de Pilnitz, Austria y Prusia, entraron en guerra sólo por rescatar al soberano Borbón en Francia.

Pero los acontecimientos se sucedían con rapidez. Luis fué encarcelado en el Temple (Agosto de 1792), y los prusianos fueron derrotados en Valnuy y en Jemappes; el Terror estaba en su apogeo, codiciando el mundo por la sangre de los tiranos y convocando á los pueblos esclavizados de Europa á romper sus cadenas. La Asamblea, ensoberbecida con la victoria ganada sobre los prusianos, dió órdenes á su embajador en Madrid, Burgoing, para que exigiese de España ó una estrecha alianza ó la alternativa de la guerra. Aranda abrió los ojos; España se encontraba apurada de dineros y no estaba en tren de comenzar una guerra; y para el soberano Borbón de España verse obligado á la alianza con el gobierno revolucionario, que habría puesto en peligro la vida del cabeza de su casa, era, en verdad, una amarga alianza. Algunas semanas antes la posibilidad de aliar á las demás potencias contra Francia había sido discutida por Aranda y el Concilio de Estado, y se decidió prácticamente que España se uniría á la coalición é invadiría á Francia por los Pirineos. Las amenazas del gobierno francés, sin embargo, y los recelos de Carlos por la vida de Luis en el Temple, paralizaron la acción y se hizo otra tentativa para mitigar la violenta Convención Nacional. El ministro español propuso un tratado de neutralidad y el francés se inclinó á atender. Aranda y el embajador francés, con gran acrimonia y recriminación por ambas partes, trabajaron por llegar á un acuerdo, cuando, repentinamente, en 15 de Noviembre de 1792, sin

previo aviso, el anciano primer ministro recibió su dimisión del rey. Comprendióse que la situación era extremadamente crítica, y se necesitaban altas cualidades de estadista si España había de conservar su paz, seguridad y honor; y la súbita cesación de Aranda asustó al país. ¿Qué significaría eso?, preguntaban los oradores de la Puerta del Sol en voz baja. Sólo había una respuesta, cuchicheada con el ceño fruncido y relámpagos de indignación: *El Choricero* (1). Cuando Floridablanca hubo caído, se dijo que el mismo poder oculto tras el trono había sido causa del cambio, aunque Godoy mismo negó después el hecho; y corrieron furtivos rumores, aun después, de que habían vuelto los malos tiempos de la adúltera reina Mariana y el vil favorito Valenzuela. Pero cuando llegó el anuncio de que el experto y digno conde de Aranda iba á ser reemplado por el general D. Manuel de Godoy, duque de Alcudia—el mismo *Choricero*—sólo se evitó que el disgusto y la indignación se expresasen abiertamente por el respeto tradicional de los españoles al trono y su amor al rey, caballero bondadoso y paternal.

Es preciso decir algo antes de proceder á hablar de Manuel Godoy, que á la edad de treinta y cinco años era llamado á la gobernación del Estado en la crisis acaso más difícil de la historia de su país. Pocos caracteres históricos han sido objeto de tanta adulación y de tanto vituperio, igualmente inmerecidos, como Godoy. En Inglaterra y España, especialmen-

(1) Godoy recibió el apodo del *Choricero—sausage-man*—por ser natural de Extremadura, donde la cría de cerdos es la principal industria. La mayor parte de los fabricantes de chorizos y salchichas en España son, ó pretenden ser, extremeños.

te, era natural que el hombre que por su bajeza y sus ambiciones puso su país á los pies de Napoleón y causó la guerra peninsular, fuese mirado con execración; y las fábulas más absurdas con respecto á él circularon en ambos países, y todavía se copian de libro en libro. Todos los recuerdos más acerbos asociados á él han desaparecido actualmente, y podemos juzgar su conducta con una imparcialidad de que no fué dable disfrutar á nuestros antepasados. Cuando era anciano y vivía en cruel pobreza y olvido en el destierro, publicó una vigorosa refutación de los ataques que se le habían dirigido, pero se le hicieron oídos sordos, porque llegó demasiado tarde. Había aguardado lealmente hasta la muerte del rey y de la reina, cuyo amor había cerrado sus labios; había aguardado hasta que su gran enemigo, el falso Fernando, concluyó su indigna vida, y cuando al fin habló, hubo pocos vivos que se preocupasen de él, porque el mundo era nuevo y Manuel Godoy estaba ya olvidado. Puede concederse que fué incapaz de cumplir la tarea que se le impuso, pero á pocos hombres es dado apreciar su propia insuficiencia, y con las riquezas y honores que sobre él acumuló la irresistible pasión de la reina; con aduladores y suplicantes, saludándole como un genio bajado de lo alto; con reyes y potentados solicitándole, no puede sorprender que Godoy, un mozalbete á medio educar, aceptase con complacencia los bienes que los dioses derramaban sobre él é hiciese lo mejor que podría haber hecho en sus circunstancias. Hubiera sido más que mortal si, despreciando su buena estrella, hubiese insistido en seguir siendo un guardia de corps.

Había llegado á Madrid á la edad de diez y siete años, y era hijo de uno de esos aristócratas de pro-

vincias que viven humilde, ociosa y pomposamente á costa de la exigua independencia proporcionada por la hacienda de sus antepasados; que desdeñaban el comercio y la industria y no pensaban más que en sus cotas de mallas; y cuyos hijos tenían poco más que hacer que buscar su fortuna en la carrera de las armas ó entre la familia de los hombres de Estado. El hermano mayor de Manuel estaba ya en el cuerpo de guardia del rey, y el mozo tenía también suficiente influjo para obtener la admisión en el cuerpo. Los miembros eran todos de noble progenie y entraban como oficiales, para hacer servicio en los pasos y antecámaras del Palacio y ser escolta de los soberanos. Esto era en 1784 ó 1785, y el joven guardia de corps pronto se captó las simpatías de la reina. Los absurdos relatos de que la encantó con sus toques de guitarra y sus canciones, pueden dejarse á un lado. Debió haber sido muy hermoso, porque aun en su ancianidad su aspecto era extraordinariamente agradable, y la reina se prendó de él, cuando ya era bastante vieja para ser su madre.

El mismo omite, naturalmente, todo esto, y atribuye su elevación al deseo del rey y de la reina de tener á su mano derecha un ministro de su propia hechura y enteramente entregado á ellos. Los ministros, decían, de Luis XVI le habían jugado una muy mala partida. Ahora bien, un ministro elevado por el rey sería, seguramente, más fiel. Esta, sin duda alguna, fué la idea del monarca, y estaba en estricto acuerdo con el antiguo sistema español del gran emperador y de Felipe II; pero la elección de Godoy para esta posición era de María Luisa, que ya antes fuera causa de la promoción del mozalbete á un grado que le puso en directo contacto con la familia real antes de que comenzase la educación que había de dis-

ponerle á ser primer ministro. En 1790, cuando sólo tenía treinta y tres años, estaba siempre presente en las entrevistas confidenciales entre el rey y la reina y los ministros, y María Luisa le animó á ostentar su ingenio y agudeza en conversaciones políticas con el rey, que pronto se persuadió por su esposa de que ésta era el material con arreglo al cual se habría de modelar su propio ministro. Antes de llegar á los treinta y cinco años, había llegado, rápida y sucesivamente, á ser Caballero-Comendador de Santiago, jefe de guardias, ayudante general de guardias, lugarteniente general del ejército, Gran Cruz de Carlos III, duque de Alcudia, Grande de España, Caballero del Toisón de Oro, ayudante de Cámara del rey, y, como hemos visto, canciller del Estado y primer ministro á la caída de Aranda, en Noviembre de 1792.

Encontró al país en una situación verdaderamente deplorable. Se ha demostrado que la masa del pueblo miraba con perfecta antipatía el celo reformador de Carlos III y sus ministros; la Iglesia y los nobles fueron más allá y se mostraron activamente hostiles en alto grado. Los excesos de la Revolución francesa habían, por otra parte, asustado á los mismos reformadores, y el inevitable colapso financiero del edificio de crédito alzado por Carlos III, que dependía del apoyo y de la simpatía pública, llegó cuando la marea de las reformas comenzó á bajar. Godoy, en su apología, escrita cuando era viejo, señala apasionadamente las dificultades con que él, joven inexperto, tropezó en esta coyuntura. Por motivos de economía, el ejército había quedado reducido á 36.000 hombres mal equipados; porque el temor de Floridablanca y el disgusto de Aranda hacia Inglaterra habían sido causa de que se gastase todo el dinero en la escuadra. La

guerra con Francia era ahora casi inevitable; no había reservas en el tesoro y las rentas no eran elásticas, porque el grave mal de la vinculación y las dotaciones ociosas de la Iglesia condenaban á gastarse mucha de la riqueza potencial del país. Las clases adineradas desconfiaban del recaudador de impuestos y ocultaban sus recursos; y á pesar de los esfuerzos hechos por Carlos III y sus ilustrados ministros, españoles de todas las categorías continuaban considerando como indignos el comercio y la industria; y se dedicaban á ociosas é improductivas carreras al servicio del Estado y de la Iglesia.

El primer problema para Godoy fué salvar la vida de Luis y evitar las humillantes condiciones impuestas por la Convención Nacional como precio de la paz entre Francia y España. La conducta adoptada fué probablemente la de Carlos IV y la reina, más bien que la de su joven ministro, porque esto era característicamente borbónico. Se envió al embajador español en París un crédito ilimitado para sobornar á los miembros de la Convención Nacional y de este modo se malgastaron grandes sumas. Con el plan de un tratado de París fué una súplica dulce y tímida de que se conservase la vida de Luis, y Godoy se aproximó con cautela á Pitt sugiriéndole que Inglaterra se uniese á la súplica, conducta que Pitt se negó á adoptar aunque le instasen á ellos los *whigs* (1). En vano Aranda previno solemnemente á Godoy de que si Luis fuese ejecutado á despecho de la amonestación de España, sería inevitable la guerra, y le suplicó fuese cauto; Carlos IV estaba determinado á salvar á su primo francés á toda costa y se presentó ante la Convención la

(1) Partido liberal de Inglaterra.—(*N. del T.*)

súplica de España, con el tratado en proyecto, en los últimos días de Diciembre. Carlos se ofrecía á reconocer el nuevo gobierno; más aún, á consentir en la deposición y el destierro de Luis y á tomar la responsabilidad de su futuro proceder, al mismo tiempo que á firmar el tratado de neutralidad y de mutuo desarme. Lebrun, el ministro de Negocios Extranjeros, recelaba que el tratado sirviese únicamente de sostén para salvar la vida de Luis; pero muchos de los jefes de la Revolución fueron lentamente sobornados por Ocáriz, el embajador español; y un momento después de leerse á la Convención la súplica por la vida del rey dudóse sobre cuál había de ser la respuesta. Pronto se irguió con fiereza Thuriot. «Fuera los reyes y su influencia, exclamó. No dejéis que los rufianes extranjeros, los bandidos coronados osen amenazar la majestad del pueblo confabulándose contra nosotros.» Su furiosa elocuencia arrastró tras él á la Convención, y la súplica del rey español fué ignominiosamente rechazada. La Convención alteró el tratado en un sentido todavía más favorable á Francia, y lo remitió á España para que fuese examinado de nuevo; pero todavía Carlos y Godoy afrontaron los insultos en obsequio á la vida de Luis. Mientras estaban contándose los votos de los miembros para decidir si el rey había de morir, Ocáriz hizo de nuevo un último llamamiento de misericordia hacia Luis bajo cualquier condición. Había comprado, como pensaba, á una mayoría de la Convención, y otra vez pareció como si se evitase la última penitencia del infortunado rey. Pero el sombrío Danton se impuso á todos ellos y se le condenó á muerte.

Desde entonces, difícilmente se hubiera evitado la guerra entre Francia y España. Godoy protesta lastimeramente de que fuese culpa suya. Acaso no lo fue-

se, pero se ha hecho artículo de fe que la guerra fué obra suya, y su recuerdo lleva este peso para toda la eternidad. Bourgourg, el embajador francés en Madrid, pidió la ratificación del tratado de neutralidad y el desarme de España, pero se le dijo que no se pondría en ejecución hasta tanto que se hiciese una especie de apología. La Convención no estaba en vena apologética y Francia declaró la guerra en 7 de Marzo de 1793; Barrère, en nombre del Comité de Defensa Nacional, anunció que los Borbones debían ser extirpados en troncos y ramas. Todas las medidas que el pánico hizo tomar á Floridablanca para suprimir la enseñanza revolucionaria, fueron arrojadas al rostro de España; todos los esfuerzos de Carlos por salvar á Luis, todas las aproximaciones de Godoy á Inglaterra, fueron citadas por Francia como pretextos para la guerra. La Convención había asumido el *rôle* de emancipador universal de los pueblos; pero la nación española no deseaba emancipación y estalló la guerra popular á ambos lados de los Pirineos. En España se echaron en manos del rey los millones atesorados para sufragar los gastos de la guerra (1). La Iglesia, los nobles, el populacho, rivalizaban en esta ocasión; porque no era ya un pueblo doblando de mala gana su cer-

(1) De Pradt dice, que mientras que Francia, bajo la Asamblea, sólo había contribuido con cinco millones de francos para la defensa de la nación, y que Inglaterra al principio de esta misma guerra de 1793 sólo proveyó cuarenta y cinco millones, la suma de dinero suscrito *espontáneamente* por los españoles en esta ocasión, alcanzó el enorme total de setenta y tres millones, ó sean casi tres millones de libras esterlinas. Sólo el arzobispo de Toledo dió 250.000 libras; y las contribuciones en hombres, caballos, armas y víveres de la nación en conjunto, fueron tan generosas como las de dinero.

viz á reformas que se le imponían, era la nación entera acudiendo á las armas para combatir el mismo espíritu de reforma en la forma odiosa y exagerada que sus adversarios españoles habían siempre pronosticado que tomaría. El pueblo español juró tomar venganza de los franceses, que casi habían monopolizado el trabajo manual en sus ciudades, y que en París habían insultado y pisoteado su fe asesinando al ungido del Señor.

Entusiasmado como estaba el pueblo, la organización y equipo del ejército fué, sin embargo, la peor posible, y aunque surgieron, como por arte mágico, grandes capitanes para guiar las huestes apresuradamente reunidas de Francia contra los realistas y la coalición armada de Europa, que avanzaba á destruir la Revolución, no esperaba tan buena fortuna á España, donde por espacio de muchos siglos el sistema de gobierno había debilitado la iniciativa individual. Con prodigiosa actividad los ejércitos de la República hicieron frente y vencieron á sus enemigos por todas partes. Un ejército español de 3.000 hombres cruzó, en Abril de 1793, los Pirineos, internándose en el Rosellón, conquistando plaza por plaza y marchando sobre Perpignan. Pero el general Ricardos había dejado indefensa su retaguardia, y el general Dagobert, con un crecido número de tropas francesas, marchó tras él é invadió el Norte de Cataluña. Todo el verano continuó la dura pelea por ambas partes de la frontera, sin resultado decisivo, mientras que los realistas franceses, sitiados en Tolón, fueron reforzados por una flota española, en unión con la escuadra inglesa, al mando de Hood. Pero entre los almirantes españoles é ingleses comenzaron las envidias y las mutuas contiendas; la fuerza republicana del país fué abatiéndose,

el genio precoz de Napoleón ya estaba dejándose sentir, los aliados abandonaron la ciudad sitiada—de lo cual culparon los españoles á Hood, á quien acusaban de absoluto desdén por las vidas é intereses de los realistas y de los españoles.—Estos últimos sintieron mucho el incendio de los barcos realistas por Hood dentro del puerto y la destrucción del arsenal, é Inglaterra quedó indiscutiblemente dueña del Mediterráneo cuando Tolón cayó en manos de la República.

Antes de comenzar la nueva campaña de 1794, Carlos IV convocó un consejo en Aranjuez para examinar la situación. En él leyó el anciano Aranda un informe en el que se combatía con aplomo la conducta de Godoy en la guerra, y se abogaba por un *modus vivendi* con Francia. Siguiéronse, á presencia del rey, palabras enérgicas, casi golpes entre Aranda y Godoy. El infatuado Carlos consideraba un insulto al favorito como un insulto á sí mismo. Recibió con ira la humilde invectiva de Aranda, y en el término de una hora el viejo ministro era conducido precipitadamente á su prisión en el remoto Jaén, para no volver á entrar en los consejos del reino; aunque Godoy reclamaba para sí mismo el favor de haber obtenido después que le librasen del encarcelamiento riguroso y de las amenazadoras persecuciones de la Inquisición.

La campaña de 1794 fué desde un principio desastrosa para los españoles. Primero murió el bravo y audaz general Ricardos, y su sucesor, el conde de O'Reilly, murió también antes de haber tomado el mando. El nuevo general conde de La Unión fué puesto fuera de combate por Dugommier, y cortadas sus líneas de comunicación. Los españoles fueron desorganizados y derrotados, y cruzaron de nuevo los Pirineos en Mayo, seguidos por Dugommier. Durante

todo el verano continuó la lucha por el lado de España, y en Setiembre se rindió á los españoles una fortaleza francesa, Bellegarde, después de un sitio de tres meses. En Noviembre, los españoles fueron derrotados con enormes pérdidas, muriendo La Unión y Dugommier; la fuerte fortaleza española de Figueras se rindió traicionada, y toda la España septentrional estuvo á merced de los franceses. Los españoles tuvieron igualmente poco éxito en el extremo oriental de los Pirineos, en Guipúzcoa y Navarra, y sólo con gran dificultad pudieron las fuerzas españolas comenzar de nuevo la campaña en la primavera de 1795; porque ahora el país murmuraba resueltamente contra el resultado poco satisfactorio del gobierno de Godoy. El ejército francés había cruzado el Ebro y amenazaba á Madrid. La frialdad había sucedido al ardor español, y ahora que Robespierre había sido decapitado, la República misma, bajo el Directorio, se hizo menos violenta y sanguinaria. Por eso se llevaron á cabo mutuas aproximaciones y se firmó en Julio la paz, y evacuando Francia el suelo español y cediendo España á la República la parte española de Santo Domingo. La paz fué generalmente popular en España, aunque los enemigos de Godoy la han presentado siempre como una ignominiosa rendición. Viendo que la coalición de las potencias septentrionales había estallado, y que los ejércitos franceses se habían establecido con decisión en el suelo español, es difícil comprender qué mejor fin se hubiera esperado. Godoy mismo indica que al fin España mantuvo intactas sus fronteras y sus instituciones, lo que algunas de las otras potencias no hicieron. En todo caso, Godoy era la única persona que ganó directamente, con la guerra ó con su conclusión, porque sus esfuerzos fueron

recompensados con el título de Príncipe de la Paz, y el disgusto del pueblo contra el *Choricero* aumentó más y más á medida que se multiplicaban los ejemplos de infatuación de la reina y de aparente consentimiento del rey.

A la distancia de la época en que estamos, parece que Godoy no merecía tanta reprensión por concluir la paz, como por la deplorable política que siguió inmediatamente después. Inglaterra estaba todavía en guerra con la República, y miraba con disgusto los términos de la paz, que la privaban de un aliado. El acrecentamiento del poder francés en las Indias Occidentales no le convenía, y de nuevo se pusieron tirantes las relaciones entre España é Inglaterra, que nunca había olvidado la ayuda de Carlos III á los Estados Unidos. Por eso, en tales circunstancias, hubiera sido de prudencia rudimentaria para Godoy haber tomado una actitud conciliatoria con Inglaterra y haberse mantenido en completa neutralidad. En vez de esto, inmediatamente después de haberse firmado la paz, comenzó á hacer tanteos con la República para una alianza ofensiva y defensiva en previsión de una guerra con Inglaterra. El Directorio, dispuesto á asegurar la ayuda de la flota española, aprovechó fácilmente la oportunidad, y Godoy firmó, en Agosto, el desastroso tratado de San Ildefonso, por el cual la abatida España se encontraba de nuevo frente á frente de Inglaterra, la única gran potencia naval que seriamente podría perjudicarla. Ir á la cola de Francia era bastante malo cuando los lazos familiares y los mutuos intereses enlazaban á los dos despóticos soberanos; pero para el Borbón español hacer causa común con el gobierno revolucionario, que en manera alguna serviría á los intereses de España, era nada menos que sui-

cida (1). ¿Qué tiene de extraño que de aquí en adelante los hombres de Estado franceses tratasen á España desdeñosamente, como un utensilio que habían de emplear cuando mejor les conviniese?

El 6 de Octubre de 1796, Carlos IV declaró la guerra contra Inglaterra, rebuscando todos los antiguos agravios—no olvidando la contienda de Hood con Gravina en Tolón—para que sirviesen de pretexto. Aun entonces, Inglaterra significó su buen deseo de hacer la paz si se rescindía la cesión de Santo Domingo á Francia; pero el Directorio no cedió, porque el general Bonaparte estaba haciendo su marcha triunfal á través de Italia, y en todas partes salían victoriosas las armas francesas. La primera acción en la guerra contra Inglaterra fué desastrosa para España. La escuadra española, en malas condiciones y pobremente armada, pero poderosa en apariencia, consistente en 25 buques en línea de batalla y 10 fragatas, estando en camino de Cádiz para repararse, fué encontrada por el almirante Jervis en el Cabo de San Vicente, con 15 naves, el 14 de Febrero de 1797, y derrotada por completo, perdiendo cinco de los mejores barcos de pabellón español. En Julio, el comodoro Nelson intentó repetir la hazaña de Essex en Cádiz, doscientos años antes, y quemó las naves en el puerto; derrotado aquí, dió un ataque inútil á Tenerife. En las Indias Occidentales, los ingleses tuvieron algo más de éxito, conquis-

(1) Hay muchas razones para creer que la extraordinaria política de Godoy en esta ocasión, estaba sugerida por intrigas venidas de París, en las cuales confiaba. Estaba persuadido que la República no perduraría mucho tiempo; y la elevación de un Borbón español al trono de Francia era el cebo que tragaba, probablemente con la esperanza de un principado independiente para sí mismo.

tando á Trinidad, aunque fueron derrotados en Puerto Rico y América Central. Hasta aquí, España no había tenido más que desastres con la guerra; porque nada podía ganar, en ningún caso, á no ser por un tratado de paz con la Inglaterra derrotada. De esto no parecía haber probabilidades, á pesar de la inminente invasión de Irlanda, porque la anarquía dominaba otra vez en París y Napoleón vencía en Austria é Italia.

Cuando el emperador Francisco se vió obligado á iniciar negociaciones para la paz (Abril de 1797), Francia negó á los emisarios de Godoy toda participación en las negociaciones. Este era un serio desaire, pero mayor fué cuando, al comienzo de las negociaciones abortadas entre España y Francia en Lille, España fué completamente abandonada por su aliada, excluida de la Conferencia y sus reclamaciones contra Inglaterra nada aprovecharon. A pesar de sus protestas, Gibraltar y Trinidad todavía estaban en manos de los ingleses. Las pretensiones de España á la soberanía de la costa occidental de Norte América fueron miradas con desprecio, y en vista de la estrella de Napoleón, que se alzaba rápidamente, Godoy y su rey debían haber sido ciegos si no vieron que habían estado obcecados y engañados. Gracias á la brillante desobediencia de Bonaparte al Directorio, obligó á Austria á una paz (17 de Octubre), por la cual Francia ganaba á Bélgica las provincias del Rhin, Majensio, las islas Jonias y la mayor parte de la Italia septentrional, mientras que la independencia de Venecia se sacrificaba á Austria, y todo el poder de la República y sus satélites, España y Holanda, se veía libre para atacar á Inglaterra, cuyo aliado, Portugal, había sido forzado por Godoy á abando-

narla, por amenazas renovadas de una invasión francesa.

España, entre tanto, se veía cada vez más arrastrada tras de la República. El duque de Parma, hermano legítimo de Carlos, juzgó la nueva república cisalpina (Módena) establecida por Bonaparte, como un vecino inquieto para sus dominios ancestrales, y el Directorio trabajó durante algún tiempo por forzarle á que resignase su ducado en cambio de la Toscana y hasta de Córcega y Cerdeña, al paso que Carlos debía ceder á Francia la Luisiana y la Florida. Pero las condiciones del Directorio no eran aceptables para ninguna de las partes interesadas, y el asunto se inmovilizó hasta que las tropas de la República cisalpina invadieron el ducado de Parma y proclamaron la deposición del duque. El último quería entonces aceptar el cambio previamente ofrecido. Pero era demasiado tarde, y se veía obligado, en vez de recibir la ayuda de un ejército francés, sostenerlo. En vano Carlos y el duque protestaron. Las tropas francesas fueron á Parma y allí se detuvieron.

Otro ejemplo de la determinación de Francia en utilizar á España como instrumento de sus fines, fué la intriga tramada cuando se planeó secretamente la expedición de Bonaparte á Egipto. El gobierno francés sugirió la idea de que el gran maestre de San Juan, que poseía la soberanía de Malta, se conviniese con Godoy, en favor del cual se alteraría la constitución de la orden y se aboliría la regla del celibato. Carlos IV parece haber aprobado este plan, por elevar más á su amado favorito, pero el príncipe de la Paz no quería separarse de su protectora y rehusó la ofrecida soberanía, aunque para hacerle más digno de ella el rey y la reina habían concebido la idea de casarle

con un miembro de su propia familia, la hija mayor del hermano del rey, D. Luis (1), matrimonio que se efectuó en Setiembre, ante la indignación declarada del pueblo, pues Godoy estaba ya casado con una doña Josefa Tudó.

El descontento del pueblo español contra Godoy estaba, en verdad, haciéndose amenazador. La esperanza de la corona de Francia para un príncipe español no parecía ahora ser ilusoria; los intereses españoles habían sido resueltamente desdeñados por el Directorio. En Portugal, donde se había negado á ratificar el tratado de paz laboriosamente negociado por Godoy; en Parma, donde la soberanía del duque había sido tratada con desprecio; en Roma, donde el Pontífice había sido depuesto del trono de San Pedro; en las negociaciones de paz con Inglaterra, España había sido sacrificada á los ojos del mundo. Por eso Godoy había instado algo inmoderadamente al gobierno francés á cumplir su parte del contrato, y habían respondido tramando intrigas para retirar de sus oficios al favorito. Este era, sin duda alguna, el primer motivo del ofrecimiento de la soberanía de Parma, y cuando éste falló se intentaron otros medios. Los enemigos de Godoy eran muchos, y comprendió que su posición era insostenible. Intentó aplacar al Directorio por una pronta anticipación de sus deseos. Ordenó á la flota española que abandonase á Cádiz y atacase á la escuadra inglesa, mandada por lord Saint Vincent, y prometió expulsar á los emigrados franceses de España. El embajador francés, Truguet, instó casi insolentemente al pobre y agobiado Carlos á despedir á Godoy; los enemigos del favorito cuchichearon al rey

(1) El infante Luis habíase casado morganáticamente con D.ª María Teresa Villabriga y Drummond.

3

algo de desconfianza y sospecha; hasta se dice que la reina se enamoró de otro guardia llamado Mallo, y todo presagiaba la próxima caída del favorito.

Además, otra personalidad iba haciéndose de los que por varias razones no estaban satisfechos con el presente orden de cosas. Godoy había alguna vez recomendado al rey como tutor para el príncipe de Asturias, heredero de la corona, á un cierto Juan de Escoiquiz, canónigo de Zaragoza, un hombre de alguna instrucción literaria, que tras una máscara de santidad ocultaba inmensa destreza é ilimitada ambición. No perdió la oportunidad de poner en evidencia ante su discípulo todos los hechos que fuesen en contra de Godoy, y muy pronto ganó un completo dominio sobre el espíritu del joven. Alrededor del joven príncipe el hábil tutor trató de reunir á todos los enemigos del favorito, y hasta se aventuró á atacar á Godoy ante el rey mismo so pretexto de un discurso que presentó á Carlos. Pero esto era demasiado y fué súbitamente despedido de la corte y enviado á Toledo, donde mantuvo todavía una activa correspondencia clandestina con su antiguo discípulo y contra los jefes del partido popular enemigos de Godoy. Todos estos cabildeos contribuyeron poderosamente, á la larga, á la caída del ministro. Este trató artificiosamente de parar el golpe llevando á su ministerio, precisamente antes de su propia dimisión, al ilustre y genial literato Gaspar Melchor de Jovellanos, y al casi tan talentudo Francisco Saavedra; pero no consiguió nada, y el 29 de Marzo de 1798 Madrid se desquijaraba de contento con la noticia de que *el Choricero* ya no era ministro.

El decreto relevándole de la Secretaría de Estado y del mando de los Guardias está concebido en los términos más halagadores. Dice que sólo á repetidas ins-

tancias de Godoy consintió el rey en separarse de él; pero «todavía había de gozar todos sus honores, sueldos, emolumentos y privilegios», y el rey expresa enfáticamente su gratitud hacia él. Godoy, verdad es, dice que sólo á grandes ruegos consiguió su dimisión, que por fin le dió Carlos con lágrimas en los ojos. Pero los chismosos—y algunas personas de mucha más importancia—hacen un relato distinto. Dicen que el ánimo de Carlos estaba tan excitado, que al principio firmó un decreto de proscripción contra Godoy y hasta pensó en condenarle á muerte, de lo cual le disuadieron Jovellanos y Saavedra por razones de Estado. Si así fué, el humor no duró mucho tiempo, porque, aunque Godoy fué despedido nominalmente, todavía no cesó por un mes en el ejercicio del mismo poder, que siempre tuvo sobre el rey y la reina, aun cuando los ministros Jovellanos y Saavedra llevaron la responsabilidad y sintieron amargamente la ilegítima intervención del favorito. Pronto se pusieron los negocios un tanto embrollados para que Jovellanos los tuviese á su cargo. El y Saavedra cayeron malos de una misteriosa enfermedad atribuida á un veneno, y el gran escritor volvió con delicia la espalda á la corrompida corte y reanudó sus tareas en la remota Asturias (Agosto de 1798), quedando Saavedra de primer ministro, con D. Luis de Urquijo como secretario de Estado y Cayetano Soler en el ministerio de Hacienda, mientras que D. José Caballero reemplazaba á Jovellanos en el ministerio de Gracia y Justicia.

Saavedra, advertido por la caída de Godoy, y determinado á no incurrir en la cólera del gobierno francés, se hizo de una vez el servicial criado del Directorio y su representante Truguet. Los emigrados

fueron rigidamente expulsados de España sin excepción; se prohibió, bajo penas gravísimas, la importación y venta de mercancía inglesa y hasta se previno severamente á los sacerdotes que empleasen alguna expresión ofensiva para las susceptibilidades de la vecina República, que había perseguido la fe cristiana y martirizado á sus ministros. La baja é indigna complacencia no llevaría más lejos del informe de Azara, el nuevo embajador español francófilo al Directorio (Mayo de 1798), asegurando que: «Los cambios que han ocurrido en vuestro gobierno, en vez de aflojar los lazos que unen á mi señor con el vuestro, los han hecho más fuertes que antes.» ¡Esto se decía del rey católico por antonomasia, que había arriesgado su propia nación para salvar la vida, si no la corona, de su pariente francés! España era ahora bastante humilde para que Napoleón estuviese seguro de que no debía temer de ella oposición para su vasto proyecto de hacer del Mediterráneo un lago francés, y de Egipto el camino real para un imperio francés del Indostán.

En Junio se rindió sin vacilar al conquistador la isla de Malta, y el 1 de Julio la gran expedición de Bonaparte avistó á Alejandría. No es esta ocasión de decir cómo Egipto fué conquistado é invadido, pero en medio del triunfo llegaron las funestas noticias de la batalla del Nilo (1 de Agosto de 1798). Nelson no había vencido á Bonaparte en Malta, pero derrotó su escuadra en Aboukir Bay cogiéndola desprevenida. El rey Borbón español de Nápoles rechazó inmediatamente la tutela francesa que le atormentaba y abrió sus puertos alegremente á Nelson y á su flota; Rusia y Turquía se unieron á Inglaterra contra Francia; Austria, más lentamente, respondió á la sugestión de Pitt de una liga universal contra los turbulentos dis-

turbios de Europa, y se adhirió en Marzo de 1799. Portugal, gobernado ahora por el príncipe del Brasil, que se había casado con una hija de Carlos IV, desafió resueltamente á Francia y unió su escuadra á la escuadra inglesa. Era éste un nuevo golpe para los españoles, que habían peleado ruda y continuadamente por llegar á una reconciliación entre Portugal y el Directorio, y algunas veces habían parecido estar al borde del éxito, pero la influencia y el dinero inglés prevalecieron como siempre; y ahora España, exhausta y pobre como estaba, se encontró unida, con unión poco natural, á la República durante su lucha contra toda Europa. Nápoles, Portugal y los Borbones se pusieron de parte de las monarquías contra un gobierno infiel, anárquico, impopular y desacreditado. Carlos IV, casi solo por su innoble complacencia y su necia ineptitud, hallóse en mala situación. Trató desesperadamente de llevar á cabo la paz, y en todas las capitales de Europa los embajadores españoles trabajaron por un arreglo, pero sin éxito. Vencido por las tropas francesas, Fernando de Nápoles se refugió en las naves de Nelson (Enero de 1799) y el rey español tuvo la bajeza de suplicar á los conquistadores que diesen la corona de su hermano á uno de sus propios hijos, para que pudiese sostenerla como humilde siervo de la República francesa. Cuanto más se rebajaba Carlos IV, más exigente se hacía el Directorio. En vano las potencias aliadas ofrecieron al rey español barcos y hombres para ponerle en condiciones de sacudir el yugo; en vano Rusia le amenazaba con la guerra si no lo hacía (Julio de 1799); Carlos, ignorante de los intereses de su país y de su orden, se adhería con creciente servilismo á aquellos cuya existencia era una negación del derecho de los reyes á gobernar.

La explicación de la extraordinaria infatuación de Carlos IV sólo puede encontrarse en la persistente creencia, insinuada por Godoy, en la posibilidad de que los franceses le adoptasen á él mismo ó á su propio hijo como rey. El mismo Directorio estaba bamboleándose para caer, porque los nuevos reveses sufridos por los franceses en Italia y á orillas del Rhin habían completado su impopularidad; la intriga y la inquietud reinaban en París; las fronteras de Francia estaban amenazadas, y cuando tres miembros del Directorio dimitieron (Junio de 1799), pareció por un momento como si el sueño de Carlos IV se convirtiese en realidad. Pero la llegada de Bonaparte á París, en Octubre de 1799, puso fin inmediatamente á estas visiones. El «hombre y la espada» estaban allí en el momento psicológico en que todas las instituciones en torno suyo se desmoronaban. «*Vive Bonaparte!*», se gritó por todos lados, y el *coup d'etat* del 18 brumario (10 de Noviembre) decidió el asunto. La Asamblea fué expulsada á bayonetazos, los doctrinarios parlanchines y los políticos corrompidos dejaron el puesto al soldado extranjero, y hacia el fin del año 1799, Napoleón se instaló en las Tullerías como primer cónsul, como déspota más absoluto que cualquier Luis.

En este estado había puesto á España en once años la servil pusilanimidad de Carlos IV. Atada al carro triunfal de la anarquía y del ateísmo, la monarquía más soberbia y más católica de Europa había sacrificado sus intereses más plenamente que lo había hecho en los más oscuros días de su historia á la imperiosa ambición de Luis XIV, consiguiendo por resultado que la única recompensa á su vileza fuese verse obligada á buscar por apoyo y amistad á un déspota

usurpador por quien eran pisoteadas todas las coronas y todos los hombres en holocausto de su ambición. De las acciones de Carlos IV en los primeros doce años de su reinado provinieron, en gran parte, los ulteriores desastres que cayeron sobre su desdichada nación.

II

ESPAÑA Y NÁPOLES.—«LA ARCILLA EN MANOS DEL ALFARERO»

En el capítulo anterior hemos bosquejado la situación política de España en los últimos años del siglo XVIII; examinaremos ahora brevemente la situación material, moral y financiera de la nación en el mismo período.

Por una gran variedad de causas que no necesitamos enumerar aquí, la población de España había declinado rápidamente desde el tiempo de los godos, en que era muy numerosa, hasta el primer cuarto del siglo XVIII. La emigración á América, las constantes guerras extranjeras, la ruina de la industria y de la agricultura por la contribución excesiva, la expulsión de los judíos y de los moriscos, y la consiguiente falta de alimento para una gran población, habían reducido á ocho millones los habitantes de España al comienzo del siglo XVIII. La larga guerra de Sucesión, en el año de 1715, había rebajado el número á seis millones; la cifra más baja á que se llegó jamás. Los esfuerzos de los reyes de la casa Borbón y sus reformadores ministros por descargar el peso de la contribución y reestablecer la industria y el comercio español pronto produjeron efecto, y en 1768 la población había aumentado hasta 9.307.000, y al advenimiento de

Carlos IV, en 1788, hasta 10.143.000, al paso que los pueblos habitados y las parroquias se habían elevado desde 34.530 que había en 1768 á 39.300 en 1788. Este aumento debíase, en gran parte, á la promoción de la industria por el gobierno, á la continua diminución del agrupamiento de ociosos en la Iglesia y casas religiosas y á las severas leyes contra la vagancia. El alimento del pueblo había sido abaratado por la facilitación de transportes, por la apertura de caminos y por la abolición de portazgos locales é impuestos sobre mercancía de tránsito y, sobre todo, por el decreto estableciendo el libre comercio de granos, la prohibición del monopolio especulativo del trigo y el establecimiento de cinco mil graneros públicos para suplir el surtido en tiempos de carestía (1789).

Las persistentes tentativas de los reformadores por refrenar algunos de los descarados abusos con que la Iglesia afligió á España, habían reducido considerablemente en el mismo período el número de eclesiásticos improductivos, que por espacio de algunos siglos estuvieron absorbiendo gran parte de las riquezas nacionales, sin dar nada en cambio.

HABÍA:	En 1768.	En 1788.
Clero secular	66.687	60.240
Monjes claustrados	56.457	49.270
Monjas y frailes	27.665	22.337
Ministros asistentes	25.248	15.875
Total	176.057	147.722

Así, pues, la diminución de personas improductivas é infructuosas sólo en treinta años era nada menos que de 28.335. El progreso continuó sin interrupción bajo Floridablanca y Godoy, hasta que toda la pobla-

ción llegó á 12.000.000 en el primer año del presente siglo (1).

Pero, por grande que hubiese sido el progreso en este respecto, sólo se consiguió merced á incesantes esfuerzos de ilustrados ministros por obligar á un pueblo mal dispuesto á aceptar medidas que contrariaban sus tradiciones y sus prejuicios. La nación española habíase visto obligada dos siglos antes á vivir en la pereza y había llegado á agradarle esta posición, de suerte que la tarea de los reformadores era difícil. Mendigos y vagabundos, ostentando al aire libre sus deformidades é implorando caridad en nombre de la Virgen, juzgaban provechosa su profesión, porque el pueblo simpatizaba con ellos, aunque la ley no lo hiciese. Todavía estaba arraigada la tradición contra el duro y paciente trabajo de labrador y aún sobrevivía el miedo del rapaz recaudador de contribuciones. Apenas una aldea en España carecía de iglesia ó escuela de monasterio donde los hijos de los campesinos aprendieran las migajas de latín que les hacían desdeñar la azada y la hoz y entrar en las perezosas filas de los eclesiásticos ó en el formidable ejército de *pretendientes,* buscones, de los oficios del gobierno, que todavía son la peste del país. Las diez y siete Universidades de España abrían sus espaciosas puertas á las clases más pobres de estudiantes, el 90 por 100 de los cuales abrazaban el estudio simplemente como un pretexto para la ociosidad y mendicancia; viviendo con las raciones que les repartían á las puertas de los monasterios—para la cual llevaban en los bordes de su tricornio la tradicional cuchara de palo—mendigando por las esquinas de las calles con el pretexto de que

(1) Huelga advertir que se trata del siglo XIX. Este libro se publicó en 1899.—(*N. del T.*)

necesitaban comprar libros, ó ganando, por accidentales servicios domésticos en familias privadas, lo bastante para aumentar el provecho que sacaban de mendigar. El número de personas que reclamaban nobleza, aunque había disminuido una tercera parte en treinta años (1768-1788), alcanzaba la enorme suma de 470.000 al fin del período, y la mayoría de éstas vivían ociosa ó improductivamente. Siempre había sido una característica de la vida española que personas de todas las categorías algo elevadas estuviesen rodeadas de un número desproporcionado de domésticos más ó menos dependientes, y se calculó que al fin de este período que examinamos existían en España, por lo menos, 276.000 personas de éstas, relativamente improductivas. Así se veía que, por mucho que se hubiesen esforzado los gobiernos reformadores, al comienzo de este siglo no habían penetrado muy profundamente en la masa inerte de la tradición nacional.

Será interesante consignar algunas de las medidas por las cuales se había llevado á cabo algún progreso parcial en la condición del pueblo. Las alcabalas ó impuestos del 14 por 100 sobre toda mercancía siempre que ésta pasaba de mano en mano, que habían destruido la industria española, fueron ampliamente conmutadas por cuotas locales establecidas, pero todavía eran gravemente opresoras. Entonces fueron abolidos los impuestos sobre ventas de primera mano y en gran manera reducidos los impuestos sobre ventas posteriores, y las contribuciones sobre los principales artículos de alimentación fueron también disminuidas, y se igualó la incidencia con la imposición de un 5 por 100 de contribución sobre rentas de terreno, y 2 ó 3 por 100 sobre la renta de los arrendamientos que había de ser pagado por los arrendadores. El

espléndido sistema de caminos reales, inaugurado por Carlos III, se había casi completado al fin del siglo, y por primera vez se hizo el viaje en España fácil y seguro. Se establecieron mesones en los principales caminos reales con subvención del gobierno y por iniciativa de Floridablanca; en 1789 atravesaron regulares diligencias, á expensas del gobierno, varios caminos principales, y se organizó un servicio bisemanal de postas de Madrid á Bayona. Verdad es que el coche con seis pasajeros tardaba seis ó siete días en ir desde la capital á la frontera francesa; pero aun esto era un inmenso adelanto sobre el arriesgado viaje en las ancas de una mula, que hasta esta época había sido el único modo de viajar por el país ó comunicarse con el resto de Europa.

Más adelante se introdujeron y establecieron en las aduanas, con subvención del gobierno, para fomentar la industria, un gran número de instruídos artesanos extranjeros, estando obligado cada maestro á reunir y enseñar á un número determinado de aprendices españoles; se limitó el tiránico dominio de los antiguos *gremios* sobre sus respectivos oficios, al paso que se concedieron premios á los constructores de barcos que fuesen españoles; se permitió introducir libres de pago madera, cáñamo y otros materiales para la industria, y los impuestos de exportación sobre la mercancía española fueron abrogados. Los anticuados y opresores privilegios del Mesta fueron rebajados y después abolidos, y las vastas extensiones de pastoreo común se aplicaron á usos más civilizados (1). La

(1) Esta institución, peculiarmente española, que había existido por espacio de muchos siglos, consistía en una poderosa y privilegiada asociación de ganaderos, á quienes se permitió conducir inmensos rebaños de carneros meri-

cría de caballos, que antiguamente había sido tan provechosa para España, fué reavivada por la exención del impuesto de los poseedores de cierto número de yeguas de vientre (treinta), del alojamiento de tropas y del servicio militar obligatorio. La industria minera fué promovida por la renuncia de la corona á reclamar todos los minerales, que en adelante habían de ser propiedad del que los descubriese. Todas estas medidas y muchas otras de igual tendencia, iniciadas por los reformadores ministros de Carlos III, fueron celosamente impulsadas por Godoy, que, por impopular que fuese y desproporcionado á su posición, hizo todo lo que estuvo en su mano por civilizar y elevar á sus compatriotas; y fué, en todo el curso de su vida, un generoso protector del arte, de la ciencia, de la literatura y de la instrucción.

La desastrosa serie de guerras en que comprometió á España la ineptitud de Carlos IV y Godoy, impidieron el progreso de las reformas y del adelanto moral y financiero que de ella se seguía. En el último año del ministerio de Floridablanca (1791), la renta total de la Península había subido 800.488.687 reales (96 por libra esterlina), ó 8.327.690 libras, mientras que la expendición era de 7.629.349 libras, de lo cual se gastó la desproporcionada suma de 500.000 libras en la familia y casa real. Por razones que ya se han indicado, á la subida de Godoy habían bajado los recibos y había subido el gasto de la guerra, de suerte que

---

nos (por cuya lana se hizo tan famosa España) de una parte del país á otra dos veces por año, apacentándolos en las tierras comunes reservadas para este fin. Ciertas provincias, Extremadura y León especialmente, fueron monopolizadas prácticamente por los grandes rebaños errantes, y esto condenó á la infertilidad inmensas áreas de hermosa tierra.

en el año 1793 los recaudos eran sólo de 602.600.000 reales; en 1794, 584.162.000 reales; en 1795, 607.280.000 reales, mientras que los gastos habían subido enormemente, siendo en 1793 de 708.800.000 reales; en 1794, 746.481.000 reales; en 1795, 1.030.000.000 de reales (1). Esto, naturalmente, significaba el aumento de los impuestos y una regresión á los medios opresores de imponerlo. Se impuso una contribución especial á las rentas eclesiásticas y territoriales, y los fondos públicos de crédito, dotaciones caritativas y religiosas, depósitos de cancillería y otras cosas semejantes, quedaron forzosamente á cargo del gobierno, á préstamo de 3 por 100, á la vez que se recogieron grandes sumas con la formación de nuevas obligaciones del Tesoro. El importe del impuesto de guerra recayó, como se verá, sobre la Iglesia y las clases agricultoras, y la impopularidad de Godoy entre ellas fué el resultado natural.

Pero cuando estas clases hubieron quedado casi secas y el poder de España dentro y fuera había dado señales de agotamiento, las demandas de gastos de guerra, siempre en aumento, tropezaron con el nuevo impuesto sobre el comercio y primeros artículos de necesidad, y las clases más pobres sintieron lue-

(1) La renta de las colonias en la misma época era de unos 27.000.000 de dollars, dos tercios de los cuales fueron absorbidos por gastos y unos 9.000.000 entraron en el Tesoro español. Un extraordinario aumento en la prosperidad de las colonias había seguido al edicto de libre comercio en 1778. Solo en Méjico, las rentas durante los tres años que precedieron á la concesión de comercio franco, importaron 131.000.000 de dollars, y durante los tres años siguientes 232 000.000 de dollars, mientras que el importe total de los preciosos metales sacados de las minas americanas ascendió de 14.000.000 de dollars en 1775 á un promedio de 22.000.000 un año antes de terminar el siglo.

go el pellizco. Había desaparecido la continuidad del sistema fiscal. Se hicieron tentativas de todo género y se puso en práctica el plan de cada político teórico para elevar la moneda, libre comercio parcial, protección parcial, monopolios en una dirección, libertad en otra (1), hasta que al fin del siglo la hacienda del país estuvo en completa confusión, hubo un gran déficit anual (2), se desvaneció la confianza en la estabilidad del gobierno y España ya entró en la empinada senda que arranca del sólido sistema inaugurado por Carlos III y acaba en la bancarrota nacional crónica.

Igualmente bien intencionados, pero mucho más fructuosos, habían sido los esfuerzos por perfeccionar la condición moral del pueblo español. La limitación del poder de la Iglesia y la Inquisición sobre la ciencia é instrucción del exterior, y el patronato de los reyes Borbones sucesivos habían puesto á España al

(1) Lo que continuó asustando á los economistas fué que en España las importaciones de bienes de países extranjeros ascendieron (en 1800) á 7.400.000 libras esterlinas, mientras que sus exportaciones sólo se valuaron en 3.000.000, dando un balance anual de 4.400.000 libras contra España. Esto estaba en gran manera, aparentemente, contrapesado, por las importaciones y exportaciones á las colonias, que enviaban á la madre patria mercancías y tesoro por valor de 8.400.000 libras, mientras que España sólo enviaba allí bienes por valor de 4.600.000 libras, quedando el contrapeso, según pensaban, en España. Estas cifras no eran, sin embargo, muy consoladoras, cuando las grandes importaciones de los países extranjeros eran, principalmente, consistentes en manufactura, y las exportaciones, relativamente pequeñas, á las colonias, eran de lo mismo, mientras que las exportaciones al extranjero y las vastas importaciones de las colonias representaban, principalmente, productos naturales y plata.

(2) El déficit durante los últimos cuatro años del siglo ascendía á dos millones y medio de libras esterlinas.

nivel de otras naciones civilizadas al comienzo del siglo presente. Por desdichada que fuese la influencia política de Godoy, sería ocioso negar que fué uno de los mejores amigos que tuvo jamás la ilustración española. Introdujo nuevos métodos y nuevos libros en las escuelas, libertó á la instrucción de los antiguos métodos estériles de los sacerdotes, y en toda España promovió el establecimiento de institutos y sociedades para la difusión de la ciencia y su emancipación de las trabas eclesiásticas (1). Escuelas de ciencia, de oficios y de artes recibieron, bajo el gobierno de Carlos IV, asistencia y protección, tales como nunca antes se había soñado, y en el periodo de que tratamos (1800), Madrid y los principales centros de población se pusieron casi todos en las artes é industrias al igual de las demás ciudades de Europa.

Nunca habían faltado en España brillantes genios, aun en sus horas de más profunda oscuridad, pero ahora, con la instrucción dominando en altas esferas y la prensa libre, al menos en parte, la literatura y el arte adquirieron un dominio más vasto de desarrollo. Grandes artistas como Goya; poetas como Moratín y Meléndez Valdés; economistas políticos como Sempere, y el universal genio literario Jovellanos; humoristas como el Padre Isla é Iglesias; hombres de erudición y letras como Capmany, Vargas Ponce, el conde de Campomanes, Muñoz Llorente y una hueste de otros más presentaban un movimiento intelectual tan brillante como el que cualquier otra nación en el mundo ofrecía por aquella época. En sus aspectos socia-

(1) Uno de los títulos de que Godoy estaba más orgulloso, era el de protector de la Academia de Bellas Artes de San Fernando, institución que todavía tiene importancia en Madrid.

les, también España progresaba por saltos y tránsitos bruscos durante los reinados de Carlos III y Carlos IV. La inmodestia de las mujeres y la suciedad de las calles españolas habían sido, por espacio de siglo y medio, el tema de todo viajero. La austeridad de la corte de Carlos III, y los continuados trabajos de sus ministros y de los de su hijo, habían hecho la sociedad española tan decorosa, exteriormente por lo menos, como la de Londres. El vagabundeo, degenerando en bandidaje, que la falta de industria y las guerras de los Felipes habían hecho una de los más principales caracteres de España, había sido severamente suprimido, y una conveniente policía urbana y rural reforzó la supremacía de la ley.

Así se comprenderá que el renacimiento de España, que había proseguido casi sin interrupciones desde el fin de la larga guerra de Sucesión, sólo requirió paz continuada para asegurar á la nación un porvenir floreciente y culto. La falsa tendencia se inició cuando la debilidad, vacilación y servilismo de Carlos IV y sus ministros con la Revolución francesa condujo, inevitablemente, al país á una serie de guerras en que había que perderlo todo y ninguna probabilidad de ganar, mientras convencían al poco escrupuloso Napoleón de que nada había que temer de la dignidad ó firmeza del rey de España y de su favorito.

El restablecimiento del gobierno estable en Francia bajo el Consulado, y los esfuerzos de Napoleón ayudado por los españoles para dividir la coalición contra él, habían dejado á Inglaterra y Austria como las únicas enemigas decididas en armas que tenía frente á frente. No es esta ocasión de describir detalladamente el denodado ataque del primer cónsul á los Alpes, la triunfante campaña en Lombardía y la famosa Con-

vención, por la cual el general austriaco convino en retirarse más allá del Mincio, dejando de nuevo á los franceses dueños del Norte de Italia. España se interesó más en la lucha naval contra Inglaterra. Carlos IV había continuado cumpliendo tímidamente las órdenes de sus aliados para ayudarlos con barcos en el Mediterráneo, donde la escuadra inglesa bloqueó á Malta y ocupó prácticamente el mar. Pero era evidente ahora para los españoles que la guerra declarada á Inglaterra en el Mediterráneo, mientras las costas de España estaban á merced de la potencia naval predominante, equivalía á la ruina. La fiebre amarilla diezmaba á Andalucía; los arsenales no estaban aprovisionados; los barcos no tenían tripulación; el Tesoro estaba casi exhausto, y la ayuda que España pudiera dar á Francia era penosamente arrancada por su duro trabajo. Por consiguiente, los dos puntos principales á que tendía Napoleón, con su diplomacia consumada, eran: primero, aislar á Inglaterra, y segundo, unir á España más firmemente que nunca con Francia. Rusia estaba conciliada por la cesión nominal de Malta á Pablo I, como Gran Maestre de San Juan; las potencias septentrionales estaban irritadas por las usurpaciones marítimas de la Gran Bretaña; Austria era aterrorizada y adulada alternativamente.

Entre tanto, estaba celebrándose la Conferencia de la Paz de Luneville, en la cual todas las potencias estuvieron representadas; y el consiguiente armisticio puso á Napoleón en condiciones de proseguir con éxito su gran intriga en todas las cortes de Europa, hasta que Inglaterra quedó sola (Febrero de 1801). Unir estrechamente á la extraviada España era una tarea mucho más fácil. Se enviaron grandes regalos y amables letras á Carlos IV, María Luisa y Godoy.

Se nombró á Berthier embajador con plenos poderes para arreglar la cuestión de Parma, que tanto interesaba á la reina de España. Carlos IV fué engañado cuando estaba á punto de realizar sus proyectos, porque Godoy y María Luisa estaban á su lado. Berthier, ostentoso y grandilocuente, deslumbró al sucio Madrid; y Urquijo, el primer ministro español, ya pronto á caer bajo los ataques de Roma y del clero, á consecuencia de sus esfuerzos por libertar á la Iglesia española de la autoridad del Papado, se apresuró á hacer algunas concesiones á cambio del auxilio de Francia. En consecuencia, arreglóse fácilmente el nuevo tratado de San Ildefonso (Octubre de 1800), por el cual el hermano de María Luisa, el duque de Parma, había de adjudicar á su hijo una porción de Toscana con el título de rey, y la infeliz España hubo de pagar esto con la cesión de la Luisiana y la donación á Francia de seis buques de guerra armados. A esto se agregó un tratado con el fin de que ambas potencias continuasen armadas para forzar al príncipe regente de Portugal á abandonar la alianza inglesa.

Se verá que España no ganaba absolutamente nada con este tratado; el cargamento de su flota activa estaba encerrado con el escuadrón francés en Brest; sus costas quedaron á merced de los ataques; Menorca fué tomada por los ingleses; ya había sufrido mucho con la anexión francesa y todavía estaba destinada á hacer más sacrificios, y la única mezquina concesión que se le hizo, fué la cesión de una parte del territorio italiano, recién conquistado, para el hermano de la reina, príncipe extranjero. No debe inferirse, con todo, que la acción corrompida y necia de las autoridades en Madrid fuese aceptada con alegría por los españoles en general. Por el contrario, aunque Godoy no era

ministro nominalmente, toda la nación, fuera de su círculo de aduladores, maldecía con furor al *Choricero* honda, si no ruidosamente, por traficar con los intereses de su país y poniendo sobre su cuello el yugo del odiado *gabacho*. El almirante español Mazarredo, al mando de la flota de Brest, fué más allá y se opuso resueltamente á los esfuerzos de Napoleón por emplear los buques españoles en expediciones únicamente provechosas á la República. El primer cónsul deseaba servirse de ellos para recobrar á Malta y Egipto. Mazarredo insistía en la mayor importancia de reconquistar á Menorca y proteger las costas españolas. Insistía en forzar el bloqueo de Brest y en reunir á las flotas aliadas en Cádiz; y se necesitó toda la diplomacia de Napoleón para impedir al almirante español que sacase al escuadrón de Brest frente á los ingleses. La persistencia de Mazarredo y el inútil gasto de mantener una flota española encerrada en un puerto francés, mientras que la costa de España estaba abandonada, acabó por hacer que saliese de Madrid el ministro Urquijo, que dió al almirante español órdenes decisivas para realizar su plan.

La rebelión de un país así, llenó á Napoleón de cólera y de sorpresa. Su primer impulso fué desembarazarse de Urquijo, porque sabía que éste manejaba á la reina y á Godoy, y con este objeto anunció su intención de enviar á su hermano como embajador especial á España. Esta fué una noticia desagradable, porque evidentemente pronosticaba alguna nueva violencia, y por indicación de Godoy, Urquijo se apresuró á suplicar á Napoleón que no enviase á España á Luciano. Como Godoy dijo á la reina en una ocasión «temía tanto á Urquijo como los franceses», y previó rectamente que esta súplica á Napoleón precipitaría más bien que

impediría la caída del ministro. Por eso Godoy se retiró á un lado mientras Urquijo restallaba el látigo. Lejos de detener á Luciano, la advertencia española adelantó su llegada. Dejó su escolta en Vitoria y de repente se presentó, con un solo ayudante, en el palacio de El Escorial, y al cabo de unas cuantas semanas, Urquijo, habiendo recibido la dimisión y caído en desgracia, iba camino de la ciudadela de Pamplona, su lugar de destierro (1). La coalición del Vaticano y el primer cónsul había sido demasiado fuerte para él; y Godoy, que era para ambos una *persona grata*, fué nombrado generalísimo de todas las fuerzas españolas, y tomó más resueltamente las riendas del poder político, bajo la transparente máscara de su primo don Pedro Ceballos. El leal almirante español Mazarredo recibió órdenes de suavizar al colérico Napoleón. La subordinación de los intereses españoles á los de Francia era completa.

Con la paz de Luneville llegó á su término la segunda coalición de las potencias. Las armas y la diplomacia de Napoleón habían vencido; sólo quedaba In-

(1) La caída del reformador anticlerical Urquijo, dejó todavía á su colega Caballero, ministro de Gracia y Justicia, en el favor del rey. Este hombre era un violento clerical, amigo de la Inquisición, un reaccionario que contradecía y se oponía á todo progreso y adelanto. Godoy y el nuevo ministro, Ceballos, hicieron lo que estuvo de su parte por templar su celo, como Urquijo lo había hecho, pero ni Godoy persuadió jamás á Carlos IV de que le diese la dimisión. Godoy confiesa que no comprendía la razón de esta pasión del rey por Caballero. Para los que han estudiado la historia antigua de España, no será más misteriosa que la subida del mismo Godoy al poder. El distintivo de la política de Carlos IV y Felipe II fué tener por primer ministro un hombre de la hechura del soberano y darle colegas de opiniones violentamente contrarias, de suerte que el soberano mantuviese siempre la balanza en equilibrio.

glaterra; su única amiga, Austria, estaba sojuzgada por los ejércitos del Consulado, y Rusia, Prusia, Suecia y Dinamarca hacían causa común con Francia y su satélite España para abatir el poder naval que todas ellas temían. El primer cónsul había calculado á su tiempo la política de los estadistas españoles, y la llegada de su hermano á España coincidió con un desarrollo de sus planes personales para servirse de la nación para sus fines. El 13 de Febrero de 1801, Godoy, como generalísimo de las fuerzas, y Luciano, como embajador especial, firmaron el convenio de Aranjuez, por el cual las fuerzas navales españolas se obligaron á tomar parte, con las de la República, en todas las operaciones en que estas últimas entrasen; el hijo del duque de Parma, muy á pesar suyo, se vió forzado á aceptar su fantástica corona de Etruria de manos del conquistador en París (1), y sobre todo, Carlos IV consintió al fin (29 de Enero de 1801) en rogar á Napoleón que cooperase con el ejército francés en la conquista de Portugal, si el príncipe regente no renunciaba, en el término de quince días, á la alianza inglesa. Esto implicaba el paso forzoso de las tropas francesas por España y ponía á la última nación á merced de su aliada.

Antes de que hubiesen pasado muchas semanas, pisó suelo español un ejército de 15.000 franceses, al mando de Leclerc, unido con un gran contingente es-

(1) Los príncipes Borbones de Parma fueron pródigamente agasajados por Napoleón en París, durante un mes, para causar impresión en las demás familias reales de Europa, pero el cónsul no ocultó su desprecio hacia ellos. «Este es un pobre rey, escribía; es imposible formarse idea de su holgazanería. No ha tomado una pluma en la mano desde que está aquí y no puedo conseguir que se interese por los negocios. Todos estos príncipes son parecidos.»

pañol, contra Portugal. Godoy, como generalísimo, había dividido sus 60.000 hombres en tres cuerpos: uno de 20.000 para amenazar el Miño por el Norte, otro de 10.000 sobre las fronteras de los Algarbes por el Sur, mientras que él, con el grupo principal, grupo de 30.000 hombres, plantó sus cuarteles en su pueblo natal, Badajoz. Es cierto que la intención de Godoy era ganar popularidad y fuerza política, por una campaña fructuosa contra un adversario débil, y su ridícula y ampulosa conducta desde el comienzo de la campaña demostró claramente su deseo de sacar por sí mismo todo el provecho que pudiese. Pero se extralimitó. No era héroe ni genio. Sus grandilocuentes arengas, sus ostentaciones teatrales y sus despachos exagerados hicieron de esta «guerra de las naranjas» un yugo pesado y del *Choricero* un objeto de irrisión, como durante mucho tiempo había sido objeto de disgusto para sus paisanos.

Pasando por la frontera portuguesa el 20 de Marzo de 1801, no encontró fuerza bastante para resistirle y en breve redujo todo el Alemtejo sin pelear prácticamente. Portugal no tenía más recurso que acceder á las condiciones del convenio dictado por Godoy. Una de sus ciudades, Olivenza, fué cedida á España y convino en excluir de sus puertos las fuerzas de su antigua aliada, Inglaterra; en cambio de lo que Francia y España habían de garantir la integridad de su territorio. Toda la campaña duró sólo tres semanas, pero el rey y la reina, y naturalmente su corte, saludaron al victorioso príncipe de la Paz como el salvador de la nación, el rival del gran conquistador de su época; y los soberanos en persona concurrieron al festival del vencedor en Badajoz (Julio), donde se alojaron en casa del padre de Godoy, y la famosa rama de naran-

jo echada al fuego, casi el único trofeo de la guerra, fué presentada á María Luisa con mucha pompa y corrección. Toda esta comedia, por bien que la desempeñase Godoy, no satisfizo á Napoleón, quien se negó á ratificar el tratado de paz con Portugal, que le dejó sin prenda alguna en sus manos para arrancar mejores concesiones de Inglaterra. Azara, el embajador español en París, que era acérrimo francófilo, ya había juzgado difícil reconciliar su patriotismo con la actitud altanera del primer cónsul; y ahora que Godoy, en el apogeo de su triunfo, insinuaba francamente que había llegado el término de sus complacencias, y que cualquier exigencia ulterior de Francia arrastraría á España á una alianza con Inglaterra, el furor de Napoleón no conocía límites. «¿Están el rey y la reina de España, preguntó á Azara, tan cansados de reinar, que así ponen en peligro su trono, provocándome?» Godoy, por el momento, no adoptó una actitud humilde y exigió perentoriamente que se retirasen de España las tropas francesas. La respuesta del primer cónsul fué poner nuevos batallones en los Pirineos, desconfiando de protestas y tratados. Al fin la diplomacia de Azara y la situación de Napoleón pudieron hacer que se llevase á efecto una reconciliación temporal, pero desde entonces el corso sabía que Godoy y su señor debían humillarse cada vez más para que él no se fuese á servir declaradamente de España como un instrumento de su voluntad. Por un tratado accesorio posterior despojó á Portugal de treinta y cinco millones de francos y de las joyas de la princesa regente, y al terminar el año, el último soldado francés había salido de España.

La trágica muerte del emperador Pablo y la victoria inglesa en Copenhague habían disuelto la coalición

de las potencias septentrionales contra Inglaterra, y con la evacuación de Egipto por las tropas francesas y la retirada de Pitt del primer ministerio en Inglaterra, se llegó al tratado de Londres (Octubre de 1801), en virtud del cual la Gran Bretaña había de retener la isla de Trinidad y las posesiones holandesas en Ceylán; Malta había de ser devuelta á los Caballeros, y Francia evacuaría á Nápoles y á los Estados Pontificios y reconocería la soberanía turca en Egipto. El Congreso de Amiens, que siguió inmediatamente, se contó en la serie de tratados que por breve tiempo dieron paz general á la exhausta Europa. Cada una de las potencias representadas hizo lo más que pudo por sí misma; sólo España fué sacrificada. El convenio secreto de Londres entre Francia é Inglaterra habíase celebrado á espaldas de ella, y su isla de la Trinidad fué cedida á sus primeros poseedores. En vano Azara protestó. España había sido débil; el resultado de la «guerra de las naranjas» había ofendido á Napoleón, y en consecuencia, los intereses de España se habían ido á paseo. Por el tratado definitivo de Amiens (23 de Marzo de 1802), Trinidad se convirtió en una isla inglesa; pero Azara, que ya se había alarmado con el convenio de España y Napaleón (1), trabó amistad con Lord Cornwallis en Amiens y estableció una posible comunidad de intereses entre los dos países que después habían de sacar fruto.

(1) Al mismo tiempo que se estaba arreglando la paz, Napoleón exigió con arrogancia de España 6.000 soldados y el escuadrón español que estaba en Brest para dominar la isla de Santo Domingo, que se había sublevado. Se le negaron las tropas, pero Napoleón amenazó con que si no se le concedían los barcos de buen grado se apoderaría de ellos por la fuerza, y el escuadrón español acompañó al francés á las Indias Occidentales.

En el ínterin maduraban lentamente los ambiciosos planes de Napoleón. Para su éxito era necesario que fuese señor tan absoluto de la península Ibérica como lo era de Francia. Se le había informado de la acción que ejercía en España el partido opuesto á Godoy y á la reina, que se había agrupado alrededor del joven príncipe de Asturias, Fernando, y no había perdido la oportunidad de ensanchar la brecha. En el otoño de 1801, Carlos IV cayó enfermo de gravedad, y corrieron rumores de que se le había arrancado por la fuerza un testamento en que dejaba de regentes á María Luisa y á Godoy, hasta que Fernando, que entonces tenía diez y siete años de edad, demostrase su capacidad para reinar. Probablemente era falsa la noticia, pero llegó hasta París y á oídos de Azara, quien la comunicó á Napoleón: «En una semana, dijo el primer cónsul, tendré un ejército de 50.000 hombres ocupando la frontera para defender al príncipe de Asturias contra esa usurpación»; y dió instrucciones á Azara para que escribiese á Fernando á este efecto.

Carlos IV se recobró pronto, y nada se hizo; pero aun así, era evidente que Napoleón quería aprovecharse de la discordia que promovió en la familia real de España. Durante la primavera de 1802, Luciano Bonaparte dió un paso más hacia la sujeción de España á su hermano. En conversación con Godoy, indicó muy enérgicamente que Napoleón pedía la mano de la infanta María Isabel, hija del rey, en matrimonio. Godoy, y especialmente Carlos IV, se asustaron. Napoleón ya estaba casado con Josefina, y aunque Luciano dijo que «las cosas divinas y humanas debían disolverse para bien de los pueblos», la idea de ese escándalo por una casa tan orgullosa como la suya, puso al pobre Carlos fuera de sí. Por eso no se perdió

tiempo en arreglar un doble matrimonio con los Borbones de Nápoles. La joven infanta María Isabel se unió al heredero del trono de Nápoles, y la hermana de éste, la princesa María Antonia, se casó con Fernando, príncipe de Asturias. Godoy hizo lo que pudo por impedir, ó al menos por dilatar, el último matrimonio, y aconsejó que el príncipe fuese enviado al extranjero para completar su educación; pero Carlos IV, obstinado y alarmado, se determinó á dejar casados á sus dos hijos antes de que Napoleón interviniese con nuevos proyectos.

Su elección de una novia para su hijo era muy imprudente si deseaba conservar la amistad de Napoleón, porque la nueva princesa de Asturias era hija de aquella audaz y enérgica Carolina, reina de Nápoles, enemiga implacable de los franceses y amiga de Nelson. Desde su primera infancia—era poco más que una niña todavía—María Antonia había visto el trono de su padre sustentado por fusiles ingleses, y había considerado á los franceses como enemigos de su país y de su raza. Ella misma, aunque delicada y tísica, tenía pasiones tan fuertes como las de su madre, cuyas instrucciones traía de Nápoles para contrariar, y, si fuese posible, romper la alianza entre Francia y España, é inclinar del lado de Inglaterra á su nuevo marido. La oposición de Godoy al casamiento había aumentado su enemistad hacia él, y la reina María Luisa y su favorito averiguaron en seguida que la frágil princesita tenía un corazón intrépido y una lengua mordaz, que se atrevía á decir en voz alta lo que otros cuchicheaban en el retiro de sus habitaciones; que la reina de España era una mujer abandonada que había sacrificado su nación al extranjero y manchado el trono de su débil marido en obsequio á un amante indig-

no. Desde entonces hubo guerra á muerte entre Godoy y la reina por una parte, y Fernando y su esposa por otra. Los dos matrimonios se celebraron (Octubre de 1802) con suntuosos regocijos oficiales en la corte española, y la Orden de San Genaro, como escribía Azara, se confirió tan pródigamente, que ya no tenía en Madrid el valor de un huevo, pero el júbilo de la nación española era real, porque todos sabían que esto era un golpe para el *Choricero* y para los franceses, á quienes odiaban por un igual.

Bien se deja comprender que estos acontecimientos no hicieron más cordiales las relaciones entre Napoleón y el gobierno español. La muerte del viejo duque de Parma, la continuada ocupación de su ducado por los franceses, á pesar de las reclamaciones de su hijo, el rey de Etruria, sobrino é hijo político de Carlos IV, y la resuelta negativa de este último á admitir fábricas francesas de algodón en España (Noviembre de 1802), también vino á aumentar la creciente enemistad. Por otros lados se agrupaban nubes. En Inglaterra, la pacífica política de Mr. Addington era impopular en todas las clases. La prensa de Londres atacaba resueltamente la intervención de Napoleón en los asuntos interiores de Alemania con detrimento de Austria, y su actividad en las Indias Occidentales. Malta estaba todavía ocupada por las tropas inglesas, con infracción del tratado de Amiens, y los emigrados franceses eran más activos que nunca en sus esfuerzos por minar el gobierno revolucionario. Al fin, las cosas llegaron á un límite. Napoleón exigió violentamente de lord Whitworth, el embajador inglés, el cumplimiento del tratado de Amiens, so pena de inmediatas hostilidades. Después de una infructuosa tentativa de arreglo se rompieron las relaciones, y en

Mayo de 1803, Inglaterra y Francia se declararon la guerra.

Como de costumbre, el primer sacrificio habían de pagarlo los intereses españoles. Se había convenido, con ocasión de la cesión de la Luisiana á Francia (Octubre de 1800), en que la última potencia nunca transferiría la colonia á ninguna otra nación que no fuese España. Napoleón faltó al tratado de San Ildefonso y entregó la Luisiana á los Estados Unidos á cambio de una suma de dinero con que hacer la guerra á Inglaterra. Fueron inútiles las protestas de España, porque Napoleón trataba de servirse de este país mal gobernado sólo para sus fines particulares, y sus grandes planes para la invasión y la dominación de Inglaterra se efectuaron con rapidez. Con preparativos tan gigantescos como éstos, que excitaban la imaginación del mundo, no podía permitirse que interviniese ninguna consideración de los intereses de España. Pero al menos esta vez el mismo Godoy abrió los ojos, y, aunque demasiado tarde, se resistió á que otra usurpación de los franceses violentase su poder (1). Napoleón exigió una declaración inmediata de guerra contra Inglaterra en cumplimiento del tratado de San Ildefonso, y que se pusiese á su disposición un contingente de 24.000 hombres y toda la escuadra española. Godoy en Madrid y Azara en París lucharon denodadamente por moderar las exigencias de su tirano, que se hacía más altanero y opresor cada día. Un gran subsidio (seis millones de francos al mes),

(1) Se negó, entre otras cosas, á instar á los príncipes Borbones franceses para que renunciasen á sus reclamaciones á la corona, y también se negó á suprimir en la prensa española la publicación de extractos contra Francia, tomados de los periódicos ingleses.

la libertad del comercio francés en España, é indemnizaciones y privilegios sinnúmero, debieran (decía) sustituirse por una declaración de guerra contra Inglaterra.

La paz de Amiens y la reapertura del comercio con Inglaterra habían devuelto alguna prosperidad á España; el pueblo odiaba á los franceses y anhelaba la paz, y Godoy no se atrevía á ceder. Sobre el favorito se descargó la cólera de Napoleón. Se envió á Madrid un mensajero especial con un *ultimatum* para el rey, firmado por el mismo Napoleón. O Godoy, que había deshonrado su casa y había maldecido de su reino, debía recibir la dimisión, ó un ejército francés cruzaría los Pirineos en veinticuatro horas y asolaría todo lo que encontrase á su paso. Pero antes de que esto fuese puesto en manos del infortunado Carlos, el mensajero había de ver á Godoy mismo y darle á conocer la suerte que le esperaba si no cedía. El desventurado favorito trató de evadirse dilatando la salida, pero el embajador francés era inconmovible. No hizo más referencias á Azara en París. Las condiciones impuestas por el primer cónsul debían cumplirse ó se pondría en manos del rey la carta condenatoria. Godoy y la reina vieron que esto excedía á su sagacidad. Ya habían autorizado á Azara para hacer las mayores concesiones posibles á Napoleón, pero declarar la guerra á Inglaterra por su manera de proceder en Madrid á ruegos de los franceses, parecía presagiarles una ruina cierta. La conducta que adoptaron fué persuadir al primer cónsul á que cogiese la carta del rey, pero *no la abriese.* El rey, pobre de espíritu, hizo como que estaba á ciegas. «He recibido la carta, decía al embajador francés, porque me he visto obligado á hacerlo así, pero os la devolveré sin abrir. Pronto

sabréis que vuestra acción era innecesaria, porque Azara tiene plena autoridad para arreglarlo todo. Estimo al primer cónsul. Deseo ser su fiel aliado, y proveerle de todos los recursos que mi reino pueda proporcionarle.» Pero, además, por autoridad del rey, Godoy se vió forzado á firmar un tratado preliminar, concediendo en principio las vergonzosas exigencias de Francia, antes de que el asunto fuese despachado para arreglarse en París, y recibió de Napoleón otra amenaza de guerra inminente antes de que Azara firmase el cruel tratado de París (7 de Octubre de 1803), en virtud del cual la pobre España compraba su neutralidad á cambio de un subsidio de seis millones de francos en un mes y brillantes concesiones comerciales. Esto no era culpa de Azara, pero hirió su corazón y una vez más sacrificó á la debilidad y vileza de Godoy y de la reina su desgraciada nación.

En Mayo de 1804, Napoleón se revistió de la dignidad imperial, y casi la primera potencia que reconoció su nueva categoría fué España. Pitt, que ahora estaba otra vez en el poder, trabajaba incesantemente por conseguir que España se uniese á Inglaterra, y por abrir los ojos de los españoles al hecho de que un ambicioso tirano estaba sirviéndose de su nación para subyugar á Europa á Francia. Pero Napoleón tenía firmemente clavada su garra sobre Godoy, y aunque España se encontraba en una bancarrota absoluta y era incapaz hasta de pagar toda la subvención convenida, y el país entero odiaba y temía á los franceses, el sentimiento de lealtad á la corona y de afecto al rey impedían que el disgusto del pueblo pasase de murmuraciones contra el *Choricero*. La neutralidad nominal de España era un mero disfraz, toda vez que los

cruceros franceses estaban equipándose en los puertos españoles, y cada céntimo que la nación ahorraba se enviaba á Napoleón para la invasión de Inglaterra. La aliada de Inglaterra, Portugal, en cualquier momento crítico estaba á merced de su vecino, y Pitt, al fin, se determinó á tratar á España como beligerante. Se dieron de repente órdenes para que los barcos españoles en los mares septentrionales fuesen atacados, y en Octubre de 1804, cuatro fragatas que salieron de Río de la Plata, bajo el mando del almirante Bustamante, con un cargamento de seis millones de dollars, fueron asaltadas por Moore, con cuatro barcos ingleses, en el Cabo de Santa María. Uno de los barcos españoles, el *Mercedes,* fué quemado, y los otros tres capturados y llevados á Inglaterra como una prenda de la neutralidad de España. La indignación del pueblo fué artificiosamente excitada por los intereses franceses, y se hizo inevitable la guerra declarada entre España é Inglaterra (Diciembre de 1804).

El partido del heredero presunto y su esposa estaba desesperado. Ninguna nación estuvo nunca menos preparada para la guerra que España en esta coyuntura. Las escasas cosechas y las maniobras de los especuladores en grano habían subido los alimentos á precios de carestía; la peste asolaba las provincias meridionales; el derroche de recursos para el subsidio francés habían reducido el Tesoro á penuria total; los sacerdotes maldecían á un gobierno que había vendido la propiedad de fundaciones piadosas, según alegaban, para saciar la voracidad de un vil favorito y ayudar á un usurpador extranjero, mientras que la corte y la familia real misma estaba ahora dividida en dos campos. Pero, á pesar de todo esto, se firmó en París (Enero de 1805) una nueva alianza ofensiva, en virtud

de la cual España se obligaba á poner á disposición del emperador, por espacio de seis meses, treinta buques de guerra, completamente armados y tripulados, en los puertos de Cádiz, Cartagena y Ferrol.

Nelson estaba en el Mediterráneo con once barcos. Su escuadra iba bien aprovisionada de víveres de Sicilia, Nápoles y Cerdeña; sus barcos y hombres estaban en condición espléndida, porque habían estado en el mar durante treinta meses, y todo lo vigilaba la vista perspicaz del gran capitán. El gran armamento preparado en Boulogne para la invasión de Inglaterra, no haría nada hasta que los poderosas escuadras de Brest y el Ferrol estuviesen libres del bloqueo inglés, que los tenía inmóviles. El plan de Napoleón era efectuar una conjunción de las escuadras española y francesa del Mediterráneo en Cádiz, y luego, por un súbito ataque fingido á las Indias Occidentales, echar á Nelson al otro lado del Atlántico. Se pensaba que la escuadra de Brest sería capaz de romper el bloqueo, librar á los barcos en Ferrol, unir la escuadra española y la francesa de las Indias Occidentales, y con la fuerza de Boulogne invadir con éxito á Inglaterra, mientras que Nelson estaba en aguas americanas. Con esto se ve que, para que este plan tuviese éxito, era necesario que varias circunstancias concurrentes fuesen favorables; y expertos marinos estuvieron desde un principio dudosos del resultado de fundar las operaciones navales en principios militares. Villeneuve, á quien Napoleón nombró almirante en jefe, era desesperado y desconfiado por naturaleza, y cuando vió el mezquino material de que estaba compuesta su flota, perdió todo aliento.

Villeneuve se hizo á la vela, de Tolón, el 18 de Enero, pero después de una navegación de quince días

con temporal, tuvo que volver atrás y perdió siete semanas en reparaciones; de suerte que hasta el 29 de Marzo no empezó á replegar la flota española en Cádiz. Con dificultad cometió Nelson el error, y reunió al almirante español Gravina, en Cádiz, el 10 de Abril. Se supuso que España poseía diez y seis barcos en el puerto, pero después de tres meses de trabajo sólo seis estuvieron dispuestos para hacerse á la mar. Eran de imponente calibre, pero todos, excepto el navío-almirante de Gravina, el *Argonauta,* débiles, podridos y anticuados. La peste estaba devastando á Cádiz; el país estaba desprovisto de víveres, y las únicas tropas útiles eran la hez y la granujería de la ciudad, recogida en la red del alistamiento. Gravina y sus oficiales eran bravos, activos y leales y hacían todo lo que podían; pero todos desconfiaban de los franceses, y ni por un momento se engañaron respecto á la inferioridad de sus barcos, cañones y tripulantes, comparada con los de los ingleses. Cuando, finalmente, todo estuvo dispuesto para el ataque á través del Atlántico, Villeneuve se encontró al mando de veinticinco barcos con que navegó hasta la Martinica. Por espacio de quince días, Nelson anduvo sobre Gibraltar con vientos favorables (7 de Mayo) para seguir el rumbo de su enemigo, y el 4 de Junio echó anclas en Barbadoes, tres semanas después que Villeneuve hubiese llegado á las Indias Occidentales.

Pero muchas cosas habían pasado en ese breve tiempo. Cornwallis tomó á Brest de una manera tan decidida, que Gantheaume no lo logró; y, lo que era de más importancia todavía, Napoleón se encontró una vez más rodeado por una gran liga europea contra él. «Del éxito de vuestra llegada á Boulogne, escribía á Villeneuve, depende el destino del mundo.» ¡Ay de él!

Villeneuve era una débil caña para cargar con esta responsabilidad. En el miedo mortal de la caída, temiendo el nombre de Nelson, el almirante francés se negó á las súplicas de Gravina para recobrar á Trinidad para España, para atacar á Cochrane en Barbadoes, para buscar y combatir á Nelson, para hacer algo, aunque no fuese más que volver á casa otra vez como proponía que se hiciese, y trabajar por sacar á Gantheaume de Brest.

Haciéndose á la vela desde la Martinica el día que Nelson arribó á Barbadoes, llegó tristemente al Norte, dejando á Nelson que le persiguiese de isla en isla, en la vana esperanza de conseguir pelear. El 19 de Junio las escuadras, desconocidas una de otra, se reunieron, pero Villeneuve escapó y se hizo finalmente á la vela para Europa el 21. Sus barcos, especialmente los de los españoles, fueron tardos, y el Almirantazgo inglés tuvo noticias anticipadas de su regreso. El bloqueo de Ferrol y Rochefort se levantó y Calder fué enviado con quince barcos para encontrarse y pelear con Villeneuve, que entre una densa niebla abandonó á Finisterre el 22 de Julio. Desesperado Villeneuve, quejándose de sus barcos, de sus hombres, de sus aliados, del temporal, no hacía nada más que dejar toda la lucha á cargo del galante Gravina y de la vanguardia española, que se portaron como héroes, aunque perdiendo dos de sus barcos por captura. Cuando Calder, por bravo marinero que fuese, pero no táctico, pensó que había hecho bastante y se hizo á la vela con los dos barcos apresados, Villeneuve estaba satisfecho de dejarle ir, y desesperadamente navegó hacia Vigo en vez de hacerlo hacia Brest, como se le había ordenado, mientras que Gravina y los españoles se irritaban con un capitán de espíritu tan mezquino. En el ínterin

Nelson había vuelto á Gibraltar (20 de Julio), y así el francés se encontró entre Calder en el Norte y Nelson en el Sur. Había reunido los barcos en Ferrol y tenía ahora veintinueve buques. En vano Napoleón le instó furiosamente á entrar en el Channel. «Ciento cincuenta mil hombres y 2.060 lanchas os aguardan, escribía; todo depende de vos. Si obráis, seremos dueños de Europa.» Pero no había acción para el desesperado Villeneuve. No quiso arriesgarse y su oportunidad pasó. Se levantó en Boulogne y se marchó á combatir la coalición en Cádiz, mientras que las tropas aliadas regresaban humildemente á Cádiz, para ser allí bloqueadas implacablemente por una escuadra, y Nelson, que por primera vez durante dos años no había entrado en su patria, pisó suelo inglés y preparó su futuro plan de campaña.

El 12 de Octubre, el almirante inglés llegó de Cádiz en el *Victoria* para reunirse á la flota inglesa. La posición de los aliados dentro del puerto era lamentable. Los oficiales españoles insultaban descaradamente á Villeneuve y exigían su dimisión del mando. Sabían que con un comandante así y con el material que tenían á su disposición, no podían ponerse al igual de la escuadra inglesa, que estaba fuera, y que diariamente amenazaba con atacarlos aun dentro del puerto. Napoleón se irritaba y encolerizaba con la aparente ineptitud y timidez de Villeneuve. Sus grandes combinaciones estaban frustrándose por la captura de sus escuadras, y por fin, desesperado, llamó cobarde á su almirante en jefe y envió á Rosilly para reemplazarle. Cuando estas noticias llegaron al miserable Villeneuve el 18 de Octubre, con la intrepidez de la desesperación, dió órdenes repentinas para que toda la escuadra se hiciese á la mar, para que el escuadrón español se

reuniese en Cartagena y para navegar con rumbo á Nápoles, como el emperador había ordenado.

Los españoles se asustaron y protestaron. Villeneuve, á su regreso, los insultó por su cobardía, y desde aquel momento y desde entonces no se trató de volver, sabiendo lo desesperado que era el caso. Al día siguiente la escuadra aliada abandonó el puerto. Iban treinta y cuatro buques en línea de batalla y cinco ó seis embarcaciones más pequeñas; Avila mandaba la vanguardia, de siete naves, Villeneuve el centro, de un número igual; Dumanoir la retaguardia, de la misma fuerza, y Gravina la reserva, con doce barcos. La mañana era apacible y clara; rojas nubecillas veteaban el azul cobalto del cielo; el viento era vivo y molesto, y los grandes barcos españoles parecían bastante resistentes bajo sus dorados y sus pinturas. La *Santísima Trinidad*, el buque mayor á flote, una vasta embarcación de cuatro puentes, 36 cañones y 200 pies de largo, el *Rayo*, el *Príncipe de Asturias*, que era el buque de Gravina, el elevadísimo *Santa Ana*, que dirigía la vanguardia, todos eran mucho mayores que los más pesados de los franceses, *Bucentaur* y el *Formidable*. Pero aunque Nelson no tenía barcos tan pesadamente cargados como los monstruos españoles, su proporción de barcos de 100 cañones era mucho mayor (1). Villeneuve dejó prácticamente á cada capitán que obrase por sí mismo. «Nelson se esforzará en cortar vuestra línea y en envolveros, dijo, y debéis impedirlo, si podéis. Ningún oficial que esté bajo el fuego desertará de su puesto.» Todos los marinos vieron que los barcos

(1) El número actual de cañones de la flota inglesa era 2.148, al paso que las flotas aliadas tenían 2.626. La práctica de los aliados era mala; hacían las descargas demasiado altas.

españoles, grandes, antiguos, torpes y mal equipados no estaban en disposición de impedir que se les aislase, si era esa la táctica de Nelson; pero entonces ya nadie retrocedió, porque los aliados se habían llamado cobardes recíprocamente y se encontraban con bríos.

El 20 se avistaron las dos escuadras. El viento era vivo todavía y la escuadra de Villeneuve andaba extraviada, de manera que llegó la noche antes de que los aliados pudiesen colocarse en línea de batalla, y luego se obró de una manera vaga y perezosa, «todo de un golpe», como refirió Dumanoir, siendo incluído en la larga línea la escuadra de reserva de Gravina, á pesar de las protestas. Dos preciosas horas después del alba se perdieron antes de que Villeneuve diese órdenes de que su flota orzase, y antes de que los aliados estuviesen dispuestos, la flota inglesa dió cara al viento en forma de una gran cuña con el *Victoria* en la cúspide. Había un gran hueco en la línea de los aliados, entre el *Bucentaur* y el *Santa Ana,* y por este puerto estaba figurada la cúspide de la cuña cortando la línea en dos. Desde el *Victoria* no se descargó ningún cañón en contestación al cañoneo del enemigo hasta que atravesó la línea de buques. Luego volvió al puerto é hizo fuego sobre el *Redoutable* y sobre el *Santísima Trinidad*. Hasta aquí Villeneuve había adivinado con acierto las tácticas de Nelson; pero lo que siguió fué un nuevo rasgo de genio naval, que nadie había previsto. Las alas exteriores de la cuña que formaban los barcos ingleses se enlazaban y cada uno de ellos envolvía y aislaba á cierto número de buques del enemigo. Desde aquel momento hubo carnicería y degüello. El gran Nelson cayó muerto cuando la victoria ya estaba segura, porque el *Bucentaur* y el *Santísima Trinidad* arriaron bandera antes de que acabase

su vida. Los españoles y los franceses pelearon con tanta bravura como los ingleses. Murieron Churruca, Alcalá Galiano, Alcedo y Magón; Gravina, gravemente herido, murió en Cádiz poco después. Villeneuve se suicidó, y los barcos de España y Francia fueron destruidos. De las escuadras que abandonaron á Cádiz, 40 barcos resistentes, menos 18 que hacían agua, fueron destruidos, quedando sus despojos en el puerto, y en toda la extensión de la bahía la fuerte tempestad que completó la catástrofe de la batalla, el disperso naufragio y mil cadáveres. Desde los tejados de Cádiz, los vecinos agrupados contemplaron por segunda vez con horror el eclipse del poder naval de España, y la desventurada subordinación de su país á la fortuna de Francia revolucionaria, que la debilidad del rey y Godoy había hecho posible, se hizo más odiosa que nunca para todos los españoles que no se regodeasen con el favor del *Choricero*.

La esperanza de Napoleón de vencer á Inglaterra en su propio elemento, había desaparecido; pero por tierra marchaba de victoria en victoria. El ejército austriaco se le rindió en Ulm el mismo día en que las flotas aliadas habían abandonado el puerto de Cádiz, y antes de un mes entró en Viena en triunfo, para ser coronado por la victoria todavía mayor de Austerlitz (2 de Diciembre de 1805).

Muchas veces se ha relatado, y algunas se ha negado, que cuando Pitt, moribundo, recibió las malas noticias de Austerlitz que hicieron á Napoleón dueño del continente de Europa, presagió que la fuerza que últimamente arruinaría al vencedor saldría de España. La profecía se ha considerado casi como sobrehumana, pero si fué enunciada alguna vez, sólo demuestra que Pitt estaba bien informado del sentimiento públi-

co en España, y que, como prueba de esto, ya existía una mutua inteligencia entre el partido anti-francés del príncipe de Asturias y los estadistas ingleses. Debe haber sido evidente para él que se había llegado casi al punto de rompimiento entre las dos aliadas. El rey Borbón español de Nápoles había marchado de su reino para dejar el puesto al hermano de Napoleón, José; las letras interceptadas de la princesa de Asturias, napolitana, pobre de espíritu, á su madre hablándole de sus esfuerzos, y las de su marido por levantar á España en contra del usurpador francés, había servido para lanzar acres quejas de Napoleón al pobre y agobiado Carlos; el odio acerbo entre María Luisa y su hija política había puesto al lado de la última á la gran mayoría del pueblo español, que gemía bajo la miseria causada por la guerra en que sólo los franceses tenían algo que ganar; y un hombre de menos penetración de Pitt hubiera visto que la desaparición de Godoy del escenario coincidiría con un levantamiento de la nación española contra la ignominia de ser la mera esclava de la ambición de Napoleón. Pitt, en realidad, sabía que la adhesión de España á la coalición anti-francesa hizo volver la balanza contra Napoleón.

Austria se rindió completamente á la paz de Presburgo que siguió en Austerlitz; pero no así Inglaterra, Rusia y Prusia. Después de las negociaciones de paz, abortadas con el gobierno inglés liberal, llegó á ser una necesidad la formación de una nueva coalición contra Napoleón, á que se uniría España. El destino de Fernando de Nápoles debió parecer un presagio de su propia suerte á Carlos IV, y hasta á Godoy, enredado como estaba en las faenas de Napoleón, sería pifícil que no viese que España debía hacer resistencia

al destructor de tronos, antes de que fuese demasiado tarde, ó rey, reina y favorito rodarían juntos, si no por obra de los franceses, por obra de sus mismos paisanos irritados. Las fuerzas contra Godoy estaban ya, en verdad, preparándose para el ataque. La princesa de Asturias estaba infatigable; el sagaz ex tutor de Fernando, canónigo Escoiquiz, había organizado un sistema regular de propaganda contra el favorito; curas y frailes hablaban en todas las parroquias de España de las vastas sumas hurtadas á la Iglesia y malgastadas por el *Choricero,* mientras que hombres mejores estaban muriendo de hambre. Godoy comprendió que debía cambiar de posición y desafiar á Napoleón, porque las fuerzas que en su patria le contrariaban eran demasiado enérgicas para resistirlas por más tiempo.

La nueva coalición contra el emperador estaba casi realizada en el otoño de 1806, cuando de repente Rusia precipitó los acontecimientos comenzando las hostilidades. El gran ejército de Napoleón estaba ya en suelo alemán, y el emperador mismo huía á tomar el mando; pero sus intereses abarcaban ahora un territorio tan vasto, los nuevos reinos que tenía que defender estaban tan dispersos y eran tan numerosos, que pareció como si seguramente hubiera de ser vencido. Godoy, al parecer, pensó que ésta era para él la ocasión de cambiar su casaca; pero lo hizo con timidez y desconfianza características. Solo unos pocos meses antes (Mayo de 1806), su agente en París, Izquierdo, había entregado, con su aprobación, á Napoleón una suma de 24 millones de francos de los fondos públicos españoles por el aviso del emperador de que si así lo hacía Godoy podía contar con alguna recompensa. Cuando el dinero estuvo en posesión suya,

Napoleón, naturalmente, hizo poco caso de sus promesas de reinos y ducados para el favorito español, y Godoy, indignado y ofendido, envió un agente á Londres para que se aproximase á la proyectada coalición anti-francesa. El gobierno inglés estaba ya en relaciones con el partido de sus enemigos en España y nada había que preocuparse de él; pero en Octubre, cuando Napoleón estaba en armas contra los prusianos, Godoy tomó sus determinaciones y se esforzó por introducirse en el partido anti-francés sin romper del todo con Napoleón. En Octubre todas las ciudades de España se consternaron al leer un edicto público firmado por el príncipe de la Paz. Instaba á todos los ciudadanos leales á ayudar al soberano con contribuciones de dinero, caballos y hombres armados, para defender la nación «durante el presente peligro». Había muchos altisonantes llamamientos al patriotismo y al honor de los españoles y vagas referencias á «nuestros enemigos»; pero ninguna indicación de quiénes eran los enemigos. El edicto llegó á oídos de Napoleón en el victorioso campo de Jena, y su frente fruncióse al leerlo. «Ya me la pagarán ésta» rezongó, y desde aquel momento se determinó á que los Borbones fuesen arrojados de España, como lo habían sido de Francia (1). Todavía se reía—y lo hizo más de una vez—del pobre Carlos IV y de Godoy, y desde aquella hora se decidió la suerte de ambos, y, por casualidad, la del propio Napoleón.

En vano Godoy se esforzó, cuando supo las noticias de Jena, en cerrar los ojos al emperador con la débil excusa de que el edicto iba dirigido contra Marruecos; nadie se engañó ni por un momento, aunque Napoleón

(1) Véase á De Pradt, *Memoires sur la Révolution d'Espagne* y *Conversations avec Napoléon*, por Escoiquiz.

pretendió hacerlo una vez hasta que hubiese debilitado á España enviándole tropas é introduciendo más discordia en sus facciones. La última era una tarea fácil, porque el odio entre el partido del príncipe de Asturias y el de Godoy y la reina era más declarado que nunca. La joven princesa de Asturias había muerto en Mayo de 1806, por consunción, aunque el canónigo Escoiquiz tuvo mucho cuidado de propalar el rumor de que había sido envenenada por el favorito de la reina; y este acontecimiento, al paso que agitó el foco principal de intriga en el palacio, y fué en este sentido favorable á Godoy, dejó al joven Fernando viudo y en disposición de reforzar su causa con un buen matrimonio. Cada nuevo ataque que dirigían á Godoy los amigos del heredero presunto fué contestado con la concesión de nuevos honores al favorito por manos del rey, cuyo afecto hacia su querido Manuel era tan grande como el de la reina. El puesto de gran almirante de España y de las Indias, con el título de serenísima alteza—un honor sin precedentes para un súbdito español—fué la nueva demostración del cariño del monarca; y Fernando, ofendido y envidioso hasta el exceso de lo que él llamaba una usurpación de sus derechos, dió un paso que, intentando vencer á Godoy en su propio terreno, ponía al príncipe en manos de Napoleón.

Hasta entonces, el favorito era el que había figurado como amigo de los franceses, mientras que el heredero presunto, bajo el influjo de su esposa, napolitana, habíase afiliado al partido popular, poniéndose de parte de Inglaterra. No era fácil ni digno para él hacerse de repente esclavo de Napoleón, pero Escoiquiz y sus amigos pronto le hicieron ponerse en comunicación confidencial con el marqués de Beauharnais, el

nuevo embajador francés (Enero de 1807). Este último era un cauto diplomático, y el asunto estaba terminado de una vez. El no formaría parte, decía, de una conspiración contra la reina y el rey, ni siguiera contra Godoy, á menos que el mismo príncipe Fernando saliese fiador. Esto respondía á una señal convenida, y durante el verano se decidió que Fernando pidiese por esposa á una dama de la familia de Napoleón. Así lo hizo en una carta autógrafa en que el bajo servilismo igualaba á la mezquina irreverencia. Así escribía al tirano que había destronado á sus parientes y sacrificado á España: «El temor de molestar á Vuestra Majestad Imperial en medio de los grandes sucesos y negociaciones que tan incesantemente os ocupan, me ha impedido hasta ahora satisfacer mis ardientes deseos de expresaros, al menos por escrito, los sentimientos de respeto, estimación y afecto que abrigo hacia el héroe más grande de todos los tiempos, enviado por la Providencia para salvar á Europa de la ruina total que la amenazaba, para consolidar los vacilantes tronos y dar á las naciones paz y felicidad. Las virtudes de Vuestra Majestad Imperial, vuestra moderación, vuestra benignidad aun con vuestros más injustos é implacables enemigos, todo me hacía esperar que la expresión de estos sentimientos sería recibida como la expansión sincera de un corazón rebosante de admiración y de verdadera amistad. El estado en que me he encontrado por algún tiempo, que la gran penetración de Vuestra Majestad no puede menos de haber advertido, ha sido hasta ahora un segundo obstáculo que ha detenido mi pluma. Pero estoy lleno de confianza en que encontraré una poderosa protección en la magnanimidad de Vuestra Majestad Imperial, y por eso me he determinado, no sólo á expresar los sen-

timientos de mi corazón hacia vuestra augusta persona, sino también á depositar en el corazón de Vuestra Majestad, como en el de un tierno padre, mis más profundos secretos.» Con increíble vileza, Fernando pasa luego á señalar, en términos inconfundibles, las relaciones entre su madre y Godoy, é implora la «protección paternal» de Napoleón en sus tentativas para aplastar á los «pérfidos egoístas», á los «astutos y malignos consejeros» que rodeaban á su padre, y abyectamente suplica al emperador «se digne concederle por esposa á una princesa de su augusta casa».

Esta carta fué escrita el 11 de Octubre de 1807; y en el ínterin, Godoy vivía en el paraíso de un idiota, disfrutando más que nunca, según se imaginaba, del favor y confianza de Napoleón, que, por la victoria de Eyiau sobre Rusia y los tratados de Tilsit, había puesto ahora á sus pies todo el continente europeo. La llegada del emperador á París (27 de Julio de 1807) coincidió con la recepción de las noticias de la derrota de los ingleses en Buenos Aires, y la mutua congratulación de los aliados, junto con la supuesta cordialidad de Napoleón hacia Godoy, presentaron ocasión para que el primero diese otro paso en sus planes para la subyugación definitiva de España. Ya para ganar su favor, había permitido á Godoy que se enviasen á Alemania cinco mil soldados españoles como una parte del ejército de Napoleón, y ahora se instigaba á España á unirse con Francia para obligar á los portugueses á que abandonasen, finalmente, la alianza inglesa. Se envió al príncipe regente de Portugal un *ultimatum,* exigiéndole, no sólo negar acceso en sus puertos á los barcos ingleses, sino también confiscar todas las propiedades inglesas y encarcelar á todos los súbditos ingleses. Se negó á hacer esto, como lo

había presagiado Napoleón, y la intriga, mañosamente preparada, fué puesta en ejecución.

Durante muchos meses, el agente de Godoy en París, Izquierdo, habíase convenido secretamente con Napoleón para la ocupación y desmembramiento de Portugal, que había de servir de excusa al emperador francés para la introducción de sus tropas en España. Una gran fuerza, al mando de Junot, había sido reclutada á toda prisa en la frontera franco-española, é inmediatamente, ante la negativa de los portugueses y obedeciendo las órdenes de París, el ejército francés cruzó el Bidasoa y acampó en territorio español (18 de Octubre de 1807), antes de que se hubiesen terminado las negociaciones de Izquierdo en París. Esto era un flagrante abuso de confianza por parte de Napoleón, y era también el primero en la serie de grandes acontecimientos que cambiaron la historia de Europa. Hubo algunos españoles previsores que miraron con disgusto y alarma el desprecio con que Napoleón trataba los derechos de su patria, pero Godoy y el partido opuesto del príncipe de Asturias habían ido demasiado lejos en su vil servilismo al emperador para volverse ahora atrás, y Junot y sus hombres fueron recibidos con los brazos abiertos, como amigos y aliados.

Los intrusos no perdieron un día, sino que se introdujeron en el centro de España, mientras que el 27 de Octubre, Izquierdo firmaba el ignominioso tratado de Fontainebleau para el desmembramiento de Portugal. Se convino en que la parte septentrional del reino sería erigida en estado de un soberano, bajo el nombre de Lusitania septentrional, y se daría al rey de Etruria (duque de Parma) á cambio de la cesión de la Toscana á los franceses; los Algarbes y Alemtejo habían de cederse, como un principado independiente, á Go-

doy, y el centro de Portugal había de quedar en paz general con el fin de restaurarlo á la familia real portuguesa á cambio de Gibraltar ó una de las colonias españolas conquistadas por los ingleses. Napoleón había de garantir la independencia é integridad de España y se permitiría á un ejército francés de 28.000 hombres marchar por España y sostenerse á expensas de España, así como otra fuerza de 40.000 hombres en caso de que fuese necesario. La ambición de Godoy había metido á España en esta trampa. Todo había sido cuidadosamente preparado por Napoleón. El príncipe de Asturias había caído en sus manos y estaba compitiendo con el favorito para su sostén; María Luisa sacrificaba toda consideración de deberes maternales y conyugales por su amor á Godoy; el pobre y débil rey, creyéndose un genio, estaba dominado por su esposa y el amante de ésta; y el astuto y poco escrupuloso corso, con un buen ejército en suelo español, sabía ahora que los tenía á todos á su disposición y que haría con ellos lo que quisiese. Tan completamente se habían engañado todos los partidos en España, que el príncipe Fernando y Godoy juzgaban, respectivamente, que las bayonetas francesas habían sido enviadas para defensa de su causa particular en contra de la otra.

III

UNA FAMILIA REAL PERTURBADA Y UNA NACIÓN VENDIDA

El joven príncipe Fernando no era un carácter amable. Socarrón, sarcástico y malicioso por naturaleza, se había hecho, con las enseñanzas y sugestiones de Escoiquiz, cruel y vengativo hasta el exceso, especialmente contra su madre. Cuando ambos partidos, animados por la presencia de las tropas francesas, pensaron que había llegado el tiempo de dar un golpe de muerte á su contrario, se esparcieron rumores por la capital, desde las habitaciones del príncipe, de que la reina estaba intrigando para desheredar á su hijo y colocar á Godoy en el trono (1); mientras que los amigos del favorito estaban ocupados en diseminar rumores de las pérfidas intrigas de su heredero forzoso contra su padre; el partido de Godoy fué capaz de dar el primer golpe, y, por una vez, salió triunfante. El príncipe había estado ostentosamente ocupado du-

(1) Se alegaba que el hijo más joven de la reina, el infante D. Francisco de Paula (después padre del rey consorte de Isabel II, D. Francisco de Asís) era hijo de Godoy; y que María Luisa y su favorito estaban deseosos de cambiar la sucesión en beneficio definitivo de este niño. Esto era probablemente verdadero, pero no hay más prueba de ello que la habladuría pública propalada por los amigos de Fernando y María Luisa; era de fijo el principal móvil en obtener el perdón del rey para su hijo Fernando.

6

rante algún tiempo en trabajos literarios—la traducción de autores franceses y otras cosas semejantes—que le dieron una excusa para pasar muchas horas escribiendo. Pero los espías de Godoy le vigilaban rigurosamente y se tenía noticia de que escribía mucho á altas horas de la noche, hecho que pronto se comunicó al rey y á la reina, que estuvieron solos por algún tiempo, pues el favorito había quedado en Madrid enfermo de fiebre, mientras la corte se había retirado al Escorial en Octubre.

La desconfianza se hizo mayor el 28 de Octubre cuando el rey encontró sobre su mesa una nota con este sobrescrito: «¡Date prisa, date prisa, date prisa!» «El príncipe de Asturias, añadía, anda fraguando una sublevación en palacio, y la corona está en peligro. La reina corre el riesgo de morir envenenada é inmediatamente deben tomarse medidas para frustrar la conspiración.» Profundamente atribulado, el rey consultó á su esposa y convinieron en hacer una visita de sorpresa á las habitaciones del príncipe. Encontraron á su hijo profundamente sumergido en algunos papeles que trataba de ocultar, pero que el rey cogió y llevó consigo, á pesar de la violenta é irrespetuosa protesta del príncipe. Los documentos demostraron ser en alto grado comprometedores. Había un largo mensaje al rey que Fernando había copiado del diseño en cifras de Escoiquiz, acusando á Godoy del más vil de los crímenes contra la moralidad y como ministro: «No sólo, decía, ha... prostituido la flor de las mujeres españolas, desde las más elevadas hasta las más bajas, sino que su casa, sus recepciones oficiales y su ministerio han sido mercados abiertos á la prostitución en que el adulterio era pagado con pensiones, oficios y dignidades.» Después se le acusaba de intenciones de

asesinar al rey y á toda su familia con el fin de usurpar el trono; y el remedio propuesto era dar á Fernando libertad para ordenar el encarcelamiento del favorito y tomar todas las medidas que fuesen convenientes. El rey era invitado á formar con los amigos de Fernando un partido contrario, donde se le sometiesen pruebas de todas las acusaciones, y se le exigía que no viese á la reina ni á Godoy hasta que estuviese dado el golpe. Otros papeles divulgaban el plan ya referido para el matrimonio de Fernando con una señora elegida por Napoleón, en vez de efectuarse con la hermana de la esposa de Godoy, como se había propuesto. También se encontraron documentos de carácter más comprometedor—relacionados con Godoy, en que se atentaba contra la libertad, si no la vida de la reina—y hasta del rey. Estos últimos papeles fueron cogidos y destruidos por la reina para salvar á su hijo, aunque la naturaleza de estos documentos puede conjeturarse por el tono de la carta que el mismo día escribió á Napoleón el pobre Carlos, dándole cuenta del descubrimiento: «*Monsieur mon frère*, escribía el desgraciado rey el 29 de Octubre—en el momento en que estaba ocupado con los medios de cooperar á la destrucción de nuestros enemigos, cuando creía que todas las intrigas de la última reina de Nápoles habían sido enterradas con su hija—he visto con un horror que me hace estremecer, que el más terrible espíritu de intriga había penetrado en el interior de mi propio palacio. ¡Ah! Mi corazón sangra al daros cuenta de tan espantoso atentado. Mi querido hijo, el heredero de mi trono, ha formado un horrible complot para destronarme y hasta ha llegado á atentar á la vida de su madre. Un plan tan terrible debe ser castigado con todo el rigor de la ley. La sucesión

del príncipe debe ser revocada; uno de sus hermanos será más digno que él de ocupar su puesto en mi corazón y en mi trono. Ahora estoy buscando á sus cómplices, para descubrir todo este desgraciado plan, y no deseo perder un momento en informar á vuestra majestad imperial, á quien ruego me ayude con vuestra sabiduría y vuestros consejos.»

La misma noche en que esto se escribía, los largos y sombríos corredores del disforme palacio granítico del Escorial vió una triste procesión que recordaba un acontecimiento igual realizado dos siglos y medio antes, cuando Felipe II arrestaba á su único hijo, D. Carlos. Primero llegó un caballero de servicio, el duque de Béjar, llevando los candelabros para iluminar la oscuridad, luego un pelotón de soldados de la real guardia española, con sus uniformes azules y rojos, seguidos por un joven de veintitrés años, robusto, fornido, de frescos colores, de aspecto singularmente siniestro. Su frente era blanca y correcta, y sobre sus negros ojos destacaban suaves, tristes, oscuras como azabache las cejas, lustrosas como sanguijuelas; pero la parte baja del rostro era la que principalmente llamaba la atención. La punta de la lánguida nariz borbona descendía sobre los labios superiores y pequeños al nivel de la boca, de estrecha hendedura; mientras que la quijada inferior, colgante como la de los príncipes de la casa de Austria, estaba levantada, de suerte que el labio inferior estaba al nivel de la punta de la nariz. Este era Fernando, príncipe de Asturias, quien en su persona condensaba todas las malas cualidades de sus antecesores de Borbón y de Hapsburgo, sin ninguna de sus virtudes: hombre de indubitable habilidad, amado con frenesí por un pueblo leal y generoso, que había hecho por él más sacrificios

que hizo jamás por un gobernante una nación; pero príncipe que, en todo el transcurso de una larga vida, faltó á todas las promesas, traicionó á todos los amigos, pagó todos los sacrificios con la persecución, recompensó todo amor y toda abnegación con la crueldad y la injusticia, y que haciendo traición á un padre en demasía indulgente, comenzó una mala carrera que había de dar á su nación miseria oculta y una herencia de guerra que todavía no ha tenido fin. Al lado del príncipe caminaba su padre, señor robusto, de cierta edad y de semblante enrojecido, abatido de dolor y seguido por los ministros y cortesanos, que llevaban al heredero forzoso como prisionero á sus habitaciones después de haberle juzgado del cargo de traición. Al día siguiente apareció en los muros de la capital una patética alocución del rey á su pueblo, diciéndole cómo su hijo había entrado en una perversa conspiración contra el trono. Pero los madrileños no creyeron nada malo de su amado Fernando y de nuevo hicieron testaferro al *Choricero*, que, según decían, había inventado un falso complot para arruinar al heredero de la corona.

Fernando no era héroe, y antes de que hubiesen pasado muchas horas, con increíble bajeza reveló á todos sus cómplices é hizo una confesión de su mala acción á la reina. Decía que había escrito secretamente á Napoleón, que había firmado un decreto nombrando al duque del Infantado gobernador de Castilla, hablando del rey como si estuviese muerto; pero que de todo esto tenían la culpa los que le aconsejaban, y cuyos nombres dió. Entonces fué cuando Godoy y la reina comenzaron á comprender que Napoleón les había engañado, y que el ejército francés en suelo español estaba más dispuesto á ayudar á Fer-

nando que á ellos. Se asustaron; Godoy, enfermo como estaba, escapó al Escorial á cortar por lo sano el asunto antes de que fuese más lejos. Al entrar en el aposento donde Fernando estaba confinado, se ofreció á arreglarlo todo. Fernando, como cobarde que era, aceptó de buen grado el recurso que le ofrecía seguridad. Por dictado del hombre cuya ruina había tramado, escribió las siguientes cartas á sus padres:

«*Querido papá:* He delinquido. He faltado á mis deberes para con vos como rey y como padre; pero me arrepiento y prometo á vuestra majestad mi más humilde obediencia. No hubiera hecho nada sin ponerlo en conocimiento de vuestra majestad; pero me cogieron de sorpresa. He denunciado á los culpables, y suplico á vuestra majestad que me perdone por haberos mentido la otra noche, permitiendo que me postre á vuestros reales pies.—Vuestro agradecido hijo, *Fernando*.—San Lorenzo, 5 de Noviembre de 1807.»

La carta á la reina era como sigue:

«*Querida mamá:* Me arrepiento del horrendo crimen que he cometido contra mis padres y soberanos, y con la mayor humildad os suplico que os dignéis interceder con mi papá por mí para que me permita postrarme á sus reales pies.»

Estas cartas se publicaron después con un decreto de perdón para el príncipe, que comenzaba con estas palabras: «La voz de la naturaleza desarma el golpe de la venganza», y estipulaba la persecución de los aconsejadores de Fernando. Godoy se cuidó de evitar toda mención de Napoleón en este caso, porque el emperador le había advertido severamente por medio de Izquierdo que así lo debía hacer, y al mismo tiempo hubo que presentar á Fernando como desobediente, débil y traidor. Hasta tal punto había salido vencedor Godoy;

pero la gran masa del pueblo estaba á favor de Fernando y no creía mal de él porque tratase de librarse del *Choricero* y de la deshonra que pesaba sobre la reina. Tan era así, que hasta los jueces especialmente escogidos por Godoy se negaron á condenar á los cómplices de Fernando; y después de un largo debate, Carlos mismo, por un abuso del poder despótico, envió á Escoiquiz, á los duques del Infantado y de San Carlos y á otros, al destierro.

Desde el principio hasta el fin el asunto fué desgraciado para todos los interesados. El hijo estaba dispuesto á sacrificar á sus padres; el rey había condenado á su heredero en público, sin cuidarse de la conveniente averiguación ó examen de pruebas; á la primera amenaza de peligro, Fernando descargó toda la responsabilidad sobre los que le habían aconsejado, para quienes no encontró frases bastante deprimentes, y aduló y mimó de la manera más nauseabunda á Godoy, quien á su vez tuvo cuidado de que el perdón del príncipe presentase á éste bajo el peor aspecto posible. Era evidente para Napoleón en aquella coyuntura que, por popular que fuese Fernando, era demasiado débil y pobre de espíritu para utilizarlo, ni siquiera temporalmente, como aliado, pero que debía servirse de él como de un muñeco. Se hicieron tentativas por parte de Beauharnais para asegurar al príncipe la continua protección del emperador, y se iniciaron las negociaciones para su matrimonio con la hija de Luciano. La dama, que tenía una voluntad enérgica, rehusó francamente el honor. En el interín, los acontecimientos tendían á una crisis, que relegaba á segundo término todas las demás consideraciones.

Junot había marchado sin tardanza á Portugal, donde el gobierno se había esforzado tardíamente en

alejar los desastres que amenazaban por las concesiones á las exigencias francesas y españolas. Viendo que era imposible la resistencia, el príncipe regente, según consejo de lord Strangford, se decidió á trasladar su corte al Brasil. Al día siguiente de hacerse á la vela por el Tajo la real familia, el ejército francés entró en Lisboa (30 de Noviembre de 1807) en medio de la silenciosa mañana de un pueblo, y á fines del año, todo el reino estaba ocupado por tropas francesas y españolas. Se recordará que una de las condiciones del tratado de Fontainebleau había sido que el rey de Etruria cambiase la Toscana por la Lusitania septentrional. El rey había muerto, pero su viuda, hija del rey de España, ejercía en Florencia de regente por su hijo. Estaba ignorante del arreglo que con su corona se había hecho para otro cambio de sus dominios, y quedó asombrada cuando, á últimos de Noviembre, se le presentó una intimación anunciándole que el emperador estaba camino de Italia y que debía evacuar su reino. Huyó desesperada á España con sus hijos, y en el camino vió á Napoleón en Milán. En vez de consuelo no recibió de él nada más que desaliento. Se le dió á entender claramente que el emperador no tenía intención de cumplir las condiciones del desgraciado convenio y que su reino de Lusitania septentrional no era más que una quimera; en realidad, ya había ofrecido la corona portuguesa á su hermano Luciano, que la había rehusado.

Los planes del emperador para la sujeción de toda la península Ibérica apenas se encubrían ahora. Había calculado la capacidad de todos los poderes gobernantes de España y vió que debía tratarlos con perfecto desdén. A primeros de Enero de 1808, dos nuevos *corps d'armée* franceses habían entrado en España al

frente de Dupont y Moncey, respectivamente, y se forjaron conjeturas de todo género sobre los grandes preparativos guerreros del emperador. La mayoría del pueblo español los vió con disgusto, pero se le aquietó astutamente con la idea de que las bayonetas francesas habían venido á sentar en el trono á su amado Fernando y á dar fin con el gobierno del *Choricero*. Godoy mismo comprendió ahora indudablemente el peligro en que se encontraba; mas era demasiado tarde para retroceder, y sus ojos todavía se fijaron en la prometida soberanía de los Algarbes. A su ejemplo, Carlos envió cartas serviles al emperador, y no se perdió ninguna oportunidad de conciliar al conquistador. Pero era el cordero conciliando al lobo. Napoleón no había decidido probablemente su manera definitiva de proceder, pero ya había tomado la resolución de que los Borbones deberían seguir á los Braganzas, y de que la península Ibérica debía quedar á sus órdenes.

Entró en España brigada sobre brigada de franceses, violando los tratados y los derechos de las naciones. Trabajo les costó á los franceses hacer que esta agitación conservase las apariencias de amistad. Armagnac tomó en Febrero, por medio de estratagemas, la ciudadela de Pamplona; Duchesne, unos pocos días después, se apoderó de la fortaleza de Barcelona, y gradualmente, con auxilio de tretas, lisonjas ó amenazas de fuerza, fueron ocupadas por los intrusos casi todas las plazas fuertes del norte y centro de España. La excitación y la alarma del pueblo aumentaron. El destino de Portugal, considerado ahora como una posesión francesa, era un terrible recordatorio de la impotencia de España, y el odio hacia Godoy, sobre el cual se cargó el peso de todo, se hizo mayor que nunca.

Había tratado infructuosamente de conseguir que se le dejara retirar, y Carlos estaba casi tentado á dejarle; tan irresistible era ahora el descontento del pueblo. Pero Fernando no tenía intención de dejarle libre tan á poca costa; le necesitaba para testaferro y sobresalió en la adulación del «salvador de España», á quien suplicaba fervientemente que continuase al frente de los negocios. El pobre y sencillo Carlos se derretía en lágrimas al considerar la apacible concordia que reinaba en su familia, ahora que Fernando y «Manuel» eran tan queridos amigos, y también rogaba á su ministro predilecto que se quedase, no sospechando que el *complot* que se había frustrado pocos meses antes estaba ahora en pleno auge otra vez.

Al fin, en Marzo de 1808 se hizo evidente, hasta para Godoy, que ya no podía andar con rodeos ni juguetear por más tiempo. Había en España cien mil soldados franceses sin razón ó excusa. Murat, gran duque de Berg, acababa de llegar á Burgos como lugarteniente general del emperador, y nuevas tropas continuaban agrupándose en los Pirineos. Al mismo tiempo, llegó Izquierdo en posta de París, precipitadamente, con noticias terroríficas. El emperador exigía un nuevo tratado con condiciones sin ejemplo, que prácticamente hubieran desmembrado á España y la hubieran privado de su independencia. Godoy, desesperado, aconsejó al rey que rogase á Napoleón que no cometiese otra violación de la frontera española y que cumpliese las obligaciones del tratado existente, ó España defendería su suelo y su honor. Pero era demasiado tarde; ni Carlos ni los amigos de Fernando estaban preparados para una escena tan quijotesca, y la huida de la familia real pareció la única alternativa, á imitación del regente de Portugal. Se decidió, al fin,

que el rey y la corte se retirarían á Sevilla, para aguardar allí los acontecimientos, y si fuese necesario, embarcar después para América (1); y como primera etapa del viaje, se ordenó hacer un traslado al palacio de Aranjuez, á poca distancia de la capital.

La resolución fué tomada en secreto, pero pronto corrieron por Madrid vagos é inquietantes rumores. Era frecuente en la real familia visitar, acompañada por Godoy, Aranjuez y otros palacios; en realidad, poco antes habían pasado mucho tiempo fuera de Madrid, pero los turbulentos adictos al partido de Fernando alentaron la excitación pública. El alborotador conde de Montijo, ídolo y jefe de las clases viciosas de Madrid, se disfrazaba, para ponerse en comunicación con Fernando, en uno de los barrios bajos, y los curas y frailes estaban ocupados, como de costumbre, en sus chismosas insinuaciones contra Godoy. Se afirmaba que un gran número de rudos labradores, guiados por guerrilleros, se estaba reuniendo en Madrid, y para los que tenían costumbre de observar los sucesos, era evidente que estaba preparándose un gran desastre. La dama con quien Godoy vivió, antes y después de su matrimonio, doña Josefa Tudó, huía de Madrid y se preparaba para una larga ausencia; y pronto circuló el rumor de que en un consejo celebrado en Madrid había dominado el criterio de Fernando, y la familia real se había decidido á continuar su huida á Sevilla. Se dieron también órdenes para que la mayor parte de la guarnición continuase hasta Aranjuez; y los ciuda-

(1) Era opinión de las personas mejor informadas en aquel tiempo, y probablemente sea verdad, que éste era el fin que Napoleón perseguía al proponer á Izquierdo las nuevas condiciones de un tratado. Si hubiese asustado á la familia real, hubiera quedado franca la costa para él.

danos, alarmados y perturbados por los agentes del príncipe, demostraron francamente su indignación de que en tan crítico momento hubieran sido abandonados por sus gobernantes.

La excitación aumentaba de hora en hora, y como de costumbre, toda la responsabilidad caía sobre Godoy, que se decía haber vendido España á los franceses, en vez de dar la sucesión á Fernando. Carlos trabajaba por apaciguar la tempestad. En una proclamación dirigida á «mis queridos vasallos», aseguró al pueblo que «respiraría libremente; porque el ejército de mi querido aliado, el emperador de los franceses, pasa por mi nación sólo con ideas de paz y amistad; su objeto es llegar á los sitios amenazados por el común enemigo», y enfáticamente negó la historia de su fuga intentada (16 de Marzo de 1808). Esto era por un momente un freno para los conspiradores en Aranjuez, donde todos los elementos de disturbio se habían congregado ahora, pero mediante un juicioso gasto de dinero y esfuerzo, los pajes del príncipe, el conde de Montijo y D. Manuel de Jáuregui, propalaron la noticia de que Godoy se marchaba en la noche del 17, y no sólo el rey y la reina, sino también Fernando.

Entre tanto, reinaba confusión total dentro y fuera del palacio. Murat marchó rápidamente sobre Madrid, y Dupont, con su *corps d'armée*, se apresuró á ocupar á Segovia y El Escorial. El rey, como hemos visto, pretendía no creer perjudicar, pero los movimientos de los franceses paralizaron todo gobierno y no se dieron más órdenes que las de la huída. El pueblo estaba en un frenesí de excitación. Fernando estaba, ó fingía estar, con miedo del asesinato por las órdenes de Godoy, idea ostentosamente divulgada también por Beauharnais, y durante la noche del 17 se preparó la su-

blevación de Aranjuez. Los guardias, que estaban al mando del hermano de Godoy, Diego, habían sido ganados en secreto á la causa popular, y un gran número de gentes del pueblo, principalmente manchegos, introducidos con este fin, y rufianes asalariados, rodearon el palacio del favorito en Aranjuez, bajo las órdenes del conde de Montijo, disfrazado. Testigos de vista aseguraron—aunque el mismo Godoy lo negó—que á media noche su concubina abandonó la casa en un carruaje, y que esto dió el primer ímpetu al disturbio; de todos modos, en la ventana de Fernando cayeron una bala y una corneta, simultáneamente, con la apariencia de una luz, al tiempo que un carruaje abandonaba la casa de Godoy, y en un momento comenzó el tumulto.

Las tropas estaban á favor de Fernando y tomaron posiciones donde pudieran impedir la huida del rey; otros grupos vocearon bajo las habitaciones de Carlos, que estaba en el lecho enfermo de gota, mientras que el grupo principal de rufianes entró por la puerta cochera del palacio de Godoy. De habitación á habitación se lanzaron en pesquisa sanguinaria del odioso *Choricero,* arruinando y destruyendo cuanto encontraban. La princesa de la Paz, miembro de la familia real, y su hija, fueron tratadas con respeto y transportadas al palacio real, pero en nada más se guardaron consideraciones. Cuando el grupo se lanzaba á su alcoba, Godoy acababa precisamente de saltar de su lecho, ponerse su bata y escapar por una puerta secreta á un cuarto de trastos viejos, donde se ocultó bajo un rollo de esteras, mientras que el tumulto satisfacía su venganza en la propiedad, y hería y encarcelaba á su hermano. Dentro del palacio, triunfante, Fernando no ocultó ahora su aprobación del levan-

tamiento. María Luisa maldijo, y Carlos lloró por su pérfido hijo; pero con la esperanza de desviar la venganza de su querido Manuel, el rey firmó, durante la noche, un decreto dando la dimisión á Godoy de sus puestos de generalísimo del ejército y gran almirante de la armada.

El día siguiente, el 18, pasó en gran ansiedad, pero relativamente tranquilo; durante la noche se comunicó al rey que era inminente otro tumulto, más peligroso para él que el anterior, y que las tropas no lo dominarían. No había nada más que hacer que apelar á Fernando, que prometió con enojo emplear su influencia en apaciguar la excitación popular. Sus esfuerzos eran, ó insinceros ó tardíos, porque en la mañana del 19, un grupo más amenazador que nunca se reunió ante el palacio. Súbitamente salió de mil gargantas un grito de que el *Choricero* se había encontrado, y el populacho se arremolinó junto á la casa desmantelada del favorito. Godoy, después de treinta y seis horas de permanecer oculto, había sido impulsado por el hambre y la sed á salir de su rollo de esteras.

En vano se había esforzado en sobornar á un guardia de servicio en su habitación; había sido hecho prisionero. Antes de haber tomado atropelladamente la comida necesaria para su sustento, el populacho había llegado al exterior de la casa dando alaridos y pidiendo su vida. El hombre que por espacio de tanto tiempo había sido dueño de España, no encontraba ahora en su propio palacio arruinado ningún ángulo en que ocultar su cabeza, y temblando, casi desmayado, rodeado de guardias, que le resguardaban como podían, fué conducido por entre la multitud que vociferaba, hasta la habitación del guardia. Por encima

y por debajo de los caballos de los soldados descargaron crueles golpes sobre aquel hombre desventurado; bañado en sangre, herido y jadeante, apoyando sus manos en las sillas de montar de los guardias, aunque lleno de miedo y fatiga, trataba de conservar la paz con el rápido trote de los caballos, que iban separándole de la loca furia; y al fin, librado de la muerte inmediata, se tumbó, en una agonía de lágrimas, sobre el duro suelo del aposento del guardia, mientras zumbaban todavía en sus oídos las amenazas y maldiciones de sus perseguidores.

Pronto, sin embargo, llegó el grupo á invadir las barracas, porque se alzó el grito de que el *Choricero* había escapado, y el rey y la reina, llenos de terror por su favorito, suplicaban fervientemente á su hijo que le salvase. Fernando consintió desdeñosamente; prometió al populacho que se haría justicia y lo dispersó, quedando luego con una sonrisa burlona en su perverso semblante sobre su postrado enemigo, el hombre á quien había adulado llamándole su «salvador» tan recientemente. «He salvado tu vida, Manolo», dijo desdeñosamente. «Lo agradezco humildemente á vuestra alteza», replicó. «¿Es ya rey vuestra alteza?» «Todavía no, dijo el príncipe, pero pronto lo seré», y volviendo la espalda le abandonó, diciendo al guardia: «Mandad por un cirujano que cuide á este pobre hombre. Parece un *Ecce-Homo*.» Fernando estaba ahora seguro de su triunfo é hizo comprender á sus padres que sólo él tenía fuerza sobre el pueblo. El viejo rey, afligido en extremo, vió que su irrespetuoso hijo no se contentaría con nada menos que su abdicación. Sus ministros, particularmente los principales de ellos, Caballero y Ceballos, habían fijado sus miradas en el sol naciente de Fernando, y á las siete de aquella mis-

ma tarde, Carlos IV depuso su punzante corona, firmando el decreto que hacía á Fernando soberano de España.

La noticia llenó al exaltado Madrid de frenética alegría. Los palacios del favorito decaído y de sus amigos fueron saqueados; destruyéronse todos los emblemas de su grandeza, y en toda la nación se reprodujeron las mismas escenas. Pero sobre el loco regocijo de la capital á la llegada de Fernando el *Deseado,* se irguió el fantasma del desastre inminente. El nuevo rey envió diputaciones de grandes de España para saludar á Murat cuando se acercase, y el 23 de Marzo el hijo del fastuoso posadero napolitano entró en Madrid con su plana mayor, relumbrante y resplandeciente, á la cabeza de un ejército francés que ninguna fuerza organizada en España podría resistir. Los madrileños aman los espectáculos y acogieron bien á Murat, porque todavía creían que venía á defender á Fernando. Pero pronto se abrieron sus ojos. Los franceses, descontentos de sus cuarteles, tomaron tranquilamente y sin permiso otros que les agradaban más; y cuando Fernando entró en su capital por primera vez como rey, al día siguiente de su llegada, Murat hizo á sus hombres maniobrar ostentosamente por el camino para molestar á los ciudadanos, que decían que su rey no necesitaba protección de un extranjero contra los leales españoles, ahora que había caído el *Choricero*. Para poner las cosas en peor estado, Murat y Beauharnais fueron los únicos soberanos extranjeros que no reconocieron inmediatamente al nuevo soberano; porque la sublevación de Aranjuez y la abdicación de Carlos no habían sido anticipadas por Napoleón. Su plan había sido hacer que toda la familia real huyese á América y luego apoderarse de España,

como lo había hecho con Portugal; y la subida al trono de un nuevo monarca popular no le agradó. Cuando recibió las noticias en Saint-Cloud, confesó este desagrado y denunció á Fernando como irrespetuoso usurpador, á quien nunca había de reconocer. Pero esto no significaba que quisiese ayudar al padre desposeído. Por el contrario, al día siguiente dijo á Izquierdo, su obediente esclavo, que los sucesos que se desarrollaban en España le habían dispensado de todas las obligaciones adquiridas con ella por el tratado, y el mismo día escribió á su hermano, Luis de Holanda, ofreciéndole la corona de España, que Luis rehusó.

Al día siguiente de firmar Carlos su abdicación, pasados el miedo y el desorden, trató de imponer condiciones al nuevo rey respecto á su política y respecto á su porvenir. Fernando y sus amigos no quisieron oir hablar de ello, y Carlos y su viva esposa comenzaron á comprobar que, por un plumazo dado en un momento de terror, habían quedado reducidos á ser personas sin ninguna importancia. Luego vino la colérica reacción contra su hijo, y el necio rey consultó al general francés Monthion, jefe de Estado Mayor de Murat, que acababa de entrar en Aranjuez. El resultado fué firmar una protesta privada contra la abdicación, con el pretexto de que había sido arrancada por la fuerza. Esta miserable vacilación y debilidad convinieron mucho á Napoleón, que de este modo era capaz de poner al padre en lucha con el hijo, en descrédito de este último; y en esto estaba ayudado por la indigna carta en que Carlos le enviaba su protesta contra la abdicación. El rey de España «se apresura á ponerse en manos de un gran monarca, su aliado, subordinándose totalmente á la voluntad de la única

persona que puede darle felicidad á él, á su familia y á sus fieles vasallos». «Me vi forzado á abdicar, escribía; pero ahora, con la más absoluta confianza en la magnanimidad y el genio del gran hombre que siempre ha demostrado ser mi amigo, he resuelto conformarme en todo con cuanto este gran hombre ordene respecto á mí, á mi destino y al de la reina y del príncipe de la Paz.» Napoleón debió haber pensado, cuando recibió esta lisonjeadora carta, que las circunstancias le estaban positivamente invitando á hacer uso de una familia real como ésta, para sus propios fines. Peores todavía fueron las cartas de Carlos y su esposa á Murat en Madrid, protestando humildemente de que ellos y Godoy, y no Fernando, eran los verdaderos amigos de los franceses, ofreciéndose á hacer que el país se sometiese á Napoleón, y hostigando al nuevo rey, con profesiones de adhesión y obediencia al grande hombre, en cuyas manos se ponían á sí mismos y ponían su nación. La bajeza y el servilismo no podían ir más lejos, y por inmerecidos que fuesen los posteriores sufrimientos del pueblo español, la miserable familia real merecía todo lo que le sobrevino.

Casi el primer acto real de Fernando VII fué llamar de nuevo á Urquijo, á Cabarrús, á Jovellanos y á todos los que habían sufrido la enemistad de Godoy. A Escoiquiz se le comunicó, en el puesto que ocupaba en Toledo, que había sido nombrado Consejero de Estado; y los duques del Infantado y de San Carlos abandonaron su destierro para guiar las decisiones del nuevo soberano. El sombrío é infatuado eclesiástico Escoiquiz, acérrimo admirador de Napoleón y hombre de ninguna habilidad ni conocimiento del mundo, era acaso el peor consejero que hubiera podi-

do escoger, mientras que los dos duques eran hombres débiles, fanfarrones é incapaces de contrarrestar su mala influencia. Las primeras medidas del nuevo monarca tendieron á la abrogación de las contribuciones locales, poco importantes é impopulares, decretadas por el anterior gobierno; pero la suspensión de la venta de la séptima parte de las propiedades eclesiásticas para el servicio del Estado, autorizada por el papa, probó que Fernando tomaba por sostén más bien la reacción que la reforma. En esto tal vez fuese prudente, porque, como hemos visto, la masa del pueblo, sumergida en la ignorancia y encadenada con las cadenas clericales, tenía poca simpatía por las opiniones más ilustradas de aquellos de sus paisanos que habían viajado y estaban mejor educados. En todo caso, la creciente efervescencia del público en presencia de la actitud de las tropas francesas, y las intrigas de la familia real, impedían que se fijara la atención en las medidas del gobierno interior.

Las gentes de Madrid, aficionadas á las sorpresas, quedaron á las puertas de la expectación con los relatos de la llegada de Napoleón á visitar al nuevo rey. Murat no perdió la ocasión de adherirse á la excitación; se arreglaron en palacio aposentos para la recepción del emperador; se recibieron de antemano, ostentosamente, equipajes que se decían pertenecer á él; hasta se enseñaron á los boquiabiertos ciudadanos su sombrero y sus botas; pero, entre tanto, Murat se mantenía personalmente alejado de Fernando, y llevaba íntimamente correspondencia, por medio de Monthion, con el antiguo rey y la reina. Carlos, bajo su influjo, había firmado la protesta contra la abdicación, á que se ha hecho referencia; y la deferencia posterior con que el antiguo rey y su esposa, al ser

abandonados de su pueblo, fueron tratados por los generales franceses, les sugirió, indudablemente (y esto era lo que se había intentado), una esperanza de que el poder de Napoleón les restauraría en su plena dignidad, salvaría á Godoy y castigaría á su irrespetuoso hijo. Fernando hubo de pensar que algo así sucedería, y sus malos consejeros, particularmente Escoiquiz, comenzaron á susurrar que debía procurar condescender con el emperador antes de que éste se pusiese á favor de Carlos.

Napoleón había salido ya para la frontera española, y si hubiese sido capaz de hacer que la familia real huyese á América, como intentaba, no hubiera dudado en adelantar de una vez su viaje á Madrid; pero el advenimiento de Fernando había trastornado sus planes, y aunque se mantenía la pretensión de su venida, su objeto real era ahora trabajar sobre las disensiones de Carlos y de su hijo, hasta que ambos se pusiesen en sus manos. A este efecto, Murat indicó que Fernando hiciese un viaje al Norte, con el fin de salir al encuentro y saludar al emperador en sus dominios. Escoiquiz, ciego y loco en su admiración por los franceses, aprobó la idea, como medio de activar el matrimonio de Fernando con una Bonaparte; pero se comprendió que sería imprudente para el nuevo rey abandonar la capital en una ocasión así, y se decidió enviar á su hermano menor, D. Carlos, que abandonó á Madrid el 5 de Abril, con la intención de encontrarse con el huésped imperial en Burgos. Pero D. Carlos no encontró á Napoleón en Burgos, y algunos de los ministros de Fernando, particularmente Ceballos, comenzaron á dudar. Murat no era un gran diplomático, y Napoleón no consintió la oposición á sus planes; así que el general Savary fué enviado apresurada-

mente por la posta, para llevar á Fernando á Francia por buenos ó malos medios. Vió al joven rey inmediatamente de su llegada á Madrid, y le dijo que el emperador sólo deseaba saber si su política con Francia había de ser la misma que la de su padre, en cuyo caso le reconocería como rey y reprimiría toda intervención futura en el gobierno de España. Fernando se regocijó y agradeció. Todo lo que necesitaba era el reconocimiento de Napoleón, y aquí estaba en condiciones satisfactorias. Savary indicó que, como Napoleón era esperado en Bayona, sería una atención de cortesía con Fernando salirle al encuentro en Burgos. Lisonjas, promesas y protestas de eterna amistad prevalecieron al fin, y á pesar de los avisos de perfidia, á pesar de la alarma del pueblo, á pesar de la creciente arrogancia de los franceses, Fernando salió de Madrid para encontrarse con el huésped imperial el 10 de Abril. Con él iban Escoiquiz, Infantado, San Carlos, Ceballos y un largo cortejo; y se constituyó el consejo del gobierno para obrar por él, en su ausencia, en todos los negocios urgentes. A la cabeza de esta junta se había puesto su tío, el infante D. Antonio, un anciano estúpido, débil de espíritu y fanático; siendo los otros miembros el primer ministro que, sin embargo, acompañaba al rey; Gil y Lemus, ministro de Marina; Azanza, ministro de Hacienda; O'Farril, ministro de la Guerra; Piñuela, ministro de Justicia, y otros pocos consejeros escogidos.

Por toda España Fernando viajó entre una población inflamada en amor y libertad hacia él. Si él ó sus ignorantes consejeros hubieran hecho una parada, toda una nación hubiera dado su sangre por él y por la independencia de España, como Napoleón vió claramente cuando por primera vez oyó hablar de su ad-

venimiento (1); pero no había ni dignidad, ni patriotismo, ni honor en Fernando y su miserable familia, y Savary le atrajo de Burgos á Vitoria. Allí la alarma de sus amigos se hizo mayor y se resistieron á seguir adelante, pero ahora estaba demasiado cerca para que Napoleón le dejase marchar. Viendo que Savary solo no prevalecería sobre el joven rey para hacerle seguir adelante, el mismo emperador escribió una carta que abriría los ojos al más obtuso. En altanero y vago lenguaje trataba las reclamaciones de Fernando como si hubiesen de decidirse en sus manos, y llegaba hasta insultarle: «no tenéis otros derechos que los que os ha transmitido vuestra madre.» Sabary juró por su vida que Napoleón le reconocería como rey de España desde el momento en que le viese en Bayona, pero no de otra forma; Savary tenía, en realidad, órdenes para llevarle por la fuerza si no quería de otro modo. En vano los leales españoles propusieron que se salvase ó huyese. Ciego á todos los avisos, se decidió á cruzar la frontera; los habitantes de Vitoria se agruparon ante su coche, siguieron las huellas de sus caballos, y llorando le suplicaron que se quedase. En Irún, la guarnición española se ofreció á ponerle en seguro, á pesar de los franceses. ¡Todo en vano! Fernando, con su hermano Carlos, cruzó el Bidasoa el 20 de Abril y pisó suelo francés.

Ningún representante del emperador fué á saludarle; no se le tributaron honores; unas pocas leguas más adelante tropezó con los tres grandes de España, á quienes había enviado para saludar á Napoleón, y de ellos oyó las ignominiosas noticias de que el emperador había declarado en su presencia aquella mañana

(1) Véase su carta á Murat, 29 de Marzo, en la *Historia de la Revolución de España*, de Toreno.

que ningún Borbón reinaría de nuevo en España. Era demasiado tarde para arrepentirse, y Fernando entró en Bayona virtualmente como prisionero, el 21 de Abril de 1808. Durante algunas horas, todavía había lugar á esperanza. Napoleón abrazó á su huésped, le convidó á comer y le acompañó á su posada. Pero apenas estuvo solo Fernando, cuando llegó Savary con un mensaje de su señor al efecto de que el último había decidido irrevocablemente bambolear la dinastía borbónica en España y sustituirla por la suya, y que Fernando debía firmar una renuncia de la corona para sí mismo y toda su familia. La ira y el terror reinaron entre el entrampado Fernando y su corte. Escoiquiz—el pequeño Jiménez, como le llamaba burlonamente Napoleón—estaba fuera de sí de rabia por la manera cómo habían sido engañados, y en sus largas conferencias con el emperador y su agente el obispo de Poitiers, persistió en negarse, en nombre de su señor, á complacer la exigencia, como hicieron Ceballos y el mismo Fernando. Después de tres días de disputas y mutuas recriminaciones, Fernando se asombró de recibir un mensaje del emperador con el fin de que no tratase más con él; el rey de España esperaba llegar á Bayona el día siguiente, é indudablemente sería más responsable que el príncipe de Asturias.

Murat había creído mucho más sencillo transportar á Francia al viejo rey y á la reina que á su hijo. Había comenzado por quejarse á la junta de los constantes ataques que á sus hombres dirigía el populacho de Madrid; y luego había anunciado que no reconocía más rey de España que Carlos, cuya vuelta al trono exigía. Ya Murat había arrancado á Godoy de la custodia de la junta y le había conducido, guardado por soldados franceses, á Bayona; ahora le era fácil per-

suadir á Carlos y á su esposa de que siguiesen al favorito. Guiado por él, Carlos escribió á su hermano Antonio, presidente de la junta en Madrid, diciendo que su abdicación había sido forzada y era nula; y que él, como rey, confirmaba á la junta en sus funciones, durante su corta ausencia en la visita que había de hacer á su aliado el emperador de Francia. El 23 de Abril, el crédulo rey, con su esposa y con la hija de Godoy, abandonó el Escorial, escoltado por franceses armados, para seguir á su hijo á los Pirineos, arrastrado por el mismo cebo que había reducido á Fernando, á saber, el reconocimiento de su soberanía por Napoleón. Las disensiones entre padre é hijo, mañosamente promovidas, la ambición, desobediencia, presunción y locura por ambas partes, habían acabado en esto: en que el viejo rey y sus dos herederos próximos se pusiesen en manos del despreocupado tirano, que los había engañado; mientras que España, abandonada, desarmada y desorganizada, quedaba, en apariencia, como una presa fácil de arrebatar á los cien mil extranjeros disciplinados que con insolencia se pavoneaban sobre su suelo.

En Madrid las cosas iban de mal en peor. El pueblo, alarmado y desmayado con la deportación de Fernando y con la creciente insolencia de las tropas francesas, estaba dispuesto en cualquier momento á volverse contra sus importunos huéspedes. El 20 de Abril, la crisis llegó á su auge. Los oficiales franceses, desconfiando de la promesa de Murat á la junta, ordenaron al impresor de la corte española que imprimiese una proclama firmada por Carlos IV, como rey, y la noticia excitó la ira del populacho. Con gran dificultad apaciguó la junta la amenazadora sublevación, y puso en libertad á los dos oficiales

franceses que habían sido arrestados, pero el pueblo sabía ahora, sin género alguno de duda, que los franceses eran los enemigos de su adorado Fernando, y querían echar otra vez sobre España el yugo del *Choricero* y de la reina. Y no sólo en Madrid aumentó la peligrosa excitación. En Toledo, Burgos y en otros puntos surgieron formidables motines, que fueron reprimidos con la abrumadora presencia de las tropas francesas; y en el ínterin, la débil y tímida junta de Madrid, que había sido autorizada por Fernando, al reconocer la perfidia de Napoleón, para obrar como un consejo de regencia durante su ausencia, fué importunada con dudas y temores inacabables; no atreviéndose, por una parte, á oponerse á las exigencias, siempre en aumento, del impetuoso Murat, ni por otra, á desdeñar á Fernando y obrar descaradamente como mejor pudiese en beneficio público. Así, mientras que á ruegos de Murat daban autoridad á algunos diputados españoles escogidos por él para ir á Bayona y discutir con Napoleón el futuro gobierno de España, despachaban encargos suyos para Fernando, suplicándole que les diese órdenes sobre la política que habían de seguir.

Frente á esta absoluta confusión é ineptitud, por parte de los españoles, los franceses estaban unidos, llenos de vigor y decididos. Treinta y cinco mil soldados franceses estaban en la capital ó en sus proximidades, y una numerosa fuerza de artillería ocupaba el vasto espacio del Retiro. En cada punto culminante de los alrededores estaban apostadas las brigadas de la ciudad; la entrada á ésta estaba ocupada por los intrusos, mientras que el número total de tropas españolas en las cercanías no llegaba á tres mil hombres, que estaban estrechamente confinados en sus campamen-

tos, y Murat tuvo cuidado, por medio de constantes maniobras y ostentosas paradas, de hacer comprender al pueblo madrileño su impotencia. Este estado de cosas en tensión, no podía durar mucho tiempo, y el domingo, 1.° de Mayo, mientras que Murat y una brillante plana mayor volvían de misa por la Puerta del Sol, una tempestad de silbidos les saludó. La razón próxima de esto fué una orden dada á la junta, en nombre de Carlos IV, para que el día anterior marchasen á Bayona la reina de Etruria y el infante don Francisco de Paula, los únicos hijos del antiguo rey que habían quedado en España. Después de alguna resistencia, la junta, convencida de la imposibilidad de resistir á los franceses, se vió obligada á consentir y se determinó que la princesa y su hermano saliesen la mañana del 2 de Mayo, día que en adelante había de conservarse eternamente como el más glorioso en los anales de España.

En toda aquella noche de primavera, los barrios más pobres estuvieron animados por gente inquieta, y en cuanto apuntó el alba, reunióse el pueblo en la calle Mayor, en el vasto espacio libre que había delante del palacio real, frente al curtido paisaje que á poniente se extiende, por espacio de algunas leguas, hasta el nevado Guadarrama. Se decía que la princesa y el príncipe, y hasta el viejo é imbécil D. Antonio, habían de ser arrebatados por la fuerza, y así como los grupos aumentaban hasta convertirse en una numerosa multitud, iba también creciendo la ira contra los falaces *gabachos* que habían raptado á su querido Fernando y pretendían llevarse á su hermano menor. A las nueve de la mañana asomaron á la puerta del palacio tres coches de viaje, y un simpático lacayo real dijo á los que estaban junto á él, que el pequeño infante Fran-

cisco estaba llorando al pensar que se marchaba. Suspiros y lamentos de mujeres, maldiciones de hombres estallaron ante esta crueldad con un niño inocente. La reina de Etruria pasó sin dificultad porque era impopular y amiga de Murat, pero aún había á la puerta dos carruajes, que eran para los infantes, según decía la gente. Cuando esto se estaba discutiendo, uno de los *aides-de-camp* de Murat entró á caballo en el palacio á saber lo que pasaba, y en el momento de su aparición, una mujer de la multitud exclamó: «¡Nos los están quitando!» Como por arte mágico, el grito se cambió en repentino descontento de furia indomable, y á una señal dada, el oficial francés y su escolta fueron atropellados por el populacho. Algunos guardias walones españoles trataron de protegerles, pero estaban á punto de ser todos asesinados, cuando se presentó en escena una patrulla de tropas francesas y á duras penas fueron salvados. El campamento de Murat se había situado unos pocos minutos antes en las alturas de San Vicente, dominando el otro extremo del palacio, y pronto le llegaron las noticias.

El motín fué la explosión espontánea de una plebe desarmada y fácilmente lo hubiera reprimido la autoridad de la junta, como lo había hecho el 21 de Abril; pero Murat comprendió que había llegado la ocasión de aterrorizar al pueblo español y someterlo á la obediencia de una vez, y el ataque á su *aide-de-camp* le presentó una oportunidad que no debía perder. Mientras que la multitud se ocupaba en inutilizar los coches de viaje, un numeroso cuerpo de tropas francesas, con dos cañones, ocupaba los lados de la plaza en que la muchedumbre estaba estrechamente agrupada, y sin previo aviso descargó sobre la compacta masa una sanguinaria mosquetería y fuego de artillería. Gritos

y gemidos se mezclaban á las exclamaciones de rabia, cuando los sobrevivientes trataban de escapar. Los que conseguían hacerlo corrían por la calle Mayor, y dispersándose en todas direcciones, llevaban las noticias por la ciudad. La cólera, largo tiempo reprimida, de un pueblo bravo y fogoso contra el insolente extranjero, estallaba con irresistible fuerza. No se pensaba en la absoluta desproporción entre un gentío de paisanos desorganizados y los aguerridos soldados de Napoleón; armados sólo con las pobres armas que habían podido proporcionarse—garrotes, aguijadas de bueyes, cuchillos y otras cosas parecidas, amén de un antiguo trabuco ó de una envejecida espada—los grupos ocuparon las estrechas calles de la vieja villa, matando á todos los soldados franceses que no se rendían ni pedían misericordia.

El gran paralelogramo de la Puerta del Sol, con su pobre iglesia del Buen Suceso en un extremo, era, como de costumbre, el foco de la excitación. Por las nueve calles que allí desembocan pasaba rápidamente una muchedumbre, siempre en aumento, dominada por una sola idea fija: el odio al *gabacho*. El sólido muro del pueblo resistía desesperadamente, aunque con crueles pérdidas, las repetidas cargas de infantería y caballería que hacían las tropas francesas, bajando desde el barrio del Palacio á la calle Mayor y calle del Arenal, pero al punto se llevaron del Prado gruesos cañones, apostándolos en la calle de Alcalá y Carrera de San Jerónimo, al extremo opuesto del paralelogramo, para dominar todo el espacio, y pronto una granizada de metralla cubrió el empedrado de muertos y heridos, mientras que las cargas de los salvajes mamelucos y polos, desde el extremo opuesto, sembraban la consternación entre el pueblo. Pronto

corrió la voz de que debía reforzarse la artillería y de que en los viejos depósitos de artillería, al Norte de la ciudad, había, por lo menos, algunos gruesos cañones y municiones. Es cierto que el lugar estaba ocupado por fuerzas francesas, y que la junta había prohibido severamente á las tropas españolas obrar, de ningún modo, contra los intrusos; pero el pueblo no se preocupaba ahora más que de la venganza, y atravesando las calles que conducían al depósito de artillería, pronto se detuvo una gran muchedumbre ante las puertas cerradas del cuartel, pidiendo que se les dejase entrar.

Así estaban vociferando, sin plan ni organización, impelidos por una furia ciega, cuando se adelantó uno de esos jefes que las grandes crisis producen. Era un capitán del Estado Mayor de Artillería, llamado Velarde, que había reunido una pequeña compañía de voluntarios del Estado, y ahora llamaba á sus paisanos dentro del cuartel para defender al pueblo contra el enemigo extranjero. A petición suya, los setenta franceses se rindieron y fueron desarmados. Había sólo cuarenta artilleros españoles en el puesto, y éstos, al principio, vacilaron en desobedecer las órdenes del gobierno. Pero pronto se sintieron dominados por el entusiasmo popular, y su jefe, D. Luis Daoiz, hollando y menospreciando las órdenes de la junta, unió su suerte á la de su camarada Velarde. Se distribuyeron armas pequeñas y municiones todo lo aprisa que exigía el pueblo, que se dispersaba por todos lados para disparar sobre los *gabachos,* y los cinco cañones del patio del cuartel fueron arrastrados afuera y colocados en posiciones estratégicas frente á la puerta. Allí, los dos bravos capitanes de artillería y todos los que quedaban rodeándoles, so-

lemnemente juraron combatir al intruso hasta morir, y surgió el gran grito de «¡Mueran los franceses y viva Fernando!» Las municiones eran escasas; ya se escuchaba avanzar las huestes de los franceses; la muerte era casi segura para todos, pero ninguno retrocedía. Mientras que los artilleros hacían cartuchos precipitadamente, los paisanos llevaban á cabo el duro trabajo del cañoneo, así hombres como mujeres, igualmente dispuestos á la venganza y al sacrificio patriótico.

Este puñado de héroes rechazó ataque por ataque de los franceses, pero al fin el general Lagrange, con una fuerza de 4.000 hombres y muchos cañones, atacó el viejo cuartel por todos lados. Una y otra vez tuvieron que volver atrás, y todavía envió Murat más tropas, pero el puesto se mantenía firme. Todos los artilleros españoles habían caído esta vez, y Daoiz estaba gravemente herido, mientras que grupos de paisanos muertos estorbaban el trabajar de los cañones; los únicos proyectiles eran cuñas de cañón y piedras, pero todavía el pueblo peleaba. Al fin, Lagrange avanzó con una bandera blanca y pidió parlamentar. Pero el pacífico parlamento con Daoiz pronto se convirtió en disputa, y delante de todos pelearon los dos jefes, recibiendo Lagrange una herida. Luego, la escolta de granaderos del general francés, enfurecida, se abalanzó sobre Daoiz y le mató á bayonetazos, inutilizado como estaba ya. Después de esto, se lanzó sobre el cuartel una hueste de franceses, y los españoles, soldados y paisanos, pelearon con el enemigo cuerpo á cuerpo, hasta que la mayor parte de ellos murieron en cumplimiento de su deber. Cuando por fin se rindieron los pocos sobrevivientes, Madrid estaba á merced de Murat.

La junta, aterrorizada, rogó al conquistador que reprimiese el degüello, y el general O'Farril trató de calmar á sus paisanos. Los agentes de la junta iban por las calles apaciguando al pueblo. «Todo estaba arreglado, decían; no era más que una equivocación», y así sucesivamente, y la ciudad, teñida de sangre, se sumergió en una quietud murmujeante á las primeras horas de la tarde, aunque todas las calles estaban ocupadas por cañones franceses y los mamelucos montados se mantenían en la Puerta del Sol. Súbitamente estalló una descarga de mosquetería, y como un rayo corrió la noticia de que algunos españoles iban siendo capturados al seguir su camino y estaban siendo ejecutados sumariamente en el atrio de la iglesia del Buen Suceso y en el abierto espacio de la Puerta del Sol. So pretexto de que llevaban armas, aunque sólo fuese un par de tijeras, ciudadanos pacíficos eran detenidos á centenares, y en todo el triste día y durante la noche siguió la carnicería. Sin previo examen, el general Grouchy condenó á todos los que tenían el menor soplo de sospecha. Atados á los estribos de los mamelucos, fueron conducidos al Prado ó á las alturas en cuyas cercanías tenía Murat sus cuarteles, y allí fueron fusilados.

A la mañana siguiente, los aterrorizados ciudadanos leyeron en sus muros una proclamación de Murat decretando venganza por la sangre francesa derramada. «Toda persona armada será fusilada. Todo paraje donde haya sido asesinado un francés, será arrasado. Cualquier reunión de más de ocho personas, será considerada como sediciosa y se dispersará»; y los acobardados madrileños comprendieron que la fuerza y no la ley era señora. Murat había ganado el día por el momento. El pueblo se sintió anonadado; el peque-

ño infante Francisco estaba ya camino de Bayona, y la mañana del 4, el infante Antonio, presidente de la junta, cuyas pobres luces habían desfallecido bajo la fuerza de su posición, volvió alegremente la espalda á Madrid, y fué á seguir al resto de su familia al destierro. El hombre era un mentecato, pero la cobardía de su despedida á sus colegas en el gobierno, demostró que era tan egoísta y brutal como la mayoría de su familia. En gramática que hubiera desagradado á un niño, escribía: «Por consejo de la junta hago saber cómo he ido á Bayona por orden del rey, y digo á la junta que obre lo mismo que si estuviese yo allí. Dios os dé buena salud. Adiós, Sir, hasta el valle de Josafat.—*Antonio Pascual.*» Ninguna palabra de sentimiento ó aflicción para los bravos españoles que habían sucumbido por amor de su indigna casa; ningún sentido del deber patriótico para con el pueblo que lo había sacrificado todo por él y por los suyos. Y así, el último Borbón escapó del país en medio del desprecio é irrisión de todos los hombres, y España, abandonada y desierta, quedó abandonada para su propia salvación.

La sublevación del 2 de Mayo fué puramente popular. Con muy pocas excepciones, los nobles, oficiales civiles y militares y clases elevadas, en general, ó pasaron de largo ó se unieron efusivamente al intruso extranjero. Pero por vil que fuese la conducta de los elementos gobernantes en España misma en este supremo momento de la historia nacional, era digno y patriótico en comparación del proceder de la familia real en Bayona. La buena acogida de Carlos IV y su esposa por el emperador formó un gran contraste con la desdeñosa recepción que se había hecho á Fernando. Saludos, guardias de honor y *feux de joie* acompa-

ñaron al viejo rey y á la reina desde la frontera á Bayona, porque eran impopulares é imposibles como soberanos de España, y fácilmente se dejaron influir, mientras que Fernando ponía la nación á sus espaldas. Por eso interesaba á Napoleón ignorar el derecho del último y concentrar su atención sobre Carlos.

El rey llegó á un estado de indignación ardiente contra su hijo, á quien se negaba al principio á ver, excepto en público, pero su primera pesquisa era para su querido Manuel, y desde entonces en adelante, en todo el resto de su vida y la de la reina, Godoy fué su compañero constante y fiel. Pronto se arregló una entrevista entre el emperador, Carlos, María Luisa y Fernando, y en una violenta escena en que el padre y la madre cargaron á su hijo de abusos y reproches, que más de una vez amenazaron descender á violencia personal, Napoleón y Carlos insistieron en la renuncia de Fernando á la corona. Al principio, el joven se negó á cumplir, es decir, que ofreció abdicar con ciertas condiciones, entre las cuales era una que su padre y él volviesen juntos á Madrid, aunque esto lo negaba Godoy; pero, mientras que estaba descontento y dudando, las noticias del 2 de Mayo llegaron á Bayona. Napoleón, furioso, intimó al rey español y á su hijo: «¡Acabad de jugar», gritaba, y cuando Fernando apareció echó francamente sobre él la culpa de todo lo que había sucedido. Carlos y María Luisa abrumaron también al príncipe de reproches. Amenazado de muerte como traidor á su rey, Fernando, siempre cobarde, se esquivó, y el día siguiente, 6 de Mayo, Escoiquiz firmó por él una renuncia incondicional á la codiciada corona.

Esto allanó el principal obstáculo de Napoleón, porque el viejo rey fácilmente se deshizo de él. En reali-

dad, anticipando la abdicación de Fernando, ya había autorizado la tarde anterior á Godoy para que firmase un decreto transfiriendo el reinado de sus abuelos al corso, que lo tenía en su poder. Por este vergonzoso instrumento, Carlos mostró que, como las disensiones de su familia le hacían imposible asegurar la felicidad de sus «fieles vasallos», transfiere su soberanía al único hombre capaz de obrar así, y acepta, en cambio, del Tesoro una pensión de 300.000 libras esterlinas por año (por la cual estaba engañado), con las residencias de Compiégne y Chambord; una dotación perpetua de 40.000 libras esterlinas anualmente á los infantes, y libre asilo en Francia á la familia real y al príncipe de la Paz. Sólo una renuncia más se exigía para hacer completo el triunfo de Napoleón. Fernando había resignado la corona, pero todavía era príncipe de Asturias, y la renuncia de Carlos no le quitaba su primogenitura. Pero todo sentido de dignidad ó resistencia había desaparecido ahora, y el 8 de Mayo el miserable Escoiquiz firmó de nuevo, en nombre de Fernando, su renuncia de todos los derechos á suceder á la corona de España (1) en cambio de un estado feudatario, una pensión de 40.000 libras esterlinas por año y la categoría en Francia de *Alteza real*. Napoleón se arregló con todos ellos, y ellos se fueron. Al día siguiente, el viejo Carlos, María Luisa, su hijo

(1) Napoleón, en una de sus conversaciones en Santa Elena, confesó que su ruina databa de haber insistido en la abdicación de los Borbones españoles. «Pero, añadía, cuando vi á esos idiotas disputando y tratando de desposeerse unos á otros, pensé que sería mejor sacar provecho de esto para despojar á una familia que me era contraria. No inventé sus disputas, y si hubiera sabido que esta cuestión me había de traer tales consecuencias, nunca la hubiera emprendido.» *Las Cases*.

más joven y Godoy partieron para Fontainebleau, de donde salieron después para Compiégne, mientras que Fernando, su hermano Carlos y D. Antonio fueron al castillo de Talleyrand á Valençay, donde después habitaron. Desde Burdeos, Fernando y los dos infantes dirigieron una proclama al pueblo español, explicando que la renuncia se había hecho en obsequio de los intereses de la paz y prosperidad del país, y exhortándoles «á recurrir, para su felicidad, á las sabias disposiciones del emperador Napoleón. La pronta obediencia á éste será considerada por el príncipe y los dos infantes (esto es, Carlos y Antonio) como la mayor prueba de lealtad á ellos; hasta la consideraban sus altezas como el mayor indicio de afecto paternal al pueblo cuando renuncian á todos sus derechos, con el fin de hacer feliz á éste». Así, de una manera vil é indigna, el gobierno Borbón en España llegó á su fin, y la nación sufrió sola su agonía.

IV

LA GUERRA PENINSULAR

La partida de los príncipes de Borbón y la catástrofe del 2 de Mayo marca el fin de la era antigua en España. Antes de que procedamos á dar un resumen de las consecuencias que se siguieron, será bueno echar una ojeada sobre las condiciones de la nación en la época de la explosión.

En un capítulo anterior se ha demostrado cuán rápida había sido la renovada decadencia financiera de España, desde el advenimiento de Carlos IV hasta el fin del siglo, á consecuencia de las guerras, resultantes de su política con Francia. La continuada lucha naval con Inglaterra, que interrumpía, casi por completo, el comercio extranjero, acentuó grandemente la decadencia en los años posteriores del reinado; y en la época de la abdicación, la Deuda pública había ascendido á 72.000.000 de libras esterlinas, tres cuartas partes de las cuales habían provenido de concesiones onerosas por Carlos IV, mientras que el déficit anual de la renta nacional subió á tres millones y medio de libras esterlinas. Se inventaron toda clase de recursos con el fin de aumentar los ingresos. Préstamos forzados, llamamientos patrióticos, cargas sobre los fondos especiales ó industrias particulares, y exacciones de los pagos del Estado dejaron descontentas á todas las

clases y provocaron, principalmente, la impopularidad de Godoy. Entre otras tentativas hubo la de un impuesto de 50 por 100 sobre rentas de extranjeros en España, la reimposición de la alcabala del 14 por 100 sobre bienes extranjeros, impuestos de rentas del 4 al 15 por 100, derechos de sucesión del 3 al 25 por 100, tributos sobre carruajes, tabernas, hoteles, talleres de modistas, teatros, etc., y sobre todo, enormes y repetidas exacciones á los fondos del clero. El desasosiego y la falta de confianza, suscitados por estas y otras medidas semejantes, que siguieron á un sistema no consolidado, influyeron, naturalmente, en el estado de la industria y del comercio. Hemos visto los tenaces esfuerzos de Carlos III y sus ministros por restaurar en España las manufacturas y la agricultura, y el éxito que les esperaba. Ahora, bajo su descarriado hijo, la mayoría de estos adelantos desaparecieron. El gobierno luchó todavía denodadamente por proteger y fomentar las renacientes industrias. Escuelas técnicas de botánica, de historia natural, de química aplicada y de mecánica, fueron paulatinamente subvencionadas; las fábricas de algodón, porcelana, vidrio, maquinaria, botones, instrumentos ópticos y muchas otras continuaron todavía siendo patrocinadas por el Estado; pero la larga guerra y los gravosos impuestos que exigía, ahogaron en germen la vida de la planta que laboriosamente brotara; y la devastadora lucha en suelo español entre franceses é ingleses, que siguió á los acontecimientos que hemos recordado, completaron la ruina ya comenzada.

El estado de las defensas nacionales en 1808 era también de lo más deplorable que se puede concebir. El golpe destructor de Trafalgar apenas había dejado á la armada española con una embarcación digna de

echarse á la mar ó de ponerse á competir con armamentos modernos, aunque nominalmente constase todavía de 42 buques, 30 fragatas y 20 corbetas. Si esto sucedía con el material, el *personal* de la escuadra era ridículamente excesivo en número y en coste, principalmente por lo que se refería á los oficiales. Para tripular barcos que no se podían hacer á la mar, para cargar cañones que se hubieran destrozado con una descarga, para defender puertos ruinosos é insostenibles había en la lista de pagos de la armada 91 jefes de escuadra, 220 capitanes y 950 alféreces, además de ingenieros, guardacostas, pilotos y cañoneros, y nada menos que 70.000 marinos de todas las categorías. Había una proporción en las fuerzas de tierra entre el contingente nominal y efectivo. Se suponía que había 10.000 tropas regulares y 40.000 en pie de guerra; pero la mayoría de los hombres útiles y equipados habían sido enviados á combatir por Napoleón (1), y los que quedaban, un número relativamente reducido, estaban vestidos como mendigos, descalzos, mal pagados y mal disciplinados.

Sin embargo, dígase lo que se quiera de la desastrosa política exterior de Carlos y su guía Godoy, no puede negarse que España debió mucho al rey y al ministro por sus constantes esfuerzos en engrandecer la condición intelectual de su país. Ya se ha hecho

(1) Decíase que en aquella época había 15.000 tropas españolas en Dinamarca, varios batallones en Italia, y unos 30.000 hombres en Portugal y la frontera; 15.000 estaban en Ceuta, en las islas Baleares y en las Canarias; 10.000 en San Roque, fronterizo á Gibraltar; 8.000 en Cádiz y un número algo más reducido en Galicia. Este era el contingente oficial, pero el número de tropas utilizables era mucho más pequeño. La milicia local era, en sus condiciones normales' poco más que una fuerza de papel.

mención del apoyo liberal que en toda España prestó Godoy á la educación técnica y al establecimiento de oficios prácticos iniciado por Aranda y Floridablanca. Además de esto, la erección de institutos pestalozzianos y escuelas primarias, la enseñanza sistemática de economía política, ingeniería, farmacia, botánica, etc., la reforma de las escuelas de medicina, la organización y registro de las profesiones, la fundación de profesorados modernos en las universidades y la espléndida dotación de los estudios científicos de todo género, fueron muy notables bajo la influencia de Godoy, desde el comienzo del siglo hasta su caída (1). Las clases que más decididamente se le oponían eran las que medraban con la ignorancia, á saber: los eclesiásticos, las clases privilegiadas y el populacho ignorante, que al período siguiente había de gritar: «¡Vivan las cadenas y muera la libertad!», pero es indudable que la libertad y el ímpetu dados por Godoy á la imprenta, á la instrucción y á la literatura en general, hicieron que este período de 1800 á 1808 sea, en cuestión de progreso intelectual al menos, digno de todo respeto y pueda compararse favorablemente con la ignorancia de los años posteriores.

Fieles á la tradición de la forma literaria españoles, las obras de imaginación de este período fueron en su

(1) También se debe recordar, en honra de Godoy, que durante todo este período había estado constreñido por la oposición del principal ministro, Caballero, enemigo juramentado del progreso intelectual, que fué muy tenaz en sus esfuerzos por cerrar la puerta á los libros extranjeros é impedir la difusión de la ilustración en España. Como ya se ha explicado, ni siquiera la influencia de Godoy indujo á Carlos á dar la dimisión á Caballero. La fama de Godoy sufrió gran mengua en este respecto con haber expulsado á Jovellanos, el literato más ilustre de su tiempo, á consecuencia de la oposición política que le hacía.

mayor parte dramáticas y líricas. El gran Moratín publicó, entre 1800 y 1808, sus dos comedias principales: *El Sí de las niñas* y *La Mogigata*; esta última le puso en conflicto con la Inquisición (1804), poco antes de que el tribunal tuviese que renunciar á su censura literaria. Los poetas Meléndez, Manuel José Quintana y Juan Nicasio Gallego cantaron, en ardientes versos patrióticos, las glorias militares de sus paisanos, y llamaron á la nación á las armas contra el intruso extranjero; pero el progreso literario más notable del período que examinamos fué la profundidad y abundancia de obras didácticas y científicas. Uno de los mayores filólogos comparativos que vió el mundo, el jesuíta Lorenzo Hervás, padre de la filología moderna, publicó (1800-1805) su *Catálogo de las lenguas de las naciones conocidas*; Ledesma y Joaquín Antonio del Camino (*Academia de la Historia, Memorias*, volúmen IV) dieron á luz obras del mayor interés sobre el origen de diezmos y tributos eclesiásticos; la armada española encontró un digno historiador en Vargas Ponce; la economía política fué profundamente tratada por Escolar, La Ruga y Llaguna; la navegación por Alcalá Galiano, López Royo y Macarte; la botánica por el celebrado abate Cavanillas, y la historia del teatro español por Pellicer y García Villanueva. En el mismo período el audaz pincel de Goya, rebelándose contra la insipidez de segunda mano de los discípulos de Mengs, Maella y Bayen, y contra el clasicismo amanerado de la pintura de David, fundó una nueva escuela puramente española, en que la audacia y la naturalidad se unieron á la perfección técnica. Las artes de grabado y tipografía estaban también al mismo tiempo produciendo en España resultados tan perfectos como en cualquier otra parte de Europa.

Carmona, Muntaner y Fabregat ejecutaban planchas que hoy se consideran como obras maestras; y los libros que salían de la prensa de Ibarra, cuyo papel, tipo y tinta eran de elaboración española, fueron perfectos ejemplares en su género.

Pero el progreso material iniciado por Carlos III y el adelanto intelectual que continuó durante el reinado de su hijo, llegaron á su fin con los desastrosos sucesos que se han descrito en los capítulos anteriores. Desde entonces, por espacio de muchos años, España, devastada por la guerra, asolada por enemigos extranjeros armados que peleaban en su suelo por la gran cuestión de la época, saqueada por el hambre, convulsionada por discusiones internas, demolidas sus adoradas instituciones, siendo sus destinos nacionales juguete de voraces pretendientes, sufrió sola y se sacrificó por entero á la causa nacional.

Rara vez ha visto el mundo una explosión de patriotismo tan magnífica y espontánea como la que surgió de la gran masa de los españoles ante las noticias de los sucesos del 2 de Mayo. El regocijo con el advenimiento de Fernando, en Marzo, había ido seguido de emociones abrumadoras cuando la perfidia de los franceses y la debilidad de la familia real se hicieron más evidentes; y hacia el 2 de Mayo, España era un gran montón de yesca esperando la chispa. Las noticias de la heroica actitud del pueblo de Madrid corrieron por la nación como fuego impetuoso. En un pueblo llamado Móstoles, á nueve leguas de la capital, sucedió que el alcalde era un hombre de notables energías y de gran patriotismo. Este humilde funcionario propaló por las provincias septentrionales de España la horrible desgracia, llamando á sus paisanos las armas. En veloces caballos se llevó de ciudad en

ciudad el pomposo mensaje del alcalde de Móstoles. «La patria está en peligro, decía, Madrid perece, víctima de la perfidia francesa. ¡Españoles!, venid y salvadla.—El alcalde de Móstoles.» Al Norte también llegaron las noticias, y aquí, como en todas partes, el sanguinario decreto de Murat era arrancado de las paredes, y dondequiera se alzaba el grito de «¡Viva Fernando y mueran los franceses!»

Hombres, mujeres y niños participaban de la exaltación del momento y se armaban como podían, atacando en muchos lugares á las autoridades que consideraban favorables á los franceses ó amigas de Godoy, y profanando al principio la causa nacional con los actos de crueldad y violencia que son de esperar en un populacho excitado. Pero todo esto cambió pronto y con patriótica moderación superior á toda alabanza; el pueblo, desorganizado como estaba, concentró su venganza en el intruso extranjero, para el que no hubo tregua ó compasión. El 3 de Mayo, Murat se jactó ante el ministro de la Guerra, O'Farril, de que los acontecimientos de la víspera habían puesto á España en manos del emperador. «Mejor decís, replicó O'Farril, que le han privado de ella para siempre.» Y así se demostró; aunque el mismo O'Farril y la clase oficial y militar á que pertenecía hicieron tan poco por llevar á cabo esta empresa. Expertos soldados españoles juzgaron locura la resistencia de un pueblo desarmado é indisciplinado contra las numerosas huestes del emperador; los oficiales del Estado, temiendo por su paga y pensiones, se inclinaron, naturalmente, al partido más fuerte y más organizado; pero las clases media y baja se unieron en toda España como un solo hombre para resistir y destruir al intruso, costáseles lo que les costase.

En el extremo Noroeste de España fué donde primero se organizó la resistencia del pueblo. Asturias, donde la España moderna había sido reconquistada de los moros, la heroica provincia que había sido el último refugio de la cristiandad en su postrera decadencia, confirmó su fama legendaria é inició una verdadera guerra nacional contra el invasor extranjero. El consejo provincial de Asturias—un antiguo cuerpo electivo que se ingería principalmente en la administración financiera—celebró sesión en Oviedo, la capital. Se pronunció por el pueblo contra las autoridades y declaró la guerra nacional al francés (25 de Mayo). Los fuerzas españolas enviadas por Murat para apaciguar la rebelión se unieron, á excepción de algunos oficiales de alta categoría; las que había en Oporto desertaron de sus aliados franceses con el mismo objeto, y pronto estuvo dispuesta una fuerza disciplinada de 18.000 hombres, en forma de un nucleo del reconstituido ejército nacional. Murat reconoció inmediatamente el peligro. Organizó los varios regimientos españoles en divisiones francesas de fuerza muy superior. Tres mil soldados españoles se embarcaron para Buenos Aires, y oficiales de quienes dependía, fueron agregados al general Solano y al general Castaños, que mandaban las fuerzas españolas, respectivamente, en Cádiz y en San Roque. Tomó posesión de todas las armas y municiones que pudo y fortificó su posición en el Retiro, porque ahora era evidente que tenía que habérselas con toda una nación en armas. En todas las grandes ciudades las autoridades locales fueron reemplazadas por consejos revolucionarios de defensa, escogidos entre los ciudadanos más activos y patrióticos; los cuerpos populares se apoderaron de armas y municiones, en muchos

casos después de tener conflictos con las tropas del Estado, y en realidad toda la población masculina de las plazas no ocupadas actualmente por los franceses, se alistó bajo la bandera nacional.

Era natural que los que así estaban absorbidos por la única idea fija de combatir á los franceses volviesen sus ojos hacia la única potencia que hasta entonces había conseguido resistir á Napoleón; y el consejo de Asturias envió á Inglaterra una diputación para rogar que la ayudase en la causa nacional. Partiendo en posta á toda prisa de Falmouth, el vizconde de Matarrosa (conde de Toreno) y sus colegas contaron su milagrosa historia á Mr. Wellesley Pole, el secretario del almirantazgo, antes de las siete de la mañana del 8 de Junio. Parecióle al espía demasiado bueno para ser cierto, aunque confirmaba exactamente la predicción de Pitt hecha años antes; pero la clara presciencia de Canning reconoció su verdad y su vital importancia; y antes de que hubiesen pasado tres días, atravesaron el golfo de Vizcaya buques de socorro con toda la fuerza de la Gran Bretaña, poniéndose á disposición de los vigorosos asturianos, que habían dado el primer paso en la guerra peninsular. No sólo el gobierno conservador del duque de Portland y Canning mostraron entusiasmo hacia el caballeresco alarde que hizo el pueblo español; los liberales y la nación inglesa, en general, aclamaron á los enemigos de Napoleón y se dispusieron á ayudar á los nuevos aliados.

Armas, municiones y víveres de ejército fueron enviados, en abundancia, de Inglaterra, y, entre tanto, toda España organizó la defensa. Galicia, León y la provincia de Santander secundaron á Asturias y pusieron sus numerosas, pero indisciplinadas levas, al

mando de oficiales del ejército ó de la milicia en puntos estratégicos de sus territorios. Asturias y Galicia eran montañosas regiones que los franceses no podían ocupar, y por una vez no fueron asaltados, pero en las llanuras de Castilla y en lugares donde los franceses estaban fortificados, los españoles comprendieron pronto las diferencias entre sus hordas indisciplinadas y los aguerridos soldados de Napoleón. En Segovia y Logroño los franceses reprimieron pronto al populacho, pero en Valladolid y otros puntos de Castilla la Vieja las autoridades mismas se pusieron al frente de la sublevación, después de alguna resistencia, y el general Cuesta y el gobernador organizaron la defensa de una manera que hacía peligroso, para el francés, atacar, á no ser con fuerzas concentradas. Cartagena y Valencia, en el Este, se declararon preparadas para el conflicto, y fueron prontamente seguidas por Badajoz, en el Oeste. No se quedó muy á la zaga Andalucía, en el Sur. En Sevilla, una de las ciudades más ricas de España, se eligió un consejo revolucionario, y toda la población se declaró por la causa nacional con indescriptible entusiasmo. O por envidia del consejo de Asturias ó por ambición local, el consejo de Sevilla asumió el título de Consejo Supremo de España y las Indias, y se arrogó poderes soberanos. La posición de la ciudad era, de fijo, muy favorable para convertirse en un centro de defensa nacional, especialmente si Cádiz y San Roque se le uniesen. Castaños, el general español que tenía el mando en San Roque, ya había abierto comunicaciones con sir Hugh Dalrymple, gobernador de Gibraltar, y siguiendo á Sevilla, se declaró resueltamente por la revolución con 8.000 hombres; pero el general Solano, que había acabado de llegar á Cádiz desde

el sublevado Badajoz, era un decidido adicto de los franceses y extraordinariamente popular entre sus hombres, y vacilaba en dar lo que parecía un paso temerario. Se comprendió su timidez y fué asesinado por la plebe, después de lo cual Cádiz se unió á Sevilla en la revolución. Jaén, Granada y Córdoba siguieron el ejemplo, y en todas partes se tomó el juramento de pelear sin remisión hasta que los franceses fuesen expulsados y Fernando restablecido en el trono. Las autoridades españolas que resistieron se vieron obligadas á rendirse ó á librar sus vidas; pero entre tantas violencias (1) como al principio se cometieron, la organización para la defensa fué aproximándose gradualmente á algo como orden por los activos esfuerzos del Consejo Supremo de Sevilla y comenzó la gran lucha armada; las fuerzas francesas, en el centro de España, fueron rodeadas en todas partes, á no ser hacia las Provincias Vascongadas y la frontera pirenaica, por una nación enemiga en armas.

El primer triunfo de los patriotas fué la rendición á los españoles de la escuadra francesa surta en la bahía de Cádiz, rígidamente bloqueada, como estaba, por Collingwood y Purvis, cuyas ofertas de ayuda en su captura fueron cortésmente rechazadas por los hombres de Cádiz. Este golpe de fortuna redobló el entusiasmo del Sur; pero las gentes del Norte tenían también su punto central de heroísmo en el espléndido ejemplo de

(1) En Valencia y en muchos otros puntos se produjeron terribles escenas de violencia á instigación del jesuíta Padre Calvo, que trataba de ganarse el favor del vulgo por su ferviente celo. Incitados por él asesinaron á todos los franceses residentes en la ciudad y á varios ciudadanos españoles á quienes tildó de reaccionarios. El consejo de Valencia puso fin prontamente á las atrocidades de Calvo y le ahorcó.

Zaragoza. El capitán general de Aragón, Guillelmi, como la mayoría de los hombres de su categoría y clase, era opuesto á la causa nacional; pero en su capital, como en otras partes, surgió de los ciudadanos mismos el irresistible ímpetu que lo impelía todo. Casi al mismo tiempo que la orden enviada desde Madrid de que los diputados aragoneses debían ser enviados á Bayona, con los de otras partes de España, á ratificar por sus votos en unas fingidas Cortes los inicuos procedimientos de Napoleón y la familia real española, llegaron á Zaragoza noticias de la aproximación de un ejército de siete ú ocho mil franceses para tomar poposesión de la ciudad. Sólo había algunas compañías de tropas españolas de guarnición, quinientos hombres en total, y el gobernador se negó obstinadamente á continuar la resistencia; pero un joven aragonés de familia noble, D. José Palafox, se puso á la cabeza del pueblo; Guillelmi fué depuesto; se distribuyeron armas; las autoridades huyeron, y Zaragoza quedó dispuesta á defender su honor contra las huestes invasoras del emperador (26 de Mayo).

La ciudad no tenía prácticamente fortificaciones, pero sus desmoronadas murallas, detrás de las cuales se colocaron algunos cañones, la exaltación y la superstición del pueblo le habían persuadido de que su santa titular, la Virgen del Pilar, los defendía milagrosamente, y hombres y mujeres rivalizaban en rechazar los asaltos de los franceses (13 de Junio). No podía vencer un espíritu como éste. Cientos de ciudadanos murieron ante las repetidas cargas de la caballería, pero otros miles de ellos se dispusieron á ocupar sus puestos, y finalmente, las tropas francesas, con grave pérdida de hombres, estandartes y armas, dieron el asalto desesperado, y después de vanas tentativas para negociar

con Palafox y los ciudadanos, comenzó un sitio regular de la ciudad. Es imposible aquí entrar en detalles del indomable espíritu desplegado por los habitantes durante las siete semanas siguientes de constante y desigual pelea. El 3 de Agosto la artillería francesa había acribillado completamente de brechas los viejos muros, y después de un tremendo conflicto, los invasores entraron. Desde cada ventana, desde cada ángulo saliente, desde cada retirado zaguán en las estrechas y sinuosas calles, mosquetes y trabucos sembraron la muerte entre los *gabachos*. Locos de furia, los zaragozanos no se cuidaron de su propia seguridad mientras pudieran perseguir y matar á un francés. Por espacio de siete horas continuó sin interrupción la carnicería, hasta que los arroyos arrastraron sangre y los montones de muertos y heridos, asaltantes y asaltados, se mezclaron en horrible hacinamiento, cerrando el paso por las calles. Detrás de las barricadas de sus pobres muebles, hombres, mujeres y niños pelearon hasta morir. Al fin, cuando se acercó la noche, los franceses se vieron obligados á atrincherarse en un pequeño ángulo de la ciudad, en el monasterio llamado Santa Engracia, donde permanecieron todo el día siguiente, casi sobrecogidos por la obstinación de los aragoneses (1). El día 5, un grupo de voluntarios catalanes armados, en número de seis mil, vinieron en ayuda de la heroica ciudad, y esto hizo girar finalmente la balanza. El 13 de Agosto, los franceses que todavía vivían, salieron del monasterio y huyeron, dejando tras sí sus cañones, municiones y víveres.

---

(1) En este intervalo, el general francés envió una nota á Palafox proponiendo la paz, en estos términos lacónicos: «¡Paz y capitulación!» A lo que Palafox respondió también concisamente: «¡Guerra y acero!»

Entonces debió ser evidente para Napoleón, si no lo supo antes, que había emprendido una tarea que sobrepujaría á su prodigiosa energía, genio y recurso. Casi á la vez que se efectuaba la derrota de los franceses en Zaragoza, los aldeanos catalanes armados, vencieron á los franceses en Gerona (1), Bruch y Esparraguera, y los rechazó en confusión en Barcelona, sufriendo los intrusos un revés todavía más importante en el Sur. Ya se ha recordado que el general Castaños, comandante de San Roque, fué el primer general español de alta categoría que se unió á la causa nacional. De aquí que fuese indicado por el Consejo de Sevilla para el mando del ejército patriótico español del Sur, y en unas pocas semanas había dos mil hombres toscamente disciplinados y mal equipados, pero muy utilizables.

El ejército francés de Andalucía, al mando de Dupont, después de saquear á Córdoba y á Jaén, se había retirado á Andújar, dominando desde el Sur el paso de Sierra Morena; pero Dupont, con una población hostil á su lado, estaba escaso de provisiones y en peligro de caer en Madrid. Se le envió un refuerzo de 6.000 hombres desde Toledo, al mando de Vedel, y un cuerpo semejante que, sin embargo, nunca le llegó, fué despachado por Junot en Portugal; Castaños determinó dar un golpe al ejército de Dupont para libertar á Andalucía de franceses, y poner á Sierra Mo-

(1) El general Duchesme, después que había sido rechazado, desgraciadamente, por el populacho armado de Gerona, en Junio, se hizo á la mar en Barcelona el 10 de Julio, determinado á rendir la plaza á toda costa. Explicó sus intenciones, á imitación de César, así: «Llegada, 24 de Julio; atacar la ciudad, el 25; capturarla, el 26; arrasarla, el 27.» Su segunda tentativa fué más desastrosa para él que la primera, y abandonó el sitio en 17 de Agosto.

rena entre la soberana junta de Sevilla y el gobierno usurpador en Madrid. El ejército patriótico fué organizado en tres brigadas bajo el mando, respectivamente, de Reding, Coupigny y Félix Jones, declinándose luego un ofrecimiento de asistencia de 6.000 ingleses en transportes del Puerto de Santa María; y el 15 de Julio comenzaron las operaciones por un ataque fingido á Dupont, en Andújar, por Castaños, con una brigada, mientras que los otros dos fueron dirigidos á flanquear y derrotar á Vedel en Bailén. Por un error en la táctica, este último general había abandonado á Bailén antes de que llegasen los españoles, para unirse al principal cuerpo de ejército francés en Andújar. Esto no lo llevó á efecto, por miedo de que la intención española fuese cortar la retirada de los franceses ocupando el paso de Sierra Morena. Mientras que los españoles ocupaban á Bailén, Vedel se retiraba hacia el Norte, á las montañas, dejando á Dupont, con su división de 10.000 hombres, entre dos fuegos.

Durante la noche, Dupont, sin que Castaños lo supiese, huyó de Andújar con la mayor parte de sus fuerzas para atacar á Reding, en Bailén, y al mismo tiempo para llamar de nuevo en su ayuda á Vedel. Como Reding no estaba advertido de los movimientos de Vedel, y creía que debía atacar á Castaños en las afueras de Andújar, avanzó el 17 de Julio para reforzar á su jefe. Sin embargo, tan pronto como salió de Bailén, se encontró, con gran sorpresa suya, con Dupont y su división. Ambos generales estaban ansiosos de un encuentro próximo, cuando Dupont fuese atacado en cualquier momento por la retaguardia de Castaños, á quien habia dejado en Andújar, mientras que Reding temía un ataque así de Vedel. Habia 3.000 españoles más que franceses; sus armas, experiencia y

equipos eran muy inferiores á los de sus enemigos; pero peleaban por su patria y se mantuvieron firmes como una muralla contra las brillantes cargas de los aguerridos soldados de Dupont. Una y otra vez los veteranos franceses se arrojaron contra las filas de los ciudadanos sin conseguir más que retirarse derrotados con graves pérdidas. Vedel no vino de su caza de gansos silvestres en las montañas para defender á sus irresolutos paisanos; pero súbitamente, con el desmayo de Dupont, una parte de la brigada de Castaños, desde Andújar, atacó á los franceses por la retaguardia. Esto puso fin á la pelea y se dió parlamentación. Después de dos días de degüello, toda la fuerza francesa se rindió y depuso las armas. Desgraciadamente, en esta ocasión, como en tantas otras, los excitados españoles, arrastrados por la furia, se desenfrenaron y asesinaron á muchos prisioneros desarmados y desesperados; pero esto y todo lo demás se olvidó con los regocijos por la gran victoria, que exaltaba el espíritu de España, desde los Pirineos hasta las Columnas de Hércules.

En el interin, los patriotas en el Este no tuvieron menos éxito. El mariscal Moncey, con 6.000 franceses, había rechazado al principio á los improvisados ejércitos enviados por el Consejo de Valencia para impedir su aproximación, y el 27 de Junio se intimó á la ciudad á que se rindiese. Las autoridades, desesperando de la resistencia, estaban á favor de la capitulación, cuando el pueblo, mandado por el famoso P. Rico, declaró de nuevo espontáneamente que pelearía hasta el fin. Las terribles escenas de Zaragoza se repitieron en Valencia. Los ciudadanos, á medio armar, pelearon con la furia de poseídos del demonio. Dos mil franceses, por lo menos, fueron asesinados en las pocas horas

del asalto de la ciudad, y el 29 de Junio, Moncey y el resto de sus tropas huyeron, dejando libre á Valencia. Así, por todas partes, excepto en las llanuras de Castilla, donde quedaron Bessières y Lasalle siempre victoriosos, y habían ocupado ahora á Valladolid, Palencia y todas las grandes poblaciones, los franceses se vieron obligados á ponerse á la defensiva y se prepararon para una campaña ordenada de conquista.

Nos es ahora necesario resumir brevemente lo que había sucedido en la capital desde el aciago 2 de Mayo. La miserable junta había permitido que Murat se le impusiese como presidente, y el mismo día (4 de Mayo) Carlos IV, antes de su abdicación, había firmado en Bayona un decreto nombrándole su lugarteniente-general para gobernar el reino. Es difícil mirar con paciencia el embrutecimiento de la junta, á quien se había confiado en aquellos momentos la misión de gobernar á España. Debía su creación y su regencia á Fernando, de quien recibió plenos poderes, y, sin embargo, obedecía al antiguo rey depuesto y á un intruso extranjero. A ruegos de Fernando, en un acceso pasajero de energía, previendo su futura impotencia, había señalado otra junta para reemplazarla, en caso de necesidad, que residiese en Zaragoza ú otro lugar seguro, y sin embargo, á la primera exigencia de Murat, anuló su propio acto y se convirtió en servil instrumento del usurpador. Napoleón se había decidido á dar la corona á su hermano mayor José, rey de Nápoles, hombre excelente y hábil, que se encontraba muy bien en su nuevo reino, y no deseaba abandonarle. Pero Napoleón exigía en términos perentorios, y José, obediente, llegó á Bayona. Era, sin embargo, deseable que se guardase alguna for-

ma de legalidad, y era cuestión de Murat arreglar esto (1).

Primero ordenó á la junta, al Consejo de Estado y á los demás Consejos que suplicasen al emperador que nombrase soberano de España á su hermano José. Así lo hicieron estas y otras corporaciones públicas en términos tan nauseabundamente serviles, que pondrían rubor en las mejillas de los españoles aun ahora, casi un siglo después. A consecuencia de este mismo sistema, se intimó á una asamblea de nobles españoles á residir en Bayona en calidad de Cortes que ratificasen la elección y diesen una constitución á España. La mayoría de los nobles fueron escogidos por Murat, aunque muchos se negaron á servir y huyeron. Antes del día designado para su reunión, José llegó á Bayona (7 de Junio) y cuatro diputaciones españolas fueron precipitadamente organizadas para felicitar á su futuro rey. El duque del Infantado, á la cabeza de los grandes, le dijo que España sólo buscaba en él la felicidad; los Consejos de Castilla, de la Inquisición, de Hacienda, de las Indias y del Ejército se prosternaron ante él como si fuese un semi-dios; y al día siguiente, estos representantes del gobierno y de las clases oficiales dirigieron una comunicación á sus paisanos invitándoles á deponer las armas y aceptar, con la debida gratitud y regocijo, al nuevo monarca que el emperador había designado. Tan pronto como se reunió en Bayona un número suficiente de diputados para que se les considerase como unas Cortes, fué trazada y firmada por noventa y un españoles distinguidos una nueva y vergonzosa Constitución, pero

(1) Lo hizo de mala gana porque deseaba para sí mismo esta corona en vez de la de Nápoles ó Portugal, que le había ofrecido su imperial hermano político.

como nunca se cumplió en España y como sus pocas concesiones á las ideas modernas de libertad eran ilusorias, puede pasarse á otra cosa sin dar más noticia de ella.

Con toda pompa y ceremonial puso los pies José I en su nuevo reino el 9 de Julio, rodeado por los ministros y oficiales del Estado que había escogido (1). Tronaban los cañones y silbaban las balas en la frontera. José, bien intencionado y honesto, hizo lo que pudo; pero alrededor de él, después de la primera explosión de regocijo, se veían rostros enfurruñados; y de Vitoria escribió al emperador, ya desalentado: «Nadie os ha dicho la verdad. El hecho es que no hay un solo español adicto á mí, excepto los pocos que esperaban la llegada y que viajan conmigo. Los que lo eran y habían llegado aquí y á otros lugares á esperarme, han huido á ocultarse, aterrorizados ante la unánime opinión de sus paisanos.»

La posición de José fué, desde un principio, imposible. Entre el odio irracional de los españoles y la tiránica severidad de su hermano, sus buenas intenciones eran impotentes, y quedó solo frente á los acontecimientos, aunque, desde entonces, nunca se engañó respecto al resultado final. En su línea de camino, el ejército francés había salido victorioso. La obstinada ineptitud del general Cuesta había hecho á Bessières dueño de Castilla, desde el mar hasta Madrid, después de las derrotas de Rioseco y Cabezón; y el nuevo

(1) Los secretarios de Estado subieron de cinco á nueve. Urquijo, fué ministro de Estado; Cevallos, de Negocios Extranjeros; de las Colonias, Azanza; de Marina, Mazaretto; Hacienda, el conde de Cabarrús; Justicia, Piñuela, y Guerra, O'Farril. Jovellanos fué nombrado ministro del Interior, pero se negó resueltamente á ejercer el cargo.

soberano llegó á su capital por un país regado de lágrimas, bajo el amparo de las bayonetas francesas. Desde cada punto de parada escribía á su hermano, explicándole cuál era su posición real. En Madrid, su desaliento fué todavía mayor. En todas partes había signos de aflicción, y unos pocos días después de su llegada, escribía: «Todas las clases huyen. Enrique IV (de Francia) tuvo un partido fiel en todos los acontecimientos. Enrique V (de España) sólo tuvo un rival que le combatiese. Yo tengo por enemigo á toda una nación de 12.000.000 de almas, que me odia y desea acabar con mi vida. La aversión contra el príncipe de la Paz es extremada, y ahora se ha vuelto contra mí... *Sire,* creedme y no os equivoquéis. Vuestra gloria se eclipsará en España.»

Pero, de repente, una mañana Madrid olvidó su aflicción, y enloqueció de alegría. Habían llegado las noticias, gloriosas noticias de Bailén, y las tropas españolas marchaban sobre Sierra Morena á Madrid. Mientras que el pueblo en las calles estaba loco de regocijo, los intrusos estaban desalentados en su vasto palacio granítico. No podía venirles del Sur, del Este ni del Oeste esperanza alguna, porque Dupont y sus hombres estaban prisioneros; Moncey en Valencia y Duchesme en Cataluña, no se bastaban á sí propios, y Junot, en Portugal, estaba molestado por un ejército inglés. Así, después de un reinado de diez días, el «rey intruso» tuvo que huir de su capital al Norte por el Ebro (30 de Julio) (1), y luego, en rápida sucesión,

(1) Napoleón, el día que recibió noticias de la huida de José, escribíale desde Rochefort: «*La grande armée est en marche. Les secours vous arrivent; sa reunion avec Bessières doit vous mettre à même de montrer les dents... J'apprendrai avec plaisir que vous avez montre du charactère et*

marcharon á Madrid, entre la franca alegría del pueblo, los héroes de Zaragoza y de Valencia, y el mejor acogido de todos, Castaños y los vencedores de Bailén. Cinco de los ministros de José le acompañaron en su huida; pero ningún otro español, de clase alta ó baja—ni siquiera un criado—se dignó seguir al extranjero huido, porque era evidente que José estaba sosteniendo una batalla perdida contra toda una nación. Cuando viajaba por el Norte, los ejércitos franceses, en número de 70.000 hombres, retrocedieron desde la línea del Ebro y esperaron las disposiciones del emperador para reconquistar á España.

Tampoco en Portugal eran las cosas más favorables á Francia que en otras partes de la Península. Junot y Kellerman se habían visto abandonados por todas las tropas españolas, que no habían podido desarmar y rendir, y el pueblo portugués se sublevó como un solo hombre cuando llegó la noticia de la revolución de España. El gobierno inglés, dispuesto á sacar partido de estas circunstancias para restaurar su influencia, ordenó á la fuerza del general Spencer que saliese de Cádiz para avanzar á Portugal, y envió á Sir Arthur Wellesley para que se les uniese con una división de 10.000 hombres, que habia intentado mandar como expedición á la América española; se

---

du talent»; pero cuando supo, diez días después, que José y todos sus ejércitos se habían retirado allende el Ebro, expresó su cólera á su hermano de este modo: *«Mon frère, tout ce qui passe en Espagne est bien deplorable. L'armée paraît commandée non par des generaus qui ont fait la guerre mais par des inspecteurs des postes. Le pays qui vous convient pour faire la guerre est un pays de plaine et vous vous enfonces dans un pays de montagnes sans raison ni nécessité. Dans une retraite aussi precipitèe, que de choses on doit avoir perdues, oubliées!»*

dieron también instrucciones á Sir John Moore, con 10.000 soldados ingleses, para que embarcase con el mismo destino. Wellesley no perdió tiempo para desembarcar en Agosto. Era el oficial general más joven, y aunque Sir Hugh Dalrymple y Sir Harry Burrard, más antiguos, eran los designados para el mando, él, bajo su responsabilidad, avanzó hacia Lisboa tan pronto como se le hubo unido la fuerza de Spencer. Venciendo á Delaborde (17 de Agosto) encontró al grueso del ejército francés en Vimiero (21 de Agosto) y le atacó, contrariando la opinión de su oficial más antiguo, Sir Harry Burrard. La fuerza de Junot era más pequeña que la de los ingleses, pero éstos estaban muy escasos de caballería. La posición elegida por Wellesley remedió la falta, y los franceses fueron completamente derrotados. La llegada de las fuerzas de Sir John Moore desde el Báltico completó la derrota de Junot; pero lo que Wellesley había ganado por las armas lo perdieron sus colegas por la diplomacia. La infame convención de Cintra, firmada por Sir Hugh Dalrymple, como comandante en jefe (30 de Agosto), permitió al derrotado é impotente Junot embarcar para Francia en buques ingleses con todas sus armas y botín, y á disgusto de los marineros ingleses y de su jefe, el almirante Cotton; el escuadrón ruso, que ya había considerado como presa suya, pudo también, sin que nadie le molestase, abandonar el Tajo.

Mientras que los franceses estaban así desalentados por todas partes, y mientras que un rápido movimiento de los españoles hacia el Norte les hubiera dado un enérgico golpe, los jefes nacionales en Madrid estaban ocupados en indignas intrigas y ambiciones personales, y dejaban que pasase la oportunidad. Cuesta, el

vano y derrotado general de Castilla, y Castaños, el vencedor de Bailén, estaban formando planes para arrogarse una dictadura militar, en tanto que el pueblo pedía una forma de gobierno representativo. Las juntas provinciales, especialmente la de Sevilla, habían demostrado, por lo general, energías y patriotismo en circunstancias muy difíciles; pero Madrid deseaba, naturalmente, ocupar el puesto principal. La junta de la regencia designada por Fernando había desaparecido, como era natural, con la llegada de José; y ahora que éste y su gobierno habían huido, quedaba abierto el camino para el establecimiento de un régimen completamente nuevo. Después de muchas discusiones y disputas, se decidió convocar una asamblea nacional, cuyos miembros fueron elegidos por las juntas provinciales.

Se reunieron á últimos de Setiembre en número de treinta y cinco, y desde el principio se vió con evidencia que las distintas corporaciones constituyentes tenían opiniones muy diversas sobre los deberes y facultades de esta Junta Central. Debe recordarse, que el gobierno representativo había estado prácticamente como muerto en España, por lo menos durante un siglo. Algunos doctrinarios deseaban volver al antiguo procedimiento de Cortes de Castilla; otros eran partidarios de la autonomía provincial que antiguamente existía; y no pocos, imbuidos de las ideas de la revolución francesa, aspiraban á imitar la Convención Nacional. En medio de estas inacabables pendencias, se unieron, por lo que se refería á la cuestión de la soberanía de Fernando, á quien coronaron *in absentia* con pompa y gastos superfluos. Jovellanos representaba la sección más avanzada de la Junta Central, pero le venció en la lucha por la presidencia el antiguo

ministro conde de Floridablanca, á quien ahora se consideraba como conservador. Un elemento todavía más reaccionario era el Consejo de Castilla, que con arreglo á la antigua constitución tenía á su cargo toda la judicatura de España y era el poder administrativo más elevado del reino. Esta corporación se había postrado servilmente á los pies de José, pero tan pronto como éste había huido, afianzó su supremacía y protestó contra las acciones de la Junta Central cada vez que se introducía una innovación. Sus protestas, sin embargo, fueron desatendidas, porque era una corporación desacreditada, y los miembros de la junta pronto perdieron el equilibrio y pasaron de una extravagancia á otra. En oposición á los deseos de las juntas provinciales más influyentes, la Junta Central se proclamó soberano en ausencia de Fernando, se arrogó el título de Majestad y exigió honores reales, mientras que Floridablanca, con el título de Alteza, estableció su residencia en el palacio de los reyes, y todos los miembros fueron excelencias con grandes sueldos. La confusión, la disensión y la envidia, reinaban con dominio supremo, tanto entre paisanos como entre soldados. Gastóse mucho tiempo en ostentosos regocijos é indignas querellas; y después de una desastrosa tardanza, un Consejo de generales se reunió á fines de Setiembre para trazar el plan de una campaña nacional. Extendieron las fuerzas que tenían en un vasto semicírculo desde Santander á Cataluña, línea demasiado extensa para que pudiera cubrirse sólo con 70.000 hombres. Entre tanto, Napoleón, complaciéndose en espiar estas locuras, organizó rápidamente su ataque.

Ney y Jourdán cruzaron los Pirineos, introdujéronse en España hombres y municiones, y el emperador

mismo tomó el mando supremo. Los generales españoles eran obstinados y tercos, pero inexpertos é inhábiles, envidiosos unos de otros, y con tropas en su mayor parte indisciplinadas; así perpetraron casi todos los errores de táctica posibles. Blake, uno de los mejores, estaba embrollado en las intrigas de la Junta Central, y al fin fué sustituido en el mando de su división por el marqués de la Romana, que precisamente había traído sus tropas desde Dinamarca para unirse á la causa nacional (26 de Octubre). Por una serie de movimientos rápidos de Lefevre, la división izquierda de los españoles fué derrotada y rechazada (11 de Noviembre), mientras que Napoleón penetraba hasta el corazón de Castilla sin que ninguna fuerza española se interpusiese entre él y Madrid. El centro del ejército español, al mando de Castaños, fué completamente destruido en Tudela el 26 de Noviembre, y el ala derecha tuvo que refugiarse en las montañas de Aragón. Estas noticias llevaron el desaliento á Madrid y á la Junta Central, que se había retirado á Aranjuez. Napoleón había abandonado á Burgos el 22 de Noviembre, y podía presentarse ante la capital en cualquier momento; los franceses habían salido de Extremadura y amenazaban con una retirada hacia el Sur; así, que el 1.° de Diciembre, «su Majestad» la Junta, huyó á Talavera y después á Sevilla, para continuar el gobierno de España, dejando la defensa de Madrid al marqués de Castelar y á D. Tomás Morla.

Sólo había dos batallones en la ciudad, y la traición hacía estragos entre las clases elevadas, estando el mismo Morla vendido á los franceses; pero «la ciudad del 2 de Mayo» determinó combatir hasta al gran emperador con sus 60.000 veteranos. La lucha, como es de imaginar, fué muy breve. Napoleón, desde su cuar-

tel general, sito en el arrabal de Chamartín, dictó las fórmulas de una capitulación poco generosa, y el 10 de Diciembre, la guarnición francesa entraba en «la villa coronada» entre el rencoroso silencio de los ciudadanos vencidos. Por aquel entonces, Napoleón no estaba seguro de la política que debía ejercer en España. Había recibido fríamente á su hermano y se sentía algo inclinado á dividir la nación en cinco provincias francesas, en vez de nombrar de nuevo rey á José; pero sus ocupaciones eran apremiantes y se necesitaba urgentemente su presencia en todas partes. En consecuencia, proclamó al pueblo de Madrid que restauraría á su hermano, pero advirtió que si se portaban otra vez mal con él tomaría él mismo la corona, en cuyo caso «les obligaría á respetarle». Como ejemplo, comenzó por proscribir y condenar á muerte en su ausencia á todos los nobles que se habían opuesto á la causa de los franceses ó habían desertado de ella y en sus decretos desde Chamartín casi hacía caso omiso de José (1).

(1) Son notables algunos de los decretos de esta época. Dió la dimisión á los miembros del Consejo de Castilla como á «cobardes, indignos de representar á un pueblo bravo y generoso», y la Inquisición, en algún tiempo tan poderosa, fué abolida de un plumazo. No pretendió cumplir las condiciones de la capitulación. Su opinión sobre la manera de tratar á los españoles está expresada en una carta á José, escrita desde Valladolid el 8 de Enero: «*Je ne suis pas content de la police de Madrid. Belliar est très faible. Avec les espagnols il faut être sévère. J'ai fait arrêter ici quinze des plus mechants et je les ai fait fusiller. Faites en arrêter una trentaine à Madrid... Quand on la traite avec douceur cette canaille se croit invulnerable; quand on en pend quelques uns, elle commence à se degoûter du jeu et devient soumise et humble comme elle doit être.*» Napoleón sólo entró en Madrid una vez durante su estancia. Acompañando á José al palacio, puso su mano sobre uno de los leo-

Mientras tanto, la descabellada Junta Central sólo apelaba á la ayuda de Inglaterra. Sir John Moore había avanzado desde Portugal hasta España, y estaba en Salamanca á mediados de Noviembre con 20.000 hombres, mientras que Sir David Baird, con la reserva de 4.000, estaba en Astorga. Moore, en vista de la completa derrota de las tropas españolas del país, estuvo indeciso, pero al fin, el 12 de Diciembre se encaminó hacia Valladolid con objeto de estorbar la vuelta de Napoleón de Madrid. Dos días después, supo que la capital había capitulado y que los franceses estaban amenazando con su retirada, y que Soult estaba engañándole con fingidos retrocesos, mientras que Napoleón, con la flor de su ejército (la Guardia nacional) avanzaba todo lo rápidamente que se lo permitían la nieve y los malos caminos. La fuerza española que mandaba el marqués de la Romana estaba desmoralizada, muerta de hambre y mal vestida; los habitantes del país, aterrorizados ahora con la severidad de los franceses y la rapacidad de la soldadesca de todas clases, se mostraban hostiles y apenas tenían que comer ni que beber. Moore vió que la única probabilidad de escapar era una rápida retirada á Galicia, y, seguido muy de cerca y hostigado por las fuerzas de Soult, mientras que el emperador estaba detrás de él y Ney amenazaba su flanco, continuó en su fatigoso viaje á la Coruña, al paso que el marqués de la Romana recibía órdenes de retirarse á Asturias, cruzando así y estorbando la línea inglesa de marcha.

---

nes que hay á la entrada de la gran escalera y pronunció estas palabras: «*Je la tiens, enfin, cette Espagne si desirée?*» Volviéndose á su hermano, cuando subía las escaleras, dijo: «*Mon frère, vous êtes mieux loge que moi*»; lo cual era cierto.

Es imposible dar aquí un relato de los horrores de la retirada de Moore. Los hombres, en su mayor parte desorganizados, desertaban, rezagándose y entregándose al pillaje. Centenares de ellos murieron de embriaguez por el camino; otros centenares más fueron víctimas del temporal inclemente y de las constantes privaciones; muchos miles de cabezas de ganado, que hubieran servido de víveres, tuvieron que ser destruidas para impedir que cayesen en manos del enemigo; y los infelices españoles, saqueados y maltratados por amigos y enemigos, no se atrevían á dar hospitalidad á los primeros, aunque quisieran, por miedo de los franceses que iban á la trasera. El mismo Napoleón abandonó en Astorga la persecución y volvió á Francia, terminando su retirada el ejército inglés por hacer una gallarda resistencia ante la Coruña para encubrir el embarque de la vanguardia y cañones (16 de Enero de 1809). El bravo Moore murió en el inolvidable combate, pero al menos salvó á su ejército de la vergüenza de capitular, y todos sus hombres embarcaron para Inglaterra el día siguiente de la batalla, expuestos al fuego de la artillería de Soult.

En esta ocasión era evidente para el gobierno inglés el entusiasmo de los jefes españoles, superando á sus recursos y á su habilidad, y que si el país había de librarse de la dominación de Francia, sólo podría hacerlo con grandes ejércitos organizados en Inglaterra, dirigidos por capitanes consumados. En las filas de los españoles, desde el primero al último, se desplegaba gran bravura; continuamente acosaban al enemigo, y daban válida ayuda á las tropas inglesas bandadas de guerrilleros de una resistencia increíble; y siempre que soldados españoles, especialmente de ca-

ballería, se alistaban en los regimientos ingleses, peleaban con denuedo; pero los altos oficiales de pura sangre española, como Cuesta, Peña y Castaños, eran haraganes, incompetentes, envidiosos y vanos. Inseguros siempre de quiénes eran realmente sus jefes, siempre con un *arrière pensée* de interés propio, acosados por órdenes violentas y contradictorias de un remoto gobierno revolucionario de ciudadanos; con fuerzas indisciplinadas, y muchas veces sin los víveres absolutamente necesarios para sus hombres, no es extraño que su cooperación con los ingleses fuese á menudo poco satisfactoria. Algunos críticos ingleses de la campaña que censuran libremente á la Junta Central y á los generales españoles por su ineptitud, pierden de vista, en muchas ocasiones, las dificultades de la situación. Hemos visto cuán de repente la nación más conservadora de Europa se hundió en un perfecto cataclismo de cambio; todas sus antiguas instituciones desaparecieron en el curso de algunos meses, y las violentas alternativas de gobiernos la pusieron, como era natural, en un estado de semi-anarquía. Es menos sorprendente que la Junta Central, en tales circunstancias, no hubiese alcanzado el tipo inglés de regularidad, y sí lo es que fuesen capaces de hacer todo lo que hicieron.

José entró por segunda vez en su nueva capital, en calidad de rey, el 22 de Enero de 1809, unos pocos días después de la derrota completa que Víctor ganó en Uclés sobre la única fuerza española organizada próximo á la capital; y un mes después (20 de Febrero) la heroica Zaragoza, á consecuencia de dos meses de un segundo sitio, que será siempre memorable, se vió obligada á rendirse al mariscal Lannes, á la cabeza de un numeroso ejército francés, entre escenas de horror

indescriptible (1). Había ahora en España 300.000 soldados franceses, mandados por todos los generales que se habían hecho famosos en las guerras napoleónicas. El plan del emperador era enviar á Soult á conquistar Oporto y Lisboa; Ney debía quedar en Galicia; Víctor había de reducir á Extremadura y Andalucía, especialmente á Cádiz; Sebastiani, con un buen contingente, había de proteger á José en Madrid; Suchet tenía que defender Aragón, y Saint-Cyr á Cataluña, y el Norte de España estaba confiado á Kellerman y Bonnet. Para resistir á estos temibles guerreros, Inglaterra convino en enviar dinero y hombres que pusiesen á los españoles en disposición de armarse y organizarse en ausencia de Fernando.

Soult había tomado posesión del Norte de Portugal, cuando Wellesley, con 20.000 hombres (á los cuales se añadieron 8.000 portugueses), desembarcó en Lisboa (22 de Abril). Con prodigiosa energía, el general inglés hizo retroceder á los franceses hasta Galicia, provincia que luego abandonaron, así como la de Asturias. Envalentonados con esto, los tercos aragoneses también se alzaron en armas, y con ayuda de Blake y de su brigada, confinaron el dominio francés del antiguo reino á la capital de Zaragoza. Entre tanto, Soult hizo otra tentativa para entrar en Portugal por Ciudad Rodrigo, en conjunción con Víctor, que se aproximaba á la frontera meridional por Mérida y Badajoz. Con todo, la actividad de Wellesley, en unión de la victoria que el español Lacy obtuvo sobre los franceses en

(1) El mismo Lannes escribía al emperador: «Nunca he visto obstinación igual á la defensa de esta plaza. Las mujeres se dejaban matar enfrente de cada brecha. Todas las casas necesitaron un asalto separado... En una palabra, señor, esta es una guerra que horroriza.»

la Mancha, fué causa de que José llamase otra vez á sus ejércitos para que se replegasen sobre Madrid, y Víctor se retiró á Plasencia y Soult á Salamanca. Wellesley marchó rápidamente desde Abrantes, formó cerca de Plasencia una conjunción con la fuerza de Cuesta de Extremadura, mientras que Víctor retrocedía á Talavera, hacia donde José se precipitaba con la división de Sebastiani para atacar de frente á los ingleses y españoles, y Soult venía sobre las montañas de Salamanca y les atacaba por el flanco. Cuesta, obstinado como de costumbre, negándose á cooperar lealmente con Wellesley, avanzó solo y se encontró en Talavera con los franceses, que le rechazaron (26 de Julio). Al día siguiente comenzó la gran batalla de Talavera por un ataque á la división Cuesta, que ahora formaba el ala derecha del ejército aliado; pero el ataque principal de la batalla fué contra los ingleses. La fuerza de José fué retrocediendo más y más durante los dos días que duró la batalla. Soult no llegaba; y al fin, los franceses hicieron un retirada precipitada, perdiendo 7.000 hombres y 16 cañones, mientras que los ingleses perdieron 6.000 hombres y los españoles 2.000 (1).

Los resultados de esta gran victoria fueron casi totalmente anulados por la terquedad de Cuesta. Wellesley salió el 1.° de Agosto para derrotar á Soult, que había llegado ahora á Plasencia, dejando á los españoles en Talavera para que tuviesen en jaque á Víctor y le impidiesen unirse á Soult. Cuesta, ó por traición ó por cobardía, abandonó el puesto y siguió á los ingleses, á los cuales se unió en Oropesa. Wel-

(1) Estuvieron presentes al combate 34.000 españoles, 6.000 de los cuales eran de caballería; 19.000 ingleses, de los cuales eran 3.000 de caballería, y 50.000 franceses.

lesley, casi desesperado, tuvo la aflicción de ver unidos á Víctor y á Soult en Talavera y Plasencia, y los aliados sufrieron una derrota en Puente del Arzobispo, derrota que, junto con la deslealtad de Cuesta, forzó al jefe inglés á retroceder hacia la frontera portuguesa y á estar á la defensiva (1). Entre tanto se enviaban refuerzos desde Francia á toda prisa, porque Madrid estaba una vez más amenazado por fuerzas españolas al mando de Venegas, en el Sur. José, sin embargo, derrotó por completo al ejército de Venegas, con graves pérdidas, el 11 de Agosto, y volvió á su capital.

Durante su estancia allí, como rey, José se había esforzado en ganarse la simpatía de sus súbditos; y, á juzgar por los repugnantes mensajes que le llegaban de los cuerpos oficiales, en la mayoría de los sitios donde la junta no ejercía poder supremo, no había salido del todo frustrado. Como no estaba bajo el influjo de las viejas tradiciones españolas, abolió, por un decreto, una infinidad de leyes que todavía estor-

(1) Wellesley escribía á su hermano el marqués de Wellesley, en esta época embajador inglés cerca de la Junta. «Es inútil quejarse, pero no somos, de fijo, tratados como amigos, y mucho menos como el único apoyo de que puede depender la causa de España.» Y otra vez: «Estoy muy amedrentado por lo que he visto de los procedimientos de la Junta Central, que en la distribución de sus fuerzas no tanto considera las operaciones militares como las intrigas políticas.» El marqués escribía al mismo tiempo á su gobierno: «Lejos de dar algún justo motivo de confianza en sus intenciones, las declaraciones asiduas de actividad y empresa, desatendidas por alguna próvida atención á los medios y objeto de la guerra, sólo sirven para despertar sospechas accesorias de ignorancia, debilidad ó insinceridad; pero toda la insinceridad ó envidia que exista hacia Inglaterra ha de atribuirse al gobierno, á sus oficiales y á sus adictos; no dominan en el pueblo tan indignos sentimientos.»

baban la circulación de la mercancía y que eran perjudiciales á la agricultura; regularizó el despacho de negocios en sus varios ministerios y tribunales de justicia; centralizó el poder consultivo en un consejo de Estado y se esforzó en proteger de la violencia al pacífico contribuyente. Pero si hubiera sido un ángel de los cielos, el resultado hubiese sido el mismo. Los regimientos de españoles que formó desertaban tan pronto como veían su vieja bandera llevada por sus compatriotas contrarios; sus descorteses súbditos le presentaban como un monstruo deforme y ebrio; prodigábanse sobre él el insulto y el desprecio á espaldas suyas con una malignidad que sólo igualaba á su ingenuidad y agudeza. La mayor parte de los antiguos abusos fueron abolidos. Suprimiéronse los monasterios así como las órdenes militares de Caballería; la Inquisición desapareció; el clero quedó sujeto á la constitución civil; se incorporaron á la renta pública las tierras de la Iglesia así como las tierras privadas; pero todo esto no servía de nada; José era francés, y, como tal, odioso; Fernando era español—ó se supuso que era, aunque tenía poca sangre española en sus venas —y, como tal, amado.

En el ínterin, el gobierno rival de la Junta Central en Sevilla era injusto y estaba tocado de corrupción ó deslealtad. Las colonias españolas habían repetido el grito de la madre patria y se declararon unánimemente por la causa nacional. Todo el Sur de América y las remotas Filipinas estalló en un fervor de lealtad que igualaba al de España; y durante el año 1809 envió 3.000.000 de libras esterlinas al gobierno patrio, en cambio de lo cual la junta firmó el importante decreto en que se declaraba que las colonias no serían, en adelante, sólo colonias, sino una parte integrante

del reino, y, como tal, con títulos suficientes para la representación en el gobierno. Esto era el preparatorio para convocar unas Cortes de la nación en que estuviesen representados todos los intereses. Fernando, desde Bayona, había ordenado á su junta de regencia convocar unas Cortes, pero no lo habían hecho así, y la Junta Central, deseosa de conciliar las indóciles juntas provinciales, convocó, en Mayo de 1809, una reunión de las antiguas Cortes para el año siguiente, con el ostensible objeto de rehabilitar las instituciones representativas de la nación, que gradualmente habían ido minándose y destruyéndose en los doscientos cincuenta años anteriores. Con todo, la constitución de la asamblea había de ser alterada en varios respectos y había de admitirse á los diputados de las colonias.

En las primeras páginas hemos demostrado cuán poco dispuestos estaban los españoles á aceptar reformas de reyes y ministros. Ahora no se mostraban más entusiastas no sólo en su acogida de las varias innovaciones en la constitución decretadas por la junta, cuya presunción é incompetencia—si no algo peor—hubieran producido su pronta caída, sino por el hecho de que el nueve por diez de los españoles no tenían en aquella ocasión más que una idea: matar á todos los *gabachos* que pudiesen. Sería bueno decir algo de las personas que así se habían arrogado en España el poder soberano en nombre de Fernando. Por una vez había algún antagonismo entre la primitiva junta suprema de Sevilla y la Junta Central que había emigrado de Madrid, pero esto había acabado por una unión de los dos cuerpos.

Como suele suceder entre estas corporaciones en tiempo de revolución, algo de las heces subió á la cima.

El conde de Tilly, que primero era uno de los representantes de Sevilla en la Junta Central, y ahora se había convertido en miembro activo del gobierno, era un libertino conocido, ducho en toda clase de deshonestidades y vicios; pero popular, audaz y rico. Su colega, Hore, era un compañero apropiado para él; y Riquelme, Caro, Calvo y Cornel no eran particularmente estimables ni discretos; el conde de Altamira, que había sucedido al viejo Floridablanca en la Presidencia, era, como su predecesor, amigo de la pompa y adicto al antiguo régimen, pero de habilidad infinitamente inferior; en figura y carácter más parecía un cinocéfalo que un hombre. Tampoco era mucho mejor el marqués de Villiel, otro miembro distinguido; pero frente á estos indignos miembros debe nombrarse á Jovellanos, Saavedra y Garay. El primero era ahora un anciano, mas su inteligencia y su amor á las reformas ilustradas, su presciencia y su prudencia estaban tan florecientes como siempre; pero estaba en mal predicamento ante la Junta. Saavedra, hábil ministro de Hacienda, honesto y bien intencionado, no había perdido mucho de su energía; mientras que Garay, el ministro de Estado, era un hombre llano, laborioso y patriótico, que hizo lo que pudo por guiar á sus colegas en el camino recto.

Los individuos de la Junta andaban vestidos de ceremonia, con espadas, todos los días, y casi todo el día, en el bello y antiguo Alcázar de Sevilla, y el trabajo estaba dividido entre varios comités. Los miembros, primitivamente elegidos por las juntas provinciales, eran juguetes de la probabilidad, y, como ya se ha indicado, se habían arrogado poderes y títulos que nunca fueron por un momento contemplados por sus cuerpos constituyentes. El país estaba en

un estado de división y de amargura, ocupado en su mayor parte por ejércitos extranjeros, y el pueblo era relativamente nuevo para instituciones representativas de cualquier género; y aunque eran abundantes las sátiras y pasquines contra la altanería é ineptitud general de la Junta, no había suficiente oposición organizada—aun cuando ésta hubiese sido posible—para tomar en sus manos el arreglo de los negocios; las esperanzas populares, expresadas por las juntas provinciales, se fundaban principalmente en la asamblea de unas Cortes representativas que hablasen con autoridad. Esto era un error, pero natural. Lo que el país necesitaba no era un poder legislativo, vigoroso, sino un poder ejecutivo realmente honrado, hábil y poderoso, que no era la Junta, porque su constitución era accidental, su mayoría reaccionaria y débil, y muchos de sus miembros viciosos, traidores ó corrompidos.

La misma Junta, á excepción de Jovellanos, Garay y algunos de los miembros más ilustrados, no era entusiasta por la convocación de unas Cortes. Había ordenado que se emprendiesen estudios por espacio de un año para decidir sobre la constitución de las Cámaras, pero como se acercaba el tiempo de reunirlas, «su Majestad» la Junta difícilmente pudo encubrir los temores que abrigaba de que sus días de poder estaban contados. En un impulso de propia defensa, la Junta decidió, con gran disgusto de sus miembros más inteligentes, confiar su poder ejecutivo á un comité de seis miembros suyos, escogidos de entre los elementos más indignos y retrógrados.

Aunque la retirada de Wellesley causó consternación á los patriotas, Blake en Cataluña (donde el magnífico heroísmo de Gerona tuvo enfrenados á los fran-

ceses por espacio de unos meses); el duque del Parque, que ganó una gran victoria sobre Marchand cerca de Salamanca; el general Santocildes en León, y los guerrilleros en todas partes, tuvieron á los franceses constantemente inquietos. Con objeto de rehabilitarse ante las Cortes convocadas en Enero, la Junta tuvo la poca precaución de intentar que á la victoria del duque del Parque siguiese la captura de Madrid y de dar instrucciones á Eguía, que había reemplazado á Cuesta de comandante en jefe, con objeto de que concentrase todas las fuerzas de Extremadura y la Mancha para iniciar un avance hacia la capital. Eguía era incompetente é irresoluto y al principio estaba manejado por Víctor. Viendo esto, él y su ejército huyeron por el Sur á Sierra Morena y allí suplicaron á la Junta que les reforzase. En vez de esto, se le envió la dimisión y fué reemplazado por Areizaga, que luego avanzó hasta Madrid. En un lugar llamado Ocaña, cerca de Aranjuez, se encontraron los dos ejércitos (18 de Octubre), teniendo cada uno 48.000 hombres, y el ímpetu de la caballería de Sabatini lo dominó todo. Las levas españolas se convirtieron en una masa atropellada que buscaba seguridad donde podía. En el pánico total se tiraban armas y uniformes, y en muchos casos compañías enteras se rendían á una pareja de franceses montados; 5.000 españoles quedaron muertos en el campo, 5.000 en grupo se rindieron, quedando prisioneros 15.000 españoles, con 50 cañones y todas las banderas, municiones y víveres. Todo el ejército español fué, en realidad, aniquilado, y la Junta Central, sobrecogida de pánico, cuando oyó la notica de que ni en Sevilla estaba libre «su Majestad», comenzó á insinuar vergonzosamente la huida á Cádiz, resguardada por estar en una isla y con la flota inglesa en la bahía.

La Junta misma era ahora un conglomerado de ambiciones y envidias contrarias. Palafox aspiraba á una dictadura de Aragón, el marqués de la Romana intrigaba para la regencia de España; tretas y contratretas ocupaban el pensamiento de todos los partidos, y en todas partes se posponía la causa nacional al interés personal, excepto en los corazones generosos del pueblo, cuyo único deseo era librar su patria de *gabachos*, de cualquier manera que fuese; mientras que el indigno Fernando en su palacio-cárcel de Valençay estaba arrastrándose á los pies del emperador, y excediéndose á sí mismo en sus serviles felicitaciones al nacimiento de un heredero, «para *nuestros* augustos soberanos el gran emperador y María Luisa».

A fines de 1809, la causa nacional presentaba un aspecto bastante sombrío. Después de heroísmos indescriptibles, Gerona había sucumbido por fin, y Aragón y Cataluña quedaron á merced del invasor. Las fuerzas españolas organizadas en León habían sido dispersadas, é igualmente les cupo á los ejércitos de la Mancha y Extremadura; pero al mismo tiempo, los centenares de pequeñas partidas de guerrilleros, particularmente los que estaban mandados por el famoso «Empecinado» en Castilla, mantenían al enemigo en continua alarma. Valencia, Murcia y Andalucía todavía estaban libres de los franceses, como lo estaban también las montañas del Noroeste. En otros términos: los ejércitos organizados de España, tales como eran, habían sido derrotados en todas partes; pero la misma nación española, fuera de la clase oficial, seguía tan porfiada como siempre en su determinación de arrojar al invasor ó morir en la demanda. Era evidente para Napoleón que si la nación había de ser conquistada, debía entrar en el foco de la defensa nacional la re-

sidencia del gobierno en Andalucía; y para esto envió un nuevo ejército de 55.000 hombres, mandados por el mismo José.

La Junta estaba dominada por el pánico; la anarquía y la traición reinaban dondequiera, hasta en Sevilla; y no se ofreció resistencia seria á los franceses en la marcha hacia el Sur. La Junta y su gobierno huyeron precipitadamente á Cádiz (19 de Enero de 1810), como el último baluarte de la libertad española, dejando á Sevilla presa de un consejo revolucionario elegido por ella misma y que intentó ejercer poderes soberanos, hasta que los franceses tomaron posesión de la ciudad y pusieron fin á sus imbecilidades. La Junta Central había perdido ya todo el prestigio. La voz pública comenzaba por reclamar reformas á toda prisa, mientras que la Junta iba haciéndose cada día más reaccionaria. Débil, violenta y vanidosa como era, vió al fin que, aunque no resguardase su existencia corporal, debía acometer la reforma popular y salvar los intereses que realmente representaba, nombrando una regencia de cinco de sus miembros, con plenos poderes despóticos; y habiéndolo hecho así, la Junta Central se disolvió (31 de Enero de 1810).

Como estaba pendiente la reunión de las Cortes, la regencia de las Cortes fué poder supremo nominalmente en España, excepto en presencia de las bayonetas francesas, pero se encerró en la Isla de León, sobre la que está edificada la ciudad de Cádiz, y fué rigurosamente sitiada por los invasores. Los mismos regentes, á excepción de Saavedra, que estaba viejo y decaído, eran sin distinción reaccionarios inhábiles (1), y en sus intrigas por impedir que las próxi-

(1) La regencia constaba del Obispo de Orense (Quevedo y Quintana), Saavedra, el general Castaños, el almirante

mas Cortes adoptasen innovación, les ayudó el Consejo Real, recién reelegido por la regencia, que les incitaba, como ellos lo hicieron, á todo lo que fuese despotismo y mudanza. No había palabras demasiado duras para los que mantenían ó propagaban ideas de reforma en las instituciones del país.

Las clases oficiales y sus reales señores entre sí, con su bajeza, corrupción é insensatez, habían traído por la mano á España á los extranjeros; la masa del pueblo, por su genuina lealtad perruna, sacrificaba gustosamente sus vidas y todo lo que le era más querido, por recobrar lo que con las indignidades de aquéllos había perdido la nación. Y á pesar de todo, en este momento supremo, cuando resonaban en sus oídos los cañonazos de los sitiadores franceses, el pensamiento único de la regencia y del ridículo Consejo Real era cómo suprimirían y castigarían á los que exigían que el pueblo tuviese algún voto, aunque humilde, en el gobierno de la nación, que sólo podía conquistarse con su sangre y su patriotismo. Con varios pretextos se olvidó una y otra vez la reunión de las Cortes; interpusiéronse los obstáculos concebibles—y eran ya bastante formidables—para la elección de diputados; en vano las juntas provinciales clamaron al cielo, y el pueblo, ya despierto, protestó.

Los conservadores deseaban que las Cortes fuesen elegidas, con arreglo al antiguo sistema, por las municipalidades oficiales de ciertas ciudades, y que estuviesen compuestas de representantes de los nobles y del clero; otros, más avanzados, aspiraban al sistema inglés de una casa de lores y una cámara popular separada, mientras que los elementos más radicales

---

Escaño, y Fernández de León, reemplazado inmediatamente por Lardizábal, representante de las colonias.

estaban á favor de un solo Congreso electivo que estuviese investido de la soberanía nacional. Un punto todavía más importante fué el de la manera de elegir. Era obvio que las antiguas Cortes de Castilla, que constaban de algunos miembros nombrados por los Consejos de la ciudad, estaban en estas circunstancias fuera de la cuestión. Aragón, Cataluña, Navarra, Valencia y las Provincias Vascongadas, estaban tan profundamente interesados como Castilla en la defensa nacional y reclamaban una representación. Sólo después de muchas discusiones, decidieron, por último, los regentes, dar el sufragio á todos los mayores de edad residentes en España, con un miembro por cada 50.000 almas. Estos votantes habían de elegir los consejos de la parroquia, que á su vez habían de elegir á los consejos del distrito, y estos últimos á los consejos provinciales, que, finalmente, habían de elegir á los diputados de la nación. A éstos había de añadirse, sólo para estas Cortes, un miembro por cada ochenta ciudadanos que hubiese tenido el derecho de representación en tiempos pasados, y un miembro por cada junta provincial. Esto era tal vez lo prudente para conceder al principio á un pueblo que había perdido la tradición del *self-government* (1), pero fácil será comprender que, en un país principalmente ocupado por enemigos extranjeros que castigaban con pena de muerte á los que profesaban obediencia al gobierno de Cádiz, eran grandes las dificultades materiales de una elección tan complicada.

(1) Dejo esta palabra sin traducir porque no tiene correspondencia exacta y precisa en castellano. Además, es uno de esos términos que ya nos acostumbramos á dejar en su lengua nativa para evitar malas traducciones.—*(N. del T.)*

No se resolvieron fácilmente las cuestiones referentes á la representación colonial. Los radicales optaban por poner el sufragio para las colonias al mismo nivel que para la madre patria; pero fueron dominados por la Regencia, que decretó que los consejos de la ciudad en las posesiones españolas eligiesen miembros para formar los consejos provinciales, que enviarían á España un diputado por cada provincia (1). Indudablemente, los regentes imaginaron que todas estas salvaguardias les darían unas Cortes dóciles, pero en esto se equivocaron. La nación estaba en una efervescencia de patriotismo, y sólo tenían éxito los hombres que hablaban con verbosidad y energía. Estos, como es natural, eran en su mayor parte jurisconsultos y literatos que habían recibido la ilustración que les daba la cultura francesa, y estaban vagamente imbuidos de las ideas que produjo la primera revolución francesa. Estos hombres, con unos pocos sacerdotes de las Provincias Vascongadas y alguno que otro militar y político local, formaban las Cortes que habían de dar un paso de tanta importancia en la historia de España, como cambiar la forma de gobierno.

Su constitución, para comenzar por aquí, fué una innovación importante, y fué mirada por los amigos

(1) Se convino en que los miembros para las colonias y para otras partes de España que, estando ocupadas por los franceses, no pudiesen elegir representantes libremente, serían elegidos de entre los naturales de las distintas provincias que residiesen en Cádiz por aquella época. El número de sustitutos escogidos fué: treinta, para las colonias, y veintitrés para España. Este fué, indiscutiblemente, el punto flaco de las Cortes de 1812, y dió á sus medidas audaces y de gran alcance menor autoridad de la que hubieran tenido de otro modo.

y representantes del ausente Fernando con disgusto manifiesto; pero cuando se hicieron conocer la personalidad y las opiniones de los miembros, luego el disgusto se cambió en desaliento y temor. El Consejo Real y el Consejo de Castilla (abolidos por Napoleón, pero rehabilitados por la Regencia en Cádiz) hicieron toda clase de reclamaciones, fundadas en los antiguos usos, para intervenir; los regentes, casi desesperados y teniendo que habérselas con un cuerpo tan democrático como las antiguas Cortes, dilataron la reunión todo lo que pudieron; pero los miembros estaban aguardando con impaciencia, y al fin tuvieron que dar aquel paso, aunque con pocas ganas y mucha vacilación.

El 24 de Setiembre de 1810 se reunió en San Fernando, cerca de Cádiz, el primer parlamento representativo que España había visto por espacio de muchos siglos, en medio de una escena de exaltación patriótica tal como rara vez se ha presenciado, aun en este país impresionable. Profundamente emocionados por la importancia histórica de su reunión, los miembros comenzaron su sesión con grandes ceremonias religiosas, celebrando la misa mayor el hermano político de Godoy y cardenal arzobispo de Toledo, D. Luis de Borbón (1); y en nombre de la nación, juraron solemnemente sobre los Evangelios, no tolerar otra fe que la de Roma, ni otro monarca que Fernando. Las sesiones se celebraron en el teatro local, habiendo sólo

(1) Era el único miembro de la familia que no había caído en las redes de Napoleón. En la abdicación de sus primos á favor del emperador, escribía desde Toledo una abyecta carta de sumisión al usurpador, en que hablaba de «*la douce obligation de mettre aux pieds de Votre Majestê l'hommage de mon amour, de ma fidelitê et de mon respect. Que Votre Majestê Imperiale et Royale daigne me reconnaître comme son plus fidêle sujet.*»

una cámara electiva, y casi las primeras palabras pronunciadas fueron las del obispo de Orense, presentando á las Cortes la dimisión de los regentes. Probablemente se daba así el primer paso para poner á la nueva asamblea en una situación difícil, y con la esperanza de que, en tanto que fuese todavía inexperta y estuviese desorganizada, caería y se desacreditaría en el súbito ejercicio del gobierno supremo. Los jefes democráticos, al frente de los cuales se encontraba Argüelles, estuvieron á la altura de las circunstancias y rehusaron aceptar la dimisión de los regentes hasta que las Cortes estuviesen organizadas. Cualesquiera que hubiesen sido los defectos del nuevo poder gubernativo, la falta de audacia y energía no estaba seguramente entre ellos. Casi su primer acto fué afianzar la soberanía de las Cortes y tomar el título de Majestad, de que ya se había abusado mucho. Hízose una separación entre los poderes legislativo, judicial y ejecutivo; se declaró la inviolabilidad de los diputados y se hizo obligatorio, en todo, el juramento de respetar la soberanía del pueblo en las Cortes, medida que tropezó con mucha resistencia por parte de los conservadores, especialmente del obispo de Orense. Otros asuntos dividieron á las dos escuelas de políticos, tales como la libertad de la prensa y la abolición de la censura, que fué votada por sesenta votos contra treinta y dos, y los dos partidos fueron llamados por primera vez, respectivamente, «liberales» y «serviles», estando dirigidos los primeros por Argüelles y el conde de Toreno, y los últimos, por Francisco Gutiérrez de la Huerta.

En una asamblea así constituida, y sin ninguna tradición ó procedimiento antiguo que la rigiese, los debates, como es de imaginar, eran libres, y en muchas

ocasiones violentos é indignos; cuestiones personales ocupaban una gran parte del tiempo, mientras que el fatal don de la verbosidad, propio de las razas meridionales, hacía los procedimientos casi interminables. La abdicación de la primitiva Regencia fué aceptada unas pocas semanas después de la reunión de las Cortes, y se nombró un nuevo poder ejecutivo formado por Joaquín Blake, Gabriel de Siscar y Pedro Agar; pero como los dos primeros estaban fuera de la ciudad, se nombraron temporalmente otros para reemplazarlos, siendo uno de los sustitutos el marqués de Palacio, detenido y llevado ante los tribunales por vacilar en prestar el juramento necesario reconociendo la soberanía de las Cortes.

Mientras que los representantes del pueblo estaban imitando á la Convención Nacional Francesa, discutiendo prolijamente vagas teorías, querellando por pequeñeces personales, votando salarios para los miembros, y reduciendo los emolumentos de cualquier otro Estado oficial, el rey José se hacía dueño de Andalucía, excepto del territorio extenso que comprende Gibraltar, Tarifa y Cádiz, defendido por el general Graham, con fuerzas inglesas y portuguesas, y un ejército español de 14.000 hombres al mando del duque de Alburquerque. Apenas pasaba un día sin que se efectuase alguna escaramuza cerca de Cádiz; desde Gibraltar y Tarifa los ingleses libraban constantemente reñidos combates con las avanzadas de Soult, en unión de las tropas españolas de San Roque y Algeciras, mientras que las tropas francesas apostadas en Cádiz secundaban, con frecuentes salidas, los esfuerzos de sus aliados.

Los franceses se apostaron alrededor de la bahía de Cádiz, y por tierra se hizo casi imposible la comunica-

ción entre el Gobierno nacional y el Norte de España. Pero el almirante Purvis y la flota inglesa ocuparon el mar, y rápidos cruceros llevaron al resto de la Península, desde la isla en que se asienta la ciudad, mensajes de aliento, órdenes para la organización de la defensa y seguridades de victoria eventual. En el ínterin los guerrilleros, especialmente el Empecinado y Mina, proseguían la guerra sin interrupción, sostenida también por los remanentes del ejército, que habían sido reorganizados en Extremadura y en el extremo Noroeste de España. Wellington se había visto obligado á retirarse ante Massena, y al fin había prevalecido sobre el gobierno inglés para autorizar un nuevo plan de campaña con fuerzas mayores que le pusiese en disposición, como por fin lo consiguió, de arrojar á los franceses de la Península. La base de las nuevas operaciones era Portugal, y aquí Wellington atacaba porfiadamente á Massena en las líneas de Torres Vedras, cerca de Lisboa, haciendo decaer el ánimo en las tropas francesas y debilitando su fe en los generales, hasta que los españoles estuviesen dispuestos y llegase la ocasión de avanzar resueltamente hasta España con el enorme ejército que poco á poco habían ido reuniendo (1).

Pero las ansiedades del nuevo gobierno representativo no estaban limitadas á la Península. La revolución de las colonias anglo-americanas y la ruina de las antiguas instituciones en Europa habían producido su efecto natural en la América española, y en más de una ocasión, desde 1790, se habían hecho tentativas para separarse de la madre patria. A las primeras noticias de la perfidia francesa en 1808, la fiebre de

(1) Setenta mil tropas regulares y sesenta mil irregulares.

lealtad á Fernando é indignación contra el invasor, se había propagado de la Península á las colonias, pero la bajeza desplegada por los cuerpos oficiales de España, la insensatez é ineptitud que caracterizaron el gobierno de la Junta Central y la anarquía que reinaba en la madre patria, dieron gradualmente origen á un sentimiento de impaciencia entre los jóvenes criollos habitantes de las colonias. Había muy poca comunicación entre las varias dependencias americanas, y ningún plan general de revolución; pero primero Venezuela, y luego Buenos Aires y Nueva Granada, proclamaron su independencia en la primavera de 1810, sin obstáculos de las autoridades ó las tropas, mientras que Chile y Méjico, presa de la guerra civil, avanzaban rápidamente en la misma dirección. Las agobiadas é inexpertas Cortes, compuestas de políticos teóricos, trabajaron por conjurar el mal con paliativos y concesiones tardías; pero el gobierno central no tenía ni poder, ni prestigio fuera de España: situado en su propia ciudad, al extremo de España, con un rey francés establecido en la antigua capital del reino, vino á tierra rápida é irrevocablemente su poderío en el vasto continente de allende el Atlántico, mientras que la madre patria estaba luchando por su independencia (1).

(1) En este período (1811) se presentó á las Cortes un interesante informe de la renta y exportación de todas las colonias. Parece que la suma íntegra recaudada por el gobierno de la metrópoli en Méjico, era sólo de 100.000 libras esterlinas en un año, mientras que Guatemala, Chile, Cuba y Filipinas no enviaban nada. Por otra parte, Santa Fe daba un producto de 160.000 libras esterlinas; Caracas, 40.000 libras esterlinas; Buenos Aires, 500.000 libras esterlinas, y Perú, 600.000 libras esterlinas; la suma total íntegra con que las posesiones contribuían al gobierno de la metrópoli era, en números redondos, de 1.400.000 libras esterlinas.

Con todo, la principal cuestión que ocupaba á las Cortes de Cádiz era trazar para España una nueva Constitución, que devolviese al pueblo las libertades populares de que los reyes le habían ido despojando sucesivamente, contuviese á las clases privilegiadas y limitase en lo futuro la autoridad real. No es esta ocasión de discutir la oportunidad del momento escogido para tan importante cambio constitucional; hay mucho que decir por ambas partes de la cuestión. Las circunstancias del país hacían imposible una libre y completa representación del pueblo, tal como era deseable para la adopción de medidas que alteraban las bases de la vida nacional; y el forzado silencio del rey desterrado, que era una de las partes más afectadas por el cambio, parecían hacer inevitable el conflicto que después estalló entre él y los reformadores, como consecuencia de su acción. Por otra parte, los amigos del progreso decían, con alguna razón, que un regreso al antiguo despotismo era imposible después del abandono del país por la familia real, y que los sacrificios y el heroísmo que el pueblo había desplegado en favor de la independencia nacional le hacía digno de las libertades domésticas que, ahora que tenía ocasión, aseguraba por sí mismo.

En 1811 se nombró una comisión para dar á España una Constitución política fundamental, y la Cámara trasladó su residencia á la iglesia de San Felipe Neri, en la misma ciudad de Cádiz. Durante el largo período de discusión y disputa sobre las cláusulas de la nueva Constitución, las Cortes y su poder ejecutivo apuraron todas sus energías para continuar la guerra. Los ejércitos españoles habían sido ahora reconstituidos y divididos en seis cuerpos, y Massena, viendo que su retirada de Torres Vedras,

amenazada por las levas indígenas de Aragón y Castilla, había retrocedido gradualmente hasta España, perseguido constantemente por Wellington, Olivenza, Fuentes de Oñoro, Almeida, Albuera, Ciudad Rodrigo, y al fin la terrible carnicería del asalto de Badajoz, quedaron para siempre como los puestos indicadores del esforzado avance inglés, mientras que por todas partes, desde Galicia á Murcia, los españoles peleaban, unas veces en ejército, las más de ellas en simples partidas; derrotados una y otra vez, pero rehaciéndose siempre; cooperando libremente con los ingleses, pero prefiriendo la acción independiente.

Las dificultades de Napoleón iban obstruyéndole; no estaba dispuesto á enviar los constantes refuerzos exigidos, y acerba é injustamente censuraba á José por no hacer imposibles. Pero el «rey intruso» y las Cortes estaban dando cabo de los recursos empleados para sacar fondos de la desolada nación. El primero dependía casi de lo que obtenía de Madrid, que estaba cargado de tributos sin igual, hasta que el hambre y la miseria fueron universales. José trataba de hacer olvidar al pueblo sus disturbios dándole corridas de toros y espectáculos, pero todo en vano, porque era francés: y los ejércitos franceses estaban quemando casas y degollando ciudadanos sospechosos de patriotismo dondequiera que las águilas imperiales llegaban. El distraído José de buena gana se hubiera desembarazado de las tropas de su hermano y de su imperiosa intervención y hubiera ensayado su propio sistema de conciliación. Verdad es que una vez hizo distintas aproximaciones, pero sin resultado, porque todavía el grito de todos los españoles era: «¡Mueran los franceses y viva Fernando!» El gobierno de Cádiz tenía también delante de sí (1811) un *défi-*

cit abrumador: como la deuda había llegado ahora á 72.000.000 de libras esterlinas, sin contar el coste de la guerra, las ganancias anuales de la renta se calcularon en 2.600.000 libras solamente, mientras que la exportación, sin el servicio de la deuda, se evaluó en 12.250.000 libras. Se decretó un impuesto especial de guerra, graduado desde 2 $^1/_2$ hasta 70 por 100, y se tomaron otras medidas extraordinarias, pero, como se comprenderá, el gobierno de Cádiz se vió forzado á recurrir principalmente á Inglaterra y á las juntas provinciales para sostener el coste de la guerra.

En Enero de 1812, las Cortes adoptaron la nueva Constitución que había de regenerar á España. En vez de reformar gradualmente las instituciones existentes ó tradicionales de la nación, los miembros del partido avanzado, casi todos ellos partidarios de la revolución francesa, imaginaron un código completamente nuevo, extranjero en espíritu y en forma, por el cual toda la vida nacional fué renovada en un decreto de diez capítulos que contenían 348 cláusulas. Se afirmó la soberanía abstracta de la nación; sólo se reconoció la religión católica, y la monarquía pasó á ser hereditaria bajo la constitución parlamentaria. Sólo se invistió del poder legislativo, además del rey, á las Cámaras; del ejecutivo, á los ministros del rey, y del judicial, á los jueces; los Parlamentos habían de ser elegidos indirectamente por distritos electorales de 70.000 almas, por un sufragio de hombres mayores de edad, y habían de ser convocados anualmente, estando limitado el veto real sobre los decretos á tres repulsas, después de las cuales los decretos se convertían en leyes á pesar del veto del rey. Se prohibía al monarca ausentarse del reino ó casarse sin permiso de las Cortes, y se estableció la sucesión sobre la antigua

base española, lo mismo que la de Inglaterra, pero el infante D. Francisco de Paula, á quien se juzgaba hijo de Godoy, fué excluido, así como lo fué también la reina de Etruria.

Habría siete secretarios de Estado, á saber: Gobernación, Estado, Ultramar, Justicia, Hacienda, Guerra y Marina, y los ministros eran responsables ante las Cortes, aboliéndose todos los antiguos consejos españoles, excepto un consejo de Estado de cuarenta personas, nombrado por las Cortes al soberano. Los jueces habían de ser inamovibles, siendo iguales ante la ley todos los ciudadanos, y se establecía la inviolabilidad del súbdito. Sólo las Cortes podrían votar impuestos, y ellas también habían de fijar el presupuesto del ejército y de la armada; y, sobre todo, se decidió que por espacio de ocho años al menos no se introdujese alteración ni reforma alguna en la misma Constitución. Cualquiera ve que esto era transformar á España en república prácticamente con formas monárquicas, y las precauciones dieron origen á largas y encarnizadas discusiones. Entre los nobles y entre los amigos del rey dominaban las intrigas, siendo uno de los planes más prometedores para nombrar á la infanta Carlota princesa del Brasil y regente de España, y los liberales, aunque capaces de impedir esto, llegaron á consentir en el nombramiento de una nueva regencia constitucional de cinco reaccionarios, incluso el duque del Infantado y Enrique O'Donnell, conde de La Bisbal.

El 19 de Marzo de 1812, cuarto aniversario de la caída de Godoy, fué promulgada solemnemente la nueva Constitución, con toda la pompa y esplendor que una ciudad sitiada podía desplegar. Los teatros, las calles y las plazas, espléndidamente iluminados,

estaban repletos de personas frenéticas de regocijo entusiástico. Al fin España había roto con el pasado sombrío de tiranía, miseria y opresión. La felicidad, la justicia y la prosperidad habían de ser en lo futuro la regla de vida, y hasta los conservadores, que se habían opuesto al decreto, fueron reducidos y arrastrados con las extravagantes esperanzas de nuevo cielo y nueva tierra españoles que surgirían de la constitución de libertad que los 184 representantes del pueblo (1) acababan de jurar conservar inviolada. Pero sobre los cánticos de júbilo resonaban los cañones franceses en las afueras de la ciudad, y los fuegos de campamento de los invasores competían con las iluminaciones de las calles. La Constitución de Cádiz había de proteger á España de sus soberanos; mas, entre tanto, 230.000 soldados franceses pavoneaban insolentemente las águilas de su emperador desde los Pirineos hasta el Estrecho, y amenazaban hollar la independencia de España.

(1) El número de miembros por las diferentes partes de España fué muy desigual. Así, Galicia envió veintitrés miembros y Cataluña veinte, mientras que Madrid estaba representado sólo por un sustituto; Vizcaya por un miembro, y el reino de León sólo por seis. El reino de Navarra, con una población de 271.000 almas, envió un diputado, al paso que Valencia, con 1.000.000 de habitantes, envió diez y nueve diputados.

V

FERNANDO «EL DESEADO».—RECOMPENSA REAL Á LA DEVOCIÓN

La captura de Badajoz había hecho retroceder hasta Salamanca al ejército francés occidental, y Wellington, dejando á Hill que vigilase á Extremadura, y á Ballesteros que acosase los flancos de Soult en Andalucía, marchó lentamente hacia adelante con el principal núcleo del ejército inglés. Napoleón tenía mucho á que atender, porque estaba comprometido en su desastrosa guerra con Rusia, y de buena gana se hubiera desembarazado de España y de José, quien, por su parte, estaba perfectamente cansado de su fastidiosa corona. Ya había insinuado, y algo más que insinuado, que no resistiría más su humillante posición, especialmente si el emperador persistía en su intención de agregar el Nordeste de España á sus dominios; y Napoleón, casi falto ya de recursos, pensaba restaurar á Fernando en su trono bajo su protección; autorizando también á José, como alternativa, para hacer tanteos cerca de las Cortes, con el fin de que le adoptasen como rey al amparo de las Cortes de Cádiz. Cuando esta última treta falló también, José trató de reunir unas Cortes rivales en Madrid. Mas los acontecimientos se sucedían rápidamente. Madrid, falto de provisiones excepto por el Norte, fué presa

del hambre, que mató á sus pobres ciudadanos á millares, y redujo, finalmente, familias opulentas á mendigar en las calles (1).

Wellington estaba haciendo retroceder rápidamente á Marmont sobre el Duero en el Norte de Castilla, mientras que los mariscales andaban con envidias entre sí; y Soult, en Andalucía, se negaba á ayudar con hombres á José ó á Marmont. El último general había evacuado la ciudad de Salamanca á la llegada de Wellington, y había sido parcialmente derrotado en las afueras (28 de Junio); y el 22 de Julio los ingleses y los españoles juntos, obtuvieron la gran victoria de Arapiles (Salamanca), forzando á los franceses á huir con grandes pérdidas y terrible confusión hacia el Norte, seguidos por los aliados, que entraron en Valladolid en triunfo (30 de Julio), y por bandadas de guerrilleros, que ahora mataban á los extraviados *gabachos* con gran contento de su corazón. Cuando era demasiado tarde, José, el intruso, abandonó á Madrid con 10.000 hombres para socorrer á Marmont; pero tuvo que retirarse de nuevo á su capital, seguido por los ingleses.

En la noche del 10 de Agosto de 1812 corrió por la ciudad, atacada de hambre, el rumor de que los *gabachos,* con su rey bizco y borracho (2), estaban evacuando la plaza, y á la mañana se vió que todos, menos los enfermos y un regimiento, habían huido al amparo de las tinieblas. En Madrid se olvidó el ham-

(1) Esta terrible visita duró de Setiembre de 1811 á Agosto de 1812. El pan blanco se vendía en la primavera de 1812 á 7 céntimos el ¼ de kilo; costando el de ínfima calidad 4 céntimos.

(2) Se creyó por todos los españoles que «Pepe Botella», como llamaban al rey, estaba afligido de este vicio.

bre, la miseria y la opresión, y la sospecha fué relegada á segundo término, volviéndose la ciudad loca de alegría. Los altares brillaban con lámparas votivas, y en las calles resonaban aclamaciones y arengas patrióticas. «¡Viva Wellington y los ingleses!», era el grito universal, y antes de que el sol saliese, atravesaba la enguirnaldada capital de las Castillas el ejército libertador. Primero venía el disforme guerrillero el *Empecinado* y sus valerosas guerrillas; luego el gran Wellington, con sus colegas españoles, el cruel D. Carlos España y el amigo preferido de Wellington, D. Miguel de Alava, el único general español de quien dependía, con el ejército aliado. El mismo día Wellington, desde sus cuarteles del palacio real, dictó su famoso decreto que, como decían los madrileños, más era un *ukase* del feroz Murat que la proclama de un amigo. En todo caso era oportuno, porque en pocas palabras decía á Madrid que no debía cometerse ningún arrebato; debía mantenerse el orden, debían ser auxiliados los ejércitos, y los funcionarios debían continuar en sus oficios, como de costumbre; y al día siguiente se proclamó con toda solemnidad la Constitución de Cádiz.

Poco á poco vió el pueblo que aquella mano firme y severa no era cruel, aunque la sequedad y la arrogancia de Wellington nunca fueron de su gusto. Pero por una vez los soldados ingleses fueron festejados y tenidos en mucho, especialmente los montañeses, que por una razón inconcebible se supuso fuesen *menos herejes* que los demás. El duque salió de Madrid el 1.° de Setiembre para vigilar el camino del Norte, dejando á Hill con una pequeña división para tener en jaque al ejército de José en el Sudoeste. Después que hubo pasado el primer arrebato de júbilo, los madrile-

ños quedaron mohinos. Notaron que la entrada de un ejército liberador no había producido, como por arte mágico, los abundantes bienes con que habían soñado; y que si el gobierno intruso había perseguido cruelmente á los patriotas, el general España, el gobernador patriota, con su exagerado celo por la Constitución de que después fué tan encarnizado enemigo, excedía á los franceses en su castigo contra los que se oponían. Los desabridos é imperiosos ingleses no se llevaban bien con los expansivos ciudadanos, y hubo poca cordialidad entre ellos. Pero el descontento se cambió en desilusión cuando, á la llegada del ejército de José, se retiró la pequeña guarnición de las tropas inglesas que habían quedado en Madrid, y se consideró necesario echar á tierra el real depósito de porcelana del Retiro, de que Madrid estaba tan orgulloso.

Entre tanto, Soult se había retirado de delante de Cádiz, y, perseguido constantemente por los españoles al mando de Ballesteros, había evacuado toda Andalucía, uniéndose á Suchet y á José en las fronteras de Valencia y marchando desde aquí con ellos hacia Madrid. Con esto, Wellington, viéndose amenazado por fuerzas superiores, abandonó el camino del Norte y retrocedió hacia Portugal; mientras que José, pasando junto á Hill, cerca de Aranjuez, entraba otra vez en su capital el 3 de Noviembre, pero esta vez sólo por unos días. Temblando por la infructuosa persecución de Hill, que se había puesto en camino para unirse á Wellington en los cuarteles de invierno, el rey dejó de nuevo á la ciudad entregada á la semi-anarquía, pues el Empecinado y los guerrilleros mataban á todos los *gabachos* extraviados por las afueras, á pesar de que los franceses afectaban gobernar todavía en la ciudad.

Mas no fueron por más tiempo los feroces opresores que habían sido primeramente.

Los madrileños sabían, como el resto del mundo, que la leyenda napoleónica iba palideciendo, y que en España la causa francesa era, en cierto modo, una causa perdida. El mismo José volvió á Madrid, por última vez, el 3 de Diciembre de 1812. Estaba muy sonriente, pero nadie le observó mucho, porque llegaron al poco tiempo las noticias de la terrible situación del emperador en Rusia, y los ejércitos anglo-españoles se encontraban con bastante energía y dispuestos á dar el *coup de grâce* al gobierno «intruso». Soult corrió precipitadamente con una división á ayudar á su señor en Alemania, y España no le vió más; y las otras fuerzas francesas estaban debilitadas por razones semejantes, mientras que José, en Madrid, se ponía cada vez más impaciente. Al fin, se vió con evidencia que no podría conservar el Sur de España, al menos, y José, por órdenes de su hermano, empaquetó su real equipaje por última vez, y no sólo el suyo, sino los de todos los demás que estaban á su servicio. Iglesias y palacios fueron despojados de sus preciosas alhajas; cuadros inapreciables, joyas y grabados, archivos antiguos, reliquias sagradas; todo fué cebo que cayó en el anzuelo de los intrusos al retirarse. Por esta vez José no marchó solo. Todos sus paisanos y amigos, ministros, criados y admiradores prefirieron el destierro y el olvido á las tiernas mercedes que los leales españoles repartían á sus compatriotas que se habían burlado de los *gabachos*.

Madrid se vió, por fin, libre de ellos á últimos de Mayo de 1813, y largas hileras de coches, hasta donde alcanzaba la vista, rodaban sobre la llanura gris, transportando el botin á Francia. Mucho de él no lle-

gó allá, porque Wellington tenía bien trazados sus planes, y la masa de los ejércitos anglo-españoles interceptó el paso de José. El 21 de Junio se libró la gran batalla; al anochecer, los frances huían á la desbandada, y José había escapado solo, dejando muchos de sus costosos muebles y hasta su coche y sus papeles privados en manos de los vencedores. El resto de la gloriosa campaña apenas puede considerarse como una parte de la historia de España, porque en Vitoria concluyeron las relaciones de José con el reino, y la victoriosa marcha de José hacia el Norte hasta el Bidasoa sólo tuvo por objeto introducir en la patria la victoria ya ganada.

España estaba ahora dispuesta á recibir á su querido Fernando, á quien dejamos en su palacio-cárcel de Valençay en 1808. ¿Cuál había sido su actitud durante los cinco años en que sus abnegados paisanos habían estado peleando y sufriendo por causa suya? Bailando, ejercitándose en la esgrima y jugando—porque Talleyrand nunca les hizo tomar ningún interés por los libros—Fernando, su hermano y su tío habían pasado el tiempo lo más agradablemente que puede pasarlo un desterrado. Una y otra vez habían hecho sus amigos tentativas para tramar una huida á España, pero el príncipe, ó por precaución ó por disgusto, nunca les hizo caso, y algunas veces les vendió, porque se había humillado hasta besar la tierra bajo la mano de su opresor (1). Todavía aspiraba á un matrimonio

(1) Con relación á sus aspiraciones matrimoniales á una princesa de la familia Bonaparte, Fernando tuvo la bajeza de escribir á Napoleón desde Valençay, como sigue: «Me aventuro á decir que esta unión y la publicidad de mis deseos, que haré conocer á Europa si vuestra majestad me lo permite, pueden ejercer una saludable influencia sobre los destinos de España, quitando á un pueblo ciego y furioso

con una Bonaparte; le lisonjeó con servil adulación al nacer el rey de Roma y felicitó abyectamente al emperador cuando ganó una victoria sobre los españoles. Napoleón, cuando las nubes se obscurecían más á su alrededor, pensó que no sería mala cosa restaurar á Fernando y hacer de él un instrumento, y en Diciembre de 1813 se firmó el llamado convenio de Valençay, por el cual, con ciertas condiciones, Napoleón reconocía á Fernando como rey de España. El último quería convenir en algo, pero no así la regencia constitucional. Una de las cláusulas del tratado era que los ingleses fuesen expulsados de España, pero cuando se presentó á las nuevas Cortes de Madrid fué rechazada, y Fernando siguió prisionero, aunque no por mucho tiempo. El avance de Wellington hacia Francia era rápido, y á fines de Marzo, Fernando pudo abandonar su lugar de destierro y volver incondicionalmente á la desolada nación que rogaba por él.

Las Cortes de Cádiz habían continuado implantando medidas radicales de reforma en todas direcciones. La Inquisición había sido abolida, los privilegios del clero reducidos todavía más, había desaparecido el vasallaje en todas sus formas y se había fomentado el cultivo de vastos terrenos. Una infinidad de decretos, modelados sobre la legislación francesa, habían extendido aún más los límites de la libertad y de la igualdad. Pero á medida que se iba dando un nuevo paso hacia adelante, se ensanchaba la distancia entre la mayoría de las Cortes y sus adversarios. Gran par-

---

el pretexto de bañar en sangre á su nación en nombre de un príncipe, heredero de su antigua dinastía, que, *por un solemne tratado, por voluntad propia y por la más gloriosa de todas las adopciones, se ha convertido en príncipe francés é hijo de vuestra majestad imperial.*»

te de su legislación era sentimental y doctrinaria, y no encontraba ni simpatía ni comprensión entre el vulgo de sus paisanos. Además, la llegada de los miembros elegidos por las provincias, ahora libertadas, reforzó en gran manera al partido conservador; y en el otoño de 1813 era evidente que las memorables Cortes de Cádiz habían malgastado sus ímpetus y se disolvían en medio de conflictos y desórdenes, reuniéndose las nuevas Cortes en Madrid en 1814.

La composición de la nueva asamblea era, decisivamente, menos liberal que la de su predecesor, pero las comunicaciones entre ella y Fernando demostraron en seguida al último que las cosas habían cambiado desde que él abandonara á España. Las Cortes se negaron á reconocer ningún acto suyo hasta que fuese libre en España, y con la aprobación del Consejo de Estado se convino en que Fernando no podía ejercer el poder real hasta que hubiese jurado respetar la Constitución de Cádiz. Cuando se acercase á su antiguo reino, había de salirle al encuentro una comisión de las Cortes que le explicase la situación del país y los sufrimientos y sacrificios que había hecho por él. No había que permitírsele traer consigo á España ninguna fuerza armada ni ningún extranjero. Había de viajar por el camino que se le señalase, y á su llegada á Madrid había de entrar inmediatamente en la residencia de las Cortes y allí firmar el juramento de la Constitución, después de lo cual los regentes le investirían de la autoridad real que le quedaba.

Todo esto, naturalmente, era hiel y ajenjo para Fernando y sus amigos. Su mensajero desde Valençay, el duque de San Carlos, había sido escarnecido en las calles de Madrid por haber tomado parte en la

perversa sumisión de Bayona, y había vuelto adonde estaba su señor, lleno de furia y amargura contra los insolentes *jacobinos,* que se atrevían á dictar condiciones á su soberano. Pero Fernando, cuya doblez había progresado con la edad, se mantuvo tranquilo y ostentó en público un rostro sonriente. La situación, sin embargo, era insoportable. Los conservadores y amigos del antiguo régimen habían tenido valor para decir casi francamente en Madrid lo que en Cádiz les hubiera costado la vida. Los realistas, como se llamaban, eran numerosos, y los motines que estallaron en la capital—hasta en las Cortes mismas—vinieron á demostrar que la Constitución de Cádiz no era aceptada tan universalmente como habían creído sus primeros defensores entusiastas.

El 22 de Marzo de 1814, Fernando pisó de nuevo suelo español en Figueras (Cataluña), y el 24 cruzaron el río Fluviá Suchet y el ejército francés, por una parte, y Copons con los españoles, por otra, mientras que una innumerable multitud de ciudadanos recibía á su soberano con júbilo inexplicable. Pero ya entonces había en la copa del placer una gota de hiel: Fernando había convenido con Suchet en que se permitiría á las guarniciones francesas, sitiadas en las fortalezas españolas, retirarse á Francia sin rendirse, y había dejado á su hermano Carlos en Perpignan como rehén para el cumplimiento de su palabra. Con gran sorpresa de Fernando, Copons, el general español, se negó á reconocer el acto del soberano. Se ha hecho, decía, sin conocimiento del gobierno ó sus aliados ingleses, y era anticonstitucional. Esto era para Fernando un goce anticipado de lo que tenía que esperar, pero sonreía y seguía sonriendo ante el pueblo, que, frenético de júbilo, se agrupaba á su paso y derramaba lá-

grimas de alegría. Atravesó la fuerte y arruinada nación; los extenuados y hambrientos habitantes, entre los cuales apenas había ninguno que no tuviese una persona querida muerta en la guerra, querían ilusionarse de amor y esperanza de mejores tiempos bajo el reinado del nuevo rey. Habían sufrido tanto por él; era joven y había sufrido demasiado en su destierro, decían; seguramente sería bueno para ellos, pondría el pan barato y curaría sus sangrientas heridas. Pasando por la heroica Zaragoza, Fernando viajó por Daroca y Segorbe á Valencia, adonde llegó el 16 de Abril, algunos días antes de que el emperador caído se resignase con su destino y abandonase á Francia por Elba.

En todo el viaje de Fernando, las autoridades, el pueblo y las tropas le habían dado á entender claramente que estaban indignados por la acción de las Cortes al limitar sus prerrogativas reales, heredadas en su forzado destierro, y habían mostrado el deseo de que rehusase aceptar la Constitución, pero el cauto Borbón había continuado sonriendo paternalmente y sin decir nada. Para salirle al encuentro y recibirle, habían ido á Valencia todos los amigos de la reacción. El general Elío, que mandaba el ejército en la provincia, obligó á sus oficiales á que sostuviesen á Fernando en todas sus prerrogativas, y en el discurso de bienvenida entregado al monarca á las puertas de Valencia, le había dicho que el ejército estaba contra las Cortes.

En Madrid, las mismas Cortes estaban profundamente divididas. Los liberales habían protestado con indignación de que Fernando les tratase, á la manera antigua, de «queridos vasallos», y habían expulsado á un miembro que había declarado que consideraba

al rey como su «soberano señor». Martínez de la Rosa había llegado á proponer la pena de muerte para cualquiera que tratase de alterar la Constitución antes de que hubiese pasado el período descrito de ocho años. Por otra parte, los reaccionarios, en las Cortes, eran muy activos. Llegó dinero en abundancia—los liberales decían que de Inglaterra, porque sir Enrique Wellesley, el embajador, era adicto al partido de Fernando—y un círculo de miembros conservadores, ayudados por los frailes de Atocha, organizó en toda la ciudad una conspiración en regla. Para halagar el ánimo de Fernando, este círculo dirigió un mensaje al rey, firmado por sesenta y nueve miembros y enviado á Valencia por uno de ellos. El mensaje se hizo famoso, porque dió desde entonces al partido reaccionario el nombre de «persas». Comenzaba así: «Señor, era costumbre de los antiguos persas que á la muerte de un rey siguiesen cinco días de anarquía, para que la experiencia de los asesinatos, robos y otros excesos, les hiciese más fieles á su sucesor;» y acababa, naturalmente, con una petición para que la Constitución de Cádiz fuese considerada como nula.

Fortificado por estos elementos de reacción agrupados en torno suyo, Fernando comenzó á enseñar los dientes. Su primo, el cardenal de Borbón, presidente de la regencia, enviado por las Cortes, le recibió en Valencia fuera de la ciudad. Fernando, con arrogancia, dió á besar su mano al cardenal-arzobispo y regente, pero éste fingió no verle, porque las Cortes habían prohibido que Fernando fuese tratado como rey hasta que hubiese aceptado la Constitución. Al fin, después de esperar algunos momentos, Fernando, pálido de rabia, gritó á su primo: «¡Besa!» y el cardenal se vió obligado obedecer. El 4 de Mayo, el día an-

tes de abandonar la ciudad, el rey firmó su famoso manifiesto al pueblo, que por algún tiempo quedó en secreto. Había sido dictado por el reaccionario ex regente Pérez Villamil, y mientras que expresaba la aversión al despotismo, «que no puede reconciliarse con la ilustración ó con la civilización de las otras naciones europeas», y prometía velar por la prosperidad de su pueblo, «porque los reyes nunca fueron déspotas en España», rechazaba toda acción de las Cortes y de los gobiernos que habían regido desde la partida de Fernando. Había, en realidad, mucho que decir sobre el punto de vista de Fernando. El mismo nunca había sido consultado en los cambios revolucionarios que habían alterado su situación; las Cortes habían sido elegidas y constituidas de una manera completamente extraña á las antiguas leyes españolas; y era evidente que el pueblo no comprendía, y en la mayor parte de los casos lamentaba las innovaciones que le parecían tan sospechosas é injustas hacia el joven soberano que por el momento les inspiraba tan ferviente amor y lealtad.

Si Fernando se hubiese negado á reconocer la Constitución hasta que se cambiasen algunas de sus cláusulas más discutibles, no se hubiera dicho mucho contra él (1). Pero fué mucho más lejos, porque no sólo se abolió la Constitución y se pasó una esponja sobre todos los acontecimientos de los seis años anteriores, sino que se decretó la pena de muerte contra todo el

(1) Godoy dice que cuando el viejo Carlos IV en el destierro oyó hablar del acto de su hijo, clamó contra su cruel serenidad. No esperaba, decía, que Fernando lo aceptase todo, pero tratar de ignorar todo lo que había sucedido en seis años, y perseguir cruelmente á muchos de los que habían servido mejor á su patria, era un acto de locura é ingratitud sin igual.

que se atreviese *ni á hablar* en favor de la Constitución de Cádiz.

Precedido de tropas que, si fuese necesario, aterrorizarían á su capital, Fernando siguió adelante. Los soldados y el populacho tenían sus órdenes, y el viaje real fué una gran saturnal de la reacción. La mayor parte de las ciudades cambiaron el nombre de su Plaza Mayor en *Plaza de la Constitución,* y las placas de mármol donde estaba grabado este último nombre fueron arrancadas y hechas pedazos, y el inconsiderado vulgo, poco conocedor ó preocupado de lo que significaba todo esto, aclamó hasta enronquecer á los gritos de: «¡Muera la libertad y la Constitución!» y «¡Viva Fernando!»

Las Cortes en Madrid iban cobrando inquietud cada día, porque Fernando había dejado sin responder sus cartas de bienvenida. Los habitantes de la ciudad se habían excitado al fervor patriótico por una solemne ceremonia en el aniversario del famoso 2 de Mayo, cuando las cenizas de las víctimas estuvieron en disposición de enterrarse bajo el espléndido monumento del Prado; y allí, como en todas partes, fueron proclamadas las audaces palabras de la Constitución: «La facultad de establecer leyes está reconcentrada en las Cortes además del rey.» Indiscutiblemente el mismo Madrid, como Cádiz y otras grandes ciudades, era, en gran parte, liberal, y comenzó á desconfiar del futuro; pero en la profundidad de su corazón hizo lo que pudo por preparar una leal acogida á Fernando el Deseado; porque, agresivos como eran los reaccionarios, no se creería que el rey olvidase todo lo que su pueblo heroico había hecho por él, y el feroz decreto de Valencia era desconocido todavía. El soberano había de entrar en su capital el 13 de Mayo, y días antes

todos los balcones brillaban con profusión de colores, y las calles estaban adornadas de arcos y guirnaldas de flores. Las Cortes habían estado celebrando sesión el 10 para hacer un arreglo final, no sin recelos con respecto á la actitud del soberano; pero los miembros se retiraron, como de costumbre, á sus hogares, no esperando que les acaeciese ningún mal. Fernando había nombrado por comisión secreta gobernador de Castilla á Francisco Eguía; y por la noche, el último, dió el golpe que el rey había estado preparando en todos los seis amargos años de su destierro. Con gran energía, Eguía atravesó las silenciosas calles; primero fué al palacio, donde los regentes estaban detenidos, y desde aquí á casa de todos los amigos conocidos de la Constitución. Miembros de las Cortes, poetas, literatos, periodistas, nobles, jurisconsultos, oficiales y actores, altos y bajos, ricos y pobres, fueron reducidos á riguroso destierro en cárceles y cuarteles; y cuando Madrid despertó en la mañana del 11, todos los muros blancos estaban cubiertos con el terrible decreto de Valencia.

Los madrileños quedaron espantados y ofendidos de la perfidia del acto, pero se encarceló á todos los hombres algo significados del partido constitucional, y no fué posible ninguna protesta concertada. Por otra parte, un populacho asalariado de las heces de la sociedad amenazaba y aterrorizaba á todos los ciudadanos decentes, y á los que llevaban trajes que los rufianes se complacían en considerar como insignia de liberalismo ó «francmasonería». Todo signo que se refiriese á la Constitución era destruido; la residencia de las Cortes fué saqueada y destrozada; el odioso populacho llevó la violencia á las gentes tranquilas recogidas en sus casas, y el único grito que resonaba en la «ciudad

del 2 de Mayo» era: «¡Muera la libertad y viva Fernando!»

El rey entró en Madrid el 13 de Mayo, pasando en carruaje por medio de un pueblo melancólico y casi silencioso. Por todas partes fué encontrando signos de regocijo oficial. Los palacios de los nobles estaban adornados con antiguas tapicerías é historiadas colgaduras; arcos triunfales cubrían las calles; las iglesias y los monasterios desplegaban todo su esplendor para honrar al hombre que de un plumazo había deshecho la obra de seis memorables años. Oficiales públicos y aspirantes á cortesanos, nobles, lacayos y la plebe brutal, corrompida, aclamaban al soberano; pero los españoles que se respetaban, que habían visto los sacrificios y sufrimientos de la ciudad y que recordaban los cientos de bravos corazones que el tirano había recluido en los calabozos para celebrar su regreso, miraban con creciente desconfianza la siniestra faz de Fernando el Deseado.

La nación fué víctima al fin de una fiebre reaccionaria del peor género; Fernando desde entonces sólo sintió el influjo de la vil *camarilla* que le había llevado de humillación en humillación ante el carro triunfal de Napoleón. Había abandonado el país á sí mismo y éste no había subido una pulgada en estos terribles seis años de lucha á muerte con el invasor extranjero. Su nombre había estado en los labios de millares que hubieran recibido la muerte con gusto porque él reinase en el país de sus padres. La nación, en un frenesí de lealtad, le elevaba violentamente al trono por el cual nada había hecho; y las recompensas que dió fueron cadenas, destierro y muerte á los que habían combatido con más bravura y luchado más por sacudir el yugo del extranjero. Puede admitirse que tuviera al-

gún resentimiento contra la Constitución en cuanto que atacaba sus prerrogativas; pero haber olvidado todo lo que había pasado y decretar que todo volviese al absolutismo de 1807, era un crimen político de los más sombríos. En longitud de tiempo sólo habían pasado seis años y medio desde que la sublevación de Aranjuez había hecho zozobrar á Godoy; pero España había pasado desde entonces por siglos enteros de cambio, y para Fernando, ignorar esto era acreditarle de inepto é indigno de su gran misión.

Mas no fué esto lo único en que demostró su indignidad. Sus ministros, guiados por el duque de San Carlos, eran naturalmente reaccionarios del tipo extremo, pero, así todo, pronto comprendieron que eran ceros al lado de la *camarilla* privada del rey. Los reyes españoles habían estado hasta entonces gobernados por favoritos; pero Lerma y Olivares, y hasta Valenzuela y Godoy, eran hombres de educación y alcurnia, mientras que los consejeros secretos de Fernando eran muchos de ellos bufones groseros é ignorantes. Reuniéndose por la noche con estrepitosa alegría, cargaban sobre las cabezas de los ministros cuestiones de política nacional y hasta hacían y deshacían ministros á su capricho (1). Uno de los ministros conservadores de Fernando en esta época da el siguiente resumen de los procedimientos de la *camarilla:* «Hacenle (esto es, á Fernando) desconfiar de sus

(1) Por las más pueriles razones, Fernando nombraba ó despedía ministros arbitrariamente, desterrándolos ó encarcelándolos por un capricho de su ociosidad. Los miembros de la *camarilla* eran tratados de la misma manera, estando un día en el favor del rey y al siguiente en la cárcel. Hubo cerca de treinta ministros en los seis años transcurridos desde 1814 hasta 1820, correspondiendo á cada uno un promedio de dos meses de duración.

ministros y despreciar á los tribunales y á toda persona de rango que le aconseje. Da audiencia diariamente y todo el que quiere le habla sin ceremonia. Esto es en público, pero lo peor pasa en secreto por la noche. Da acceso y presta atención á personas del peor carácter posible, que difaman inhumanamente á los que mejor le han servido. Dando crédito á esa gente y sin más consejo, firmaba y publicaba decretos, no sólo sin ponerlo en conocimiento de sus ministros, sino contrariando sus opiniones (1). Así se habían nombrado ministros que sólo duraron tres semanas y algunos de ellos sólo cuarenta y ocho horas. ¡Y qué ministros!»

Los resultados políticos de una corte como ésta fueron, naturalmente, lamentables. El resto de los gobiernos europeos la miraban con disgusto. Luis XVIII rehusó la cooperación de España cuando Napoleón se escapó de Elba y Europa se negó á respetar sus intereses en la Conferencia de Viena. El clero español fué reintegrado en sus privilegios; la propiedad eclesiástica fué restaurada, aun lo que se había vendido; rehabilitáronse los monasterios; los jesuítas volvieron en triunfo; la Inquisición entró de nuevo en el ejercicio de sus funestos poderes; se inició una activa campaña contra la prensa; la censura, en su peor forma, fué restaurada y se proscribieron casi todos los libros y periódicos de carácter moderno ó progresivo. Reconstituyéronse los antiguos consejos y la engorrosa maquinaria administrativa; decretáronse otra vez los antiguos tributos; abolióse el impuesto de las Cortes,

(1) El miembro más distinguido de la *camarilla* era un bufón de baja estofa, llamado *Chamorro*, que había sido aguador; otro, Ugarte, era corredor de comercio; Tattischeff, el ministro ruso, fué miembro también.

y se hicieron grandes esfuerzos por borrar todo recuerdo de los seis años anteriores. La situación financiera, como se ha dicho en páginas anteriores, era lamentable á consecuencia de la guerra, pero ahora, con insaciables usureros alrededor del rey, cayó en completo desorden. Las tropas estaban mal pagadas, mal alimentadas; el servicio público despreciado y la corrupción reinaba con autoridad suprema, mientras que los impuestos acostumbrados habían aumentado considerablemente (1); los empréstitos forzosos fueron arrancados por la violencia, y la industria fué arruinada con nuevas contribuciones. Entre tanto, el reinado del terror continuaba. Todo lo que era ilustrado y avanzado en España, fué castigado con anatema. Deportación, destierro, cárcel, muerte, eran las penas impuestas á todo hombre que fuese conocido por sus sentimientos liberales; un espionaje del carácter más odioso hizo desconfiados á todos los hombres. Para coronar la iniquidad, después de habérselas con estos ciudadanos, Fernando, que se había jactado de ser un príncipe *francés,* y había felicitado á José al subir al trono de España, perseguía ahora sin compasión á todos los españoles que habían estado de parte del rey intruso.

(1) La cuadrilla servil que rodeaba al rey, atentó especialmente contra el comercio y los intereses de Inglaterra, á pesar del ostentoso auxilio prestado á la reacción por Sir Enrique Wellesley y su gobierno. Por ejemplo, el importe del impuesto español sobre la franela inglesa común había sido, en 1796, de tres dollars por pieza; en 1805 de seis dollars, y en 1806 había subido á 16 dollars por pieza bajo la influencia francesa entonces dominante. En 1808 fué reducido á su cantidad primitiva, pero tan pronto como Fernando volvió, ascendió de nuevo á 16 dollars. Todas las manufacturas inglesas fueron gravadas de un modo semejante; y de todos los extranjeros, los ingleses fueron los peor tratados bajo el gobierno de Fernando.

Medidas como éstas no podían dejar de provocar protestas, y en Setiembre el famoso jefe de guerrilla, Espoz y Mina, se empeñó en provocar una contrarrevolución á favor de la Constitución en Pamplona, pero se descubrió el proyecto y Mina huyó á Francia. Un destino parecido cupo á otra tentativa del general Porlier en la Coruña. Había sido condenado á cuatro años de prisión por sus opiniones liberales; hizo esfuerzos por sublevar y arrastrar tras de sí á la guarnición al grito de: «¡Fernando y Constitución!» pero fué sojuzgado y sufrió después la pena de muerte con refinamientos superfluos de crueldad. En 1816 se planeó otra tentativa contra el mismo Fernando, pero fué descubierta y desde entonces la persecución de liberales continuó con redoblada energía. Un complot mucho más serio fué el del general Lacy en Cataluña en 1817. Era uno de los héroes más populares de la guerra; y cuando quedó frustrado su *pronunciamiento* á favor de la Constitución, se desdeñó de huir á Francia como sus compañeros, sabiendo que el gobierno no se atrevía á matarle en medio de sus catalanes. Tenía razón; por espacio de algunos meses le tuvo bajo el peso de la sentencia y al fin fué embarcado clandestinamente á bordo de un barco y marchó á Mallorca, para morir secretamente en la oscuridad de la noche. Al año siguiente Valencia fué el escenario de un intento parecido, pero allí el tirano Elío gobernaba con mano firme. Sorprendió una junta de los conspiradores constitucionales, y los que no fueron asesinados en el acto fueron sumariados en su presencia, mientras que 1.919 personas, sólo por ser sospechosas de simpatía, fueron puestas en manos de la Inquisición para que las juzgase.

Ya se ha referido cómo Buenos Aires, Nueva Gra-

nada y Venezuela habían sacudido, casi sin esfuerzo, el yugo de España; Chile ahora se había hecho independiente y las provincias restantes habían desatado los lazos que las ligaban. Los procedimientos del gobierno reaccionario de Fernando eran incapaces de aumentar la vacilante lealtad de los colonos, y la renta creciente que daban á España fué menguando. El tesoro de Fernando estaba casi exhausto (1); el crédito español, que, á pesar de la guerra, había estado muy en auge bajo el gobierno de Cádiz, había caído hasta su más bajo nivel; la restitución de la propiedad eclesiástica y de la Inquisición había empobrecido el servicio público y la voraz cuadrilla que rodeaba al rey andaba á caza de recompensa. Ocurrióle que la única probabilidad de alcanzarla era atar de nuevo al Sur de América á las cadenas que casi había sacudido. Inmediatamente después del regreso de Fernando, el general Morillo, con 14.000 hombres, había sido enviado á Venezuela, donde al principio obtuvo algún éxito. Pero Bolívar lo arrastraba todo á su paso; los

(1) El presupuesto de 1817 presentado por Martín de Garay, el ministro de Hacienda, demostró que el *déficit anual* alcanzaba á la enorme suma de 4.650.000 libras, sin contar los intereses de la deuda, que ascendieron á más de un millón. Se vió que el antiguo sistema de impuesto no haría nada y se adoptó un regreso parcial al sistema de Cortes de un impuesto directo. Los únicos impuestos indirectos conservados fueron los tributos sobre trajes, y los monopolios de la sal, el tabaco y el franqueo; el resto de la renta había subido con un nuevo impuesto sobre el clero y sobre las tierras y herencias vinculadas. Las obligaciones de la deuda flotante sin interés podían recibir una oferta legal por un tercio de su valor íntegro y una pequeña proporción había de ser añadida por lotes al 4 por 100 cada año. Este presupuesto, bien intencionado y radical, se hizo ineficaz por la oposición de las provincias y la corrupción de la administración.

Estados Unidos se habían apoderado de la Florida y los españoles estaban perdiendo terreno casi en todas partes.

Propúsose entonces que se enviase una gran fuerza para conquistar á las colonias sublevadas, pero la dificultad era que España no tenía barcos en que enviarla. Los armadores ingleses hicieron oídos sordos porque la simpatía pública en Inglaterra estaba toda á favor de los sudamericanos; pero el ministro ruso en España, Tattischeff, miembro de la *camarilla* de Fernando, vendió al rey, á precio exorbitante, un escaso número de barcos rusos, viejos é inservibles, en que confiaba que el ejército podría embarcar. Era necesario para esto que se efectuase una gran concentración de tropas en Cádiz, y Enrique O'Donnell, conde de la Bisbal, capitán general de Andalucía, fué designado para el mando supremo, con el general Sarsfield como lugarteniente. O'Donnell era un hombre de gran talento militar, pero había cambiado de opiniones con tanta frecuencia y tanta decisión que era juzgado generalmente con disgusto. De amigo violento de la Constitución se había convertido en celoso vigilante de la reacción, aunque después dió á entender que esto era con el objeto de alejar de sí la sospecha. El destino de Lacy, de Porlier y de Mina, las persecuciones de los liberales y la corrupción é ingratitud del gobierno de Fernando habían causado profundo disgusto en el espíritu de muchos distinguidos oficiales, y, como hemos visto, España en general y Cádiz en particular, en el lugar de residencia de las Cortes dominaba la revolución.

O'Donnell anunció á sus íntimos su intención de declararse por la Constitución y abrogarse una dictadura militar hasta que se hubieran reunido unas Cortes.

Había alguna desconfianza, pero pareció obrar con vehemencia, y el 8 de Julio de 1819 fué el día señalado para el pronunciamiento. O'Donnell congregó á sus hombres, y en el momento en que se esperaba gritase: *¡Viva la Constitución!*, con gran desaliento de todos, Sarsfield hizo galopar á un escuadrón de caballería á lo largo de la línea de infantería, exclamando: *¡Viva el rey!*; y antes de que comprendiesen bien lo que pasaba, todos los oficiales complicados en la intriga fueron rodeados, desarmados y arrestados por orden de O'Donnell. El golpe era duro para los liberales, pero los amigos de Fernando se sintieron también conturbados por él. Estaban inciertos de si confiarían más en O'Donnell, y fué destituido de su cargo, aunque se le recompensase por su traición.

Pero el espíritu de rebeldía, lejos de ser aniquilado con este freno, se hizo cada día más formidable cuando se vieron con más evidencia los malos resultados de la locura oscurantista de Fernando. Los literatos que habían huido al extranjero ó que habían sido desterrados, inundaban á Europa de denuncias contra el rey y su *çamarilla*. Los periódicos ingleses estaban indignados contra la ingratitud de Fernando hacia su país, y hasta en la misma España ilustrada algunos publicistas propagaban, en secreto, escritos contra el gobierno que había restaurado á la Inquisición y á los frailes. En vano la *camarilla* perseguía con atroz severidad á los culpables de esto; en vano se prescribía un castigo de diez años en un calabozo á los que estuviesen en posesión de algún periódico liberal inglés; como por arte mágica, los impresos nocivos abríanse camino por todas partes, y paisanos y militares los leían con avidez y aprobación.

La fiebre amarilla hacía estragos en Cádiz, y cuan-

do las tropas estaban descontentas porque se les enviase á tierras extrañas á combatir hombres de sangre española, se consideró prudente hacer que acampasen fuera de la ciudad, donde se sabía que el sentimiento liberal predominaba. Los campamentos habían de alzarse en la primera semana de Enero de 1820, y los hombres marcharon á cuarteles separados dispuestos al embarque. Esta era la oportunidad que había de aprovecharse ó se perdería toda esperanza. La mayor parte de los oficiales liberales de rango estaban en los calabozos, debido á la falsedad de O'Donnell; pero pronto surgió, al frente de ellos, un jefe, para ocupar el puesto vacante. Este fué el famoso Rafael del Riego, asturiano, joven, que había peleado caballerescamente, como capitán, contra los franceses, y había sido prisionero de guerra en Francia por varios años. Ahora era comandante mayor de un batallón de asturianos acuartelado en el pueblo de Cabezas de San Juan. El 1.° de Enero de 1820 pasó revista á sus hombres, y en una entusiasta arenga proclamó la Constitución. Fué aclamado, y marchando á su cuartel general, sorprendió y capturó al comandante en jefe, Calderón, y á toda su plana mayor; y habiéndosele unido otros batallones, avanzó hacia Cádiz, ayudado ahora por un oficial superior, el general Quiroga, que había escapado de la prisión, y se aseguró también de la cooperación de las tropas de la ciudad. El gobernador militar, no obstante, estaba alerta y reprimió severamente todo desorden en el interior de la población, de suerte que los amotinados perdieron el tiempo más precioso. Con ocho batallones, los promovedores de la rebeldía se vieron, por de pronto, libres del ataque; pero si Cádiz les resistía, estaban perdidos.

El 12 de Enero tomaron posesión del arsenal, pero á fines de mes todavía no habían entrado en la ciudad y los asuntos se encontraban en una situación crítica. Se decidió entonces que Quiroga y parte de la fuerza se apoderasen del Puerto de Santa María, mientras que Riego iba con su columna á sublevar el resto de Andalucía. En esto no logró éxito, y cuando trató de volver á su punto de partida, tenía el camino interceptado. Consiguió, á pesar de todo, entrar en Málaga; pero allí encontró pocos amigos, y José O'Donnell, el jefe de la guarnición, pudo echarle pronto. Con su pequeño grupo de hombres, reducido ahora de 1.500 á 300 por deserciones, entró en Córdoba, y desde allí huyó á Extremadura sólo con 45 soldados que le habían quedado, y éstos, desesperados y dispersos, fueron á ocultarse en las montañas, mientras que Quiroga permanecía aislado en el Puerto de Santa María.

Con esto la causa parecía totalmente perdida, á pesar de la tímida y silenciosa simpatía de los pueblos por donde Riego pasaba; pero, de repente como por acuerdo común, todo el país se sublevó al recibir las noticias del intrépido pronunciamiento de Riego. Coruña y Asturias fueron las primeras en responder; luego siguieron Zaragoza, Valencia y Navarra, donde el bravo Mina había desenvainado otra vez su espada. Casi en todas partes las autoridades se vieron forzadas por los ciudadanos á proclamar la Constitución, y España ardió de regocijo de extremo á extremo. El rey y su *camarilla* fueron presas del desaliento cuando día por día les llegaban las noticias de la propagación del movimiento. Madrid estaba en ebullición; pasaban de mano en mano folletos anónimos, y la multitud de círculos y sociedades que rendían culto al credo liberal eran otros tantos centros de activa pro-

paganda. Cuando el gobierno al fin comprendió que el movimiento se había hecho, en realidad, demasiado violento para resistirlo, pensó en apaciguarlo con mezquinas concesiones, y el 4 de Marzo, la *Gaceta* publicaba un altisonante decreto de Fernando, redactado en el antiguo lenguaje altanero de concesión condescendiente y espontánea, ordenando una «nueva organización del Consejo de Estado que, en conferencia con los tribunales más elevados, discutiese lo que juzgasen más conveniente al buen gobierno de la nación».

Pero ya era demasiado tarde para estos paliativos, porque los generales se iban declarando en todas partes por la causa popular, y hasta el voluble Enrique O'Donnell se había asociado al partido más fuerte con las tropas que se le habían enviado para reprimir la sublevación. Fernando entonces recordó tardíamente la promesa (6 de Marzo) que había hecho cuando entró en España de convocar una reunión de las Cortes de Castilla; pero esta insinuación fué inútil, porque sólo hizo que el pueblo recordase que el rey había faltado á su promesa. Desesperado, mandó por el general Ballesteros, uno de los principales héroes de la guerra, para saber su opinión. «No hay más que un camino sin dificultades, replicó el general con intrepidez; vuestra majestad debe aceptar la Constitución de 1812.» Cuando vió con evidencia que ésta era la única alternativa, Fernando, sobrecogido de pánico, tomó ese camino, y la *Gaceta* del 7 de Marzo contenía las siguientes palabras, firmadas por el rey: «Obedeciendo al deseo general del pueblo, he decidido prestar juramento á la Constitución de 1812.»

La noticia se propagó como una hoguera por toda la ciudad, y Madrid se sintió otra vez frenético de alegría. Casi todas las clases profesionales y medias y,

especialmente, los jóvenes, se declararon á favor de esta, medida, y un testigo ocular describe á estas gentes las más cultas y respetables de los ciudadanos, congregándose en las calles al saber la gran noticia y abrazándose unos á otros de puro gozo. No se profirieron gritos de venganza contra los que durante los últimos seis años habían perseguido tan cruelmente á los hombres más ilustrados de España; el único sentimiento dominante era el de un alivio inmenso por el disgusto pasado y de segura esperanza para lo futuro. Las clases bajas, que al regreso de Fernando gritaban: «¡Vivan las cadenas y muera la libertad!», estaban ahora retraídas; pero los ciudadanos respetables se reunieron por miles, movidos por un mismo ímpetu, en la plaza que hay delante del palacio para aclamar al rey constitucional y después en la Casa del Pueblo donde, en una escena de indescriptible entusiasmo, se eligió por aclamación un nuevo consejo popular para reemplazar al antiguo consejo que se había nombrado á la vuelta del rey. Otros grupos invadieron la residencia de la Inquisición; pero allí no hubo serio desorden, sino júbilo y felicitaciones.

En toda España cambiáronse otra vez los nombres de las plazas mayores en *Plaza de la Constitución*, con solemnidad y regocijo: muchos liberales fueron sacados de las cárceles ó volvieron del destierro; se formó una nueva junta consultiva, mientras no se verificase la reunión de las Cortes, con el ex regente cardenal de Borbón á su cabeza, y el 9 de Marzo Fernando prestó el juramento de respetar la Constitución que le dejaba reducido á cero (1). Durante la ceremonia,

(1) Esta junta consultiva, que gobernó desde Marzo hasta Julio, comenzó bien, pero pronto marchó á la cola de los oradores y de los círculos. La administración nacional y

una vasta multitud llenaba la plaza de delante del palacio, determinada á que ninguna discordia desluciese su júbilo y el tardío arrepentimiento del rey. De pronto un hombre, alzando á un niño, gritó: «¡Ciudadanos, este es el hijo del general Lacy, víctima del despotismo!», pero aunque el niño fué acariciado y tratado tiernamente, se hizo callar al hombre; y cuando Fernando se presentó en el balcón con su esposa, alemana, bonita, rubia y frágil á su lado (1), se alzó un gran grito de bienvenida que hubiera conmovido á un corazón menos frío que el suyo. Sonriendo, alzó la mano, y la multitud guardó silencio. «Ahora podéis estar satisfechos, dijo: acabo de jurar que respetaré la Constitución y he de cumplir mi palabra.» Se dieron gritos para que se perdonase á los presos políti-

municipal, prescrita por la Constitución, fué restaurada y se dió libertad á los presos políticos; mas luego se repartieron los despojos del oficio á los que habían simpatizado con la revolución. Se distribuyeron lotes de tierra á todos los soldados que se habían asociado á la rebeldía; concediéronse á los oficiales títulos, honores, ascensos y premios. Cada ciudadano se vió forzado separadamente á jurar la Constitución, y todo el que vacilaba era desterrado y proscrito; los «persas» fueron todos encarcelados, pero las Cortes les pusieron después en libertad y se prodigaron con gran falta de tacto empleos en la real casa á los más conspicuos progresistas.

(1) Fernando se había casado inmediatamente después de su regreso con la princesa Isabel de Braganza, casándose al mismo tiempo D. Carlos, hermano de Fernando, con María Francisca, hermana de Isabel. La reina era muy popular é inició muchas mejoras arquitectónicas y artísticas en la capital, especialmente el magnífico salón público de pintura que se llama el Museo del Prado. Una niña nacida del real matrimonio murió de algunos meses, y al dar á la luz por segunda vez, el 26 de Diciembre de 1818, falleció la reina y también el niño. Al año siguiente, Fernando se unió en matrimonio á su tercera esposa Amelia de Sajonia, que también murió joven y sin hijos.

cos, para que la Inquisición fuese abolida y así sucesivamente. «Bien, bien, exclamó Fernando; todo eso se hará pronto; ahora marchaos á casa tranquilamente.»

Así, por una vez fué conquistada en España la reacción, y si el rey hubiese sido leal, y los reformadores más prudentes y menos verbosos, todo hubiera ido bien. Mas, por grande que fuese el entusiasmo, es ocioso negar que la Constitución de Cádiz no era por sí misma popular entre la masa del pueblo español. Estaba francamente fundada en ideas y modelos franceses, y, como tal, era extranjera en su espíritu; por otra parte, en muchas cosas se adelantaba á su época y aun á la nuestra como constitución monárquica; y la mayoría de los hombres que habían sido sus promotores, y eran ahora sus auxiliares y representantes, fueron simplemente honrados teóricos que, condolidos de la miseria de sus compatriotas, se habían decidido á enarbolar el estandarte del progreso, quisiesen ó no aquéllos. Pero aunque la Constitución en sus detalles, según fueron interpretados, disgustaba á muchos, el ciego retroceso de Fernando al antiguo despotismo—absurdo ahora después de los trances por que había pasado la nación—era todavía más impopular. El entusiasmo de la clase media en 1820 no fué tanto á favor de las medidas de la Constitución como en tono de protestas contra las medidas de oscurantismo y como una esperanza de que la reunión de unas Cortes electivas moderadas remediaría alguna de las poco prácticas extravagancias de los patriotas de Cádiz, y al mismo tiempo modificaría el absolutismo del rey.

El primer efecto del cambio de política fué hacer que cayese sobre España un verdadero diluvio de ora-

toria. Nunca se había soñado antes en la Península con tantos discursos públicos, y Madrid al menos, una vez soltada su lengua, no consiguió detenerla. A cada esquina de una calle había oradores que tenían su auditorio; sociedades hasta entonces secretas prolongaban sus juntas y sus discursos todo el día y gran parte de la noche. La más influyente de éstas fué una llamada *La Sociedad Patriótica de Amigos de la Libertad,* que se reunía en un café de la Puerta del Sol, bajo la presidencia de un elocuente mejicano llamado Gorostiza; y otra titulada *Los Amigos del Orden,* que se reunía en La Fontana de Oro, y donde Alcalá Galiano era el principal discurseante; pero casi todos los cafés de Madrid tenía su círculo de oradores públicos, y entre los excitantes aires del himno de Riego (1) (que se había pegado al oído público, y nunca se despegó) y el eterno flujo de la elocuencia patriótica, los vigilantes del orden público, por liberales que fuesen, pronto comenzaron á considerar como peligrosa esta efervescencia, mientras que los oradores vulgares afectaban juzgar reaccionarios á los mismos constitucionistas en funciones.

Entre tanto se había formado un gobierno liberal, con los dos Argüelles como miembros principales; se había organizado una milicia nacional y se habían elegido unas nuevas Cortes con arreglo al método indirecto prescrito por la Constitución. Desde que Fernando aceptó lo inevitable (7 de Marzo), hasta la reunión de las nuevas Cortes (9 de Julio), todo marchó fácil-

(1) Este famoso himno—la Marsellesa española—fué compuesto por un coronel de guardas Walones, llamado Reart, que fué compañero de cárcel de Riego en Francia. La cantó el batallón de Riego al sublevarse, y Riego mismo lo cantó en el teatro el día que llegó en triunfo á Madrid.

mente, y la discordia fué apaciguada. La excitación y el entusiasmo patriótico se habían propagado ahora á todas las clases, y los nobles y el pueblo parecían tan deseosos de hacer lo más posible por la unión de la monarquía y la Constitución, como lo había sido siempre la clase media. La exaltación llegó á su apogeo el 9 de Julio, cuando Fernando juró ante las Cortes respetar la Constitución.

La reunión se celebró en la sala del ex convento de doña María de Aragón—ahora el Senado—y bajo un cielo despejado, entre una compacta masa de gentes que le aclamaban, mientras repicaban las campanas de las iglesias y las salvas de la artillería contestaban al júbilo universal, Fernando, con su familia, fué á las Cortes populares por vez primera. Sobre la fachada del edificio estaban grabadas, en grandes letras doradas, las palabras de la Constitución: *La facultad de promulgar leyes pertenece á las Cortes en unión del rey;* y cuando estaba delante de su trono, sonriendo y haciendo reverencias, vistiendo un traje azul cubierto de bordado de oro, con los pantalones y el chaleco de terciopelo carmesí, y el pecho irradiando de diamantes, se suspendió sobre su cabeza, en grandes letras para que todos la viesen, una inscripción que decía así: *La nación es esencialmente soberana; por consiguiente, posee el derecho exclusivo de establecer leyes.* Fernando era conciliatorio y amistoso, en apariencia, con sus ministros liberales. Leyó su discurso, dictado por Agustín Argüelles, con muchas sonrisas y muy graciosos gestos, y atravesó su regocijada capital por la ruta prescrita, que se había negado á seguir á su entrada en 1814. Los liberales habían vencido en toda la línea, y lo único que faltaba ahora era, para el país y para las personas de todas clases, obrar honradamente, po-

nerse á trabajar con energía, abandonar la leyenda heroica, y dejar que los gobernantes elegidos gobernasen en paz. Pero esto fué precisamente lo que no hicieron.

Es bastante curioso notar que la primera demostración de discordia fué provocada por Riego, el jefe de la próspera sublevación. Uno por uno habían ido viniendo de la isla de León á Madrid los oficiales liberales distinguidos—ahora eran todos generales—y habían sido recibidos con profusión de laureles, banquetes públicos y un diluvio de versos patrióticos; pero el ambicioso capitán que había suscitado la revolución, prefirió quedar de general, mandando el gran cuerpo de ejército que se había declarado por la Constitución en Andalucía. Esto no provenía de modestia ó disgusto de la notoriedad por parte de Riego, porque era, en realidad, un hombre vano y superficial, sin tacto alguno ni sabiduría práctica; sino de que deseaba apoderarse de la fuerza armada y dirigir así el nuevo gobierno. Los ministros liberales se esforzaban en disolver su fuerza, que ahora era costosa é inútil; pero Riego era demasiado fuerte para ellos. Entonces trataron de halagarle trayéndole á Madrid; pero por algún tiempo no lograron éxito. Al fin se presentó de repente y *de incógnito* en la capital (31 de Agosto), y en una entrevista dió á entender claramente al gobierno que le debía su posición y debía seguir sus órdenes.

Su presencia en la capital se divulgó pronto, y los oradores, excitados en los clubs, insistieron en echarle fuera de Madrid, con el fin de hacer una nueva entrada triunfal en forma. Banquetes, brindis sin fin, y por último, una gran representación de gala en el teatro del Príncipe, saludaron al héroe de Cabezas de San Juan. Riego, hombre de escasa habilidad, perdió

la cabeza, y fué de una extravagancia en otra. El y sus *aides-de-camp* cantaron públicamente el himno de Riego en el teatro, é introdujo la insultante canción revolucionaria *Trágala* (aludiendo á la Constitución), que había traído del arroyo de Cádiz, y que rivalizaba con el *Ça ira* de la Revolución francesa. La sociedad de la Fontana de Oro y las demás, habían puesto á la opinión pública en un estado de excitación que amenazaba á todo el gobierno, y cuando los ministros liberales dieron órdenes positivas á las tropas de Riego que estaban en la isla de Luzón para que se desbandasen, y á su jefe para que marchase á Asturias, el pueblo, en las calles, rompió todo límite. En vano Alcalá Galiano, miembro subordinado del gobierno, se esforzaba en reprimir los excesos que su fogosa elocuencia había provocado en gran parte; la plebe ya no se contentaba con criticar, sino que daba gritos subversivos, desde «¡Muera el rey!» y «¡Viva la República!», hasta «¡Viva el emperador Riego!» Esto fué el 6 de Setiembre, y en la mañana del 7, Madrid quedó asombrado al despertar y ver la Puerta del Sol ocupada por la artillería, con piezas cargadas y mechas encendidas, y la milicia nacional en armas. Riego y su estado mayor habían huido precipitadamente á sus respectivos puntos de destierro, atravesando una nación agitada por violentas emociones; *Los Amigos del Orden*, en la Fontana de Oro, y muchas sociedades semejantes, fueron suprimidas, y se abrió una gran brecha en las filas del partido liberal, defendiendo los antiguos constitucionistas de 1812 el régimen existente y la letra del Código, mientras que los jóvenes reformadores de 1820 representaban vagas é indefinidas aspiraciones, y atraían á sí todos los elementos de descontento y desorden.

Las mismas Cortes eran en todos respectos excelentes, pues estaban constituidas por los hombres mejores y más distinguidos de todas las clases educadas. Aunque eran notorios en sus miembros grandes dones de elocuencia, especialmente en Martínez de la Rosa, el conde de Toreno y Agustín Argüelles (que, siendo ministro, tenía derecho á sentarse en la Cámara, aunque no como diputado), las frívolas discusiones académicas que habían sido la ruina de las Cortes de Cádiz fueron suprimidas y la legislación práctica de carácter conciliatorio constituyó la tarea principal de las Cortes de 1820. Sus actos fueron, naturalmente, condenados por los extremistas de ambos partidos. La abolición de las órdenes religiosas, la limitación en la formación de nuevas tierras vinculadas y la amnistía á los que siguieron al rey José, fueron lamentadas por los conservadores, mientras que la inmunidad concedida á los oficiales que—como el general Freire en Cádiz—habían resistido por la fuerza á la sublevación liberal, el registro, y, en muchos casos, la supresión de las sociedades patrióticas y la limitación de la escandalosa licencia de la prensa (1), atrajeron sobre sí las irritadas denuncias de los exaltados. Las Cortes, como el gobierno, se inclinaban á reconciliar, si fuese posible, la libertad constitucional con la monarquía; pero su inexperiencia de los métodos constitucionales de

(1) El diluvio de periódicos estaba formado por publicaciones de carácter liberal, en su totalidad, pero sus grados variaban tanto, que su violencia y su rencor traspasaban todos los límites de la decencia. Los más respetables y moderados eran *El Universal, El Imparcial*—que todavía existe—y *El Censor;* el partido extremo estaba representado en Madrid por quince periódicos, á lo menos, desde *La Aurora,* relativamente decente, hasta el ignominioso *Zurriago*.

administración y, sobre todo, la poca preparación del país para instituciones realmente liberales, hicieron su tarea imposible desde un principio.

En estas circunstancias era natural que aumentasen las esperanzas del rey y de sus amigos. Por algún tiempo había resistido á las exigencias de sus ministros para la abolición de los conventos, y al fin tuvo que acceder, mal de su grado; pero en Diciembre se determinó á demostrar cuán libremente podía desconfiar del partido que estaba en el poder. Durante su visita al Escorial nombró, sin consultar al gobierno, á un general marcadamente reaccionario, Carvajal, gobernador de Castilla. El que desempeñaba el cargo, el general Vigodet, y los ministros, se negaron indignados á reconocer este acto anticonstitucional y censuraron al rey; pero el populacho fué mucho más lejos. La popularidad de Fernando ya casi se había evaporado, y esta tentativa de despotismo le dió su golpe de muerte. Violentos insultos y las amenazas más groseras herían los oídos del rey siempre que se presentaba en público, y temiendo por su corona, sino por su vida, se apresuró á revocar su nombramiento. Pero fomentó y avivó su cólera, y desde entonces intrigó continuamente con sus amigos los *serviles* y los *patriotas* para echar á tierra el régimen constitucional.

La nación continuaba en un estado de febril excitación; guerrillas armadas patrullaban por las provincias con varios pretextos, dirigidas por antiguos guerrilleros, como el cura Merino, y según se sospechaban, subvencionadas por el gobierno; por todas partes salían periódicos y oradores aumentando la excitación y el alboroto, y la mayor parte de los rumores extravagantes de intervención extranjera y otras co-

sas parecidas mantenían viva la agitación. Los liberales avanzados escarnecían é injuriaban alternativamente á los ministros constitucionales moderados; odas, representaciones de dramas patrióticos y altisonantes manifiestos de la prensa habían conseguido persuadir á los *exaltados* de que España estaba destinada á enseñar á un antiguo mundo superficial lo que significaba la libertad (1); y la fatua vanidad les hizo juzgar á las naciones que, como Nápoles, el Piamonte y Portugal, no adoptaron definitivamente la divina Constitución de 1812, cual si estuviesen ciegas irremisiblemente.

Este estado del sentimiento público no podía dejar de producir, sin tardar mucho tiempo, actos de violencia física. El rey nunca se presentaba en las calles sin que fuese saludado por un populacho amenazador con los más viles insultos. El 4 de Febrero de 1821, la multitud se presentó á las puertas del palacio en actitud tan amenazadora, que el cuerpo de guardia la rechazó, promoviéndose un conflicto en que la guardia fué arrollada y sitiada en sus cuarteles. Esto dió por

(1) Como ejemplo de la exagerada importancia atribuida en esta época á la Constitución de Cádiz hasta por imparciales observadores ingleses, pueden citarse las siguientes líneas de la *Visit to Spain*, de Quin. Este escritor vió las inservibles fragatas vendidas por Rusia á España y atribuye la sublevación de las tropas de Riego y la proclamación de la Constitución á la repugnancia de aquéllas en fiarse de tales barcos; luego llega á decir: «¿Tendrá que relatar el historiador de 1900 que con el progreso el libre espíritu de la Constitución española ha llegado á derrumbar el gobierno de la autocracia rusa, sustituyéndola por un sistema representativo? En los detalles de este gran acontecimiento, ¿puede olvidarse la venta de las tres fragatas rusas?» Desgraciadamente, en el curso de este libro, «el historiador de 1900» tiene que decir cosas muy distintas.

resultado la disolución del antiguo cuerpo, ordenada por el gobierno, y una exacerbación de descontento por parte de Fernando. A la apertura de la nueva sesión de Cortes, el 1.° de Marzo de 1825, se sintió bastante fuerte para dominar el primer golpe. No ya sonriente y de buen humor, sino con la frente ceñuda, el rey leyó su discurso desde el trono, como le había sido dictado por Agustín Argüelles, el primer ministro, á quien Fernando aborrecía especialmente. Cuando llegó al término de su mensaje, alzó la mano y procedió á echar un pequeño discurso por cuenta propia, quejándose amargamente de los insultos que le prodigaba el populacho: «Insultos y afrentas, añadió, que no se me ofrecerían si el poder ejecutivo poseyese la autoridad y energía que la Constitución prescribe y las Cortes esperan.» Con estas palabras bajó de las gradas y abandonó la sala; y enfrente de este decisivo ataque personal, el ministerio le siguió lo más aprisa que pudo al vecino palacio y dimitió. Por superficiales que fuesen, los ministros comprendieron, sin embargo, que Fernando se les había adelantado, porque á su llegada al palacio vieron que el monarca había firmado ya su dimisión (1). Esto era un abandono, si no en el espíritu, en la letra, de la Constitución, y el desmayo reinaba entre los reformadores. Pero no entraba en

(1) La extraordinaria acción de Fernando al atacar así á sus ministros públicamente y luego despedirlos dió origen en aquella época á muchas sorprendentes especulaciones. Ahora está fuera de duda que tuvo dos razones para obrar como obró: primera, presentarse ante la Santa Alianza como un rey duro para con sus súbditos liberales; y segunda, el saber que sus ministros habían descubierto que estaba fomentando y pagando las sublevaciones reaccionarias que se habían efectuado en distintos puntos de la nación.

la política de Fernando llevar su triunfo demasiado lejos, y fingió ignorar su derecho á escoger ministros, suplicando á las Cortes que le recomendasen un gabinete, oficio que declinaron con prudencia; por lo cual nombraron á un gobierno liberal moderado, cuyos miembros principales fueron Eusebio Bardasci y Ramón Feliú.

El vulgo, la prensa y los oradores abusaban más que nunca de la acción anticonstitucional del rey y del nombramiento de los ministros que se sabía eran los más conservadores de los constitucionistas. Había un infeliz sacerdote loco llamado Vinuesa, que estaba en la cárcel á consecuencia de un complot ridículo y reaccionario, del que se hubieran burlado los hombres en los tiempos normales. Ahora el vulgo se decidió á apoderarse de la vida del lunático. Sojuzgando á los guardianes de la cárcel, el pueblo, excitado, la invadió y destrozó con un martillo la cabeza del desdichado. Ni el gobierno ni las autoridades militares intentaron impedir el ultraje que debían haber previsto, y se efectuó una repentina reacción en el aprecio de los miembros ordenados y responsables de la sociedad. Si éste, decían, había de ser el resultado de la Constitución y de la libertad; si el desorden, la anarquía y el disturbio crónico, irreprimidos por la autoridad, habían de ser el premio concedido á los ministros liberales, era preferible la antigua política del absolutismo. Riego, que era ahora gobernador de Aragón, estaba también fomentando, más bien que reprimiendo, los disturbios, y el populacho de Madrid, frenético de excitación, invadió los escaños de las Cortes é interrumpió la sesión con sus gritos subversivos y sus insultos, llegando al extremo de amenazar la vida de los que llamaban falsos liberales, los miembros más sabios y distingui-

dos del partido progresista, como Martínez de la Rosa, el conde de Toreno y otros.

Se vió con plena evidencia que, á menos de caer á los ataques de sus mismos violentos adictos, el partido liberal debía adoptar los métodos del absolutismo para suprimir el desorden; y este solo hecho demostrará que España, como nación, no estaba apta ni dispuesta para la plena emancipación que la Constitución le dió. Arrostrando la necesidad, el gobierno nombró á dos hombres enérgicos y determinados de gobernadores militar y civil, respectivamente, de Madrid: el general Pablo Morillo, y un ex guerrillero, San Martín. Luego se dió á Riego la dimisión de su puesto de gobernador de Aragón, y el populacho, envalentonado con su amplia inmunidad, determinó exigir la restitución de su ídolo. Se les previno que no se toleraría más el desorden, pero los oradores y la prensa revolucionaria se mofaron del aviso. Organizóse una cabalgata, con un retrato de Riego á la cabeza, que marchó hacia el palacio; pero San Martín dispersó rápidamente á los animosos patriotas con una carga á la bayoneta y se reprimió el desorden por una vez en Madrid. En las provincias hubo más disturbios. Por todas partes había peleas junto á los retratos de Riego. Sevilla, durante los últimos meses del año 1821, estuvo en declarada rebelión, y la situación de todo el país en 1822 era verdaderamente lamentable. Los amigos del progreso habían perdido el ánimo; el gobierno y las Cortes estaban profundamente desacreditados; el comercio se encontraba en completo desorden y la anarquía reinaba sin freno en toda la nación. El ejército había quedado reducido casi á nada, y la armada había desaparecido en la práctica, aun habiendo sido desechados como inservibles los barcos

comprados al gobierno ruso. Para aumentar la confusión, la fiebre amarilla hacía estragos en toda la costa meridional de España, y se centralizó en la frontera de los Pirineos un ejército francés de observación, llamado un cordón sanitario, que sentía un miedo declarado hacia los reformadores españoles, porque el proceder de varios gobiernos sucesivos en España había causado el más profundo disgusto en todas las naciones católicas continentales, que tenían motivos para temer el progreso del gobierno constitucional.

Una de las cláusulas más imprudentes de la Constitución de Cádiz era la que prohibía la elección de diputados en dos Cortes consecutivas. La Cámara elegida en Febrero de 1822 se vió así privada de todos los miembros distinguidos y moderados que habían hecho respetables la Cortes de 1820, siendo ocupadas las plazas, en su mayor parte, por hombres de cualidades muy inferiores y de menos ilustración, nombrados por los clubs; siendo la generalidad de ellos extremistas por una parte ó por otra, y habiendo desaparecido casi por completo los hombres de 1812—los *doceañistas,* como se les llamaba. Una ventaja de la ineligibilidad de miembros por reelección fué que el rey escogiese á los ministros de entre los que se habían distinguido en las últimas Cortes, y Fernando nombró de nuevo un mininisterio compuesto de hombres de opiniones constitucionales moderadas, dirigidos por Martínez de la Rosa, que, con el nombre de *Rosita la pastelera,* era víctima especial de los ataques de los oradores de club y de la prensa populachera, pero de quien—cosa extraña—era Fernando personalmente muy amigo. Las Cortes recibieron con una tempestad de desaprobaciones el nombramiento de Martínez de la Rosa. El travieso Riego fué elegido presidente de la

Cámara, y desde el primer momento se vió que la lucha entre los *exaltados* y el ministerio liberal moderado amenazaban la base de las instituciones parlamentarias en España. El mismo Riego era un mero figurín, sin ciencia, sabiduría ni elocuencia, pero las masas le habían erigido un pedestal y su nombre era una fuerza.

Antonio Alcalá Galiano, el famoso orador del café *La Fontana de Oro,* que dirigía á los radicales exaltados, era un hombre de real habilidad que manejaba á su capricho la mayoría de las Cortes. En vano Canga Argüelles, el gran economista, se esforzaba por dirigir la atención de la Cámara hacia las vitales cuestiones de la situación financiera del país y la extraordinaria situación de las colonias; nada conseguía: cuestiones personales y furiosas arengas, oposición rencorosa al ministerio y ataques más ó menos velados al rey, ocupaban por completo el tiempo de la Cámara, con exclusión de todo asunto serio. El gobierno había hecho tentativas para suprimir los tumultos populares que estaban celebrándose en toda la nación al pie de los retratos de Riego, y por esto fué acusado en las Cortes. Se prohibió, por votación, á los auxiliares del ministerio en las Cortes visitar una oficina del gobierno con ningún pretexto, y se hicieron numerosos y absurdos arreglos semejantes, con la declarada intención de afrentar á los ministros; mientras que los caminos reales de España, de Norte á Sur, estaban infestados de partidas de bandidos, y la pobreza y la miseria dominaban en el país. La mayoría de estas partidas de bandidos, como las del *Trapense,* Mosen Antón y Bessieres, en Cataluña; las del cura Gorostidi, Juanito y el Pastor, en Navarra, y otras, peleaban resueltamente por «el altar y el trono», ó, en otros tér-

minos, por el absolutismo, aunque robaban imparcialmente; pero era público que les venían de Francia dinero y armas en abundancia para sostenerse y que el mismo Fernando les alentaba secretamente.

Para aumentar la confusión, la fuerza armada á disposición del gobierno, estaba tan dividida como la misma nación. En algunos sitios estaban por el «rey absoluto», mientras que el ejército estaba por la Constitución; en otros, la fuerza regular gritaba: «¡Viva el rey!» mientras que la milicia aclamaba á la Constitución; y, como es de suponer, eran frecuentes los encuentros entre ambos contendientes armados. Era evidente que estaba fraguándose una tormenta, porque los ministros se esforzaban en satisfacer á los radicales exaltados y conciliar á los moderados en el Parlamento y eran acremente censurados por todos los partidos. Los *exaltados* en las Cortes hacían pasar un voto de censura al gobierno y suplicaban al rey que adoptase medidas enérgicas para reprimir los desórdenes, que en este caso eran desórdenes provocados por los absolutistas; pero en su petición al monarca fueron más lejos y le exhortaban á prevenir á las potencias extranjeras que se abstuviesen de intervenir en los asuntos privados de España y á obrar severamente con los españoles que estaban intrigando contra la soberanía del pueblo (1).

(1) Creían—acaso con razón—los liberales exaltados, que Martínez de la Rosa, el primer ministro, había dado una especie de promesa de obtener una modificación de las cláusulas más extremadas de la Constitución, particularmente de la cláusula 3.ª, que aseguraba la absoluta soberanía del pueblo. Esta era la razón principal de la desconfianza de los liberales hacia el ministerio (que había salido de las filas de la aristocracia, y por esto se les escarnecía con el nombre de *anilleros)* y fué la base de los disturbios

Las Cortes sabían, como todo el mundo en aquella época, que el palacio de Fernando, en Aranjuez, era el foco de una vasta conspiración contra la Constitución, y que el rey estaba en correspondencia con Luis XVIII con objeto de obtener el auxilio francés para restaurar el absolutismo. Aunque en aquella época se censuró mucho á Fernando por esto—especialmente en Inglaterra—era para él un proceder natural. El partido liberal, como hemos visto, estaba irremisiblemente dividido y no podía gobernar más que en las líneas absolutistas; la Constitución de Cádiz había hecho fiasco por causas inevitables que ya se han señalado, y la nación era presa de completa anarquía. Los amigos del despotismo pensaron que lo harían mejor, y se empeñaron en conseguir una ocasión de hacerlo.

El 30 de Mayo de 1822 se dieron al mismo tiempo en varias partes gritos de «¡Viva el rey!», especialmente en Valencia, á consecuencia de un encuentro armado; y poco después, *el Trapense* y su partida capturaron y ocuparon el Principado episcopal de Urgel, donde habían establecido una especie de regencia en nombre de Fernando, á quien fingían creer prisionero en manos de los liberales. Pero el gobierno tampoco hizo nada, ó casi nada, y las sesiones de Cortes se cerraron el 30 de Junio, en presencia del rey, en medio de la alarma general por el cambio violento. Ahora no se aclamaba á Fernando ni en las Cortes ni

posteriores. La desconfianza hacia el ministerio de Martínez de la Rosa, y hasta el de su sucesor San Miguel, en extremo radical, condujo á la formación en toda España de una gran organización llamada los *comuneros* ó «hijos de Padilla», cuyos miembros prometieron defender con su vida la cláusula 3.ª de la Constitución.

en las calles de Madrid; pero cuando entró en su palacio, los gritos de «¡Viva el rey absoluto!» y «¡Viva Riego!», dados á porfía, produjeron una lucha armada entre tropas, milicia y populacho, en la cual salieron perjudicadas muchas personas.

El grito á favor del absolutismo lo había dado la guardia del rey, y después que el disturbio se había apaciguado, uno de sus oficiales, resuelto constitucionista, llamado Landáburu, vituperó á sus hombres por su traición y trató de castigarlos. Fué atropellado y asesinado por los soldados, y la noticia corrió como una centella por la ciudad. Los *exaltados,* desde los *clubs,* la clase baja excitada y la milicia nacional, corrieron al palacio y rodearon á la guardia real, sublevada. Así estuvieron toda la noche, mientras que el rey consultaba al Consejo de Estado si debía considerar obligatoria su promesa de respetar la Constitución. Los miembros de este Consejo le dijeron que la nación no había faltado á una sola cláusula del pacto, ni lo haría nunca. Entre tanto, el gobierno prestaba todavía su aquiescencia, y la milicia toda estaba al día siguiente en armas, rodeando á la guardia real en el patio del palacio. A la segunda noche (1.° de Julio), el rey envió cuatro de los seis batallones de guardias que había en la capital al real sitio de El Pardo. La milicia y el populacho, desconfiando mucho del rey, sospecharon algún ardid y ocuparon la Plaza Mayor, la Puerta del Sol y otros puntos estratégicos. Durante los cinco días siguientes quedaron así las cosas, estando la ciudad en armas y siendo inútiles todas las tentativas que se hicieron para persuadir á la milicia de que se retirase á sus cuarteles. Paisanos y soldados se unían, y entre la mayoría liberal y el municipio de la ciudad, la reconocida falsedad del rey y la inercia

de Martínez de la Rosa y de todo el ministerio contribuyeron á arraigar la convicción de que se había hecho una tentativa para derrumbar la Constitución.

Los ministros, del todo acobardados, suplicaron al rey que aceptase su dimisión, á lo que él se negó, prometiendo, no obstante, que los guardias se someterían y se retirarían á sus cuarteles. Mas los guardias, que indudablemente tenían sus órdenes, se negaron á moverse, y oyendo que las tropas del gobierno se estaban concentrando en Madrid, los cuatro batallones rebeldes de guardias abandonaron tranquilamente El Pardo la noche del 6 de Julio, y cayeron en Madrid sobre los desprevenidos liberales. Hubo escaramuzas entre los guardias y la milicia en varias partes de la ciudad, pero en la Plaza Mayor se libró el 7 de Julio una batalla en regla. Los guardias, y especialmente un oficial llamado Fernández de Córdoba, pelearon desesperadamente, pero la milicia estaba mandada por generales como Alava y Ballesteros, y los batallones rebeldes se vieron forzados á retirarse á la Puerta del Sol, para unirse allí á un grupo de amigos. De aquí fueron echados al palacio, donde continuó la lucha, pero ésta estaba demasiado cerca para agradar á Fernando, que no era héroe, y envió por un lacayo el encargo de que debía cesar el fuego. El general Ballesteros, que era el jefe constitucional, á quien se dió el mensaje, replicó: «Decid al rey que ordene á los rebeldes que le rodean que depongan sus armas, ó las bayonetas de los hombres libres les perseguirán hasta dentro de la cámara real.» Los guardias se pusieron después á parlamentar para deponer armas y retirarse, pero mientras se estaban arreglando los preliminares, los amotinados hicieron una salva y huyeron por el escarpado declive del Manzanares,

gritando: «¡Viva el Rey!» Siguiéronles las tropas del gobierno y la milicia en confusión por la cuesta, y la mayoría de ellos murieron. El rey quedó aterrorizado al saber que el palacio había quedado á merced de la multitud, sin guardias ni tropas del gobierno que lo protegiesen; pero no tenía nada que temer, porque en esta ocasión los vencedores no hicieron mal uso de su victoria por lo que se refería al rey (1).

Los ministros insistían en retirarse, contra todas las persuasiones del rey y del Consejo de Estado, y Fernando, acosado por todas partes por los extremistas, se vió forzado á doblar su cabeza ante los hombres que aborrecía y á quienes en la primera ocasión intentó castigar con el destierro ó con la muerte. Riego fué halagado y acariciado en el palacio, y, siguiendo su costumbre, se portó como un necio (2), y en Agosto, Fernando nombró un ministerio radical, presidido por el coronel D. Evaristo San Miguel, uno de los oficiales más distinguidos que se habían sublevado con Riego y habían resistido á la guardia real el memorable 7 de Julio. Los nuevos ministros eran, en su mayor parte, jóvenes, y todos hombres oscuros, inexpertos, ídolos de los clubs oratorios y de las logias masónicas, que ahora formaban una regular organización política. Los ministros comprendieron pronto,

(1) Se cuenta que Fernando contempló la huida y el asesinato de sus guardias desde una ventana, y exclamó: Bien servidos quedan esos idiotas. Suceda lo que quiera, yo soy inviolable.»

(2) Riego fué desde el palacio á la Plaza Mayor, donde echó al populacho uno de sus insípidos é incoherentes discursos, diciendo que al rey no le gustaba oir el *Trágala*. Así, pues, Riego suplicaba á sus oyentes que desistiesen de cantarlo y que cesasen también en el grito de «¡Viva Riego!» Huelga decir que el «¡Viva Riego!» se hizo más general que nunca.

sin embargo, que si habían de gobernar en todo, debían emplear procedimientos algo distintos de los que habían defendido en la irresponsabilidad de sus clubs, y los *comuneros* les aplicaron de una vez el infamante título de reaccionarios, sin otra razón aparente que la de que el partido *masónico* y no los *comuneros* estaban disfrutando de los empleos y protecciones. No se habían descuidado en apartar de junto al rey á todos los oficiales sospechosos de opiniones anticonstitucionales, y Fernando, según todas las apariencias, abandonaba á los que combatían por su causa, sin hacer un esfuerzo para salvarlos.

Siguióse una despiadada persecución contra los que habían ayudado á los guardias ó se habían opuesto á la Constitución, y el vulgo tomó en muchas de las grandes ciudades una sangrienta venganza de los que se habían distinguido sirviendo al régimen caído. El feroz Elío, que había sido encarcelado en un calabozo de Valencia desde la sublevación de Riego, fué sumariado por un consejo de guerra de oficiales de la milicia y condenado á muerte por el garrote, sentencia que sufrió con heroica fortaleza el 4 de Setiembre de 1822.

Cuando sus partidarios y amigo marchaban al destierro, á los calabozos ó á la muerte, Fernando no protestaba pero sonreía y chocarreaba sardónicamente con sus ministros radicales, como lo había hecho con sus varios predecesores, esperando que le llegaría el tiempo de vengarse con seguridad. En toda Cataluña, Aragón, Navarra y Vizcaya, y particularmente en el Centro y Este de España, hacía estragos la guerra civil. Por dondequiera surgían partidas de hombres armados que se llamaban «soldados de la fe» y resistían á las tropas del gobierno y á la milicia. El rey, decían, estaba prisionero en manos de los «francmasones» y

éstos no querían reconocer más gobierno que la regencia que reinaba en su nombre en la remota montaña y fortaleza de la Seo de Urgel. Para dar más fuerza á su afirmación, Fernando declaró en otoño su intención de ir al palacio de Aranjuez; pero el gobierno se lo prohibió, y desde entonces él mismo se dió tono de cautivo.

Para resistir la formidable revolución, que sabían estaba en activas negociaciones con Francia para lograr auxilios armados con que libertar á Fernando, el gobierno decretó que todos los ciudadanos varones desde diez y ocho años se uniesen á la milicia nacional y peleasen á favor de la Constitución, y así se organizaron las fuerzas por ambas partes. Un manifiesto de la regencia absolutista de Urgel—el marqués de Mataflorida, el arzobispo de Tarragona y el barón de Eroles—fechado en 15 de Agosto de 1822, denunciaba la Constitución de Cádiz, las Cortes y todos sus actos, y rogaba á los españoles que libertasen al rey cautivo. En Cataluña, Navarra y el Norte, en general, el efecto fué eléctrico. Encendidos en fuego religioso, hombres, mujeres y niños tomaron las armas; pero casi en todas partes las partidas fueron derrotadas por las tropas del gobierno, y cien fugitivos del ejército de la fe se agruparon en la frontera hasta Francia, para vigilar la deseada entrada del gran ejército francés de liberación, que estaba esperando un aviso para avanzar. Los más horribles excesos de crueldad fueron practicados por ambas partes, aun por los paisanos de las partes rivales en las ciudades; el mismo general Mina deplora en sus Memorias, aunque el antiguo guerrillero no era delicado, los abusos escandalosos de las tropas constitucionales que mandaba en Cataluña.

El estado de cosas en Madrid, entre tanto, era más tumultuoso que nunca. Todos los clubs oratorios se habían inaugurado de nuevo á petición de Alcalá Galiano, y la primacía en la influencia la había tomado una sociedad que se reunía en el refectorio del destartalado monasterio de Santo Tomás. Esta sociedad había tomado el nombre del oficial constitucional de guardias que había sido asesinado por sus hombres el 30 de Junio, Landáburu, y representaba lo más avanzado del partido constitucional. Este y otros clubs semejantes, junto con los desdichados excesos de la prensa populachera, mantenían á la ciudad en un continuo estado de inquietud y alarma. Los franceses llegaban; el rey se había escapado; San Martín, el gobernador de Madrid en el último gobierno, había salido de la cárcel; estos y muchos otros rumores llegaban día y noche á Madrid entre torbellinos de excitación. El gobierno se esforzaba por poner las cosas en calma, celebrando una sesión extraordinaria de las Cortes, muy á disgusto de Fernando, y obligaba al rey á firmar un manifiesto constitucional en respuesta á la proclamación de la regencia de Urgel; pero no obtuvo éxito.

No cabía duda ahora de que Fernando era en la práctica prisionero de su propio gobierno, y su condenación de los *facciosos* no engañó á nadie y menos á los representantes de gobiernos extranjeros, que miraban con alarma é indignación la anarquía que prevalecía. Mina en Cataluña, y Espinosa y Torrijos en Navarra, fueron dominando rápidamente á los reaccionarios (1), y en Noviembre, los regentes de Urgel

(1) Como ejemplo de la violencia de sentimientos que reinaba en ambas partes, puede citarse el siguiente caso: Mina tomó posesión de la ciudad de Castelfollit, por lo cual

huyeron á territorio francés. La Santa Alianza vió ahora que debía obrar con premura si quería destruir la monarquía constitucional en España. Francia tenía un ejército de 100.000 hombres esperando en la frontera, y el Congreso de Verona tuvo en su seno una representación de la regencia de Urgel, con el resultado de que Francia recibió subsidios y órdenes de Austria, Rusia y Prusia para poner fin al régimen constitucional en España. La Gran Bretaña se negó á unirse, y á ruegos de San Miguel ofreció su mediación. A pesar de los esfuerzos personales de Wellington, la mediación fué negada por Francia, y las altaneras notas de las potencias, dictando un cambio en el gobierno interior de una nación amiga, fueron presentadas en Enero de 1823. Las Cortes y los constitucionistas estaban furiosos de indignación y de rabia (1). Los oradores y la prensa se hicieron más vehementes que nunca; los embajadores extranjeros, excepto Sir William A'Court y los de las pequeñas potencias, recibieron sus pasaportes, y la agobiada España se encontró frente á frente de la invasión extranjera.

Para evitar esta calamidad hizo Inglaterra nuevas tentativas por persuadir á los españoles á que modificasen su Constitución, al menos hasta establecer una segunda Cámara, y San Miguel pareció por una vez

---

toda la población siguió á los reaccionarios que se retiraban. Mina ordenó que se arrasasen todas las murallas y edificaciones, dejando en pie solo una columna, sobre la cual inscribió: «Aqui fué Castelfollit. Tomen ejemplo otras ciudades. No deis acogida á los enemigos de la madre patria.»

(1) Una interesante relación de esta sesión de Cortes, y de los detalles de las negociaciones con Inglaterra en aquel período, se encontrará en la obra de Miguel Quin: *Visit to Spain*.

favorecer esta idea; pero el gobierno estaba á merced de los excitados extremistas, infatuado con la altisonante elocuencia de los oradores eternos, y pronto se comprendió que cualquier renuncia de las amenazas extranjeras era imposible. Para poner las cosas en peor estado, en medio de la inquietud, al fin de Enero llegaron noticias de que la partida facciosa de Bersieres estaba muy cerca, amenazando á la misma capital, habiendo derrotado á las fuerzas del gobierno al mando de O'Daly, en Brihuega, pero poco después se vieron forzados á retirarse por Enrique O'Donnell, conde de La Bisbal. Aunque en continuo peligro de ataque extranjero ó de la dominación del partido absolutista, nada convencía á los constitucionistas de que tenían algo serio que temer. No tenían ejército de qué hablar, excepto la milicia *levée en masse;* se supo que el rey estaba contra ellos y se mantenía inflexible; un gran ejército de franceses estaba dispuesto á marchar sobre la capital; pero todavía se consideraba sacrilegio y traición insinuar que se hiciese la más ligera modificación en el sagrado fetique de la Constitución de 1812. La oratoria y la prensa, como un diluvio irresistible, barrían la razón y el buen sentido, y era natural que Canning y el gobierno inglés opinaran que al pueblo infatuado debía dejársele sufrir las consecuencias de su extravagancia.

El 28 de Enero, Luis XVIII inauguró las Cámaras francesas con un discurso anunciando que 10.000 tropas francesas entrarían en España al mando del duque de Angulema, con el fin de poner á Fernando VII en condiciones de dar libremente á su nación las instituciones que juzgase mejores, y acabar con el sistema constitucional. El discurso hirió á España en el corazón. Se pensó en impedir una intentona para

Fernando y de llevarle á Francia, y los ignominiosos días de Bayona y de Valençay estaban demasiado recientes para que los olvidasen los españoles. El 14 de Febrero de 1823 (1), San Miguel se acercó al rey por la noche, y pidió permiso para someter á las Cortes el discurso de Luis XVIII. Las Cortes, al día siguiente, autorizaron al gobierno para que se preparase á resistir la invasión inminente y trasladasen la residencia del gobierno á un lugar más seguro que Madrid. Cuando el ministro se propuso dar el último paso hasta el rey, comenzó por contemporizar, pero haciéndose más audaz en el término de uno ó dos días, se negó francamente á moverse. Cuando el 18 dió á los ministros una negativa rotunda, el rey cuenta que todos los ministros salieron del salón silbando y cantando el «Himno de Riego». Al día siguiente se abrieron las Cortes, pero el rey se negó á presentarse ó á discutir la cuestión de su marcha, y al abandonar la Cámara los ministros se quedaron pasmados sabiendo que el rey les había dado la dimisión.

Esto era demasiado para que Madrid estuviese tranquilo, y pronto se vió sitiado el palacio por grupos vociferadores que pedían la permanencia de San Miguel en el ministerio. Trepando por los balcones, asomándose á las ventanas, voceaban insultos y amenazas contra Fernando y su familia, exigiendo el nombramiento de una regencia y el retiro inmediato del decreto de dimisión del ministro. El rey quedó aterrorizado y perplejo. Según su costumbre, trató de calmar al vulgo con vagas promesas de consultar al Con-

(1) Por lo que toca á los detalles de los acontecimientos de los seis meses siguientes, debo mucho al diario del rey, cuidadosamente conservado y poco ha impreso por un amigo, el conde de Casa Valencia, sobrino de Alcalá Galiano.

sejo de Estado, pero no lo hizo. Tuvo al fin que saltar de la cama y prometer todo lo que la multitud pedía. «Porque, dice, no tenía fuerza que me obedeciese», y á las dos de la mañana los amotinados se habían dispersado gradualmente. Más todavía. Fernando fué sordo á todas las persuasiones de que dejase á Madrid, y al fin los ministros, cansados de su obstinación, insistieron en retirarse (25 de Febrero).

Esta fué la ocasión propicia para el grupo extremo, los *comuneros*, y suscitando en el rey el miedo á una insurrección popular de la ciudad, obtuvieron una mayoría de puestos en el nuevo ministerio; sin embargo, el primer ministro, Flores Estrada, había aprendido alguna ciencia política durante su largo destierro en Inglaterra, y su edad y su buena posición le habían dado cierto sentido de la responsabilidad. El único miembro del ministerio de algún rango, además del primer ministro, era el general Torrijos, ministro de la Guerra, joven y fogoso reformador, de quien hablaremos más adelante.

Fernando había cambiado de ministros con la confianza de evitar el viaje á Sevilla; pero no había contado con las Cortes, que se reunieron en sesión extraordinaria el 1.° de Marzo. Fernando estaba ó fingía estar enfermo de gota; y, según sus propias palabras: «Se leyó mi discurso en que San Miguel me hizo decir que emprendería el viaje cuando lo considerase oportuno.» Las Cortes sabían muy bien que si el viaje se dejase á discreción del rey nunca llegaría á emprenderse, é insistían en que tomase una resolución en el término de veinte y cuatro horas. Mucha oratoria briosa é insultante se gastó en insultar al rey; pero Fernando apuró todos los recursos y subterfugios para evitarse el abandonar á Madrid á la llegada del ejér-

cito francés que había de libertarle. Ocho médicos de la corte certificaron que estaba inhábil para el trabajo, pero un comité de las Cortes desmintió á los doctores y acabó por decir que desconfiaba de ellos y de su enfermo. Luego Fernando dijo que no tenía dinero, á lo que las Cortes replicaron que tampoco ellas lo tenían, pero que en todo caso recaudarían bastante para el viaje. Y así, con una excusa tras otra, pasaron casi tres semanas, hasta que las Cortes perdieron la paciencia y amenazaron con nombrar una regencia, por la cual ya clamaba el pueblo. Con esto, Fernando se vió obligado á rendirse. El y su familia abandonaron la capital, encaminándose á Sevilla el 20 de Marzo, seguidos por el gobierno y las Cortes, mientras que el ejército francés cruzaba la frontera el 7 de Abril.

Angulema no encontró resistencia alguna en España, como la había encontrado Napoleón quince años antes. Mina, ayudado por San Miguel— mejor militar que ministro—hizo lo que pudo con su mezquino material de guerra, pero las divisiones de Ballesteros y La Bisbal (1) apenas opusieron resistencia. Porque ya no era toda España peleando contra el extranjero, como había sido en 1808, sino la mitad de la nación en conflicto con la otra mitad. La milicia nacional, formada en su mayor parte por hombres jóvenes, fogosos é inexpertos, no era el ejército de una nación, sino de un partido político odiado por el rey, por la aristocracia, por la Iglesia y por la plebe. En algu-

(1) El astuto O'Donnell tramó una deserción total de su ejército al francés. Habiéndose descubierto el ardid, huyó. Su fuerza, sin embargo, disolvióse, uniéndose parte de ella á los franceses y el resto á las tropas constitucionalistas. El mismo O'Donnell fué acusado por las expirantes Cortes de Cádiz, pero estaba á salvo de ellas, y sus decisiones en esta época ya no producían efecto sobre nadie.

nas ciudades fué bien acogida y en otras se le resistió, de suerte que la lucha nunca revistió aspecto nacional. La extremada circunspección del duque de Angulema contribuyó á esto. Su manifiesto á los españoles les aseguraba que no venía como enemigo, sino como auxiliador; que sólo la bandera española ondearía sobre el país, que sólo las leyes españolas regirían y que sólo los ciudadanos españoles regirían en nombre del soberano español. La pacífica entrada de Angulema en Madrid fué precedida de una escaramuza provocada por el jefe absolutista Bessieres, que ignorando el arreglo hecho por el general constitucional Zayas con los franceses, se presentó con su tropa, reforzada por muchos de las clases viciosas de la capital, en el centro de la calle de Alcalá y dió el grito de: «¡Abajo la Constitución! ¡Viva el rey absoluto!» Pero él y su partido fueron puestos en fuga, y el 23 de Mayo el ejército francés entraba en Madrid por una puerta mientras que las tropas de la Constitución salían por otra.

Cualesquiera que hubiesen sido las esperanzas que en un principio habían puesto los madrileños en la Constitución de Cádiz, no cabía ahora duda sobre la opinión de la gran mayoría de los ciudadanos que habían quedado después de la partida del gobierno liberal con sus oficiales y tropas. El gobierno liberal había llevado consigo las cenizas de Daoiz y Velarde, los héroes del 2 de Mayo, para salvarlas de la profanación, y parecía que, al mismo tiempo, el recuerdo del glorioso día había desaparecido de los espíritus de los veleidosos ciudadanos. Porque ahora un ejército francés era recibido con fervientes bendiciones y regocijos. Algunos días después, á instancias de Angulema, el Consejo de Estado y el Consejo de Indias nombraron una regencia para gobernar á España en

nombre de Fernando hasta que obtuviese su libertad. La regencia estaba compuesta de los duques del Infantado y de Montemar, el obispo de Osma y González Calderón. Todos acendrados realistas, como lo era su secretario, Francisco Tadeo Calomarde, de quien se hablará más adelante. Los ministros nombrados por los nuevos regentes eran reaccionarios de los más exagerados, hombres sin capacidad ni distinción, escogidos principalmente por sus arraigadas opiniones realistas. La furia de la reacción comenzó. Llovieron decretos de los regentes aboliendo todo cuanto habían establecido los liberales. Se inició una persecución cruel y severa contra todos los constitucionistas que habían quedado en Madrid; se organizó una fuerza de voluntarios realistas para resistir á la milicia nacional, y á todas las sugestiones de los hombres moderados de que se debiera tomar alguna medida de tolerancia, ó al menos de paciencia, Angulema no dió más réplica que vagas vulgaridades.

Entre tanto, Fernando había llegado á Sevilla, habiendo cambiado su ministerio por otro nuevo grupo perteneciente al partido masónico, con Pando á la cabeza. Pero los ministros eran ahora inútiles y sin importancia alguna (1). El ejército francés se aproximaba rápidamente á Sevilla, y los constitucionales no tenían ejército, dinero ni organización. El rey tomaba un aire sardónico y jocoso cuando le daban diariamente las buenas noticias, y los liberales se desesperaban más y más. El único y último paso que podía darse era marchar á Cádiz; pero cuando las Cortes comunicaron esta decisión á Fernando, se negó franca-

(1) El ministro de la Guerra, general Sánchez Salvador, se suicidó al día siguiente de su llegada á Cádiz.

mente á pasar más adelante. Repitiéronse una vez más las mismas escenas que precedieron á su partida de Madrid, mientras que las Cortes continuaban discutiendo interminablemente leyes importantes que en aquellas circunstancias eran absurdas, porque nadie prestaba atención á los actos ó decretos de un gobierno liberal que era incapaz de reprimir en la misma Sevilla la anarquía y hasta el homicidio, ni de conservar en sus propias filas cierta apariencia de unión.

En medio de indescriptible confusión, las Cortes se reunieron en Sevilla el 16 de Julio; cuando Alcalá Galiano les comunicó la noticia de que el rey se negaba terminantemente á dejar la ciudad, se decidió que una comisión de miembros presentase un *ultimatum* al rey. O abandonaba la ciudad al día siguiente de buen grado, ó sería considerado como irresponsable por sus acciones y arrebatado por la fuerza. Fernando había empleado todos los argumentos y persuasiones que tuvo á su alcance. Si deseaban matarle, decía, que lo hiciesen de una vez. Prometió á los ministros y á otros liberales su auxilio y su buena voluntad si se obligaban á rendirse á los franceses, en cuyo caso sería tan fácil rendirse en Sevilla como en Cádiz. Pero no se fiaban de él; y cuando dijo, por último, á la diputación de las Cortes que se negaba á abandonar á Sevilla como no fuese por la fuerza (11 de Junio), no se perdió tiempo en nombrar una regencia compuesta de Cayetano Valdés, Gabriel Ciscar y Gaspar Vigodet.

Este era un acto de desesperación de que pronto sacó partido Fernando. Llamó á todos los representantes de las potencias extranjeras en Sevilla, y protestó ante ellas contra el acto ilegal de sus Cortes. Ya la causa estaba perdida, y algunos de los constitucionales más activos se esforzaban en buscar sal-

vación. Vigodet, unos de los regentes, consultó al rey antes de aceptar el puesto, si se había de considerar como un crimen el hacerlo. Fernando replicó que mejor estaría en manos de los amigos, como Vigodet, que en las de los enemigos, y le dijo que aceptase (1). También Ciscar, otro regente, fué llorando al rey el día siguiente de su nombramiento, deplorando tener que rogarle que se fuese á Cádiz, y los generales Santa Cruz y Copons dijeron al rey que no se moverían como él no se lo ordenase, lo que hicieron. El 12 de Junio, la familia real abandonó á la anárquica Sevilla, entre las maldiciones, amenazas é insultos del populacho y de los milicianos; y el domingo 15, el rey y su comitiva llegaron á San Fernando, sobre la isla de León. Aquí el rey comió; y cuando se levantaba de la mesa, Valdés, el primer regente, se le acercó, y en tono de profundo respeto, dijo: «Señor, la regencia ha dejado ahora de existir.» Con siniestra sonrisa respondió Fernando: «¡Oh, muy bien! Queréis decir que han cesado mi ineptitud y mi locura. Me alegro de ello.»

Fernando ha revelado en su diario, con gran amargura, la vergüenza y los sufrimientos que padeció en los cuatro días de viaje desde Sevilla á Cádiz. Con un calor abrasante, por caminos malos y polvorientos, sin poder comer ni dormir á causa del miedo y de la excitación, rodeado por soldados que lo trataban como á un prisionero, insultado y desdeñado por todos, todavía prodigaba las promesas de futura benignidad á los que le rodeaban; mas no es extraño que rumiase para sus adentros los desaires que se le hacían y que á su debido tiempo los pagase con creces.

(1) Con todo, en su debido tiempo, Fernando le condenó á ser ahorcado, como los demás liberales.

Pocos días después, los franceses sitiaron á Cádiz por mar y tierra, y el cañón francés retumbó una vez más en la ciudad-isla, mientras que el rey español, en una torre-vigía, disparaba cohetes y presentaba luces en candeleros, que todos sabían que eran señales para los sitiadores. Pero aunque todos lo sabían, nadie protestó. La apatía y la desesperación eran atroces y cada hombre pensaba ahora en su seguridad personal; la milicia era impotente contra un gran ejército, y toda España, fuera de Cádiz, estaba clamando por un rey absoluto. Se hicieron intentos ineficaces para salir, y en estos intentos arriesgaron valerosamente sus vidas por una causa perdida muchos pobres milicianos, pero alrededor de la bahía de Cádiz, desde Rota hasta la Carraca, el cañón francés resonaba saludando á la flota francesa, que se encontraba en alta mar; el Trocadero había caído en manos del invasor (31 de Agosto); el rey estaba en constante comunicación con su querido primo Angulema, y todos comprendían que el cautivo Fernando no daría su mano á torcer, á menos de ofrecer su vida en sacrificio á quienes había ridiculizado (en secreto) tratándoles de «presunto gobierno» y «gentuza revolucionaria».

Otra vez se hicieron desesperadas tentativas por parte del gobierno para obtener la mediación de la Gran Bretaña; pero Angulema y el gobierno francés no querían oir hablar de eso. Fernando, entre tanto, rehusó ostentosamente aceptar ninguna responsabilidad ni leer comunicación alguna, excepto las que pasaban por manos de sus afligidos y desesperados ministros, aunque se supo que empleaba recursos privados para mantener correspondencia con los invasores.

Sólo dos veces durante su estancia de tres meses en Cádiz se presentó Fernando en público en las calles,

rodeado en ambas ocasiones por hombres de la milicia de Madrid, como jactándose de su cautiverio. Uno por uno cayeron á tierra los fuertes que defendían á Cádiz, y el 21 de Setiembre Sancti Petri, la última de las defensas, se rindió al invasor. El 23, al apuntar el día, la escuadra francesa se aproximó y comenzó un terrible bombardeo á poca distancia de la ciudad, y por primera vez los vivos gaditanos comprendieron que la cosa era de importancia para todo ciudadano que tuviese una casa, que un proyectil podía derrumbar sobre su cabeza. Los milicianos en las murallas pelearon tan valerosamente como era de esperar, y Fernando fué espectador interesado de esta escena desde su observatorio del tejado de la Aduana, seguro de que sus amigos los franceses no enviarían una bomba en dirección suya. Pero se vió que no se presentaba ninguna resistencia real, y al medio día cesó el fuego. Angulema no tenía nada que decir al gobierno, pero trató directamente con el rey, y al fin, después de luchas desesperadas por fijar las condiciones, las Cortes y el gobierno se vieron obligados á conceder al soberano plena libertad de acción.

Ya era tiempo, en realidad, porque las tropas que estaban dentro de Cádiz y en la Isla, ya gritaban: «¡Viva el rey absoluto!», y se inclinaban más á unirse á los franceses que á resistirlos, mientras que el gobierno y las Cortes se empeñaban recíprocamente en cargar uno sobre otro la responsabilidad. Fernando jugaba sus cartas con profunda astucia. Sabía que su vida correría peligro en cualquier momento hasta que la impotencia de los gobernantes femeninos se hubiera revelado claramente, y había guardado una impenetrable reserva con los ministros que le tenían cautivo. Yandola y Luyando, dos de los ministros, se es-

forzaron una y otra vez por arrancarle promesas obligatorias, pero mientras prometía vagamente, lo bastante para hacer sentir cierta esperanza á los liberales y por consiguiente la seguridad á sí mismo, había evitado mañosamente dar una promesa definida. El 16 de Setiembre, Luyando le lanzó á boca de jarro estas tres preguntas: «¿Concedería un acto general de amnistía de lo pasado?»; á lo que Fernando contestó que le sorprendía mucho que alguno dudase de su generosidad. «¿Concedería á España un gobierno representativo?», preguntó Luyando; pero á esta pregunta el rey no dió una respuesta definitiva. Debía, dijo, ponérsele primero en libertad en Madrid antes de contestar á esto. Y á la tercera pregunta: «Si se pondría en manos de los franceses», dijo que esto debían decidirlo sus ministros. Luyando declamó un buen rato sobre los siniestros planes de la Santa Alianza y las profecías de Daniel; pero Fernando no era para él un igual, y no pudo arrancar al rey más que esto.

Cuando la rendición fué inevitable, el 5 de Setiembre los ministros hicieron otra tentativa para estipular las condiciones. Esta vez el rey fué más lejos respecto al primer punto y prometió positivamente un acto de amnistía. Pero á la súplica de que contentase á la nación prometiendo un gobierno representativo, replicó: «¿Acaso pensáis que Cádiz es toda la nación?» En esto se mantuvo firme, y al fin los liberales tuvieron que contentarse con la concesión de la libertad de acción dada al rey, bajo su promesa de olvidar el pasado. Pero cuando todo estaba dispuesto (29 de Setiembre) para que Fernando embarcase, con el objeto de unirse á Angulema en el otro lado de la bahía, en el Puerto de Santa María, el gobierno decidió enviar al general Alava á fijar las cláusulas con el príncipe,

porque no tenían más garantía que su simple palabra. Profundamente desilusionado, Fernando escribe en su diario: «Ahora que Angulema me está esperando á comer y yo le había escrito que estaba libre, veo claramente que estoy ligado á mis cadenas con más firmeza que nunca. Así ordena Dios que sea probada nuestra paciencia.» Pero Angulema no tenía nada que decir á nadie más que al rey, y el último día de Setiembre los ministros presentaron á Fernando sus dimisiones, y ellos y la comisión permanente de las Cortes besaron la mano al sonriente monarca y le dieron la despedida.

Con toda ceremonia y esplendor, pero en sombrío silencio, el rey embarcó en Cádiz, el 1.° de Octubre, y una hora después se echaba en brazos de Angulema en el Puerto de Santa María, libre ya. Las siguientes palabras de su diario recuerdan sus sentimientos de libertad: «*Miércoles 1.° de Octubre.* Día feliz para mí, para mi familia, para toda la nación, porque desde el momento en que hemos recobrado nuestra libertad, ardientemente deseada, después de tres años, seis meses y veinte días de la más ignominiosa esclavitud, en que estuve por obra de un puñado de conspiradores, que la utilizaron para sus fines particulares, y de oscuros militares ambiciosos, incapaces hasta de escribir sus propios nombres, que se decían regeneradores de España, á la que sometieron á leyes calculadas para asegurar sus siniestros planes y hacer fortuna, mientras destruían la nación. Demos, pues, infinitas gracias al Altísimo por la gran merced que nos ha concedido y no dudemos nunca de su incomprensible poder y de la vigilancia que ejerce sobre España.»

El último acto de Fernando antes de embarcar, había sido firmar un manifiesto dictado por los ministros

prometiendo el olvido y el perdón «completo y absoluto sin excepción alguna», y la confirmación de todos los oficios, dignidades y privilegios concedidos por el gobierno constitucional. Se aseguraba que reforzó espontáneamente la promesa, añadiendo algunas palabras de su propia mano; pero al cabo de tres horas de desembarcar en el Puerto de Santa María, publicó su inicuo decreto para vengar las humillaciones á que había estado sujeto por espacio de unos tres años. «La traición más criminal, la más vergonzosa cobardía, el más horrible desastre para mi real persona, y la más irresistible violencia, han sido empleadas para cambiar el gobierno paternal de mi reino por una democracia que ha sido origen de interminables infortunios.» En este estilo llega el decreto hasta denunciar la Constitución y todos sus efectos; y acaba por anular totalmente todos los actos del gobierno, realizados desde el 7 de Marzo de 1820, y aprobando las acciones de la regencia de Angulema.

Así rompió Fernando con todas sus promesas. Desde que había tomado el juramento en 1820, había profesado con aparente sinceridad la más extravagante abnegación y la más ciega creencia en el gobierno constitucional; sólo el día antes había prometido solemnemente olvido y perdón á todo lo pasado. Los liberales vieron que este nuevo decreto significaba para ellos el destierro, el calabozo, el patíbulo, y así se demostró (1).

(1) Luis XVIII y Chateaubriand suplicaron y protestaron en vano contra la inicua persecución de los liberales, que atribuían al cura Saez, que era el nuevo ministro de Estado de Fernando. Seiscientas personas fueron proscritas en Madrid solamente, y hasta antes de la libertad de Fernando, en los diez y ocho días transcurridos desde el 24 de Agosto hasta el 12 de Setiembre, la regencia nombrada por Angulema ahorcó 118 liberales distinguidos y encarce-

Desde este momento hasta la muerte de Fernando, apenas hubo una tregua á los excesos reaccionarios de un despotismo necio, porque la venganza del rey no conocía saciedad.

Fernando VII llegó á Madrid el 13 de Noviembre, y no hay palabras mejores que las suyas para describir el cambio que se había verificado: «Volvimos, escribe, por el mismo camino que tomamos al marchar, pero ¡oh! ¡cuán diferente es el aspecto de una nación cuando le impulsa el sentimiento sincero de su espíritu! Es imposible describir los excesos de alegría, el delirio del pueblo, al vernos libres de nuestra esclavitud. Este es, en realidad, el verdadero pueblo y no aquellos infelices á quienes pagaban los revolucionarios para servir de excusa ó de auxilio á la mejor realización de sus fines.» «De todos los barrios vino la multitud, continúa el rey, algunos de pueblos á cinco leguas de distancia, para aclamarnos; carros triunfales, flores y coronas, banderas y cohetes nos saludaban por dondequiera.»

En un soberbio carro triunfal, guiado por ciudadanos y voluntarios realistas, Fernando pasó del monasterio de Atocha al palacio de sus antepasados en un huracán de entusiasmo, saludado por odas de infinitos poetas y por cantos de innumerables músicos. ¿Qué le importaba que la multitud servil, que se inclinaba ante el mentiroso déspota, hubiese sentido uno ó dos años antes convulsiones de adulación por el pobre Riego? La misma plebe brutal había purgado su ofensa una semana antes de la entrada del rey, ridiculizando vengativamente á su primer héroe, cuando éste era arras-

ló á muchos centenares. La persecución se apaciguó algo, no obstante, cuando el ministerio de Saez fué reemplazado por el marqués de Casa Irujo y algunos colegas más moderados.

trado en un serón atado á la cola de un burro, para ser ahorcado y descuartizado como un reo en la Plaza de la Cebada. Así cayó la Constitución de Cádiz y una vez más se comprobó el axioma de que un pueblo consigue siempre, al fin, el gobierno que se merece. Los teóricos moderados que intentaban desembarazar á su país de la sombría superstición y de la sujeción de muchos siglos y elevarlo á la cumbre de la libertad, pagaron, en muchos casos, con su fortuna, su libertad y su vida, su entusiasmo político, y la nación, al cabo, se hundió de nuevo en un anticuado sistema de gobierno que estorbaba su adelanto y esterilizaba su progreso. El violento é imprudente adelanto de 1812 fué seguido, naturalmente, de una violenta reacción que, á su vez, fué sucedida por los bruscos retrocesos y las oscilaciones que desde entonces habían consumido la ruina de una nación que poseía todos los elementos de felicidad y prosperidad. En cuanto á Fernando, no había aprendido nada de sus sufrimientos y de su experiencia. Sus padres habían sido reyes absolutos y él sería rey absoluto también. Así fueron reproducidos todos los antiguos abusos: los frailes, los diezmos y las tierras vinculadas volvieron; los españoles hiciéronse otra vez «queridos vasallos» y se gloriaron con este nombre, y todas las plazas del mercado de la nación cambiaron nuevamente su nombre de Plaza de la Constitución en Plaza Mayor, mientras que los patriotas españoles que se habían librado del patíbulo, buscaron libertad, refugio y seguridad en Inglaterra y América.

VI

DESPOTISMO

La revolución radical que el sistema financiero había sufrido en España tres veces en el espacio de diez años, habían desmoralizado al contribuyente y al Tesoro, y las cosas, en este respecto, habían ido de mal en peor con cada cambio. La confiscación y restauración de la propiedad conventual é inquisitorial y otros bienes nacionales, habíanse llevado á cabo con tanta frecuencia, que cuando los reformadores trataron de venderla, como estaba decretado, para cancelar gradualmente la deuda flotante, que no rendía intereses, y para prestar un servicio á la antigua deuda consolidada sobre la cual era pagadero el interés, se encontraron muy pocos postores. La amargura que reinaba en España hizo casi imposible recaudar la renta ordinaria, y los informes optimistas presentados por los sucesivos ministros de Hacienda eran, en todo caso, ridículamente vacíos de sentido. Siempre ha sido, y todavía sigue siendo, un distintivo de la Hacienda española creer que los *deficits* del presupuesto pueden subsanarse reduciendo la exportación hasta un punto á que nunca ha podido llegarse en ningún año anterior, y en esto se había fundado el paraíso de los ministros de Fernando. En los presupuestos de 1822-23, se vió que el *deficit* anual en la renta general ascendió á

2.700.000 libras esterlinas. Ya las Cortes habían hecho grandes reducciones en la exportación, pero se creía, á pesar de todo, que este considerable *deficit* se subsanaría con ulteriores economías. Lejos de ocurrir así, la exportación de aquel año fué mayor que nunca, mientras que la renta no ascendió, ni con mucho, á lo que señalaba el informe, como que no se recaudaron, en realidad, impuestos de Cataluña y Navarra. Será interesante presentar los detalles de la renta de 1822-23 para hacer ver cuáles eran las fuentes de recaudación de que estaban pendientes los constitucionales:

Impuesto territorial. . . .	150	millones	de reales.
Impuesto sobre el clero.	20	»	»
Atrasos de diezmos. . . .	10	»	»
Impuesto urbano.	10	»	»
Privilegios comerciales. .	12	»	»
Impuestos sobre líquidos.	100	»	»
Tabaco, sal y monopolio de sellos.	122	»	»
Aduanas.	60	»	»
Deudas del Registro. . . .	30	»	»
Bulas.	12	»	»
Loterías.	10	»	»
Correos.	10	»	»
Oficinas públicas.	4	»	»
	550	= 5.700.000 de libras.	

A lo que debe añadirse el coste de la recaudación. 1.200.000

Formando una suma total reconocida 6.900.000 de libras.

La exportación del año ascendió á 8.400.000 de libras, dejando un *deficit* de 2.700.000 libras. Había tam-

bién pendiente un *deficit* de 2.000.000 de libras del año anterior; y en vez de llenarse el *superavit* de la renta de 1823, la suma recaudada en el año fué de 1.700.000 de libras menos, alcanzando así los *deficits* acumulados al fin del año 6.400.000 de libras en aumento á la exportación creada del año, y recurriéndose de nuevo al vicioso sistema de nuevos empréstitos para cubrir el desembolso.

No menos desastrosos para la nación en sus aspectos social, estético é industrial habían sido los tres períodos de guerra, reacción y anarquía, transcurridos desde 1808. José Bonaparte había intentado, en parte, arreglar y limpiar las calles de su capital, pero en la época de su marcha definitiva poco había hecho la demolición. Durante el período de la reacción, desde el regreso de Fernando, hasta 1820, reinó la parálisis absoluta. Los frailes habían vuelto, y las ciudades estaban plagadas de sombríos edificios religiosos, de los cuales había solo en Madrid sesenta; y gran número de casas seguían en posesión de las fundaciones eclesiásticas ó estaban sometidas á vinculación perpetua; de suerte que los edificios domésticos comunes eran generalmente malos y estaban medio derruidos. La vida era casi tan sombría á principios del siglo XIX como en el XVI; pocas personas trabajaban, y hasta huían de los centros populosos de las ciudades, como no se viesen forzados; los caminos estaban peligrosos, y la mayoría de las sociedades intelectuales y literarias que se habían fundado bajo Carlos III y bajo Godoy, fueron mal miradas después de la restauración de Fernando. Por algún tiempo, en vida de la segunda esposa de Fernando, Isabel de Braganza, se hizo imperceptible algún movimiento artístico y arquitectónico, gracias á su influencia, que apenas le

sobrevivió, si se exceptúa el establecimiento del Museo Nacional de Pintura.

En realidad, con la literatura casi muerta, el periodismo, limitado en la capital á dos periódicos oficiales, con una rígida censura de la prensa en todas sus formas, y la mayoría de los hombres instruídos é ilustrados en la cárcel ó en el destierro, puede decirse que este período de 1814 á 1820 presenta el vacío más desconsolador en la historia del progreso español. Un arte, y solo uno, dió signos de vitalidad en este período. En las épocas de mayor despotismo, bajo los reyes austriacos, cuando el ejercicio del entendimiento era más severamente reprimido, el teatro había sido casi la única forma en que había encontrado plena libertad el genio español. Esto sucedió de nuevo en el período de reacción que ahora examinamos. Es cierto que ningún gran dramaturgo produjo obras maestras, aunque todavía vivía y escribía Moratín; pero uno de los actores más consumados que hubo jamás, el discípulo de Talma, mejor que su maestro, Isidoro Maiquez, fué para el Teatro español en este período lo que Garrick fué para el inglés. Proscribiéronse las antiguas y falsas tradiciones, y se abrió el camino á la naturalidad, la razón y el buen gusto; se reformaron el escenario, los trajes y la tramoya, y se purificaron los textos. Constantemente vigilado por un gobierno celoso, y no pocas veces desterrado y proscrito, como lo fué Maiquez, con una censura absurda prohibiendo algunas de las obras más hermosas de los maestros españoles, el gran actor representó, á pesar de todo, ante su extasiado público las tragedias de Shakespeare, Racine y Alfieri, así como las comedias españolas de gran mérito que no fueron prohibidas. La tragedia y la comedia tomaban en sus manos igual atractivo y

nunca ha poseído el teatro español, antes ni después, tal ornamento. El necio gobierno de Fernando limitó su repertorio, le persiguió por su popularidad, y, al fin, le atormentó hasta llevarle al sepulcro (1818), pero él fué quien dió á este sombrío período de reacción el único esplendor que posee.

El comercio y la industria, cargados otra vez con abrumadores tributos á la vuelta de Fernando, no pudieron regenerarse después de la gran guerra, mientras que la revolución de las Colonias americanas completó la ruina privando á las languidecientes manufacturas del único mercado protegido que poseían. Por consiguiente, desde cualquier punto de vista que se la mirase, la situación de la nación era en extremo deplorable y las esperanzas de un enorme progreso en la prosperidad material después de la gran lucha nacional contra el invasor, y bajo un sistema más ilustrado de gobiernos se frustró totalmente por la estúpida obstinación de Fernando en ignorar todo lo que había sucedido en España desde 1808 á 1814.

Durante el período constitucional de 1820 á 1823 se gastó, desgraciadamente, la mayor parte de energía y de ímpetu en oratoria y polémicas, pero todavía en estos cuatro años se hizo algún intento por dignificar la situación del país. Con subvenciones del gobierno se restauró el servicio de diligencias en los caminos reales más importantes; se transfirió la mayor carga del impuesto á la Iglesia y á la propiedad territorial, aliviando al comercio; se fomentó otra vez la fundación de algunas nuevas fábricas; se estableció un Consejo de Instrucción pública, con el ilustrado escritor Quintana de presidente, para reformar el sistema de enseñanza en las escuelas públicas; se fundó la Aca-

demia Nacional, á imitación de los Institutos franceses, y surgieron de nuevo instituciones científicas y literarias con el auxilio del gobierno constitucional. El teatro, libertado también de la esterilizadora censura que había matado á Maiquez, representó de nuevo las obras maestras del arte dramático español, mientras que Martínez de la Rosa, Angel Saavedra (duque de Rivas), Quintana y Solís, libres del calabozo y del destierro, añadieron al teatro español —en los intervalos de su actividad política menos productiva — obras dramáticas dignas de sus grandes predecesores. Pero esto fué todo, porque durante el período constitucional, como ya se ha referido, la excitación pública, la anarquía esporádica y la elocuencia política apenas había dejado tiempo ni energía para otros intereses; ni la instabilidad de las instituciones habían fomentado en ningún grado la promoción de proyectos para el adelanto material de la nación. El reinado de Fernando, desde su advenimiento en 1808 hasta la caída final de la Constitución en 1823, puede resumirse así en tres períodos: desde 1808 hasta el regreso del rey en 1814, seis años y medio de exaltados ideales y de lucha patriotica; desde 1815 á 1820, seis años de desesperante apatía, y desde 1821 á 1823, tres años de esfuerzo febril pero infructuoso.

No menos desastrosos que en la madre patria habían sido en América los resultados del gobierno de Fernando. Las colonias españolas, desde el primer día de su establecimiento, habían sido tratadas únicamente como posesiones para la producción de renta, que había de ser malgastada por cortesanos y políticos en España. Los intereses de los colonos y de las comarcas mismas habían sido mirados con absoluto desprecio, excepto durante un breve período de prue-

ba en el reinado de Carlos III, y cuando el gobierno de Cádiz, en 1812, les concedió representación en las Cortes nacionales. La larga guerra peninsular y el estado de anarquía que la acompañó, dieron á los criollos nacidos de españoles ocasión para sacudir un yugo con el que no ganaban nada y perdían mucho. A la vuelta de Fernando, en 1814, varias de las colonias americanas, especialmente Venezuela, Buenos Aires, Chile y Nueva Granada eran independientes en todo menos en el nombre y aun en esto se hicieron pronto, y en todo el resto del continente, con gran dificultad consiguieron los virreyes españoles exigir una obediencia local y limitada.

Un gobierno prudente hubiera apreciado en estas circunstancias la imposibilidad material de defender por la fuerza estas vastas y distantes posesiones y hubiera hecho las concesiones que fuesen posibles para conservar, al menos, una protección nominal y algún convenio de preferencia en materia de gobierno. Fernando y sus amigos absolutistas se negaron, no obstante, á reconocer hechos indiscutibles y se determinaron á reconquistar, si fuese posible, todo el imperio colonial por la fuerza y el terror. Era demasiado tarde, porque los americanos habían comprendido la debilidad de la madre patria, exhausta, como estaba, por las discordias interiores y por una larga guerra. En Méjico la rebelión no había sido tan violenta como en los demás sitios y había podido dominarse, y en la época de la restauración de Fernando, el virreinato era, en su mayor parte, aparentemente leal á España. Es posible que esta colonia se hubiera salvado por una vez nada más merced á la increíble locura del rey y de sus consejeros, que, en vez de conciliarse con los mejicanos, llegaron á de-

cretar el restablecimiento de la Inquisición y un retroceso al antiguo despotismo, que las Cortes de Cádiz habían abolido discretamente. Esto era demasiado, y la insurrección se hizo irresistible. En vano Fernando desangró aún más su mermado Tesoro y sacrificó á sus soldados con repetidas tentativas para reconquistar sus provincias perdidas. Hemos visto que su esfuerzo supremo en 1820 acabó por la rebelión del ejército y la proclamación de la Constitución, y como resultado de esto, todo lo que le quedaba á España en el continente americano el año de 1823 era el castillo de San Juan Ulna en Méjico y alguna sombra de poder en el Perú.

Fernando todavía recurrió á las monarquías europeas para que le salvasen sus dominios americanos; pero su furiosa política reaccionaria, recurriendo á Angulema en 1823-24, alejó á sus mismos amigos al mismo tiempo que convenció á la Gran Bretaña de que no podía esperarse de él ninguna ilustración, ninguna reforma y ninguna expansión del comercio. La unidad de las fuerzas de la reacción en Europa bajo la Santa Alianza era una amenaza para Inglaterra; y en estas circunstancias, Canning, como dijo él mismo, sacó un nuevo mundo á luz para contrapesar la balanza del viejo. El 1.º de Enero de 1825, Inglaterra reconocía, como ya lo habían hecho los Estados Unidos, la independencia de las Repúblicas sudamericanas. Las fuerzas españolas todavía se mantenían en el Perú, pero Bolívar y Cochrane tenían ahora libertad para ayudar á los peruanos, y en la batalla de Ayacucho (Diciembre de 1824), los españoles fueron derrotados y obligados á rendirse; rompiendo así el continente de Sud-América el último lazo que le unía al gobierno despótico y oscurantista de Fernando VII.

La civilización moderna no había visto un ejemplo de ferocidad ciega y brutal como el que siguió á la llegada de Fernando á Madrid. Ni había justicia, ni compasión en el gobierno de los eclesiásticos estúpidos que rodeaban al rey. El patíbulo era el único instrumento y el único argumento con que gobernaban; pidieron la restauración de la Inquisición, aunque esto no se atrevió á concederlo Fernando. El frenesí de intolerancia y crueldad propagóse desde los frailes predicadores y los nobles ignorantes á la plebe brutal. Era suficiente para una persona haber pertenecido á la milicia ó estar relacionada con algún liberal conocido para que el populacho desenfrenado le infligiese las más inhumanas torturas; y en muchos casos hasta las mujeres se veían sujetas á malos tratamientos por manos del vulgo y de los voluntarios realistas. Las autoridades, lejos de desanimarse, sonreían á las brutales orgías de estos auxiliares del despotismo. Las cárceles estaban tan llenas y los tribunales ordinarios tan ocupados, que de repente se establecieron en todas las capitales de provincia consejos de guerra que, sin que les estorbasen procedimientos legales ó tradiciones, condenaban á innumerables muchedumbres de buenos ciudadanos, cuyo único crimen era creer en el gobierno representativo. Es una lamentable verdad que muchas de las atrocidades de esta persecución fueron debidas á la influencia de los frailes y de la Iglesia. Una odiosa sociedad eclesiástica, fundada por el obispo de Osma, llamado «el Angel exterminador», que se ramificó por toda España, organizó la venganza contra los liberales; todos los púlpitos, todos los monasterios, todos los círculos realistas eran centros de persecución. Los únicos periódicos que ahora se permitía publicar—la *Gaceta* y *El*

Restaurador—excitaban á las huestes de la ignorancia á mayores actos de crueldad; mientras que la multitud servil que se gloriaba en su esclavitud recibía al sonriente soberano, cuando se presentó en su capital con gritos de «¡Viva el despotismo y las cadenas! ¡Muera la libertad!»

El mayor de los jefes de guerrilla que habían combatido á los franceses, era el caballeresco Empecinado—un sencillo campesino llamado Juan Martín, pero que había nacido para mandar hombres. Cuando Fernando volvió de Francia, los numerosos servicios del Empecinado á la nación habían sido recompensados con riguroso encarcelamiento, hasta que la rebelión de Riego le rescató. Cuando la Constitución cayó, el Empecinado huyó á Portugal, pero fué capturado cerca de la frontera al mismo tiempo que Fernando entraba en Madrid (Noviembre 1823). Las autoridades locales de Roa le tuvieron allí preso por espacio de otros diez meses, sufriendo los más crueles suplicios en la cárcel, sacandósele todos los días de mercado en una jaula de hierro para ser expuesto á los insultos de la plebe. Una vez estuvo cuatro días sin comer ni beber, en una posición fija; y sus ruegos para que se le sacase de su miseria sólo consiguieron atraer sobre él nueva persecución. En vano el embajador inglés protestó ante el rey contra tal inhumanidad; el Empecinado se negó á declararse convicto de ningún crimen ni á pedir misericordia, como se había negado primeramente á que le sobornasen nombrándole diputado por desertar de la Constitución, y al fin fué condenado á la horca. Se mantuvo tranquilo y digno al acercarse su última hora; pero en el camino que conducía al cadalso le acometió una furia súbita por ver á uno de sus perseguidores, un oficial voluntario rea-

lista, luciendo la famosa espada que él había llevado todo el tiempo que duró la guerra. Con un prodigioso esfuerzo rompió sus grillos y dispersó á los que le tenían cautivo; pero la hopa de que iba vestido le hizo resbalar, y peleando furiosamente hasta el fin, uno de los mayores héroes de la independencia española fué arrastrado hasta caer muerto, y á su cadáver se tributaron con impunidad los últimos insultos.

Pero aun en estas saturnales de la reacción había grados. La Santa Alianza, por medio del embajador ruso, Pozzi di Borgo, advirtió severamente á Fernando las probables consecuencias de esta política; y el rey, por motivos de prudencia, dió al padre Sáez un arzobispado, y nombró un ministerio más moderado presidido por Casa-Irujo; publicándose (1.º de Mayo de 1824) una llamada amnistía, que contenía tantas excepciones que suponía una confirmación de la persecución. Pero por pequeña que fuese esta concesión, destruyó el partido reaccionario. El hermano de Fernando, Carlos, y su esposa María Francisca de Braganza, se habían distinguido desde la restauración por su ostentosa piedad y adhesión á la Iglesia. Fueron ahora adoptados por la sociedad del «Angel exterminador» y por los frailes más fanáticos, como los jefes del partido avanzado de reacción y de la resistencia á toda moderación. Fernando hizo lo que pudo por convencer á este partido de que sus verdaderas simpatías estaban de su parte, como indudablemente lo estaban. Todos los reaccionarios más violentos fueron recompensados pródigamente; se dieron títulos de nobleza, tales como marqués de la Lealtad, de la Fidelidad, de la Constancia, del Real Aprecio y otros por el estilo, á hombres que se habían distinguido en la persecución de liberales; pero, por otra parte, el fa-

natismo de D. Carlos era más del gusto de los avanzados que la fingida prudencia del rey, y en adelante se agruparon todos los elementos de reacción no comprometedora alrededor del heredero presunto y de su irascible esposa.

Después de algunas semanas de empleo, el nuevo ministro, Casa-Irujo, murió (Enero de 1824), y fué sucedido por el conde de Ofalia, cuyo puesto, como ministro de Justicia, ocupó Francisco Tadeo Calomarde, de quien hemos hablado, como secretario de la regencia nombrada por Angulema en Madrid. Calomarde era un humilde jurisconsulto que había salido del servicio doméstico y sin poseer talento especial; era dócil, despreocupado y ambicioso. Había mudado de casaca varias veces, y en este período era considerado como un reaccionario extremado; pero consiguió desde entonces ejercer completo predominio sobre el rey, que conservó hasta la muerte de Fernando. El secreto de su éxito era adivinar, si fuese posible, la opinión del rey sobre los asuntos, y luego presentarla como suya. Sabiendo, como sabía, que el vasto plan de Fernando era equilibrar al partido extremo contra los moderados, organizó un sistema completo de espionaje doméstico, que le puso en condiciones de tener al rey informado de las acciones secretas de todos los hombres; y como se supo que él mismo pertenecía, en realidad, al partido de D. Carlos, estaba en buena situación para aconsejar á Fernando cómo debía ponerse de parte de la moderación para agradar á las potencias aliadas sin desviar á los elementos del «apostolicismo» en España.

El gobierno francés vió con manifiesto disgusto los procedimientos de Fernando. Se comprendió que una reacción brutal como ésta acabaría por hacer

impopulares á todos cuantos habían contribuido á producirla, y Luis XVIII pasó de persuasiones á amenazas, y más de una vez el comandante en jefe francés en España, Bourmont, fué ácremente censurado por su señor y por Chateaubriand, por no poner fin á un régimen así mediante la fuerza, lo que indudablemente hubiera hecho si hubiese sido algo más que un reaccionario. Fernando atendió á todas las exigencias de Francia por lo que se refería al pago de sus gastos de guerra, á la mediación del gobierno francés en el asunto del levantamiento de las colonias americanas y después del libre comercio con ellas; pero cuando se llegó á mitigar la furia de reacción en España misma, llegó á un límite del que los extremistas que rodeaban á D. Carlos no podían pasar sin efectuar una revolución. Con la caída de Chateaubriand (Julio de 1824) desapareció una de las principales influencias moderadas, y el primer ministro español, Ofalia, pronto cedió el puesto á Cea Bermúdez, á quien el partido «apostólico» consideraba como uno de los suyos.

Pero el nuevo ministro había vivido mucho tiempo en Londres como embajador y desconcertó á sus protectores, adoptando la política de lo que se llamó «despotismo ilustrado»; y en esto le secundó Calomarde por motivos diplomáticos de prudencia. Un infructuoso intento de algunos refugiados en Gibraltar para llevar á cabo el levantamiento (Agosto de 1824), dió á los reaccionarios una excusa para exigir mayor severidad contra los que eran sospechosos de liberalismo, aunque todos los hombres distinguidos relacionados con la pequeña insurrección, en número de treinta y seis, que cayeron en manos de José O'Donnell, fueron fusilados, y el resto (ciento) llevados ante los tribunales. Se olvidaron los consejos menos bruta-

les de los últimos meses, y de nuevo escandalizó á la humanidad la despiadada severidad de la persecución aplicada á los que eran secretamente denunciados. Una ligera palabra, casi una mirada en algunos casos, condenaba á pobres hombres ignorantes y mozos al patíbulo inhumano, y apenas hubo ciudad en España que no estuviese otra vez amenazada por crueldad digna de un Nerón. La muerte de Luis XVIII dejó á Fernando libre de la principal influencia moderada que tenía que respetar, y desde entonces reinó el despotismo puro y simple con escasos signos de «ilustración», que el primer ministro se alababa de introducir en él.

Con ayuda de Calomarde, del feroz ministro de la Guerra, Aymerich, y del jefe de policía, Rufino González, establecióse ahora un verdadero reinado del terror, en que el espionaje doméstico se hizo general, y casi todos los ciudadanos de la nación fueron clasificados y vigilados. La mera posesión de algunos libros ó periódicos impresos ó introducidos en España durante el período constitucional, se consideró como un crimen y se dieron las órdenes más estrictas en las aduanas para impedir la importación de libros extranjeros de cualquier clase. Mas á pesar de toda esta severidad y vigilancia, Fernando no se veía seguro en su trono, empapado de sangre. El ejército francés, á instancias suyas, había aplazado más de una vez su partida, para servirse de su auxilio si fuese necesario, y, finalmente, á últimos de 1824, se convino entre los dos gobiernos que 35.000 soldados franceses quedarían en España indefinidamente y serían pagados por el Erario español, sobrecargado.

Cea Bermúdez, el primer ministro, hizo cautamente lo que pudo por templar la furia del rey y de sus con-

sejeros, y Ballesteros, el ministro de Hacienda, también trabajó con algún éxito por reorganizar su departamento en sentido ilustrado; pero con Calomarde, Aymerich y González al lado del rey, las cosas iban de mal en peor. Ni siquiera á los soldados y á los estudiantes de universidades se permitía conservar sus posiciones en los regimientos ó en las clases hasta que un examen inquisitorial hubiese demostrado que no estaban impregnados de liberalismo; el Código penal era casi pueril en su violencia y mezquindad, y para coronar la situación, Fernando juzgó necesario publicar un manifiesto especial (Abril de 1825) en que declaraba con vehemencia que nunca consentiría en la más leve alteración ó diminución de su absoluta soberanía, ni permitiría que se estableciesen en España cámaras ó instituciones de ninguna especie. El más furioso de los perseguidores era un hombre llamado Chaperon, presidente de la Comisión militar de Madrid, cuyo nombre ha sido adoptado por los españoles como típico de la época, y la «época de Chaperon» todavía es recuerdo de estos tres meses de horror. Ni los miserables más sanguinarios del reinado francés del Terror sobrepujaron á este hombre, que estaba presentado por el partido de D. Carlos como un juez modelo y que condenaba á señoras de buen nacimiento, á jóvenes y muchachas de tierna edad y á dignos ciudadanos á rudos trabajos en las galeras, al calabozo ó al cadalso, por sospechas grotescamente insignificantes.

Por fin, Cea Bermúdez dijo francamente al rey que estaba en camino de la ruina, y hasta Calomarde se asustó, ante los extremos á que era llevada la severidad, y de aquí resultó un cambio de política (Junio 1825). Aymerich y los avanzados fueron despedidos, y

Cea Bermúdez nombró un ministro de la Guerra más moderado; los terribles consejos de guerra locales fueron abolidos; y por una vez, las cosas tomaron un cariz más bonancible. Pronto los reaccionarios exaltados clamaron que Fernando estaba otra vez manejado por los francmasones, y el turbulento guerrillero Bessières, un francés que había pertenecido á todos los partidos, pero que ahora era juguete de los «apostólicos», alzó la bandera de rebelión contra los moderados, y fué secundado por un buen número de voluntarios realistas. Pero las tropas regulares no se le unieron, y los partidarios de Bessières en la corte le abandonaron. El rebelde fué perseguido con cruel severidad por el conde de España, francés también á pesar de su nombre, y él y sus oficiales fueron fusilados en el sitio donde se les capturó (Agosto de 1827). No cabe duda de que el levantamiento de Bessières se intentó que formase parte de una vasta insurrección á favor de D. Carlos; pero fué ahogada al nacer. Fernando siguió otra vez su política acostumbrada, de esforzarse por conciliar al partido de su hermano con la renovada persecución de los que eran sospechosos de liberalismo, y los métodos más benignos de Cea Bermúdez fueron por una vez desechados, cayendo el mismo primer ministro y siendo reemplazado en Octubre de 1825 por el fanático duque del Infantado, bajo cuyo gobierno prosiguió de nuevo la obra infernal de la persecución sin freno, hasta su retirada, un año después.

En un sistema de gobierno como éste, la libertad y la vida de cada ciudadano particular estaban á merced de espías y enemigos secretos, y no sólo los liberales, sino todos los hombres de opiniones moderadas miraban con horror una política que estaba enaje-

nando la confianza pública, paralizando el progreso nacional y exponiendo á España al indignado oprobio del mundo civilizado. Algunos de los españoles más respetados en el extranjero, como Flores Estrada, en Londres, y Javier de Burgos, en París, se aventuraron á discutir con Fernando, pero sin resultado; y en Enero de 1826, el coronel Bazán, que había desembarcado en Alicante con setenta compañeros, en la creencia de que los liberales de la localidad se le unirían, hizo un intento de revolución armada. Mas las persecuciones habían intimidado al pueblo, y Bazán y toda su fuerza fueron presos y fusilados.

Por otra parte, los realistas avanzados que seguían á D. Carlos, fingían estar todavía descontentos con lo que consideraban como moderación de Fernando. La guerra civil hacía estragos en Portugal, donde el rabioso absolutista D. Miguel estaba disputando la sucesión de su sobrina D.ª María y una monarquía moderada bajo la égida de Inglaterra. Fernando estaba, naturalmente, á favor de D. Miguel; pero no se atrevió á ayudarle declaradamente, porque España no estaba en condiciones de entrar en guerra con la Gran Bretaña, y el ejército español, al mando de Sarsfield, fué colocado en la frontera portuguesa, con orden de mantener estricta neutralidad. El estúpido partido ultra-realista, ciego á toda consideración que no fuese su exaltado fanatismo, no se contuvo por más tiempo. En 1827 se propagó por toda España un manifiesto de la *Federación de realistas puros*, abogando por la elevación de D. Carlos al trono. Convino á Calomarde suponer que esto, en realidad, venía de los liberales, y las persecuciones contra ellos arreciaron más que nunca; pero, al chocar con los acontecimientos, pronto hubo que renunciar á este pretexto, por-

que antes de fines de verano, la mayor parte de Cataluña estaba en rebelión declarada, y en Manresa se estableció una especie de junta de gobierno absolutista revolucionario, con el ostensible objeto de librar á Fernando de la cautividad en que se decía le retenían liberales y francmasones disfrazados. Los frailes eran el alma de esta rebelión, y el nombre de D. Carlos era el que les servía de divisa en el combate, aunque personalmente estuviese lejos.

Por todo el norte de España, en aquellas regiones que no habían olvidado su independencia de Castilla y todavía suspiraban por su antigua autonomía, Castilla, Aragón y Navarra, la insurrección se propagó rápidamente, favorecida por el carácter montañoso del país, y Fernando se vió forzado á personarse allí y convencer á los insurrectos de que estaba en libertad. Desde Tarragona publicó un vigoroso manifiesto diciendo á los *apostólicos* que sus métodos eran tan malos como los de los liberales, y ridiculizando el aserto de su actividad. La rebelión estalló inmediatamente, y aunque Fernando había prometido perdón á todos, faltó á su palabra, como acostumbraba, y la mayoría de los jefes fueron fusilados. Para poner las cosas á un mismo nivel bajo este aspecto, el feroz conde de España, comandante en jefe de Cataluña, sobrepujó todos los esfuerzos hechos anteriormente, aun en este sanguinario reinado, en su despiadada crueldad contra los que eran sospechosos de opiniones liberales ó denunciados por tenerlas. Sin proceso ni formalidad de ningún género, familias enteras fueron encerradas en inmundos calabozos, mezcladas con ladrones y asesinos, por la delación secreta de un enemigo ó de un espía. Desnudadas, robadas, insultadas y maltratadas estas pobres criaturas, muchas veces inocentes por

completo, llegaban en muchos casos á la inanición ó al suicidio, mientras que á las demás, desesperadas, se las mandaba á morir en los establecimientos penales de Africa, ó eran fusiladas y después colgadas en hilera de altas horcas á presencia del mismo conde de España. Este fué el punto culminante de la persecución, porque en el resto de España prevaleció mayor tolerancia después del regreso del rey de Cataluña, ahora que los absolutistas avanzados, así como los liberales, habían recibido su terrible lección.

En Mayo de 1829 ocurrió un suceso que llenó de esperanza á los amigos de D. Carlos y de la ciega reacción. La marchita, pálida y menuda reina consorte, Amalia de Sajonia, había disfrutado de poca salud por algún tiempo; oscurecida por sus dos turbulentos é imperativos hermanos políticos, era un cero en la corte de su marido. Su muerte, sin hijos, pareció asegurar el pronto advenimiento de D. Carlos; porque Fernando, aunque sólo tuviese cuarenta y cinco años de edad, estaba gotoso y decaído. Su vida había sido de mucha relajación, y se juzgaba improbable en alto grado que se casase de nuevo ó, en todo caso, que tuviese sucesión. Será necesario examinar brevemente los caracteres de las dos mujeres que en esta ocasión, y durante algunos años siguientes, ejercieron tanta influencia sobre el porvenir de su nación y cuyas intrigas y ambiciones han dejado tras sí una cosecha tan abundante de disturbios y miserias.

María Francisca de Braganza, la esposa de D. Carlos, era una señora altiva é imperiosa, de exagerada piedad personal y aspecto arrogante y hombruno, que siempre ejerció gran influencia sobre el rey, que había profesado gran afecto á la hermana de ésta y su segunda esposa. Ella, y en realidad todo el resto de la

corte, se inclinaba á tratar con cierto desdén á la familia del hermano menor del rey, D. Francisco de Paula, á quien se creía hijo de Godoy, y á quien la Constitución de Cádiz excluyó al principio de la sucesión. El infante Francisco no guardaba la más ligera semejanza con sus dos hermanos, que eran enérgicos; era una persona de dotes muy inferiores, y había suspirado casi patéticamente por la popularidad con cordialidad afectada y simpatías democráticas. Su esposa, Carlota de Nápoles, era una joven vehemente y enérgica, cuyo orgullo había quedado profundamente herido con la equívoca y denigrante posición de su marido en la corte, y el aire de superioridad indulgente con que le trataban D. Carlos y su esposa. Por eso se había mantenido, como era natural, lo más lejos posible del fanático partido conservador, de que D. Carlos era jefe; y aunque nadie se hubiera atrevido á insinuar que Francisco y Carlota eran liberales, llegó á reconocerse que eran menos violentamente reaccionarios que el infante mayor y su esposa.

Inmediatamente después de la muerte del rey, ambas señoras comenzaron á intrigar para sus propios fines. Fernando era gurrumino y susceptible, y pronto se puso de manifiesto que no se contentaría con quedar solo, como el partido de D. Carlos había esperado. D.ª Francisca y su hermana, la princesa de Beira, tenían candidatos particulares; pero D.ª Carlota tenía una hermana más joven que ella y muy hermosa, cuyo retrato fascinó al rey; y, con gran indignación del partido «apostólico», Fernando decidió casarse con María Cristina de Nápoles, su sobrina.

Mucho antes de que la joven prometida se presentase en España, el partido carlista comenzó á propalar las más viles calumnias para hacerla impopular.

Se atacó su carácter personal, se la presentó como una reformadora ardiente é irreligiosa, y así, la violencia de los avanzados hizo que la nueva reina dependiese irresistiblemente de sus adversarios, cualquiera que fuesen sus opiniones privadas. Al pasar por Francia fué saludada por los referidos políticos españoles, que imploraron su intercesión para que se les permitiese volver á la patria. Su porte era en extremo atractivo y gracioso, y prometió á los desterrados que les ayudaría, promesa que cumplió mucho mejor que Fernando la suya en ocasión semejante. Su viaje por Barcelona y Valencia hasta Aranjuez, donde celebró los desposorios con D. Carlos, como delegado del rey, el 8 de Diciembre de 1829, fué una carrera triunfal. Su juventud, su belleza y su gracia, cautivaron todos los corazones; y cuando entró en Madrid algunos días después, vestida del azul celeste que desde entonces fué siempre el color de su partido, con su marido, que cabalgaba al lado de su carruaje, el pueblo comprendió que una nueva era comenzaba para España. Esta risueña muchacha nunca protegería, seguramente, la sombría crueldad que había llevado á miles de españoles al destierro ó á la muerte; al lado de Fernando, ella sería—pensábase con razón—un contrapeso á las dos clases de estúpidos reaccionarios, que alternativamente dirigían los consejos del «rey absoluto».

A medida que el ánimo de los liberales se levantaba, la irritación de los carlistas crecía. Antes de muchos meses tuvo el rey esperanzas de sucesión, y la real familia todavía más, conservando ahora á duras penas una apariencia de mutua cortesía. Si el vástago esperado salía varón, la causa de D. Carlos y de los reaccionarios tomaba mal aspecto, y todas las perspectivas del partido estaban concentradas en el presenti-

miento de que saliera una niña. Pero D.ª Carlota y la joven reina, que ejercían ahora un predominio absoluto sobre Fernando, se determinaron á poner las cosas de su parte á toda costa y á emplear cualquier medio para conseguirlo.

En las primeras páginas de este libro se ha dado cuenta de la extraña acción de Carlos IV en 1789, suplicando secretamente á las Cortes que acordasen la abolición de la ley sálica en España, y dejando luego de dar ratificación al acto publicándolo como decreto. Los documentos de las Cortes de 1789 habían reposado pacíficamente desde entonces hasta la época que ahora nos ocupa; pero ocurrió á los consejeros de la reina que la «Pragmática Sanción», dada, pero no publicada, por Carlos IV, podía ahora ser desenterrada y promulgada por su hijo; en cuyo caso D. Carlos sería sucesor por la falta de salida para el rey y la reina. Los procedimientos del partido reaccionario ya habían desagradado á Fernando; y D.ª Francisca, su altanera hermana política, había sido forzada por las princesas napolitanas, más astutas, á ponerse de su parte, de modo que no era difícil persuadir al rey de que decretase la sucesión de su hijo, cualquiera que fuese su sexo. El servil Calomarde, aunque odiaba y temía el liberalismo, tuvo miedo de ofender á la reina; se conquistó á Grijalba, ministro y miembro influyente de la camarilla de Fernando; y el 31 de Marzo de 1830, España quedó asombrada al ver que los heraldos publicaban, á la antigua usanza, la «Pragmática Sanción» restaurando la antigua ley de sucesión en España, de acuerdo con la petición de las Cortes de 1789.

La furia de los carlistas y de los reaccionarios, después de esta treta, fué ilimitada. D. Carlos, indignado, negó el derecho del rey y de las Cortes á privarle de

su sucesión, conforme al decreto de Felipe V en 1713, estableciendo la ley sálica, y en esto le apoyaban los legitimistas franceses. Pero el legitimismo en la misma Francia estaba bamboleándose bajo Carlos X y Polignac, y pronto el advenimiento de un rey constitucional, Luis Felipe (Agosto de 1830), alentó todavía más la esperanza de los liberales españoles. Las cosas, sin embargo, iban demasiado aprisa y demasiado lejos para Fernando, que no deseaba ponerse en franco antagonismo con el partido reaccionario. Temía al liberalismo francés, y con característica imprudencia se negaba á reconocer el *fait accompli* en Francia, mientras que Calomarde, deseoso todavía de mantenerse en buenas relaciones con sus amigos carlistas, se permitió cerrar los colegios y las universidades y declarar que la educación era el mayor castigo para el pueblo, contrapesando las cosas con el establecimiento de una gran escuela de tauromaquia en Sevilla bajo el patronato real.

Luis Felipe se ofendió, como era natural, con la actitud de Fernando, y ofreció auxilio á los desterrados españoles en Francia é Inglaterra para establecer en España una monarquía electiva limitada como la suya. Los desterrados se reunieron prontamente en París, pero su liberalismo era de varios matices. Habían llevado consigo á su destierro las divisiones y celos, la turbulencia é impaciencia que habían causado en 1820 la ruina del gobierno constitucional. Ya unas pocas semanas antes de la caída de Carlos IX, había salido de Londres una expedición española que las autoridades inglesas desorganizaron; pero la ayuda prometida por el nuevo rey francés, llevó á Alcalá Galiano, Mendizábal, Mina y otros jefes á Francia, donde establecieron una especie de gobierno provisio-

nal para España en Bayona, formado por Cayetano Valdés, Calatrava, Istúriz, Vadillo y Sancho, siendo nombrado el general Mina general en jefe de las fuerzas liberales armadas. Antes de que se organizase la invasión de España, los turbulentos generales y coroneles que habían de tomar parte en ella, se querellaban entre sí, negándose varios de ellos á reconocer á Mina como jefe; pero al fin, la mayoría de los insurrectos consintieron en su jefatura, y el gran guerrillero tomó el mando supremo. Pero la división y las rencillas personales ya habían hecho su obra, y los liberales en España estaban lejos. Mientras Mina entraba en Navarra, otras fuerzas independientes de él, que recibían su dirección de otro gobierno revolucionario, presidido por el general Torrijos, en Gibraltar, penetraban por diferentes puntos de la frontera. Con una fuerza total de solo 2.000 hombres, seis cuerpos de ejército, mandados por otros tantos generales independientes, invadieron á España; y como era de suponer, en tales circunstancias, el resultado fué un quiebra total. Mientras que habían estado disputando, las tropas del gobierno se habían reunido para salirles al encuentro; las gentes del país los miraban con timidez, porque se había publicado un decreto especial condenando á muerte á todo el que diese refugio ó alimento á los revolucionarios; y hasta los que se comunicaban por cartas con algunos de los desterrados, fueron sujetos á brutales penalidades. Los liberales invasores pronto fueron vencidos, y los que escaparon con vida sufrieron terribles penas antes de que pudiesen volver á cruzar la frontera é internarse en Francia.

Pero una derrota como ésta no desanimó el ardor liberal, porque toda la tendencia de Europa, en 1830, era hacia la libertad y la manumisión de los pueblos;

y el general Torrijos, desde Gibraltar, en aquel mismo año, publicó un manifiesto revelando á los españoles la tiranía que sufrían y llamándoles á las armas. La noche del 28 de Enero de 1831, Torrijos desembarcó, con 200 compañeros, cerca de Algeciras; pero se vió obligado, por un gran número de tropas, á reembarcar apresuradamente para Gibraltar; y sus amigos hicieron en otras partes otros intentos igualmente infructuosos. Los que eran sorprendidos en armas, fueron inmediatamente fusilados; y estas invasiones constantes, despreciables y mal planeadas, dieron á consejeros reaccionarios que estaban cerca del rey, y especialmente á Calomarde, nueva excusa para poblar el país de espías é informadores y castigar despiadadamente á las víctimas de delación privada, por medio de los consejos de guerra restaurados y de los voluntarios realistas. Por una palabra impensada ó un gesto inocente fueron conducidas al patíbulo muchas personas, y de nuevo vivían mujeres y hombres en el cotidiano temor de la muerte por una ofensa desconocida, como la de Mariana Pineda, una señora de Granada, que fué ahorcada por trabajar en una pieza de bordado que los espías dijeron estar destinada á una bandera liberal.

Cuando Fernando hubo aceptado lo inevitable y reconocido á Luis Felipe, este último volvió la espalda á los desterrados españoles, y nada tuvo que temer el «rey absoluto» de la frontera francesa. Pero Torrijos y sus amigos, en el refugio seguro de Gibraltar y con la simpatía inglesa de su parte, estaban todavía en peligro. Calomarde sugirió al rey un plan digno de él para disponer de estos enemigos del despotismo. El instrumento había de ser el general González Moreno, gobernador de Málaga, que en tiempos antiguos había

tenido amistad con Torrijos. Este hombre se aproximó al jefe liberal por medio de espías, señalados por su descontento con la reacción, y su espontaneidad en cooperar con sus fuerzas á un levantamiento, si los insurrectos desembarcaban en Málaga. Los amigos y colegas de Torrijos, Calderón y Golfin, ambos ex miembros de las Cortes, le avisaron de la posibilidad de una traición; pero nada disipó la confianza de Torrijos en su antiguo camarada. Desembarcando cerca de la ciudad en dos pequeños buques (4 de Diciembre de 1831), sólo con cincuenta y dos acompañantes, Torrijos comprendió que había caído en una trampa y se vió forzado á rendirse á Moreno. En vez de fusilarlos en el sitio, como permitían hacerlo los decretos, este último—indudablemente por instrucciones de Calomarde—se determinó á dar una lección ejemplar á las equivocadas víctimas de su traición. El 8 de Diciembre, la *Gaceta de Madrid* comunicaba á los súbditos las «felices nuevas» de la captura de Torrijos y su partida, y se jactaban de la clemencia real en condenar sólo á todos aquellos que habían de ser fusilados; ni aun exceptuando á los marineros que habían tripulado los barcos. Torrijos y sus oficiales, con el viejo paisano Calderón, nunca habían dudado de su suerte; pero algunos de sus acompañantes habían soñado que al menos se les perdonarían sus vidas; con todo, cuando llegaron á Málaga las terribles noticias, estaban todos á punto de perecer, no hubo timidez, y todos los cincuenta y tres marcharon á su muerte todavía confiados en un porvenir dichoso para una España libre cuando el siniestro tirano muriese. Puestos en hilera los condenados, esperaron que su jefe mandase á los verdugos hacer fuego y murieron en el sitio, como las últimas víctimas liberales del pérfido

Fernando VII, que temblaban ahora al borde de su deshonroso sepulcro (1).

En la mañana del domingo 10 de Octubre de 1830, una multitud ansiosa de funcionarios esperaba en la antecámara de la habitación de la reina, en el palacio de Madrid, para escuchar lo más pronto posible si el hijo esperado del soberano era niño ó niña. De esto dependía mucho, porque D. Carlos y sus amigos no habían tenido en secreto la intención de resistir por la fuerza al advenimiento de una reina, y el nacimiento de una princesa significaba que la infeliz España estaba condenada á otra era de guerra fratricida, á menos que la «Pragmática Sanción», que alteraba la sucesión, fuese rechazada. Cuando, en conformidad con la antigua costumbre, la niña fué llevada á la antecámara sobre una bandeja de plata para ser presentada, el rey, en su impaciencia, no esperó á la satisfacción ocular, sino que llamó apresuradamente cuando la puerta se abrió: «¿Qué es?» «Una robusta infanta, Vuestra Majestad», fué la réplica, á lo que Fernando palideció y los amigos de D. Carlos triunfaron en toda la línea. Fernando, sin embargo, se alegró en exceso de su paternidad, desechó pronto recelos, si los concibiera, y abrumó á su esposa y su hija con demostraciones de afecto, ordenando que la pequeña infanta Isabel recibiese los honores de la sucesión á la corona y de princesa de Asturias.

La reina Cristina, segura ahora del afecto de su

(1) El delator de Torrijos, general Moreno, fué desde entonces conocido siempre por «el verdugo de Málaga», y cuando á su vez fué desterrado á Inglaterra y Francia, vió que todo hombre decente le volvía la espalda. Una de las víctimas fué un joven irlandés llamado Roberto Boyd, que contribuía con dinero para la expedición.

marido, no perdió oportunidad de congraciarse con el pueblo. Su juventud y sus atractivos, unidos á la impresión general de que su influencia se ejercía de parte de la conciliación, la hicieron en extremo popular. Hizo, además, lo que pudo por atraer á sí al ejército; sabiendo que la mayoría de los 200.000 voluntarios realistas armados, particularmente los que estaban en el Norte, se opondrían á cualquier concesión al liberalismo. El día del nacimiento de la infanta (10 de Octubre de 1830), la reina envió á los representantes del ejército algunas banderas, que ella misma había bordado, y en su discurso á los generales, y en su manifiesto á las tropas, se cuidó de hacer resaltar el hecho de que iban en defensa de «mi muy querido esposo, Fernando VII, y *sus descendientes*». Así iban disponiéndose las fuerzas por ambas partes, y hasta en el gabinete de ministros se definieron marcadamente dos partidos: el primero, compuesto de Salmón y Grijalba, que estaba tímidamente de parte de la reina, mientras que Calomarde, ministro de Gracia y Justicia y el obispo de León estaban por la reacción y por D. Carlos, el ministro de Hacienda, Ballesteros, se mantenía aislado, por precaución, y trabajaba con éxito sin igual en reformar su departamento y equilibrar la renta y los gastos nacionales (1).

(1) El laborioso Ballesteros consiguió, por primera vez en muchos años, nivelar el presupuesto. Apenas había un barco, excepto algunos guardacostas; y estando en paz la nación, el coste de la escuadra era pequeño; redujo los gastos á la menor cifra posible, y arrendando las aduanas y el impuesto sobre líquidos, evitó algunas de las enormes mermas en la recaudación, y reprimió algo el contrabando, casi universal. Descargó al comercio de alguna de sus cargas, aunque los tejedores catalanes y valencianos todavía insistieron en una tarifa prohibitiva aplicada á los bienes ingleses. Dedicó una considerable suma para que se gas-

La muerte de Salmón, á principios de 1832, y la entrada del conde de Alcudia en su ministerio, dieron á Calomarde otro colega reaccionario y debilitaron el partido de la reina en un período crítico. La reina dió á luz otra hija en Enero de 1832; pero ahora era imposible conciliar el hecho de que Fernando decaía rápidamente, y de que no se esperase más sucesión de uno ni otro sexo. El rey tenía sólo cuarenta y ocho años; pero la vida había perdido para él su sentido. Siempre había sido jocoso—si no obsceno—con los que le rodeaban, y gustaba de oir los escándalos y habladurías de la capital; pero ahora, como tantos otros de su raza, cayó en una apatía desesperante, de la que nada le sacaría. En Julio fué al palacio de la Granja, acompañado por su esposa é hijos, y por D. Carlos y su esposa y su hermana política, la princesa de Beira. D. Francisco y D.ª Carlota estaban en su casa de campo, cerca de Cádiz; porque ahora que la batalla estaba ganada y la «Pragmática Sanción» había sido promulgada, D.ª Carlota no tenía necesidad especial de quedar en la corte y sujetarse á las cotidianas burlas de su orgullosa hermana política portuguesa. El haberse roto la lanza del coche real camino de la

---

tase anualmente en caminos y canales; promovió una exposición industrial en Madrid, é hizo á Cádiz puerto franco. Ahora se pagaban puntualmente salarios é intereses sobre la Deuda, y el surtido español se había elevado á un alto precio en los mercados. Mas, á pesar de todos los esfuerzos de Ballesteros, la administración financiera todavía se encontraba en pésimo estado, lo cual se comprenderá cuando se considere que el presupuesto de 1828 ascendió sólo á 4.500.000 pesos fuertes, aunque el pueblo estaba gravado por grandes impuestos. Las importaciones en 1832 sumaron sólo 270.000 pesos fuertes, y las exportaciones á 160.000 pesos fuertes; pero el comercio de contrabando debió haber excedido enormemente á estas sumas.

Granja, causó al rey un fuerte golpe en la cabeza, del que sufrió mucho; y algunas semanas después se le encontró desmayado ante el altar de la capilla, donde había estado rezando.

En todo Julio y Agosto creció la ansiedad á medida que Fernando se ponía cada vez más débil, y las angustias que sufría con la gota hacíanse cada vez más intensas. La reina Cristina le cuidaba con incansable esmero, no abandonando apenas su cabecera noche y día. Era muy joven y se inquietaba vivamente, encontrándose en una posición más difícil; pero deseosa de hacer bien, aunque los intereses de su hija quedasen comprometidos. El 17 de Septiembre se creyó que el rey estaba moribundo, y la reina mandó por Calomarde, para preguntarle qué medidas debía tomar inmediatamente después del fallecimiento de su marido. El ministro era astuto, y aunque reaccionario furioso, se había empeñado, y no sin éxito, por quedar bien en la opinión de la reina, que interpretaba su brusquedad aragonesa como un signo de honradez.

Calomarde se aprovechó de esta ocasión. La reina no era más que una muchacha inexperta, sin amigos á su lado, y la respuesta que Calomarde dió á su pregunta fué que, en el momento en que el rey muriese, toda la nación, los voluntarios y el ejército, se declararían á favor de D. Carlos, y que el único recurso que quedaba á Cristina y á su hija era esforzarse en conciliar al infante de antemano, asegurándole un puesto en el gobierno. En consecuencia, el rey firmó un decreto nombrando regente á Cristina durante su enfermedad, con D. Carlos como primer consejero. El infante se burló de la idea, como Calomarde supo que lo haría, y cuando se le ofreció una regencia en co-

mún, dijo con altanería al emisario de la reina que obtendría la sucesión de la corona por derecho divino y que no aceptaría menos del gran destino á que Dios le había llamado.

El rey se empeoraba de hora en hora, y Calomarde, el obispo de León, el conde de Alcudia y, sobre todo D.ª Francisca, describieron á la atribulada esposa y madre los horrores y la efusión de sangre que seguirían al intento de colocar en el trono á su hija, todavía niña. Durante toda la noche, cuando el rey aparentemente yacía moribundo, hubo deliberaciones, y á la mañana (18 de Septiembre), Fernando llamó á Calomarde y con timidez le preguntó lo que debería hacerse para evitar el desastre que amenazaba á su nación y á sus hijos. Calomarde replicó: «O debe rechazarse la *Pragmática Sanción* ó España se inundará de sangre.» La reina, llorando á la cabecera del lecho, rompió en esta exclamación: «¡No, no! ¡Eso no! ¡Todo menos eso! No debe haber efusión de sangre»; y el rey, tímidamente respondió que si ésta era la única alternativa firmaría la revocación de la «Pragmática Sanción»; «pero os mando, añadió, que no lo sepa nadie hasta que se hayan cerrado mis ojos; no debe publicarse hasta entonces ni salir del Ministerio de Gracia y Justicia.» A las seis de la misma tarde los ministros se reunían alrededor del lecho con el breve decreto escrito por Calomarde revocando la «Pragmática Sanción» del 19 de Marzo de 1830, alterando la ley de sucesión. «Está bien», dijo Fernando cuando se le leyó; la reina misma tomó una pluma, y un instante después el triunfante D. Carlos era el heredero legal á la corona de España.

Secretas como eran estas transacciones, la victoria de la reacción pronto se hizo pública, porque don

Carlos y su esposa no ocultaron su gozo. Pero el país se conmovió profundamente; los liberales y moderados, durante los dos últimos años, habían concebido nuevas esperanzas de que llegase á su fin el sombrío despotismo que estaba destruyendo á España; de que la joven reina, dependiendo de la voluntad de su pueblo como auxilio, inauguraría una nueva era que pondría á la nación al nivel de los demás pueblos civilizados del mundo; y ahora todas sus esperanzas quedaban destruidas por una oscura intriga de palacio. Murmullos y amenazas, hasta partidas congregadas de la nación, probaron que los liberales no cederían sin previa lucha; y Calomarde, temiendo por el precioso documento que daba la corona á D. Carlos, sólo envió copias á los ministerios, confiándose el original al cuidado del presidente del Consejo de Castilla, con órdenes expresas de que no se rompiese el sello hasta que el rey hubiera muerto, y se hubiese mandado una autorización. Poco después de firmar el decreto, Fernando cayó en un sopor y se declaró que se le había extinguido la vida.

Ya D. Carlos era saludado como majestad, y se dieron órdenes para que fuese publicado el decreto. El partido reaccionario estaba en el apogeo de su júbilo, cuando llegó á palacio la noticia de que los operarios ocupados en amortajar el cuerpo del rey habían visto que estaba vivo. En su precipitación, algunos miembros del partido carlista ya habían puesto algunas copias manuscritas de su precioso decreto á las puertas del palacio; pero fueron arrancadas precipitadamente, y como por milagro el rey se alivió con rapidez.

Las noticias del peligroso estado de Fernando y las intrigas de sus enemigos habían llegado á oídos de la

infanta Carlota, que se encontraba en Andalucía, y, sin perder un momento, con toda rapidez corrió á visitar á su hermana en la Granja. Con gran placer encontró al rey vivo todavía y se puso á trabajar con toda su imperiosa energía por deshacer el mal que se había hecho. No había quien la resistiese; supo por la reina los detalles del caso, y su primer cuidado fué arrancar el decreto de manos del presidente del Consejo de Castilla. Era un documento ministerial secreto de suprema importancia nacional, á la que no tenía sombra de derecho, pero cuando se excitaba era un marimacho que no sufría negativa, y casi atemorizó al exaltado funcionario judicial, abrumado por su violencia. Cuando le tuvo arrancado el precioso documento y lo hubo reducido á la nada, no tuvo tiempo de reñir á su hermana por su debilidad y luego la tomó con Calomarde. No anduvo en paliativos con él. El era un embustero, lindando en bribón; y ella tuvo el cuidado de hacerle sufrir con sus mezquindades (en lo que cumplía su promesa); y, cuando el infeliz estuvo bastante acobardado, acabó por darle un tremendo puñetazo en los oídos. En su disgusto y terror, el servil bellaco sólo pudo exclamar: «Señora, manos blancas no ofenden.» Esto era el 22 de Septiembre y la energía de la princesa cambió el aspecto de las cosas en algunas horas. El rey invalidó privadamente su revocación de la «Pragmática Sanción»; Calomarde (1) y todos sus colegas fueron deshonrados y

(1) El famoso Ministro de Gracia y Justicia recibió órdenes de Cristina para ser encarcelado en Menorca, pero consiguió escapar á Francia disfrazado, donde ofreció sus servicios á D. Carlos, que los rehusó. Nunca volvió á España, y murió en Francia en 1842. Su colega, el obispo de León, llegó á ser jefe del partido carlista.

expulsados (1.° de Octubre); se nombró un nuevo ministerio presidido por Cea Bermúdez, embajador en Inglaterra; se agruparon de todas partes amigos en torno de la reina, y el 6 de Octubre Fernando firmó un decreto nombrando á su «querida esposa» Cristina, única regente de España.

Desde entonces se deslindaron los campos. De una parte estaba la reacción, con el devoto D. Carlos y su altanera esposa, rodeados por frailes y serviles, y de otra estaba una mujer joven, encantadora, sagaz, graciosa, con una hija todavía niña, apelando al amor de la libertad, á las esperanzas de regeneración, á la caballerosidad y á la generosidad de todos los españoles, que estaban completamente idiotizados con la contemplación del pasado huido. La nueva reina regente no perdió tiempo para captarse la gratitud de aquellos de quienes había de depender en lo futuro. Las universidades, que habían sido cerradas por el despreciable Calomarde, fueron abiertas de nuevo por un decreto; todos los gobernadores generales de provincias y los jefes del ejército que habían sido nombrados por los «apostólicos», fueron reemplazados por hombres de carácter más elevado y progresivo, y, finalmente, se promulgó (15 de Febrero) una generosa amnistía para los liberales que todavía languidecían en la cárcel ó en el destierro. Enfermo como estaba todavía Fernando, fué capaz de contrariar algo los deseos de Cristina en este respecto, insistiendo en exceptuar de la amnistía á los que habían votado en Sevilla por el nombramiento provisional de una regencia (1823) y á los que habían reunido fuerzas para atentar contra su soberanía.

Algunos días después de la publicación de la amnistía, el rey estaba bastante bien para volver á Madrid,

y la reina fué acogida como la libertadora de un pueblo esclavizado, con júbilo ilimitado, por todo lo que había de prudente, moderado y progresivo en la nación. Felicitaciones, acciones de gracias y ardientes profesiones de adhesión fueron prodigadas sobre Cristina, en muchos casos por los que habían sido y habían de ser los mayores enemigos del progreso; pero por el momento, la corriente era tan impetuosa que lo arrastraba todo consigo. Aquí y allí, particularmente en Cataluña y en el Norte, se hizo alguna demostración de resistir á los mandatos de la reina, y se descubrió una conspiración entre los guardias de corps en Madrid, pero la nota discordante fué ahogada en un violento coro de alabanzas, y los carlistas, por el momento, fueron derrotados. Se creó un nuevo departamento de Estado para promover la industria, las comunicaciones y la instrucción, y todos los ojos miraban con esperanza al futuro, cuando la llegada de Londres del nuevo primer ministro, Cea Bermúdez (Noviembre de 1832), vino á trastornarlo todo otra vez. Había sido nombrado sin previa consulta, por haberse distinguido como más moderado que los hombres de quien se rodeó en su primer ministerio, pero su idea de un «despotismo ilustrado» recibió un duro golpe cuando vió cómo la reina había ido en dirección de la ilustración y cómo había desdeñado la parte despótica de la combinación.

Bajo su influencia, la Regente publicó un amenazador manifiesto, previniendo «á los hombres equivocados que pensaban que sus benéficas disposiciones tendían á suscitar esperanzas en un vago futuro», ó «que se atrevían á defender cualquier otra forma de gobierno que no fuese la monarquía pura y simple, como el rey la heredara de sus antepasados», porque sobre

sus gargantas caería el cuchillo suspendido, no importa quiénes fuesen ellos ó sus cómplices. Se envió á todos los gobiernos extranjeros una nota en este sentido, y á la misma reina le hicieron comprender el rey y Cea Bermúdez que había ido demasiado lejos en sus concesiones á los liberales. Los ministros de Gracia y Justicia (Cafranga) y de la Guerra (Monet), que comprendían, como Cristina, que cuando llegase el momento todo el partido conservador se uniría á don Carlos, disintieron de su jefe y fueron despedidos; pero la reina les dió importantes puestos, y, por lo que á ella se refería personalmente, no dejó en secreto que sus simpatías estaban ahora con el partido progresista.

El último día del año 1832 fué públicamente anulada por el rey la revocación de la «Pragmática Sanción», con toda la solemnidad y formalidad de que era posible revestir la ceremonia, y ésta fué la última gota en el cáliz de la paciencia carlista. El solemne decreto de revocación demostró que, en su aparente agonía de muerte, Fernando había sido vendido por los traidores al firmar la revocación, para sus espantosos fines personales. Le habían desobedecido y engañado, decía, y los denunciaba y declaraba la revocación absolutamente nula. La consternación y la cólera se apoderaron de los reaccionarios. D.ª Francisca, que había formado una especie de gobierno provisional, compuesto del obispo de León, el general de los jesuítas, José O'Donnell y otros, y había comenzado la organización del partido para la resistencia, no esperó más tiempo, sino que se decidió á dar el golpe. En Enero el rey se hizo otra vez cargo del gobierno, aprobando todos los actos de Cristina como regente, y ésta fué la señal para una rebelión convenida entre

los realistas voluntarios en la ciudad de León, á la vista del turbulento obispo; pero la admirable firmeza del general Castañón y la actividad del gobierno provincial sofocaron la insurrección. Al mismo tiempo se efectuaron tentativas de motines en Barcelona, Toledo y en otros varios sitios, pero siempre con el mismo resultado, aunque obispos, curas y frailes, casi á una, predicaban la rebelión. Al fin el gobierno de Fernando perdió la paciencia; «se permitió» á don Carlos y toda su familia visitar Portugal por dos meses (Marzo de 1833), y la desavenencia entre los hermanos se hizo mayor, mientras Fernando, bajo el influjo de la reina, se determinaba con más firmeza á que le sucediese su hija.

En la antigua iglesia gótica de San Jerónimo, antes pegada al palacio del Buen Retiro, que ahora ha desaparecido, la princesa de Asturias, aún niña, recibió el juramento de fidelidad á las Cortes el 20 de Junio. No eran ya las Cortes democráticas de 1812 ó 1820, sino la antigua Cámara, compuesta de diputados de las ciudades privilegiadas en unión de los prelados y grandes congregados en aquella ocasión. Por espacio de tres meses antes, los preparativos habían ocupado todos los espíritus y nada se omitió que la riqueza, el arte ó la previsión imaginasen que había de añadir esplendor á la ceremonia. Madrid se convirtió, de la prosaica ciudad de hoy, en una escena encantada de la Edad Media. Resucitáronse antiguas glorias, por mucho tiempo olvidadas, y en toda la nación se unieron la pompa y la munificencia caritativa para esculpir favorablemente en todas las clases el nombre de Isabel, la niña heredera á la corona de España.

Un distinguido personaje estuvo ausente de los festejos. Fernando escribió á su hermano Carlos supli-

cándole lealmente que viniese y jurase fidelidad á la princesa niña, pero el infante se negó firme, aunque bondadosamente. «Ni mi conciencia ni mi honor me permitirán hacerlo, escribía; mis derechos á la corona son tan evidentes, faltándoos descendencia masculina, que no puedo desconocerlos.» Y cuando se efectuó la gran ceremonia presentóse una protesta en nombre del hermano del rey, Carlos, que reclamaba para sí la herencia. Esto era una franca rebelión, después de la cual no eran posibles ulteriores negociaciones, y Carlos recibió órdenes perentorias de su hermano para que abandonase á Portugal y se retirase á los Estados Pontificios. Contemporizó y prevaricó todo lo más que pudo, y al fin dió una respuesta que terminó toda comunicación con Fernando. Portugal, gracias á las expediciones enviadas de Inglaterra al mando de Mendizábal y el almirante Napier, se había declarado por la causa constitucional, siendo expulsado de Lisboa y Oporto el absolutista D. Miguel. La respuesta definitiva de don Carlos á su hermano fué con el objeto de que abandonase á Lisboa cuando D. Miguel la reconquistara; lo que quería decir, en realidad, que nunca hasta que á él le pareciese bien. Con esto, la guerra civil amenazaba inevitablemente á España; lo nuevo y lo viejo, la luz y las tinieblas estaban una vez más en lucha sobre el suelo español por su eterna contienda. El 29 de Setiembre de 1833 se dió el golpe por tanto tiempo esperado, y Fernando VII murió de apoplejía. Dos días después se leyó públicamente su testamento, donde se vió que dejaba á su viuda Cristina por tutora de sus dos hijas, y reina gobernadora de España durante la menor edad de Isabel II.

Considerada desde cualquier punto de vista, la muerte de Fernando fué el fin del antiguo régimen

en España. Toda su vida se negó á conceder algo, excepto por la fuerza, al espíritu moderno, que exigía para el pueblo una voz en su propio gobierno. Era un déspota puro y simple. Algunas veces era benévolo de una manera sardónica como cuando avergonzaba y ponía en la picota, según le gustaba hacer, á algunos de sus corrompidos y pomposos funcionarios, por quejas de un humilde litigante; pero en ideas y en carácter pertenecía al siglo XVI más bien que al XIX, y era imposible para otro soberano comenzar donde él acabó. Este hecho fué el que quitó fuerza al carlismo como movimiento nacional desde un principio, porque aunque el infante tenía de su parte á la mayoría de las clases oficiales y del clero que no deseaba innovaciones, la nación, al fin, ardía en deseos de progreso, mientras que las fuerzas dispuestas contra él eran, y son, locales y fragmentarias.

Desgraciadamente, la ciega política de Fernando había sacrificado ó condenado al destierro á la mayoría de los hombres de ideas realmente progresistas; y los que rodeaban á su viuda, aunque ilustrados en comparación de ministros como Calomarde, eran todavía rígidamente conservadores, y tímidamente trataban de conciliar á la reacción mientras que efectuaban un cambio revolucionario en la sucesión. Esta ceguedad ante los hechos evidentes, este aborrecimiento de apelar con franqueza al auxilio popular, esta ansia eterna de antiguos métodos despóticos por un gobierno cuya existencia estribaba en oponerse á las doctrinas del pasado, fué lo que influyó mucho en la larga agonía que después afligió á España. D. Carlos representaba un sistema anticuado y desacreditado, que ninguna nación ilustrada hubiera sufrido por un corto espacio de tiempo, y el rumbo prudente hubiera sido

para Cristina haberle dejado en posesión de los elementos reaccionarios, mientras que ella llamaba á su lado las fuerzas de la libertad, la expansión y el progreso. En el capítulo siguiente se verá que, bajo la desconfiada dirección de Cea Bermúdez, tomó el camino opuesto con malos resultados.

VII

GUERRA Y ANARQUÍA

Todo el activo reinado de Fernando VII, desde su vuelta á España, en 1814, hasta su muerte, en 1833, había sido una horrible pesadilla nacional, con la dudosa excepción de los pocos años febriles de gobierno constitucional que siguieron al levantamiento de Riego. La historia no recuerda ingratitud más negra que la que recibió la nación del rey, y en especial, aquellos de sus súbditos que eran favorables al progreso y á la ilustración. Mientras estaba postrándose vilmente á los pies del extranjero que quería apoderarse de su nación, mientras vivía con perezosa complacencia en Valencay ó traficaba miserablemente con el trono de sus antepasados, los españoles de toda clase de opiniones, y por cierto que los progresistas, no menos que otros, gastaban todas sus energías, sacrificaban la comodidad, los bienes y la vida misma por conservar intacto el reino para el idolatrado Fernando. Hemos seguido paso á paso los acontecimientos de la indigna vida del rey, y cómo recompensó á sus paisanos por sus heroicos esfuerzos en favor suyo, y hemos visto, de paso, los esterilizadores efectos de un régimen como el suyo sobre la situación social, financiera é industrial del país.

Estos lamentables efectos continuaron hasta la muer-

te del rey. Es cierto que la renta y los gastos se equilibraron merced á los cuidados de Ballesteros, pero la misma renta era miserablemente escasa—mucho menos que lo había sido cincuenta años antes—y todo era pobre, parsimonioso y menguado. El único comercio que florecía era el contrabando (1); los caminos estaban infectados de ladrones; la semi-inanición era casi universal; la capital misma se hizo proverbial por su suciedad, su falta de policía decente y la triste negligencia de sus trajes. Ni esto sería de extrañar cuando todos los hombres de buena ilustración y de buena conducta, que no habían sido condenados al cadalso por la brutal infatuación del rey y la codicia persecutoria de los fanáticos, pasaron su vida en inmundos calabozos ó sufriendo las privaciones del destierro. Hombres como el conde de Toreno, Quintana, el duque de Rivas, Canga Argüelles, Agustín Argüelles, Martínez de la Rosa, Calatrava, Muñoz Torrero y Nicasio Gallego, eran la sal de la nación, y cuando ellos, y miles como ellos, hubieran desaparecido, era natural que su país se hundiese en el lodo.

Esto hubiera sucedido aun cuando Fernando hubiese escogido los hombres mejores que encontrase en las filas de los ultraconservadores, porque el período era por antonomasia período de progreso para toda Europa; pero, como ya se ha indicado, le ayudaron en su

(1) Para demostrar cuán poca ayuda prestó Fernando á los esfuerzos de su ministro de Hacienda, cuenta Mesonero Romanos que Ballesteros, con grandísima dificultad, indujo al rey á visitar la humilde Exposición de industrias españolas que el primero había organizado. Cuando el rey entró en la sección dedicada á tejidos catalanes, la industria manufacturera más importante de España, volvió la espalda y se negó á tomar interés por lo expuesto, diciendo: «¡Bah! Eso son cosas sólo de mujeres.»

política muchos ministros que hubieran sido considerados como burdas caricaturas, si hubiesen representado su papel en una ópera bufa, como Lozano de Torres, Escoiquiz y Mozo de Rosales. Y no era éste todavía el abismo más bajo. La *camarilla* secreta, que hacía y deshacía ministerios con acompañamiento de cigarros y groseras chanzas, estaba compuesta de hombres ignorantes y necios reclutadores de las clases más bajas de la sociedad: Ugarte, un muchacho ex vagabundo, *Chamorro,* un aguador, y así otros; y era inevitable que bajo el influjo de tales hombres y tal rey España retrocedería, como lo hizo, á los tiempos de oscurantismo en una época en que todas las demás naciones vibraban con nuevas esperanzas y aspiraciones, en la juventud del que, evidentemente, estaba destinado á ser el siglo de las luces.

En medio de una sociedad oprimida por una censura digna de los días de Felipe II y obligada á la servil observancia de formas religiosas que, en la mayoría de los casos, encubrían delicadamente odiosa inmoralidad é incredulidad impúdica, es de suponer que el desarrollo intelectual de España en la última mitad del reinado de Fernando fué tan rigurosamente constreñido como al principio. Con la muerte de Maiquez, hasta la gloria del teatro español se había eclipsado por algún tiempo, y la ópera italiana de segunda clase, así como las despreciables traducciones del francés, llamaban más la atención que el drama clásico. No faltaban, sin embargo, jóvenes de genio que esperaban la libertad de pensamiento para ejercitar sus dotes. Bretón de los Herreros (1) y Gil y Zára-

(1) Bretón de los Herreros ganó su primer éxito en 1828, con *A Madrid me vuelvo,* pero no se hizo célebre hasta el último día del año 1831 con su hermosa comedia *Marcela.*

te (1), aunque estorbados por los que les rodeaban, ya habían producido algunas comedias que prometían su futura grandeza, mientras que Espronceda, Serafín Calderón *(El Solitario)*, Ventura de la Vega, Fermín Caballero, Mesonero Romanos, Larra y otros escritores, después famosos, ya desplegaban sus alas para tomar más libre vuelo cuando los tiempos mejorasen.

Con todo, el movimiento intelectual, tal como era, estaba muy dominado por la influencia francesa; las comedias más populares eran adaptaciones del teatro francés hechas por Grimaldi, mientras que la única prosa legible permitida por la censura eran dulces sátiras sociales y descripciones locales escritas con arreglo á modelos franceses (2). En años pasados todos los españoles, menos los que defendían decididamente el oscurantismo, habían pensado que la muerte de Fernando daría nuevas posibilidades de progreso, no sólo para la literatura y la sociedad, sino también para los intereses políticos y materiales; y los hombres ilustres que todavía estaban desterrados, así como los amigos de la ilustración que había en España misma, espiaban, conteniendo la respiración, los primeros actos de la reina regente después de la muerte de su marido, en la ferviente esperanza de que indicarían un cambio completo de política.

Amarga fué su decepción cuando se publicó el ma-

(1) Gil y Zárate comenzó su gran carrera por esta época con las ligeras comedias tituladas: *Un año después de la boda, El Hombre de mundo, Cuidado con las novias*, etc., pero después se hizo ilustre en el drama histórico.

(2) Estos bosquejos se publicaban, por lo común, bajo pseudónimo. Los más importantes eran de Calderón *(El Solitario)*, Larra *(El pobrecito hablador)* y Mesonero Romanos *(El curioso parlante)*, publicándose todos en una especie de periódico llamado *Cartas españolas*.

nifiesto de la regente á su pueblo, el 4 de Octubre. No se hacía concesión alguna á la libertad ni á las exigencias del progreso moderno, ni una palabra de llamamiento á los liberales para defender el trono de la reina-niña contra las huestes del despotismo dirigidas por su tío; nada más que un desatentado esfuerzo por ganar á su causa á los reaccionarios mediante un firme juramento de que nada se cambiaría en la forma ni en el espíritu de las leyes fundamentales de la monarquía; «y de que no se permitirá ninguna innovación, por atractiva que pueda parecer al principio». «Transmitiré á la reina, continuaba, á quien la ley lo ha dado, el cetro de España intacto y entero, como la ley lo ha transmitido.» Este comienzo de mal agüero produjo su efecto natural, alejando á los liberales, y sin atraer á los reaccionarios, que ya se habían pasado al campo de D. Carlos. Si el despotismo había de ser la forma de gobierno, cualquiera que fuese el soberano que se sentase en el trono, los liberales y sus amigos no estaban dispuestos otra vez á exponer sus vidas por cuestión de personas y la victoria de D. Carlos era una conclusión prevista.

En realidad, no se trataba ya de una disputa á la sucesión del trono; era una cuestión de principios muy divergentes; y la ceguedad de Cea Bermúdez en alejar así al único partido de que la reina dependería en cualquier caso, demuestra qué poco habían penetrado las necesidades y aspiraciones del pueblo los estadistas conservadores, aun los más avanzados. No estaban mejor acondicionados que el mismo Cea para ayudar á la regente los miembros del Consejo nombrados por voluntad del rey. Eran respetables medianías del partido conservador más moderados: el duque de Medinaceli, el duque de Bailén (general Cas-

taños), el marqués de Santa Cruz, D. Francisco Caro, D. José María Ruiz y el conde de Ofalia; y aunque de todas partes de España llegaban noticias de que se había alzado el estandarte de la rebelión al grito de «¡Viva Carlos V!», y hasta en el mismo Madrid el pretendiente era aclamado por partidas armadas, el Consejo y el ministerio insistían en su quimérico programa del «despotismo ilustrado», del cual la ilustración era el cebo y el despotismo el anzuelo visible.

Antes de que hubiesen pasado muchos días, hízose evidente que aquella situación no podía continuar. Los generales en las provincias daban cuenta de que el pueblo se negaría á pelear contra los carlistas, á menos que se hiciesen algunas concesiones en sentido constitucional. Algunos de ellos, en especial Quesada y Llauder, dijeron francamente á Cristina que su sistema no ofrecía las garantías de libertad que los españoles tenían derecho á exigir, y que el trono de su hija no se sostendría si no se convocaba una Cámara representativa. Cristina cedió de mala gana. Extendió la amnistía á la mayor parte de los liberales que quedaban; pero ahora era demasiado tarde para estas medidas á medias. El carlismo se propagaba y organizaba rápidamente, mientras que las masas, desilusionadas con la acción de la regente, se negaban á moverse; y las tropas de la reina no notaron signos de entusiasmo por su causa. A fines de año se vió con evidencia que la política debía cambiar de una vez ó Isabel II cedería el puesto á Carlos V; y Cea Bermúdez, que había caído antes en una ocasión porque era demasiado liberal para el rey, fué ahora despedido porque no era bastante liberal para la situación.

El nuevo primer ministro era el ilustre literato Martínez de la Rosa, cuyo fogoso liberalismo había

decaído considerablemente con los años, y que había sido tan atacado por los radicales exaltados de 1823 que ya desconfiaban de él. Indudablemente, había aprendido en su largo destierro que la libertad era una planta de pausado crecimiento, que necesitaba mucho cultivo antes de llegar á la madurez. Ahora vió con certeza que la Constitución en extremo democrática de 1812 era un paso demasiado atrevido para que lo diese el absolutismo de Fernando VII, y desechó toda intención de resucitarla. Era, sin embargo, necesario que se diese satisfacción de una vez á la exigencia pública de un sistema más democrático que el de Fernando VII, si había de resistirse al carlismo; y Martínez de la Rosa puso manos á la obra con cautela. La censura de la prensa fué sobremanera aligerada; se permitió á todos los desterrados liberales volver y se restauraron sus propiedades, é hiciéronse algunas reformas en la administración; pero el ministro, conocedor de la extravagancia é indisciplina de la primera Milicia Nacional, desconfió de un paisanaje armado, y limitó las nuevas fuerzas auxiliares que habían de luchar con los carlistas, á lo que llamaba una Milicia Urbana, reclutada en un número estrictamente limitado de ciudades y con ciertas condiciones de edad y situación para los miembros. Todo esto estaba muy bien como comienzo, pero faltaba satisfacer la exigencia de alguna forma de gobierno representativo.

Era evidente, desde un principio, que el ministerio no intentaría volver á las Cortes de 1812 y 1820, y para salvar las apariencias y hasta para cumplir requisitos modernos, intentóse injertar un nuevo sistema en la masa de formas antiguas y desusadas que habían regido los parlamentos de los primeros tiempos. La

tarea era difícil y en aquellas circunstancias imprudente. La representación popular en España era mucho más antigua que el despotismo que la había suprimido, y el intento de resucitar la primera en su antigua forma, mientras se conservaba al último mucho de su poder, engendró la convicción natural de que el trono estaba restaurando de mala gana, como último recurso, los derechos que había arrebatado al pueblo en sus días de vigor.

La grave objeción al «Estatuto» ahora promulgado (Abril de 1834), fué que, en vez de ser discutido y adoptado por una Cámara representativa y constituyente de cualquier clase, era ofrecido por la corona como una dádiva, para que se aceptase sin discusión ni enmienda. Las pruebas de adhesión á las antiguas leyes eran un mero pretexto, aunque se conservasen nombres antiguos en lo posible; porque los varios parlamentos que antiguamente se congregaban tenían Constituciones muy desemejantes, y cada uno había variado en gran manera con las diferentes épocas; pero se creyó que la nueva Constitución sería aceptada más fácilmente si se presentaba como una resurrección de antiguas libertades, y se hizo intencionada tentativa.

La Constitución decretada por Cristina en 1834 anuló casi todos los puntos peligrosos de la de 1812, y fué puramente monárquica en su tendencia. Había dos Cámaras llamadas *estamentos;* una compuesta de los prelados, grandes de España y pares de Castilla, que eran representantes por derecho propio, y un número ilimitado de funcionarios y otras distinguidas personas nombradas vitaliciamente por la Corona, exigiéndose á cada miembro un capital determinado para ser recibido. La segunda Cámara—de diputados—

constaba de 188 miembros, elegidos por distritos iguales de población, siendo la elección indirecta. En cada subdistrito, los consejos de la ciudad, y un número igual de los mayores contribuyentes, congregaban y elegían dos representantes para formar un colegio electoral en la capital del distrito, y éste colegio elegía los diputados. Los diputados habían de ser al menos de treinta años de edad y poseer un mínimum de renta independiente de 130 pesos por año, y las funciones de las Cámaras, que se reunían y votaban separadamente, estaban estrictamente limitadas á la discusión de asuntos que les sometía el gobierno del día, siendo convocado, suspendido ó disuelto el Parlamento á voluntad del soberano. En la práctica, el único privilegio incorporado que poseía el Parlamento era *presentar una petición* á la corona. Se verá que esto era una mera burla de una asamblea que no poseía poder alguno, iniciativo ni legislativo; ridículo anacronismo en una nación que había disfrutado ya de una Constitución tan democrática como la de 1812. Pero al mismo tiempo se aceptaba alegremente como un anuncio de una medida más amplia en lo porvenir, y como prenda de que se había abandonado en la realidad el inmovible despotismo de Fernando.

Algunos liberales descontentos se apaciguaron con esto, y el ministerio se encontró en situación de captar amistades á la reina en el extranjero. D. Carlos había compartido su suerte con el pretendiente portugués, D. Miguel, que defendía opiniones semejantes, y esto, naturalmente, puso á Inglaterra de parte Cristina, que representaba una causa análoga á la de D.ª María de la Gloria, reina portuguesa. El rey constitucional de los franceses, Luis Felipe, se opuso también al Borbón absolutista D. Carlos, y se firmó

en Londres un tratado por el cual Cristina y María de la Gloria habían de unir sus fuerzas contra los dos conservadores y ultracatólicos infantes Carlos y Miguel, mientras que Inglaterra había de ayudarlas con una escuadra y Francia había de darles auxilio moral. Este tratado fué acogido por los liberales españoles más cordialmente que la nueva Constitución, porque aseguraba á la nación la alianza de las dos grandes potencias constitucionales de Occidente, y su resultado inmediato fué que D. Miguel abandonase la lucha y que él y D. Carlos saliesen de la Península (1).

Un día ó dos después de la muerte de Fernando, se habían llevado á cabo en muchas partes de España pequeñas y parciales sublevaciones, siendo la primera la dirigida por el administrador de correos de Talavera, á la que siguieron levantamientos en Bilbao, Vitoria, Logroño, Valencia y otros sitios; pero en su mayor parte fueron sofocados sin dificultad por las tropas

(1) Firmóse el tratado en Abril de 1834; pero D. Carlos había sido rudamente acosado por las tropas de Cristina antes de entonces. Había hecho más de una tentativa por vencer con su presencia personal á las tropas del general Rodil en la frontera portuguesa, y á duras penas había escapado con vida. Acompañado por su familia, fué perseguido de ciudad en ciudad, refugiándose muchas veces en las montañas para huir del peligro, seguido por las tropas de Cristina. Con la firma del tratado de Palmerston, la situación de D. Carlos en Portugal se hizo imposible, y embarcó en el buque de guerra inglés *Donegal,* el 30 de Mayo, en Lisboa, acompañado por el obispo de León y algunos generales, pero dejando tras sí á sus 380 oficiales y 800 soldados como prisioneros de guerra. El general Rodil, jefe de las tropas cristinas, se enfureció porque un barco inglés había librado á D. Carlos y protestó contra ello en vano. D. Carlos y su familia llegaron á Londres en Junio, y, como se verá después, huyeron otra vez á España al cabo de unas semanas.

de Cristina, y los promovedores fueron fusilados. En las Provincias Vascongadas, no obstante, había otras causas, además del fanatismo religioso, que mantenían viva la rebelión. Estas provincias, pobladas por una raza distinta de los españoles, con una lengua, una literatura y una historia aisladas, nunca habían formado parte de la monarquía española, sino que eran un dominio separado de que el rey de España era señor. Ninguna tentativa que se hiciese para dar á la nación instituciones parlamentarias unificadas asimilarían necesariamente el gobierno de las Provincias Vascongadas al resto de España, y esto lo sentían amargamente, y todavía lo sienten.

D. Carlos, representando el antiguo sistema, conservaría, como era natural, la autonomía y la independencia práctica de las provincias, mientras que un régimen liberal las fundiría en la monarquía constitucional. Por eso los vascos estaban de parte de D. Carlos con invencible tenacidad, como un solo hombre. El general Garsfield notificó al gobierno de la reina que debía disponer de 80.000 hombres para defender las Provincias, pero esto era imposible, y el general Rodil le sucedió en su puesto.

Desde entonces, en toda Vizcaya y Navarra hubo guerra á muerte entre carlistas y cristinos, estando al principio los últimos mejor organizados, y saliendo generalmente victoriosos; pero los primeros que caminaban sobre seguro, como montañeses, eran dispersados para reunirse inmediatamente con la casi inconcebible ligereza que sólo á ellos les era familiar. En estas circunstancias se puso al frente un jefe militar de primer orden, y hasta el día de su muerte siguió siendo el soldado principal de las filas carlistas. Fué

uno de los pocos grandes hombres de acción que España ha producido en este siglo.

Tomás Zumalacárregui era natural de Ormastegui, pueblo de Guipúzcoa, donde había nacido en 1788. Era hijo de un notario, y peleó como voluntario en toda la guerra de la Independencia. Aun entonces se opuso á la causa constitucional, y Fernando le dió después el empleo de gobernador del Ferrol, de cuyo puesto le depuso Cea Bermúdez. Poco después de la muerte del rey ofreció su espada á D. Carlos, y mandó su reducida fuerza en las Provincias Vascongadas y Navarra. Con prodigiosa energía y habilidad convirtió rápidamente á un millar de paisanos en una formidable fuerza de combatientes bien organizados, pero mal armados, y á principios del año 1834 pudo comenzar con actividad operaciones ofensivas en Navarra y Guipúzcoa.

Los legitimistas del Continente é Inglaterra habían estado ocupados desde un principio en organizar el auxilio diplomático y financiero para la causa carlista, y de Inglaterra se despacharon varios cargamentos de fusiles—destinados en su mayor parte á caer en manos de los cristinos—con el objeto de armar al ejército del pretendiente en España. Estas negociaciones se continuaron más activamente después de la llegada de D. Carlos á Inglaterra y la fructuosa inauguración de la campaña por Zumalacárregui. Entre los agentes del pretendiente, había un aventurero francés de dudoso carácter nombrado Auguet de Saint Silvaint, que emprendió la difícil tarea de sacar á escondidas á D. Carlos de Inglaterra para incorporarlo á su ejército en España. El mismo infante era hombre tardío é irresoluto, sin habilidad ni carácter, y á cada nuevo paso tenían que impulsarle su esposa y su her-

mana, la princesa de Beira, el único hombre de la familia, como se decía en aquella época; pero, al fin, llegó á ver que una tardanza más prolongada sería fatal á su causa y, gracias al ingenioso plan de Auguet, pudo escapar disfrazado y con pasaportes falsos, para unirse á Zumalacárregui en Navarra (1).

Vió que el genio del general había dado buena cuenta de los escasos recursos que le había enviado. Había establecido una junta regular de gobierno en Elizondo, con el cura Echevarría á la cabeza, y ya su fuerza constaba de doce batallones de infantería y cuatro regimientos de caballería con diez y ocho cañones, en Navarra; nueve batallones de infantería y uno de guías con un escuadrón de lanceros, en Vizcaya; seis batallones de infantería y cuatro de guías, en Alava, y tres batallones de infantería y tres de guías, en Guipúzcoa; en total, unos 35.000 hombres. Estos hombres eran, en su mayor parte, labradores y antiguos voluntarios realistas, encendidos en celo fanático por los sacerdotes de su país y por el miedo de perder su antigua autonomía. Hasta entonces habían servido á Zumalacárregui en incesantes ataques á las avanzadas, y las plazas había sido débilmente defendidas por los cristinos; pero su familiaridad con la región, su intrepidez y sobre todo su movilidad, habían asegurado, en la época de la llegada de D. Carlos, su posesión de un gran distrito montañoso de Na-

(1) Mientras vivió en Londres habitó en *Gloucester-Lodge-Brompton,* donde Canning había vivido primero; pero se disfrazó en casa de un legitimista francés, en *Welbeck Street*. Hizo el viaje por Brighton, Dieppe y París, llegando á Elizondo, en Navarra, el 9 de Julio. Se le suplicó que aceptase fondos, principalmente por parte de los legitimistas franceses. En Londres sólo fué visitado por los conservadores ingleses avanzados, como el duque de Cumberland.

varra y Guipúzcoa, lindante con la frontera francesa, que aseguraba una retirada segura en caso de necesidad, y la fácil comunicación con las huestes de los legitimistas y demás, que en el extranjero simpatizaban con su causa.

Así comenzaron siete años de abrumadora guerra civil, de la cual sólo pueden mencionarse aquí los acontecimientos más salientes. Durante todo el otoño, el general Rodil, jefe de la reina, gastó sus hombres y sus recursos en infructuosas marchas y contramarchas, empeñándose en copar á D. Carlos; pero todos sus esfuerzos fueron frustrados por la astucia de Zumalacárregui y la naturaleza de la comarca. Los cristinos caían en emboscadas, una y otra vez, y morían sin gloria, mientras que las fuezas carlistas eran siempre capaces de dispersarlos y eludir la persecución si su número no era excesivo. Las tropas cristinas flaqueaban y perdían la confianza, mientras que el nombre de Zumalacárregui infundía ilimitado entusiasmo en sus tropas; y con estos éxitos, la causa carlista cobraba cada día más vigor. Siendo éste el estado de cosas en el lugar de la guerra, echemos ahora una ojeada sobre la marcha de los acontecimientos en Madrid.

El 24 de Julio de 1834 la reina regente abría las nuevas Cortes, reuniéndose en esta ocasión los miembros de ambas Cámaras, y desde un principio se vió que, en realidad, no era más que una sombra del gobierno constitucional lo que había sido el sueño de tantos miembros distinguidos de la Cámara electiva en su destierro. Una vez más, el castigo de la irrefrenada elocuencia y de la vehemencia política demostró cuán difícil era librar, ni parcialmente, á un pueblo que había estado tanto tiempo en tensión. El cólera,

en una forma horrible, estaba devastando poblaciones enteras, y Madrid mismo fué sobrecogido de pánico por la peste. Algunos de los ignorantes oradores populacheros de la capital enfurecieron al pueblo, diciendo que la mortalidad provenía de que el agua estaba envenenada por los frailes, y se vió á un muchacho vaciando un paquete de polvos en la fuente de la Puerta del Sol. Se alzó un grito de venganza; los conventos de jesuítas fueron invadidos y degollados los que en ellos residían. Unos cien frailes fueron asesinados á sangre fría en la capital, mientras que las autoridades lo contemplaban y nada decían.

El diluvio de oratoria crecía más y más, mientras estos abusos proseguían. La réplica al discurso del trono fué discutida *ad infinitum* en la Cámara baja, con una vehemente determinación de arrancar del gobierno más concesiones á los principios liberales; y después de discutir un mes, presentóse á la reina una especie de «Proyecto de ley á los derechos», en forma de petición, exigiendo la libertad individual y la igualdad ante la ley, la inviolabilidad de la libertad, la libertad de la prensa, la plena responsabilidad ministerial y muchas otras cosas del mismo género, todo lo cual difícilmente podría negarlo Cristina en la posición en que se encontraba. El paso que se dió después fué rehabilitar á todos los funcionarios y oficiales que habían sido nombrados por el gobierno constitucional de 1820-23, y esta medida expansiva, aunque gravemente discutida por muchos, no podría ser lógicamente rehusada sin acusar al primer régimen liberal de ilegalidad.

La situación financiera del país se había hecho una vez más desesperada; y si D. Carlos había de ser vencido, debía conseguirse dinero. Se vió que la íntegra

renta anual que se recaudaba en la nación era de cinco millones de libras esterlinas, mientras el gasto del año era de ocho millones; y se propuso consolidar las varias deudas extranjeras del gobierno y obtener otro préstamo de fuera. Para elevar el crédito de la nación, el ministerio se propuso reconocer todos los empréstitos sacados en nombre de los primeros gobiernos; pero aqui tropezaron con resistencia determinada de la Cámara baja con respecto á un empréstito contraído por la regencia revolucionaria absolutista de Urgel, con el fin de trastornar á los constitucionales y libertar á Fernando. En este asunto, la Cámara popular tenía su método y era evidente ahora que el temido Martínez de la Rosa, por la creación, aunque fuese de esta pobre sombra de representación, había sacado á luz una fuerza que no reprimiría ni detendría en su carrera hasta que la liberación de los ciudadanos fuese completa.

Todos los proyectos del gobierno estaban rodeados de salvaguardias que los diputados sentían; el miedo á crear una fuerza popular armada para combatir á los carlistas excitaba la cólera de un pueblo, y la proposición de dotar á la familia real de la enorme lista civil de 545.000 libras (1) por año, una octava parte de la íntegra renta nacional, aumentó la desconfianza con que se miraba á Martínez de la Rosa. Hubo otras razones que atrajeron sobre Cristina la atención del pueblo. Inmediatamente después de la muerte de Fernando, se había tenido noticia de que un guardia de corps, joven y guapo, llamado Muñoz, estaba cons-

(1) La Cámara rebajó la suma á 450.000 libras, de los cuales 290.000 libras eran para la reina, de cuatro años de edad; 134.000 libras para la regente, y 36.000 libras para el infante D. Francisco.

tantemente á su lado, y en la primera revista que hizo después de su vuelta del Pardo, donde ella y su hija se habían recluido al propagarse el cólera, los súbditos se escandalizaron al ver al favorito cabalgando á su lado como un igual. Cristina era todavía una viuda fresca y rolliza, de treinta años, y los madrileños comenzaron á gruñir que esto era Godoy repetido. En vez de los «¡Viva la reina!» que se esperaban, se alzaron á intervalos gritos de «¡Viva la libertad!», cuando la regente y la reina paseaban por el Prado.

Entre tanto, la guerra iba mal para la reina en el Norte. La habilidad de Zumalacárregui y el entusiasmo de sus hombres habían cansado á las tropas cristinas; y Aragón y Valencia estaban infeccionadas del fervor absolutista. El plan de Zumalacárregui era ocupar todo el territorio norte del Ebro; y aunque podían resistirle las mejores fortalezas, la semi-bancarrota del gobierno de Madrid y la desconfianza del pueblo hacia Martínez de la Rosa, puso á las tropas de la reina en la imposibilidad de hacer otra cosa que estar á la defensiva. Este método irregular de guerrilla por partidas movibles, dirigidas por un maestro de estrategia contra cuerpos de ejércitos precipitadamente reclutados y mal proveídos, dirigidos á la manera antigua, había de continuar, como se verá, por un tiempo indefinido; y al fin, la señal de derrota en la rápida sucesión de los generales cristinos O'Doyle y Osma, cerca de Vitoria, agotó la paciencia de los amigos de la reina.

En este apuro, un nombre asomó á todos los labios. Si en España había quedado un hombre que infundiese valor y entusiasmo en los desmayados corazones de sus paisanos, era el héroe guerrillero de Navarra, Francisco Mina, condenado al destierro, que había

combatido á los franceses y á los reaccionarios con igual vigor. Pero Mina era un demócrata de demócratas, y Martínez de la Rosa temblaba ante la idea de poner en sus manos fuerzas que, si quisiese, le harían dueño de España. Mas no había alternativa y se nombró á Mina para hacer frente á Zumalacárregui. Su presencia en Navarra y sus ardientes frases dieron otro aspecto á las cosas por un breve tiempo. Pero ya no era el Mina de antes. Los sufrimientos y las privaciones habían destrozado su cuerpo de hierro y sólo podía dirigir la campaña desde su lecho de enfermo. La movilidad, que algún día fué su fuerte, le era ahora imposible; toda la provincia, por otra parte, estaba contra él en vez de estar de su parte, como había estado contra los franceses. El mismo día que tomó el mando vió que ni siquiera se podía conseguir combustible para guisar las viandas; tan riguroso era el bloqueo de Pamplona por Zumalacárregui; en realidad, todo faltaba; y el gobierno de tímidos doctrinarios y oradores que estaba en Madrid, era incapaz de suministrar provisiones para una campaña nacional.

La fuerza de Cristina constaba de tres brigadas en Navarra, al mando de los generales Lorenzo, Córdoba y Oraá, y dos en Guipúzcoa al mando de Espartero y O'Donnell, siendo el número total de hombres 25.000; fuerza del todo insuficiente para ocupar las provincias y defender la larga línea del Ebro. En respuesta á Mina, que pedía más hombres, el gobierno sólo le envió, como él escribía, «un batallón desequipado, sin oficiales, sin instrucción y, en su mayor parte, sin armas». En estas circunstancias no era sorprendente que Mina no tuviese más éxito que sus predecesores, y desde su lecho de enfermo rogaba que se le relevase

de su imposible tarea (Abril de 1835) y cedía su mando al general Valdés.

Estos repetidos desastres, y la disidencia siempre creciente entre la Cámara radical de diputados y el ministerio, hicieron cada día más insostenible la situación de Martínez de la Rosa, y el nombramiento del general Llauder, acérrimo reaccionario, para ministro de la guerra, completó la impopularidad del gobierno. Martínez de la Rosa, desde un principio, había hecho poco caso del levantamiento carlista, y sus mismas palabras se volvían ahora contra él. «Si era una cosa tan insignificante, ¿por qué no acababa con ella?», preguntaban sus enemigos. ¿O estaba, por ventura, en convenio secreto con D. Carlos? Todas estas dudas y descontentos reinaban en Madrid la noche del 17 de Enero de 1835, cuando una parte de la guarnición—el regimiento aragonés—al mando del ayudante Cordero, se amotinó y tomó posesión de la gran casa de Correos —ahora ministerio de la Gobernación—en la Puerta del Sol, y ante las intimaciones del capitán general de Castilla, Canterac para rendirse dejaron á éste muer-en la calle. Cuando el gobierno vió que el resto de las partes interesadas en el complot no se movían, dominó su primer terror, concentró todas las tropas de la capital en la Puerta del Sol y puso sitio al gran edificio de ladrillo rojo en que los amotinados se habían recluido. Tras algunas horas de ataque de fusilería y defensa del edificio, durante las que se vió claro que los amotinados contaban con las simpatías de una gran parte del pueblo, el gobierno se vió obligado á confesar su debilidad permitiendo que Cordero y sus hombres saliesen, á las tres de la tarde, con todos los honores de guerra y sin castigo. Después de esta demostración de impotencia, el ministerio de Martínez de la

Rosa perdió toda su influencia moral. Su resistencia á la extensión del gobierno parlamentario, sus esfuerzos por hacer ineficaz el Proyecto de ley de los derechos y el mal éxito con que dirigió la guerra, le hicieron imposible resistir á la tormenta de impopularidad que le abrumaba.

Valdés, el nuevo comandante en jefe del ejército del Norte, había sido derrotado por Zumalacárregui en Amezcoas en su primera batalla (21 de Abril) y la guerra tomaba cada día un carácter más sanguinario y feroz. Tan terribles fueron, en verdad, las atrocidades cometidas por ambos adversarios, que el gobierno inglés envió á lord Elliot y al coronel Gurwood á discutir con Zumalacárregui y Valdés sobre este asunto, obteniendo el resultado de que se firmase un tratado regularizando la guerra y previniendo que se perdonaría la vida á los prisioneros. La situación de la causa carlista era ahora más favorable. Sólo Inglaterra, Francia y Portugal habían reconocido á Isabel II y las potencias septentrionales estaban dispuestas á reconocer á su adversario si, además del territorio que defendía, tomaba posesión de una fortaleza de primera clase; en cuyo caso, se ultimaría también un empréstito que D. Carlos estaba negociando. Por eso, contrariando el consejo de su gran general, el pretendiente se decidió á atacar á Bilbao (1).

La plaza era enormemente fuerte, con una guarnición de cuatro mil voluntarios, además de la milicia y

(1) El plan de Zumalacárregui era marchar sobre Vitoria y Burgos, y así hasta Madrid, y si D. Carlos hubiese obrado á tiempo y hubiese consentido en alguna clase de gobierno representativo, hubiera sido bien acogido, porque en la capital reinaba completa confusión y se necesitaba con urgencia un salvador de la sociedad. Pero era tan ne-

cuarenta grandes cañones, y su rendición era la tarea más importante que los carlistas habian emprendido. El 10 de Junio de 1835, se inició el ataque de la artillería, y en la tarde del 14 dos batallones de infantería carlista marcharon, con increíble arrojo, á asaltar la pequeña brecha que se había hecho en las formidables murallas. Los mismos defensores se asustaron de tan temeraria intrepidez y gritaron antes de hacer fuego: «¿Adónde váis, estúpidos navarros?» «A morir», fué la respuesta acertada, porque la mayoría de los héroes murieron en la brecha y los demás sólo retrocedieron cuando Zumalacárregui les ordenó severamente hacerlo así. Al día siguiente (15 de Junio) el general carlista subió á un alto balcón del palacio de Begoña, situado en las afueras, desde donde se dominaba la ciudad, para indicar dónde podría efectuarse una nueva brecha y un nuevo asalto. El balcón estaba expuesto al fuego de fusilería, y los defensores distinguían fácilmente la persona y el traje de Zumalacárregui. Su presencia atrajo una lluvia de balas, una de las cuales le penetró en la pantorrilla derecha. No hizo caso de su herida, pero le incapacitó para el mando; y se convino en que el general volviese á su provincia á recobrarse. Pero los cirujanos españoles le trataron con ignorancia, y desconfiando del médico inglés que se había llamado, se negó á extraer la bala, hasta que sobrevino la inflamación y la fiebre, y Zumalacárregui murió en la aldea de Segama, en Navarra, el 23 de Julio de 1835. Era el único hombre de capacidad y de genio que la

---

gligente, estúpido y obstinado como lo había sido Fernando; estaba rodeado de necios reaccionarios y de frailes, y desperdició esta que era su gran ocasión, como lo hizo su nieto, en circunstancias semejantes, treinta y ocho años después.

guerra produjo, y su pérdida fué irreparable para D. Carlos. En realidad, era demasiado grande para los que le rodeaban, y por eso se hizo muy impopular entre los ministros de espíritu limitado que guiaban al pretendiente, y hasta este último estaba envidioso de su éxito y su poder.

Valdés, superado por completo y sin esperanzas de socorrer á Bilbao, se retiró hacia el Ebro y depuso su mando, ordenando á sus generales subordinados, Espartero y Latre, que retrocediesen también. Pero en esta coyuntura púsose al frente de las tropas cristinas el inevitable hombre de acción. A Valdés y á su sucesor La Hera, dió Baldomero Espartero la misma réplica. Se negó á retirarse é insistió que debía socorrerse á Bilbao (1). En esta época de perturbación y confusión, algo era que hubiese, en todos los acontecimientos, un español que demostrase carácter y fuera bastante audaz para sostener su opinión. Espartero era un hombre de poca habilidad y era tan honrado como dotado de vasta ambición, y tan firme como una roca. En estos momentos sombríos para la causa de la reina, surgió del lozadal de pereza, ineptitud y vil corrupción, y por pura energía de carácter, salvó la corona de Isabel II.

La determinación de Espartero decidió la cuestión de que Bilbao fuese socorrido á toda costa. Los habitantes de la ciudad y la guarnición combatieron con bravura, y la muerte de Zumalacárregui había priva-

---

(1) En la carta de Espartero á su jefe se contienen las siguientes enérgicas palabras: «¡No vaciléis un momento! Mas si, como espero no sucederá, despreciáis el consejo de vuestro amigo, este último tirará el fajín de general y detestará el nombre de español, mientras que vos os hundiréis para siempre en la infamia.»

do á los carlistas de espíritu y energía; por eso la aparición del ejército de la reina inclinó la balanza y el sitio de Bilbao se alzó en Julio de 1835. Este fué el primer gran golpe dado á la causa carlista. El pretendiente y sus agentes estaban en discordia unos con otros por sus negociaciones de empréstito, y ya un número considerable de los que habían abrazado la causa se disgustaban con la impenetrable estupidez de los ministros carlistas, que se negaban á hacer la más ligera concesión á las ideas modernas ó á reconocer la posibilidad de una conciliación. El mismo don Carlos era tan estúpido como los frailes que le rodeaban, y ahora que había muerto la dominadora doña Francisca, no había nadie que le excitase á la acción sostenida, ó que le recordase que estaba en el siglo diecinueve y no en el dieciséis.

Todas estas circunstancias hicieron marchar por otro lado la corriente del éxito carlista; pero la vigilancia perfeccionada de la causa de la reina no pudo salvar á Martínez de la Rosa, que estaba ahora á partir con las Cortes que él mismo había traído á la existencia. El ministerio dimitió en Julio, y el ministro de Hacienda, conde de Toreno, aceptó la difícil tarea de formar gobierno. Martínez de la Rosa era un poeta, un fastidioso aristócrata y un hombre honrado; pero, como tantos otros de sus paisanos, era arrastrado por su torrencial elocuencia y confundía las palabras con los hechos. Liberal por convicción, vió mejor que la mayoría de los hombres, qué propensa estaba España á lanzarse al abismo de la licencia con la más ligera manumisión de sus instituciones, y en vano se empeñó en parar el coche cuando lo iba dirigiendo. El veredicto que podemos darle, es que fué un ministro poco práctico, que creyó que satisfaría á los fogosos libe-

rales con un vano pretexto de libertad, mientras reconciliaba á los reaccionarios con su adhesión á nombres y formas olvidadas.

El conde de Toreno había sido aquel ardiente y joven demócrata que había implorado por vez primera la ayuda de Inglaterra en la gran lucha por la independencia española, pero también había aprendido mucho con los sufrimientos, la pobreza y el destierro. Era astuto y diestro y había sido popular, pero el haber aceptado el Ministerio de Hacienda en el gobierno de Martínez de la Rosa, fué causa de que también le mirasen con recelo los liberales de la Cámara. Trató de conquistarlos nombrando algunos colegas radicales, especialmente á Juan Alvarez Mendizábal, que tanto había hecho por asegurar la victoria del constitucionalismo en Portugal y ahora estaba formando una legión inglesa para ayudar á Cristina. Mendizábal era de origen judío, y estaba empleado en Londres cuando fué designado para el Ministerio de Hacienda en el gobierno de Toreno, pero antes de que llegase, los acontecimientos obligaron á los colegas á tomar una medida que había sido defendida durante muchos años, á saber: la reexpulsión de los jesuítas y la supresión de los monasterios ocupados por menos de doce hermanos. El gobierno tomó esta medida por los ataques á las casas religiosas y la matanza de frailes que hizo el populacho en Zaragoza y en otros puntos, en Julio; pero ya la llama había prendido y la concesión á las exigencias revolucionarias llegaba demasiado tarde.

El 26 de Julio se produjo en Barcelona un terrible tumulto. «¡Abajo los frailes!», fué el grito que corría de calle en calle, mientras se asaltaban y quemaban todos los conventos y eran degollados á sangre fría

los allí residentes. Llauder, el reaccionario capitán general, amenazado de muerte, huyó; y su sucesor en el mando, Bassa, conservador también, se esforzó en apaciguar la rebelión. Esto encendió la furia de los catalanes. Hasta entonces habían estado acechando como un solo hombre los habitantes de la ciudad; ahora, saliendo de los almacenes y tiendas, se congregaban en las calles, armados con las armas que podían coger. La milicia urbana se unió al populacho; intimó á Bassa á que se rindiese, y al principio se negó. El palacio fué invadido, Bassa fusilado después de haber prometido someterse, su cadáver arrastrado por las calles y finalmente quemado en una gran hoguera hecha con los archivos del Gobierno y otros bienes. La estatua de Fernando fué derribada y en medio de frenéticos gritos de: «¡Viva la libertad! ¡Viva Isabel II!», se alzó la efigie de su hija pequeña sobre el vacío pedestal; y luego, la plebe, ciega, sació su furia destruyendo la maquinaria, saqueando y quemando cuanto encontraba al paso.

El pueblo eligió una asamblea revolucionaria que tomó el mando supremo de la provincia, cuando se hubo restablecido algo la tranquilidad. El resto de Cataluña se unió, siguiéndola Andalucía. Los frailes fueron perseguidos en todas partes; reorganizóse la milicia, ahora llamada nacional, y ensordeció á Madrid la petición de que se reconociese francamente la libertad é igualdad de ciudadanía, y de que se trazase un sistema realmente representativo por una asamblea constituyente elegida. Hacia fines de Agosto de 1835, sólo había dos fuerzas dominantes en España: el carlismo y la revolución. El gobierno de Madrid y la reina regente se vieron obligados por el miedo á desarmar su milicia en la capital, y la anarquía reinó

como soberana. Toreno y sus ministros publicaron amenazadores manifiestos en nombre de la reina y declararon ilegal toda autoridad que no fuese la suya, pero no se hizo caso de ellos.

La revolución llegó á su auge cuando Mendizábal vino de Londres, en Setiembre, y en su primera entrevista con Cristina le dijo claramente que no formaría parte de un ministerio cuya única política fuese la resistencia. Debían hacerse olvidar los acontecimientos y tomarse una medida enérgica, ó todo estaría perdido. Algunos de los ministros querían dar todavía una batalla desesperada, pero Toreno, satisfecho de ceder el gobernalle, pronto abrió paso á Mendizábal, que compendió su plan político en estas palabras: «Olvido, respeto, reparación y reforma.» No perdió tiempo. En una elocuente carta á la reina le hablaba de sus trabajos y sufrimientos en el destierro, de las miserias y el desengaño de la nación ante las medidas de reforma que de mala gana se le habían concedido, de la necesidad de acabar la guerra civil y, sobre todo, de trazar un completo sistema representativo y financiero con arreglo al modelo de la Gran Bretaña, en el cual estuviesen igualmente definidos los derechos del soberano y del pueblo.

Las prudentes y audaces palabras de Mendizábal fueron como aceite echado en agua turbulenta. El gobierno de la reina iba ganando influjo en todas partes, fuera del campo carlista. Decretóse la libertad de la prensa, se rehabilitó la milicia nacional y fueron rigurosamente suprimidas todas las órdenes monásticas (11 de Octubre) (1). Todos los insurrectos fueron perdonados y se exigió á todo español varón

(1) A pesar de todos los anteriores ataques á las órdenes, había todavía 3.140 casas religiosas con 53.000 residen]

y soltero, desde los dieciocho hasta los cuarenta y cinco años de edad, que se pusiese á disposición del gobierno, para combatir á los carlistas, ó pagaría una multa de 40 libras esterlinas, medida que proporcionó al gobierno un millón de libras esterlinas en dinero contante y 100.000 hombres.

España estuvo de nuevo bajo el dominio de un hombre que no temía á la democracia; el «Estatuto» electoral de Martínez de la Rosa ya no se consideró suficiente, y se inventó, para reemplazarlo, otra constitución representativa. La Constitución de 1812 había dejado de satisfacer las necesidades nacionales, porque era demasiado amplia; la de 1834, porque era demasiado estrecha; ahora, Mendizábal trataba de dar con el justo medio. En la Cámara, lo mismo que en la nación, había muchos que temían mayor libertad, y para reforzar su ánimo el ministro exigió, desde el principio, un voto absoluto de confianza, que obtuvo, y luego comenzó la batalla de la franqueza. Los propósitos del ministerio eran en extremo moderados, pero aun así fueron vencidos por las intrigas de una mayoría conservadora, presidida por Martínez de la Rosa, que exigía votación directa y pequeñas asambleas, con un miembro cada una más bien que grandes distritos con varios miembros. Mendizábal hizo entonces lo que hubiera sido prudente hacer al principio: abandonó el intento de reconciliar á sus adversarios con medidas transigentes y disolvió los «Estamentos».

Fortificado por su voto de confianza, puso ahora manos á la obra de la reforma radical administrativa.

---

tes, de los cuales eran frailes 36.000. Mendizábal ordenó, en Febrero de 1836, que se vendiesen todas sus propiedades.

Se ordenó que fuesen investigadas y consolidadas todas las reclamaciones contra el gobierno. La deuda nacional ascendía ya á 84.000.000 de libras esterlinas y se imaginó un gran plan para ir pagándola gradualmente. Este plan había sido rudamente atacado como injusto é imprudente, y desde un punto de vista financiero, de fijo que estaba expuesto á graves objeciones. No obstante, como es la principal medida asociada al nombre de Mendizábal, puede describirse brevemente. Toda la propiedad del clero y de las órdenes monásticas, excepto las dedicadas á la caridad, fué declarada propiedad nacional (Marzo de 1836) y vendida á subasta en pequeños lotes (1), pagándose un quinto del dinero adquirido y el resto en plazos de ocho y diez y seis años, haciéndose el pago, ó en acciones de la Deuda nacional, ó en dinero, que el gobierno dedicaría á la compra del caudal que había de cancelarse. Por necesaria que pueda haber sido la medida, si se tienen en cuenta los motivos políticos—porque las órdenes monásticas habían empleado su riqueza en oponerse al liberalismo—fué nociva, porque puso enorme poder en manos de los especuladores de bolsa, del cual sacaron todo el partido que pudieron para subir los precios de los fondos del gobierno, con detrimento de las pobres personas que se veían obligadas á comprarlos en ciertas ocasiones para pagar sus plazos. El mismo Mendizábal reconoció este mal, y, en un período posterior, sustituyó el pago

(1) Ha de recordarse que el gobierno tomó por su cuenta el proveer de sustento á todos los frailes y clérigos que fueron desposeídos (*a*).

(*a*) Nótese la semejanza de este procedimiento con el empleado por la Constituyente en Francia. Véase la *Histoire Socialiste* de Jaurés: Tomo titulado *La Constituante.—(N. del T.)*

uniforme de dinero por plazos que se extendían hasta veinticinco años. A pesar de todo esto, y no obstante la situación anómala del país, sacáronse, desde 1836 á 1844, de la propiedad monástica, veinticuatro millones de libras esterlinas, é inmediatamente fueron cancelados cien millones de deuda y gasto nacional.

Cuando Mendizábal convocó las nuevas Cortes (todavía elegidas con arreglo al «Estatuto» de Martínez de la Rosa), á fines de Marzo, se encontró con una gran mayoría radical, pero pronto se vió con evidencia que sus medidas habían lastimado á algunos de los que habían sido sus amigos, y se organizó contra él una cruel oposición personal, particularmente por Istúriz, con quien se batió en duelo, y por Alcalá Galiano. Tenía consigo á la enorme mayoría de ambas Cámaras y á la nación, pero otra fuerza, además de la envidia personal, estaba conspirando contra su caída. Fácil es de suponer que Cristina no miraba con simpatía á un ministro radical que tenía el valor de sus opiniones. Se había rodeado de una *camarilla* casi tan mala como la de su primer marido. Muñoz, con quien ahora era evidente que se había casado—vivió con él durante el resto de su vida y de él tuvo una numerosa familia—evitó con discreción representar el papel de un Godoy, y políticamente se mantuvo en segundo término; pero la mayor parte de los que influían sobre la regente eran favoritos personales, modistas, damas de corte, curas y funcionarios palaciegos, que, como era natural, profesaban opiniones ultra-realistas. Mendizábal vió que se resistía á sus propósitos, y que la cuadrilla de palacio les servía de estorbo, é insistió en retirarse (15 de Mayo de 1836). La reina tenía un ministerio, presidido por Istúriz, dispuesto para reemplazarle. Las Cortes protestaron,

atacaron y traspasaron su derecho legal, á saber: el de presentar una petición á la corona, pasando votos de censura y otras cosas semejantes; pero el «Estatuto» daba al soberano el látigo, y, en medio de su indignación, el parlamento fué disuelto.

La guerra en el Norte continuaba, entre tanto, sin interrupción. La legión inglesa de 10.000 hombres, al mando del general De Lacy Evans, cuyos principales cuarteles estaban en San Sebastián, junto con las fuerzas auxiliares francesas y portuguesas, elevaron ahora el número de las tropas de Cristina á 80.000 hombres; y la actividad de Mendizábal en recoger dinero y tropas, había reanimado la esperanza del partido de la reina. Los constitucionales, en Inglaterra y Francia, todavía miraban con gran disgusto al carlismo, particularmente en vista de lo poco práctica que era la política de D. Carlos, y de su inicuo «decreto de Durango», ordenando que fuesen fusilados los extranjeros á quienes se hiciese prisioneros (1). Todavía estaban defendidas por las tropas de la reina todas las principales fortalezas, hasta las de Navarra y las Provincias Vascongadas, aunque los carlistas habían hecho otra heroica tentativa para apoderarse de Bilbao, tentativa que estaba á punto de lograr éxito cuando fué frustrada (Octubre de 1835) por las tropas al mando de lord John Hay. Pero otro jefe, casi de primera fila como guerrillero, surgió en el campo carlista, y puso en jaque á los cristinos. Ramón Cabrera, que reinaba como soberano en Aragón, había tratado de perfeccionar la organización en esta provincia, y por su actividad, crueldad (2) y astucia, tuvo á

(1) La consecuencia de esto fué que no hubo cuartel para los legionarios ingleses.

(2) Como simple indicación de la ferocidad que se des-

los cristinos recluidos la mayor parte del tiempo detrás de los muros de sus fortalezas, aunque en muchas ocasiones Espartero y Córdoba fueron derrotados en campo raso. Los sufrimientos de las tropas por ambas partes eran desgarradores. La legión inglesa especialmente, mal pagada, mal alimentada y en suelo extraño, asolada por el tifus, y fusilada sin piedad si era capturada, pasó por las más terribles privaciones, particularmente en su marcha desde Bilbao á Vitoria. Casi diariamente morían ó desertaban á centenares hombres y oficiales, y pronto se redujo su número á menos de la mitad de la tropa primitiva.

En la primavera de 1836 las fuerzas carlistas hicieron un esfuerzo decidido por poner sitio á San Sebastián, y el 5 de Mayo Evans efectuó una salida fructuosa con 7.000 hombres, mientras lord John Hay, con dos buques de guerra ingleses, bombardeaba el fuerte donde estaban situados los carlistas. El combate fué en extremo sanguinario, no dándose cuartel por ninguna de las partes; pero, finalmente, los carlistas cedieron y levantaron el sitio. Esto era un gran golpe para los carlistas; mas todavía el gobierro cristino estaba, en apariencia, tan lejos como siempre de dominar una rebelión tan formidable, en la que prácticamente todas las Provincias Vascongadas y Navarra estaban contra él, así como una gran parte de Aragón. Había sido un proyecto favorito de Istúriz, el primer ministro actual, invitar á Luis Felipe á restablecer el orden en el Norte, y el rey ciudadano ha-

plegó por ambas partes, es de recordarse que el general cristino Nogueras ordenó que se fusilase á la anciana madre de Cabrera en Febrero de 1836; en represalia por su crueldad, y como es de suponer, Cabrera se vengó ampliamente.

bía atendido de buena gana estos intentos, que podían asegurarle una futura reclamación á la gratitud de España. Lord Palmerston con Villiers, el embajador inglés en Madrid, tomó parte en la intriga y se aseguró la terca cooperación de Mendizábal. Mientras este último estuvo en el poder, el plan fué frustrado, y cuando Istúriz llegó á primer ministro, los asuntos del rey francés no se mostraban propicios á enviar un ejército á España; pero se permitió que numerosas tropas cristinas cruzasen una parte del territorio francés, con el fin de reforzar las fortalezas españolas en la costa de Vizcaya.

Aun así, temióse en Inglaterra que Luis Felipe concertase un matrimonio entre uno de sus hijos y la reina-niña Isabel, y en consecuencia, el gobierno inglés dió á Cristina auxilio más directo que antes, continuando simultáneamente en Madrid, Londres y París las intrigas de las dos potencias para ganar una influencia suprema en España. Con todo, Luis Felipe tuvo que representar un papel difícil, porque deseaba casar á alguno de sus hijos con las princesas católicas alemanas, y no se resignaba á ofender á las potencias legitimistas de que D. Carlos recibía auxilio; de suerte que, por una vez, en todos los acontecimientos predominó la ayuda inglesa á Cristina, aun cuando los moderados, que eran favorables á la influencia francesa, estaban en España en el poder.

Hemos visto que el partido de la reacción se había asociado, casi en masa, á la causa de D. Carlos, y que el trono de la reina sólo dependía de los que abogaban por el gobierno popular; pero pronto se hizo evidente que los constitucionales ostensibles estaban divididos entre los que querían dar al pueblo un real sistema representativo y los que deseaban satisfacerlo sólo

con la apariencia. Acaso fuese natural que Cristina y su camarilla de palacio se inclinasen á los últimos; y aunque todos, fuera de las filas carlistas, se proclamaban constitucionales, los «moderados» eran, para todos los fines prácticos, un partido puramente conservador y realista, y disfrutó en adelante del auxilio de la reina. El advenimiento de Istúriz fué seguido de la elección de unas Cortes conservadoras, de la dimisión de todos los funcionarios liberales avanzados y de una era de reacción.

Pero Mendizábal, el único político liberal de primera fila verdaderamente activo y hábil que había aparecido durante muchos años, era todavía extraordinariamente popular en toda la nación, y pronto estuvo todo el Sur de España en plena revolución contra el gobierno de la reina. Entre escenas de violento desorden y efusión de sangre, las autoridades de todas las grandes ciudades de Andalucía se declararon por la Constitución de 1812. La chispa de la rebelión se propagaba hacia el Norte, cuando el gobierno de Madrid envió al general Narváez á Zaragoza con su brigada para sofocar allí el movimiento; pero vió que Evaristo San Miguel estaba á la cabeza del motín como lo estaba Mina en Cataluña, y enfrente de estos dos poderosos generales Narváez no pudo hacer nada; mientras que en el mismo Madrid, sólo con grandísimas dificultades, pudo ahogar la rebelión el general Quesada, gracias al desarme parcial de las milicias nacionales. No se trataba de que el país se desengañase al fin profundamente de la actitud de la tertulia de palacio que había depuesto á Mendizábal, y ahora desesperaba de obtener un sistema representativo por medios constitucionales. Los parlamentarios reconocían ahora que Martínez de la Rosa, con su «Estatuto», había

hecho una burla que no ofrecía esperanzas de expansión, y se vió que entre la reina y D. Carlos, la principal diferencia era aparente.

El 12 de Agosto de 1836 las cosas se encontraban en este estado; una tercera parte de España estaba con los carlistas, mientras la otra tercera parte, ó más, aclamaba la Constitución de 1812, contra el gobierno de la reina; y cuando ésta pasó por el caserío que rodea al palacio de la Granja, donde estaban las reinas, un miliciano dijo á los soldados y al pueblo que había huido de Madrid para evitar el desarme que Quesada había decretado contra toda la milicia nacional. Las tropas de la guarnición de la Granja, muchas de las cuales eran liberales, se agitaron profundamente, y á las diez de la misma noche se alzó un grito llamando á las armas. Un batallón se congregó en el patio del cuartel al mando solo de sus sargentos; se le incorporaron algunas compañías de la guardia real y la fuerza avanzó rápidamente hacia el palacio. Nada estorbó el paso de los amotinados, porque las autoridades estaban paralizadas. Todos los demás guardias y granaderos se unieron á la rebelión por el camino, y se eligieron dos sargentos para dictar las condiciones á la reina, en cuya presencia fueron escoltados por los jefes de sus respectivos regimientos.

Cristina los recibió agradablemente. Postrándose, besaron su mano, mientras ella estaba rodeada por su corte, y en respuesta á sus preguntas, el sargento Gómez dijo que habían estado peleando con los carlistas á favor de la reina, pero que habían estado peleando por la libertad también. «Sí, hijos míos, dijo la reina, habéis estado peleando por la libertad.» «Pero ¿qué libertad tenemos en España?», preguntó Gómez. «¿No sabéis lo que es libertad?», interrogó la reina; á

lo que el atrevido sargento replicó que no creía que lo que tenían en España fuese libertad. «La libertad, dijo Cristina, es el gobierno de la ley y la obediencia á la autoridad.» «Entonces, replicó el sargento, la resistencia á la voluntad casi universal de la nación que deseaba que la Constitución fuese proclamada no es libertad, el desarme de la milicia nacional no es libertad, la persecución y el destierro de los liberales no es libertad, y el deseo de pactar con los carlistas y volver á los malos tiempos de antaño no es libertad.» La reina iba perdiendo rápidamente la paciencia, y comenzó á hablar con altanería, cuando Gómez le dijo francamente que sólo se restablecería la paz y el orden promulgando la Constitución de 1812. La reina sugirió astutamente dificultades que por una vez aturdieron á los sargentos, y trató de desentenderse de los amotinados con vagas promesas; pero los regimientos no consintieron en contemporizar, y al fin se publicó el siguiente decreto (1): «Como reina gobernadora de España, mando que se publique la Constitución de 1812, dependiendo la manifestación de las Cortes de la voluntad de la nación. San Ildefonso, 13 de Agosto de 1836.»

El gobierno de Madrid estaba abatido, y no dejó en secreto su creencia de que el embajador inglés, lord

(1) Jorge Borrow en su *Bible in Spain* da un resumen altamente sensacional de los rumores que corrían sobre estos sucesos. Dice que el marido (ó amante) de Cristina, Muñoz, estaba atado y con los ojos vendados dispuesto á que los amotinados le fusilasen, y que la reina no cedió hasta que ya apuntaron los fusiles para disparar sobre él. Sin embargo, los informes de actores y testigos de vista, no hacen mención de esta escena. El animado relato de Borrow sobre lo que sucedía en Madrid al mismo tiempo, es probablemente verdadero, como que se encontró en el lugar del suceso.

Clarendon, estaba á la cabeza del movimiento; insinuación que el sargento negó valerosamente y con verdad. Hiciéronse infructuosas tentativas para sobornar ó intimidar á los sargentos por medio de Méndez Vigo, ministro de la Guerra; cartas interceptadas les decían que el gobierno de Madrid estaba proyectando venganza, y la guarnición exigió entonces la dimisión de los ministros y otros altos funcionarios, adversarios suyos. Entre tanto Madrid había sido víctima del tumulto. Los ministros huyeron á escondidas; el general Quesada, que intentaba escapar disfrazado, fué cogido por la plebe y asesinado; y á instancias de los sargentos, la reina nombró precipitadamente un nuevo ministerio de distinguidos radicales presididos por Calatrava. Una vez más las plazas de todas las ciudades cambiaron su nombre en «Plaza de la Constitución»; otra vez resonó por las calles el Himno de Riego, y por tercera vez se blasonaron audazmente los motes constitucionales en las plazas públicas. «La nación es esencialmente soberana» y: «el poder de promulgar leyes reside en las Cortes juntamente con el monarca».

El estado de perturbación del gobierno había animado á los carlistas á penetrar en el centro de España, y casi al mismo tiempo que los acontecimientos acabados de narrar, se efectuó uno de los episodios más interesantes de la guerra. Si el carlismo había de propagarse alguna vez más allá de las Provincias Vascongadas y Navarra, esta era la oportunidad, y el general Miguel Gómez, que estaba esforzándose inútilmente por unir Asturias y Galicia á D. Carlos, se determinó á aprovecharla. Con cuatro batallones de infantería, un escuadrón de caballería y dos cañones, salió del extremo Noroeste de España, cruzó el reino

de León, Castilla la Vieja, y penetrando en Castilla la Nueva, casi hasta las puertas de Madrid, atacó y capturó á una brigada de la guardia real en Jadraque, marchó á Córdoba, volvió á la Mancha y se apoderó de Almadén; entró de nuevo en Andalucía y se acercó á Cádiz, volviendo, finalmente, sobre sus pasos y regresando á los cuarteles generales carlistas sobre el Ebro sin grave pérdida, después de cinco meses de marcha (20 de Diciembre de 1836).

Esta brillante, pero infructuosa expedición (1), se efectuó frente á los mejores jefes que pudo reunir el gobierno de la reina. Espartero, Rodil, Manso, Rivero y Narváez fueron por turno engañados y sobrepujados. En el caso de Narváez, sus tropas se amotinaron frente al enemigo, á quien había derrotado parcialmente (29 de Noviembre), y por la conducta de las tropas de la reina y los oficiales, se vió que el veneno de los partidos políticos había penetrado hondamente en sus filas.

El más popular y activo de los generales de la reina era Espartero, á quien el nuevo gobierno revolucionario de Calatrava designó para el mando supremo del ejército á fines de Setiembre, á la retirada del general Córdoba, y no perdió tiempo en infundir algún entusiasmo en sus filas. Dejando para tiempo oportuno la tarea de atacar al enemigo, gastó toda su inmensa energía en perfeccionar la situación moral y material de sus hombres. El ejército encontrábase en una situa-

(1) Gómez cayó en desgracia y fué encarcelado por don Carlos, á su vuelta, siendo los cargos que se hicieron contra él que había sido demasiado compasivo con sus prisioneros, que no había preparado á D. Carlos el camino para Madrid y que había dejado de repartir su botín con don Carlos.

ción deplorable; muerto de hambre y vestido de harapos, mal armado y peor alimentado, dividido por rencillas personales y políticas, y sin confianza en sí mismos ni en sus jefes, se habían revelado incapaces de competir con el enemigo, frente á la marcha de Gómez, y la primera tarea de Espartero fué reorganizar su ejército para el combate supremo. Los vascongados y otros amigos de D. Carlos iban poniéndose impacientes por el lento avance de la causa del Pretendiente, á que tanto habían sacrificado. Las grandes fortalezas, aun en el Norte, estaban en manos de la reina, y se decidió que á toda costa debía ganarse á Bilbao; así, por tercera vez las tropas carlistas se detuvieron ante la capital de Vizcaya, de cuya posesión dependía el triunfo final de su causa.

La ciudad estaba defendida sólo por 4.300 soldados de la reina, mientras que los sitiadores ascendían á 15.000 con diez y nueve cañones; y los carlistas anticiparon una victoria fácil. En esto se equivocaban. El general Santos San Miguel, que mandaba las tropas en la ciudad, excitaba el espíritu de sus hombres y de los ciudadanos al mayor grado de fervor. En todo el mes de Noviembre se mantuvo un terrible fuego, y después de otra refriega, cayeron las defensas de la línea exterior; pero las intimaciones de rendición fueron rechazadas con indignación. «Sosténgase Bilbao; pronto le llegarán socorros», era el mensaje de señal de Espartero á la ciudad sitiada; pero era evidente que los horrores acumulados de hambre, fuego, peste y muerte obligarían á los abnegados ciudadanos á capitular antes de que pasasen muchos días.

La tarea de socorro era difícil, considerada la posición de la plaza, con montañas á todos lados. Espartero, con 14.000 hombres, había tratado de llegar á

Portugalete, en la boca de la ría sobre que se asienta Bilbao, pero por el otro lado á seis millas de distancia. Solo quedó un puente sobre la ría, y la primer tentativa hecha por las tropas de la reina para destruirlo salió frustrada. Al día siguiente (20 de Noviembre), Espartero hizo un esfuerzo desesperado para cruzar por un pontón, sin conseguirlo, pues se vió detenido en su camino hacia la ciudad por haberse cortado el puente de Luchana sobre un arroyo tributario. Bajo un fuego continuo se reparó el puente, y al día siguiente Espartero pudo avanzar; pero otra vez tuvo que volver á Portugalete con graves pérdidas. El 16 de Diciembre el general dirigió á sus hombres una fogosa proclama en que juraba socorrer á Bilbao ó morir, y el 24 se comenzó una acción general, durante la cual, con ayuda de las tropas inglesas, se tendió en Luchana otro puente sobre el arroyuelo afluente, y aquí se dió la gran batalla. Los carlistas se alinearon á lo largo de las montañas que se alzan por ambas partes, y las tropas de Espartero sufrieron muchas pérdidas; pero la retirada ahora fué más peligrosa para ellos que el avance, porque estaban entre los carlistas y la ría, y una vuelta sobre el puente de barcas hubiera equivalido á una matanza.

El mismo Espartero estaba en el lecho con una fiebre intensa, pero en el momento supremo dominó su enfermedad, montó su corcel, y galopó á través del puente de Luchana, bajo una tempestad de nieve, para didigir á sus hombres. A la una de la mañana se libró el ataque en la posición principal de los carlistas. Asaltando la falda de las montañas las tropas de la reina, cargaron á la bayoneta. La mortalidad por ambas partes fué espantosa, y los sufrimientos de los hombres aumentaron con la furia de la tempestad, que

rápidamente cubría á los muertos y hería á los vivos en una espesa mortaja de nieve. Finalmente, después de esfuerzos sobrehumanos y de muchas horas de combate, la altura de Banderas fué tomada, y los carlistas huyeron. Bilbao fué salvado por tercera vez, y era evidente ahora que el Pretendiente nunca conquistaría á España por la fuerza de las armas.

Esta era la acción más importante, así como la más decisiva en una guerra civil; y por bravos que fuesen sus propios hombres, Espartero no dejó de reconocer, en su orden del día, que mucho del honor de la victoria se debió á la ayuda del coronel Wilde y de los soldados ingleses. Con el socorro de Bilbao el carlismo dió un paso más en su senda de retroceso, y el trono de Isabel II fué asegurado, al menos de la demolición, por las fuerzas armadas del oscurantismo.

Como hemos visto, el ministerio de Calatrava era la creación del tumulto popular y un cuartel de motín, y fué necesario, como primera medida, justificar su origen. La reina, en sus discursos y decretos, se había acostumbrado ahora á bendecir métodos y aspiraciones que primeramente había condenado; confiscóse la propiedad de los conservadores y de otros que habían huido de España; se ordenó un pago forzado de impuestos en la cantidad de dos millones de libras esterlinas; se redujeron los salarios de los funcionarios públicos, y fueron promulgadas de nuevo todas las leyes principales de 1820-23. Mas por radical que fuese el gobierno, vió que la Constitución de Cádiz era impracticable, y convocó unas Cortes constituyentes, elegidas á la manera de 1812, para ponerla de acuerdo con el presente estado de cosas. Cristina inauguró las Cortes, y hasta juró, como lo había hecho su marido, respetar la sagrada Constitución.

Había una numerosa mayoría liberal, pero el ministerio estaba contento con dejar la iniciativa á la Cámara, que, en vez de reformar el código de 1812, trazó uno nuevo. Los liberales avanzados, entonces como ahora, condenan la Constitución de 1837 por tímida y reaccionaria y atribuyen muchos de los disturbios que después sobrevinieron á la nación al desaliento de los liberales con este mezquino resultado de su revolución; pero juzgando por hechos anteriores y posteriores puede discutirse si el pueblo español, en conjunto, estaba preparado para una medida más completa de libertad. Los principales puntos de diferencia fueron: 1.° Que habían de existir las dos Cámaras en vez de una, y ambas con poder iniciativo é iguales derechos, excepto en cuestión de Hacienda, en que se seguiría el sistema inglés. El Senado había de ser elegido por la corona mediante listas de tres miembros elegidos por cada asamblea, siendo ellos y los diputados elegidos por votos directos de los mismos votantes; siendo las prendas del votante el pago de contribuciones ó la posesión de propiedades en una cantidad que excluyese prácticamente de la votación á las clases trabajadoras. 2.° El veto de la corona era absoluto y tenía derecho á convocar, suspender ó disolver el Parlamento, pero estaba obligada á convocar las Cámaras cada año; y si no se cumplía esta condición, concedíase al Parlamento la facultad de reunirse por acuerdo propio el 1.° de Diciembre. Se verá que esto era en cierto modo una adaptación liberal del Proyecto de Reforma inglesa de 1832 y se aceptó sin mucho entusiasmo, ó con lo contrario, por políticas de todas las secciones del partido constitucional.

Con toda la pompa posible, la regente, acompaña-

da por la reina Isabel, juró el 17 de Junio de 1837 guardar y respetar la nueva Constitución. «Y si faltase á mi juramento, no debe ser obedecida. Y así Dios me ayude y me defienda ó me demande si no lo hago.» Así seguía el juramento; y en su discurso del trono, más solemnemente todavía si es posible, la reina prestó su adhesión á la nueva ley. «Aquí, frente á los cielos y la tierra, declaro de nuevo mi libre y espontánea aceptación de las instituciones políticas que acabo de jurar respetar, en presencia y en nombre de mi augusta hija, que ahora está ante vosotros.» Y entonces se borraron otra vez las inscripciones sobre la soberanía de la nación y la omnipotencia de las Cortes; y aunque las plazas de las ciudades todavía se llamaban Plaza de la Constitución, ésta no era ya el flamante código de 1812. Pero nadie parecía preocuparse ahora mucho de esto. La nación estaba ya cansada de constituciones y de persecuciones vengativas por cada partido político; y aunque los oradores eran tan copiosos y floridos como en 1820 y los periódicos se refocilaban en su licencia recobrada para mentir y calumniar, el pueblo necesitaba ante todo paz, seguridad y sustento, y estas eran dádivas que ningún sistema político parecía capaz de darle.

En realidad, de un extremo á otro de España reinaba la anarquía. Guerrillas de vagabundos, que se llamaban carlistas pero que vivían del pillaje, infestaban á Cataluña, Castilla, La Mancha y Extremadura. Estaban mandadas por rufianes del campo, conocidos por apodos populares, simples filibusteros; pero estorbaban el tráfico en muchos caminos, tendían sus redes casi á las puertas de la capital y arrancaban dinero de los infelices labradores, permitiéndoles cultivar sus pobres cosechas. El resultado fué el hambre

y la miseria universal, y la guerra hubiera concluido por puro agotamiento de la nación si no hubiese estado sostenida por subsidios liberales de afuera (1). Con todo, ahora hacíase necesario que se viesen algunos resultados decisivos ó estos auxilios cesarían; y con este fin carlistas y cristinos hicieron sus planes.

Se convino en que Espartero abandonase á Bilbao con treinta y cinco batallones, al mismo tiempo que marchaba Evans de San Sebastián con una fuerza semejante, y Sarsfield de Pamplona 10.000 hombres. Los tres generales habían de vencer respectivamente á las fuerzas que se les opusiesen, por efecto de una conjunción, y juntos atacar la línea carlista del Ebro. En una brillante serie de batallas que duraron cinco días, desde el 10 hasta el 15 de Marzo de 1837, Evans, asistido por un cuerpo de tropas inglesas, arrojó á los carlistas de sus posiciones en Guipúzcoa, con graves pérdidas; pero en este momento crítico Sarsfield dejó de venir, debido al mal tiempo y á la pésima situación de sus tropas. Cuando Sarsfield se retiró de nuevo á Pamplona, el ejército carlista de Navarra se vió en libertad para atacar á Evans, que fué derrotado ante Hernani el 16. La carnicería de los fugitivos fué horrorosa, porque no se dió cuartel, y hubiera sido aún mayor si no es por el oportuno desembarco en San Sebastián de los marinos ingleses, que protegieron en cierto modo la retirada á la ciudad.

Cuando llegó á noticias de Espartero este desastre,

(1) El gobierno inglés dió auxilios á Cristina por valor de 540.000 libras, que no fueron pagadas hasta 1860, sin intereses; mientras que á D. Carlos le llegaban grandes sumas de las Cortes legitimistas, Austria, Rusia, Prusia y Cerdeña. Los conservadores ingleses, como partido, se habían lavado las manos ante D. Carlos, á quien se había declarado imposible después del «decreto de Durango».

vióse también obligado á regresar á Bilbao y el plan fracasó. Mas pronto se trocaron los papeles. En Mayo, Espartero transportó su ejército por mar desde Bilbao á San Sebastián y se unió á Evans. El 14 de Mayo los carlistas volvieron á sus líneas en Hernani, se defendieron con tenacidad contra la legión inglesa y las tropas de Espartero. Pero el infante D. Sebastián, que mandaba la tropas del Pretendiente, cometió el fatal error de retirar un gran cuerpo de su ejército para hacer una marcha sobre Madrid con D. Carlos en persona; y los carlistas perdieron otra vez sus posiciones en Guipúzcoa, una después de otra; Hernani el 15; Oyarzun el 16; Irún, después de un asalto de veinticinco horas, el 17; y Fuenterrabía el 18. La legión inglesa, á la que sus más encarnizados enemigos tributaban elogios por su clemencia en la hora del triunfo, volvió á San Sebastián con 800 prisioneros; y por pura vergüenza el más discreto de los estúpidos consejeros del pretendiente le suplicó inútilmente que recompensase esta magnanimidad anulando «el decreto de Durango».

Mientras Espartero proseguía su avance á través del corazón de la comarca carlista hasta Pamplona, D. Carlos hizo su marcha á Cataluña, donde su jefe Tristany había conseguido extraordinario éxito, y desde aquí esperábase que fuese á Madrid por Valencia. Peleando sin éxito, casi diariamente, con cuerpos destacados de las tropas de la reina, el Pretendiente fué por Huesca, Barbastro y Grá hasta el Ebro, río que cruzó seguido de cerca por las fuerzas cristinas, el 29 de Junio. En Castellón de la Plana fué rechazado (8 de Julio), y entonces, reforzado por Cabrera, avanzó hacia Valencia, por Segorbe, contando ahora su fuerza veinte batallones de infantería y doce escuadrones de caballería. El 15 de Julio sufrió una considerable

derrota en Buñol, y, perseguido todavía rigurosamente por el general Oráa, se aproximó á Valencia.

El gobierno de Madrid, inquieto, había ordenado á Espartero que saliese apresuradamente del Norte y se interpusiese entre D. Carlos y la capital, y, á marchas forzadas, el general había llevado una brigada á Calamocha, donde atacaría al Pretendiente si éste se aproximaba á Madrid. Pero en el interin, una reducida fuerza carlista, mandada por Zariátegui, había avanzado intrépidamente desde el extremo Norte y, evadiendo la persecución, había tomado á Segovia por la parte opuesta de la capital y ahora estaba acercándose á las afueras de Madrid. El gobierno, sobrecogido de verdadero pánico, sólo suplicaba que llegase Espartero y le protegiese, y éste, con su brigada de guardias, entró en la ciudad el 15 de Agosto, para socorrer con toda su energía á los habitantes de la ciudad, mientras que D. Carlos, acosado todavía por Oráa y Buerens, pero libre ahora del vencedor de Luchana, marchaba de Valencia á Madrid.

La próxima presencia del enemigo no era, en manera alguna, el único peligro que amenazaba á los ministros de la reina. La rebelión de los sargentos en la Granja había triunfado por la violencia sobre Cristina y sus amigos; pero, desde el primer día, los moderados y la cuadrilla de palacio se habían empeñado en derribar el nuevo régimen. Los ataques más violentos de la prensa y de los oradores habían sido dirigidos contra Calatrava y Mendizábal, y la *camarilla* de la reina no había perdido oportunidad de estorbar la acción de sus medidas. Espartero no había dado hasta entonces una demostración clara de sus opiniones, como lo había dado Narváez, á quien los radicales habían hecho resignar el mando; pero se sabía

que la guardia real, que constituía la brigada de Espartero, era enérgicamente antiliberal, y el mismo general había repetido con desagrado algunas incautas expresiones que Mendizábal había empleado refiriéndose á los oficiales del ejército. Mucho antes de que hubiesen entrado en Madrid las tropas de Espartero, les salieron al encuentro los agentes de los «moderados», y su general supo que, mientras el gobierno radical las miraba con recelo, la reina y sus amigos se distinguían en prestarles atención.

La brigada de guardias, compuesta de nueve batallones, estuvo acuartelada en tres destacamentos en los suburbios de la capital, por espacio de unos días, antes de proceder á desalojar á Zariátegui de Segovia, y, en el intervalo, una comisión de oficiales despertó un día á Espartero, á las dos de la madrugada, para informarle de que insistían en un cambio de ministerio. El general, cuando quería, era un disciplinario riguroso, y después fué un gran jefe liberal, pero en esta ocasión transigió con el ultraje. El oficial que mandaba á los guardias—el general Rivero—se indignó con la entrevista y dió la dimisión á todos los oficiales, pasando revista á la brigada al mando de los sargentos; pero Espartero no tomó, para castigar á los amotinados, otras medidas que exhortaciones á la obediencia y cosas semejantes, y era evidente que la reina sonreía con la rebelión.

El ministerio vió con claridad que el comandante en jefe y la regente estaban en contra suya, y no tenía más alternativa que resignar; sucedió como primer ministro Baldomero Espartero, conde de Luchana, quien, no obstante, resignó inmediatamente su puesto para continuar su campaña contra los carlistas. Los «moderados» no sólo habían estado intrigando

con la guardia real en presencia del enemigo, sino que sus agentes habían excitado lamentables ardores en el ejército del Norte, donde la indisciplina reinaba como soberana. El general conde de Mirasol, en Guipúzcoa, fué depuesto por sus mismos hombres á favor de O'Donnell, y huyó á Francia para salvar su vida; en Aragón, el comandante de Ingenieros era la víctima, y en Miranda de Ebro, el comandante en jefe del ejército del Norte, Escalera, fué asesinado por sus tropas. La misma suerte cupo al gobernador de Vitoria y á sus primeros oficiales; en Logroño, los excesos de los amotinados horrorizaron hasta á sus amigos, y en Pamplona, el famoso general Sarsfield y otros, fueron también asesinados por las tropas que se suponía mandaban.

Mientras el ejército del Norte estaba así condenado á la inacción por intrigas políticas, siendo el terror en vez de ser la protección de su desdichada patria, D. Carlos, venciendo la ligera oposición que se le presentaba, se presentó á las puertas de Madrid el 11 de Setiembre de 1837. El Pretendiente y sus amigos—especialmente el furioso demente, el cura Merino, que mandaba las guerrillas en Castilla—confiaban ahora en que tenían el éxito en su mano. Había buenas razones para creerlo y para que se presentase ante Madrid, porque se había hecho un convenio secreto entre él y Cristina, por medio del rey de Nápoles, prometiendo aquélla acogerle bien con la condición de que el hijo mayor de D. Carlos se casaría con la reina Isabel. Pero en estos momentos Cristina cargó con un gobierno radical, y ahora que la revolución de los oficiales de la guardia le habían librado en Calatrava, y que Espartero había prometido vencer á sus enemigos, las opiniones de la reina cambiaron, y D. Carlos

quedó fuera. Espartero había corrido precipitadamente á Madrid desde Daroca. Cristina y su hija excitaban el entusiasmo del pueblo pasando revista á sus tropas, y D. Carlos, viendo ahora que había sido engañado, levantaba su campamento después de un día de parada y se retiraba á su país vasco, seguido á los pocos días por Espartero, mientras el terrible Cabrera volvía otra vez al reino de Valencia, para comenzar de nuevo la rapiña, el asesinato y el saqueo con que había asolado el jardín de España antes de unirse á su jefe (1). Desde entonces, bandadas de merodeadores siguieron afligiendo á Castilla y la Mancha, y Cabrera en Aragón y Valencia aterrorizaba al país, pero ahora era convicción, por lo general que, fuera de las Provincias Vascongadas y Navarra, D. Carlos no tenía de su parte al pueblo español.

(1) Como ejemplo de su ferocidad, convocó poco después una junta de todos sus oficiales al saber la rendición de Maroto, y fingió abogar por un convenio con el partido de la reina. Como era natural, muchos oficiales fueron de su opinión, y el jefe ordenó entonces que fuesen todos fusilados. Luego publicó una proclama condenando á muerte á todo el que pronunciase la palabra «convenio».

VIII

INTRIGA É INSTABILIDAD

Al retirarse de Madrid, el desaliento invadió las huestes carlistas. El pretendiente no era personalmente popular, y su corte burlesca, de fastidiosos paisanos y frailes, le había captado el odio de los militares, así como su sombrío fanatismo (1) y su poco saber práctico habían disgustado á sus auxiliares extranjeros y limitado sus socorros pecuniarios. La envidia entre las provincias carlistas estorbaba también, en gran manera, la cooperación de las tropas. Pero mientras que el principal ejército carlista decaía y se desesperaba paulatinamente, los guerrilleros, casi independientes en las demás provincias, mantenían sin interrupción la campaña de saqueo y asesinato, que satisfacía su voracidad y saciaba su salvajismo. De éstos, el más hábil era, indiscutiblemente, Cabrera. Durante el año de 1838 fué el más distinguido de los generales carlistas, apoderándose de Morella y Benicarló (2), asolando gran parte de los reinos de Aragón y de Valencia, y venciendo á las tropas de la reina en casi todos los encuentros. Tan cruel y feroz como Cabrera, pero sin su gran habili-

(1) La Virgen de los Dolores fué nombrada solemnemente Comandante en jefe del ejército carlista.

(2) D. Carlos le creó conde de Morella.

dad, era el «demonio de Castilla la Vieja», el cura Merino, verdadero jefe de guerrilla, que arrancaba el dinero y aterrorizaba á los pueblos aislados, sin que le pusiesen freno las tropas regulares, que se movían más lentamente. El peligro que en aquellos momentos amenazaba al gobierno de la reina era, en realidad, que estos guerrilleros acabasen por fatigar á la nación que, vencida por el cansancio y en obsequio á la paz, aceptaría la dictadura del rey en las Provincias Vascongadas y en Navarra. En cierto modo, se veía que las cosas no continuarían por más tiempo en aquel tan desastroso estado, sin seguridad de vida ni prosperidad, y con dos gobiernos ostensibles, ninguno de los cuales tenía poder para gobernar.

Las Cortes, elegidas por voto directo á fines de 1837, de acuerdo con la nueva Constitución, contenían una considerable mayoría de «moderados», y el resultado fué que se nombrase un nuevo ministerio, presidido por el Conde de Ofalia, antiguo ministro de Fernando y miembro de la *camarilla* de la reina, cuyo primer cuidado fué hacer otro intento desesperado, para persuadir á Luis Felipe á que enviase ayuda armada contra los carlistas, pero otra vez sin éxito. Este ministerio, como sus predecesores, pronto perdió el crédito entre amigos y adversarios por su ineptitud para dar fin á la guerra. Aunque Espartero se había apoderado de Peñacerrada y continuaba sus victorias en el Norte, Cabrera se defendió en su fortaleza de Morella contra las tropas de la reina, mandadas por Oráa, á quien rechazó con graves pérdidas, derrotando, además, y destruyendo totalmente, otra división, mandada por Pardiñas, en Morella, mientras Castilla y el Sur eran todavía víctimas de las guerri-

llas. En estas circunstancias salió á escena un nuevo hombre que por muchos años había de ejercer funesta influencia sobre los políticos españoles y causar incalculable miseria á su infortunada patria.

Ramón María Narváez, el vano y turbulento general, que resignó su mando antes que servir á Espartero, cuando los liberales estaban en el poder, no dejó en secreto sus opiniones conservadoras. El ministerio «moderado» estaba oscurecido por el general en jefe, Espartero, que había hecho comprender á los ministros que, si había de satisfacer alguna ambición, sería la suya; y habían nombrado á Narváez para organizar un nuevo ejército de reserva y con él pacificar el Sur de España. Así lo hizo, con actividad y con un vigor digno del mismo Cabrera, y á su vuelta á Madrid, la reina y el ministerio le recibieron con marcada cordialidad. Espartero, el general en jefe, no consintió en dividir el mando, y exigió que Narváez se incorporase al ejército del Norte; pero éste se negó á hacerlo; y quedó en Madrid, con varios pretextos y con la aprobación de la reina y del gobierno. Cuando se propuso reclutar y mandar un gran ejército de reserva, y el gobierno le autorizó para hacerlo, las cosas llegaron á su punto. Espartero dirigió una violenta protesta á la reina; ésta no se atrevió á usar del desprecio, y Narváez resignó el mando. Marchando hacia el Sur, se esforzó en utilizar un tumulto popular en Sevilla, con el fin de derribar al gobierno, para que fuese excluido el ministro de la Guerra, Alaix, su enemigo personal y el candidato de Espartero; pero los insurrectos penetraron sus designios, y él y su amigo el general Córdoba huyeron, protegidos, á pesar de todo, por el gobierno, en previsión de serios resultados. Este fué el comienzo de la fatal rivalidad entre

os generales liberales y conservadores, siendo Espartero, por el momento, el vencedor; y en el nuevo ministerio, que el escandaloso asunto de Sevilla hizo necesario su candidato, Alaix, fué otra vez ministro de la Guerra. El primer ministro, Evaristo Pérez de Castro, era una nulidad absoluta; y en realidad, el jefe fué un «moderado», Arrazola.

Este era el estado de cosas en la primavera de 1839 cuando Espartero, con el grueso de su ejército, atacó las formidables posiciones carlistas de Ramales, y Guardamino, y brigada de los guardias, puso en jaque á las fuerzas principales del Pretendiente, mandadas por Maroto. Antes del alba del 12 de Mayo, Espartero recibió un mensaje de Maroto, presentando condiciones de rendición de un fuerte que tenía á su custodia y fueron aceptadas. Maroto había vuelto hacía poco desde Francia al ejército carlista y estaba declaradamente á favor de una política conciliatoria, por lo cual le odiaban los «apóstoles» que rodeaban á D. Carlos. La causa de la reina iba prosperando mucho en Navarra al mando del general León, en Aragón al mando de O'Donnell y en Alava al mando de Zurbano; por causas que ya se han enumerado, los carlistas se encontraban profundamente deprimidos y nadie se extrañó al ver á Maroto concertando una entrevista con Espartero.

Porque al menos durante dos años la reconciliación había estado en el aire, y los ministros sucesivos habían gastado grandes sumas en sobornos para llevarla á cabo. Cuando al fin los «apostólicos» del campo carlista comprendieron que Maroto estaba aproximándose á Espartero con ideas de convenio, la furia de sus denuncias no conoció límites. Cabrera, y el no menos terrible conde de España, atronaban con sus

denuncias contra el traidor; los sacerdotes le acariciaban y maldecían alternativamente; y el pobre Don Carlos mismo se esforzaba en sostenerse con sus amigos para no perder ningún elemento de auxilio, pero todo en vano. Por consejo de lord John Hay, el almirante inglés, Maroto sometió á Espartero las bases de un convenio, fundadas en la evacuación simultánea de España por D. Carlos y Cristina, y en el matrimonio de la joven reina con el hijo mayor del Pretendiente, concediéndose paz y plena amnistía á todos. Pero Espartero no prestó atención á estas cláusulas ni quiso que el gobierno inglés las firmase.

Después de muchas discusiones, en las que el intermediario fué lord John Hay, durante las que continuaron las hostilidades y se hizo un *pronunciamiento apostólico* contra Maroto en el ejército carlista, se celebró el 25 de Agosto una entrevista entre Espartero, que estaba acompañado por el coronel Wilde, y Maroto. El último había estado desempeñando un papel peligroso, porque D. Carlos y sus «apostólicos» estaban dispuestos á matarle si podían, aunque les hiciese comprender que las bases del convenio ofrecido eran infinitamente más favorables de lo que en realidad fueron para la gran cuestión del reconocimiento de los privilegios vascongados. Este era el punto en que D. Carlos y los «apostólicos» esperaban impedir que las tropas vascongadas consintiesen en el convenio, y el pobre Pretendiente hizo un último esfuerzo por representar un papel heroico. De repente se presentó de gran uniforme, cubierto de cruces, ante la división de Maroto en Elgueta, siendo su intención dirigir una ferviente arenga á los soldados y conquistarlos á la causa de su popular general. Pero la voz del Borbón era tenue y débil, su discurso afectado y

su persona insignificante. Tartamudeando y farfullando, hizo una lastimera presentación de sí mismo, y cuando preguntó á las tropas si verterían su última gota de sangre por el rey suyo, la respuesta fué un silencio de muerte. Irritado, repitió la pregunta; y el silencio tornó á contestarle. Luego, volviéndose á un general vascongado que estaba junto á él: «¿Qué significa esto?» dijo. «¡Oh majestad—fué la réplica del oficial—no hablan español!» «Entonces, interrogadles en vascuence», mandó el rey. Pero el general sabía que era imposible insistir más, y en vez de repetir las palabras del Pretendiente, preguntó en vascuence. «Muchachos, ¿deseáis la paz?», y de cada garganta, como por un acuerdo, resonó este grito: «Bay, Jauna (Sí, señor)». D. Carlos comprendía bastante vascuence para saber el significado de esto, y dando vuelta á su caballo galopó rápidamente á lugar seguro, porque vió claramente que todo había fracasado y que España no sería nunca suya.

El 31 de Agosto de 1849 firmaron Espartero y Maroto el famoso convenio de Vergara (1). Los ejércitos de la reina y de D. Carlos se pusieron en orden de batalla, uno frente á otro. Todavía era incierto cuántos de los hombres de Vizcaya aceptarían la reconciliación y las vidas de los generales pesaban en la balanza. Pero cuando Espartero y Maroto atravesaron las

(1) La dificultad sobre las cláusulas se allanó reduciendo el convenio simplemente á la sumisión de las tropas de Maroto, y la confirmación de los grados de los oficiales. No se hace mención alguna de D. Carlos en el documento. Las Cortes, sin embargo, como habían sido arregladas privadamente por Espartero, confirmaron los privilegios de las Provincias Vascongadas, que les eximía de los tributos españoles, del reclutamiento nacional y de toda intervención en su autonomía provincial.

líneas abrazados, se disipó toda duda. Depusiéronse las armas, y con frenética alegría las tropas fraternizaron, recordando que eran todos españoles. La cruel guerra de los seis años estaba casi acabada, porque aunque D. Carlos todavía publicó sus denuncias y vagabundeó por algún tiempo con su ministerio y un reducido cuerpo de ejército en su fiel Navarra, él y su hijo se vieron obligados á cruzar la frontera hacia el destierro, para no ver más á España. Cabrera se sostuvo obstinadamente durante nueve meses más en Aragón, peleando como un gato irascible en sus últimos momentos, pero enfermo, desengañado y derrotado al fin, aceptó lo inevitable y fué á Inglaterra á casarse y vivir tranquila y dignamente el resto de su vida, como un hombre honorabilísimo y amable según todas las apariencias.

El júbilo de la nación con el convenio de Vergara fué ilimitado, y el duque de la Victoria, como Espartero se apellidó entonces, era un héroe popular. Los «moderados», sin embargo, temblaban con su influencia, ya abrumadora, y especialmente cuando las nuevas Cortes elegidas demostraron ser enérgicamente progresistas en su tendencia, y pronto pasó un voto de no confianza al gobierno, del cual ya se había retirado Alaix, candidato de Espartero. Arrazola y Pérez de Castro se determinaron á sostenerse en el poder y, aconsejada por ellos, Cristina tomó la imprudente medida de disolver el Parlamento que acababa de ser elegido (Noviembre de 1839).

Era ahora evidente á los liberales que los «moderados» no tenían intención de obrar constitucionalmente, porque habían disuelto dos Cámaras una tras otra casi después de las elecciones, y continuarían haciéndolo así siempre que les conviniese. Del ejército de

Espartero llegaban siniestros gruñidos de protesta, y si se hubiese atrevido, el ministerio «moderado» hubiera dado buena cuenta del poderoso general. Para esto, sin embargo, los ministros no estaban bastante fuertes, y por el momento limitaron sus esfuerzos á obtener una gran mayoría en las nuevas Cortes por los medios gravemente ilegales que casi todos los gobiernos de España han empleado con un fin parecido; mientras que los periódicos de oposición y los oradores traspasaban otra vez todos los límites de la decencia y de la restricción. El tumulto y la violencia entre los espectadores de las tribunas hicieron de las sesiones de las nuevas Cortes un escándalo é imposible la discusión, mientras la agitación exterior ante los persistentes rumores de que la regente y el gobierno formaban proyectos contra la Constitución (de 1837, ha de entenderse) pronosticaba claramente disturbios públicos.

Cuando el ministro de la Guerra, Montes de Oca, ordenó al capitán general de Madrid que cargase sobre la multitud que amenaba al Congreso, éste dijo que las tropas no dependían de él y se declaró á la capital en estado de sitio. Entre tanto, el gobierno hizo desesperados é inútiles esfuerzos por restituir al clero los diezmos, y hacer aprobar un nuevo proyecto de ley quitando á las municipalidades la mayor parte de la independencia y del carácter popular que les había conferido la Constitución de 1812, que, como se recordará, todavía estaba en vigor, con excepción de la parte que se refiere á la corona y á la legislatura nacional, modificada por la Constitución de 1837. La obstrucción en el Parlamento, la violencia en las calles, y la colérica oposición de las amenazadoras municipalidades, fueron sólo el murmullo precursor de

la tempestad; la lucha real había de ser entre los ministros y Espartero.

El último había sido pródigo de recompensas con sus hombres, y era idolatrado por el ejército. Uno de sus brigadieres, Linaje, había escrito un vigoroso ataque á los «moderados» en un periódico, y la reina regente ordenó á Espartero que les dimitiera. No sólo se negó á hacer esto, sino que insistió en que el oficial fuese ascendido. Cristina se enfureció hasta el insulto, y ella y el ministro continuaron así por algún tiempo. Se vió que si cedían perderían toda la influencia moral; y que, por el contrario, si resistían con firmeza, el ejército se uniría á las municipalidades y á los liberales, y probablemente barrerían de una vez al consejo. Entre los dos males, el gobierno escogió el menor, y Linaje fué nombrado general, lo que quería decir que Espartero era dueño de España. En el verano (1846), Cristina dió un golpe característicamente audaz para el predominio, con gran aprensión de sus ministros conservadores. Con la disculpa de ver cómo le sentaba el mar á la joven reina, se organizó un viaje real de Zaragoza á Barcelona. Espartero y su ejército estaban en Cataluña resistiendo á Cabrera, y si él, ó al menos sus hombres, fuesen vencidos por los esfuerzos personales del soberano, y al mismo tiempo se socorriese á la ciudad más rica de España, Cristina pensó que no necesitaba temer más á los liberales.

Acompañadas por un verdadero ejército para la protección y una corte brillante, las reinas hicieron lo que pudieron por agradar á las poblaciones por donde pasaban. En todas partes eran recibidas con respeto y parabienes, pero en todas partes, y especialmente en las grandes ciudades como Zaragoza y Barcelona, se hicieron claras insinuaciones—y mu-

chas veces algo más que insinuaciones—de que el proyecto de ley municipal no debía ser sancionado por la reina, que era una infracción de la Constitución de 1812, que había jurado respetar, y que era una tentativa á la libertad del pueblo. Espartero se encontró con la corte en Lérida y cabalgó junto al coche de la reina por todo el Principado de Cataluña y previno enfáticamente á Cristina con el mismo objeto. La dejó antes de que llegase á la capital, y entonces comenzó á comprender que había cometido una equivocación. Hasta las tropas saludaban á la Constitución cuando Cristina pasaba casi tanto como saludaban á la reina. Contenta, no obstante, con la primera acogida que recibió en Barcelona y pasando por alto las inscripciones que exigían el respeto de la Constitución que se habían mezclado con decoraciones más cortesanas, volvió triunfante á uno de los generales de Espartero que iban á su lado, y observó: «¡Veis! ¿Qué pensáis de mi entrada ahora?», á lo cual replicó el oficial que aguardara á ver cuál era su éxito antes de dar una opinión.

Pronto se desengañó Cristina, porque cuando el ídolo popular, Espartero, hizo una entrada triunfal algunos días después, toda la población se volvió loca de alegría, y la acogida de las autoridades dejó en la sombra su recepción á la reina. Cristina y el gobierno se desesperaban de rabia. Habiendo dicho uno de los ministros que la ciudad había votado una corona de oro por Espartero, ella exclamó que se vería obligada á llevar una de espinas. Pero en contra de lo que creyó la regente se vió obligada á dar una promesa á Espartero, no á sancionar la ley municipal. No obstante, cuando llegó el decreto para que ella lo firmase, sus ministros insistieron, y con miedo y vacilación

cedió y lo confirmó, pero suplicó ardientemente al ministerio que pospusiese la orden para la promulgación. Mientras que estaba vacilando, el primer ministro, Pérez de Castro, le preguntó burlonamente: «¿Quién es monarca aquí, señora; vos ó Espartero?» Esto era más de lo que podía sufrir una hija de reyes, y, con una exclamación de cólera, Cristina puso su firma á la orden para la promulgación.

Esto era la señal para el conflicto por que estaba huyendo, á la faz del pueblo, el ejército y el personaje más popular en España. Convirtió á Cristina en instrumento de un partido político para destruir á otro, y más pronto ó más tarde hizo inevitable su caída cuando el partido con que había compartido su suerte fué derrotado. El primer resultado del acto de Cristina fué que Espartero resignase su mando. Intentóse aplacarle, y la reina le dijo que no consideraba oportuna su partida, cuando se le necesitaba para restablecer el orden público; á lo cual replicó que si el orden se perturbaba á consecuencia de lo que se había hecho, sus tropas no estaban dispuestas á intervenir. «Entonces marchad cuando queráis», gritó la reina con brusquedad, y Espartero se fué.

La reina tenía razón en sus aprensiones. La misma noche una rebelión pública hizo temblar á Barcelona de extremo á extremo. Una gran multitud aclamaba á Espartero y á la Constitución. Este les rogó que se retirasen pacíficamente y prometió que mientras viviese no se anularía la Constitución de 1837; al mismo tiempo alrededor del palacio se congregaba una plebe amenazadora, cuyos gritos subversivos podrían ser oídos por la temblorosa reina. Esta, sobrecogida de pánico, mandó por Espartero á la una de la mañana y se rindió completamente. Aquél se negó á contener

al pueblo é insistió en la retirada inmediata de los ministros. La reina, con rabia silenciosa, vióse obligada á someterse, y prometió fielmente revocar el decreto municipal; los ministros, disfrazados, huyeron á un barco francés que estaba en el puerto y el tumulto se calmó tan rápidamente como se había suscitado. Se nombró un gobierno liberal presidido por Antonio González, pero cuando los ministros llegaron á Barcelona encontraron á Cristina enojadiza é irritada por la violencia á que se le había sujetado. Exigieron la inmediata disolución de las Cortes y la suspensión de todos los decretos que se habían aprobado; pero ella hizo notar que estas exigencias eran anticonstitucionales; ya había disuelto el Parlamento dos veces en un año y al menos el gobierno debía convocar las Cámaras actuales y atestiguarlo votando antes de disolverlas. Los decretos, por otra parte, habían sido legalmente aprobados y no los había de suspender á instancias de un ministerio nacido del clamor público.

Todo esto probaba que mientras Cristina olvidaba de buen grado la Constitución cuando estaba en el poder un gobierno «moderado» ponía obstáculos á cada paso á un gobierno liberal, y los nuevos ministros resignaron sus cargos. En medio de gran oposición declarada, por parte de la regente, é infinito malestar, se formó otro ministerio liberal más complaciente, con Valentín Ferraz á la cabeza, que consintió en aceptar las condiciones impuestas por la reina. Cristina abandonó á Barcelona con el ceño fruncido y marchó á Valencia por mar, siendo recibida con la mayor frialdad, aunque O'Donnell, el general que mandaba las tropas, era acendradamente conservador y el pueblo y la prensa de Valencia dieron á entender tan claramente como en Barcelona que la ley munici-

pal debía aprobarse. El nuevo ministro, Ferraz, viendo la imposibilidad de gobernar en contra de la opinión pública, á no ser con un nuevo Parlamento, dimitió; y Cristina, viéndose ya casi falta de recursos, se decidió por la resistencia nombrando otro gobierno conservador con un juez llamado Modesto Cortázar de primer ministro.

Esto produjo una gran sublevación pública en Madrid (1.° de Setiembre de 1840) en la cual la milicia nacional y la municipalidad se pusieron de parte del pueblo. El gobernador civil fué encarcelado, y el capitán general, sojuzgado por la milicia, huyó. La mayoría de las tropas fraternizó con los revolucionarios, y de los municipios de las grandes ciudades vinieron á Madrid mensajes de simpatía y de auxilio. Se formó una junta provisional de gobierno; se nombraron para las provincias altos oficiales; el gobierno de la reina fué rechazado por completo, y por todo el reino rodaba desenfrenada la ola de la revolución. Espartero dirigió una carta á la reina, haciendo notar que si se hubiese seguido su consejo, no hubiera ocurrido ningún disturbio y todavía se ofrecía á salvar el trono amenazado, pero no á destruir la libertad en obsequio al partido conservador. Su estilo era burdo, hasta tocar con la rudeza, porque no era diplomático, pero la actitud que ahora había adoptado marcaba el rumbo futuro del partido de reforma; no había de atacarse á la monarquía—aunque la palabra república estaba en algunos labios—pero la Constitución debía ser lealmente observada. O'Donnell se ofreció á combatir la rebelión, pero Cristina vió que era imposible y trató de satisfacer el descontento nombrando un ministerio liberal de hombres oscuros, sin explicación ni excusa. Pero la nación no confiaba en ella; el go-

bierno revolucionario se negó á obedecerla, y al fin se resignó á lo inevitable y nombró á Espartero primer ministro (10 de Setiembre).

Después de alguna dificultad con la junta revolucionaria de Madrid, Espartero formó su gobierno, y al presentar sus miembros á la reina en Valencia, ésta preguntó, como lo había hecho en el caso del ministerio de González, qué programa intentaban seguir. Se resistieron á responder mientras pudieron, pero al fin le dijeron, entre otras cosas, que debían disolverse inmediatamente las Cortes y suspenderse la ley municipal. Objetó que la ley había sido aprobada constitucionalmente y sólo podría alterarse por medios constitucionales; pero como ellos insistían no dijo más, y tomaron el juramento de rigor.

Luego disparó la flecha que había reservado y puso en manos de los asombrados ministros su abdicación. Le dieron razones y reprensiones, pero sin resultado. Había sido vilmente atacada y calumniada, decía, y se marcharía. Comprendióse que esto se refería á los inexorables comentarios de los periódicos sobre sus relaciones con Muñoz, y uno de las ministros trató de calmarla, diciendo que desde la muerte de su primer marido, su majestad estaba en libertad de contraer otros vínculos, aunque fuesen incompatibles con la regencia. «No es verdad», exclamó la reina; pero como era notorio que vivía con Muñoz, de quien ya había tenido hijos, y se creía que estaba casada, otro de los ministros planteó la cuestión resueltamente diciéndola que el pueblo creía que había contraído un segundo matrimonio; no había en ello nada de malo. «Os digo que no es verdad», repitió Cristina (1).

(1) La razón de que Cristina negase su matrimonio en aquella ocasión, era que hubiera hecho ilegal su regencia

Los ministros, pensando que era tiempo de decir verdad, no dijeron más, y la irritada reina rechazando todas las tentativas que se hicieron para reconciliarla, embarcó con rumbo á Marsella el 18 de Octubre, bajo el nombre de condesa de Vista Alegre, dejando á Espartero y á sus colegas de regentes por obra de la Constitución, hasta que las Cortes nombrasen una regencia organizada.

Esta revolución se ha descrito con alguna extensión porque ha sido costumbre en Inglaterra tratar de Cristina sólo para censurarla, lo cual no parece merecerlo haciendo un examen imparcial. Puede concederse que fué muy imprudente en sus preferencias por el partido «moderado», y en permitirle que convirtiese las instituciones parlamentarias en una farsa; pero la acción de Espartero y de los liberales en insistir en la suspensión por un decreto de otros decretos aprobados legalmente y en apelar al motín armado y á la violencia de la plebe para contener á la reina, que violaba la Constitución que ellos reverenciaban como un fetique, era indefensible. En todo caso, los resultados de la revolución fueron en extremo lamentables. La violencia produce la violencia; y asi como los severos actos de Fernando á su regreso causaron el levantamiento de Riego, que acabó por el régimen bru-

y hubiera necesitado devolver la enorme suma que había recibido como salario. Su codicia siempre fué grande, y en esta ocasión la indujo á preferir el dinero á su buen nombre. En realidad se había casado con Muñoz, que había salido de las clases más humildes de la sociedad, casi inmediatamente después de la muerte de Fernando, pero el matrimonio no fué conocido hasta que se acabaron las esperanzas políticas de Cristina con la mayor edad de su hija. Muñoz fué entonces creado duque de Riansares y vivió hasta hace pocos años. Era un caballero estimado y amable, con cierta debilidad por la especulación.

tal de 1824, así esta violenta acción de Espartero y sus amigos encontró eco, cuyas alternativas repercusiones fueron causa de que España temblase á intervalos durante los siguientes treinta años.

El primer acto del gobierno de Espartero fué abrogar la ley municipal y otras leyes que dieran pretexto para la revolución, mientras Cristina, desde su destierro, en un vigoroso manifiesto al pueblo español, dijo claramente que estaba esperando su ocasión y que no había olvidado ni perdonado nada. El partido «moderado» obró de un modo parecido, y en las nuevas elecciones se mantuvo aislado casi por completo, con el resultado natural de que el gobierno obtuvo una gran mayoría en las Cortes; pero como suele suceder en tales circunstancias, la mayoría estaba compuesta de hombres muy diferentes en la amplitud de su liberalismo; y se presentó gran oposición al deseo de Espartero de obtener para sí solo la regencia, pues la Constitución de 1812 había decretado que una regencia constase siempre de tres personas. Al fin, con una mayoría muy reducida prevaleció el parecer de Espartero, y el 10 de Mayo de 1841, el hijo del carretero provincial, rodeado de real pompa, tomó el juramento de regente de España durante la menor edad de Isabel II.

Como todos los gobernantes erigidos por la violencia, Espartero pronto vió imposible satisfacer á las secciones más avanzadas de sus mismos partidarios. Era un hombre sin experiencia alguna y de escasa capacidad natural; sus virtudes militares de firmeza, bravura y honradez, le habían puesto en la situación de un ídolo popular, pero en sus acciones políticas hizo poco por justificar su elevación y su determinación de obtener la regencia para sí solo ya había ofen-

dido á un gran número de liberales. Por otra parte, los «moderados» le consideraban naturalmente como un usurpador, y en unión de muchos ex carlistas, intrigaron desde el primer día astutamente para derribarle; mientras, todos los gobiernos de Europa, excepto el de Inglaterra, le erau adversos.

Comenzó malamente por nombrar un ministerio de medianías presidido por Antonio González, del cual, el único hombre de nombradía fué Evaristo San Miguel, ministro de la Guerra; y la formal deposición dada á Cristina de la tutela de su hija era otra ofensa innecesaria dada á los «moderados» y especialmente á la misma Cristina, que protestó amargamente desde París por habérsele privado de sus derechos naturales y legales. Agustín Argüelles (1), hombre digno por todos conceptos, fué nombrado tutor de la reina; el poeta Quintana y la viuda de Mina, fueron nombrados, respectivamente, tutor y gobernadora. Aunque se tuvo cuidado de rodear á la reina de los que se sabía ser de opiniones liberales, las orgullosas damas, para quienes el palacio era el centro del mundo, no soportaron la presencia de la condesa de Mina—hija de un tendero—y esto produjo otro cisma. Los amigos de Cristina, los «moderados», los carlistas y el clero, mantenían la irritación, atribuyendo á Espartero y Argüelles toda clase de planes maquiavélicos. La reina, decían, estaba siendo mal educada de propósito, y Espartero aspiraba todavía á más que á la regencia. Al fin, bajo la dirección de Cristina, se formó una

(1) Argüelles y Quintana fueron hombres de tan elevado carácter, que es difícil creer que desdeñasen de intento su deber; pero tenemos la misma confesión de la reina para esto: que estaba poco instruída. De fijo fué mal educada por Cristina, y era muy ignorante.

regular organización revolucionaria, y el general Leopoldo O'Donnell alzó el estandarte de la rebelión en Pamplona, en Octubre de 1841, imitándole inmediatamente los generales en Vitoria y Zaragoza. Se estableció en nombre de Cristina una junta de gobierno en Bilbao, incluyendo á distinguidos hombres de Estado, como Santa Cruz y Alcalá Galiano, y pronto las Provincias Vascongadas y Navarra, todavía temblando por los privilegios, amenazados por los liberales, se declararon por Cristina; mientras, el mismo Madrid era la escena de un drama sin ejemplo en la historia de la Europa moderna.

La noche del 7 de Octubre el general Concha, con algunas compañías del regimiento de la Princesa, se presentó ante palacio, y, como se había convenido, el regimiento de guardia se les incorporó, siendo la intención coger á la joven reina y ponerla fuera de la protección de la junta revolucionaria nombrada por Cristina. Algunos distinguidos oficiales, mandados por el audaz Diego de León, subieron la famosa escalera principal de mármol del palacio, que había causado la admiración del mismo Napoleón, para arrebatar á las princesas huérfanas; pero en el primer descanso estaban apostados diez y ocho alabarderos de la guardia, mandados por el coronel Dulce, que resistieron resueltamente. Arremolináronse los amotinados por la escalera para auxiliar á sus jefes, pero todavía los intrépidos alabarderos se mantenían firmes; y con sables, picas y balas se entabló una sangrienta lucha durante la noche para la posesión de las llorosas princesas. «¡Oh, no dejéis que nos maten; nosotras iremos donde quieran si venís con nosotras», gritó la reina niña abrazándose á la condesa de Mina. Pero mientras hablaba, una bala penetró en

el salón en que estaban, y las princesas y la condesa huyeron á lugares más seguros. Todavía los alabarderos se mantenían firmes, porque sus posiciones en el descansillo les daban ventaja y cada momento era una pérdida para los amotinados.

Pronto la milicia nacional rodeó el palacio; las tropas de la guarnición dejaron de unirse al levantamiento, como se había convenido, y los oficiales amotinados se dieron á la fuga cuando apuntaba el alba, dejando que sus hombres se rindiesen. El conde de Requena y los brigadieres Quiroga y Frías fueron capturados poco después, cuando estaban ocultos en carros de leña; el general Diego de León, el más popular de todos ellos, fué perseguido y capturado; y un consejo especial de guerra les condenó á ellos y á la mayoría de sus compañeros á muerte. Hiciéronse sobrehumanos esfuerzos para salvarlos, especialmente al hermoso general Diego de León, conde de Belascoain, y la reina niña casi se inclinó á ejercer ilegalmente su prerrogativa de indulto, pero casi todos cayeron heridos por las balas, excepto los pocos que consiguieron escapar á Francia, y este mismo destino cupo á los jefes de la rebelión en las provincias; mientras que de un plumazo de Espartero los privilegios, por tanto tiempo venerados, de las Provincias Vascongadas, fueron en su mayor parte suprimidos.

Este acontecimiento reforzó por algún tiempo á Espartero, pero los ataques y sospechas de los liberales exaltados no daban tregua al gobierno, y en Junio de 1842 un voto de censura en las Cortes puso fin al ministerio de González; y Espartero, con poca perspicacia política, nombró otro gabinete presidido por el general Rodil, reclutado en la misma sección de la mayoría. Esto le forzó á prorrogar la apertura del

Parlamento, lo cual equivalía á un interregno de algunos meses, durante el cual ejerció una dictadura. Entre tanto, como de costumbre, la prensa y los oradores —especialmente los liberales avanzados—prosiguieron una guerra sin tregua contra el gobierno y el regente, á quien ahora fingían considerar como un soldado ambicioso, guiado sólo por sus fines particulares y poco preocupado del credo revolucionario.

Por primera vez el partido republicano en España continuaba una propaganda organizada y, en Cataluña especialmente, se captó muchos partidarios. Espartero habíase hecho muy impopular en Barcelona, á consecuencia de su severa reprensión de la junta revolucionaria, que había decretado la destrucción de la odiada ciudadela; y un formidable levantamiento republicano se efectuó en la ciudad en Noviembre. La capital catalana pareció súbitamente atacada de una cólera indomable. De todos los balcones y tejados se lanzaban proyectiles, aceite hirviendo y combustibles sobre las cabezas de las tropas del gobierno. No sólo corrieron á las armas los republicanos, sino hombres de todos los partidos; porque ¿no eran catalanes?, ¿y por qué Castilla los había de gobernar? ¿Por qué los algodones ingleses habían de permitirse en España mientras los telares catalanes los tejían? Espartero era amigo de Inglaterra; ¡perezca Espartero! Los catalanes eran más ricos y mejores que los castellanos; ¡perezca el gobierno castellano! La guarnición huyó; organizóse un gobierno revolucionario; y Cataluña se declaró separada de Castilla en espera del establecimiento de un gobierno nacional más digno que el de Espartero; y esto era sólo catorce meses después que Espartero había sido acogido en Barcelona casi como una deidad. Pero el general Van Halen

había congregado á sus regimientos en las afueras; Espartero estaba precisamente detrás de él y la horrible fortaleza de Montjuich todavía fruncía el ceño sobre la ciudad y enseñaba los dientes. Ante la amenaza del bombardeo la junta revolucionaria huyó, y después de algunas bombas disparadas desde Montjuich, la turbulenta ciudad capituló ante Van Halen, que la trató mejor de lo que merecía, mientras Espartero volvió á Madrid á disolver el Parlamento más bien que á resistirle, en las actuales circunstancias, porque la mayoría se había opuesto á su ida á Cataluña y ya se había decidido á destituir al benigno Van Halen y enviar á Barcelona un gobernador que la enseñase mejores modales con el patíbulo.

El 3 de Abril de 1843 se reunieron las nuevas Cortes, y el gobierno dimitió antes que reunirlas, formándose un ministerio presidido por un elocuente y popular orador llamado Joaquín López, cuyo liberalismo estaba considerado como más enérgico que el de su antecesor. López, que pertenecía á la sección que se opuso al regente, pronto riñó con él por insistir en la deposición de la mayor parte de los oficiales y amigos de quienes dependía Espartero, principalmente. El regente estaba obstinado, y después de una acerba disputa, el ministerio dimitió en Mayo, eligiéndose un gabinete liberal más moderado, con Gómez Becerra de primer ministro y Mendizábal de Hacienda. Pero las Cortes se iban cansando del desorden de Espartero, impropio en un hombre de Estado, é insistían en aprobar un voto de confianza al ministerio de López; y á esto la réplica del dictatorial y anticonstitucional regente fué la disolución.

Las indignadas Cortes, los férvidos oradores y la chillona prensa denunciaban y declamaban contra el

gobierno del rudo y estúpido soldado á quien una revolución y la extravagancia popular habían elevado á su pedestal. El joven brigadier catalán, Prim, se amotinó en Junio, en Reus, con su brigada al grito de «¡Abajo Espartero!» Valencia, Andalucía y Galicia le siguieron, y pronto toda España estuvo otra vez rebelada. En vano Mendizábal trató de conjurar el peligro con la reducción de impuestos y otros paliativos semejantes, pero era demasiado tarde. La revolución se propagaba; Espartero quiso conciliarla publicando manifiestos de seguridad, pero viendo que esto era inútil, se puso al frente de su ejército y comenzó á dominar la rebelión por la fuerza de las armas, después de mucha ardiente oratoria y de haberse representado el espectáculo teatral de abrazar la milicia la bandera nacional ante su amado Madrid.

El voluble ejército había cambiado. El nombre de Espartero ya no era idolatrado por los soldados como lo había sido. Cristina, incansable, astuta y rica, gozando de la franca simpatía de Luis Felipe y de la ayuda de militares tan populares como Narváez, Concha, O'Donnell y Pezuela, había trazado bien sus planes; y con gran descontento suyo, Espartero vió que regimiento por regimiento, provincia por provincia, pedían su caída.

A mediados de Junio, Narváez y su división estaban sitiando á Madrid, débilmente defendido por la milicia nacional. Al llamamiento del ministerio, el general Seoane corrió precipitadamente desde Aragón con veinte batallones para socorrerle, y se encontró con la división de Narváez no lejos de la capital. Después de haber hecho algunos disparos, los generales representaron una extraordinaria comedia. Narváez y sus hombres penetraron de súbito en las filas de sus adver-

sarios, gritando: «¡Viva la Constitución! Todos somos españoles, abracémonos.» Las tropas del gobierno aceptaron la invitación, y Seoane y Narváez abrazáronse efusivamente. Todo esto estaba muy bien; pero los hombres comenzaron á preguntarse unos á otros lo que significaba, y qué parte era la que había cedido. Seoane se había pasado al lado de la reina, pero su segundo en mando, Zurbano, puso espuelas á su caballo y huyó hacia Madrid, al grito de: «¡Estamos vendidos!» «¡Estamos vendidos!» repetían los hombres; pero la mayoría de ellos no estaban muy pesarosos; y los que parecían estarlo, pronto se sometieron. Durante la noche, el ejército entró en Madrid sin resistencia, porque la capital estaba temblando de aprensión á la idea del gobierno de la espada blandida por el terrible Narváez, que era como el Rey Stork para Espartero, Rey Log.

Inmediatamente la milicia nacional fué desarmada; se expulsó de palacio á la condesa de Mina y á Argüelles; pasó á nuevas manos la administración del gobierno, y la revolución reinó como soberana. Entre tanto, Espartero, paralizado con su repentina impopularidad, gastaba los días en Albacete, y luego marchó á Sevilla con sus fuerzas, que mermaban rápidamente. Pero allí, como en todos los demás sitios, se encontró impotente; la veleidosa multitud no tenía más que maldiciones para su primer ídolo, y escapó en un barco inglés que estaba en el puerto de Cádiz, desde donde embarcó para Lisboa, y de aquí á Inglaterra, después de firmar una protesta contra la rebelión que le había echado de España.

En Inglaterra, Espartero fué acogido como un héroe, porque representaba la influencia inglesa y liberal en España contra Cristina y Francia. En todas

partes se le recibió con banquetes. Ya tenía la Gran Cruz del Baño y se le confirió el título de ciudadano de Londres; la reina Victoria le honró y el pueblo le saludaba; mientras en España, el gobierno de López, que él había nombrado primero, y Narváez había reconstituido, le denunciaba, por decreto, como traidor y le despojaba á él y á todos sus amigos de todos sus honores, títulos y emolumentos. Esta era en verdad *lex talionis*, pero Cristina y Narváez tenían graves cuentas que arreglar, porque habían tratado con poca consideración al duque de la Victoria en la breve hora de su triunfo.

Los disidentes liberales pronto comprendieron el error que habían cometido al mezclarse en la rebelión. Narváez, ahora general en jefe y gobernador de Castilla, era un desagradable vencejo que pisoteaba á todos los que se le oponían (1), y cuando los catalanes vieron que nada podían hacer ellos en particular, Barcelona se sublevó otra vez, y durante las diez semanas siguientes sufrió todos los horrores de un sitio, en que sin compasión ni cuartel se sacrificó al heroico pueblo, arrojándose en la ciudad cinco mil proyectiles durante los tres días del bombardeo. Zaragoza, León, Vigo, Gerona, Figueras y otras fortalezas de primera clase siguieron el ejemplo de Barcelona, y á su vez, fueron reconquistadas por la fuerza armada. Se comprendió que Cristina no se quedaría atrás como regente y la nación difícilmente resistiría otro militar

(1) Se cuenta de él la anécdota (que probablemente sea falsa) de que en su lecho de muerte se le instó á que perdonase á los que le habían injuriado, y dejó asombrado á su confesor, diciendo que no tenía á nadie á quien perdonar. Cuando se le preguntó cómo era así, replicó que los había fusilado á todos.

improvisado en esta posición; así que se eligieron apresuradamente unas Cortes, y la joven reina fué declarada mayor de edad el 8 de Noviembre de 1843, entregándose otra vez el pueblo, engañado, á un regocijo irreflexivo, en la esperanza de que la era de regencias rivales había pasado para siempre.

La muchacha que así era de repente llamada á los trece años á ejercer el cargo de monarca constitucional merece algunas palabras de descripción, porque llegó á ser uno de los personajes públicos más extraordinarios de nuestro siglo, una mujer tan llena de problemáticas contradicciones de conducta y carácter que hicieron de su personalidad un enigma psicológico, aun para los que estuvieron en más frecuente contacto con ella. En el período de que hablamos ahora, era una muchacha de recia complexión, muy precoz, de mejillas gruesas, nariz chata, y labios gruesos, sensuales. Era de una ignorancia increíble, pero poseía gran despejo natural; en los modales algo brusca y jovial; hablaba demasiado y unía á la maliciosa jocosidad de su padre la franca fascinación de su madre. Era de buen corazón y generosa hasta la prodigalidad, impulsiva é imprudente hasta lo increíble, aun para una muchacha tan joven; y esta cualidad nunca la perdió. Sin sentido formal de la responsabilidad, tenía, no obstante, una elevada noción de la dignidad real y un porte noble que frecuentemente revestía actos de irreflexiva ligereza de un tinte de condescendencia magnánima.

El papel que estaba llamada á desempeñar era difícil, casi imposible. Debía su corona al partido político opuesto á la reacción y ahora la sostenía en una dependencia constitucional; y sin embargo, el sagrado mandamiento de su padre y la tradición de la familia

á que pertenecía era que el poder absoluto poseído por sus antecesores debía conservarse intacto de generación en generación. En lo poco que llevaba de vida había visto la violencia y la ilegalidad empleadas con nombres especiosos por hombres llenos de ambición con el fin de apoderarse del poder, que empleaban para perseguir y condenar todo lo que sus predecesores le habían enseñado á respetar. Había visto que las palabras delicadas y los altos cargos encubrían acciones mezquinas; había visto el derramamiento de sangre, la tiranía, la crueldad y la rapiña disfrazándose bajo el traje de la libertad; su madre, que un día fué ídolo y al día siguiente era una fugitiva; Espartero, héroe y traidor en el espacio de un mes; y no es extraño que su creencia en la verdad, el honor y el patriotismo estuviese vacilando en una edad en que la mayoría de las jóvenes no creen en el mal.

La declaración de la mayor edad de la reina era una contravención directa á la Constitución, pero este era sólo uno de los muchos ejemplos en que la última había sido violada por los nuevos gobernantes. El fogoso primer ministro radical, López, que al principio se había mezclado con los «moderados», con el solo objeto de oponerse á Espartero, se había sometido ahora al programa reaccionario de sus asociados. Pero como la mayoría conservadora de las Cortes todavía desconfiaba de él y los liberales avanzados no le prestaban auxilio, se formó otro ministerio de coalición, que se esperaba sería acogido con mejor aceptación. El primero era un joven de gran elocuencia, intrepidez y habilidad, un liberal avanzado llamado Salustiano de Olózaga, que ahora era presidente de la Cámara. Se había negado repetidas veces á ejercer el cargo, inclinándose á desempeñar un gran papel

cuando le pareciese ocasión apropiada. Pensó que había llegado la ocasión y la aprovechó, siendo su intención ganar para los liberales avanzados el ascendiente en el gobierno, ascendiente de que les habían privado Narváez y los «moderados».

Los liberales en toda la nación estaban refunfuñando que los conservadores habían sido incapaces de derribar á Espartero por sí mismos, y ahora que los liberales se habían estado ejercitando principalmente en hacerlo, el resultado fué un régimen de reacción resuelta. Olózaga comenzó por publicar algunos decretos que encantaron á los progresistas y llenaron á los «moderados» de indignación y desaliento. Había, como era natural, una gran mayoría conservadora en las Cortes, y el oficio de Olózaga parecía ahora indigno del aprecio de un día. El había previsto esto; su plan era ir al Parlamento con un decreto de disolución en el bolsillo, hacer que se eligiese un nuevo Parlamento de liberales y relegar á los «moderados» á segundo término. Era un plan audaz y quedó frustrado. El 29 de Noviembre todo Madrid se conmovió con la noticia de que el primer ministro había empleado la violencia con la reina, y por la tarde un número especial de la *Gaceta* anunció que Olózaga había recibido la dimisión. La opinión pública, como de costumbre, tomó posiciones. Los progresistas declararon que esto era una intriga de palacio, mientras que los «moderados» y sus periódicos alzaban al cielo sus elocuentes gritos contra este insulto impío á la majestad del trono.

En las Cortes, cuando se discutió el asunto, los conservadores estaban por llevar á Olózaga al patíbulo sin previo proceso; la elocuencia vehemente, sin restricción y sin tacha, se propagó en irresistible diluvio

en el ataque y en la defensa; mas, por otra parte, Olózaga y sus amigos no se aventuraban á declararse directamente contra la deposición formal y notarial hecha por la reina de las acciones ejecutadas por el nuevo primer ministro, González Bravo, antes grosero editor del periódico satírico y liberal llamado *Guirigay*, pero desde entonces jefe de los reaccionarios que gradualmente arrastraron á Isabel en el camino de la ruina.

La declaración de la reina demostró que Olózaga le había presentado un decreto para la disolución del Parlamento, que ella se negó á firmar, y como él insistiese con rudeza, según ella pensó, levantóse y abandonó la habitación. El se lanzó á la puerta que estaba más cerca de ella y la cerró, y del mismo modo la impidió escapar por otra puerta; entonces, agarrándola por el traje, la llevó hasta la mesa, le cogió la mano con aspereza y por fuerza la obligó á aplicar al decreto el florón que en España sirve de firma. Cuanto de esto sea verdad, es imposible decirlo ahora, porque todas las partes interesadas han muerto, incluso Isabel II. Los liberales fingieron siempre creer que era un mero fárrago de mentiras inventado por los «moderados» de palacio, pero teniendo en cuenta el carácter dictatorial de Olózaga y su historia posterior, es difícil ahora para una persona imparcial negarse á creer la relación de la reina. Olózaga, con insuperable elocuencia, sostenía que en el decreto anulando la firma de la reina á la disolución, no se había hecho alusión á que la firma le hubiese sido arrancada por la fuerza, pero como estos documentos están redactados con arreglo á planes preconcebidos, eso no prueba nada. En todo caso, Olózaga vióse obligado á huir á Inglaterra; y desde entonces, por algún tiempo, bajo

la dirección del ignominioso y despreocupado González Bravo, el libelista y periodista del arroyo, la reacción desenfrenada gobernó.

Aprobáronse las rígidas leyes de la prensa; aboliéronse las municipalidades electivas y disolvióse la milicia nacional; pero cuando se llegó á alterar la misma Constitución y á abrogar ó atenuar todas las cláusulas que imponían la restricción á la corona ó al poder electivo, González Bravo cedió el puesto á Narváez como dictador, y se votó un Parlamento del que se retiraron los liberales. Cristina y su familia volvieron precipitadamente con pretextos, en posesión de un nuevo proyecto para reforzar á los «moderados», y la prerrogativa real á que ahora haremos referencia; el nombre de Espartero fué difamado sin compasión, mientras el dictador Narváez se hacía cada vez más insolente é imperioso, con indecible disgusto de su propio partido.

Efectuáronse sublevaciones parciales en muchas provincias, comenzando por Alicante y Cartagena, por obra de los liberales descontentos, y en Octubre de 1844, el general Zurbano enarboló el estandarte de la rebelión en la Rioja; pero fué prendido y fusilado (1). El nuevo sistema de impuesto y hacienda introducido por el ministerio Mon (2) causó, en la pri-

(1) Narváez fusiló nada menos que 214 personas en este año, 1844, por ofensas políticas. Casi al mismo tiempo que se efectuaban estos levantamientos en España, estallaron sublevaciones en Manila—organizadas por el sargento indígena Samaniego—y en Cuba. El movimiento en este mismo país comenzó por los blancos criollos; pero pronto cedió el puesto á una rebelión más formidable de negros contra sus señores, que el capitán general O'Donnell reprimió con cruel y sanguinaria ferocidad en el verano de 1844.

(2) Esta revolución financiera, bien intencionada, pero gigantesca é impopular, consistió en una gran simplifica-

mavera de 1846, una rebelión en Galicia, que por algún tiempo puso en peligro la existencia del gobierno, pues la rebelión no estaba solamente favorecida por un partido. El general Solís, con un batallón de infantería, alzó primero el grito de: «¡Viva la reina en libertad! ¡Viva la Constitución! ¡Fuera el extranjero!» y, como una centella, en toda la provincia y en muchos regimientos prendió el contagio. Formáronse juntas revolucionarias en las ciudades, dirigidas por la capital, Santiago; la ex milicia nacional fué convocada y por algún tiempo el gobierno quedó vencido. Cristina y la tertulia de palacio estaban sobrecogidas de pánico; porque, *¡Fuera el extranjero!* era un grito que amenazaba trastornar todos sus planes, particularmente cuando el joven D. Enrique, segundo hijo del infante D. Francisco, hubo prestado su adhesión á la rebelión desde el buque de guerra que mandaba en la Coruña. El primer impulso de Cristina y sus amigos, cuando el descontento era evidente antes de esta rebelión, había sido aligerar su carga echándola sobre

---

ción del impuesto. Mon tenía que habérselas con un terrible estado de cosas. Había una deuda flotante de cerca de veinticinco millones de libras esterlinas, un millón y medio de importaciones coloniales y un déficit anual del presupuesto de dos millones; todos los salarios estaban atrasados por un año al menos. El gran plan de Mon era recaudar tres millones de libras esterlinas adicionales por un impuesto directo sobre tierras, para que sustituyese al diezmo abolido y un gran número de antiguas exacciones. Toda la infinidad de antiguas vejaciones en deudas sobre el corretaje y la industria fueron también unificadas en un simple impuesto directo sobre todas las mercancías y manufacturas; estableciése otro directo sobre rentas de propiedad personal y una cuarta parte sobre rentas é hipotecas de la realeza. El gran número de impuestos indirectos sobre trigo, etc., fueron también unificados.

el impopular Narváez (1), que dimitió con gran júbilo de todos los partidos, y se formó un nuevo ministerio de palacio presidido por el marqués de Miraflores (Febrero de 1846), seguido por otros dos ministerios en algunas semanas, siendo la revolución gallega ahogada en sangre por el general José Concha y el capitán general Villalonga durante el ministerio de Istúriz.

Hemos visto que los diez años que habían transcurrido desde la muerte de Fernando VII habían sido un período de guerra civil y semi-anarquía. Violentos cambios de gobierno, motines militares, disturbios públicos y desconfianza general habían agotado sus recursos para arruinar á la desdichada nación, ya exhausta por el esterilizador efecto del férreo despotismo de Fernando. El resultado fué políticamente engañador; pero, de todas suertes, era un signo de progreso que el rígido absolutismo hubiese sido vencido

(1) La historia de su dimisión es oscura; pero se cree que dimitió para desembarazarse de sus colegas Mon y Pidal, que se habían opuesto á Cristina, indicándole al príncipe napolitano, su hermano el conde Trapani, como marido para la reina. Si esto fué así, el mismo Narváez fué defraudado. Lo que siguió durante algunas semanas consecutivas ha sido siempre un enigma y, probablemente seguirá siéndolo. La reina, en apariencia, por mero capricho, sembró de obstáculos el camino de Miraflores, y cuando éste se negó á satisfacer su extraordinaria exigencia de disolver el Parlamento, le dió la dimisión. Entonces Narváez volvió con gran ostentación de energía; pero en esta nueva ocasión, alguna fuerza oculta tras la reina, hizo imposible su gobierno y cayó á los quince días, siendo sucedido, en el verano de 1846, por Istúriz. Narváez, en realidad, no había respondido á las excitaciones de los absolutistas extremados del palacio, que deseaban que aboliese del todo la Constitución. Cristina, furiosa, durante su breve y segundo ministerio, dijo que era peor que Espartero—de fijo era más dictatorial é insolente—y tuvo que buscar refugio en Francia después de su dimisión.

con la desaparición de D. Carlos de la escena y que, aun en la era de reacción militar iniciada por Narváez, ni él ni ningún otro hombre responsable se atreviese á regresar á las antiguas ideas aboliendo la Constitución por completo, por mucho que tratasen de atenuarla en una dirección antidemocrática. En verdad que habían huido para siempre los tiempos en que por un plumazo el pueblo español consentía mansamente en convertirse de nuevo en vasallo.

Pero el cambio en este respecto era sólo la extensión á España del resurgimiento político é intelectual que estaba verificándose en toda Europa en aquella época. El irresistible movimiento de reforma en Inglaterra y la ruina del absolutismo en Francia (Julio de 1830) coincidió con la formación de nuevos ideales en literatura, ciencia y arte. Rompiendo con los modelos clásicos, el entendimiento de ambas naciones dió á sus creaciones una libertad y un colorido, un objeto más amplio y una imaginación más ardiente que el que habían animado al arte por un siglo antes.

La muerte de Fernando y los acontecimientos que la siguieron, devolvieron á España los brillantes espíritus que el despotismo había dispersado en el destierro, y volvieron saturados de las ideas de la escuela romántica, algo modificadas por la influencia de las naciones particulares en que habían pasado su destierro, pero siempre vívidas, exuberantes y fértiles. Los que habían vivido en Inglaterra, como Saavedra, Trueba, José Joaquín Mora, Galiano, Espronceda y otros mil, volvieron á su patria repletos de Walter Scot y Byron; otros, que habían vagabundeado y esperado en Francia, transplantaron al suelo de España el brillante impresionismo romántico de Víctor Hugo y Dumas, siendo el resultado, que los diez años que

ahora examinamos—1834 á 1844—á pesar de la deplorable condición del país, estuvieron caracterizados por una abundancia y excelencia de producción intelectual como rara vez ha sido igualada por un período anterior y nunca desde entonces.

Como suele suceder en España, las obras más características tomaron la forma dramática. Martínez de la Rosa, siendo político, tenía tiempo para escribir mucha poesía sentimental y afectada; pero en las tablas era natural y digno, siendo su *Conjuración de Venecia* (Abril de 1834) su más hermoso drama histórico. En todos respectos estaba, no obstante, por bajo de Angel Saavedra, duque de Rivas, que se elevó á la sublimidad teatral en su espléndido *Don Alvaro ó la fuerza del sino* (1836) y en sus romances históricos y poesía lírica, especialmente *Alfaro de Malta* y *El Moro expósito.* Al mismo período pertenece el drama *El Trovador,* sobre el cual está fundada la ópera de Verdi, por Antonio García Gutiérrez, y los poemas byronianos de Espronceda *El Diablo Mundo* y *El Estudiante de Salamanca.* Pero un poeta mayor que todos ellos, José Zorrilla, recibía su inspiración de fuentes semejantes y al mismo tiempo, aunque sus obras más hermosas se escribieron algo después. Sus poemas, como los de Scott, fueron resurrecciones de leyendas nacionales; pero sus obras teatrales, *Don Juan Tenorio, La mejor razón la espada, El Zapatero y el Rey* y otros dramas, aunque sombríos, son las mejores manifestaciones de su genio. Otro joven autor, que después llegó á ser uno de los más brillantes ornamentos de la literatura española, obtuvo en este período su primer éxito. Era un joven ebanista llamado Juan Eugenio Hartzenbusch, y con su drama *Los Amantes de Teruel* (1837) estableció sólidamente su

fama. Las historias de Galiano y el conde de Toreno se han menoscabado algo en su fama de oradores y estadistas, pero todavía quedarán como las principales autoridades de los acontecimientos que relatan.

Ni estaba el florecimiento intelectual limitado á la capital ó á los escritores castellanos. Los constantes disturbios en Cataluña habían llevado al destierro á muchos distinguidos catalanes. Estos, en su debido tiempo, volvieron á su patria y Barcelona se convirtió en un centro de resurrección de la literatura de romance, tan notable á su modo como la que se ha efectuado durante los últimos años en el Sur de Francia. En el caso de Cataluña, la influencia en la forma del renacimiento fué principalmente inglesa y alemana, en contraste con la francesa; y se publicaron en abundancia leyendas é historias en prosa y verso catalán y romántico en el gusto de Scott y de los Schlegels, siendo leídas con avidez; los autores más estimados de esta escuela fueron Pablo Piferrer, Milá y Fontanals, y el poeta Aribau.

Esta actividad literaria se propagó desde Madrid y Barcelona hasta las más remotas provincias. El patriotismo pintoresco, pasión siempre dominante en los españoles, estimulóse con los inspirados versos y animadas obras teatrales de poetas como Zorrilla y Aribau, y encontró una forma literaria por la hirviente verbosidad de la raza, que primeramente había malgastado sus fuerzas en la declamación política y las polémicas de la prensa. Por todas partes surgieron *Liceos y Ateneos* para el fomento de la literatura y hombres de todas clases y de todas edades—y, puede añadirse, de todos grados de incapacidad—emprendieron la tarea de producir, y, cuando esto no era posible, de declamar prosa romántica y versos más ó

menos byronianos. De la baraúnda de estas orgías literarías surgieron, sin embargo, algunos jóvenes poetas de primera fila, que en la siguiente década dotaron á su nación de obras que perduran. Zorrilla, Tassara y Pastor Díaz estaban ya ganando fama en la época á que nos referimos, pero Campoamor y Rubí estaban en su infancia literaria. Estos son algunos hombres entre los muchos que hicieron de la década posterior á la muerte de Fernando un período semejante á la gloriosas época del rey-poeta Felipe IV; y cuando se agrega que los Madrazos pintaron y Romea se distinguió representando al mismo tiempo, se admitirá que España no iba en modo alguno á la zaga en desarrollo artístico, por desdichada que fuese políticamente.

A pesar del deplorable estado de revolución é inseguridad, las clases altas y medias sacudieron el yugo del despotismo que las había reducido á placeres groseros y triviales, y al menos en las grandes ciudades, comenzaron seriamente á trabajar por elevar y perfeccionar la situación de sus vecinos más pobres, y á exigir alguna comodidad y elegancia moderna para sí mismas. Fundáronse en todos los centros populares sociedades instructivas y escuelas laicas; establecióse en Madrid la Caja de Ahorros (1838) y se emplearon con este mismo objeto otros muchos medios. Pero la plaga de los corrompidos partidos políticos y la ambición de militares despreocupados, no eran razones para que la joven reina no se casase felizmente y condujese á su nación, cansada de luchas, por el camino seguro de la prosperidad, para lo cual existían todos los elementos (1).

Esta cuestión del matrimonio de la reina convirtió-

(1) A despecho de las guerras y revoluciones constantes, desde 1830 á 1846, verificóse un progreso más notable de la

se, desgraciadamente, en la manzana de la discordia entre los partidos políticos y engendró la envidia nacional, con sus lamentables resultados. Contemplando cincuenta años después aquella disputa tan acerba, podemos sonreir ante la ironía del destino que ha desmentido todas las ambiciones y recelos de los políticos rivales. Los ingleses han considerado como artículo de fe que sólo la poco escrupulosa falsedad de Guizot y Luis Felipe fué lo que produjo una guerra entre Francia y la Gran Bretaña en este asunto, pero un examen imparcial de todos los elementos de la cuestión tiende á demostrar que la mala fe no era suya sola. La desconfianza exagerada por ambas partes parece al principio no haber estado justificada; era, en realidad, la acción respectiva de Cristina, los «moderados» y la familia de Coburgo lo que obligó á las dos grandes naciones combatientes á ponerse en antagonismo. Porque no debe olvidarse que, aunque Francia é Inglaterra se echaron una á otra el oprobio de la mala fe, el fondo de la intriga estaba en los partidos políticos de España. Se ha demostrado que, desde la época de la guerra peninsular, el partido constitucional ó liberal se había vuelto naturalmente á Inglaterra por su inspiración, mientras los absolutistas y sus sucesores, los «moderados», se habían empeñado persistentemente en una estrecha alianza con Francia.

Hemos visto cómo, durante la guerra carlista, la reina regente y sus amigos habían impulsado, sin éxito, á Luis Felipe á intervenir como un contrapeso en la ayuda resuelta que Inglaterra daba en contra de D. Carlos. Mientras fué necesario para el rey francés

riqueza pública. La renta total de la nación en el primer año fué de 6.000.000 de libras, en el último año de 12.000.000 de libras.

evitar enredos con las potencias legitimistas é Inglaterra, érale imposible olvidar los intereses franceses tradicionales, hasta el grado de permitir una dinastía bajo la influencia inglesa que había de establecerse en España, como se había hecho en Portugal, por el matrimonio de la reina María da Gloria con Fernando de Sajonia-Coburgo, primo de la reina Victoria y de su marido. Cuando Cristina huyó á Francia, en 1840, y Espartero rechazó resueltamente al enviado francés, la reina-madre española indicó que su hija se casaría con el duque de Aumale. Pero Luis Felipe supo que Inglaterra no podía permitir esto, y formó el plan de casar á Isabel con uno de los Borbones españoles é italianos, mientras su hermano menor, el duque de Montpensier, estaba bien proveído para el presente y entreveía vagas pero ilimitadas perspectivas para lo futuro, casándose con la princesa menor española, Fernanda, á quien había dejado su padre una gran fortuna privada.

Guizot recordó este plan á Palmerston en París, en 1840, pero el ministro español no quería oir hablar de esto, porque, decía, en el caso de la muerte de Isabel sin hijos, el príncipe francés se convertiría en rey consorte, y esto no lo toleraría Inglaterra. Al mismo tiempo, los franceses estaban justificadamente determinados á que ningún príncipe Borbón ocupase el puesto de marido de la reina española, y estaban inciertos hasta qué punto el gobierno inglés llegaría á contradecirles en esto. Por eso se tramó un proyecto entre Cristina y Guizot para que la primera confesase al gobierno inglés su deseo de que el príncipe Leopoldo de Coburgo, hermano del rey consorte de Portugal, se casase con Isabel; y así lo hizo Cristina en tres ocasiones distintas en 1841. Palmerston no estaba á favor

del casamiento indicado, y sospechando el ardid, no le dió alientos.

Cuando, en Agosto de 1841, lord Aberdeen sucedió á Palmerston como ministro de Negocios extranjeros, las relaciones entre el gobierno inglés y los reformadores españoles hiciéronse algo menos cordiales (1), y Aberdeen y Guizot no tuvieron dificultad en hacer un convenio con Inglaterra para que se aceptase como marido de Isabel II á cualquier Borbón que no fuese príncipe francés. Difícil es decir hasta qué punto la corte inglesa—como independiente del gobierno—alentó en estas circunstancias privadamente el litigio del príncipe Leopoldo de Coburgo; pero es cierto que lord Aberdeen y el ministerio de Peel fueron perfectamente sinceros y honrados en su promesa de no apoyar activamente su candidatura. La reina Victoria y su marido visitaron á Luis Felipe en Eu en Setiembre de 1845, cuando se firmó un convenio con objeto de que Inglaterra no ayudase ni reconociese ninguna candidatura á la mano de Isabel que no fuese un descendiente Borbón de Felipe V de España, y que *después que la reina española se hubiese casado y tuviese hijos, y no antes,* su hermana la infanta se casaría con Montpensier, y así, como Guizot escribía en aquel tiempo, solo conseguía «*les chances inconnues d'un avenir lointain*» (2).

Se echará de ver que la empresa de Inglaterra era negativa; no se comprometió activamente á resistir

(1) El plan de Guizot era calmar las susceptibilidades del gobierno de Peel y separar así á los ingleses de los reformadores españoles. Escribía así al embajador francés en Inglaterra (Marzo de 1842): «Separando á Inglaterra de los revolucionarios españoles, es como podemos esperar producir algún efecto en España, para España y para nosotros mismos.»

(2) «Las probabilidades ignotas de un porvenir lejano.»

ninguna candidatura que no fuese la de un **Borbón**, sino sólo á impedir que se promoviese esta candidatura. Aberdeen habló resueltamente á Guizot de que no obraría activamente de ningún modo. «*Et quant à la candidature du prince Leopold vous pouvez être tranquille sur ce proint. Je reponds qu'elle ne sera ni avouée ni appuyée par l'Angleterre et qu'elle ne vous gênera pas*» (1). Esto era á fines de otoño de 1845, y poco después surgieron en Francia sospechas por la visita del príncipe Leopoldo y su padre á Portugal y por la celosa é indiscreta acción en su favor de sir Enrique Bulwer, el ministro inglés en España. Espartero y Olózaga, con otros mil liberales, estaban en Inglaterra, intrigando con los liberales ingleses y correspondiendo con sus amigos en España, con el objeto de dar jaquemate al proyecto para reforzar á los «moderados», aumentando los intereses franceses en la nación. Peel, Aberdeen y el duque de Wellington dieron á los franceses su palabra de honor y de caballeros, de que el gobierno inglés no había ayudado y no ayudaría á la candidatura del príncipe Leopoldo, pero, considerando la relación del príncipe con la familia real inglesa, no tratarían activamente de oponérsele.

Luis Felipe y Guizot al instante se pusieron á trabajar, con aprensión febril, en los planes secretos que pensaban oponer al celo de Bulwer por una candidatura á que su gobierno renunciaba; y se decidieron, antes de ser burlados, á violar el convenio y casar á Montpensier con la reina ó apresurar ambos matrimonios y efectuarlos al mismo tiempo. Lord Aberdeen,

(1) «Y en cuanto á la candidatura del príncipe Leopoldo, podéis estar tranquilo acerca de ese punto. Respondo de que no será ni reconocida ni apoyada por Inglaterra, y que ésta no os molestará.»

ansioso de dar seguridades á Francia, reprendió á Bulwer por su indiscreto celo, pero antes de que Bulwer se retirase, el gobierno de Peel cayó (Julio de 1846), y Bulwer quedó en Madrid, porque sabía que Palmerston le apoyaba. Con Palmerston en el ministerio inglés de Negocios extranjeros, las sospechas francesas se acentuaron más que nunca, y las intrigas del príncipe de Coburgo, desde Lisboa, continuaron con mayor actividad.

El candidato más probable á la mano de la reina era el hijo mayor de D. Carlos, porque éste había abdicado á favor suyo, pero sólo podría conseguir éxito con una renuncia de principios, que no haría, y esta solución pronto fué abandonada. La misma Cristina había estado, en un principio, decididamente á favor de su hermano, el conde Trapani; pero Austria se le oponía violentamente y los partidos españoles le miraban con resuelta aversión. Los otros dos únicos novios probables eran los dos hijos jóvenes del infante D. Francisco y de la imperativa D.ª Carlota, hermana de Cristina, que había abofeteado á Calomarde. Cristina odiaba á su hermana y á su hermano político, y éstos habían vivido una existencia mezquina y pobre durante algunos años, despreciados de todos. El mismo D. Francisco era un menguado ejemplar de realeza, física y mentalmente, pero toda su vida había estado implorando popularidad y estaba acreditado de cierta simpatía por el liberalismo. Tenía varias hijas y dos hijos; el mayor de éstos, D. Francisco, era de veinticuatro años de edad y llevaba un año al menor, D. Enrique.

Cuando la turbulenta madre de estos dos jóvenes murió, en 1844, la oposición de Cristina á ellos se hizo menos acentuada y pronto se comprendió que, por un procedimiento de eliminación, habían quedado como

los únicos pretendientes serios y reconocidos para la reina-consorte. El mayor, D. Francisco de Asís, era un joven vivaracho, bello, afeminado, con una voz chillona, del cual se hacía gran burla en la corte, aun por parte de la misma reina; se le daba el nombre de Paquita, y cuando se le citó á Isabel como marido posible, dijo que no tendría nada que objetarle si estuviese segura de que era un hombre. No obstante, sus modales eran gratos y amables y no había de fijo nada en su figura ó en su semblante que indicase ausencia de virilidad, aunque era, sin duda alguna, débil y degenerado. Su hermano Enrique, aunque no mucho más alto que él, érale muy superior en fuerza, vigor y habilidad, y heredó mucho de la impulsiva arrogancia de su madre. Se recordará que había estado á favor en la rebelión, en Galicia, contra el régimen de Narváez, y había caído después en desgracia con los «moderados», y ahora que se discutía cuál de los dos hermanos sería preferido, no era sorprendente que Espartero, Olózaga y los liberales, apoyados por el gobierno inglés, se declarasen por D. Enrique, mientras Cristina, los «moderados» y los franceses ayudaban calurosamente á D. Francisco, duque de Cádiz, con el duque de Montpensier como marido de la infanta Fernanda.

Habían convenido privadamente los hermanos en que se presentarían juntos; y que ambos, separadamente, rechazarían el enlace con una de las princesas, á menos que el otro se hubiese de casar con su hermana. No convenía á Cristina, á los franceses ó á los «moderados» tener en todo á D. Enrique, y como el último estaba en el destierro, la reina madre ejerció tal influencia sobre Francisco, que abandonó la causa de su hermano y consintió en casarse con la reina si Montpensier se casaba con la infanta.

Los liberales de toda España estaban desesperados, pues la tertulia de palacio había hecho caer en desgracia á Narváez por no ser bastante absolutista; temían que con un príncipe francés tan cerca del trono, y un ejército francés, organizado á instancias de Cristina, se efectuase un regreso al desenfrenado despotismo de Fernando. Ellos, los liberales, suplicaron á la reina que no permitiese que su hermana se casase con un francés; se apeló á recuerdos de la guerra peninsular, á la invasión de Angulema, á la pasada perfidia de los franceses, pero sin resultado; Bulwer era vano, terco y duro, y se sabía que pertenecía á la facción progresista; de suerte que sus protestas contra el convenio no pesaban mucho, comparadas con la estrecha intimidad existente entre el palacio y Bresson, el ministro francés, que era casi un *ambassadeur de famille* (embajador de familia). Mientras Bresson estaba fuera del palacio ó dentro de él todo el día, Bulwer estaba casi constantemente en una de sus casas de campo; y las exigencias formales para las manos de las dos reales hermanas no habían llegado á conocimiento suyo mientras había estado fuera de Madrid.

Afirman las autoridades liberales que en toda la noche del 27 de Agosto de 1846, Cristina y sus amigos instigaron por la fuerza á Isabel sobre la necesidad de que esta última aceptase á su primo Francisco por marido, á lo que oponía gran repugnancia, cuando llegó la ocasión; y su consentimiento sólo se aceptó al fin por amenazas y violencias de parte de su madre. Bresson estaba esperando en una habitación próxima, y en el momento en que se arrancó la promesa de la reina, á las dos de la mañana, se presentó y pidió formalmente la mano de su hermana para Montpensier.

Tan pronto como Madrid se despertó, á la noticia de que los matrimonios estaban arreglados, se alzó de nuevo entre las clases bajas (que no habían olvidado el «2 de Mayo») el grito de: *«¡Abajo los gabachos!»* Pero las bayonetas amenazaban por dondequiera y hasta las Cortes estaban intimidadas por los soldados cuando se las llamó á votar; solo un diputado, Orense, se atrevió á votar contra el matrimonio de Montpensier. Se recordará que la reina Victoria había rogado personalmente á Luisa Felipa que no casase á su hijo con la infanta hasta que Isabel estuviese casada y tuviese hijos; pero los liberales, en España como en Inglaterra, proclamaron á voz en grito que, con don Francisco por marido, nunca se podría conseguir que la reina tuviese hijos, y que esto era sólo una intriga para poner á un príncipe francés en el trono de España en lo futuro.

Cristina instigó al gobierno francés á que no se perdiese un día; ambos matrimonios debían efectuarse á la vez y tan secretamente como pudiera ser, porque Inglaterra y una revolución en España amenazaban el actual estado de cosas, casi de hora en hora, y podía ver trastornados todos sus planes. Guizot y su señor estaban dispuestos á acceder á sus exigencias, porque veían que era una victoria para la diplomacia francesa sobre Inglaterra, y excusaban la violación de sus solemnes promesas por la actividad de Bulwer á favor del príncipe de Coburgo que, según decían, les dispensaba. En cambio Bulwer amenazó y se enojó cuando era demasiado tarde; su propia indiscreción había sido, en gran parte, responsable de su caída. El gobierno inglés protestó entre franceses y españoles, y la guerra parecía inevitable. Todo el desafecto español se concentró en Londres, desde Espartero hasta

Cabrera, y desde D. Enrique hasta el joven D. Carlos; pero Cristina y los «moderados» salieron triunfantes, y el 10 de Octubre de 1846 se celebraron los dos matrimonios en Madrid.

Los regocijos oficiales fueron grandes, pero se oyeron muchos murmullos de: «*¡Abajo los gabachos!*»; y aunque Cristina y los «moderados» estaban radientes de júbilo, todos los amigos de la libertad, y los españoles en general, se encontraban desalentados porque no sabían cuál sería el fin de una intriga que enemistaba á Inglaterra con su patria, habiéndose casado la reina, joven, impulsiva y robusta, con un necio degenerado, y su heredera siguiente con un francés. Iban de uno en otro los cuchicheos (cuchicheos que, al correr de los años, se convirtieron en resueltas denuncias y graves acusaciones), de que si, por desgracia, la reina tenía un hijo varón, no viviría, y la misma vida de la reina sería sacrificada. Cuanto de esto fuese verdad, acaso lo verán nuestros nietos, pero los acontecimientos subsiguientes, según se relatarán, dieron ocasión á las sospechas.

Los acontecimientos que siguieron al matrimonio presentan un cuadro de total desorganización y confusión. Los ministros fueron despedidos y nombrados por influencia de palacio, más bien que por consideraciones políticas, y la intrigante ambición de Cristina por los hijos de su Muñoz hubieran sido risibles si no hubiesen constituido un peligro nacional. Sin razón aparente, Narváez había caído en desgracia, aunque había aprobado (1845) una nueva Constitución completamente á favor de la corona, é Istúriz, firme criado de Cristina, fué nombrado para sucederle. Istúriz justificó su existencia ministerial entrando en planes para el empleo de fuerzas españolas

que asentase á uno de los hijos de Cristina en el trono de un Estado sudamericano, pero el clamor de la prensa y las protestas del gobierno inglés impidieron que tuviesen éxito estas tentativas, é Istúriz cayó poco después, á fines de 1846, siendo reemplazado por el duque de Sotomayor, conservador moderado.

Hemos visto que el matrimonio de la reina no fué de mutuo afecto, y los resultados domésticos pronto se hicieron notar. Madrid fué siempre un centro de escándalo, y la ligera conducta de la reina había dado origen, antes de su matrimonio, á muchas habladurías sobre las idas y venidas del joven y bello político, general Serrano, que había sido ministro en el gabinete de Olózaga y otros. Pero los chismes se hicieron más escandalosos después del matrimonio; y antes de que hubiesen pasado muchas semanas, Cristina, comprendiendo que no tenía ahora ninguna influencia sobre su hija, lavó sus manos en este asunto y fué á residir en París, donde también estaba Narváez en aquella época, mientras el rey consorte, abrumado de agravios, se separaba de su nueva esposa, y se aburría aislado en el palacio de El Pardo.

Desde entonces Isabel II siguió su ruta—que era mala—mientras intrigas de escalera y caprichos femeninos reinaban como soberanas en Madrid. Una nueva guerra carlista, dirigida por Cabrera, á favor del joven D. Carlos, estalló en Cataluña y en el Norte, y se efectuaron tentativas de rebelión en distintas partes del país, promovidas por D. Enrique y los republicanos. El ministerio no pensaba, entre tanto, en nada mejor que en separar á Serrano de la reina enviándole á mandar una división del ejército en Navarra. El general se negó descaradamente á obedecer; el gobierno insistió, y el Parlamento auxilió enérgica-

mente al gobierno, aunque la sección más liberal del partido «moderado», que exigió un regreso á la pura Constitución de 1837, se le opuso. De repente, sin previo aviso, la misma reina dictó la dimisión del ministerio, y nombró á Pacheco, jefe de los puritanos—ó defensores de la Constitución de 1837—primer ministro, con el distinguido hacendista especulativo Salamanca, como ministro de Hacienda.

El nuevo ministerio trató, honradamente, de conciliar á los progresistas y á los hombres de todos los partidos. Olózaga y Mendizábal fueron perdonados, volviéndoseles á llamar; y hasta el pobre y viejo Godoy recibió una amnistía; y de nuevo los liberales concibieron esperanzas. La escandalosa separación de la reina y su marido dividió á la corte en dos partidos. Por ciertas razones los «moderados» se pusieron de parte del rey-consorte y miraron con disgusto los procedimientos de la reina; mientras los progresistas se hacían violentamente leales y sentían todas las insinuaciones hechas en detrimento de la soberana. Los ministros, con imprudente persistencia, se esforzaban en poner paz entre la reina y el rey, con daño de la primera, que más de una vez entró en intrigas para nombrar un ministerio liberal. El rey, por otra parte, era inabordable y exigente; y los «moderados» vieron que, á menos de evitar una catástrofe, habían de entrar otra vez en lucha con Cristina y Narváez, que estaban en París, aunque todavía seguían siendo malos amigos.

Narváez quería gobernar de nuevo á España, pero sólo con una condición, á saber: que le dejarían las manos libres «*para manejar el palo y dar de duro*» La reina, con Serrano siempre á su lado, estaba rodeada por hombres de opiniones liberales, que, insti-

gados por Bulwer, pensaban servirse del favorito general para sus propios fines, mientras que al rey consorte no sólo se le privaba de la presencia de su esposa, sino que hasta se le prohibía penetrar en palacio en ausencia suya. El gobierno de Pacheco, aunque amplio en su tendencia, era todavía conservador, y habiéndose disgustado con este estado de cosas, se retiró.

Casi al mismo tiempo Narváez se presentó, repentinamente, en Madrid, habló muy en serio con la reina, y, con gran desaliento de los liberales, se le confió la formación de un gobierno. Se negó á nombrar otra vez al hábil Salamanca ministro de Hacienda, pero la reina insistía en el nombramiento, y Narváez, disgustado, depuso su cargo, entrando el mismo Salamanca de primer ministro. Estaba repleto de hermosos planes especulativos y de vagas ideas liberales, que habían de llenar sus ya rebosantes arcas, pero que ofendían á los proteccionistas catalanes; concedióse á todos los liberales plena amnistía (2 de Setiembre de 1848), pero en medio de su errante carrera política, que desengañó á los «moderados», Salamanca vió su ministerio súbitamente interrumpido por Narváez, que entró en el consejo de cámara y dió la dimisión al gobierno en nombre de la reina. No cabe duda de que Serrano estaba en el secreto de esta violenta medida, pero el motivo que le impulsó á tomarla es oscuro, á menos que estuviese cansado de representar la farsa de los liberales y los ingleses, y pensase otra vez en ganarse el auxilio de su partido «moderado (1)».

Narváez, que algunos días antes había hablado de fusilar á Serrano, cambió ahora de tono, repentinamente, y se sirvió de él. Entonces vino una pronta

(1) Recuérdese también que había salido á escena un nuevo favorito y éste pudo haber influido en Serrano.

transformación. Por la intervención del Papa y la severa insistencia de Narváez, la reina y su marido arreglaron sus diferencias; Cristina volvió otra vez, Serrano se satisfizo con gobernar á Granada, y los liberales, viéndose traicionados, no emplearon términos bastante enérgicos para censurar los procedimientos de la reina y sus favoritos.

En 1847 la nueva guerra carlista, organizada en Inglaterra, había continuado en Cataluña; Cabrera tenía á su mando un ejército de 6.000 hombres. Uno después de otro, los guerrilleros fueron prendidos y fusilados; al nuevo pretendiente, D. Carlos (conde de Montemolín), se le prohibió entrar en España, y, á la subida de Narváez al poder, los últimos rescoldos de la rebelión fueron resfriados en sangre. En realidad, la ocasión era propicia para obrar severamente. En Francia, en Italia, en Hungría, en Prusia, las revoluciones eran dominantes y se bamboleaban los tronos. El Pontífice, fugitivo de la Ciudad Eterna, recurría sólo al auxilio de la fiel España; el trono Borbón de Nápoles temblaba á los golpes de Garibaldi; y el intrigante Luis Felipe, de quien habían dependido los «moderados» españoles, estaba disfrazándose de «Mr. Smith» en la hospitalaria Inglaterra.

Avivadas por estos sucesos, verificáronse en España sublevaciones liberales y republicanas. Alzáronse barricadas en Madrid y otra vez corrió la sangre por las calles. Pero Narváez, con su cruel política del *palo y dar de firme,* los conquistó á todos y siguió gobernando como soberano (1). Más de una vez le amenazaron

(1) Bulwer le reprendió por su severidad en términos indiscretos y fué expulsado de Madrid, rompiéndose por algún tiempo las relaciones diplomáticas entre Inglaterra y España.

intrigas políticas y palaciegas, y durante algunas horas (1) (Octubre de 1849) estuvo fuera del ministerio; pero con sus criados, Bravo Murillo, como ministro de Hacienda, y Sartorius, conde de San Luis, en el ministerio de la Gobernación, mantuvo las riendas con firmeza y discreción en el turbulento período que abarca desde 1848 hasta 1850, durante el cual tuvo que dominar dos expediciones de filibusteros cubanos y americanos contra Cuba, y un número infinito de rebelión en la misma España.

En Julio de 1850 se verificó el nacimiento de un niño, ardientemente esperado. Durante algunos meses antes habian hecho estragos las predicciones y las habladurías, porque este nacimiento había de traer muchas consecuencias. Si nacía un hijo, entonces, adiós las esperanzas de Montpensier y de su esposa, cuya importancia como factores políticos ya había desaparecido con la caída de Luis Felipe. Pero algo más que esto dependía del nacimiento; Cristina, al menos, consideraba su honor personal destruido porque el escándalo se cebaba en el proceder de su hija. Por ciertas razones (probablemente la enemistad hacia Cristina y el rey-consorte), los liberales mostrábanse de nuevo entusiastas en su leal abnegación á la reina, y estaban llenos de resentimiento contra los que la atacaban, y

(1) Esta fué una intriga extraordinaria tramada por el rey-consorte y por las fraudulentas llagas de una monja llamada la hermana Patrocinio, que consiguió el nombramiento de un ministerio en extremo absolutista, pero Narváez trastornó el plan y volvió al poder el mismo día. La hermana Patrocinio y el padre Fulgencio fueron enviados al destierro, y el necio y reaccionario rey-consorte severamente reprendido y amedrentado por Narváez, que le privó del cargo (que se le había conferido recientemente) de administrar los asuntos interiores del palacio.

miraban el nacimiento de un heredero varón directo á la corona como un acontecimiento cargado de brillantes esperanzas para lo por venir. Al fin, llegó el día importante, y todo Madrid—y España toda— estaba sin alientos escuchando si nacería un príncipe de Asturias. Otra vez se llenó la antecámara de una reina de España de una multitud confusa y curiosa, entre la que el rey-consorte mostraba su figura melancólica. Otra vez, cuando los cañones retumbaron dando la noticia al pueblo anhelante, se presentó al marido de la reina la bandeja de plata con la carga humana del recién nacido, y entonces se colmaron las esperanzas de la reina, porque el anuncio fué que había nacido un «robusto príncipe». Pero los «moderados» extremos movieron con disgusto la cabeza y cuchichearon sombríamente, aunque Cristina pareció radiante de júbilo con el nacimiento de su primer nieto. De tan radiantes como estaban ella y las grandes damas absolutistas que entraron en la habitación, se dijo que no habían reprimido el ardor con que acariciaron al tierno niño. Un niño de dos días no sufre muchos abrazos, y el príncipe de Asturias protestó del inmoderado afecto ó de haber nacido en un mundo tan inquieto, por los únicos medios que tenía á su disposición, á saber: muriendo al tercer día de su nacimiento. La madre se puso fuera de sí, de desengaño y pesadumbre, porque era el suyo un corazón ávido de afecto; pero ahora les tocó el turno á los liberales de mover con disgusto sus cabezas, porque lo que habían anticipado temerosamente había llegado á suceder. Las sospechas que expresaron no pueden creerse por un momento, pero demuestran qué sentimientos políticos tan crueles y despreocupados reinaban en aquella época, y dan la clave de mucho de lo que sucedió después.

IX

EN LA PENDIENTE DE LA REVOLUCIÓN

Las confusas y complicadas maniobras políticas que se han relatado brevemente en el capítulo anterior, son una prueba evidente de que los españoles no estaban todavía bastante avanzados para regir legítimamente un gobierno representativo constitucional. Las Cortes, en vez de ser el manantial de donde sacasen vigor é inspiración los ministros, se habían convertido en un mero instrumento para registrar y adular sus actos; y cuando fué necesario elegir unas nuevas Cortes, el partido que estaba en el poder procuró, por medio de la corrupción más descarada y desvergonzada, asegurarse una mayoría exorbitante. Un cambio parlamentario constitucional de gobierno era, pues, imposible; el único cambio que podía efectuarse, no siendo por una revolución ó un *coup de main* de palacio, era el de una sección de hombres á otra del mismo partido.

La misma reina parece no haber tenido la más mínima noción de la ciencia política, ó de la importancia de la acción política. Estaba desbordando de simpatía humana—y puede decirse que de humana debilidad—y se encontraba dispuesta á sentirse influida, de un modo ó de otro, por consideraciones personales

y por un deseo impulsivo de remediar los males reales ó imaginarios que se la señalaban. Siempre pronta á los llamamientos á su piedad ó su caridad, extrañamente franca y confiada, no es sorprendente que fuese víctima de una caterva de especiosos intrigantes de todos los partidos y de todas las categorías. Cuando despertaba del engaño, creía que todos los hombres eran unos canallas y unos ganapanes, y seguía su propia inclinación. Debió haber comprendido que en su matrimonio había sido sacrificada deliberadamente y que se había menospreciado con cinismo su felicidad, y si se hubiera rebelado contra el afecto materno que la había vendido como un mueble y contra un enlace que la había forzado en bien de los intereses de otros, la censura no hubiera recaído por completo sobre ella.

Así, al menos, pensaba la nación, porque pocos soberanos han sido tan populares como Isabel II en los primeros años de su mayor edad. Pasaba entre su pueblo franca y resueltamente, muchas veces sin escolta, con una agradable sonrisa y simpatizando fácilmente con todas las cuitas de aflicción, y repartiendo limosnas con largueza, muchas veces más de lo que debiera, sincera, generosa y complaciente, conquistó todos los corazones españoles, menos los que eran milagrosamente buenos ó desesperadamente malos; y su pueblo, como el ángel de la leyenda cuya lágrima borró el juramento de Tobías, cubría cariñosamente sus muchos desaciertos con una lágrima de dolor por la desgracia que había sufrido, y sostenía apasionadamente que era *muy reina y muy española*. Todo esto era verdaderamente característico y español, pero demostraba cuán prematuros eran los que pensaban que una constitución de papel había de levantar sú-

bitamente á la nación desde el despotismo á la libertad.

Como de costumbre, las nuevas Cortes, elegidas en el otoño de 1850, dieron al ministerio que estaba en el poder una gran mayoría; y Narváez parecía estar seguro; pero tenía en su ministerio á un imperioso abogado, Bravo Murillo, que estaba determinado, si era posible, á restaurar el predominio civil en el gobierno. Al entrar en el ministerio de Hacienda en 1849, había intentado reducir los gastos militares á 600.000 libras, pero la situación perturbada del país lo había hecho imposible; pero en 1851, insistió en una reducción todavía mayor, y en esta ocasión fué auxiliado por Cristina, á quien asustaba el poder militar de Narváez. Por eso este último se retiró con la mayoría de sus colegas y marchó al extranjero, quedando Bravo Murillo de primer ministro. Las ideas de este último eran amplias, incluyendo una completa reorganización financiera, el arreglo de la Deuda nacional, grandes subvenciones á obras públicas y concesiones para ferrocarriles proyectados; pero todo esto perjudicaba á muchos intereses y se hizo que fuese acompañado de una petición de la autoridad para que las Cortes recaudasen la renta al año siguiente (1851) sin discusión. Las Cortes habían sido elegidas para apoyar á Narváez y protestaron. Entonces, Bravo Murillo las disolvió á toda prisa, después de una violenta escena de desorden (Abril de 1851); y, desde entonces, la obra de la reacción avanzó sin estorbo. Se permitió á las órdenes monásticas entrar de nuevo en España; la propiedad eclesiástica que no había sido vendida, fué devuelta al clero para que fuese subastada, y el producto incorporado á los fondos públicos al 3 por 100. Regularizáronse los sueldos del clero; permitióse á la

Iglesia adquirir nuevas posesiones; sólo se permitió la religión católica, mientras el Pontífice recobraba su protección sobre la Iglesia española.

El nuevo Parlamento, que se reunió en 1851, estuvo, por los medios usuales, casi limitado á defensores del gobierno, aunque Olózaga y el fogoso general catalán Prim, conde de Reus, no cesaban en sus infructuosos ataques. Pero las Cortes, en conjunto, eran obedientes siervas del ministerio, y las medidas de Bravo Murillo fueron humildemente aprobadas. La conversión y consolidación de la Deuda Nacional fué llevada á cabo, é hiciéronse importantes alteraciones en el sistema fiscal (1), convirtiéndose por primera vez en España en un elemento del gobierno de la Hacienda (y puede agregarse que del agiotaje de la corte), las concesiones y subvenciones de ferrocarriles.

En Diciembre de 1851, la reina dió á luz una niña. En esta ocasión se determinó que no ocurriese ningún accidente; y noche y día la madre apenas perdió de vista á su hija, que creció hasta ser la virtuosa y estimable infanta Isabel. El 2 de Febrero de 1852, la reina y una brillante comitiva habían de ir, como es costumbre en tales casos, á presentar la princesa recién nacida á la Virgen de Atocha. Todo Madrid fué á ver el espectáculo, porque ahora, que había una he-

(1) El cálculo de la renta hecho por Bravo Murillo en 1852, fueron 11 millones de libras esterlinas, nivelándose el presupuesto. El efecto de su nuevo sistema financiero se observó al año siguiente, cuando la recaudación calculada fueron 12 millones. El 3 por 100 español, que había estado á 19 en 1848, se elevó, bajo el gobierno de Bravo Murillo, á 35, en 1850; á 28, en 1851; y 46-47, en 1852, cuando se retiró el ministro. Desde entonces bajó, en 1852 á 33, hasta antes de la revolución de 1854, y á 31 á fines de este año.

redera á la corona, la candidatura del impopular Montpensier no parecía probable, y España rebosaba de júbilo y lealtad á la reina. Cuando ésta abandonaba la capilla real é iba á entrar en el coche, que estaba junto á la escalera de palacio, un anciano sacerdote se le acercó y, arrodillándose, le puso en la mano un memorial. Ella avanzó para tomarlo, y el miserable le clavó un puñal en el pecho. Afortunadamente, algunos de los espléndidos bullones y bordados que cubrían su corsé debilitaron la fuerza del golpe, y la herida, aunque seria, no fué peligrosa. Antes de desmayarse del golpe, la reina se volvió instintivamente adonde estaba su pequeñuela, y gritó: «Hija mía, cuidad de mi hija», como si supiese dónde estaba el peligro. Con generosidad característica se empeñó en salvar la vida del criminal Martín Merino, cuyos motivos nunca fueron comprendidos, pero que fué agarrotado públicamente algunos días después, quemándose su cuerpo y aventándose sus cenizas.

En esto, y en el castigo de varios intentos de rebelión militar en los intereses de Narváez, el ministerio de Bravo Murillo se mostró tan inflexible como los rudos militares, cuyo gobierno había suplantado; y (en su honor sea dicho) Isabel II sólo cuidó de calmar su severidad con compasión. Los atentados á la vida de la reina y la explosión de lealtad á que dieron objeto, junto con el *coup d'Etat* napoleónico en Francia, dieron pretexto al ministerio Bravo Murillo para hacer el poder de la corona y el ejecutivo todavía más absoluto. Las Cortes fueron suspendidas, la prensa fué amordazada, el desafecto militar fué inhumanamente destruido, los progresistas eran impotentes y Bravo Murillo pensó que ahora era bastante fuerte para oprimir el sistema representativo hasta hacer-

le desaparecer y destruir prácticamente la Constitución.

El anuncio de su intención produjo una nueva agrupación de partidos. Los «moderados» todavía consideraban como jefe á Narváez; una mayoría de ellos eran constitucionistas de una clase, y cuando Bravo Murillo convocó el Parlamento á fines de año (1852), encontró á ambas Cámaras inclinadas á ser tercas. Su inmediata respuesta fué el acostumbrado decreto de disolución. Hombres de todos los partidos, excepto los absolutistas extremados, estaban unidos en condenar este abuso de poder. Con Parlamentos vergonzosamente reunidos y disolución al primer asomo de crítica de los actos del ministerio, el gobierno constitucional era una farsa fraudulenta. Narváez protestó tan altaneramente como Mendizábal; pero se suprimieron severamente las reuniones; prohibiéronse los comentarios de los periódicos, y hasta las lecturas de la Universidad fueron sometidas á rígida censura; y se publicó el decreto interino de Bravo Murillo estableciendo una nueva Constitución, prohibiéndose toda discusión resuelta de él. Con esto, se despojó prácticamente al ciudadano de todos los derechos individuales, y el poder ejecutivo, y no la ley, reinó como soberano sobre la vida y propiedad, mientras el Parlamento se hizo impotente, reduciéndose el número de miembros, de 349 á 161; elevándose la cantidad de las prebendas y haciéndose el Senado hereditario en gran parte. Esto era demasiado; y aunque Narváez estaba en el destierro, Bravo Murillo, viendo que los soldados le dominaban, dimitió apresuradamente; y en los primeros días del año 1853, un general, Francisco Roncali, conde de Alcoy, se puso á la cabeza del gobierno.

No obstante, al parecer, cediendo á las exigencias de las Cortes, el nuevo ministerio confirmó el destierro de Narváez y se negó á abrogar el tiránico decreto de Bravo Murillo, con el absurdo pretexto de que, como la reina lo había sancionado tan recientemente, su abrogación pondría en descrédito la real prerrogativa. Cuando las elecciones se verificaron, todos los «moderados», excepto la extrema derecha, se mezclaron con los liberales; pero la violencia y corrupción desplegadas por el gobierno con los electores dió, como de costumbre, al ministerio una nueva mayoría. El decreto había de ser confirmado por las Cortes y se sacó de aquí un mero pretexto para alterar algunos de sus aspectos más discutibles, pero la oposición, aunque escasa, era persistente. Los generales Prim y O'Donnell amenazaban con sublevaciones militares; el general Concha acusó francamente al gobierno de traficar corrompidamente en concesiones de caminos de hierro, en unión de Salamanca y del marido de Cristina. Algunas acusaciones en esta materia fueron todavía más graves y salieron á flote curiosas anécdotas de cómo el negocio de la concesión de tráficos fué promovido dentro del mismo palacio, por influencias de escaleras excusadas, de vergonzosos favoritos que distribuían su botín con sus mejores amigos. Irritado contra tales rumores el gobierno, suspendió las Cortes é intentó castigar á los miembros que se le oponían. Pero también él tenía que desaparecer antes de que la tempestad se desencadenase (Abril de 1853) y fué sucedido por un ministerio conciliatorio, presidido por el general Lersundi.

Los planes financieros de Bravo Murillo fueron entonces derribados en su mayor parte y se mitigó la censura de la prensa; pero todavía alguna influencia

oculta ataba las manos del ministerio é impedía ó estorbaba la acción eficaz en los principales puntos del decreto constitucional y de las concesiones de caminos de hierro. El gobierno cayó pronto y algunos de sus miembros fueron cambiados más de una vez, pero al fin firmó su propia muerte autorizando y confirmando por decreto todas las concesiones de ferrocarriles que habían sido permitidas sin intervención del Parlamento, y sobre lo cual corrieron escandalosos rumores. Era evidente que el ministerio no se sontendría por más tiempo frente á su gran impopularidad; pero poseyó la confianza del soberano hasta que el ministro de Marina dimitió antes de aprobar cierta onerosa concesión para exportar carbón de piedra á Filipinas. Entonces las sonrisas de Isabel se convirtieron en gestos de disgusto y el gobierno de Lersundi cayó (Setiembre de 1853), sucediéndole una extraña aglomeración de hombres de todos los partidos, pero sin programa alguno ni posibilidad de convenir en uno, siendo el primer ministro Sartorius, conde de San Luis, el primer paje de Narváez, que había sido en los primeros años de su vida dependiente de un librero y todavía conservaba las costumbres de su antigua profesión.

Las cosas se encontraban verdaderamente en un estado del que sólo podían salir por medio de una revolución. Los ministros no representaban ya la opinión pública, que no tenía expresión legítima, y el mismo Parlamento sólo ejercía su inflencia promoviendo disturbios. Los frecuentes cambios en el sistema financiero habían introducido la confusión en todo; la nación se hacía más y más obstinada en proclamar altamente escándalos en altas esferas. Una nulidad después de otra habían probado sus garras de apren-

diz gobernando el Estado, y Espartero y Narváez, los únicos hombres que tenían numerosos partidarios, estaban en el destierro. Cristina y su marido hacían servir la influencia política á sus fines particulares de concesión de tráfico y acumulaban riquezas. El frívolo rey-consorte, rodeado por una mezquina *camarilla* de curas, monjas y amigos complacientes, estaba planeando la traición absolutista; al paso que la reina, manejada por toda clase de personas, buenas, malas y pésimas, nunca dependía de ellas para mantenerse en la misma resolución por espacio de una semana.

El conde de San Luis se esforzaba inútilmente en conciliar las varias secciones del partido «moderado». Se permitió á Narváez volver del destierro y se anularon los decretos garantizando las concesiones de ferrocarriles, aunque se suplicó á las Cortes que sancionasen de nuevo las mismas concesiones por el voto parlamentario. Pero el rastro del agiotaje flotaba en todo y se hicieron francamente á los más altos funcionarios y ministros las más graves acusaciones de corrupción, no sólo en el asunto de los contratos de ferrocarriles, sino también en la conversión propuesta de la inmensa deuda flotante que habían acumulado durante los últimos cinco años (1).

Al fin, en Diciembre de 1853, el ministerio fué derrotado en las Cortes, y San Luis se apresuró á suspender las sesiones antes de que se votasen los presu-

(1) La deuda flotante no cubierta llegaba á 6 millones de libras esterlinas y ahora se propuso que se añadiese á los *consols*. Los cálculos de renta para este año, 1884, ascendieron á 14.800.000 y se supuso, como de costumbre, que sería suficiente para cubrir los gastos. Estos cálculos demuestran un aumento de más de dos millones sobre los del año anterior, 1853.

puestos, adoptándose la medida anticonstitucional de promulgar el abastecimiento por real decreto. Habiéndose dado este primer paso, San Luis no hizo ningún intento para gobernar legalmente. Todos los adversarios distinguidos del gobierno fueron desterrados ó empleados en puntos distantes. Los hermanos generales Concha y generales O'Donnell, Serrano, Zabala, Infante y otros muchos, huyeron al destierro ó se escondieron; la prensa fué amordazada definitiva y eficazmente y se propuso una nueva Constitución parlamentaria que diese el resultado de encubrir la omnipotencia del poder ejecutivo con el pretexto de instituciones democráticas.

Como es de imaginar, estas medidas sólo consiguieron aumentar la impopularidad de San Luis, y el descontento, oculto bajo la superficie, se hizo más activo que nunca. Una terrible hambre hacía estragos en Galicia, y la pobreza absoluta se observaba en toda la nación, rebajándose mucho de los cálculos la suma de las rentas recaudadas é imponiéndose un empréstito forzoso para cubrir las necesidades urgentes (1). Para aumentar el descontento general, se había trabado una seria disputa, que casi llevaba á la guerra, con los Estados Unidos por la cuestión de un ataque á los intereses americanos en Cuba. El ministro de los Estados Unidos en Madrid, Mr. Soulè, estaba muy á favor de la anexión de la isla, y ayudó activamente en la oposición al gobierno español, en la esperanza de

(1) El grosero papelucho anónimo llamado *El Murciélago*, aseguraba que Cristina había recibido 400.000 libras por este forzoso empréstito de 1.800.000 libras. Se creyó que sus especulaciones de Bolsa y su participación en concesiones y contratos le produjeron en este período una enorme fortuna.

aprovecharse del desorden, terminando sus esfuerzos en un ofrecimiento por parte de los Estados Unidos para comprar á Cuba por la suma de 120 millones de *dollars*. El gobierno de Washington, con todo, se negó á ir tan lejos como su agente y amenazar, como éste lo hizo, con la intervención inmediata en las Antillas, si no se aceptaba el ofrecimiento, aunque se reservó su derecho para obrar así si la insurrección estallaba en la isla.

Los generales desterrados y escondidos intrigaron astutamente entre tanto para derribar al odiado San Luis, mientras la prensa y el pueblo comenzaron á insinuar por vez primera que sólo se confiaba en el honrado gobierno constitucional, por el sacrificio, no sólo del ministerio, sino de la misma reina. Se vió que ésta nunca había hecho ninguna tentativa para reprimir el ejercicio del poder anticonstitucional por sus ministros; que su prerrogativa había sido empleada caprichosa, loca y corrompidamente; que las miserables contiendas domésticas que deshonraban el palacio y el carácter extraordinario de su vida privada, la hacían indigna de que se le confiase el gobierno de una monarquía limitada. Tan escandalizada estaba la prensa, que cuando, en Enero de 1854, la reina dió á luz otra criatura, que murió poco después, los principales periódicos de la capital guardaron silencio absoluto sobre este suceso.

No debe olvidarse que la activa preparación para la revolución estaba casi limitada á las secciones más amplias del partido «moderado»; los liberales, perseguidos y desterrados, desesperando de ejercer una acción parlamentaria eficaz ó de dar una solución eficaz á los disturbios que estaban bajo los auspicios de los «moderados», se mantenían alejados de las intrigas

contra el gobierno. La primera explosión del levantamiento militar se efectuó en Zaragoza, en Febrero de 1854; pero pronto fué sofocada, y San Luis, envalentonado por la victoria, reanudó la persecución de sus adversarios con redoblada severidad. El general estaba escondido en Madrid y había ganado á la causa de la revolución al general Dulce, jefe de la caballería de la capital, conviniéndose el levantamiento para el 13 de Junio en un pueblo cerca de Madrid.

El gobierno, no obstante, sospechó de Dulce, y el plan fué frustrado por aquella vez; pero el gobierno dió una orden á varios de los regimientos de caballería que estaban en Madrid para obrar decididamente ó perecer. Antes del alba del 28 de Junio (1) reunió tres regimientos de caballería, marchando con ellos á las afueras, donde se le incorporó un batallón de infantería y tomó el mando el mismo O'Donnell, siendo los otros generales Ros de Olano, Mesina y Echagüe. Dulce y sus amigos publicaron un mensaje á la reina, exigiendo la dimisión del ministerio y la restauración del régimen constitucional.

Isabel estaba en La Granja, y en esta ocasión salvó indiscutiblemente su corona por su valor y confianza. Sin un momento de vacilación corrió á Madrid, y si no la hubiesen detenido sus amigos y ministros hubiera ido personalmente á reprender á los generales su-

(1) Como ejemplo del estado de excitación de la opinión de Madrid, el autor de este libro ha oído contar muchas veces á miembros de su familia que vivían en aquella época en la misma casa que el general Dulce (en la calle de la Reina), que cuando iba á salir de casa aquel día el general, por casualidad dejó rodar la espada por las escaleras. Aquel ruido á primeras horas de la mañana despertó á todos los vecinos y corrió la noticia de que «la revolución» estaba señalada para aquel día.

blevados. Con bravura casi loca atravesó sin escolta por su descontenta ciudad, cabalgando á su lado su pobre marido, contra su voluntad, mientras de todas partes de la nación llegaban noticias de desafecto y rebelión anticipada. O por obstinación ó por ineptitud, la reina seguía aferrada á sus impopulares ministros, é insistía en servirse de su influencia, parcialmente recobrada, para sustentar su causa imposible. El 30 de Junio, O'Donnell y su fuerza avanzaron hacia Madrid y se encontraron en Vicálvaro con el ministro de la Guerra, general Blaser, con lo que había quedado de la guarnición de Madrid; entablóse un breve combate sin resultado decisivo; entonces los amotinados se retiraron á Aranjuez y la infantería de Blaser volvió á Madrid dispersa.

La reina se sintió abatida de pesar. «No habrá más derramamiento de sangre, dijo, y mis tropas no pelearán con sus camaradas. ¿Por qué los españoles no pueden ser amigos unos de otros? Yo los amo á todos ellos. Sé que mi trono está identificado con las instituciones liberales y no deseo debilitarlas. No ignoro los derechos del Parlamento, y quiero que las Cortes se reunan sin discusión y que se arregle todo. ¿Por qué ha de haber este conflicto entre hermanos (1)?»

En estas circunstancias, hubiera sido fácil restablecer la tranquilidad, si el ministerio de San Luis hubiese tenido el patriotismo de dimitir ó la reina el buen sentido de despedirlo; pero aunque estaban imbuidos del deseo de evitar más disturbios, no tomaron la única medida que, evidentemente, hubiera asegurado la paz.

Entre tanto, el sentimiento público se exasperaba

(1) El general Córdoba refiere la conversación de la reina con él, en su *Memoria* de los sucesos de Julio de 1854.

más cada día y nuevos regimientos se declaraban por la rebelión. O'Donnell marchaba hacia Andalucía, seguido por Blaser con casi toda la guarnición de Madrid; y el obstinado San Luis en la capital violó todas las leyes y la humanidad con su persecución de los ciudadanos privados y su más que medioeval tiranía. Pero todavía los liberales se mantuvieron apartados de lo que era, evidentemente, una sublevación conservadora y militar, hasta que O'Donnell y sus amigos, viendo la necesidad de atraerlos, publicaron de repente un manifiesto desde Manzanares (7 de Julio) (1), formulando exigencias que habían sido siempre las del partido progresista. Descentralización del gobierno local, libertad de la prensa, reforma electoral, respeto á la Constitución, el trono sin una vergonzosa *camarilla* tras él, organización de la milicia nacional; estas y parecidas exigencias alteraron inmediatamente el aspecto de los negocios. Este era un programa que el pueblo mismo podía comprender, y el levantamiento no era ya una rebelión militar organizada para servir á los fines de ambiciosos generales, sino una revolución popular, en la que el ejército ayudaba al pueblo á recobrar sus derechos de ciudadanía. Como una centella, atravesó la nación esta idea, y capital por capital de provincia, fué incorporándose al movimiento.

El 17 de Julio llegó á Madrid la noticia de que Barcelona se había asociado á la revolución, y San Luis, por fin, se inclinó ante la tormenta y resignó apresuradamente, confiándose al general Córdoba la forma-

(1) Este manifiesto fué dictado por Antonio Cánovas del Castillo, el ministro después famoso, y se asegura que el cambio importante de política fué al principio combatido por O'Donnell, que siempre fué conservador, é insinuado, principalmente, por Cánovas y Serrano.

ción de un gabinete, cuyo jefe nominal era, no obstante, el duque de Rivas. Se indujo á Espartero á que abandonase su retiro de Logroño y entró en Zaragoza triunfante; O'Donnell fué invitado por la reina á venir á Madrid y las autoridades se dieron prisa á servirse de la fuerza armada en rebelión para mantener el orden público. Pero era demasiado tarde; San Luis se había sostenido en el poder hasta que se habían soltado los perros del conflicto. En la noche del 17 de Julio el pueblo de Madrid se sublevó y al día siguiente asaltó la residencia de los ministros caídos, de Salamanca y de la reina Cristina. Las tropas que había en la capital eran pocas; Córdoba era muy impopular; los oficiales estaban disgustados, y el pueblo, enfurecido y desenfrenado, hacía su voluntad. Quemando, destruyendo y saqueando, el populacho dominó á la ciudad casi todo el día y la noche, aunque sólo después de mucho derramamiento de sangre, especialmente en el palacio de Cristina. Eligióse un gobierno revolucionario presidido por el general San Miguel, instalándose en el Ayuntamiento (1), y una comisión de los alborotadores pidió una entrevista con la reina, reuniéndose una inmensa multitud delante del palacio, pidiendo las cabezas de los ministros caídos. El general Córdoba trató de tranquilizarlos, pero sin éxito; y la reina se vió obligada á recibir á los sublevados que venían á hablar. Prometió hacer «lo que pudiese para satisfacerlos», pero una promesa como ésta era impotente para disolver las autoridades improvisadas, que habían tomado el gobierno del Ayuntamiento y de las oficinas

(1) Establecióse también un gobierno rival revolucionario y representante de las clases bajas en el barrio más pobre, presidido por un popular carnicero, *Pucheta*, que fué causa de muchos disturbios.

del Gobierno civil. Echados de estas oficinas por Córdoba los revolucionarios, allí se trabó un conflicto sangriento entre el pueblo y las tropas (1).

Todo el día siguiente (19 de Julio) continuó el derramamiento de sangre en las calles, aunque las disposiciones del general Córdoba á sus tropas impidieron al populacho acercarse á palacio. Levantáronse barricadas en la Puerta del Sol y las principales calles, y la larga línea defensiva trazada transversalmente á través de la ciudad por el general Córdoba, fué repetidamente atacada en toda su longitud por el colérico populacho, deseoso de llegar á presencia de la reina. Esta, llorando, fuera de sí de disgusto, estaba dispuesta á hacer algo por evitar mayor derramamiento de sangre; y en la tarde del 19 dió la dimisión al ministerio de Córdoba, que duró cuarenta horas, y llamó á Espartero á Madrid para que se hiciese cargo del gobierno. Este fué un golpe que los «moderados» no habían esperado, pero el populacho sabía cómo habían ganado la victoria. Las tropas se habían retirado, en su mayor parte, de las calles y encerrado en los cuarteles. Pero el pueblo había sido engañado con demasiada frecuencia, para confiar en la reina otra vez hasta que el mismo Espartero se presentase; alzó nuevas barricadas, y ocupó todos los puntos estratégicos. Pronto las tropas fueron arrebatadas por el entusiasmo popular y comenzaron á vacilar. San Miguel, por

(1) Tan crítica era la situación en esta época que, por consejo de Córdoba, la reina hizo todos los preparativos para la fuga, que únicamente fué impedida por las súplicas y aviso de personas más prudentes. Las hermanas del rey y su hermano Fernando se refugiaron en la embajada francesa, donde este último, que era de débil constitución, murió de miedo un día ó dos después.

orden de la reina, tomó el mando de la capital, porque Córdoba no era ahora más que una sombra; todos los generales sublevados fueron restablecidos en sus rangos y honores y la revolución quedó triunfante.

El trono de Isabel todavía temblaba en la balanza. Espartero, sabedor de que solo él lo salvaría, dictó sus condiciones á la reina. Su enviado fué el general Salazar que, escandalizado de la ligereza de la soberana, ahora que había pasado la alarma inmediata, le dijo en términos malignos lo que se pensaba de las extravagancias que sobre su vida se contaban. Esta osadía era nueva para Isabel, que se volvió hacia él como una furia, pero él mantuvo su actitud y le dijo que su conducta era una deshonra para su sexo y para su nación. En su furia, la reina juró que nunca más volvería á tratar con Espartero ni con un partido que enviaba un emisario como éste. Quería abdicar y dejar á los españoles que se las arreglasen como pudiesen sin ella. Pero cuando se le indicó que, si lo hacía, debía dejar detrás de sí á su única hija, la atolondrada mujer cambió otra vez de intenciones, aceptó las condiciones de Espartero y publicó un edicto en que anunciaba su perfecta simpatía con la revolución y, para coronarlo todo, aceptó á Salazar como uno de sus ministros.

Madrid, y España en general, se entregó de nuevo á un loco y frenético regocijo. Todos los males habían de desaparecer; todas las injusticias habían de ser enderezadas y la pobreza sería una cosa del pasado. De nuevo corrió sobre el país la oratoria como un torrente irresistible; desde todas las barricadas, cubiertas con banderas, desde todos los fastuosos balcones, ciudadanos excitados apostrofaban con verbosidad pomposa á los retratos de Espartero ó se complacían en

profecías color de rosa para los que, como ellos, nunca habían ayudado á la memorable revolución.

La entrada triunfal de Espartero en la corte el 28 de Julio fué el punto culminante del entusiasmo. Por entre un populacho dispuesto á adorarle como un semidiós, el afortunado militar, blandiendo su espada y soltando altisonantes discursos, caminó lentamente hasta palacio, otra vez después de once años, para recibir de manos de la reina, cuyo trono había salvado años antes, el gobierno de la nación de que su madre le había despojado. Pero sus discursos y los de sus amigos no dejaron lugar á duda de que esta vez, si se permitía á la reina conservar su corona, debía sacarse de ella todo poder y el pueblo se hizo soberano.

Al día siguiente hizo su entrada O'Donnell, resentido de que él, organizador de la revolución, desempeñase un papel de segunda clase junto á Espartero; pero los dos héroes populares se abrazaron teatralmente en público, aunque, como se verá, su armonía no fué de mucha duración.

La tarea del ministerio de Espartero era en extremo difícil. La anarquía había dominado en España por espacio de más de tres semanas y era arriesgado habérselas con la hueste de autoridades revolucionarias que se habían instalado en los gobiernos provinciales. Habían hecho espléndidas promesas, nombrando á millares generales y oficiales importantes y habían desplegado con fausto su autoridad usurpada. Habían surgido clamorosos periódicos, así como excitados *clubs* oratorios, formulando violentas teorías y exigencias extremadas. Los liberales avanzados, que durante tanto tiempo habían estado en la sombra, lo dominaban todo ahora y reclamaban para las pasadas persecuciones recompensas que excedían toda

posibilidad de satisfacción, mientras los «moderados», que habían promovido la revolución, contemplaban con disgusto la marcha de los acontecimientos.

La principal irritación popular era contra Cristina, cuya posición era gravemente peligrosa. Desde su arruinado domicilio había buscado refugio en el palacio de su hija, y día y noche resonaron en su oído las maldiciones que le prodigaba el pueblo. Se pedía á gritos su encarcelamiento, su muerte y la restitución de su fortuna mal adquirida, y así se clamaba incesantemente en la prensa y en los *clubs*, hasta que el mismo gobierno se vió forzado á prometer al pueblo que no se la permitiría escapar hasta que se hubiese hecho justicia. Pero aunque eran celosamente vigiladas por la plebe todas las salidas del palacio y de la ciudad, la reina madre rechazó todas las insinuaciones de que huyese disfrazada para librarse de la cólera que la esperaba. «Abandonaré este lugar como reina, decía con arrogancia, ó nunca lo abandonaré.» Pero el escándalo de esta situación no podía durar y, al apuntar el día 28 de Agosto, mientras Madrid estaba durmiendo, Cristina, con una gruesa escolta, marchó á Portugal. La furia del populacho, cuando oyó que su presa había escapado, no conoció límites (1). Alzáronse de nuevo barricadas y el grito fué ahora: «¡Muera Espartero! ¡Abajo el gobierno!»; pero el dictador tenía la mano firme y pronto aplacó el desorden, suprimiéndose los círculos y tertulias y reprimiéndose á los periódicos más avanzados.

(1) Conviene decir que posteriormente un comité parlamentario practicó un minucioso examen de las acusaciones de malversación y peculado que se habían hecho á Cristina, y después de seis meses de investigación, declaró que no había encontrado pruebas de su culpabilidad. Cristina pasó en Francia el resto de su vida.

Por el gran cúmulo de complicadas reclamaciones y bélicos intereses, Espartero, hombre sin sagacidad política, era impotente para sacar de peligro á la nación. Traído y llevado de una parte á otra por las exigencias de los dos elementos de su gobierno de coalición, y por las contiendas de los partidos, sólo formulaba su remedio en la invariable frase: «Cúmplase la voluntad nacional»; y á consecuencia de esta política, se convocaron unas Cortes constituyentes sobre la base de la Constitución de 1837, desdeñando las varias alteraciones que en el código habían introducido los ministros posteriores. Nada podía prejuzgarse ó tomarse por concedido, ni siquiera la continuación de la misma monarquía; las Cortes habían de ser soberanas y no se les había de estorbar en su elección de las instituciones nacionales, y de nuevo el gobierno impidió, en cierto grado, que se ejerciese violencia en las elecciones.

La apertura de las Cámaras por la reina el 8 de Noviembre de 1854 fué un punto de empalme en su carrera. Desde Julio había sido soberana sólo por tolerancia, y las mismas Cortes habían estado en libertad de proclamar una república, si esto hubiese parecido bien. Esta fué la primera reaparición pública de Isabel después de la revolución, y sus ademanes populares y su hermosa voz volvieron la corriente á su favor. Después de su discurso del trono, la Cámara resonó con prolongados aplausos y la reina salvó su corona para otros catorce años. Mientras los partidos de O'Donnell y Espartero á duras penas mantenían una apariencia de unión en las Cortes, la efervescencia pública en el país continuaba desenfrenada, especialmente entre los liberales avanzados, víctimas del desengaño y entre la milicia nacional, que se irritó con

la coalición. Otra vez renovó el carlismo sus intrigas bajo la protección del clero, mientras el terrible azote del cólera azotaba el país de extremo á extremo, hasta tal punto, que las Cortes se vieron obligadas á suspender sus sesiones en el verano de 1855. En estas circunstancias, no es extraño que la laxitud y el desaliento se cebasen en las masas, que lo habían esperado todo de los resultados de la revolución.

Las bases fundamentales de la nueva Constitución —aprobadas después de infinitas discusiones—afirmaron la soberanía del pueblo, el monopolio de la Iglesia católica y la continuación de la dinastía borbónica. El partido republicano era turbulento, pero reducido, y sólo votaron contra la corona de Isabel veinte y tres miembros; porque España no estaba en condiciones de alcanzar una forma republicana de gobierno. Nunca hubo, en verdad, entre los españoles, esa envidia y odio entre las clases que en otras naciones han causado la ruina del predominio aristocrático. La alta nobleza siempre se recluta entre plebeyos ricos y revolucionarios activos; y un duque está tan dispuesto á ser demócrata como una persona de clase baja. La división de los partidos políticos por jurisconsultos sociales es, pues, un peligro que España ha evitado, si se exceptúa acaso á Cataluña, y éste es el hecho que hace concebir más esperanzas para la futura regeneración del país.

Pero aunque la monarquía fué restaurada, é Isabel era tan popular como nunca mientras consentía en ser un cero, tan pronto como intentó dar á conocer sus propias opiniones políticas, su situación se hizo otra vez peligrosa. Propúsose una nueva ley para la desamortización y venta de las tierras vinculadas y de la propiedad eclesiástica, que fué recibida por la reina

con llorosas y apasionadas protestas (1). De nuevo amenazó con abdicar antes que sancionar su introducción, y sólo cedió ante la severa insistencia de Espartero. Pero durante la discusión del proyecto de ley, el rey-consorte y su *camarilla* de monjas llagadas y frailes místicos puso en juego toda la maquinaria eclesiástica para ejercer influjo sobre la reina. Imágenes milagrosas sudaban sangre en los altares; el Nuncio del Papa exhortaba á Isabel á que guardase la fe á la Iglesia de Dios á toda costa; y los confesores reales cuchicheaban que éste era el punto decisivo en que la reina debía mantenerse firme contra las agresiones impías. La pobre mujer, fuera de sí, comenzó por negarse suavemente á sancionar el decreto y el ministerio se decidió á dimitir; los miembros liberales avanzados de las Cortes llegaron á proponer que se declarase vacante el trono; la reina, por su parte, se asoció á un *complot* palaciego para huir á las Provincias Vascongadas, y allí publicar un manifiesto nacional. La intención fué descubierta y se vió obligada á rendirse ante la violencia ejercida sobre ella, pero aunque firmó el decreto lo hizo contra su voluntad y con la intención de arruinar lo más pronto posible á los hombres que la habían arrancado su con-

(1) El importe de esta propiedad era inmenso todavía. Se propuso aplicar los procedimientos de la venta para usos nacionales, el pago de la deuda, la promoción de obras públicas, y otras cosas parecidas, dándose al clero *consols* en una cantidad igual al valor de las tierras enajenadas. Se calculó que la propiedad de las manos muertas vendidas antes de este decreto de 1.º de Mayo de 1855, llegaba á 57.000.000 de libras, y que aún quedaba una gran suma por vender. Aunque existía mucho agiotaje y mala administración, no puede negarse que el notable progreso material de España en los pocos años siguientes, fué en gran parte debido á la vasta suma de propiedad que así se soltó.

sentimiento. Rompiéronse las relaciones entre España y el papado; la monja de las llagas fué desterrada, y se hizo un barrido de los curas y cortesanos que habían rodeado á la reina. El pobre rey-consorte hizo una tentativa de resistencia al alejamiento de sus criados. Con algunos alabarderos se estacionó frente á sus propias habitaciones y anunció á gritos su irrevocable determinación de no permitir el paso de los oficiales del gobierno antes de que se viese muerto. Las lágrimas y ruegos de su esposa amansaron, no obstante, su ánimo, y su terrible amenaza quedó sin cumplir.

Los intereses atacados por Espartero eran todavía potentes y vigorosos. El clero y los reaccionarios no dejaron ociosa ningún arma que le dañase, desde el levantamiento de partidas carlistas hasta las picantes sátiras de *El Padre Cobos*; y Espartero, por su pobreza de espíritu, por su fanfarronería y por sus actitudes teatrales, estaba especialmente dispuesto al arma temible del ridículo. No faltaba descontento fundado en qué basar estos ataques. Noventa decretos nuevos habían sido aprobados por las Cortes antes de que el cólera suspendiese sus sesiones (Julio de 1855), pero casi todos habían sido de carácter parcial ó personal á expensas de la nación; mientras la nueva ley electoral estaba todavía en embrión, el decreto municipal de 1821 sólo había sido restaurado provisionalmente, y el gran *déficit* producido por la repentina alteración de la política fiscal tenía que ser cubierto con empréstitos forzosos, que causaban inquietud y desconfianza. Casi todos los que se habían proclamado liberales durante los últimos doce años de reacción ó que habían sufrido destierro ó persecuciones, fueron cargados de honores, pensiones y recompensas; los oficiales del

ejército habían sido ascendidos *en masse* y se concedían al por mayor exenciones del servicio. Todo esto era costoso y excitaba envidias y disensiones.

A medida que el ministerio se había ido haciendo más y más impopular, muchos de sus miembros cambiaron, hasta que al fin casi el único liberal que quedó en él fué el mismo Espartero que, cansado de los ataques incesantes, y desengañado por la codicia de sus partidarios, también hablaba de retirarse. Entre tanto, la reina contrariaba constantemente al gobierno; el movimiento anarquista y socialista hacía estragos en Barcelona, Valencia y Zaragoza; los carlistas estaban otra vez en armas y la milicia nacional era causa de alarma para los ciudadanos pacíficos, demostrando los progresos de la agricultura y la multitud de fábricas que el movimiento antisocial se había propagado de la turbulenta Cataluña á la conservadora Castilla.

En esta agitación de descontento y desorden, siendo el sencillo y honrado Espartero una gota de agua en el torrente, las Cortes discutían acalorada y copiosamente los detalles de la nueva Constitución de 1855, siendo el gran esfuerzo de la mayoría liberal echar á O'Donnell del ministerio y dejar á Espartero en el mando supremo, lo que hubiera sido fácil á no ser por la lealtad casi quijotesca de éste último á su colega conservador. No lo consiguieron, pero en Enero de 1856 encontraron el medio de infundir un nuevo elemento liberal en el ministerio con ocasión del castigo de un regimiento de la milicia de servicio en las Cortes, que se había sublevado extemporáneamente al grito de «¡Viva la república!»

La nueva Constitución fué votada en Enero, estableciendo un senado electivo, un congreso elegido por voto directo en grandes asambleas constituyentes, y

un comité permanente con facultades para reunirse durante las vacaciones; pero cuando se llegó á presentarla á la reina para que la sancionase y promulgase, surgieron diferencias sobre la conveniencia de hacerlo así. Por el momento, los artículos fundamentales aprobados en las Cortes constituyentes fueron sancionados por la corona, el Parlamento se hizo ordinario y pudo ser disuelto por el ministro; razón por la que la mayoría, deseando prolongar la existencia de las Cortes constituyentes indefinidamente, como una amenaza á la corona, prohibió que los artículos se presentasen ante la reina. O'Donnell llegó rápidamente al límite de su grandísima paciencia, y con la tácita cooperación de la reina se decidió á poner fin á una situación tan anormal, y al mismo tiempo á destruir la revolución, cuyo principal instrumento había sido él.

Estallaron disensiones entre Espartero y O'Donnell respecto á las medidas represivas que habían de tomarse contra los incendiarios anarquistas, y sus amigos advirtieron al jefe liberal que la reina y sus colegas estaban tramando su caída, llegando algunos hasta aconsejarle que anticipase la traición de O'Donnell por un *coup d'État*. Pero Espartero, vano y engañado sobre sí mismo como de costumbre, pensó que pondría á la reina de rodillas con una amenaza de dimisión. Con ocasión de un consejo de ministros celebrado á media noche delante de la reina, en Julio de 1856, el ministro liberal de Gobernación anunció que no permanecería en el mismo ministerio que O'Donnell. Se convino en que ambos dimitirían, y Espartero, confiando en la promesa de la reina de que nunca perdonaría á O'Donnell por el levantamiento de Vicálvaro, se determinó á apoyar á Escosura y dimitió también, en la

creencia de que formaría un nuevo gobierno de liberales, dejando fuera á O'Donnell y á los conservadores. Pero se había ensayado una comedia entre O'Donnell y la reina; y cuando Espartero anunció su dimisión y abandonó la sala, Isabel se volvió á O'Donnell y dijo: «Yo estoy segura de que no me abandonaréis, ¿no es verdad?» O'Donnell no tenía intención de hacerlo así porque llevaba en el bolsillo una lista de nuevos ministros, que la reina había aprobado, y al día siguiente, antes de amanecer, el 14 de Julio, juraba como primer ministro, con gran desilusión del engañado Espartero y sus amigos.

La rabia de los traicionados liberales no tuvo límites, y se vió con evidencia, desde el primer momento, que era inminente un combate. La falta de táctica política por parte de Espartero fué causa de que esto sucediese y su ineptitud completó el desastre. Era todavía tan poderoso que podría haber apelado, con éxito, al pueblo para impedir que la obra de la revolución fuese destruida; ó bien, pudiera haber aceptado la reacción é impedido así el derramamiento de sangre. Pero no hizo ni uno ni otro y se mantuvo en paz, permitiendo que los ciudadanos peleasen con los soldados de O'Donnell sin el prestigio de su jefatura ni el auxilio de la milicia. El mismo día se celebró una precipitada reunión de las Cortes y se aprobaba un voto de censura al nuevo ministerio, pero antes de que pasase á manos de la reina, la lucha hacía estragos en las calles de Madrid y las Cortes y el pueblo invocaba, inútilmente, á Espartero para que le dirigiese.

Todo el día 14 y la mayor parte del 15 continuó el combate, quedando el grupo liberal de las Cortes en sesión permanente. Serrano barrió las calles con metralla y cayeron bombas en medio del palacio del

Congreso (1), hasta que al fin, en la tarde del 15 de Julio, se vió que era inútil hacer más resistencia; los pocos regimientos de la milicia en armas estaban sin municiones y abandonaron la defensa, teniendo así las Cortes Constituyentes un fin violento. En dos días O'Donnell había deshecho, entre sangre, la obra que había inaugurado por medio de la violencia en Vicálvaro dos años antes; y una vez más fueron aplastadas las libertades parlamentarias bajo la espuela férrea del soldado. Durante estos dos días de batalla, Espartero hubiera podido con facilidad haber detenido la corriente poniéndose á la cabeza de la milicia, mucho más numerosa que las tropas, y el trono de Isabel II no hubiera merecido comprarse ni por dos horas. Pero vaciló; pasó la oportunidad y la reacción salió victoriosa antes de que intentase el general hacer su incompleta justificación. Isabel, que había mostrado desde un principio la mayor bravura, y había animado á las tropas frente al palacio, ganó así una victoria personal sobre el liberalismo que, como su padre, odiaba y temía.

Después de Madrid, pronto fueron dominadas las provincias, y entonces O'Donnell inició su obra de gobierno, después de declarar á la nación en estado de sitio. Las Cortes fueron disueltas y la milicia nacional desorganizada; pero la violenta reacción no entraba en los planes de O'Donnell y desplegó gran moderación con aquellos á quienes había vencido. Sin embargo, la persona que había ganado la victoria verdadera en el último cambio fué la reina, y ahora

(1) Este edificio fué inaugurado en 1850, continuando el Senado reuniéndose en el antiguo convento de María de Aragón, cerca del palacio real, donde se habían reunido las Cortes de Fernando VII.

hizo sentir su influencia. Se renunció á la nueva Constitución sin mucho sentimiento y la de 1845 fué sustituida (1); pero costó á O'Donnell un triunfo acceder á las exigencias de Isabel para que se suspendiese la venta de fincas eclesiásticas y se anulase el embargo de la propiedad de Cristina; con lágrimas, caricias y protestas de adhesión, la reina realizó su capricho, pero cuando O'Donnell se sentía arrastrado por la inclinada senda de la reacción, le llegó la verdad. La reina se había servido de él sólo como un juguete para desembarazarse de Espartero y le odiaba todavía por lo de Vicálvaro y por sus dos años de humillación. Era hija verdadera de Fernando y sonreía mientras traicionaba. De repente Narváez, el verdadero jefe conservador, se presentó en Madrid, fué acogido por Isabel con los brazos abiertos y O'Donnell recibió su dimisión el 12 de Octubre de 1856.

España había caído de nuevo, por extravagancia y falta de moderación después de una fructuosa revolución, en manos del hombre de mordaza y palo, y Narváez no economizó ni una ni otro. Con Cándido Nocedal de ministro de Gobernación, dominó la reacción de carácter más tiránico, y todo lo hecho por la revolución de 1854 fué despiadadamente abrogado. Las nuevas Cortes se reunieron en Mayo de 1857; el Congreso, por los medios acostumbrados, estaba formado, principalmente, por los serviles criados del ministerio en el poder, aunque el Senado, conteniendo, como contenía, la mayor parte de los generales revolucionarios de 1854, presentó una cruel resistencia á la

(1) Esta era la Constitución de Nárvaez, aboliendo la Soberanía Nacional, estableciendo un Senado vitalicio Parlamentos de cinco años (en vez de tres), destruyendo la libertad de la prensa y haciendo ilegal la milicia nacional.

reacción y mantuvo viva la irritación pública contra el gobierno. La primera tarea del ministerio era, pues, «reformar» el Senado introduciendo de nuevo en él el importante elemento hereditario; y cuando esto se hubo hecho y la prensa guardó silencio, el Parlamento fué suspendido.

Narváez era un hombre de extrañas contradicciones, que se consideraba sinceramente como un liberal que se veía obligado por las circunstancias á tomar medidas conservadoras. Esta opinión no era acaso tan absurda como parece, aunque era un temperamento violento é impaciente su facultad motriz. La administración de su gobierno, aparte de su legislación, fué en esta ocasión ilustrada y fructuosa; y este aliento, comunicado por él á las obras públicas y á la agricultura, inauguró un período de relativa prosperidad que la nación disfrutó durante algunos años después. Pero además de su platónica adhesión al liberalismo, que no agradaba á la reina, sus despóticos modales chocaban con ella ahora más que antes; porque su éxito en engañar á los generales revolucionarios le había dado una afición al poder personal y una noción más elevada de su propia habilidad política (1). Por eso concibió la idea de servir ella misma de primer ministro y librarse por completo de la tutela de los generales. Con todo, Bravo Murillo, á quien consultó privadamente sobre este asunto, aunque era reaccionario avanzado, la convenció del

(1) El amigo de la reina, D. José de Arana (duque de Baena), cuya influencia durante varios años había sido suprema, fué sustituido ahora por un joven oficial llamado Puig Moltó, á quien se dice que Narváez trataba con su habitual insolencia y altanería. Se aseguraba que el deseo de Isabel de desentenderse de Narváez, nació, en parte, del disgusto que hacia él sentía Puig Moltó.

peligro de esta medida, y entonces tomó la resoilucón extraordinaria de nombrar un ministerio liberal presidido por el general Armero. Como no había razones políticas para este acto, y la reina había estado vacilando por espacio de algunas semanas entre un regreso al puro absolutismo ó el nombramiento de un ministro aún más reaccionario que Narváez, se vería que no obró con arreglo á un principio establecido, sino que fué impulsada por las influencias personales del momento, que muchas veces hicieron su conducta inexplicable.

El 28 de Noivembre de 1857 ocurrió un suceso que alteró el orden de sucesión. El único hijo vivo de la reina había sido la princesa de Asturias, heredera de la corona, pero desde la fecha acabada de mencionar, la princesita fué destituída y perdió su título por el nacimiento de su hermano Alfonso. Los regocijos fueron grandes, todo lo grandes que pudieron hacerlos la celebración oficial; pero el nacimiento de este niño añadió otra correa al látigo que el rey consorte enarbolaba sobre la reina para sus fines políticos y personales, y también produjo el efecto, en apariencia inconveniente, de enviar al destierro al capitán Puig Moltó.

Cuando el Parlamento se abrió, en Enero de 1858, el gobierno fué derrotado al primer voto; y la reina, en su ira porque los «moderados» habían votado contra *su* ministerio liberal, se declaró decididamente por la disolución. No obstante, se la disuadió de esto y escogió un ministerio conservador, presidido por el antiguo amigo de su madre, Istúriz. Pero había tanta divergencia entre los «moderados» del tipo de O'Donnell y los que seguían á Bravo Murillo, como entre partidos separados, y el gobierno pronto cayó hecho

pedazos; llamando otra vez á O'Donnell la voluble reina el 30 de Junio, y confiándole la formación de un nuevo ministerio. Alrededor de O'Donnell y de los revolucionarios de Vicálvaro se había congregado un vigoroso partido nacional, formado por los constantes liberales, que estaban alarmados con las extravagancias que Espartero siempre llevó á remolque y de los liberales conservadores que se oponían á la reacción y al absolutismo. Este partido, que tomó el nombre de *Unión liberal,* presidido por O'Donnell, y que durante varios años había de ejercer gran influencia, se mantuvo, por confesión propia, entre los dos extremos de Narváez y Espartero.

O'Donnell era un hombre ideal para la jefatura de este partido. Su familia y amigos fueron conservadores, pero su levantamiento en 1854 había demostrado que era susceptible de ideas liberales. Los liberales avanzados le odiaban por haber ahogado la revolución en 1856, mientras que los perfectos conservadores desconfiaban en absoluto de él por su sublevación de Vicálvaro; pero había nacido para jefe, era un hombre de táctica, frío y calculador; poseía gran dominio de sí mismo y una figura hermosa y atractiva, de suerte que los hombres de ideas moderadas pertenecientes á todos los partidos se incorporaron á su nueva combinación. De su parte tenía á un hombre de gran penetración, tenacidad y tacto—Posada Herrera, el ministro de la Gobernación—que era el cerebro y el organizador del partido, y por su consejo se honró con embajadas ó altos puestos administrativos á los hombres que afluían de los extremos al centro, mientras que las elecciones para las nuevas Cortes se organizaban de manera que asegurasen al ministerio, como de costumbre, una abrumadora mayo-

ría y que ganasen á Posada Herrera el título de «gran elector». Estas Cortes, que habían de tener una duración, sin precedentes en los tiempos modernos, de cinco años, fueron notables por la gran habilidad de muchos de sus miembros; porque el «gran elector» había admitido á todos sus más eminentes adversarios, siendo dirigidos los treinta irreconciliables conservadores por González Bravo, y los veinte liberales avanzados por Salustiano Olózaga; siendo todos los demás miembros de la *Unión liberal* obedientes, á las órdenes de Posada Herrera.

Fácilmente se comprenderá que sólo por la táctica más consumada en tener á las dos facciones en desacuerdo, y evitando apelar á la legislación en las cuestiones de principios fundamentales, podría un partido como la *Unión liberal* mantenerse en el poder, como lo hizo, por espacio de varios años. Acaso sucedió esto, por fortuna, cuando el gobierno pudo dedicar su atención al progreso de la situación material del país. El rápido aumento de riqueza en Europa, por la introducción de los ferrocarriles, produjo, naturalmente, su resultado, aun en la atrasada España, y el gobierno de O'Donnell continuó con energía la más tímida política de sus predecesores respecto á la promoción de obras públicas y medios perfeccionados de comunicación.

Pero esta política exigía abundancia de dinero, y la abrogación del decreto para la venta de las fincas de las manos muertas y del clero había privado al gobierno de la vasta suma que se esperaba de este manantial. El irritado Papa había sido conciliado y, en condiciones favorables al clero, había absuelto á las personas que habían vendido las propiedades eclesiásticas; pero O'Donnell no se atrevía á atacar de nuevo

un interés tan poderoso. Con todo, ordenóse otra vez que las propiedades de las manos muertas que no estaban en poder de la Iglesia fuesen vendidas, y de los recursos así obtenidos se formó un gran cálculo suplementario para nuevos fuertes, barcos, edificios públicos, caminos y otras obras nacionales (1).

España, en verdad, despertaba al fin, y si la ilustración y el consiguiente adelanto material hubieran precedido á la libertad política como era natural, todo hubiera estado bien; pero, como hemos visto en el curso de esta historia, el progreso político siempre había recibido su móvil de algunos hombres que se apresuraban á dotar á su patria de las instituciones políticas que habían visto obrando con éxito en pueblos que habían disfrutado mejores circunstancias de educación é ilustración que los españoles. Mas, por otra parte, en los años siguientes, la nación hizo mucho por conseguir el progreso político, y si los políticos se hubiesen contentado con dejar que las cosas siguiesen su marcha, sin insistir en tomar otra medida política avanzada antes de que el pueblo estuviese dispuesto, se hubieran evitado los desastres posteriores.

(1) El gobierno de Narváez se había visto obligado, en 1856, á añadir siete millones de libras esterlinas á la deuda nacional, con el fin de cubrir los *déficits,* realizando sólo tres millones por la operación. La renta para este año financiero ascendió á 15.700.000 libras; pero en 1858 había subido casi á 18.000 000 de libras; en aumento á un cálculo suplementario, obras públicas, etc., de cerca de dos millones, que había de ser cubierto por la venta de las fincas de las manos muertas. En el año de que ahora nos ocupamos, 1859, la renta y los gastos fueron casi iguales al año anterior, con un cálculo extraordinario de 2.600.000 libras para obras públicas, etc., en aumento al gran cálculo suplementario de veintiún millones de libras esterlinas que habían de ser cubiertas en ocho años.

De 1848 á 1858 se habían abierto quinientas leguas de ferrocarril, y en los diez años siguientes, hasta 1868, se inauguraron casi tres mil leguas, mientras se había verificado en los mismos períodos un progreso más notable en el comercio extranjero (1), y la población había aumentado, de 12.162.872 en 1847, á 15.673.536 en 1860, casi á un cuarto de millón de almas anualmente, aunque ha de notarse que sólo el 19 por 100 de los ciudadanos en esta última fecha sabían escribir.

El gobierno de O'Donnell fué afortunado en poder atraer de este modo la atención pública hacia el progreso nacional y también en suscitar el interés en los políticos exteriores, de manera que aumentase la cohesión del pueblo. Sacóse todo el provecho patriótico posible de un litigio con Méjico y de la negativa de España á otro ofrecimiento de los Estados Unidos para comprar á Cuba; mientras que se halagaban las tradiciones religiosas de la nación con la parte tomada por España en la lucha austro-italiana, en 1859, para asegurar el respeto á la Santa Sede, en recompensa de lo cual el Papa dió, finalmente, su permiso para la venta de toda la propiedad eclesiástica en España.

Esto fué, indiscutiblemente, un gran triunfo para O'Donnell y le suministró el capital que necesitaba para sus proyectos; pero su buena fortuna decisiva fué la guerra con Marruecos, en la que representó el papel de héroe conquistador. Surgió primero la disputa por la intromisión de las tribus del Riff en las pose-

(1) Las importaciones y exportaciones, en 1852, fueron, respectivamente: 7.531.671 libras y 5.667.834 libras, ó en conjunto, 13.199.505 libras; mientras que en 1862 habían ascendido á 16.793.127 y 11.105.322 libras, formando una suma total de 27.898.449 libras, casi el doble de lo que había sido diez años antes.

siones españolas de Melilla y Ceuta, y O'Donnell aprovechó astutamente la oportunidad para hacer ver que España había sido ofendida por su antiguo enemigo, el moro. El fervor público en España traspasó una vez más todos los límites de la restricción ó reticencia. Olvidáronse las divisiones de partido; los españoles de todas clases, dominados por su orgullo nacional, dieron gustosamente sus vidas sin murmurar. España, decían, había resurgido de sus cenizas y otra vez combatiría y vencería á un enemigo extranjero.

Fué una campaña de tercer orden y una victoria fácil sobre un enemigo bárbaro; pero sirvió á sus fines. Votóse por aclamación un nuevo reclutamiento de 50.000 hombres; fueron bien recibidos nuevos tributos y descuentos sobre todos los gastos del gobierno, y apenas quedó una ciudad en España que no ofreciese voluntariamente contribuciones en dinero, hombres ó víveres. Toda España se puso frenética de extravagancia patriótica, y se necesitó una fría ducha de lord John Russell para recordar á O'Donnell que aunque Inglaterra no podía oponerse á ver á Marruecos castigado por sus ataques contra España, el gobierno inglés no permitiría una guerra de conquista en la costa opuesta á Gibraltar. La popularidad de O'Donnell excedía á la del mismo Espartero en sus mejores días, y cuando llegó la noticia de que el ejército español á su mando había entrado en Tetuán (6 de Febrero de 1860) fué creado grande de España y duque de Tetuán; Prim fué nombrado marqués de los Castillejos después de su primera victoria; Ros de Olano recibió el título de marqués de Guad-el Gelú, y se repartieron con largueza ascensos, concesiones y condecoraciones.

La Gran Bretaña vióse obligada de nuevo á repre-

sentar el papel de aguafiestas y prohibió á los españoles que ocupasen permanentemente á Tánger ó desmembrasen el imperio marroquí, con profunda indignación y resentimiento de los habitantes de la Península. Mientras todavía estaba pendiente esta cuestión, los moros prometieron someterse. Pero las condiciones impuestas por los españoles eran demasiado duras y la guerra continuó, siendo atacado posteriormente Tánger (25 de Abril) y librándose la gran batalla de Wad-Ras con una pérdida de 3.000 moros entre muertos y heridos y grave mortalidad por parte de los españoles. Pero todavía había que apoderarse de los caminos de la montaña antes de entrar en Tánger, y al día siguiente de la batalla de Wad Ras se firmó un tratado provisional de paz, extendiéndose algo los límites de las posesiones españolas, concediéndose á España un nuevo territorio en la costa occidental, que hasta hoy día nunca ha sido identificado, prometiéndose á España una indemnización de cuatro millones de libras esterlinas y poniéndose á salvo los futuros intereses, personales, religiosos y comerciales de los súbditos españoles en Marruecos. Los cinco meses de campaña en que la enfermedad y la pereza fueron para los españoles enemigos más terribles que los moros, pusieron á O'Donnell y á Prim en el apogeo de su gloria. Todo el que había peleado en la guerra se convirtió en un héroe, y los que presenciaron la entrada de O'Donnell y del ejército victorioso en Madrid, vieron á todo un pueblo literalmente delirante de júbilo y embriagado de vanidad nacional.

Mientras la nación se encontraba en un estado de exaltación patriótica que borraba todas las diferencias, el hijo mayor del último D. Carlos, el conde de Montemolín, estaba bastante mal aconsejado para

intentar apoderarse de la corona. Durante la dominación de Espartero, después de la revolución de 1854, el rey-consorte había iniciado negociaciones con el conde de Montemolín por medio de sus amigos ultramontanos y se convino en frustrar los planes del «enemigo común»—los liberales—reconociendo á Montemolín como rey, á condición de que su hijo mayor se casase con la princesa Isabel y de que Carlos VI, como había de llamarse, abdicase cuando su dicho hijo llegase á la edad de treinta y cinco años, dándose entre tanto á Isabel II y á su marido los títulos honorarios de reina y rey. Pero esto no convenía á Cristina, que estaba en París, y sus amigos trataron de trastornar la reconciliación; y cuando la revolución de 1856 aseguró la estabilidad de Isabel, se abandonó el asunto.

Entonces Montemolín comenzó á conspirar, y por medio de un gran gasto de dinero y una extensa organización se captó importantes amigos en todos los centros oficiales, de los ministros de Estado para abajo. Esto llegó á su colmo con el desembarco en la costa de Valencia del general Ortega, gobernador de las Islas Baleares, y sus tropas, coincidiendo con la publicación de un manifiesto de Montemolín (que acompañaba al general), en el que aceptaba un gobierno representativo. Pero el asunto erró el tiro. Una semana de demora del príncipe en Cette antes de unirse á Ortega en Mallorca, frustró las combinaciones; después de caminar en alguna distancia desde el lugar del desembarco hacia Tortosa, las tropas de Ortega se negaron á seguirle y fué capturado. Cuando oyó que no se había sublevado toda España y que la reina no había abdicado, exclamó: «¡Me han vendido!». Nunca se supo quién le había vendido porque fué fusilado

poco después, y todavía es un misterio hasta qué punto se inmiscuó «el palacio» en el asunto. El príncipe y su hermano D. Carlos estuvieron escondidos durante algunos días y luego fueron capturados. Temiendo por sus vidas, firmaron una renuncia formal á todos sus derechos á la corona, renuncia contra la que protestaron en cuanto se vieron seguros fuera de España. Pero era demasiado tarde, porque su otro hermano, D. Juan, el padre del actual D. Carlos, afirmó solemnemente su derecho á la corona á que su hermano mayor había renunciado, y se declaró (cosa bastante curiosa) á favor de las ideas liberales avanzadas. Este fué un golpe de muerte para el partido carlista, hasta que la muerte y las abdicaciones han dejando al actual D. Carlos de único Pretendiente.

A la ferviente exaltación producida por la guerra marroquí y el fiasco carlista sucedió la reacción natural, cuando los héroes se retiraron y hubo que pagar los gastos. Había que proporcionar rentas á las dos hijas de la reina; D. Sebastián, primo lejano de la reina, había desertado por segunda vez del carlismo y fué pródigamente recompensado por su dudosa lealtad. Todo esto, y el exagerado derroche de esplendidez con el ejército victorioso fué causa de que se impusiesen tributos suplementarios, y en consecuencia produjo la amargura y el descontento, mientras que las desastrosas inundaciones reducían grandes espacios de tierra y miles de ciudadanos á la ruina. La política de O'Donnell continuaba, sin embargo, siendo la misma, á saber: distraer la atención pública hacia los asuntos extranjeros y dar empleo fuera de España á rivales en potencia como Narváez, Serrano y Prim. Emprendiéronse guerras insignificantes en Cochinchina, en Santo Domingo, donde la

mitad española de la república negra deseaba la anexión á España, y en Méjico, donde Prim, con secreto disgusto de O'Donnell, tomó la sensible medida adoptada por los ingleses y se retiró cuando el gobierno mejicano dió satisfacción á los agravios de que se quejaba, dejando á Napoleón sólo continuar la fatal política que acabó en Querétaro (1).

Una guerra mucho más seria fué la entablada con las Repúblicas de Chile y el Perú, que comenzó mal para España por la captura de la corbeta *Covadonga* y el suicidio del almirante español Pareja. Su sucesor, Méndez Núñez, respondió bombardeando el puerto franco de Valparaíso, pero el belicoso pueblo y gobierno de España se quejó de su supuesta falta de energía é intrepidez. Así estimulado, Méndez Núñez realizó uno de los actos de temerario egoísmo de que siempre han sido amigos los españoles, pero cuyos resultados prácticos no estuvieron en proporción al peligro. La escuadra española consistía en un acorazado, el *Numancia*, y seis vapores de madera. Con esta fuerza, Méndez Núñez bloqueó y bombardeó al Callao, el puerto más fuerte del Pacífico, protegido, como estaba, por excelentes baterías y una fortaleza armada con dos cañones. El bombardeo se llevó á cabo el 2 de Mayo de 1866, fecha calculada para ex-

(1) El método de Isabel y su amor á la paz se desplegó curiosamente en esta ocasión. La acción de Prim fué muy impopular en España, donde la efervescencia aumentaba, y O'Donnell llevó á la reina un decreto, en que se censuraba al general, para que lo firmase. Cuando se dió cuenta de su intención, para no tener que negarse á firmarlo, hizo que su marido se encontrase con O'Donnell á la puerta. «¡Oh!, dijo el rey, venís á felicitaros por el magnífico proceder de Prim; la reina está encantada.» Así prevenido, O'Donnell guardó el decreto en el bolsillo, mientras la reina ponía á Prim por las nubes.

citar el patriotismo español hasta la fiebre; y, como es de suponer, acabó por mucha matanza inútil y por quedar fuera de combate la escuadra española, sin hacer callar por completo á las baterías peruanas. La primera descarga de los gruesos cañones casi inutilizó al *Villa de Madrid*, causando una pérdida de cuarenta hombres. El *Almansa* y el *Berenguela* quedaron luego fuera de combate, mientras que el *Blanca* y otro buque tenían que retirarse por falta de municiones y Méndez Núñez caía herido. Las dos partes reclamaron con arrogancia la victoria, pero el hecho es que el fuego de los peruanos no fué acallado, al paso que la escuadra española se vió obligada á abandonar la lucha. Los españoles nunca han cesado de cantar las glorias del valor de Méndez Núñez en dirigir buques de madera en un combate formal con baterías de la costa bien armadas, pero si las hostilidades han de juzgarse por los resultados, hay que confesar que el combate fué un alarde de bravuconería inútil.

Sin embargo, hemos anticipado algo los sucesos: volvamos ahora al gobierno de O'Donnell. La reina veía con disgusto declarado la omnipotencia personal de O'Donnell y la extinción del gobierno de partidos, y en 1863 volvió á tomar consejo de los liberales avanzados. El único consejo que le dieron fué que escogiese un ministerio liberal moderado, no perteneciente á la unión liberal, y así allanase el camino para un regreso al gobierno de partidos, en que se desintegrase al «centro», que ahora lo monopolizaba todo. En consecuencia, despidió á O'Donnell y nombró un gobierno liberal moderado, presidido por Armero y Mon; pero como exigiesen una disolución inmediata, que ella les negó, sólo estuvieron en el ministerio algunas semanas, y en Marzo de 1863 se

nombró un ministerio de pura conciliación, presidido por el marqués de Miraflores. Su plan no era muy distinto del de la unión liberal; siendo, en realidad, el gobernar de hombres moderados sin miras políticas y sin la abrumadora personalidad de O'Donnell, lo que la reina consideraba como una amenza á sí misma y á la nación. Parecía un ministerio bastante inofensivo, pero dió el primer paso, que condujo á una nueva revolución.

Hubo que elegir unas nuevas Cortes á fines de 1863, y en su Manifiesto, el gobierno declaraba su intención de permitir que se eligiese un número conveniente y proporcionado de representantes de cada partido, y que se volviese al sistema del gobierno de los partidos, que la unión liberal había destruido. Pero al mismo tiempo prohibía, á todo el que no fuese elector, asistir á reuniones políticas. No había en esto nada nuevo, porque se había hecho antes; pero los liberales avanzados lo tomaron como pretexto para retirarse de la contienda y abandonar la resuelta acción política. Esto significaba, más tarde ó más temprano, una revolución liberal, y así se demostró. Los liberales avanzados descargaron sobre la reina el odio de su retirada. Se había negado, decían, á disolver el Parlamento, á ruegos de un gobierno liberal moderado, para desacreditar al partido, y había disuelto las Cortes sin dificultad, á petición de un ministerio, cuya tendencia era conservadora. Era evidente, afirmaban, que mientras Isabel reinase, ningún ministerio liberal podría gobernar, por muchas protestas de adhesión que ella les hiciese, con el objeto de realizar sus fines particulares.

La retirada de los liberales quitó todo interés á las elecciones, y al partido del gobierno cohesión y au-

toridad, siendo el resultado el advenimiento de un ministerio más acendradamente conservador, presidido por Arrazola, que cayó pocos días después, por exigir otra disolución, y fué sucedido por una combinación semi-liberal, dirigida por Mon y Cánovas, cuyo programa era pureza de elección, lealtad á la Constitución (de 1845) y más amplia libertad de la prensa. Pero los observadores de aquella época vieron con claridad que se había destruido el gobierno parlamentario. El desvergonzado manejo de las elecciones, y el veleidoso uso que hizo la reina de su prerrogativa de disolución, junto con la retirada de los liberales, había convertido este asunto en una farsa desacreditada, de que se cansaban los hombres honrados.

La impaciencia del país estaba todavía más excitada por la intervención del rey consorte, que había ido á París á devolver la visita de la emperatriz Eugenia, y por algún motivo, que nunca se comprendió, había entrado en tratos con Luis Napoleón para el reconocimiento de Víctor Manuel como rey de Italia, y el regreso á España de la aborrecida Cristina. Esto no lo sufrieron ni Isabel ni el gobierno, y este último se retiró; la reina, fuera de sí, consultó á O'Donnell, que recomendó el nombramiento de un ministerio puramente conservador, al que prometió su auxilio para tener en jaque á la democracia. Con esto, naturalmente, aludía á Narváez, que formó un ministerio con González Brabo en el ministerio de la Gobernación; pero que rehusó la ofrecida cooperación de O'Donnell.

Los liberales, ahora, bajo la jefatura de Prim, porque el viejo Espartero se había retirado por fin, todavía se mantenían distanciados, y la nube de la revolución futura se ennegrecía más que nunca. La renta

de las propiedades, de las manos muertas, que había surtido á O'Donnell de abundantes fondos para varios años, había ahora llegado casi á su fin, y la moneda escaseaba de nuevo; la reina cedió tres cuartas partes del real patrimonio para cubrir los gastos nacionales; pero todo fué en vano, porque el gobierno hacíase más impopular cada día. Otra vez se emplearon sin compasión los remedios favoritos de Narváez, la mordaza y el palo; se dió á Castelar la dimisión de su cátedra; el rector de la Universidad de Madrid fué privado de su puesto; los soldados pisotearon ó mataron á pacíficos ciudadanos (1); los consejos de la ciudad fueron arbitrariamente despedidos y sustituidos por cuerpos nombrados, y entre tanto la conspiración secreta ramificaba sus fibras por toda España, siendo Prim la causa de la revolución futura.

La reina se asustó y llamó á O'Donnell en Junio de 1865, para tratar de atraer de nuevo á los liberales á la acción parlamentaria, y el general formó, con este fin, un gobierno con Posada Herrera y Cánovas, como miembros. Pero Prim, Sagasta—editor de *La Iberia*—y el resto de los liberales, resistieron todas las tentativas para prenderlos de nuevo en la red. En vano se siguió una política liberal; Italia fué reconocida; prometióse la reducción de la franquicia y pureza electoral; fueron otra vez desterrados la monja de las llagas, hermana Patrocinio, y el confesor de la reina, padre Claret; otros personajes aún más discuti-

(1) Las terribles escenas de degüello y ultraje de personas inofensivas, con el simple fin de infundir terror, la noche de San Daniel, 10 de Abril de 1865, en Madrid, deben atribuirse á González Brabo solo. Narváez estaba enfermo y decaído, y en esta ocasión no se mostró á favor de la férrea tiranía de su colega.

bles fueron despedidos de palacio, y Prim fué solicitado ostentosamente, á pesar de su conocido desafecto. Pero era demasiado tárde, porque la reina estaba cada vez más divorciada de su pueblo á medida que aumentaban los escándalos sobre ella, porque los liberales, que eran primero sus defensores en este asunto, se callaban ahora.

En todo el otoño de 1865, el cólera hizo estragos en Madrid, y en varias partes de la nación se verificaron levantamientos, pequeños pero significativos, permaneciendo la reina entre tanto en un retiro contrario á su costumbre, cuando su pueblo estaba en disturbios. Prim proyectaba para Enero de 1866 un levantamiento militar que quedó frustrado por la mala dirección, y de la numerosa fuerza que había prometido ayuda, sólo dos regimientos se le incorporaron en Aranjuez. Seguido por las tropas del gobierno, escapó á Portugal, y la quiebra de esta gran conspiración, que era revolucionaria como la de 1854, pero no antidinástica, señaló el destino del trono de Isabel.

Prim continuaba conspirando desde su destierro en Francia, pero ya no cerraba sus ojos al hecho de que ahora no era posible el éxito de una mera sublevación militar, y, si la acompañaba un movimiento popular, el resultado sería, para emplear sus propias palabras, «tirar el trono por la ventana». Hizo frente á esta posibilidad y organizó un gran levantamiento de tropas en unión de los paisanos demócratas y liberales, que estallaría en Valladolid, en Mayo, y se propagaría por toda la línea comprendida entre Madrid y la frontera francesa, siendo los principales agentes activos los oficiales de la reserva de varios regimientos. Después de varias alarmas falsas y muchos desacuerdos, los sargentos de artillería del cuartel de San Gil, en

Madrid, se sublevaron el 22 de Junio. No habían intentado matar á sus oficiales, pero ante la resistencia de estos últimos lo hicieron así, y seguidos por 1.200 hombres con treinta piezas de artillería, se apostaron en los puntos estratégicos de la ciudad. Las tropas que permanecieron leales, mandadas por O'Donnell y Serrano, vencieron á los amotinados en la Puerta del Sol y en los cuarteles, con terrible matanza, después de diez horas de combate. Los paisanos que defendían las barricadas fueron derrotados más fácilmente, y los levantamientos simultáneos efectuados en Madrid y en otros puntos se disolvieron cuando se supo el desastre de Madrid. La matanza de prisioneros horrorizó á la humanidad; suspendiéronse las garantías constitucionales y establecióse un reinado del terror á instancias de la tertulia de palacio, reinado que disgustó al mismo O'Donnell, por más que fuese un ceñudo y viejo militar (1).

Gracias á la energía de O'Donnell, se había dilatado por algún tiempo la inevitable caída de Isabel, pero los necios reaccionarios que dominaban en palacio no perdonaban al mariscal por su insistencia en el reconocimiento de Italia y su galanteo con el liberalismo, y el 10 de Julio de 1866 comprendió, por la actitud de la reina para con él, que su posición estaba minada, y por última vez dejó su puesto. Cuando abandonó á la extraviada mujer, el único puntal que sostenía el trono se desmoronó. Jurando no cruzar

(1) Se dice que replicó á un cortesano que le instaba á que fuesen fusilados la mayoría de los sargentos: «Pero ¿no comprende esa señora (es decir, la reina) que si fusilamos á todos los soldados que prendemos, la sangre llegaría hasta su habitación y la inundaría?» Hubo sesenta y seis ejecuciones, pero es difícil creer que la reina no se sintiese inclinada á la compasión.

nunca más los umbrales de palacio mientras Isabel II reinase, volvió la espalda á España para no hollar más su suelo, porque antes de fines del año siguiente, el descendiente del gran Ulsterman, O'Donnell el rubio, reposaba en su espléndido sepulcro de Atocha.

Volvieron otra vez Narváez y González Brabo, pero con los ánimos algo aplacados. Prometieron olvido y perdón, y los liberales salieron de su escondrijo; pero la tertulia de palacio, formada por el marqués de Osorio, el general Calonge y otros reaccionarios avanzados, ataron las manos hasta de González Brabo, que sólo se permitió aconsejar privadamente á los liberales traicionados que huyesen antes de que fuera demasiado tarde. El resultado fué una emigración de todos los que habían tomado parte en movimientos liberales, y el gobierno se sintió irresistiblemente arrastrado por la corriente de reacción, hasta llegar á publicar decretos que hubieran avergonzado á Fernando VII.

Se pisoteó toda legalidad, olvidáronse todas las garantías y toda libertad fué destruida. Exigiéronse anticipadamente tributos; disolviéronse municipalidades; se alteraron por decreto las leyes electorales y se suprimieron la prensa y el discurso público y privado. El desaliento, casi el pánico, reinaba como soberano; los comerciantes arruinados cerraron sus tiendas; el dinero casi desapareció de la circulación—porque se recordará que hasta en Londres, en aquella época, la tasa del Banco era el 10 por 100—y las grandes ciudades de España estaban como sociedades de luto. Los miembros más moderados del Parlamento intentaron dirigir un mensaje á la reina para que arreglase esta situación, pero el capitán general de Madrid holló los derechos del Parlamento y dió á los miembros con la

puerta en las narices, siendo desterrados el presidente, Ríos Rosas, y el comité permanente. El general Serrano, duque y grande de España, primer amigo de la reina, se atrevió á reprenderla personalmente, y fué también enviado al destierro para que se uniese á los conspiradores que ya estaban realizando sus planes en Francia, Bélgica é Inglaterra.

En estas circunstancias, las nuevas Cortes que se reunieron en 1867 eran una farsa. Cánovas del Castillo y algunos otros conservadores se opusieron vigorosamente á la insensata tiranía del gobierno, pero sin resultado; los senadores oficiales que se atrevieron á votar contra el gobierno fueron despedidos, y González Brabo, con una habilidad parlamentaria que rara vez ha sido igualada, hizo que la peor razón pareciese la mejor, y obtuvo para sí mismo, paisano impopular como era, una dictadura práctica.

Entre tanto los desterrados no estaban completamente unidos. La dirección central de la revolución estaba en Bruselas á cargo de Prim; pero en París se reunía una organización republicana, con Pí Margall y Castelar, mientras que varios amigos de Prim estaban en Londres. Desde el principio la dificultad estribó en pensar qué se escogería para reemplazar al régimen actual. «¡Abajo los Borbones!» era el grito popular; pero Olózaga y Prim no querían prejuzgar la cuestión; debía dejarse á los representantes del pueblo que decidiesen después que la revolución hubiera alcanzado éxito. Esta era la política de Olózaga, y sin duda alguna se consideraba prudente para unir á todos los descontentos bajo una bandera; pero era una fatal equivocación, como demostraron los acontecimientos, porque dilataba la división para una época en que la división era destructora. Hiciéronse esfuerzos para

asociar á la futura revolución el nombre del anciano Espartero; pero éste había terminado con los políticos y se negó á protegerla, y el partido democrático avanzado y los republicanos estaban muy lejos de coincidir en ayudar á Prim sin saber lo que iba á seguirse.

En estas circunstancias, Prim acudió á sus amigos para recaudar fondos y apenas reunió bastante para los más modestos preparativos. Cuando al fin, de acuerdo con el plan convenido, entró en el puerto de Valencia desde Marsella en Julio de 1867, vió que su promesa de abolir el reclutamiento había ofendido á los oficiales de quienes dependía y tuvo que volver á Francia sin hacer nada. Al mismo tiempo se efectuaron sublevaciones en Cataluña, Aragón, Valencia y Castilla; pero todas ellas quedaron frustradas y no había plan acorde de conducta, ni inteligencia sobre el objeto final. Manifiestos y contramanifiestos llovieron abundantemente. El gobierno llamó á los revolucionarios perjuros, traidores y éstos replicaron con acusaciones de tiranía y opresión, pero ahora era evidente que solo Prim no disponía de suficientes recursos ó prestigio para lograr éxito y fué necesario formar nuevas combinaciones.

D. Carlos, siempre en acecho de una ocasión, se aproximó á Sagasta y Prim, que estaban en Londres, y el primero celebró una larga entrevista con Cabrera, pero aunque los carlistas fueron condescendientes, Prim se incomodó mucho y la fusión indicada falló. Se encontró en Serrano un refuerzo más prometedor, y en él un auxiliar todavía más poderoso que podía suministrar lo que se exigía más que nada, á saber: dinero. El duque de Montpensier, cuyo matrimonio con la hermana de Isabel había causado tanta indignación, había sido condenado á la insignificancia po-

lítica con el destronamiento de su padre y la subida de Luis Napoleón; pero había vivido una vida pacífica, feliz y respetable con su familia, administrando frugalmente la vasta hacienda de su esposa en Andalucía. Era, sin embargo, como la mayoría de su familia, un hombre de negocios; y cuando se vió con evidencia que el trono de su hermana política estaba al caer, pensó, al parecer, que no debía perderse la ocasión de que su esposa y sus hijos lo obtuviesen. Era excesivamente rico y hubiera podido arriesgar algo á esta costa; pero era ahorrador y sólo de mala gana ayudó con dinero á la revolución (1).

Qué condiciones planteó á Serrano y al almirante Topete y qué quejas les dió, son todavía un misterio, pero es cierto que Prim se negó á prometer algo más que la ruina del actual estado de cosas y la elección de unas Cortes constituyentes. De esta diferencia tácita entre los caudillos de la revolución surgieron todas las desavenencias posteriores. La nación, como hemos visto en el curso de esta historia, no estaba en condiciones de escoger tranquila y juiciosamente sus propias instituciones y era deber de todos los que destruían el antiguo orden de cosas tener otro dispuesto á reemplazarlo, con mano firme, si era necesario, para imponer lo que juzgaban mejor. Puede concederse que Montpensier era extranjero é impopular, pero su esposa no; ambos eran sensibles y de buena reputa-

---

(1) Prim necesitaba de 40.000 á 60.000 libras para la revolución, y cuando Montpensier le envió 4.000 libras á Londres por el Sr. Mazo con este fin, Prim se negó á organizar una sublevación por tal suma. El duque envió después, que se sepa, 4.000 libras más, pero probablemente proporcionó una suma mayor secretamente por otros conductos, especialmente para la sublevación de la escuadra.

ción y hubieran sido preferibles, en todo caso, al caos que siguió á la revolución.

Narváez murió en Abril de 1868 y González Brabo, Orovio y Marfori (1) (Marqués de Loja), gran amigo de la reina, formó un ministerio defensor de la reacción absoluta y de la tiranía desenmascarada. Reprimióse por la violencia una tentativa de las Cortes para reunirse en sesión, y fueron detenidos y desterrados todos los directores de la opinión no favorables al ministerio, entre los cuales estaban los generales Serrano, Dulce, Córdoba, Zabala, Serrano Bedoya, Caballero de Rodas, Hoyos y Letona y Ríos Rosas, el presidente de las Cortes, mientras el duque y la duquesa de Montpensier eran deportados á Lisboa.

En esta crítica situación el gobierno fué bastante imprudente para permitir que la reina y su familia—acompañada por Marfori, jefe de palacio—fuesen á Lequeitio, en la costa de Vizcaya, para tomar baños de mar, y mientras estaban allí, el 19 de Setiembre de 1868, el almirante Topete, al mando de la escuadra que estaba en la bahía de Cádiz, enarboló la bandera de la rebelión. El gobernador local había desconfiado mucho de él, y poco antes de su declaración habíanse hecho muchas detenciones entre las tropas de guarnición en Cádiz; pero su manifiesto, hábilmente redactado, denunciando la tiranía del gobierno é invocando unas Cortes constituyentes y un regreso á un honrado régimen parlamentario, cayó como una bom-

(1) Este personaje había sido actor y era hijo de un cocinero italiano. Pronto se retiró del ministerio para ocupar el puesto que le puso en constante contacto con la reina, que le era muy aficionada. Pero por la indignada negativa de Isabel á echarle de junto á sí en el momento crítico de la revolución, cuando se proyectó su regreso á Madrid, pudo haberse salvado todavía su corona.

ba en las filas de la reacción. Esta era la chispa que España estaba esperando, y prendió un combustible que ardió irresistiblemente.

Prim, Sagasta, Paúl y Angulo y otros habían embarcado en Southampton el 12 en el vapor *Delta* y se habían quitado el disfraz en Gibraltar el 17, embarcando desde allí en un *yacht* perteneciente á Mr. Bland para unirse á Topete en Cádiz. Prim encontró al almirante, á quien no conocía, muy á favor de la duquesa de Montpensier como reina constitucional, con Serrano como jefe de la rebelión. Con respecto á este último, Prim se puso fácilmente de acuerdo, porque se veía con evidencia que no tenía bastante dominio sobre el ejército para organizar una revolución militar que obtuviese éxito; pero en punto á la soberanía no renegaría de su principio de dejarlo todo al arbitrio de unas Cortes constituyentes; y con esto había de contentarse Topete, que no era político. Como ni Serrano ni los generales desterrados habían vuelto todavía de Canarias, y Topete no se atrevía á demorarse más, Prim fué nombrado para el mando interino; y los ciudadanos de Cádiz quedaron encantados, en la mañana del 19 de Setiembre, al ver los buques de la escuadra engalanados con bandera y oir las aclamaciones de los tripulantes, el Himno de Riego y el tronar del cañón, que anunciaban la caída de la antigua dinastía española. Cuando Prim y Topete, seguidos por Serrano, desembarcaron en Cádiz, y los generales desterrados en Canarias se les incorporaron, no se dudó del éxito. Cádiz se puso frenética de alegría; Sevilla le siguió; el telégrafo transmitió las grandes noticias por toda España, y, como por arte mágico, toda la nación se sublevó.

Hasta el último momento, González Brabo, que es-

taba con la reina en la costa del Norte, había vivido en el limbo, burlándose de todos los avisos, y el éxito de la revolución cayó sobre él como un trueno. Mientras sus colegas en Madrid le rogaban que volviese y proclamase la ley marcial, él abandonaba el ruinoso edificio y recomendaba á la reina que nombrase una dictadura militar á cargo de Manuel de la Concha, marqués de la Habana, que, reuniendo todas las fuerzas que habían permanecido fieles, enviaba al general Pavía, marqués de Novaliches, para que saliese al encuentro de Serrano y del ejército sublevado de Andalucía, que avanzaba hacia Madrid, mientras se encargaba á otros generales leales de tener sumiso el norte y el centro de España.

Serrano abandonó á Córdoba el 24 de Setiembre para encontrarse con Pavía, que se había detenido en su camino hacia Madrid con 9.000 hombres de infantería, 1.300 de caballería y 32 cañones. Los ejércitos se encontraron en la llanura de Alcolea, teniendo entre sí al famoso puente, escena de tantas luchas. Desde el principio, Pavía conoció que había que desesperar del éxito, porque la revolución había despertado al dormido país como el toque de una corneta, y la fuerza de Serrano era la mayor; pero era el alma de la lealtad, y tristemente se resolvió á pelear hasta el fin por una causa perdida. El general Serrano y Caballero de Rodas habían ocupado el puente, y allí se llevó á cabo la principal lucha. «¡Viva la reina!», gritaban los soldados del gobierno cuando se precipitaban á atacarlo, y «¡Viva la libertad!», era la réplica de los defensores. Pronto ambos destacamentos hicieron fuego detrás de parapetos de cadáveres, y de todos lados, á través de la llanura, el conflicto se acentuó, abundando en ejemplos de piadosa generosidad y ca-

ballerosidad, así como en furia brutal, mientras que el honrado John Rutledge, el ingeniero northumbriano, que había venido de Córdoba por la línea que dominaba el campo de batalla, trabajaba como un benéfico gigante ayudando á los heridos y á los moribundos. Cuando cerró la noche, ambos ejércitos estaban rendidos, porque habían caído 1.000 hombres, y el mismo Pavía había recibido una herida en la mandíbula inferior. Era evidente que Serrano no sería derrotado, y durante el camino se retiraron las tropas de la reina—las que no se unieron á los insurrectos—y quedó libre para Serrano el camino de Madrid.

Entre tanto, González Brabo había huido, y el gobierno de Concha en Madrid era víctima de una perturbación completa, conservando sólo la reina el ánimo inflexible. Hubiera ido á Madrid y hubiera desafiado á los insurrectos; hubiera ido á Cádiz y hubiera empleado su influencia personal con los generales; pero como llegaban todos los días noticias de nuevos barcos ó regimientos sublevados, corrieron vergonzosos murmullos de abdicación á favor del pequeño Alfonso, con el anciano Espartero de regente. Pero estos eran consejos desesperados, y la reina no los escuchó. Una y otra vez se dispuso á marchar á Madrid con toda su corte; pero Concha, que sabía dónde estaba el peligro, siempre la detenía con un telegrama, insistiendo en que si venía debía venir *sola*, ó acompañada sólo de sus hijos. Bien sabía ella—todo el mundo lo sabía—lo que significaba *sola*, y con lágrimas de rabia protestaba de que cualquier hombre se atreviese á dictarla—á ella, una reina—la elección de su servidumbre; lloraba sobre los telegramas del ministro y los pisoteaba con furia, mientras que el hombre inflexible y grosero, con el semblante lívido detrás de

ella, y el frágil, gentil y menudo consorte á su lado, se sometían á su imperiosa voluntad.

El 29 de Setiembre le llegaron las noticias de la derrota de Alcolea; y sucediéndose rápidamente el acuerdo de la rebelión unánime en Madrid, la deposición de la dinastía borbónica y la formación de un gobierno provisional. Durante toda la noche, la perturbada reina y la corte discutieron las medidas que habían de tomarse, y una docena de veces estuvo dispuesto el tren con la máquina para Francia en la estación de San Sebastián, y siempre recibió contraórdenes. Pero como los estruendosos truenos de la revolución se acercaban más y más, y el César francés, á pocas horas de Biarritz, no ofrecía nada más que simpatía y refugio, Isabel II aceptó lo inevitable y marchó al destierro.

Corriéndole las lágrimas por las mejillas gruesas y sanas, pero todavía con un porte arrogante, como convenía á una reina, cogida de la mano de su marido y llevando detrás de sí á Marfori, entró en el coche del ferrocarril que le llevaba de su frontera á Francia. Algunos súbditos llorosos la bendijeron y tocaron el borde de su traje al pasar, porque todavía quedaban los sentimientos del gran amor que el pueblo la había tenido; pero sus pensamientos debieron de haber sido hiel y ajenjo para su espíritu insensato y orgulloso, porque en este rincón de sus dominios centenares de hombres habían dado gustosamente sus vidas por ella. Como su padre había hecho antes de ella, aunque no tan inicuamente, había destruido por sus faltas y caprichos la ardiente devoción de un pueblo leal, y perdió la antigua corona que sus antepasados casi habían conservado por espacio de mil años. Fué al destierro con el orgullo herido, llena de disgusto y

de cólera, luchando por el poder; y sus últimas palabras oficiales en su propio suelo á las autoridades locales que se despedían de ella cuando cruzaba la frontera, fueron aquéllas tan amargas: *Pensé que había echado profundas raíces en este país* (1).

No ha llegado el tiempo, ni todavía hay material aprovechable para formar un juicio definitivo sobre Isabel II; pero al menos puede decirse que los que cargan sobre ella la culpa de los desastres de su reinado son injustos. Debiendo su corona al principio á los partidos liberales, vió, sin embargo, que cuando estaban en el poder, había una tendencia creciente á reducirla á cero y á destruir su prerrogativa. Era hija de su padre, heredera de grandes tradiciones, impulsiva é imprudente; estaba dominada por malas influencias y seducida á inclinarse al partido político que defendía lo que consideraba como derecho suyo. Que lo hizo imprudentemente, es indudable, en vista del resultado; pero que fué tiránica por naturaleza, ó deseaba serlo, no es verdad. No; era, en realidad, una mujer débil, ignorante, intensamente simpática, sin un solo amigo honrado cerca de ella, ó un marido á quien acudir en busca de auxilio ó consejo. Toda su vida sirvió de juguete para intereses que no eran los de su nación ó de sí misma; fué cogida en las redes de que sólo una gran prudencia la hubieran librado, y fué ofendida tanto como ofendió.

(1) Al principio se alojó en el antiguo castillo de Pau, desde donde lanzó una apasionada protesta contra su deposición; y después residió por algún tiempo en el *Pavillion de Rohan*, anejo á las Tullerías, frente á la *Rue de Rivoli*, en París. Durante el invierno de 1868-69, compró el hermoso edificio nuevo de un jugador ruso arruinado, llamado Basilewski, en la *Avenue du Roi de Rome* (ahora *Avenue Kleber*), que llamó el Palacio de Castilla, y ha vivido allí desde entonces.

X

«CAYÓ PARA SIEMPRE LA RAZA ESPÚREA DE LOS BORBONES».—UNA REVOLUCIÓN ANULADA POR LOS REVOLUCIONARIOS.

Topete, Prim, Serrano y los generales que volvieron del destierro de Canarias, habían publicado sucesivamente grandilocuentes y apasionadas arengas al pueblo, que diferían considerablemente en su grado de sentimiento revolucionario, pero que convenían en una cosa, á saber, en que el actual estado de cosas debía destruirse primero, y que la nación misma debía decidir de las nuevas instituciones. Naturalmente, el pueblo no era tan reticente, y comenzó á presagiar el porvenir conforme á su partido ó á sus predilecciones personales tan pronto como se aseguró el éxito de la revolución. Prim, el jefe reconocido de los progresistas, y como tal sospechoso de ser más avanzado que Serrano y Topete, era el verdadero héroe del día. A la entrada de los jefes de la rebelión en Cádiz, había sido saludado con frenético entusiasmo, al paso que su jefe nominal, Serrano, había sido aclamado menos calurosamente; y esta reacción á favor de un cambio radical social y político, se hizo más aparente cuando se formaron juntas revolucionarias en las distintas ciudades por un método de elec-

ción duro y dispuesto, para ocupar el puesto de las arruinadas instituciones locales. Publicáronse manifiestos y edictos *ad nauseam* por estas improvisadas autoridades locales, todas las cuales iban más allá del programa de la revolución, y en muchos casos asumían poderes soberanos, aboliendo impuestos al por mayor y decretando cambios fundamentales en los asuntos nacionales. La junta de Sevilla, por ejemplo, el día en que fué formada, declaró su adhesión al sufragio universal, á la libertad absoluta de la prensa, de enseñanza, de religión, de tráfico y de comercio; abolición de la pena de muerte, la inviolabilidad de persona, domicilio y correspondencia, la adopción de la Constitución radical de 1856, la abolición del reclutamiento para el ejército y la armada, la abolición de los monopolios del gobierno, deposición de la dinastía borbónica, y muchas otras cosas; mientras en algunos puertos de mar fué proclamada la abolición total de deudas sobre trajes; y en las ciudades del Oeste, particularmente en Barcelona, adonde Prim llegó desde Cádiz cuando Serrano salió con el ejército hacia Madrid, el sentimiento republicano y socialista más violento era el dominante. Prim era un catalán de catalanes, y sus paisanos le idolatraban; pero llegó á hacerse casi impopular en Barcelona porque se negó á prejuzgar la decisión de las Cortes constituyentes, hasta arrancar de su uniforme los símbolos de realeza con que estaba *adornado*.

En Madrid mismo, la tendencia de la voz popular á anticipar la obra de las Cortes soberanas era igualmente enérgica. A los primeros síntomas de la revolución se formó una junta de liberales avanzados, presidida por Rivero y Madoz, que, aunque sus esfuerzos estuvieron al principio limitados á exhortar al pueblo

á que no precipitase una sublevación en la capital y á reprimir la anarquía, tan pronto como llegaron las noticias del triunfo, proclamó la Soberanía Nacional, la caída de la dinastía borbónica para siempre y declaró que ningún miembro de la raza sería elegible al trono.

Las noticias de Alcolea llegaron á Madrid el 29, y la escena que presentaron las calles durante el día fué inolvidable. Soldados y paisanos arrancaron de sus trajes la corona real, de que en algún tiempo habían estado tan orgullosos. Generales y altos oficiales, que por espacio de algunos años habían hecho la corte á la caída Isabel, y habían recibido favores y títulos de su mano, pisoteaban los símbolos de su soberanía. De edificios públicos, de escaparates y de antiguos palacios fué arrancada y hecha pedazos la aborrecida corona; de nuevo lo arrastró todo tras sí la férvida y excitada oratoria, y de centenares de balcones la pomposa lengua castellana proclamaba profecías de futura gloria y felicidad para España y los españoles, ahora que había desaparecido la pesadilla de la monarquía borbónica.

Pero de la Babel de extravagancia y vociferación que reinó como soberana el 29 de Setiembre y los días siguientes, cuando no había fuerza para salvar la capital de la anarquía y dejar incólume el buen sentido de las mismas personas frenéticas, salieron dos claras expresiones, que se convirtieron, por decirlo así, en los motes de la rebelión, y pronto fueron garrapateadas en todas las paredes blancas y todos los edificios públicos, con interminables excentricidades de caligrafía y etimología: «¡Pena de muerte al ladrón!», y la iliterata y antigramatical, pero inconfundible sentencia: «Cayó para siempre la raza espúrea de los Bor-

bones, en justo castigo de su perversidad (1).» De esto no cabía duda en el espíritu de los madrileños. Ningún Borbón volvería á gobernar en España; y para principio, la Junta de Madrid, sin consultar siquiera á las otras grandes ciudades, declaró su propia supremacía y nombró á Serrano y á Prim jefes de un gobierno provisional. Todo esto forzó las manos de Serrano y Topete, que habían contraído compromisos con el duque y la duquesa de Montpensier—ambos Borbones—pero hicieron lo que pudieron; pensando indudablemente que cuando la efervescencia popular se hubiese aplacado manejarían las Cortes de la manera acostumbrada y conseguirían sus fines.

Serrano entró en Madrid en triunfo el 3 de Octubre, ganándole su hermosa figura (2) y sus frases populares una espléndida acogida; especialmente cuando, en el gran balcón del ministerio de la Gobernación, en la Puerta del Sol, ante una inmensa multitud que llenaba el extenso espacio, abrazó públicamente á Rivero, el jefe radical. Detrás de Serrano iba siempre un hombre bajo, de semblante sombrío, de boca gran-

(1) La popularidad y longevidad de esta sentencia fué muy notable. Gobiernos sucesivos ordenaron que fuese borrada de las paredes; y durante la república, el mote oficial: «Libertad, igualdad, fraternidad» fué grabada en todos los edificios públicos por las autoridades, que se empeñaron en sustituir el inculto mote de la revolución. Pero tan pronto como era borrado el «Cayó para siempre», era misteriosamente reproducido; y cuando el alboroto ocurrió en las grandes ciudades, los patriotas excitados subían á escaleras ó andamios para grabar la frase en las paredes, bastante alta para que estuviese fuera del alcance de los que deseaban borrarla subrepticiamente. Quedó en muchos sitios hasta la época de la restauración.

(2) En los primeros días de su favor con la reina, cuando ella era una muchacha y él un joven, su apodo había sido el general Bonito.

de y movible, de palabra fácil y fogosa, de inteligencia sutil, que, con Olózaga y Zorrilla, había sido la principal fuerza intelectual de la revolución. Este era Práxedes Mateo Sagasta, el ex diputado á Cortes y editor de *La Iberia,* que había sido condenado á muerte bajo el régimen de González Brabo. Sobre él recayó ahora la principal labor de organizar el gobierno, del que fué nombrado ministro de la Gobernación.

Como actores en un teatro, cada uno de los jefes revolucionarios hizo su entrada por separado, y las recepciones sucesivas, que declinaban gradualmente en importancia, dieron pretexto para prolongar los regocijos públicos de un pueblo nunca muy amigo del trabajo reposado. El recibimiento de Prim, el 9 de Octubre, marcó el apogeo del entusiasmo. Aquí, como en otras partes, fué aceptado por jefe del partido avanzado y antidinástico, que se determinó á romper con el pasado y á no permitir que se jugase con la soberanía nacional. Cuando hacía su trayecto lentamente por entre la multitud apiñada, rodeado de guirnaldas, arcos y coronas, besando el pueblo sus estribos y hasta abrazando el caballo en que iba; su rostro duro, plebeyo, inflexible y feo, tan diferente del de Serrano, el palaciego, no daba señales de alegría; pero todos leyeron en sus firmes líneas que, aunque otros fuesen comprados ó lisonjeados por el favor ó la adulación, el brusco Juam Prim sería incorruptible é inconmovible.

El nuevo gobierno, con Serrano en la presidencia, Prim en el ministerio de la Guerra, Topete en el de Marina y Sagasta en el de Gobernación, tenía á su cargo una empresa difícil: la de reorganizar la administración nacional tocante á la reunión de las Cortes; pero por medio de la adulación y de llamamientos al

orgullo nacional, consiguieron evitar la anarquía y el desorden casi inevitable en tales circunstancias. El mayor peligro nacía de la fatal equivocación ya indicada, de no tener solución que imponer al país después que hubiese sido derribado el gobierno de la reina. El partido republicano desplegaba ahora gran actividad y había incorporado á sus filas un número considerable de progresistas y demócratas avanzados. Tenía sobre todos los partidos la gran ventaja de poseer un programa definido, mientras que todos los demás partidos estaban divididos en muchas secciones que exigían diversas reclamaciones: los del partido ibérico, exigían unidad bajo un monarca portugués; el duque ó la duquesa de Montpensier, D. Enrique, hermano del rey consorte; el viejo Espartero, favorito de los demócratas, varios príncipes alemanes y austriacos ó un miembro de la Casa de Saboya. Los ataques de los republicanos eran constantes y perjudiciales, y la anarquía y la confusión crecían de día en día, á pesar del aviso de Sagasta á las autoridades locales de que cesase la excitación pública. Como la milicia nacional de antaño, los «Voluntarios de la Libertad», pícaros sanguinarios que habían cogido las armas al primer aviso de revolución, eran un terror y una amenaza para todas las personas decentes, y generalmente se inclinaban al partido más avanzado. Una vez más se repitió la historia, y como en 1820, surgieron, cual si fuese por arte mágico, *clubs* y oradores en todas las esquinas de las calles, vociferando día y noche, mientras que en toda la nación campeaban desenfrenadas la miseria y la pobreza. Los discursos altisonantes fueron de nuevo los que reinaron como soberanos; se paró el trabajo; destruyóse la confianza; muchos miembros de las clases acomodadas huyeron

al extranjero y, entre escenas de sangre y de confusión, tuvieron que ser reprimidos por la violencia alzamientos republicanos en Cádiz, Málaga, Jerez y otros puntos.

Frente á este peligro, que iba en aumento, los partidos monárquicos tramaban alguna especie de reconciliación, aunque había todavía muchos demócratas avanzados se mantenían á distancia. Publicóse un manifiesto colectivo, adoptando una monarquía constitucional estrictamente limitada, como aspiración del partido, pero excluyendo á todos los miembros de la dinastía caída, mientras el gobierno se esforzaba por captarse amigos adoptando medidas en extremo liberales, tales como la abolición de la sisa, la organización de los voluntarios de la libertad, la libertad de la prensa y de las reuniones públicas, consejos de las ciudades elegidos popularmente y la elección de las Cortes constituyentes, sobre la base democrática de la Constitución de 1856.

Se verá que todo esto era una renuncia al programa primitivo, que fué dejarlo todo al arbitrio de las Cortes constituyentes, y Topete había anticipado que ejercerían suficiente influencia para asegurar la elección de Montpensier, pero, frente á este vigoroso movimiento republicano, se juzgó prudente relegar á Montpensier algo á segundo término, con gran disgusto y desengaño suyo. Una vez tomó la intrépida medida de abandonar clandestinamente su destierro de Lisboa é incorporarse á las tropas que operaban contra los republicanos de Cádiz; pero el golpe quedó frustrado y el gobierno de Serrano le ordenó que regresase inmediatamente á Portugal, lo que hizo de mala gana.

Por esta vez el gobierno no hizo elecciones muy es-

candalosas, aunque en muchos sitios se intimidó resueltamente al vulgo, pero el partido progresista monárquico obtuvo una mayoría considerable en la Cámara, formando causa común los republicanos y los absolutistas para combatir al gobierno revolucionario.

En Febrero de 1869 se reunieron las Cortes soberanas y Serrano fué confirmado como jefe del poder ejecutivo. La primera exigencia hecha por el gobierno fué un nuevo reclutamiento de tropas para suprimir el desorden en la nación; y así se vió en sus comienzos que era impracticable la promesa de la revolución de suprimir el servicio militar y depender de un ejército de voluntarios. La gran empresa de las Cortes constituyentes era trazar un nuevo código fundamental para el gobierno del Estado. La libertad individual, la inviolabilidad de la propiedad, el juicio por jurados y otras gastadas fórmulas fueron fácilmente adoptadas, y la cuestión de una segunda cámara elegida por votación indirecta fué resuelta con dificultad; pero cuando se plantearon las cuestiones de la tolerancia religiosa y la desnacionalización de la Iglesia resurgió todo el ciego fanatismo de la antigua España. ¿Cómo, decían los demócratas, podéis conceder la más amplia libertad individual, según prometéis hacerlos, si no permitís á los ciudadanos la tolerancia religiosa? Los liberales más moderados estaban á favor de limitar la plena tolerancia á los extranjeros, concediéndola sólo á los españoles que renunciaban el catolicismo; y después de muchas reñidas discusiones se vieron obligados á contentarse con esto, aunque el orador republicano Castelar desplegó toda su inspirada elocuencia á favor de la completa libertad religiosa. En la discusión de la forma de gobierno y de la persona

del monarca, Castelar se elevó también á las alturas de una oratoria que rara vez, y acaso nunca, ha sido superada; pero los republicanos fueron otra vez derrotados, y en Junio de 1869 se promulgó la nueva Constitución de una monarquía democrática limitada, siendo elegido regente Francisco Serrano, duque de la Torre, ínterin se eligiese un monarca.

Esta fué la señal para dar rienda suelta á las contrarias ambiciones de los candidatos y partidos rivales. El actual D. Carlos (hijo de D. Juan, que había renunciado á su derecho, y nieto del primer D. Carlos) llamó á sus partidarios á las armas y en todas partes de España surgieron partidas carlistas; en Aragón, Cataluña, Andalucía y Valencia efectuáronse levantamientos socialistas y separatistas. Volvióse á derramar sangre de españoles por manos de españoles en todas las grandes ciudades antes de que se restableciese el orden relativo; y entre tanto, intrigas interminables, combinaciones secretas y activa propaganda dentro y fuera de la nación coadyuvaron á los intereses de los candidatos rivales al trono. España estaba inundada de fotografías representando á Espartero, á D. Carlos, al rey Fernando de Portugal, al príncipe Leopoldo de Hohenzollern, al duque de Génova y á otra media docena de personajes con las galas regias de rey de Castilla y León, mientras que en París González Brabo, Orovio, Marfori é Isabel intrigaban incesantemente por una restauración de la dinastía caída (1). La anarquía reinaba por dondequiera; Sa-

(1) Se creyó en aquella época y después que el deseo del ejército era elevar al trono al príncipe-niño Alfonso, pero el autor de este libro tiene motivos para saber que no era así. En varias conversaciones que tuvo sobre este asunto en aquella época con González Brabo, este último le reveló la

gasta y Serrano, que era ahora regente, optaban por volver á las medidas enérgicas de represión, especialmente contra los republicanos; pero, gracias á la prudencia y honradez de Prim, junto con el buen sentido de Castelar, un gran número de republicanos «unitarios» comenzó á mirar con disgusto los excesos de sus colegas federales y á reforzar el partido del orden.

La unión de las distintas secciones monárquicas se estiraba entre tanto hasta romperse, siendo la única esperanza de mantenerla dilatar la elección de un candidato al trono y evitar medidas extremas de todas clases. Con todo, este estado de cosas no podía continuar por más tiempo. La nación estaba más consumida por la pobreza que nunca, indignada, impaciente y desengañada de que se cumpliesen las hermosas promesas hechas por la revolución; las Cortes, habiendo aprobado la Constitución y no habiendoles propuesto el gobierno ninguna legislación radical, languidecían; y era evidente que, ó había de encontrarse pronto una solución, ó todo estaría perdido. Prim trabajaba como un héroe por aplacar las discordias y al mismo tiempo sostener con energía las riendas, porque estaba dispuesto á hacer cualquier sacrificio por impedir la reacción ó un regreso á la antigua tiranía borbónica.

El candidato de la mayoría de los ministros era el

---

cosa con claridad; indicó que «acaso el príncipe moriría de las viruelas», etc.; y dejó en el espíritu del que esto escribe la firme impresión de que él (González Brabo) y el partido moderado recurrieron primero á la reina misma y luego á la princesa Isabel, que se había casado con el conde de Girgenti, hermano del rey de Nápoles. Anticipaban una revolución, y Alfonso, con una regencia revolucionaria, no les hubiera convenido.

joven Tomás de Saboya, duque de Génova, sobrino de Víctor Manuel, pero los liberales moderados (unionistas) no querían oir hablar de un rey de la casa liberal y anti-papal y se declararon enérgicamente á favor de Montpensier. Intentóse una reconciliación proponiendo á Fernando de Portugal, ó al joven Alfonso con una regencia liberal avanzada, pero sin provecho, y viendo que los progresistas y Prim estaban firmemente auxiliados por la nación contra Montpensier, los unionistas, con Topete y Silvela, se retiraron disgustados del ministerio, aunque Topete se decidió luego á volver antes que echar á perder la obra de su revolución. En todas partes reinaba la confusión. Los republicanos federales dominaban de hecho en Cataluña y Valencia; partidas carlistas infestaban las provincias; la conspiración reaccionaria estaba activa, y el bandidaje hacía otra vez estragos, mientras que las Cortes, divididas, sin esperanzas de unión y entregadas á pequeñas intrigas, habían perdido toda iniciativa é influencia. La nación estaba desalentada y por última vez asomó á todos los labios el antiguo nombre que tantas veces había sonado en días de desorden. En todas partes se oía hablar de Baldomero I y del «rey Espartero», y el anciano jefe fué invocado por millares de hombres para que sacase á su patria del pantano de la desconfianza. Pero estaba cansado de la lucha, enfermo y sin hijos, é hizo oídos sordos á los mensajes y peticiones, á comisiones y resoluciones que le enviaban á su humilde retiro de Logroño (1).

(1) En un período posterior, cuando la mayoría de las candidaturas habían hecho fiasco, aún estaban á su favor los montpensieristas, con la idea de asegurar la sucesión

Así, á fines de 1869, España era un reino sin rey, con una regencia impotente, unas Cortes estériles, una Constitución desdeñada, un ministerio dividido entre sí, un Tesoro exhausto y una población irritada. Zorrilla y Martos, los miembros más avanzados del gobierno, dimitieron cuando vieron que se iba á renunciar al duque de Génova, y que Prim se veía obligado á aparejar sus barcos para dar gusto á los unionistas; y la fusión entre los varios partidos liberales monárquicos fracasó el 19 de Marzo de 1870. Prim se había encolerizado mucho con el sacrificio de sus principios democráticos, y en la noche mencionada, durante una turbulenta sesión de las Cortes, perdió, finalmente, la paciencia con las exigencias siempre en aumento de sus colegas «unionistas». «¡Defendeos, radicales!, gritó; los que me amen que me sigan.» Y desde entonces el patriota Prim, aunque todavía se esforzaba por conciliar, fué un hombre señalado para la ruina por los partidos que no deseaban del todo romper con el pasado y por los que soñaban en una utopía futura.

Necesitáronse más reclutas y efectuáronse nuevas sublevaciones para protestar del servicio militar; las Cortes, que suspendían prácticamente la Constitución, concedieron á toda prisa facultades de represión; el asesinato, el pillaje, la anarquía y la decadencia nacional habían llegado á su apogeo en la primavera de 1870, cuando hubo que plantear la cuestión del monarca. El partido de Montpensier, viendo que Prim era su principal obstáculo, trabajaba en una intriga para derribarle, pero inútilmente. La candidatura del duque de Génova iba de capa caída, porque los unio-

de la corona á su candidato, después de la muerte de Espartero.

nistas, así como los republicanos, estaban contra él; el príncipe Leopoldo de Hohenzollern había aceptado la candidatura, pero Francia, al sufrir su desastre, le opuso el veto, y Fernando de Portugal—de la casa de Coburgo y primo de la reina Victoria—rehusó decisivamente el ofrecimiento de la corona española (1). Con la quiebra de cada candidatura sucesiva, se levantó el ánimo de los reaccionarios. Isabel, con disgusto de González Brabo y de los absolutistas, abdicó sus derechos á favor de Alfonso, en la confianza de que los liberales le aceptarían, en contra de Montpensier, á quien nunca perdonó por haber tomado parte en la revolución. Los revolucionarios monárquicos vieron que, si no reunían las Cortes de una vez y regularizaban la situación eligiendo un soberano, ó los «Estados Unidos de Iberia» ó D. Alfonso caerían sobre ellos en cualquier momento por medio de una revolución armada. Los Montpensiers se enojaron y clamaron por el cumplimiento de las promesas que se les hicieron antes de la revolución, pero todos los españoles vieron que había pasado el tiempo para la solución que deseaban (2). Esto hubiera sido posible

(1) Fernando al principio dió una negativa dudosa y es posible que se hubiera llegado con él á un acuerdo á no ser por la violenta oposición de Napoleón III, que primeramente había presentado su candidatura y después pretendía hacerlo otra vez (Mayo de 1870), pero, en esta época, Fernando había formado la resolución de ser rey sólo de una parte, y además había contraído recientemente un matrimonio morgánico. Todavía continuaron las negociaciones por algunas semanas más, á instancias de Prim, pero sin éxito; y á fines de Julio el asunto concluyó de muy mala manera para ambas partes.

(2) Montpensier se había hecho doblemente imposible á consecuencia de haber matado (Marzo de 1870) al infante D. Enrique, en un duelo provocado por éste último. D. En-

si Topete hubiese proclamado á la duquesa en su primer manifiesto de la bahía de Cádiz, pero España se había desentendido de la contienda de los partidos, y ningún Borbón sería aceptado ahora, como no fuese impuesto por una contra-revolución. Por otra parte, Prim estaba resuelto firmemente á que no hubiese república, porque sabía que con el arraigado sentimiento de regionalismo que dominaba á España equivaldría á desmembramiento (1).

Habiendo hecho fiasco casi todas las candidaturas, Prim, casi desesperado, acudió de nuevo al duque de Aosta, el hijo segundo de Víctor Manuel, que no había accedido á las proposiciones que se le habían hecho aquel año. El mismo rey de Italia estaba á favor de la aceptación de su hijo; y después de sondear los gabinetes de Inglaterra, Austria, Rusia y Prusia, de los cuales sólo el último puso objeciones, la candidatura de Amadeo de Saboya fué presentada á las Cortes para que se aprobase el 3 de Noviembre de 1870. Prim y los progresistas y los demócratas monárquicos desplegaron toda su energía para atraer á su candidato una

---

rique, como se recordará, era el candidato inglés y liberal á la mano de Isabel ó á la de su hermana, y había sido suplantado por intrigas francesas. Era turbulento é imprudente, y aspiraba á representar el papel de un *Egalitè* español.

(1) El conde Keratry fué enviado en Octubre por el gobierno de Gambetta para implorar la ayuda española contra Prusia. En una notable entrevista en que, con el consentimiento de los republicanos españoles, fué autorizado para garantir á Prim la presidencia de una república española, se permitió amenazas de favorecer á los carlistas si Prim no hacía causa común con la república francesa. La réplica de Prim fué: «Prefiero ser un fraile á ser un Cronwel. No habrá república en España mientras yo viva. Esta es mi última palabra.»

gran mayoría, mientras los unionistas montpensieranos y los reaccionarios alfonsinos protestaban, y los republicanos de todos matices se encolerizaban y amenazaban. El resultado fué que en una Cámara de 311 miembros, 191 votaron por el duque de Aosta, que fué proclamado rey de España, con el nombre de Amadeo I, entre la fría indiferencia ó el descontento declarado de sus súbditos, profundamente divididos.

Antes de relatar los acontecimientos de su corto y turbulento reinado, debemos examinar brevemente el progreso financiero material, social é intelectual de la nación durante los pocos años anteriores. Siempre ha sido el defecto de la hacienda española ignorar los hechos evidentes; y los sucesivos ministros de Hacienda, que cruzaron rápidamente la escena casi siempre, han aumentado gravemente los probables reembolsos nacionales y los gastos; de suerte que, con fastidiosa monotonía, un *superávit* nominal se convertía en un *déficit* real, y cada año fué aumentando la deuda flotante hasta que se hizo inadministrable, cuando una porción de ella se añadió á los *consols* en una tasa ruinosa (1). En los dos años que siguieron á la sublevación de O'Donnell, en 1854, se hizo una desesperada tentativa, no del todo infructuosa, para corregir esto. Rebajáronse graves descuentos de todos los pagos y salarios del Estado, se hizo un esfuerzo por crear una caja de amortización para cubrir algo de la deuda flotante, subió por algún tiempo el precio de las rentas españolas, y el gobierno pudo tomar dinero prestado al 7 por 100 en vez de al 9. Pero con la revolución de 1857 todo cambió. Se acudió de nuevo á los antiguos y pésimos métodos, y, á pesar del

(1) Los *déficits* anuales, añadidos á la deuda desde 1850 á 1864, ascendieron á 18.500.000 libras esterlinas.

aumento de riqueza del país y de los reembolsos de la real hacienda, los gastos fueron todavía mayores en proporción. La venta de las fincas de las manos muertas, que habían puesto á O'Donnell en condiciones de rehabilitar el Tesoro y emprender tantas hermosas obras públicas, se paralizó; dominaron de nuevo el agiotaje y la especulación, y la enorme deuda flotante, constantemente aumentada, era ahora falsificada por los Bancos del gobierno y las cajas de ahorros, á cambio de las cajas de depósitos que se les confiaba, procedimiento que (puede agregarse) se ha continuado hasta el día de hoy, hasta que casi ha desaparecido la circulación de oro y plata. Cuando al fin en 1865 el Papa convino en que se vendiese la propiedad eclesiástica, se intentó establecer un Banco territorial con el fin de efectuar la liquidación gradual y la extinción de la deuda flotante por algún procedimiento; pero la envidia y el rencor obstruyeron el camino y el negocio se frustró, siendo abolidos la mayor parte de los procedimientos de venta.

En la época de la revolución de 1868, el presupuesto anual había ascendido á libras esterlinas 27.600.000; pero todavía presentaba un gran *déficit*, y aunque las sucesivas conversiones de la deuda flotante en *consols* del 3 por 100 al ruinoso precio de 40-41 habían sido efectuadas en 1856 y 1864 con el objeto de agregar 20.000.000 libras esterlinas á la deuda consolidada, el gobierno de Serrano se vió obligado á obtener el permiso de las Cortes para crear un empréstito de libras esterlinas 10.000.000, en 1869, para cubrir las necesidades urgentes y hacer frente á los *déficits* acumulados en años anteriores. Pero aunque la hacienda nacional había hecho que fuese de mal en peor el bienestar del país, aparte de calamidades temporales cau-

sadas por disturbios políticos, había avanzado rápidamente con la introducción de ferrocarriles y de líneas de vapores y con enarbolar el estandarte de la civilización moderna (1). Madrid y Barcelona, aun antes de la revolución, habían comenzado á extender sus límites, y en los pocos años siguientes se transformaron casi por completo, así en aspecto como en costumbres. No sólo las poblaciones rurales se agruparon en las grandes ciudades, sino que los españoles enriquecidos en las colonias ó en la América del Sur, edificaban espléndidos edificios en las capitales ó en las afueras, y en los numerosos balnearios de Vizcaya se alzaban hermosos hoteles y villas, ahora que la moda de los españoles era viajar. Los centros mineros, como Ríotinto, Pontevedra, Bilbao y otros, aumentaron también rápidamente en riqueza con la introducción de capital extranjero. Este progreso y el adelanto material en la situación del país, sólo fueron interrumpidos temporalmente durante el período revolucionario, y en el resumen dado en el capítulo siguiente se verá

(1) Nunca se insistirá demasiado en que una de las principales razones de la incurable extravagancia de la hacienda española es la cantidad de gastos improductivos en servicios públicos. Cada revolución sucesiva ó cambio de gobierno equivale á un cambio completo del poder administrativo, desde el primer ministro hasta el portero, en todos los departamentos del servicio del Estado, y el pago de pensiones á las autoridades cesantes, que desde entonces se convierten en activos intrigantes para conseguir el regreso de sus amigos al poder y de ellos á la paga íntegra. Este vicioso sistema condena á miles de individuos á la ociosidad ó á algo peor, destruye las empresas y paraliza los esfuerzos. A esto debe añadirse la necesidad de encontrar puestos y ascensos para los auxiliares de cada sucesiva revolución militar. Ningún gobierno en España ha osado jamás combatir esta peste de la burocracia.

que el progreso nacional todavía continuaba, á pesar de los disturbios políticos.

La alternativa represión y licencia de la prensa durante los últimos años del reinado de Isabel y los dos primeros años de la revolución, no tendieron á perfeccionar ó exaltar la situación de la literatura española. Los periódicos eran vergonzosamente corrompidos y licenciosos, y el sentimiento de partido era tan universal y tan rencoroso, que la mayoría de los literatos erán arrastrados por el torbellino del periodismo político. Pero aún la política no ahogaba la fertilidad de la imaginación española, y hombres de Estado como Cánovas del Castillo y López de Ayala gastaban el tiempo robado á las polémicas de partido en escribir novelas y bosquejos históricos que perdurarán; el gran orador Castelar producía artículos literarios, críticos y descriptivos á millares, y periodistas como Pérez Galdós y Correa presagiaban ya en sus primeras obras la fama que habían de alcanzar como novelistas en la década siguiente. Durante los últimos diez años del reinado de Isabel las escuelas pintoresco-románticas de novelås habían sido vulgarizadas por escritores prolíficos de segundo orden, como Fernández y González y Pérez Escrich; pero los espíritus más delicados habían seguido la moda de Francia é Inglaterra, volviendo al naturalismo más sutil de Balzac, de Thackeray y Jorge Eliot y *Fernán Caballero,* una señora de origen alemán cuyo nombre era Bohl de Fabre, comenzó en 1847 á escribir sus escenas fotográficas de la vida andaluza (que iba desapareciendo rápidamente) en una de las mejores novelas españolas modernas que se conocen, *La Gaviota* (1), y

(1) *La Gaviota* fué traducida al inglés por Augusta Bethell, y fué muy leída; pero ni ésta ni otra famosa novela

en el período que ahora examinamos produjo algunas de sus mejores obras. Más tarde, Pedro Antonio de Alarcón, en sus encantadoras obras *El sombrero de tres picos* y *Diario de un testigo de la guerra de Africa,* demostró que el vigor combinado con la sutileza podía existir en español lo mismo que en francés. Sobre todo, Juan Valera, diplomático, estadista, cortesano y poeta, con un estilo tan diáfano como el de Anatolio France y un juicio tan perspicaz como el de Sainte-Beuve, escribía *Pepita Jiménez,* obra maestra del género novelesco, á la que había de seguir una obra aún más hermosa, *El comendador Mendoza,* y otras novelas que quedarán como clásicas mientras encanten la refinada fantasía y la ironía delicada. En poesía, Campoamor todavía continuaba escribiendo, cuando perdía el tiempo denunciando la democracia, y el infortunado Adolfo Becquer, hasta 1870, publicaba sus soñadoras fantasías heinianas en verso y en prosa. Pero, hablando en general, el período que estudiamos no presenta la poesía española en su más alto grado. Ni fué el drama español tan brillante como de costumbre, porque Echegaray no había producido todavía su primera obra; pero Manuel Tamayo escribió al menos dos hermosos dramas, *La locura del amor* (1856) y *Un drama nuevo* (1867).

Hemos visto que la corona que la revolución ofreció á Amadeo de Saboya era espinosa, aun cuando las dificultades nacionales hubiesen estado limitadas á la Península. Pero estaba muy lejos de suceder así. La necesidad de suministrar series sucesivas de políticos revolucionarios con éxito y el empeño de éstos en en-

de Fernán Caballero, *La Clemencia,* puede compararse con sus cuentos andaluces y sus *Cuadros de costumbres populares* (1852).

riquecerse en los cargos de las colonias antes de que un nuevo cambio de gobierno los echase para dejar el puesto á otra horda voraz, habían agotado la paciencia de los colonos indígenas, especialmente en Cuba. En constante comunicación con los Estados Unidos adyacentes y con Jamaica, era imposible evitar que comparasen el estado de su fértil país, presa de la rapacidad de los buitres que en él se cebaban, con el de sus vecinos; y el partido de reforma crecía rápidamente. Serrano y Dulce habían sido sucesivamente capitanes generales de la isla algunos años antes de la huida de Isabel y se habían captado allí gran popularidad por sus esfuerzos en introducir un estado de cosas más digno.

Pero las reformas parciales concedidas no eran más que un plazo para la completa autonomía é independencia respectivamente exigidas por las dos secciones de cubanos indígenas, que se hacían de día en día más audaces y convertían cada concesión en una excusa para ulteriores reclamaciones. Lersundi y Manzano habían ensayado otra vez la popularidad y las «comisiones militares»; desolaron pueblos enteros con sus despiadados castigos; los impuestos crecieron enormemente, aunque era imposible recaudar una cuarta parte de los ya establecidos. Como de costumbre, un gran *superávit* nominal para las colonias se convirtió en un *déficit* inmenso (1868), y como la revolución en España se aproximaba, los oficiales del gobierno en Cuba redoblaron sus exacciones para llenar sus bolsillos antes de que ocurriese la inminente catástrofe (1).

(1) Los impuestos eran recaudados nominalmente en España en coronas, esto es, en coronas de plata por valor de 2 1/2 francos, mientras que en Cuba la única corona corriente era la corona de oro por valor de 16 francos. Los

Al mismo tiempo que la revolución en España se verificó el levantamiento en las colonias indias occidentales. Después de algunas tentativas infructuosas en Cuba y Puerto Rico, un rico plantador, Carlos Manuel de Céspedes, dió el grito de la independencia cubana en Yara, en Octubre, y convocó á los cubanos para salvar á su patria de la tiranía y la violencia, organizándose un gobierno provisional en la parte oriental de la isla. El movimiento se prapagó como una hoguera, y en pocos días Céspedes tenía á su mando una fuerza de 5.000 hombres armados. Las autoridades españolas, siempre indolentes é ineptas, no estaban preparadas y fueron rechazadas en todas partes; y en un espacio de tiempo increíblemente corto, todo el Este y centro de Cuba, excepto las ciudades con guarnición, estaba en manos de los insurrectos. El general Lersundi presentó al principio esta insurrección como un motín ridículo, pero cuando se conoció la verdad, y se enviaron refuerzos y se reunieron en Cuba voluntarios españoles, la revolución estaba demasiado arraigada para poder dominarse fácilmente; los insurrectos recibían ayuda y simpatía de los Estados Unidos, y Lersundi, desèsperado, dimitió.

Con el triunfo de la revolución en España, los republicanos y demócratas españoles exigieron posteriormente en las Cortes concesiones á Cuba. López de Ayala, el ministro de Ultramar, se vió acosado por reclamaciones de completa autonomía y hasta de independencia de la isla, de la manumisión inmediata de los esclavos y muchas otras; y cuando indicó la

---

oficiales españoles, aprovechándose de la ignorancia de los cubanos, insistían en que los impuestos, etc., se pagasen en coronas de oro, y así recaudaban cuatro veces la suma verdadera, de la cual embolsaban tres cuartas partes.

imposibilidad de conceder todo esto fué tildado de reaccionario y de traidor á los principios de la revolución. El asunto no era, en verdad, tan fácil como los teóricos pensaban, especialmente en la cuestión de la esclavitud. Los plantadores criollos estaban contentos de la cooperación de los negros y mestizos en su reclamación por la independencia de su patria; pero la repentina emancipación de los esclavos no sólo hubiera causado la ruina de los mismos plantadores (1), sino que hubiera puesto á Cuba en peligro de un siniestro dominio semejante al que había reducido á Haiti al salvajismo ó peor. El manifiesto cubano revolucionario publicado por Céspedes prometía la emancipación gradual, que en cierto modo fué concedida por la misma España, en el decreto de Moret de 1870, manumitiendo á los esclavos de sesenta años de edad y á los hijos nacidos después de la aprobación del decreto. Haber pasado de aquí en aquella época hubiera sido locura, aunque los hombres de color en armas, que formaban el grueso de las fuerzas revolucionarias, naturalmente no lo verían bajo este aspecto. Esta divergencia de fines entre los blancos criollos y los cubanos de color era siempre el punto débil de las aspiraciones á la independencia de la isla, y explica por qué todos los amantes de la civilización, que comprendían la cuestión, estaban á favor de la supremacía de Cuba por el gobierno enérgico é ilustrado de los Estados Unidos antes que reducirla á la condición de un segundo Santo Domingo, bajo un gobierno de color.

(1) En la época de la revolución había de 350.000 á 400.000 esclavos en la isla, y el valor de ellos era muy alto, pagándose los hombres de 50 á 400 libras por cabeza. Eran tratados usualmente con mesura, como un capital válido, si no por una razón superior.

Dulce, el nuevo capitán general, llegó á la Habana en Enero de 1869, y los españoles le recibieron fríamente, porque en su anterior edicto se había declarado imprudentemente á favor de los cubanos en sus expresiones. Pero el encanto revolucionario de Dulce y sus invitaciones á los cubanos para enviar miembros á las Cortes españolas llegaron demasiado tarde y el nuevo capitán general no agradó á ningún partido. Efectuáronse en la misma Habana manifestaciones separatistas, y al mismo tiempo de la promulgación de la nueva Constitución para los criollos cubanos y los españoles, estaban peleando hasta la muerte en las calles de la capital. El conde de Balmaseda, que mandaba á los españoles en el Este de la isla, siguió la dirección de su jefe Dulce é insistió en sus intentos de conciliación; pero cayó en una emboscada y fué derrotado cerca de Nuevitas, y Puerto Príncipe fué bloqueado por los insurrectos y se rindió.

Después de esto hubo guerra á muerte. Todas las libertades recién concedidas fueron de nuevo suspendidas; los «consejos de guerra» reanudaron su obra feroz y los «voluntarios» españoles descargaron su crueldad sin freno sobre los «mambises»; al paso que los rebeldes incitaron á los esclavos á asesinar á sus amos españoles y Céspedes y sus amigos en New-York exageraban mucho su fuerza para persuadir á Grant á que reconociese á los cubanos, al menos como beligerantes. El presidente, sin embargo, apoyado ahora firmemente en su nuevo edicto, no teniendo deseo de reforzar al partido democrático añadiendo á Cuba á los Estados agricultores, se negó resueltamente, y la ayuda que se envió en abundancia á los insurrectos no se envió oficialmente. De la despiadada ferocidad de la guerra; de la furia homicida de los voluntarios

y de las inhumanas represalias de los «mambises» no hay aquí espacio para hablar.

España, en medio de sus propias aflicciones, envió lo mejor y más fuerte de su juventud á morir á millares en la manigua ó ser muertos en desesperadas escaramuzas con enemigos casi invisibles. Dulce, fluctuando entre los extremos de imprudente conciliación y severidad dictada por el pánico, era casi superado en ineptitud por el gobierno de la metrópoli, dirigido por Serrano, cuya política con la colonia era simplemente locura; y al fin los «voluntarios» y el elemento español en la Habana echaron á Dulce de su cargo y fué reemplazado por Caballero de Rodas, que llegó á la Habana en Julio de 1869. Este, sin embargo, desagradó á su vez á los feroces «voluntarios», y Prim, desesperado, escuchó los consejos del general Sickles, ministro de los Estados Unidos en Madrid, para llegar á un acuerdo con los insurrectos.

Prim quería conceder la independencia á la isla si un plebiscito de cubanos se declaraba á favor de ella y los Estados Unidos garantizaban el pago de una indemnización á España; pero la primera condición era que los insurrectos depusiesen las armas, y esta condición fué fatal. Prim, en este punto, no se atrevía á ceder, aun cuando lo hubiese deseado. Parte de su plan revolucionario había sido dar á Cuba íntegra autonomía, y si la infortunada sublevación no se hubiera efectuado en Yara cuando se efectuó, la isla probablemente hubiera ganado la independencia pacíficamente, por medio de la autonomía; pero Prim, obstinado, como convenía á un catalán, era también gobernante de una nación orgullosa y terca y, costase lo que costase, no haría concesiones á los rebeldes en armas contra la madre patria. Cuando las negocia-

ciones de Prim con Sickles fueron conocidas en España, hubo una furiosa protesta de orgullo herido de que hubiera ido tan lejos como fué. Todos los que tenían propiedades en la isla—y especialmente los catalanes—se asustaron, y desde entonces el mismo Prim fué impotente para llevar adelante el asunto, y la cruel guerra de exterminio continuó. Una y otra vez Caballero de Rodas hizo saber que la insurrección tocaba á su fin; en vano se hicieron nuevas concesiones á los cubanos; las fuerzas internadas en la manigua aumentaban siempre, y les llegó nueva ayuda de la Junta cubana en New-York; y por la época en que Amadeo subió al trono, no había menos de 30.000 hombres armados peleando por la independencia de Cuba, y el recaudador español de contribuciones era impotente en el Este y Centro de la isla, fuera de las grandes ciudades.

Amadeo aceptó la corona de España en el palacio de Pitti, en Florencia, de la comisión de las Cortes presidida por el demócrata Zorrilla, y embarcó para Cartagena en el crucero español *Numancia,* en la última semana de Diciembre de 1870, determinado con bravura á gobernar á España constitucionalmente como un caballero y un hombre honrado, verdadero hijo del *Rè Galantuomo.* Como hemos visto, era el rey de Prim y de los liberales avanzados; y todos los demás partidos políticos miraron con disgusto su llegada, como una derrota para ellos. Se ha preguntado incrédulamente si Prim creía en la permanencia de un rey extranjero en España, porque conocía bien á sus paisanos, y muchos han afirmado que deseaba apurar todas las posibilidades para apoderarse al fin del mando supremo. Si así fué, no dió indicios en su conducta de estar dominado por esa idea, porque luchó heroi-

camente por reconciliar á los españoles con su nuevo rey y hacer lo más fácil posible la difícil tarea del último.

Mientras Amadeo estaba todavía en el mar y las Cortes iban á disolverse, la noche del 27 de Diciembre de 1870, Prim estaba charlando en la antecámara de la sala antes de volver al ministerio de la Guerra. En chanza preguntó á uno de los republicanos federales si iba á Cartagena á saludar al nuevo rey. Aquel le dió una réplica algo sarcástica, y Prim replicó en el mismo tono que esperaba que no habría contrasentido, porque si lo había «lo reprimiría con mano firme». «A cada cerdo le llega su San Martín», dijo el diputado cuando se marchaba, y Prim, seguido de sus ayudas de campo, entró en su coche y marchó á su ministerio en aquella noche oscura, de nieve y de invierno. Tenía que pasar por una calle estrecha, llamada calle del Turco, que va desde la fachada trasera de las Cortes á la calle de Alcalá, en la cual desemboca entre dos paredes blancas oblicuamente opuestas al ministerio de la Guerra, en el palacio de Buena-Vista, esquina al Prado.

Días pasados, Prim había sido denunciado, insultado y amenazado por los partidos extremos; pero era bravo hasta el exceso y se negó á tomar precauciones, porque estaba decidido á que la conciliación y la armonía caracterizasen el reinado del nuevo rey. Cuando su coche se deslizaba rápidamente por la estrecha calle del Turco, un cabriolé obstruyó el camino en el principal paso franco de la calle de Alcalá; y se supo que algunos momentos antes de que el coche de Prim tropezase con aquel obstáculo, un hombre que iba por la acera golpeó un eslabón, como si encendiese un cigarrillo. Era una señal, y de la sombra surgieron

seis hombres embozados, armados de trabucos, tres por cada lado, y al mismo tiempo hicieron fuego á través de las ventanas del coche, apuntando al pecho de Prim. Tan pronto como se cometió el hecho, desaparecieron los asesinos y el cabriolé; y el general, mortalmente herido, fué llevado á galope al ministerio de la Guerra, casi enfrente. Llamando á Topete, que, aunque siempre se había opuesto á la elección de Amadeo, era el alma del honor y de la caballerosidad, Prim le suplicó que ocupase su puesto, que fuese á Cartagena á recibir al rey y que le acompañase á Madrid; y el mismo día (30 de Diciembre de 1870) que Amadeo desembarcaba en suelo español, el hombre que le había hecho rey exhalaba el último suspiro, vergonzosamente asesinado por españoles; él, el único español realmente grande que el siglo ha producido.

No ha llegado el tiempo de decir francamente quién mató á Prim y por qué se cometió el hecho. El hombre que encendió la luz era bien conocido como joven político, travieso y soñador, de ideas avanzadas; y uno, al menos, de los que hicieron fuego con el cobarde trabuco vivió en Londres algunos años—y acaso vive todavía—mientras que otros, según se dice, han sido fusilados mucho después por la guardia civil en una tentativa para detenerlos. Hiciéronse inacabables investigaciones y miles de detenciones sin resultado definitivo, y se echó vagamente la culpa á los republicanos socialistas; pero es significativo que á los agentes activos no sólo se les permitiese en aquella época, sino que se les ayudase á escapar por medio de los que ocupaban buena posición, que no eran ciertamente republicanos. Hubo rumores, hasta llegar á la atrevida afirmación de que por avanzados fanáticos que puedan haber sido los instrumentos del crimen, había

otros detrás que les indujeron; y años después, cuando Alfonso XII se sentó en el trono, el autor de este libro vió en la cárcel del Saladero á varios hombres que no pertenecían á la clase criminal, que se habían consumido en la cárcel, sin previo proceso, desde el crimen, no porque fuesen sospechosos de haber tomado parte en él, sino porque sabían peligrosamente mucho y habían abierto demasiado la boca en este asunto. Al menos dos de los personajes de elevada posición que conocían la intención de matar á Prim todavía viven—uno de ellos es una señora;—pero sólo conviene decir que ninguno relacionado con la familia real tuvo que ver en esto, y que el crimen no fué organizado ni protegido por ninguno de los partidos políticos reconocidos. Fué, en verdad, el crimen más insensato que se puede concebir, y realmente no respondía á ningún fin. Fué aislado, y no formó parte de ningún plan general; no estorbó la venida de Amadeo, como lo hubiera hecho si se hubiese efectuado seis meses antes; y cuando se indicó esto á los hombres que estaban interesados en ello, todos dijeron: «Bien; al menos le hemos quitado del medio.» Prim, en realidad, no fué sacrificado por ninguna conspiración política organizada, sino por algunos visionarios alucinados de una facción, impulsados por el vengativo despecho de un pequeño número de los miembros de alta posición de otra facción.

Cuando Amadeo entró en la capital, cubierta por la nieve, el 2 de Enero de 1871, espléndidamente montado, delante de su escolta, su porte galante y su evidente bravura arrancaron á los espectadores universales aclamaciones de simpatía. Solo, en medio de extranjeros, muchos de ellos decididamente enemigos, expuesto á cualquier bala asesina extraviada, nunca

se asustó; no hubo rastrera intimidación á una buena acogida, ni sacrificio de la dignidad, sino noble cortesía, cándida honradez, y una determinación, á costa de cualquier sacrificio, á gobernar este pueblo rectamente y bien. Su primera ocupación fué ir á rezar á Atocha para pedir ayuda y guía y contemplar, por primera y última vez, el rostro del hombre que había colocado sobre su cabeza la corona de Castilla. Luego fué á las Cortes, donde el regente entregó sus poderes, y el nuevo soberano juró respetar la Constitución.

Ojos celosos vigilaban todos sus movimientos; espíritus burlones, dispuestos á ponerle en ridículo, espiaban críticamente algún distintivo del extranjero, que redundase en perjuicio suyo; y aunque la viril sencillez de Amadeo y su difícil posición hubiera desarmado á la crueldad misma, la ansiada oportunidad de irrisión pronto fué descubierta. El rey tenía que poner su mano sobre los Evangelios y pronunciar las palabras: *Yo juro;* pero ¡ah!, la dura gutural *j* en español es una prueba martirizadora para lenguas italianas, y Amadeo dió á la áspera *jota* el sonido de la suave italiana *g*. El lenguaje español no tiene tal sonido, y pronto se empezó por las calles y por toda la nación á imitar burlonamente el sonido suave. Amadeo era extranjero, y esto era un crimen que ningún español podía perdonar.

Respecto al tratamiento que dieron los españoles á Amadeo y su esposa, María Victoria della Cisterna, que vino á unirse con él en la primavera, es difícil para un testigo de vista escribir con tolerancia y paciencia. La cacareada caballerosidad de España debe aplastarse y esconder su cabeza ante el mero recuerdo de los viles insultos, los cobardes ultrajes, diariamente cometidos con estos jóvenes monarcas, cuyo único defecto era

que se esforzaban honradamente por cumplir con su deber. En vez de malgastar el tiempo en sus placeres ó caprichos, como otros soberanos españoles lo habían hecho, y hacer de la noche día, Amadeo se ponía á trabajar mucho antes de que su disipada capital hubiese abandonado el lecho. Al esplendor en chancletas y la mezcolanza pródiga de la corte de Isabel, sucedieron el orden, la economía y la decencia. La única prodigalidad estaba ahora en la caridad juiciosa y organizada. No había más derroche insensato; no más casual familiaridad y generosidad impulsiva en las cosas indignas. «¡Qué rey!—gruñía la gente artesana—no piensa pagar más que otras personas por lo que compra.» «¡Qué rey!» repetían los cortesanos, cuyas ideas de magnificencia real consistían en que se les permitiese la oportunidad de convertir el palacio en una madriguera donde hordas prolíficas comiesen y mantuviesen á costa pública. «¡Qué rey!—gritaba la plebe.—Salir á paseo sin aviso, y andar sin escolta, como una persona ordinaria.» «¡Qué rey!—decía burlándose Isabel en París.—Vivir solo en un rincón de mi palacio, por economía.» «¡Qué rey!—decían los oficiales.—Espera que vivamos con nuestros sueldos y que los administremos ordenadamente, como si fuésemos regateadores vulgares.» Y así, cuando Amadeo y su esposa pasaban por la calle, los españoles cultos les volvían las espaldas, ó clavaban fijamente la vista en ellos, con grosería, sin un signo de reconocimiento (1); hablaban de «pasteleros italianos», haciendo

(1) En una ocasión, el que esto escribe vió al rey y á la reina (que estaba entonces en estado delicado de salud) entrar en un concierto al aire libre. Había miles de hombres ocupando sillas; pero nadie ofreció un sitio á la reina, que tuvo que estar de pie hasta que se llevó especialmente

ridículos esfuerzos por pronunciar la *g* italiana suave. María Victoria, aunque no era de sangre real, era tan virtuosa y caritativa como bravo y honrado su marido; pero de nada servía todo esto, porque Amadeo y su esposa eran extranjeros y se hicieron imposibles desde un principio. Los pueblos, se ha dicho, tienen siempre los gobiernos que se merecen. Los españoles no merecían á Amadeo, y no lo tuvieron.

El primer gabinete de Amadeo, presidido por Serrano, era una coalición de liberales que abarcaba desde los primeros unionistas hasta el demócrata avanzado Zorrilla, quedando el progresista Sagasta en el ministerio de la Gobernación; y á este partido se opuso la unión de los partidos antidinásticos, desde los carlistas á los republicanos, y desde los ateos á los fanáticos católicos, decididos á no perdonar medio, por insensato que fuese, de derribar al rey. En las nuevas Cortes, aunque el gobierno ganó una mayoría, los carlistas mantuvieron el equilibrio de los partidos, y la coalición del gabinete de Serrano pronto vino á tierra por la retirada de los miembros radicales, disgustados ante la imposibilidad de implantar las reformas que consideraban necesarias. Ya los mismos liberales estaban profundamente divididos; la envidia rei-

---

una silla para ella. Con ocasión del Carnaval, todavía se perpetró un ultraje peor. La reina pensó agradar al pueblo llevando el hermoso adorno español antiguo: la mantilla blanca de blonda. Algunos jóvenes, rufianes aristocráticos, vistieron á las mujeres perdidas de la capital de mantillas de blonda, y las mandaron al Prado, en coches, mientras que todas las señoras de buena sociedad, por común consentimiento, llevaban mantillas negras (*a*).

(*a*) El lector recordará sin duda que este hecho histórico lo hace entrar el P. Luis Coloma en su linda novela *Pequeñeces*...—(N. DEL T.)

naba como soberana, y Serrano trató inútilmente de formar un nuevo gobierno liberal moderado.

Cuando salió frustrado le sucedió Zorrilla, y al fin los radicales avanzados tuvieron una probabilidad de poner en práctica los principios patrióticos de que estaban animados. Amadeo secundó francamente sus esfuerzos; las Cortes no se reunieron en sesión para estorbarlos, y al fin comenzó á reinar entre el pueblo la esperanza de que, después de todo, se aguantaría al rey extranjero. Amadeo hizo un viaje, con gran éxito, por Aragón, Cataluña y Valencia, dispensando caridad y perdones, y dando completas amnistías políticas á su paso, mientras que previamente se hacían economías sin ejemplo en los gastos públicos, y un próspero empréstito de 6.000.000 de libras esterlinas demostraba que el mundo financiero miraba con simpatía el nuevo orden de cosas. Pero el primer día de la reunión de las Cortes (1871) la perspectiva de esperanza se desvaneció. Los dos ministros Zorrilla y Sagasta riñeron, y el gobierno liberal cayó; formóse otro, y fué derrotado en las Cortes; y desde este momento, el desmoronamiento del trono de Amadeo se hizo inevitable. Los carlistas y los republicanos intentaban hacer imposible todo gobierno; y aunque hubiese un partido liberal homogéneo con qué resistir, eso no era difícil. Ahora que los liberales estaban divididos por diferencias políticas y personales al menos en tres facciones, la posición era insostenible. Hiciéronse desesperadas tentativas por llevar á cabo una reconciliación, pero sin éxito, debido en gran manera á las exigencias de Sagasta, y Amadeo, con muchas vacilaciones, consintió en una disolución, después de nombrar á Sagasta primer ministro con un ministerio liberal menos avanzado. Antes de que se eligiesen las

nuevas Cortes, estallaron disensiones en este gabinete también, y hubo que reconstituirlo, con infinitas dificultades, antes de que se reuniera el Parlamento nuevamente elegido (Abril de 1872).

Reanudóse la monstruosa coalición de los partidos avanzados, y Sagasta cayó, en medio de gran conflicto y confusión, ante la acusación de que había empleado 80.000 libras esterlinas de los fondos coloniales en ejercer influencia en las elecciones. Nombróse entonces un ministerio todavía más moderado, presidido por Serrano y Topete. Esto exasperó á los demócratas más avanzados, que habían formado coalición con los republicanos, y proyectaban un llamamiento á las armas; por lo cual Zorrilla, su jefe, desesperado, se retiró á la vida privada. La tercera guerra carlista, á que ahora se hará referencia, estaba haciendo estragos en el Norte, y la inminente sublevación de los republicanos federales y demócratas convenció al ministerio de Serrano de que debía abandonarse el proyecto de gobernar á España constitucionalmente si se había de evitar el desmembramiento. El gobierno propuso á Amadeo la supresión de la Constitución y otras medidas enérgicas; pero éste se negó. Mal aconsejado ó mal informado sobre la verdadera situación del país, se decidió á mantener su juramento, aunque había sido pronunciado en mal español, y el ministerio se retiró (Junio de 1872). El rey llamó á Espartero para que tomase el timón, pero en vano; y cuando recurrió de nuevo á Zorrilla y á los radicales, Zorrilla se negó resueltamente, hasta que un gran número de sus amigos le llevó á Madrid casi por la fuerza y contra su voluntad y sus convicciones y formó un nuevo gobierno, con Martos y Córdoba como colegas.

Lo primero que hizo fué suspender las sesiones de

Cortes, en las que no contaba con mayoría, aunque no se habían discutido los presupuestos del año. Ambas Cámaras protestaron ante el rey, y declararon ilegal la recaudación de contribuciones. El gobierno, lleno de buenas intenciones y halagadoras promesas, trató de poner de su parte á la nación, y disolvió de nuevo las Cortes (Julio de 1872). En este período hízose en Madrid una desesperada tentativa para asesinar al rey, y la confusión y el rencor de partido llegaron á su auge. Cuando el ministerio radical convocó las nuevas Cortes en Setiembre, la obstrucción hizo imposible todo avance en el Parlamento, mientras que una seria conspiración republicana federal para apoderarse del arsenal del Ferrol, que sólo á costa de mucha efusión de sangre logró reprimirse, probó que las facciones de oposición no se paraban en nada. En Madrid, Málaga y en otros puntos, los republicanos también apelaron á las armas, á pesar de las exhortaciones de Castelar y otros jefes parlamentarios, que suplicaban que se tolerase al menos el gobierno radical, mientras que ya se efectuaban activas intrigas á favor de la restauración en la persona de Alfonso, el único hijo de Isabel, bajo la regencia de Montpensier.

En este estado de completa confusión, las Cortes se reunieron el 15 de Enero de 1873, y el gobierno de Zorrilla, para complacer á los demócratas y los republicanos, propuso, entre otras medidas radicales, la abolición del reclutamiento. El cuerpo de artillería ha sido siempre la rama aristocrática del servicio militar español, y sus oficiales se opusieron enérgicamente al gobierno de Zorrilla. Su excusa fué una orden que el gobierno había dado á un oficial (el general Hidalgo) y que les era perjudicial; y á pesar de los esfuerzos del

general Córdoba por aplacarlos, su espíritu sedicioso culminó en la resignación colectiva, aunque los carlistas estaban todavía en armas en el Norte. El gobierno, indignado, abogó por aceptar las dimisiones y reorganizar el cuerpo con los sargentos; pero esto se negó Amadeo á concederlo, hasta que el ministerio repitió su decisión, apoyada por un voto de confianza de ambas Cámaras. Las oposiciones quisieron ayudar en esto al gobierno, porque preveían que Amadeo, relegado á un rincón, abdicaría; y es difícil comprender cómo el mismo Zorrilla pudo haber dejado de darse cuenta de esto. El decreto elevando á los sargentos al rango de autoridad fué presentado al rey el 8 de Febrero, y, fiel á su juramento constitucional, lo firmó.

Si hubiese querido pronunciarla, una sola palabra suya hubiera puesto de su parte á los elementos de fuerza, y hubiese gobernado á España por el ejército, como otros lo habían hecho. Pero estaba cansado de la lucha desesperada. Su esposa, sobrecogida de temor por la seguridad de su marido, y sintiéndose desdichada por los constantes insultos que le tributaba la nobleza, secundó su resolución de hacer un sacrificio antes que gobernar por la fuerza; y Amadeo, en un digno mensaje al pueblo español, que hubiera cubierto de vergüenza al más curtido, entregó en sus manos la corona que, mientras él la había llevado, al menos no sufrió ninguna deshonra. A la mañana siguiente (12 de Febrero de 1873) Amadeo de Saboya—ahora duque de Aosta otra vez—volvió alegremente la espalda á su ingrato pueblo, siendo el único hombre que había salido de esta sórdida contienda hecho un recto caballero sin deshonra y sin tacha.

Antes de relatar los acontecimientos que siguieron á la abdicación de Amadeo, nos será necesario retroce-

der un poco para describir la renovada guerra civil que los carlistas habían iniciado. Poco después del fracasado intento del conde de Montemolín, él y su hermano Fernando habían muerto, y el radical don Juan, el único hijo que quedaba del primer D. Carlos, hizo grandes esfuerzos por reconciliarse con Isabel y recobrar su posición como infante español; y aunque no lo consiguió, el partido carlista renegó de él por completo y adoptó como jefe á su hijo, el joven don Carlos. Antes de la caída de Isabel, el pretendiente y sus amigos celebraron una importante reunión en Londres. D. Juan se decidió á transferir los derechos que poseía á su hijo, que tenía su corte burlesca en París; recaudáronse fondos; compráronse armas y uniformes, y en el verano de 1869 efectuáronse simultáneamente varios insignificantes levantamientos, la mayoría de los cuales fueron reprimidos rápidamente. Lo principal de la conspiración consistía en apoderarse de Pamplona, la capital de Navarra, en Julio; pero ésta también quedó frustrada. Cabrera se había negado obstinadamente á abandonar su retiro inglés; pero ahora se le indujo, por fin, á tomar la dirección política de los negocios, en la confianza de que conduciría al carlismo por el camino del espíritu más razonable y moderno que su experiencia inglesa le había enseñado era necesario. Pero los carlistas españoles estaban tan ofuscados como siempre. Querían meter en España la «sacristía», como Cabrera la llamaba, á bayonetazo limpio, y el antiguo jefe pronto se disgustó de la desagradecida causa. Elío tomó entonces la principal dirección del partido, bajo el mando del mismo D. Carlos; pero, después de varios alzamientos parciales, siempre reprimidos con éxito por el gobierno de Prim, la desunión entre los carlistas se hizo ge-

neral, y hacia la época en que Amadeo entró en Madrid, D. Carlos reconoció su fracaso y suspendió las operaciones.

Pero las juntas carlistas de toda España, y especialmente de Cataluña, machacaban en el yunque, y González Brabo, que ahora había abandonado á Isabel (1), instaba al pretendiente á la guerra. En vano Cándido Nocedal, el jefe de los carlistas en las Cortes, se oponía á un llamamiento á las armas. «Procuremos sólo derribar á Amadeo los que mantenemos el equilibrio, y pronto los excesos de los republicanos harán que todos los españoles acojan á D. Carlos como á un salvador de la sociedad.» Esta diferencia de opinión causó grandes y acerbas contiendas en las filas carlistas, y el pretendiente mismo vacilaba de día en día, hasta que al fin se inclinó al partido de la guerra. El 14 de Abril de 1872, escribía desde Ginebra á su general en jefe, Rada: «Al fin, ha llegado el solemne momento. Los buenos españoles llaman á su rey legítimo, y el rey no puede hacer oídos sordos á las intimaciones de la nación. Ordeno un levantamiento general en toda España el 21, al grito de: *«¡Abajo el extranjero! ¡Viva España!*—CARLOS.» Nocedal protestó y dimitió; pero los carlistas militantes estaban confiados y activos, y pronto todo el Norte y Este de España estuvo ocupado por campesinos armados á medias é indisciplinados, dispuestos á pelear otra vez por el rey y por los «fueros». Serrano ocupó el campo de

(1) Como ya se ha indicado, el autor de este libro tiene motivos para saber que González Brabo y los «moderados» no estaban á favor de Alfonso, de quien sabían que había de reinar bajo auspicios constitucionales. La mayor parte de ellos abandonaron á Isabel cuando ésta abdicó en favor de su hijo.

Tudela y Tafalla, mientras el general Moriones operaba con una fuerza insuficiente en las montañas de Navarra. D. Carlos mismo cruzó la frontera á pie, casi solo, el 2 de Mayo de 1872, y puso su cuartel general en Vera. «¡Dios, Patria y Rey!», fué el grito de guerra, y los navarros aclamaron al pretendiente con supersticiosa reverencia como su soberano enviado de los cielos. Perseguidos constantemente por Serrano y Moriones, dispersándose en un punto para reunirse en otro, los carlistas continuaron la agotadora guerra de guerrillas que la conformación del país y la universal simpatía del pueblo les hacían fácil. Moriones trató de sorprender un gran cuerpo de ejército en Oroquieta y mató y capturó casi á 1.000 hombres; pero, como en la anterior guerra carlista, las fortalezas importantes, Bilbao, Pamplona y San Sebastián, se mantuvieron firmes á favor de la causa liberal, y la lucha fué principalmente rural y montañesa.

D. Carlos, fastuoso y amante del placer, era moralmente un espíritu mezquino, aunque su figura fuera magnífica en extremo. Pronto se fué agotando el dinero; la organización y combinación eran desdichadas, y los carlistas de Vizcaya sin dirección, disciplina, alimento ni recursos, desesperaron después de una campaña de treinta días, y aceptaron de Serrano lo que se llamó el tratado de Amorevieta, por el cual se concedió una completa amnistía á los carlistas en armas; los oficiales y tropas que habían desertado del ejército regular por pasarse á los carlistas podrían volver á sus filas, y se hicieron promesas de que no se perturbaría la autonomía de las provincias. Esto debilitó en gran manera á la causa carlista, pero los navarros todavía resistían, y especialmente en Cataluña, donde el hermano de D. Carlos, D. Alfonso,

tenía el mando, la insurrección ganaba en vigor y organización, gracias al ansia constante de la rica Cataluña de separarse de la pobre Castilla.

Este era el estado de cosas cuando Amadeo abdicó, y el período de confusión que se siguió ayudó muchísimo á la causa carlista. Los cambios violentos en Madrid, el desafecto del ejército, y el temor al republicanismo avanzado, hizo que miles de carlistas españoles se mantuviesen hasta aquí apartados; y en el verano de 1873, cuando perturbados paisanos teóricos reñían por el poder, D. Carlos tenía de su parte á 50.000 hombres bien organizados y armados. Esta era la ocasión del Pretendiente, y en varias ocasiones hubiera sido recibido con los brazos abiertos por una mayoría de españoles si hubiese poseído ingenio y audacia y hubiese adoptado la posición de defensor de la autoridad y de la propiedad contra la anarquía inminente.

Inmediatamente que Amadeo desapareció, reuniéronse las dos Cámaras, despreciando en absoluto la Constitución, y por 258 votos contra 32, proclamaron la república, con Figueras como presidente y Castelar como ministro de Estado. Madrid se llenó de alarma; Barcelona y Málaga estuvieron por algún tiempo en manos de una plebe turbulenta y de una guarnición sublevada, mientras las Cortes que habían asumido ilegalmente poderes constituyentes, abolían el reclutamiento de un plumazo, y por miedo mortal á los avanzados, rodeábanse de las bayonetas de la guardia civil. El ministerio se vió obligado muy pronto á dimitir apresuradamente para impedir una batalla en las calles; tan exasperado estaba el populacho federal de que algunos ex ministros democráticos de Amadeo hubiesen entrado en el gobierno republicano. Una

tentativa por parte de Martos, el presidente radical de las Cortes, para afianzar la autoridad por la fuerza de las armas, fué frustrada por Pi y Margall, uno de los ministros, y la anarquía se hizo general, subiendo y cayendo sucesivamente ministerios republicanos federales en competencia con las Cortes, cuya mayoría consistía en radicales demócratas. Barcelona declaró á Cataluña Estado aparte. El socialismo, la división de la propiedad y la profanación de las iglesias, fueron decretados por varias juntas revolucionarias, mientras que el ejército estaba completamente desorganizado. «Los voluntarios de la libertad», rufianes perezosos, que en la mayor parte de los sitios consistían en una agrupación de anarquistas, infundían terror á los pacíficos ciudadanos; y la fantasmagoría de los gobiernos en Madrid era casi impotente ante el miedo mortal de sus propios defensores.

Las Cortes habían sido disueltas, pero su comité permanente todavía competía con los ministros en el gobierno, y los soldados que había en Madrid, al manda del general Pavía, estaban de parte de la asamblea. Todo estaba preparado para una lucha armada. El ministerio estacionó la policía y la guardia civil en los puntos estratégicos de las calles; se pasó revista á los «voluntarios de la libertad» en la Plaza de Toros; y los generales republicano-federales fueron puestos al frente de los distintos cuarteles. Por otra parte, Pavía con sus regimientos estaba dispuesto, pero los jefes radicales paisanos, en vez de secundarle, gastaban el tiempo en interminables discursos floridos y recriminaciones personales. Al fin, Pavía, disgustado, dimitió y se retiró á su casa, y, abriéndose así las esclusas del torrente, el populacho republicano federal y socialista atacó al palacio de las Cortes en busca de miembros

que matar; el mismo Castelar, á duras penas escapó con vida en sus esfuerzos por salvar á otros; el presidente Figueras fué detenido por el populacho, y Madrid estaba en manos de los anarquistas, siendo la única influencia de restricción el miembro más avanzado del ministerio, Pi y Margall.

Las nuevas Cortes (la primera Cámara republicana que se reunía en España) inauguráronse el 1.º de Junio de 1873 y proclamóse la república federal bajo la presidencia de Pi y Margall. Los ministros cambiaban diariamente, olvidábase la decencia en el debate, aunque Pi y Margall luchaba por mantener el orden dentro y fuera de la Cámara y suplicaba la unión ante la guerra civil y ante la deplorable situación del país. Barcelona, Alcoy, Sevilla y Málaga fueron víctimas de una soldadesca sediciosa y amotinada y de un populacho salvaje, cuyos desmanes se negaba Pi y Margall á castigar; y sin esperar que se proclamase una nueva Constitución federal, las ciudades se erigieron en cantones independientes á su capricho. Cuando el ministerio, al fin, se esforzó en organizar una fuerza para restaurar el orden, los cantonalistas, desconfiando del gobierno, habían tomado posesión del gran arsenal de Cartagena y del grueso de la escuadra española al mando del general Contreras. Pi y Margall se vió entonces forzado, hasta por las Cortes republicanas, á dejar el puesto á Salmerón, que prometió desplegar mayor energía contra la insurrección. La nueva energía pronto produjo resultados. Pavía capturó á Sevilla, con gran matanza, y dominó el resto de Andalucía, siendo desarmados los voluntarios de Málaga; pero Salmerón pronto se asustó del elemento militar, y disolvió el ejército de Pavía, sin permitirle terminar la tarea que había comenzado.

Entre tanto Serrano y muchos otros monárquicos estaban negociando en Francia con los amigos de Isabel para la restauración del joven Alfonso; pero, por aquella vez, el asunto no paró en nada. Castelar sucedió á Salmerón, como presidente, en el otoño de 1873, y bajo su gobierno la república perdió muchos de sus terrores. Había estado á favor de un sistema federal; pero no era un chocarrero ó un fanático, y vió que el primer deber de todo gobierno era mantener la seguridad y el orden. Trató de reorganizar el ejército definitivamente. Se proporcionaron fuerzas suficientes al general López Domínguez para sitiar y capturar á Cartagena, ocupada por los cantonalistas, lo cual hizo, no sin causar enorme destrucción; el general Jovellar fué mandado á Cuba para aplacar la lenta insurrección; se llamó á las filas en España á un contingente de 100.000 hombres; no se concedió tregua á los carlistas, y de nuevo España respiró sosegadamente, cuando las Cortes suspendieron sus sesiones, dejando á Castelar de dictador (30 de Setiembre). Pero todavía era evidente que las cosas no continuarían por mucho tiempo en este estado. El Tesoro había contraído una nueva deuda flotante de cerca de setecientos millones de libras esterlinas (1); habían aumentado mucho los cálculos de gastos del año (24 millones); el sistema fiscal estaba completamente desorganizado y la bancarrota atacó á España de frente, mientras que la conspiración, la guerra civil y la anarquía eran casi generales.

(1) Al estallar la revolución (1868), la deuda del Tesoro era de 26 millones de libras esterlinas, en su mayor parte tomados de los depósitos del Banco, y al año siguiente había un déficit de 10 millones. Sin embargo, la mayor parte de él se ha cubierto ahora.

Las Cortes habían de abrirse otra vez el 2 de Junio de 1874, y la derrota de Castelar era cierta porque los republicanos avanzados ya le consideraban como un renegado, y la terrible devastación de Cartagena les irritaba. Por su parte, Castelar se negó á seguir el consejo del general Pavía de que continuase ejerciendo la dictadura ilegalmente. En estas circunstancias, Pavía (gobernador general de Madrid) se decidió á representar el papel de un Cromwell y á salvar á su país de la continuada anarquía. De acuerdo con los elementos de orden, pero dependiendo por completo de las pocas tropas de confianza que había en la guarnición, preparó á sus hombres para el día de la apertura del Parlamento. Castelar se defendió en las Cortes, como de costumbre, con magnífica elocuencia, de los acerbos ataques y burlas de los irritados enemigos, y después de una borrascosa sesión de toda la noche, el gobierno fué derrotado á las cinco de la mañana del 3 de Enero. Un nuevo presidente, Palanca, fué elegido inmediatamente; pero, de súbito, una trompeta sonó delante de la Cámara, y los indignados miembros se vieron rodeados de tropas. El ministro de la Guerra ordenó coléricamente á Pavía que volviesen á los cuarteles las tropas, y la réplica del general fué conceder á los miembros sólo algunos minutos para evacuar el edificio. La resistencia fué inútil, y á sablazo limpio los diputados se encontraron en la calle. Entonces Pavía convocó una junta de nobles que Castelar, en tono de profeta, se negó á escuchar. Algunos se declararon por Alfonso, otros por una república unitaria, al paso que Pavía en apoderarse por sí mismo del poder. Pero Pavía era un hombre mezquino, y, por compromiso, el general Serrano fué nombrado jefe del poder ejecutivo, con Sagasta, Topete y Zaba-

la, como colegas. Este gobierno fué enérgico y no cometió ningún contrasentido. Las garantías constitucionales fueron suspendidas; se cargó la mano sobre los malhechores, y los republicanos de todas clases vieron que la república estaba destruida irremisiblemente por los excesos de sus llamados amigos.

En Febrero llegó la noticia de que Moriones y Primo de Rivera habían sido derrotados por los carlistas al intentar levantar el sitio de Bilbao. El pánico asaltó de nuevo á Madrid, y Serrano corrió apresuradamente al Norte con sus refuerzos, que elevaban su ejército á 30.000 hombres. El 25 de Marzo atacó al enemigo en Somorrostro con éxito parcial; pero el 2 de Mayo López Domínguez y Concha socorrieron á Bilbao (1), y Serrano pudo volver á Madrid en triunfo. El 27 de Junio el mariscal Concha atacaba á Estella, la capital de D. Carlos; pero cayó mortalmente herido en el combate, y sus hombres, con terribles pérdidas, se vieron obligados á retroceder. Organizáronse nuevos ejércitos; Pavía, Zabala, López Domínguez y Martínez Campos trabajaban como gigantes, y gradualmente se fué despejando á Cataluña y al centro de España de carlistas en armas. Sólo en Navarra y Guipúzcoa se mantenía firme el Pretendiente, excepto en las fortalezas, y á fines de 1874, Serrano se puso al frente de 100.000 hombres en el Norte, decidido á vencer al carlismo en sus puntos fuertes.

Entre tanto los alfonsinos intrigaban activamente. Era evidente para todos que la república había fraca-

(1) El terrible sitio de ciento veinticinco días será siempre memorable. Descargáronse desde las murallas 10.000 proyectiles, y el hambre había llegado á tal grado en la ciudad, que una gallina costaba 28 pesetas y un huevo una peseta.

sado, y la mayoría de los hombres públicos se esforzaban en ponerse bien con el régimen que veían que iba á venir. El gobierno sabía perfectamente que en todas las ciudades se estaban formando Círculos alfonsinos y que apenas había un regimiento en servicio activo que no estuviese preparado para proclamar al nuevo rey. Tomaron, como era natural, algunas medidas contra el desafecto, pero no muchas. Suaves reprensiones, ridículas amenazas, huecas denuncias y la deportación de algunos agentes activos, fué todo lo que Sagasta, el ministro de la Gobernación, consideró suficiente para salvar la situación. El general Balmaseda intentó inútilmente dos veces alzar el grito de «¡Viva Alfonso!» Pero Cánovas del Castillo y los mejores consejeros del joven príncipe no tenían deseos de sentarle en el trono por medio de una revolución militar. Vióse con evidencia que Alfonso era inevitable y que vendría á su debido tiempo, por la acción constitucional y el consentimiento común, sin ayuda de soldados reaccionarios.

A fines de 1874, el joven príncipe, entonces cadete en Sandhurst, y por algún tiempo separado de su madre, firmó un modesto y simpático mensaje á sus partidarios de España, en el que invocaba los derechos constitucionales y no apelaba á la violencia. Pero los generales y los conservadores tenían prisa, y el 29 de Diciembre de 1874 el general Martínez Campos, al frente de una brigada en Sagunto, mandada por el general Dabán, proclamó á Alfonso XII. El grueso del ejército estaba en el Norte y pronto aceptó al rey; el capitán general de Madrid, Primo de Rivera, se declaró por la rebelión; el gobierno no tenía fuerzas, aun cuando hubiese tenido deseos, para resistir; y Sagasta, aunque protestando todavía enér-

gicamente, no intentó detener á la revolución triunfante, sino que cedió el puesto á Cánovas del Castillo, que entró en Madrid y tomó el cargo de primer ministro y jefe de la regencia el último día del año 1874, en virtud de un decreto firmado por Alfonso el año anterior.

No hubo efusión de sangre, aunque el populacho hubiera combatido por la república, especialmente en Cataluña. Pero Serrano, por una decisión intrépida, había desarmado ya á los «voluntarios de la libertad»; el ejército estaba á favor del cambio y la turbulenta Cataluña fué tenida en jaque por Martínez Campos, el nuevo capitán general, como Madrid lo estuvo por Primo de Rivera; mientras el mismo Serrano no protestaba, sino que quedaba provisionalmente á la cabeza del ejército en el Norte. Las personas decentes de todas clases estaban muy cansadas de experimentos y de excéntricas vaguedades y estaban dispuestas á acoger bien cualquier régimen razonable que ofreciese seguridad y estabilidad.

La restauración no fué un triunfo reaccionario. Alfonso estaba guiado por hombres de ideas liberales moderadas que habían recibido bien la deposición de su madre y que restauraban al joven rey, no como un vengativo conquistador de la revolución, sino como el mejor instrumento para unir á los españoles y asegurar el dominio de la ley y de la libertad. Los absolutistas ciegos como González Brabo se habían pasado, con razón, al carlismo; y aunque los defensores del nuevo monarca abarcaban desde demócratas hasta tímidos conservadores, ellos y la mayoría de las personas razonables convenían en un punto: en que España debía gobernarse como una monarquía constitucional limitada y que el despotismo había muerto por fin.

Así, después de infinitos sufrimientos y disputas, la nación había dado un gran paso hacia adelante; y por más que en lo porvenir la afligiesen oscilaciones, nunca llegaría otra vez á los linderos de la anarquía, por una parte, ó de la tiranía, por otra. «*Cayó para siempre la raza espúrea de los Borbones*» desapareció de las paredes, y para bien. Esta y otras adiciones que la intemperancia y la impaciencia habían añadido al programa de la revolución de 1868, habían de ser olvidadas, pero el resultado definitivo de «la revolución del disgusto» fué grande y bueno, porque había purificado á España, finalmente, de las funestas y antiguas tradiciones del caprichoso gobierno personal; y aunque un brillante mozalbete se convirtió en la figura dominante de la nave del Estado, el timón estaba sostenido por hombres hábiles y relativamente honrados, que no tolerarían jugueteos con la brújula ó desviación del curso.

XI

RESTAURACIÓN SIN RETROCESO.—ÚLTIMA EXPIACIÓN

Los consejeros del joven rey fueron prudentes, introduciéndole entre sus súbditos en la violenta y separatista ciudad de Barcelona. En medio del tronar del cañón, el ondear de millares de banderas rojas y amarillas y las cordiales aclamaciones del inmenso populacho, Alfonso XII entró en la capital catalana el 10 de Enero de 1875. Venía con la bendición del Papa y con los buenos deseos de toda Europa, pero conquistó más corazones con su ansia ardorosa y juvenil de agradar, su abierta sonrisa y su atractiva franqueza de modales. Su facilidad de palabra y acción se observaron desde el primer momento. La conciliación, y nunca el triunfo sobre el adversario, fué la nota que dió. «Deseo ser el rey de todos los españoles», fueron sus primeras palabras á sus paisanos en París; y á la comisión de catalanes que le salió al encuentro por mar, sólo habló de su comercio é industria y de su orgullo en ser conde de Barcelona antes que rey de España, mientras que á los fabricantes barceloneses las más elevadas aspiraciones que expresó fué «hacer de toda España una Barcelona» y así sucesivamente con cada interés y cada localidad.

La recepción en Madrid fué tan cordial como en Barcelona y Valencia; pero el joven rey no se permi-

tió permanecer en la ociosidad. En una semana se había incorporado al ejército del Norte para ser testigo de la extinción final del carlismo. Los vizcaínos y navarros desesperaban ya del éxito final, porque ninguna gran ciudad había caído en sus manos, y la lucha era todavía estrictamente local. Gran número de ellas continuaron, aceptando el perdón y la amnistía ofrecido por Alfonso, y el más importante de todos, Ramón Cabrera—el antiguo «tigre de Morella»—cansado del fanatismo y de la extravagancia que rodeaban al Pretendiente, prestó juramento de fidelidad al hijo de Isabel, y fué confirmado en todos sus títulos y honores por el nuevo rey.

Pero entre tanto, Sagasta y los liberales se habían apartado. Serrano había visto al rey y aceptado la situación, siguiendo á su jefe muchos de los antiguos liberales unionistas; pero para la parte más avanzada fué difícil la transición de un partido conservador, como lo eran bajo la república, á una oposición democrática en el nuevo orden de cosas. La gran dificultad era la vasta diferencia de opinión sobre una nueva Constitución. Los conservadores todavía consideraban el Código de 1845 como el *non plus ultra* de la sabiduría política, mientras que á Sagasta y sus amigos no satisfacía nada menos de la Constitución extremadamente radical de 1869. El ministerio mismo estaba dividido por la divergencia de apreciaciones sobre el grado en que debían adoptarse las instituciones liberales, y cayó en Setiembre, siendo nombrado primer ministro el general Jovellar con un gabinete de transición, del cual fueron excluidos Orovio y los conservadores avanzados, pero que disfrutó del apoyo de Cánovas, el último primer ministro. Se usó para las nuevas elecciones la ley electoral de 1870, y esta era

una ventaja reconocida para el partido liberal (1), que ahora, bajo Sagasta, entró resueltamente en la lucha política (Noviembre de 1875), y reconoció la restauración. Arreglado este punto, Cánovas volvió á ser primer ministro, y el general Jovellar tomó el mando del ejército del Norte en las Provincias Vascongadas, cargo que muy poco después cedió al general Quesada, marchando él á Cuba de capitán general.

A principios del año 1876 comenzaron los movimientos estratégicos en el Norte, que habían de poner fin á la guerra, y al mismo tiempo España se sentía excitada de extremo á extremo por la elección de las Cortes constituyentes, que trazarían otra frágil Constitución. El partido republicano, aunque desacreditado y silencioso por algún tiempo, no estaba muerto de ningún modo. Al patriotismo y buen sentido de Castelar se debe el hecho de que, en vez de ser conspiradores, los más moderados de ellos se convirtiesen ahora en un partido parlamentario. El peligro no provenía, en realidad, por el momento, de los elementos revolucionarios, sino de las incesantes tentativas de los revolucionarios para apoderarse de la situación, lo que Cánovas se decidió á no permitir, y gracias, en gran manera, á sus esfuerzos, una gran mayoría de liberales moderados, más avanzados que su propio ministerio, fué elegida en las nuevas Cortes. El rey abrió el primer Parlamento el 15 de Febrero, y al día siguiente corrió de nuevo á incorporarse al ejército del Norte, donde una brillante campaña, dirigida por Quesada, Primo de Rivera y Martínez Campos, había conseguido reducir al carlismo á sus últimos baluar-

(1) Esta ley daba el sufragio universal á todos los varones.

tes. Grandes sumas de dinero, así como hazañas bélicas, se habían empleado para contribuir á este próspero resultado; y á fines de Febrero D. Carlos abandonó desesperado su intento y salió del territorio español.

El que esto escribe ha tenido la suerte de presenciar todos los grandes acontecimientos acaecidos en España por espacio de muchos años; como se habrá visto en el curso de esta historia, la nación es impresionable y propensa á convertir en extravagancia el entusiasmo del momento; pero nunca su regocijo popular tomó un carácter tan espontáneo y sincero, según la experiencia personal del autor de este libro, como en los festivales para celebrar la pacificación de España y el regreso del rey y del ejército del Norte á Madrid; mientras que los sitios que más rigurosamente habían afectado los horrores de la guerra se regocijaban, si menos brillante, casi tan ansiosamente como la capital, por haberse librado del azote.

Como es de imaginar, después de un período así de guerra civil, anarquía y confusión, la situación financiera era verdaderamente deplorable. Salaverría, el ministro de Hacienda, presentó ante las Cortes una clara exposición de la situación financiera, que llenó de desaliento al país. La deuda flotante había alcanzado ahora el terrible total de sesenta millones de libras esterlinas, en adición á la deuda consolidada de trescientos sesenta millones, y los fondos públicos habían bajado á 16 (1); los gobiernos revolucionarios (hasta que el Sr. Camacho se hizo cargo del ministerio de Hacienda en 1874) habían vivido sencillamente de empréstitos y balances del Banco. Era ahora necesario hacer frente á la situación y el impuesto para

(1) En Febrero del año siguiente, 1877, los *consols* españoles bajaron á 11.

obtener una aproximación á un equilibrio financiero y cubrir un gasto de casi veintisiete millones de libras esterlinas, ascendiendo en el año siguiente (1877) á veintinueve millones, de los cuales diez eran para el servicio de la deuda. El país, sin embargo, adelantaba rápidamente en riqueza, y con prudente administración no había duda que se satisfarían las exigencias de su gobierno si la paz había de asegurarse.

Entre tanto, gracias á la dirección conciliatoria de Cánovas, las ardientes cuestiones políticas se fueron arreglando gradualmente, no sin mucha mala sangre y amarga disensión, porque Sagasta y los liberales se habían retirado otra vez de las Cortes, pero generalmente por un compromiso. Los conservadores, que clamaban por la reacción completa, fueron suavizándose parcialmente con decretos, restringiendo algo la libertad de la prensa y el cierre de los círculos republicanos, con la limitación de la libertad religiosa modificada por el Código de 1869, con la supresión casi completa del matrimonio civil y la abolición del sufragio universal; mientras los liberales más moderados se abstuvieron de alejarse por la abolición de los privilegios autónomos de sus Provincias Vascongadas, por la restauración de las garantías constitucionales, por el reconocimiento del principio de elección popular en municipalidades y por Parlamentos, aunque estorbados por el voto indirecto y por una calificación de propiedad.

El joven rey se captaba en todas partes juicios buenos. Por entre sus muchos viajes en las provincias, se identificó con los intereses y aspiraciones de sus súbditos con un tacto y una plenitud de información sorprendentes en uno tan joven. Era de un natural fastuoso y alegre, con una cualidad positiva de len-

guaje gracioso y encantador y fácil simpatía, que, aunque recordase á su madre, generalmente se tomaba por discreción y dignidad. Fué, por otra parte, afortunado en tener de su parte en estos primeros años á su hermana mayor, viuda Isabel, la presunta heredera á la corona, que había aprendido la sabiduría en la dura escuela del dolor, y gobernaba su familia con cuidado y diplomacia. Alfonso, á pesar de toda su amabilidad, tenía una energía propia, y aunque aparentemente fácil de aconsejar, seguía, por lo general, sus resoluciones hasta el fin. Al insistir en hacerlo así en la cuestión de su matrimonio, abatió á sus ministros y á su familia. Se le propusieron varias princesas, que se pensaba servirían para conciliar los intereses en España; pero de muchacho, el rey se había prendado de su prima Mercedes, hija de la duquesa de Montpensier, y declaró que sólo con ella se casaría. La reina Isabel, en París, estaba furiosa (1), y los conservadores y clericales en España lo estaban también, porque el dinero y la ambición de Montpensier habían promovido la revolución de 1868, mientras que, por otra parte, los liberales y la nación le odiaban al fin como á un extranjero y como á un hombre que, á ejemplo de su padre y abuelo, había sido traidor á su propio linaje. Pero Alfonso había formado su resolu-

(1) Isabel había vuelto á España por breve tiempo después de la restauración de su hijo, con condiciones estrictamente planteadas por Cánovas, pero pronto se ofendió, y volvió á París muy irritada. Era entonces bastante imprudente para hacerse ostentosamente íntima de la esposa de D. Carlos y entrar en amistosa correspondencia con el mismo Pretendiente, entonces en armas contra su hijo. Esto le captó gran impopularidad en España, que recompensó haciendo por una vez la tarea de los ministros de Alfonso lo más árdua posible.

ción, y estaba determinado á casarse con su hermosa prima, á pesar de todo. Su corte fué breve en el brillante sol de invierno de Sevilla, y antes de que se efectuase el casamiento en Madrid, la sombría belleza de la novia, y la historia romántica del amor del rey mozo, habían conmovido los corazones de las personas impresionables que no eran políticas.

El 23 de Enero de 1878 Madrid tomó su aspecto festivo, y toda España vino á la capital á ver un espectáculo como rara vez ha proporcionado la impulsiva capital. Las antiguas glorias de la real casa fueron resucitadas después de una generación de oscuridad; inapreciables tapicerías, bordados ancestrales, joyas del arte antiguo, fueron sacados de los escondrijos de los viejos palacios para la comitiva de la boda del rey. Todo lo que el amor, la lealtad y la prodigalidad habían legado, se gastó en esta espléndida ceremonia. Banderas, música, bailes nacionales, corridas de toros regias, con nobles por toreros, magnificencia religiosa y entusiasmo popular, ondeando todo gloriosamente bajo un cielo de zafiro, saludaban el casamiento de Alfonso con Mercedes. Por entre el populacho delirante, la comitiva se dirigió á la basílica de Atocha. La vieja Cristina, con sus ojos brillantes y negros y su boca dura, había vuelto á Madrid, después de tantos años de ausencia, aunque estaba demasiado enferma para asistir á la boda (1); pero el pobre D. Francisco, el «rey padre», desde hacía mucho tiempo separado de su esposa, iba encogido en las profundidades de un coche grande desvencijado, de armazón de concha; y otros miembros de la familia real, algunos dignos y ricos, otros escuálidos y pobres, hicieron lo que pudie-

(1) Murió algunos meses después en su casa, próxima al Havre.

ron por aumentar brillantez á esta escena. Isabel estaba enojada, orando, según decían algunos, en París, porque esto era el triunfo de su enemigo, y el real héroe de este gran festival no era el fastuoso, sonriente y joven rey, sino el terco y anciano francés, de apuntada barba gris, el *gabacho* «rey padre político», como le llamaba el vulgo burlón, el duque de Montpensier. Después de todos estos años, las astutas intrigas de Luis Felipe y Guizot habían logrado éxito, y los descendientes de la casa de Orleans habían de sentarse en el trono de Castilla.

¡Ah! La historia no se cuenta hasta el último sepulcro. Antes de que hubiese vuelto la primavera, la hermosa Mercedes estaba en el sepulcro; la última esperanza del «rey padre político» se había desvanecido, y Alfonso, siendo poco más de un muchacho en años, era un hombre con el corazón transido, con la alegría de su vida ahogada por el peso de su aflicción, protegido desde entonces por su destino. Pero, por otra parte, Alfonso era de ánimo resuelto. Nunca fué el mismo alegre y brillante camarada que había sido antes, y era doloroso ver el esfuerzo con que se esforzaba en aparecer interesado por lo que le rodeaba; pero nunca vaciló en el cumplimiento de su deber, y llevó su carga valerosamente hasta el fin.

Cada día que pasaba hacía á Alfonso más amado. Su aflicción, su bravura, sus buenas intenciones, su estricta observancia de la Constitución y sus atractivos personales, habían atraído sobre él el verdadero afecto de sus súbditos que no estaban irremediablemente comprometidos con el carlismo ó la república. Un socialista catalán hizo un atentado contra su vida en Madrid, en Octubre de 1878, dando origen á una imponente demostración nacional de afecto hacia el

rey. Bien lo merecía, porque los conservadores de todos grados, su madre, los carlistas y los clericales se empeñaron con todas sus fuerzas en convertir el atentado en una excusa para arrastrarle á una política reaccionaria, pero sin éxito. Alfonso casi riñó con Cánovas y sus ministros, porque no permitieron que la clemencia real se extendiese al criminal (1).

En la primavera de 1879, cuando iban á verificarse las elecciones para las nuevas Cortes, los distintos partidos políticos habían tomado las posiciones que habían de ocupar por muchos años después. Con el fin de organizar la oposición y la campaña parlamentaria, los liberales constitucionales, los demócratas moderados y los posibilistas ó republicanos de Castelar (2) formaron una coalición á las órdenes del señor Sagasta, exigiendo, al menos, un regreso á la Constitución de 1869, con pureza de elecciones y mayor centralización del gobierno local; mientras que los clericales y reaccionarios, sintiendo aprensiones por la nueva y robusta combinación, se ejercitaban constantemente en hacer tomar al partido conservador medidas extremadas, é intentaban, aunque con poco éxito, emplear con este fin, influencia clandestina de la corte. Cánovas, aunque en apariencia era el jefe del partido conservador, estaba de parte de la mode-

(1) Aunque los ministros no permitieron al rey que perdonase á su agresor, Alfonso pensionó á la hija de este hombre. El 30 de Diciembre siguiente (1879), se hizo una nueva tentativa todavía más desesperada para matar al rey, que á duras penas logró librarse, con su esposa.

(2) Zorrilla, que se había retirado á París con gran disgusto, se negó á tomar parte en la oposición parlamentaria, que consideraba como una impostura, y Pi y Margall y los republicanos avanzados también se mantuvieron en el aislamiento.

ración y se oponía al avance lo mismo que al retroceso. Pero, en realidad, no había entonces, ni nunca desde entonces ha habido sinceridad ni realidad en el supuesto antagonismo de los partidos políticos. No cabe duda que la nueva combinación liberal dirigida por Sagasta consentía volver á una ordenada oposición parlamentaria, con la condición tácita, si no expresa, de que ambos partidos habían de alternar en el poder, y que, por turno, los defensores de ambos habían de tener buena parte en los panes y peces nacionales.

Este estado de cosas ha existido desde entonces, y así se explican los desatinados cambios de gobierno que tanto aturrullan á los extranjeros. En la oposición, los sagastinos declaman contra las rancias y flagrantes falsificaciones de los procedimientos de elección por sus adversarios, y exigen pureza de administración, así como reforma democrática; pero cuando llega su turno de empleo, aunque se guardan las apariencias con algunas ligeras concesiones por medio de la legislación, se continúa sin interrupción toda la antigua deshonestidad de práctica, gasto exuberante y corrompida y viciosa administración. No se ha hecho tentativa alguna—ni puede hacerse realmente en las actuales circunstancias — para destruir el mal que mina el vigor de España, la «empleomanía»; ningún político intrépido se atreve á mirar de frente á los hechos y á decir toda la verdad. Y así se completa el mal círculo; el gobierno indecente está combatido en vergonzosa batalla por indecentes oposiciones, y las instituciones parlamentarias, en vez de ser un freno para los abusos públicos, son simplemente un disfraz bajo el cual puede ejercer su nefando comercio con impunidad un gran número de políticos. Por eso, en estas circunstancias, los cambios de ministerio tienen poca

significación é influencia en la vida nacional, y no necesitan, de aquí en adelante, ser tan minuciosamente descritos como lo han sido hasta aquí.

La reina Mercedes había muerto sin hijos y se consideró necesario, si fuese posible, asegurar la sucesión á la Corona por la línea masculina, pues se sabía que el rey estaba tísico. Alfonso todavía estaba asociado al recuerdo de su esposa muerta, pero reconoció el deseo nacional de que se casase otra vez, y su elección recayó sobre la archiduquesa María Cristina de Austria, á quien había conocido en Viena. En el otoño de 1879, la archiduquesa y su madre estaban en Arcachón, cerca de Bordeaux, y allí fué Alfonso á verla. El noviazgo fué melancólico, porque el rey estaba de riguroso luto por su querida hermana Pilar, que había muerto unas semanas antes, y él mismo acababa de sufrir un mal accidente que le inutilizó parcialmente. Pero cuando caminaban por los arenosos bosques de pinos de Arcachón eran una pareja encantadora. La dama, con su bello y largo semblante austriaco y su expresión algo fría y altanera, tenía, sin embargo, una mirada suave, sincera y directa que exhalaba honradez y vigor, y su figura, ligera y graciosa, era tan alta como la del rey que charlaba á su lado. El rey era pálido, y ya estaban profundamente grabadas en su rostro huellas de sufrimiento, pero se había convertido en un hombre hermoso y viril; y su viva inteligencia, su voluble lenguaje y su fisonomía animada y risueña le hacían un compañero agradable.

Necesitaba todo su valor y su ánimo elevado, porque la calamidad continuaba asolando á su nación. El hambre había afligido á España por espacio de algunos meses, y las clases pobres sufrían mucho, mien-

tras que los políticos disputaban interminablemente por los remedios secretos de Librecambio ó Protección (1); pero una catástrofe todavía mayor hizo que el rey acudiese precipitadamente desde su corte á presenciar escenas de desolación que rara vez han pasado desapercibidas en España. En Octubre de 1879, una terrible inundación devastó grandes extensiones de terreno en la parte más fértil de España, el reino de Murcia; fueron destruidos muchos pueblos, anegadas poblaciones enteras y convertidas en ruinas importantes ciudades. Europa se conmovió con la espantosa catástrofe, y se envió ayuda en abundancia á miles de personas que quedaron sin hogar y sin bienes; pero aunque el socorro material mitigó algo el sufrimiento, la presencia y los esfuerzos personales del joven rey fueron un estímulo moral todavía mayor. Alfonso no se preocupaba de sí mismo. Día y noche, algunas veces con el fango hasta las rodillas por las inundadas calles, trabajaba heroicamente, dirigiendo y animando. Alfonso siempre había sido popular entre su pueblo, pero después de su conducta en Murcia se hizo amar como nunca lo había sido antes.

Su segundo matrimonio se celebró en los últimos días del año (1879); esta vez, con plena aprobación y con la presencia de Isabel, y no fué del todo desgraciado. El nombre de María Cristina estaba contra la novia, porque traía á la memoria aquella antigua Ma-

(1) Esto, en España, es principalmente una cuestión provincial. Siendo los catalanes un pueblo manufacturero, rico, industrioso, emprendedor y bien organizado, insiste en la protección á sus industrias; mientras que los castellanos y otras poblaciones agrícolas claman por el libre comercio, para poder proveer á precios baratos á sus necesidades. Huelga decir que España no depende de países extranjeros para el surtido de sus alimentos.

ría Cristina, tan voraz, muerta ahora, que había gobernado mal á España en la infancia de Isabel; y el carácter frío y poco expansivo y la reclusión de la joven reina, no agradaron á un pueblo tan acostumbrado como el madrileño á tomar parte en la vida cotidiana de sus soberanos; pero aunque nunca amaron á la «austriaca», porque era extranjera, pronto aprendieron, al menos, á respetarla por su rectitud, sus virtudes y su sabiduría práctica. El pobre Alfonso, impulsivo y ligero, fué al principio para ella un marido perverso, rodeado, como estaba, por alegres compañeros y tratando de olvidar el pasado; pero acabó por respetar á su abnegada esposa y madre de sus dos hijas, á la mayor de las cuales dió el nombre de su inolvidable Mercedes; mientras que la reina nunca decayó en su cuidado y ternura con el esposo á quien desde un principio no concibió esperanzas de conservar por muchos años.

La revolución de Cuba se prolongó en el centro de la isla hasta Febrero de 1878, cuando el mariscal Martínez Campos, el capitán general, la terminó por medio de un derroche en sobornos y promesas de reformas autonomistas. La lucha había costado á España casi 100.000 hombres y cuarenta millones de libras esterlinas, y la pacificación había llegado á ser una necesidad absoluta, á menos que la madre patria hubiese de agotar el último resto de sus escasos recursos. Pero las promesas hechas por Martínez Campos á los rebeldes causaron gran resentimiento al partido conservador de España, al que aquél pertenecía, y el presidente Cánovas, deseoso de conservar su predominio en el partido, dimitió inmediatamente, sucediéndole el general en el cargo de primer ministro, cuando fué necesario presentar á las Cortes, en la prima-

vera de 1879, un proyecto de ley para abolir gradualmente la esclavitud en Cuba (como ya se había hecho en Puerto Rico) y dar á los cubanos una demostración de que se cumpliría la palabra.

El proyecto del gobierno para abolir la esclavitud no daba indemnización á los poseedores de esclavos, pero obligaba á estos últimos á servir á sus antiguos dueños por espacio de ocho años. Los liberales avanzados estaban á favor de la manumisión inmediata, mientras que muchos conservadores consideraban los propósitos del gobierno perjudiciales para los esclavos. Martínez Campos, por otra parte, se negaba á alterar una línea del proyecto y dimitió (Diciembre de 1879), siendo sucedido por Cánovas del Castillo y llevándose entonces á las Cortes los proyecto del gobierno, en ausencia de los partidos extremos de ambas partes que se retiraron de las Cámaras en unión de los representantes de Cuba. Esto, sin embargo, no arregló de ningún modo las cuestiones cubanas. Efectuáronse en las Cortes acerbas discusiones y rectificaciones con respecto á las importantes reformas financieras y administrativas prometidas á los cubanos, y los rebeldes, viendo que los partidos políticos en la madre patria no estaban dispuestos á cumplir las promesas del general, enarbolaron de nuevo la bandera de la rebelión. Martínez Campos, que no era un genio, buscó un testaferro, como indudablemente lo intentó Cánovas desde un principio, renegando de él y de sus promesas la gran masa del partido conservador, aunque los liberales y militares como Concha, Jovellar y Pavía, que estaban personalmente impuestos en la situación de Cuba, se pusieron de su parte. El resultado fué que las promesas no se habían cumplido y el estado de la desgraciada isla se hizo peor

que nunca. El coste de la guerra fué saldado á expensas de Cuba, cuya deuda ascendió con esto á cincuenta millones de libras esterlinas. Ante la decadencia de la prosperidad en la industria de azúcar, cargáronse sobre el pueblo, ya medio arruinado, nuevos impuestos, y desde entonces, los habitantes de la isla fueron saqueados y maltratados casi sin restricción por los que deseaban salvarse con su riqueza mal adquirida antes de que viniese el inevitable huracán que les habría de barrer de la isla.

La persistencia de Cánovas en el poder por derribar á Martínez Campos y sacrificar las reformas cubanas hizo que todos los elementos de oposición se fusionasen á las órdenes de Sagasta, ayudado ahora por «los generales» que comprendían la situación crítica de la colonia. «Los generales» comenzaron también á aludir á una sublevación militar como la de 1854, si los conservadores no volvían al poder y Alfonso tratase de corregir los asuntos sonriendo á la oposición. En Febrero de 1881, Cánovas dimitió su cargo de primer ministro y fué sucedido por Sagasta, con un gobierno liberal que por primera vez en la historia parlamentaria de España obtenía el cargo por pacíficos medios constitucionales. Naturalmente, un partido que llegaba al poder por tales medios y con promesas como las empleadas por Sagasta, era incapaz de satisfacer á todos sus elementos, y pronto, una izquierda democrática descontenta, presidida por Serrano, se separó, mientras la proteccionista Cataluña y las manufacturas, en general, se rebelaban contra las supuestas tendencias librecambistas del gobierno. La agitación socialista, especialmente en el Sur y Este de España, tomaba proporciones alarmantes como resultado del desengaño sufrido por los liberales avanzados, y la

misma causa fué pretexto para una rebelión de la guarnición de Badajoz (4 de Agosto de 1883) que, sin embargo, fué pronto reprimida por la actividad de Martínez Campos, que ejercía temporalmente de primer ministro en ausencia de Sagasta (1).

El ministerio hizo heroicas tentativas para recobrar algo de su perdido prestigio. Alfonso anduvo por toda la nación pasando revista á las tropas y pronunciando agradables discursos; pero, desgraciadamente, se permitió también pagar una ostentosa ronda de visitas á Alemania y Austria. Aunque el marqués de la Vega de Armijo, ministro de Estado, aceptó la responsabilidad de esta resolución, indudablemente, nació de Alfonso mismo, que deseaba presenciar las grandes maniobras del ejército alemán y acaso concibió también la idea de combinaciones internacionales. De todos modos, Cánovas y los conservadores se opusieron enérgicamente al viaje del rey, y los acontecimientos demostraron que tenían razón. La corte alemana fué, por razones políticas, algo efusiva en su acogida al rey español, que fué nombrado coronel honorario de hulanos, y al regreso de Alfonso, á su paso por París (29 de Setiembre de 1883), fué groseramente insultado por la irreprimible chusma de la capital francesa. «¡Abajo el rey hulano! ¡Abajo Alfonso!», fué el mejor recibimiento que la cortesía de París tributó á un monarca extranjero con quien Francia estaba en paz, y el gobierno de Jules Ferry, aunque pródigo de expresiones corteses,

(1) No hay duda de que se intentó que esta sublevación formase parte de una gran insurrección organizada á favor de la república presidida por Salmerón y Zorrilla, con la Constitución de 1869, y simultáneamente se efectuaron muchas pequeñas intentonas parciales, pero debido, en parte, á la energía de Martínez Campos, todas ellas fracasaron.

no intentó reprimir ni castigar el ultraje. El insulto aumentó, si es posible, la popularidad de Alfonso entre su pueblo, pero debilitó mucho á un gobierno que había permitido, si no preparado, el viaje del rey.

Sagasta comprendió al fin que había llegado el tiempo en que debía permitirse á los conservadores turnar en el poder, y de repente se hizo más liberal. ¿Deseaba la izquierda democrática el sufragio universal? Seguramente; pues lo tendría. ¿La Constitución amplia de 1869? D. Práxedes Mateo Sagasta no puso objeciones á nada. Mas era demasiado tarde para que pudiese evitar su propia caída, aunque un ministerio de coalición de liberales más avanzados le siguió por un breve tiempo, presidido por Posada Herrera, abogando la mayoría de los miembros por la abolición del sufragio universal y la abolición de la Constitución en sentido radical. No obstante, se necesitó una cláusula de oposición para entretejer de nuevo el tejido liberal, y Cánovas volvió al poder en Enero de 1884 (1), con un decreto para la disolución del Parlamento. Necesitábase en todo caso una disolución, y

(1) De las muchas promesas hechas por los liberales en la oposición, casi la única que se cumplió fué la de promover el cambio por tratados de comercio. Los tratados con Francia y Alemania fueron aprobados, á pesar de la acerba oposición de los catalanes, pero el celebrado con Inglaterra fué lo más impopular posible. Al año siguiente (Marzo de 1885), cuando el ministerio de Cánovas intentó llegar á un *modus vivendi* con Inglaterra sobre la base de la admisión de vinos españoles al 30 por 100, siendo un *galón* (*a*) de alcohol en cada *chelin* (*b*) al aceptarse la condición, Alfonso cometió una grave imprudencia. Una comisión de catalanes le habló contra el proyecto, y el rey, en respuesta, pronunció un violento discurso proteccionista, con cuya res-

(*a*) El *galón* es una medida inglesa de líquidos que contiene nueve cuartillos ó 4,54 de litro —(*N. del T.*)
(*b*) Moneda inglesa de 12 peniques.—(*N. del T.*)

Alfonso ha sido censurado algo injustamente por no permitir que se disolviesen los liberales en vez de los conservadores, pero toda discusión sobre esto es inútil y académica, por la tácita resolución de que cada partido había de tener parte en el poder; y los liberales estaban tan profundamente divididos, que cualquiera que fuese la sección de ellos que formaba un gobierno ó dirigía las Cortes, estaban seguros de que se les opondría una coalición de disidentes y conservadores, é hiciese necesaria otra disolución, y con esto se hacía imposible el gobierno.

En la primavera y verano de 1885, cayó sobre España una espantosa visita del cólera morbo-asiático, comenzando por Valencia y Murcia y llegando pronto á Madrid. El y su esposa se negaron á abandonar la capital y huir á lugar seguro, ocurriese lo que ocurriese (1); y grande como era el desaliento, la decisión de la real familia aumentó la popularidad de Alfonso. A mitad del verano, la epidemia cometió espantoso asolamiento en el Sudeste de España, y el valeroso rey vió que Madrid, mal como estaba, no era el sitio de mayor peligro, y, por consiguiente, no era el lugar de mayor honor. Suplicó con ahinco á Cánovas que le dejase ir á los distritos atacados de la peste, pero el gobierno se negó en absoluto á cargar con esta responsabilidad y amenazó con dimitir si el rey persistía, siendo de la misma opinión Sagasta y los liberales. Alfonso cedió, como tenía por costumbre, y en

---

ponsabilidad cargó el gobierno, pero que en la práctica contrariaba su acción; y el convenio con Inglaterra se desarregló. La efusiva simpatía de Alfonso le arrastró muchas veces á equivocaciones de esta índole.

(1) Se recordará que Isabel II se había captado mucha impopularidad por haber huido de Madrid durante el cólera anterior de 1865.

apariencia abandonó el proyecto. A fines de Junio se contaron en un día de 500 á 600 casos, y uno de los centros más castigados por la epidemia fué el pueblo que rodea al palacio de Aranjuez, á unas veintisiete leguas de Madrid. El 2 de Julio, el rey hizo que iba á dar un paseo por los jardines del Retiro, acompañado sólo por un gentilhombre, y sin dar noticia á nadie se metió en el tren que estaba dispuesto á marchar y llegó á Aranjuez, donde visitó los hospitales y los enfermos, animó á los enfermeros, ofreció su palacio para refugio de los convalecientes, y dió socorros á los necesitados. Pronto llegó la noticia á Madrid; el acto anticonstitucional del rey fué olvidado en su generosidad, y cuando Alfonso volvió por la noche toda la capital le aclamó, recibiéndole como rara vez se le había acogido antes.

Durante todo el otoño de 1885, España estuvo excitada por el intento de Alemania de tomar posesión de las islas Carolinas, que España siempre había reclamado pero nunca había ocupado efectivamente. El populacho de Madrid, especialmente, perdió todo sentido de tolerancia y moderación, y se declaró por la guerra sin reparar en sus consecuencia. No obstante, gracias á la frialdad del gobierno alemán, que obró con grandísima prudencia, la contienda fué llevada ante el Papa, quien eventualmente (en 1886) adjudicó á España las Carolinas, pero no satisfizo sus reclamaciones en cuanto á los grupos de Gilbert, Marshall y Mulgrave, como también á Palaos y Maleotas, entre las Filipinas y las Carolinas.

Pero en medio de estas demostraciones belicosas, corrían funestos rumores sobre la salud del rey. Un ligero catarro descuidado, decían al principio los doctores, pero sabíase que Alfonso se había puesto del·

gado y negligente y rara vez se presentaba en público. Los oficiales y cortesanos propalaban el rumor de su robustez y proclamaban con vocería sospechosa todos los movimientos del rey fuera de su habitación, como si fuese algo sorprendente el cumplimiento de sus deberes ceremoniales. Luego, en Octubre, se habló de que iría á un clima más benigno por el invierno, en lugar del cruel Madrid (1); pero hasta este proyecto hubo de ser abandonado, y á fines de mes el rey fué llevado al palacio de El Pardo; aunque se decía que al celebrarse el matrimonio próximo de su hermana Eulalia con el hijo de Montpensier, Antonio, iría á pasar algunas semanas entre los naranjales de Sanlúcar. Los oficiales y el gobierno insistían en que Alfonso disfrutaba de perfecta salud, y él mismo se chanceaba de la idea de estar malo y demostraba su resentimiento á la menor indicación de que se encontraba delicado. Sus chistes y chascarrillos, de los cuales era tan amigo, se hicieron más frecuentes que nunca; pero la fatigosa tos y el flujo hético que las acompañaban, hacían derramar á los oyentes lágrimas de compasión ocultas por la sonrisa del cortesano. El 22 de Noviembre, su madre y su esposa, con la duquesa de Montpensier, le visitaban en El Pardo y le paseaban por el campo. Se había ordenado que gastase un carruaje cerrado; pero Alfonso odiaba los coches cerrados (2) y aunque su familia y amigos le suplicaron que siguiese las recomendaciones de los mé-

(1) Los madrileños tienen un proverbio que dice: «El aire de Madrid es tan sutil, que mata un hombre y no apaga un candil.» Es particularmente peligroso para las personas de propensión á la tisis ó las afecciones bronquiales.

(2) Cuando estaba bueno casi siempre usaba una calesa de alta capota ó un cabriolé.

dicos y emplease un vehículo cerrado, y él, como de costumbre, pareció convenir con ellos, cuando llegó la ocasión había á la puerta un carruaje abierto. El aire de las montañas era frío y crudo, y cuando concluyó la jira, el rey estaba riendo y charlando con su madre, esposa y tía ante una gran hoguera de leña. La duquesa de Montpensier le recordó que el 28 era su cumpleaños, y prometió venir y comer con él aquel día. De repente se puso grave; y como si meditase, murmuró: «¡Un buen modo de pasar mi cumpleaños vigésimo octavo!» Lo fué, en verdad, ¡porque lo pasó en su ataúd! Si conocía su situación cuando empleó estas expresiones, es dudoso, pero estas fueron las únicas palabras que salieron de sus labios que indicasen conocerla. Desde aquel día, el rey entró en la agonía, y tres después, el 25 de Noviembre, Alfonso de Borbón exhalaba su último suspiro. Se había persuadido á su abnegada esposa de que abandonase su cabecera para tomar algún descanso. Varias veces, durante la noche y á primera hora de la mañana, se acercó á él silenciosamente para espiar la marcha de la enfermedad; y en la última ocasión, á las ocho de la mañana, avanzó de puntillas hasta el sitio donde dormía el rey. De repente, algo en su apariencia le alarmó, y gritó en alta voz transida de dolor: «¡Alfonso, Alfonso! ¡Está muriendo!» Y supuso bien, porque al cabo de algunos minutos era viuda y madre de un niño no nacido todavía.

Es demasiado pronto para formular un juicio sobre Alfonso XII como rey, pero, al menos, puede afirmarse honradamente que nunca deseó el mal. Tenía muchas de las cualidades de su madre, aunque con mucha mayor fuerza de voluntad, pero había sido mejor educado que ella y había aprendido en la adversi-

dad las lecciones que ella necesitaba para ser una buena reina. Las circunstancias de su nación eran, sin embargo, más favorables; sus súbditos habían avanzado considerablemente en capacidad para el gobierno representativo, y la tarea del soberano era mucho más fácil que la que había tocado á Fernando VII ó á Isabel II. Su muerte dejó á España en perfecto pánico de aflicción y de aprensión para el porvenir; pero la compasión, la caballerosidad y el patriotismo por parte de los gobernados, y, por una vez, la prudencia y la moderación por parte de los gobernantes, pusieron á la nación en condiciones de pasar un interregno de prueba sin disturbios, y demostrar al mundo que España iba aprovechándose, aunque lentamente, de su dura experiencia.

Antes de proceder á bosquejar brevemente los acontecimientos del presente reinado será interesante echar una ojeada retrospectiva á los progresos del país bajo la restauración. La hacienda española todavía conservaba su invariable carácter de imprevisor despotismo. El primero en el programa de todos los partidos políticos y el más elocuentemente proclamado en todos los discursos políticos era el principio de integridad y economía financiera; pero los presupuestos, aunque de color de rosa al presentarse, siempre resultaban con un grave *déficit* que había de ser agregado á la deuda flotante, y la recaudación y los gastos eran tan incurablemente corrompidos como siempre, mientras que el impuesto todavía pesaba gravemente sobre el pueblo en forma de sisa sobre los artículos necesarios para el sustento. Pero el avance en riqueza del resto del mundo ejercía alguna influencia sobre España, y aunque el pueblo estaba, y está todavía, penosamente gravado, se ha elevado considerablemente el carácter

de la vida; las casas fueron más lujosas; los modales se fueron suavizando y las clases respetables de las ciudades estuvieron mejor de lo que nunca hasta entonces habían estado.

El importe de renta anual recaudada en el período de la muerte de Alfonso fluctuaba entre 30 y 32 millones de libras esterlinas, y la conversión, reducción y reorganización de las varias deudas nacionales habían aliviado considerablemente el Tesoro real; el nuevo 4 por 100 español consolidado subió á 60, de suerte que el crédito del país subió como no lo había hecho durante muchos años. Esto era debido, en parte, al hecho de que los políticos españoles habían sacudido, en apariencia, el yugo del militarismo y á que habían pasado los días de los *pronunciamientos*. El comercio de la nación había progresado también enormemente, siendo las importaciones en 1882 por valor de 32.666.676 libras esterlinas y las exportaciones 30.675.043 libras esterlinas; mientras que en 1862 habían sido solo, respectivamente, de 16.793.127 y 11.105.322, habiendo doblado mucho más el valor del cambio en veinte años. Los principales artículos que aumentaron en exportación fueron vino, minerales y naranjas, de los cuales fueron los mejores consumidores Francia é Inglaterra, como lo demostrarán las siguientes cifras:

FRANCIA	**1862** — Libras esterlinas.	**1882** — Libras esterlinas.
Importaciones de......	6.253.007	8.835.132
Exportaciones á.	2.534.143	12.391.267
TOTALES.........	8.787.150	21.226.399

INGLATERRA	1862 — Libras esterlinas.	1882 — Libras esterlinas.
Importaciones de......	4.198.424	6.834.055
Exportaciones á.......	3.086.209	9.407.659
TOTALES.........	7.284.633	16.241.714

mientras que el gran cambio de productos entre España y Alemania en el mismo período había consistido íntegramente en bienes importados á España, que había subido de 16.616 libras esterlinas en 1862, á 3.309.661 en 1882 (1).

El movimiento de buques fué también notable, habiendo sido en 1862, 2.836.966 toneladas la suma de tonelaje que entró en los puertos españoles, y en 1882, 18.390.608 toneladas, de las cuales eran inglesas casi una tercera parte, á pesar de las graves deudas diferenciales á favor de los buques españoles. La protección de los tejidos catalanes y la competencia de los manufactureros casi cierra la puerta á los productos ingleses, y nuestras principales exportaciones á España son carbón de piedra y de cok, lingote y maquinaria, mientras nosotros recibimos de ella, principalmente minerales, vinos generosos y frutas, siendo el principal producto español enviado á Francia, vino tinto común, con el fin de convertirlo en clarete francés.

En otros órdenes había avanzado también la nación. Habíase hecho un aumento en la extensión de los espléndidos caminos reales del Estado; y, gracias

(1) La decadencia de las exportaciones inglesas á España es continua, habiendo bajado á 3.330.747 libras esterlinas en 1897, mientras que la producción española recibida en Inglaterra había subido á 13.725.000.

al capital extranjero—principalmente francés y belga—habían progresado en gran manera los caminos de hierro y las obras de irrigación. La población se había elevado á diecisiete millones y medio de almas, de las cuales el 28 por 100 sabían leer y escribir en 1885 (veinte años antes sabían el 20 por 100), á pesar del desdichado sistema escolar, obligatorio sólo de nombre, que dejaba á los maestros sin pagar y consideraba suficiente una escuela para cada 500 habitantes (1).

El movimiento artístico y literario del período que examinamos ha sido muy notable, contribuyendo en gran parte á fomentar la producción artística exposiciones anuales de pintura en Madrid y Barcelona y la subvención de estudiantes escogidos por el Estado. En 1878 se exponía el famoso cuadro de Pradilla—uno de los estudiantes subvencionados por el Estado—representando á doña Juana, «la Loca», espiando celosamente el ataúd de su marido en un campo, en una noche nevada, antes de dejar que entrase en un convento de monjas. Ribera, Gisbert, Degraín, Villegas (pintor del famoso «Bautismo»), Madrazo y Rosales produjeron también obras notables durante el reinado de Alfonso; mientras que al mismo tiempo artistas españoles en París y Roma seguían la escuela del famoso Fortuny y producían obras características españolas de la clase más elevada.

El triunfo definitivo de la monarquía limitada y del gobierno parlamentario había, al menos, librado de trabas la expresión del pensamiento, y las letras españolas desplegaron ahora más alto vuelo. Es verdad

(1) Había en 1885, 24.529 escuelas públicas elementales y 5.576 colegios privados en España, siendo el número de alumnos 1.843.183.

que, durante el reinado de Alfonso, se produjeron los famosos, aunque algo sombríos y exagerados, dramas románticos de Echegaray *En el puño de la espada, La esposa del vengador, El gran galeoto,* etc., y un gran número de ligeras obras teatrales por autores menos famosos; pero, hablando en general, la esfera más amplia abierta ahora á los escritores, fué distinta de las obras dramáticas. El más popular de todos los escritores españoles fué, y todavía es, Benito Pérez Galdós, con sus veinte volúmenes de novelas patrióticas, llamadas *Episodios nacionales,* comenzando con incidentes del reinado de Carlos IV, y relatando la historia de los políticos y de la sociedad española, por medio de la ficción, hasta nuestros días. Aunque no tan popular como Galdós, José María de Pereda, que en este período produjo algunas de sus mejores obras, es en muchos respectos superior, como en sus novelas *Pedro Sánchez, Sotileza* y otras, en que trata de la vida santanderina, que conoce tan bien y tanto ama. Juan Valera estaba todavía escribiendo, y el poeta político Ayala murió poco antes de Alfonso; perose oyó ahora hablar por vez primera de algunos nuevos escritores de genio. Leopoldo Alas *(Clarín),* gran crítico literario, pero mejor novelista, había acabado de escribir (1884) su hermosa novela psicológica *La Regenta;* y Armando Palacio Valdés había comenzado su carrera con *Marta y María* y *La Hermana San Sulpicio.* Su mayor rival contemporánea, la mujer española más famosa de este siglo, es Emilia Pardo Bazán, cuyas novelas de su tierra natal, Galicia, son fotográficas en su fidelidad, aunque sus mejores obras, *Los Pazos de Ulloa, De mi tierra* y *La Madre Naturaleza,* no fueron escritas hasta después de la muerte de Alfonso.

Aparte de los escritores de imaginación, el español que más llamó la atención como autor, durante el reinado de Alfonso y después, fué Marcelino Menéndez y Pelayo, cuya extraordinaria erudición y penetrante facultad crítica se demostraron en *La Ciencia española* é *Historia de los heterodoxos españoles* (1881), aunque su obra más famosa, *Historia de las ideas estéticas en España,* no apareció hasta más tarde. Es, en realidad, aunque todavía relativamente joven, el jefe de una escuela profunda, pero algo grave, de investigaciones históricas españolas, cuyos miembros más distinguidos son: el laborioso Padre Fita, el capitán Fernández Duro y el Sr. Azcárate.

La hija mayor de Alfonso, Mercedes, le sucedió temporalmente como reina, haciendo de regente su madre, mientras se efectuaba el nacimiento del esperado niño. Fué un período de suspensión, durante el cual, para honra de todos los partidos, se calmaron las contiendas. Para no dar á las oposiciones pretexto de agitación, Cánovas, con verdadero patriotismo, recomendó á la afligida regente en los primeros días de su viudedad que confiase el gobierno á sus adversarios, los liberales, dirigidos por Sagasta, y en este último recayó el deber de proclamar á la ansiosa nación el nacimiento de Alfonso XIII, el 17 de Mayo de 1886.

Ya se ha hecho notar que la regente fué desdichada en su nombre y en su nacionalidad, porque de las reinas regentes de España, durante la minoría de los soberanos, sus hijos, una había sido una Cristina, y otra, una austriaca, y ambas habían sido malas. Hubo ante la alarma funesta conjunción, muchos graves movimientos de cabeza, y la duda surgió en alarmada convicción entre las personas supersticiosas

cuando la reina insistió en llamar á su hijo con el nombre de su padre, Alfonso, porque el número que tenía que llevar en la Historia era el TRECE: ¡y seguramente éste, decían, presagiaba desastres! Pero la regente, aunque Cristina y austriaca, obraba rectamente y con firmeza, viviendo una vida irreprochable; reflexiva y cauta, entregada á sus hijos y procediendo honradamente para con su patria adoptiva, trató de desterrar los malos agüeros que rodeaban el porvenir de su hijo. Si lo ha conseguido, todavía está por ver; pero los que han leído esta historia admitirán que ha sido una gran hazaña haber mantenido el trono de su hijo seguro y firme, y á la nación libre de guerra civil, durante los trece años de su regencia.

Los partidos políticos alternan todavía en el poder con tan poca razón ni provecho para el país como antes; los antiguos abusos administrativos de la «empleomanía» continúan sin gran variación; las clases rurales están todavía gravadas con cargas fiscales tan grandes, que en muchos casos hacen sus terrenos áridos y sin riegos indignos de ser cultivados; pero la nación vive su vida y progresa independientemente de sus políticos, pidiendo sólo que se la permita trabajar en paz y conservar alguna porción del producto de su trabajo para su propio sustento. Hemos visto cuán costoso ha sido el renacimiento en todas las ocasiones en que impacientes reformadores han tratado prematuramente de elevar á su nación en la esfera política más rápidamente de lo que autorizaba su desarrollo en otras esferas. Ahora puede afirmarse, con seguridad, que durante los últimos treinta años, casi el pueblo mismo, con muchos esfuerzos penosos, se ha elevado al nivel de sus actuales instituciones políti-

cas, y si deja que se lleve á cabo su salvación social sin nuevas convulsiones, hará grandes progresos en ilustración y prosperidad, durante los años siguientes.

Sólo por medio de este proceso, y no por los impacientes esfuerzos de los políticos, pueden desterrarse los males profundamente arraigados que han arruinado á España. Enarbolando el estandarte del bienestar para todas las clases, y por consiguiente, necesitándose más dinero, la turba que, mezquinamente pagada, se dedica al servicio del Estado, se entregará á industrias más provechosas; con la difusión de la educación y de la riqueza, las ventajas de una sólida renta adquirida sobre las precarias ganancias obtenidas por medio de la corrupción, se hacían evidentes. En el caso de España, como en otras naciones, el adelanto social, moral é intelectual debe preceder, ó al menos darse la mano, con la plena posesión del gobierno popular, para que los beneficios de este último se dejen sentir á la larga en la nación. La desgracia de España ha sido que los hombres de buenas intenciones siguieron el método opuesto, pensando remediar en un año los males impuestos por muchos siglos de esclavitud; y esta historia ha tratado de relatar principalmente, cómo la planta de la civilización española ha ido floreciendo gradualmente en el curso de un siglo por entre las piedras que los políticos habían apilado en el camino.

Llegó el año 1890 antes de que se cumpliesen parcialmente las promesas hechas por los liberales en la oposición, respecto á la reforma de la Constitución restauradora de 1876; pero se permitió, con gran prudencia, conservar todavia algunas de las cláusulas á que más se oponían los demócratas avanzados. El po-

der de promulgar leyes siguió, como antes, «residiendo en las Cortes junto con el rey»; el Senado continuó constando de tres clases, á saber: grandes, obispos y altos oficiales del Estado, que se sentaban en la Cámara por derecho propio, con 100 miembros nombrados por la corona y 180 elegidos por las Diputaciones provinciales, las Universidades y otras corporaciones, siendo elegida una mitad de los senadores cada cinco años; pero la Cámara popular es elegida ahora por voto indirecto y por un sufragio de todos los varones de veinticinco años. Hay 431 miembros, de los cuales 88 son elegidos en 26 grandes distritos con varios miembros cada uno, y el resto por igual número de distritos electorales, de 50.000 habitantes cada uno. Cada provincia tiene ahora su Diputación provincial elegida, que está encargada del gobierno local; y cada Municipio tiene su Ayuntamiento, con autoridad sobre los impuestos locales de la ciudad ó distrito, con lo cual se han satisfecho las reclamaciones de los radicales, que piden descentralización. Desgraciadamente, sin embargo, el agiotaje oficial y la corrupción administrativa, continúan inmiscuyéndose desastrosamente en las elecciones, locales y parlamentarias, y por perfecta que parezca la maquinaria sobre el papel, la apatía de la población todavía tolera que algunos ganapanes políticos, que en la jerga política española se llaman *caciques,* lo gobiernen casi todo.

Cánovas y los conservadores volvieron al poder en 1890, después de la reforma de la Constitución; pero le sustituyó de nuevo Sagasta dos años después. Durante el período que estuvo Sagasta en el poder, en 1895, se agravó otra vez la cuestión cubana. Desde que España había faltado á las promesas hechas por

Martínez Campos en el Zanjón, en 1878, los cubanos habían estado organizando en los Estados Unidos una lucha suprema por su independencia nacional, y el primer movimiento próspero salió de Santo Domingo en Marzo de 1895, siendo los principales organizadores José Martí, que pronto murió en la lucha, y Máximo Gómez, y los jefes más activos los hermanos mulatos Maceo, que desembarcaron en Baracoa el 31 de Marzo, para ser seguidos por Martí y Gómez quince días después en Haití. Había sólo 19.000 soldados españoles en Cuba, de los cuales menos de la mitad estaban en la parte oriental de la isla, donde la rebelión habia cundido. El capitán general, Isasi, proclamó la ley marcial en Matanzas y Santiago; se trajeron tropas de Puerto Rico; pero el gobierno de la Metrópoli no tenía deseos de combatir, si los asuntos habían de arreglarse por concesiones ó dinero, y Sagasta envió apresuradamente á Martínez Campos, para organizar una política de conciliación combinada con la fuerza.

Los cubanos al principio estaban divididos en dos partidos bien caracterizados, uno á favor de la completa independencia, y el otro que prometía contentarse con la autonomía bajo la bandera española. La empresa de Martínez Campos era dividir á estos dos partidos y dominarlos separadamente, al uno por las armas y al otro con promesas; pero los sucesos marchaban rápidamente. Los rebeldes crecían en número; llegábanles recursos de Santo Domingo, Jamáica y los Estados Unidos; y el 13 de Setiembre de 1895 se reunió en Jimaguaya la primera Asamblea Constituyente cubana, y proclamó formalmente la república cubana, de la cual fué elegido presidente el respetado Salvador Cisneros, con una administración bien orde-

nada, y Máximo Gómez y Antonio Maceo de generales para el mando de las fuerzas.

Los indígenas en armas estaban en gran manera favorecidos, por la conformación del país, por las muchas montañas y espesos bosques en que peleaban, y una vez después de otra, los españoles caían en emboscadas y eran derrotados con gran matanza. La fiebre malárica hacía estragos en las filas de los mozalbetes, mezquinamente alimentados, que componían el ejército español, y se vió que de nuevo España debía agotar todas sus energías ó perder la «perla de las Antillas». La línea de fortalezas y trochas á través de la isla, separando el territorio leal del rebelde, fué reconstruida, y á fines del año 1895 Martínez Campos tenía 80.000 soldados españoles para resistir á la insurrección. Pero en las espesuras y en las ásperas montañas los grandes cuerpos de ejército eran casi inútiles. Los rebeldes, en pequeñas partidas, se arrastraban á millares por entre las líneas hasta Cienfuegos y Espíritu Santo. Por todas partes burlaban la persecución de grandes columnas y destruían las pequeñas, y pronto vió Martínez Campos que casi á la vista de la Habana podía reunirse una fuerza rebelde de 12.000 hombres con impunidad. Los habitantes del país que estaban fuera del alcance de las bayonetas españolas, eran persuadidos ú obligados á incorporarse á la insurrección y no contribuir á reforzar el ejército español; y hasta en el extremo Occidente de la isla, más allá de la Habana, en la provincia de Pinar del Río, Maceo, con 4.000 hombres, desafiaba los ejércitos de España. Los españoles de la Habana y de la Metrópoli perdieron pronto la paciencia ante el fracaso de Martínez Campos, porque mientras era incapaz de vencer á los rebeldes en el campo, nadie

atendía á sus desplantes de conciliación y concesión. Con la vuelta de Cánovas y de los conservadores al poder, se adoptó una nueva política fatal para Cuba. No había de haber conciliación hasta que la rebelión hubiese sido totalmente reprimida, y el hombre escogido para la obra de perdición fué Valeriano Weyler, marqués de Tenerife, que llegó á la isla en 1896. Había enseñado á los cubanos en la guerra anterior la madera de que estaba hecho, y llegó con todo el terror que rodeaba su nombre, con el fin declarado de ahogar en sangre las esperanzas de independencia cubana.

Su plan era hacer que los desdichados habitantes del país residentes en los distritos ocupados por los rebeldes se concentrasen en sitios fijos, bajo la tutela española, y entonces iniciar una campaña ordenada y sistemática de extirpación de personas y propiedades dentro de las provincias de que se había expulsado á estas personas «pacíficas». Durante todo el verano de 1896 continuó la obra de devastación con salvajismo digno de los primeros conquistadores españoles, muriendo á millares los míseros «pacíficos» de inanición y de fiebre, porque los mismos españoles estaban hambrientos y enfermos, y estas pobres gentes se encontraban en un caso todavía más grave. Gómez y los Maceos con sus fuerzas eran ubicuos y tan salvajes en sus represalias como Weyler en su ataque. Muchos jefes cubanos murieron, entre ellos José Maceo, pero el desastre peor fué la pérdida de su hermano Antonio Maceo, el segundo en mando, que fué preso y matado por los españoles en el otoño. El desaliento cayó sobre las fuerzas rebeldes, y Gómez abandonó la parte occidental de la isla, mientras que Weyler dilataba siempre gradualmente ha-

cia el Oeste su zona de destrucción. Santiago, Manzanillo, Holguín y las otras grandes ciudades del Este estaban en manos de los españoles, pero el país llano estaba todavía defendido por los cubanos, y aquí se proseguía con despiadada ferocidad la guerra de guerillas y de exterminación.

Mas los países civilizados se iban cansando de esta salvaje matanza, especialmente en los Estados Unidos, donde residían gran número de cubanos; y en la misma España los liberales y demócratas clamaban contra aquella vergonzosa y censurable guerra. Así las cosas, en Agosto de 1897, el primer ministro español, Cánovas del Castillo, fué asesinado por un anarquista italiano en un balneario del Norte; y, después de un breve ministerio de transición presidido por el general Azcárraga, subieron al poder Sagasta y los liberales. El resultado fué un cambio repentino en la política cubana, y se envió al general Blanco á pacificar la isla con ofertas de autonomía. Blanco llegó á Cuba en Noviembre de 1897 y comenzó á ejercer su misericordiosa comisión. Algunos de los «pacíficos», consumidos por la inanición, fueron restituidos á sus hogares arruinados y se hizo una tentativa para salvarlos de la extinción completa por hambre y contagio; se llevó á cabo la medida tomada por el gobierno cubano y se reunió un parlamento insular, pero las cosas ya habían ido demasiado lejos. No se podía olvidar la sangre pródigamente derramada por ambas partes, y, á excepción de los españoles y de algunos habitantes de las ciudades de nacimiento cubano, nadie estaba ahora á favor del gobierno autónomo de la isla bajo la protección de la bandera española, aunque Blanco luchaba valerosamente por ganar adictos á su partido. Los cubanos en armas y sus fa-

vorecedores de los Estados Unidos no habían olvidado que no se habían cumplido las promesas de Martínez Campos y ya no confiaban en España. El gobierno republicano, dirigido por el presidente Masso, con Máximo Gómez y Calixto García como generales, sostenían sus reclamaciones de independencia completa y «¡Cuba libre!» era el único grito que conmovía á los corazones cubanos.

El gobierno de los Estados Unidos no dejaba de excitarse con estos acontecimientos que pasaban por delante de sus puertas y en un país donde los intereses de sus ciudadanos eran tan vastos. El presidente Cleveland, en su mensaje al Congreso de Diciembre de 1896 había prevenido al gobierno español que la paciencia de los Estados Unidos había llegado casi á su fin, y un año después el presidente Mac-Kinley había repetido el aviso. Entre tanto los «voluntarios» y otros amigos españoles de los antiguos abusos de Habana se portaban con Blanco tan deshonrosamente como lo habían hecho con Dulce. La turbulencia y los motines en la ciudad amenazaban los intereses de los Estados Unidos, y el *Maine,* buque de guerra de este país, fué enviado al puerto de la Habana para vigilar los acontecimientos. La noche del 15 de Febrero de 1898, una terrible explosión conmovió á la ciudad, y el *Maine* fué destruido, con espantosa pérdida de tripulantes. Ya se habían roto las relaciones diplomáticas entre las dos naciones, porque la campaña de Weyler y los llamamientos de los cubanos en armas habían conmovido la imaginación de los ciudadanos de los Estados Unidos, y esta explosión fué suficiente para encender su indignación hasta el exceso. Que el *Maine* fué destruido por una mina submarina, es cierto; pero si fué descargado adrede desde la

costa ó casualmente, todavía está en litigio. Si se cometió un crimen tan odioso, no fué positivamente con la connivencia de ninguna autoridad española responsable ni del gobierno, porque fué el acontecimiento más perjudicial que pudo sobrevenir á la afligida nación y para los que ahora se esforzaban honradamente por conceder á los cubanos plena autonomía bajo la bandera antigua.

El 19 de Abril, la legislatura de los Estados Unidos adoptó la resolución común de declarar que los cubanos «son y deben ser libres é independientes» y exigir la retirada de las fuerzas y de las autoridades españolas de la isla. España estaba pobre y mal preparada, pero deseaba ansiosamente acabar por hacer justicia á Cuba y se indignó altaneramente con la perentoria exigencia de la república americana. Se había tocado á su honor y no se atrevió á ceder, y á fines de Abril los puertos cubanos fueron bloqueados por los cruceros americanos, y la desdichada España envió de nuevo la flor de su juventud y sus agotados recursos á sumergirse en el insondable abismo que habían abierto la ineptitud y la mala fe de sus propios gobernantes. Una vez más holló todas las consideraciones el patriotismo pintoresco. Declamaciones elocuentes, férvidas exigencias de cualquier sacrificio que no fuese el del honor, bendición de banderas, rogativas á las imágenes milagrosas, solemne entrega de las vidas á la muerte ó á la victoria; bello, romántico y conmovedor, pero ¡ah!, lo que faltó fué una activa preparación anterior. El abnegado sacrificio y los votos impracticables eran inútiles con el enemigo á las puertas; los barcos españoles estaban inservibles y eran ignominiosos, los cañones anticuados y las municiones escasas. América estaba también mal dispuesta,

pero dotada de recursos ilimitados—base forzosa—y con los cubanos de su parte, su falta de preparación se remedió más fácilmente.

La guerra fué insignificante en lo que atañe á las operaciones por tierra. La derrota de la escuadra española en Manila demostró que la fuerza naval de España estaba totalmente desprevenida, y de esta fuerza dependía la última esperanza de rescatar á las Antillas. La principal flota española, al mando del almirante Cervera, abandonó las islas de Cabo Verde á fines de Abril y evadió la persecución de la escuadra americana por algún tiempo en las proximidades de Cuba, entrando (el 19 de Mayo) en el puerto de Santiago, donde fué inmediatamente bloqueada por el almirante Sampson y la escuadra norteamericana. Los barcos americanos intentaron un futil bombardeo de los fuertes de tierra y se efectuó una tentativa para echar á pique el *Merrimac* en la boca del puerto, atajando con esto la huida de Cervera; pero, finalmente, se efectuó un ataque ordenado á la ciudad por el lado de tierra por un cuerpo de ejército norteamericano; y cuando la plaza estuvo así rigurosamente sitiada por mar y tierra, la única salida para la escuadra española fué forzar un paso del puerto en que, con increíble ineptitud, se dejó prender como un ratón en una trampa. El recurso fué heroico, desesperado é inútil. Los buques fueron puestos fuera de combate por los americanos; estaban en desdichada condición; los cañones estaban anticuados y mal proveídos; las municiones eran escasas. El 3 de Julio, cuatro cruceros españoles y dos torpedo-destroyers salieron del puerto de Santiago, dando frente á la escuadra americana é intentaron escapar. Fueron perseguidos por los enormes buques y echados á pique ó empujados á tierra con

terrible carnicería, y con esto, por cuarta vez en su historia, España desapareció como potencia naval. Santiago se rindió pronto, y el 12 de Agosto se establecieron en Washington los preliminares de paz, por la cual la exhausta España se vió obligada á renunciar á todos sus derechos sobre Cuba, Puerto Rico y Filipinas.

El destino de Cuba y Filipinas todavía fluctúa en la balanza cuando esto escribimos (1), y Puerto Rico, que no había optado por el cambio, es ahora una posesión americana; pero sea lo que quiera de estos países tropicales, al menos no volverán más al dominio cuya exangüe mano los ha dejado perderse, y han cesado para siempre de pertenecer á la futura historia de España. Compadezcamos, como debemos, la patética impotencia de una nación generosa que así, casi sin un esfuerzo, ve desaparecer el último pedazo de su gran imperio trasatlántico; pero tenemos que doblegar nuestras frentes ante la inexorable ley que nos dice: «Vuestro pecado os ha de delatar, seguramente.» La crueldad, la rapiña y la injusticia habían caracterizado el gobierno español en la metrópoli de las colonias, pero precisamente á la hora en que alboreaban días más esplendorosos y en que el noble pueblo español entraba en el círculo de las naciones ilustradas, el pecado de sus padres ha recaído sobre él y se han pagado los crímenes pasados.

El sacrificio era inevitable, y no obstante, unos políticos después de otros, han tratado de eximirse de la responsabilidad y han acabado por cargar sobre la mujer que tanto luchó por la paz, sobre la reina María

(1) Téngase en cuenta el año en que esto se escribió. Hoy ya no fluctúa, por desgracia... ó por suerte.— *(N. del T.)*

Cristina, el peso del calamitoso resultado, del cual no hay persona en España que sea menos responsable que ella. Sagasta ha cedido el puesto al sucesor de Cánovas, Silvela; liberales y conservadores han tratado de transmitir de unos á otros, y lo han transmitido por fin á la reina regente, el decreto de rendición; mientras que el patriótico D. Carlos ha estado amenazando con resucitar su causa perdida y colmar el cáliz de dolor de la nación cuando el sacrificio era completo.

El destino del rey niño, Alfonso XIII, y de su nación, está en manos de Dios; pero una cosa puede predecirse con seguridad, á saber: que el carlismo, como sistema político, ha muerto en España. Ha surgido una nueva generación de prósperos vascongados, que se contentan con el actual estado de cosas; el absolutismo, del cual dependía el carlismo, fuera de las Provincias Vascongadas, es una resurrección del pasado, y en España, el país por naturaleza más democrático de Europa, sólo es posible un gobierno popular constitucional, república ó monarquía.

La historia que hemos referido es, en muchos respectos, dolorosa; una historia de calamidad y disturbios casi ininterrumpida durante todo un siglo; pero lleva en sí el germen de consuelo, el consuelo de que á través de toda la iniquidad y locura que han caracterizado la marcha de los gobiernos, la tendencia del pueblo ha sido principalmente progresiva. No se oirá más: «¡Vivan las cadenas!», y un regreso á los días de Fernando, ni siquiera de Isabel II, es tan imposible ahora como un regreso al despotismo de los Felipes. La grandeza y la miseria de España nacieron de la misma causa, á saber: de la extensión de sus intereses y dominios, que excedió á la fuerza de la autoridad poseí-

da por su nación. Pueda ser que la pérdida de sus vastas posesiones sea una bendición oculta para la Niobe de las naciones, y que el destino quedará satisfecho con esta última y gran expiación y pondrá fin á la larga serie de tribulaciones de España con un reinado prudente, feliz y próspero para Alfonso XIII.

FIN

ÍNDICE

I

Carlos IV y Godoy.—Un nuevo resbalón en la pendiente.

II

España y Napoleón.—«La arcilla en manos del alfarero.»

III

Una familia real perturbada y una nación vendida.

VI

Despotismo. Ilustrados y algo más.

Págs.

VII

Guerra y anarquía.

VIII

Intriga é instabilidad.